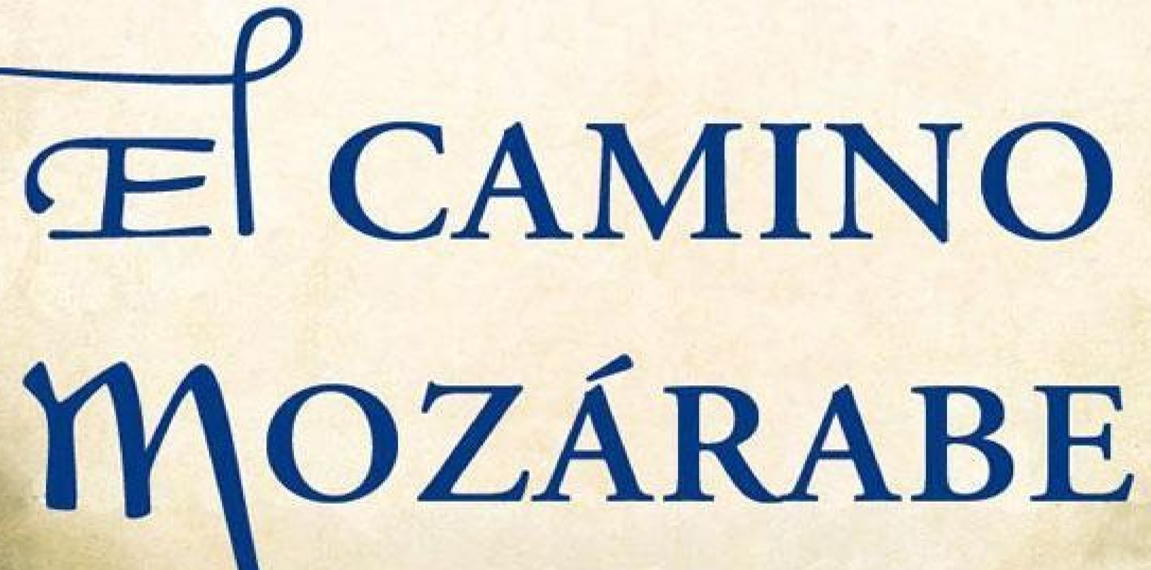

JESÚS SÁNCHEZ ADALID


El CAMINO
MOZÁRABE

Doce años después de publicarse El mozárabe, la emblemática novela que lleva vendidos más de un millón de ejemplares, cuyo éxito traspasó fronteras y que está ya unida a los grandes del género, como Los pilares de la tierra, Memorias de Adriano o El último Catón, Jesús Sánchez Adalid vuelve a tranportarnos al maravilloso y subyugante escenario del siglo X de la mano de personajes inolvidables. Los lectores que quedaron fascinados con El mozárabe volverán a disfrutar en estas páginas con legendarios episodios, como la épica batalla de Simancas, donde Abderramán III perdió su precioso ejemplar del Corán; la peligrosa misión llevada a cabo por la reina Goto, viuda del último rey de Gallaecia, para rescatar las reliquias de san Paio, que reposan en tierra infiel, algo que muchos intentaron antes y ninguno logró; o la delicada tarea de las embajadas enviadas por Abderramán III y el rey Radamiro, las cuales se cruzan en la vieja ruta hispana, presa de guerras y batallas desde tiempos inmemoriales. Poder, prestigio, intrigas y anhelos de paz se encuentran en una espléndida novela que rescata los olores y aromas de la maravillosa Córdoba del califato, nos pasea por la bucólica Galicia y nos aproxima de manera sencilla y a la vez apasionante a una época importantísima de nuestra historia. Todo ello en torno a la vía que unió Norte y Sur —el Alándalus y el mítico «Fin de la tierra», donde está el sepulcro de Santiago—, conocida hoy como «Camino Mozárabe».

Jesús Sánchez Adalid

El camino mozárabe

ePUB v1.0
AlexAinnhoa 08.02.13

Título original: *El camino mozárabe*

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.1



A Jesús y Pilar, mis queridos padres

«Y he aquí que los mismos sarracenos predicen, por medio de ciertos prodigios y de ciertas señales de los astros, que su destrucción está próxima, y que el reino de los godos será restaurado por nuestro príncipe. Y según revelaciones y señales atestiguadas por numerosos cristianos, ha sido profetizado que reinará en un tiempo próximo en toda Hispania.»

Crónica profética, Oviedo, abril del año 883

Primera Parte:
Crónicas de los reinos distantes

1

Gallaecia, ribera del río Sil
Septiembre del año 939

En la última hora de la tarde, un luminoso vestigio del astro se demoraba, a occidente, sobre la tupida fragosidad de árboles que se derramaba desde la altura de los montes, en lenta pesadumbre, por las laderas que se precipitaban a un barranco terrible. En el fondo del abismo, el río fluía oscuro, como plomo fundido, y se perdía entre la imposible angostura de un valle sofocado por bruscos peñascos, gruesos y retorcidos troncos, zarzales, concavidades y recodos sinuosos. El mundo se iba ensombreciendo y el cielo se revestía de eternidad y distancia, como si quisiera huir de una tierra tan agreste y cuajada de misterio. El calor de la jornada resistía prendido en la maleza y un sopor taciturno envolvía el bosque. En áspera pendiente, un sendero estrecho zigzagueaba trepando bajo la tupida indulgencia de retorcidas encinas, ancianos alcornoques y vivaces madroños. Por él discurrían, ascendiendo a paso fatigoso, once mulas en recua, llevados los frenos por otros tantos mozos a pie y, sobre las monturas, iban once monjas de la regla de san Benito de Castrelo de Miño que se dirigían al monasterio de monjes de Santo Estevo. Cabalgaba al frente de todas su abadesa, la reina Goto, viuda que era del rey Sancho Ordóñez; mujer de cincuenta años, poderosa, de temperamento ardiente y prodigiosa lucidez; la cara ancha, la mirada azul soñadora y el ánimo festivo. Su hábito negro envolvía la figura grande y una blanca mitra sobre el velo le daba aire de grandeza y dominio.

La comitiva alcanzó la cima del monte y avanzó llaneando ahora por un camino más ancho, entre huertos poblados de generosos manzanos, emparrados y castaños. Algunas cabañas, edificadas con piedras y techadas con paja de centeno, se apiñaban formando una mísera aldea. Un buey somnoliento descansaba bajo un haya milenaria y cerca, a resguardo de los lobos en su palloza, mugían los terneros. Ladraron los perros a las mulas, salieron los aldeanos de sus casas y, con asombro y veneración, se santiguaron al paso de las monjas. Una anciana exclamó con reverencia:

—¡Bendíganos, dómina!

Detuvo el palafrenero la cabalgadura de la abadesa y esta, sonriente, extendió la mano y profirió:

—*Benedicat bobis Omnipotens Deus.*

—Amén —contestó la vieja agradecida—. *Deus* os lo pague, dómina.

Prosiguió su marcha la comitiva y llegó al final del camino, deteniéndose frente a la adusta muralla de negra y musgosa piedra que encerraba el monasterio de Santo Estevo. Desde una de las torres, un centinela inquirió con recia voz:

—¿Quién va?

Una de las monjas descabalgó y se acercó hasta el pie de la torre para responder:

—Mi señora madre, la serenísima abadesa Goto de Castrelo de Miño, viene a visitar al venerable Franquila, abad de Santo Estevo.

El sol había abandonado ya el cielo purpúreo por la montuosa infinitud del poniente y empezaba a caer la noche. Una brisa fresca renovaba el aire y el fragante y amargo aroma del melojo descendía desde las cimas. Tras un silencio paciente, una campana prorrumpió en agudo tintineo y las monjas sonrieron al interpretarlo como señal de bienvenida. La abadesa le ordenó a uno de los criados:

—Tráeme el báculo, las quirotecas y la capa pluvial.

Adornada la reina monja con los signos de sus privilegios, aguardó delante de la puerta con estática dignidad, sosteniendo el báculo con ambas manos enguantadas, pues adivinaba la solemnidad de la recepción que se avecinaba. Y la espectable consideración que merecía su rango no se vio defraudada cuando se abrió la puerta principal de la muralla y apareció una larga fila de monjes con cogullas de fiesta que entonaban un melodioso salmo entre sones apacibles de tibias y gaitas, blancos sahumerios y revoleos de ramas de abedul y sauce.

Al final de la procesión, revestido de pontifical, venía el abad Franquila, delgado, largo y seco, como una vara de avellano; el rostro de calavera, las cuencas de los ojos oscuras y hundidas, la piel blanca, transparente casi; la barba, lacia y pobre, y el gesto melancólico y ausente.

Cuando se hallaron el abad y la abadesa, frente a frente, apenas a dos palmos, y se miraron a los ojos que caían más o menos a la misma altura, titubearon. ¿Quién debía inclinarse? El uno tenía mando sobre almas, tierras, gentes libres, siervos y ganados. La otra fue reina. Él era varón venerable; ella serenísima dama. Dudaron y, finalmente, ambos cedieron a la humildad debida a sus votos: se doblaron al mismo tiempo y chocaron las testas y los báculos, rodando las mitras por el suelo.

El encuentro dejó de ser grave y se tornó grotesco. De entre las monjas se elevó una risotada cantarina, que al pronto fue ahogada por un largo siseo reprobatorio. Luego hubo un silencio. Fueron mitrados de nuevo el abad y la abadesa y volvieron a cruzar las miradas. Goto estaba emocionada. En cambio, resultaba indescifrable el estado de ánimo de Franquila, dada la impasibilidad que reflejaba su rostro. Al fondo, el antiguo monasterio parecía una fría mole sin mayor adorno que el arco de medio punto de la puerta y dos estrechos ajimeces. Los gruesos muros de piedra, las montañas y el hondo valle empezaban a oscurecerse, mientras todo se iba llenando poco a poco con el aliento pesado y laxo de la noche.

Sin decir nada, el abad de Santo Estevo extendió la mano blanca y sarmentosa. Un acólito se acercó y le entregó un acetre y un hisopo. Las gaitas y las tibias volvieron a sonar y los monjes entonaron un canto, mientras Franquila rociaba con

agua bendita a la abadesa primero y después al resto de las monjas. Ellas se arrodillaron e inclinaron las cabezas acogiendo la bendición.

El salmo rezaba:

Domine, Dominus noster,
quam admirabile est nomen tuum
in universa terra,
quoniam elevata est magnificentia tua
super caelos…

[Señor, Señor nuestro,
qué admirable es tu nombre
en toda la Tierra,
porque se ha elevado tu magnificencia
sobre los cielos…]

Callaron los monjes y, al unísono, prosiguieron las monjas con sus voces tiernas cantando la siguiente estrofa:

Quando video caelos tuos, opera digitorum tuorum,
Lunam et stellas, quuac tu fundasti,
quid est homo, quod memor es eius,
aut filius hominis, quoniam visitas eum?

[Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
La Luna y las estrellas que hiciste,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
o los hijos de los hombres, a quienes visitas?]

Concluido el rezo, volvió a reinar un silencio largo y expectante. Al cabo, Franquila habló en tono monocorde, sin que ninguna emoción traspasara su rostro hierático:

—Sed bienvenidas en el Señor a esta casa, hermanas de Castrelo de Miño. ¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

La abadesa esbozó un gesto de complacencia y contestó con exaltación:

—¡Os traemos una gran noticia! ¡Dios ha estado grande con nuestra Gallaecia bendita!

No obstante el anuncio, el abad permaneció impasible y preguntó adusto:

—¿Qué nueva es esa?

Elevando el báculo entusiasmada, Goto respondió con una profunda y resonante voz:

—Nuestro católico rey Radamiro, con la ayuda del Todopoderoso, ha vencido en singular batalla al maligno rey de los mauros. ¡Nuestro Dios es grande! ¡El santo apóstol de Iria ha puesto su mano!

Sin alterarse lo más mínimo, Franquila asintió con la cabeza y después se encogió levemente de hombros, diciendo con sequedad:

—Ya lo sabíamos.

Goto le miró con aire aturdido. Tenía los labios resecos y, como si hablara consigo misma, murmuró:

—¿Ya ha llegado aquí la noticia?

—Sí, hace una semana. Un monje de Celanova enviado por el obispo Rodesindo trajo el aviso.

—Vaya, se nos han adelantado —comentó la abadesa, dejando escapar un profundo suspiro. Después tragó saliva y añadió—: Mis hermanas y yo estamos muy fatigadas. Hay tres jornadas de camino desde Castrelo de Miño hasta aquí. Nos has echado agua bendita por encima, pero no nos has dado todavía nada para beber…

El abad hizo un gesto con la mano y sus monjes se aproximaron a las monjas con unos cántaros para ofrecerles agua fresca. Bebió Goto en último lugar y, más reconfortada, le dijo a Franquila:

—Puesto que ya conocíais la victoria de Radamiro sobre el rey mauro, debo decirte el segundo motivo de nuestra visita.

Franquila puso en ella una mirada distante y recelosa.

—Ya imaginaba yo que habría otro motivo —dijo con voz suave—. Doce monjas no se mueven así como así…

Los ojos claros de Goto, apenas enturbiados por el fino y transparente velo de su emoción, estaban clavados en él, implorantes, cuando le replicó:

—¡Por Dios! ¡Además de monja, abadesa y reina, soy tu sobrina! ¡Querido tío Franquila, no me pongas difíciles las cosas!

Otra risotada cantarina brotó entre las monjas y esta vez fue ahogada por un denso murmullo.

—¡Silencio! —alzó la voz el abad—. Debemos saber de una vez por todas cuál es el verdadero motivo de vuestra visita.

La abadesa suspiró y le espetó bruscamente:

—Primero debes darnos alojamiento, como corresponde a la hospitalidad monacal que exige nuestra regla.

Franquila frunció el ceño y objetó:

—Las normas de Santo Estevo prohíben terminantemente la entrada de mujeres en el monasterio, ya lo sabes.

—¡Qué terquedad! —contentó ella—. Somos mujeres consagradas. Venimos de lejos… ¡Hemos cabalgado durante tres largas jornadas! ¿Vas a consentir que pasemos la noche a la intemperie?

El abad murmuró en tono de reproche:

—Deberías haber mandado aviso antes de presentarte así, de repente…

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Goto y, sin poder contenerse, observó con ironía:

—En su Divina Providencia, el Creador te hizo el hombre más antipático de nuestra Gallaecia, querido tío. Y esto te lo digo con toda la familiaridad que me permite la sangre que nos une y la caridad que nos hermana en el Señor… ¿Nos darás aposento o no?

El abad prefirió no responder y ella, interpretando su silencio, prosiguió:

—Está bien, tío Franquila. Te diré el segundo motivo de nuestra visita.

El abad resopló contrariado y repuso:

—Si te empeñas en llamarme tío, yo te llamaré reina.

Ella meneó la cabeza en señal de fatiga y dijo con exasperación:

—¡Y qué más da! ¿Quieres que te lo diga o no?

En el rostro de Franquila se podía ver la indiferencia que le causaba el asunto.

—Suéltalo de una vez.

Goto volvió la cabeza hacia sus monjas y las miró con serenidad, en silencio; un silencio en el que buscaba seguridad y entereza. Pero ya no pudo reprimir más su ansiedad y acabó llamando a una de ellas con un gesto nervioso:

—¡Aldara, acércate!

Una monja delgada y pálida salió de entre ellas con timidez. Era una mujer madura, de más de cincuenta años; los dedos entrelazados sobre el pecho y un cierto aire enigmático en la mirada de ojos grisáceos.

—Esta hermana nuestra —explicó la abadesa—, a quien a buen seguro recuerdas, aun habiendo transcurrido tantos años desde la última vez que la viste, es la madre del mártir Paio, nuestro dulce intercesor en los cielos. Y aquí, en vuestro monasterio, sirve a Dios su hermano Hermogio, quien fuera obispo de Tuy antes de hacerse monje; el tío del santo niño… En fin, ya imaginarás el motivo de nuestra visita… Venimos a saldar una vieja deuda…

Estas últimas palabras las dijo agudizando la voz y con mayor dureza en la expresión.

Franquila pareció sorprenderse por fin, aunque levemente, y exclamó en tono apesadumbrado:

—¡Ah, pobre Aldara! ¡Pero feliz madre del niño santo! Han pasado ya quince años desde aquello… ¡Quince años!

—Sí —asintió Goto—. Y por eso estamos aquí, porque se cumple el tiempo

necesario para que se haga todo como Dios manda. Necesitamos ver a Hermogio y obtener su testimonio.

—Hermogio está en cama muy enfermo…

—Lo sabemos, precisamente por eso urgía más nuestro viaje… Debemos hablar con él antes de que Dios le llame…

—Sea —asintió el abad—. Pero ya es de noche. Los hermanos acondicionarán los graneros para que os alojéis. Mañana será otro día…

2

Córdoba, Gran Mercado
Septiembre del año 939

Los vecinos de su barrio tenían sus buenas razones para llamarle «Lindopelo». La cabeza de aquel hombre no era nada sin su abultada y preciosa cabellera. Tal vez por ese motivo jamás se le veía tocado con gorro alguno, ni con turbante, ni siquiera con la sencilla faja de lienzo con la que muchos se ceñían de la frente a la nuca. Se llamaba Estebanus al Sabbag. El apellido lo heredó de su abuelo y de su padre, que fueron tintoreros en el Gran Mercado. Pero nadie le conocía por tales nombres. Porque todo el mundo, al pensar en él, solo lograba imaginárselo luciendo su bello pelo, y ese pelo era extraordinario: abundante, fino como la seda y de un negro más brillante que el mismísimo azabache. En cambio, su rostro era corriente; menudo y redondo; los ojos insignificantes, la nariz pequeña y la barbilla envuelta en una blanda papada. Sería por eso por lo que, en cuanto alcanzó la edad oportuna, se dejó crecer una larga barba que en absoluto desmereció, en lo que a la calidad se refiere, del resto de los cabellos. Así que, incluso en la madurez, siguieron llamándole Lindopelo. Y aquel apodo, conferido en sus años jóvenes, resultó ser con el tiempo extrañamente profético.

Estebanus al Sabbag, como su abuelo y su padre, se dedicaba a los tintes. Pero su oficio era muy diferente al de sus ascendientes: él no teñía tejidos, sino cabellos. Y esta sorprendente habilidad suya surgió, posiblemente, cuando le dio por experimentar en su propia cabeza con las sustancias colorantes con que durante décadas su familia trabajó para conseguir las diversas tonalidades en lanas y sedas. No obstante, es preciso manifestar que Lindopelo no se lanzó de manera imprudente a colorear cabelleras sin antes invertir una buena parte de su tiempo de aprendiz en perfeccionar su técnica en todo tipo de pieles: conejo, jineta, comadreja, gato… Y una vez que estuvo bien seguro de que el pelo se podía cambiar de color sin riesgo alguno para su naturaleza, empezó a teñirse el suyo propio. A partir de entonces, su persona fue la mejor propaganda para que la gente supiera que nadie como él en Córdoba era capaz de convertir a los rubios en morenos, tornar castaños a los pelirrojos y devolverles a los canos el esplendor y el color del cabello juvenil. Todo un prodigio que causó sensación tanto entre los hombres como entre las mujeres. Y su fama se extendió de tal manera que llegó a oídos nada menos que del califa Abderramán al Nasir, el cual quiso comprobar por sí mismo la perfección del trabajo de Lindopelo.

Llamado al palacio de Medina Azahara, el singular tintorero acudió con sus tintes

y desplegó ante los ojos del monarca el lujo de sus habilidades en la sucesión de criados que fueron poniéndose en sus manos: eslavos rubios, caucásicos de cabellos dorados, castaños claros y oscuros, negros intensos y algunos pelirrojos; unos de texturas lisas y lacios y otros ondulados. A todos supo cambiarles el color con asombrosa pericia. El califa se quedó como si estuviera viendo visiones. Pues aquellas cabelleras no quedaban apelmazadas y carentes de vida y movimiento, como sucedía con los clásicos tintes que usaban los peluqueros; sino que resultaban suaves, sedosas y con aspecto plenamente natural.

Porque Lindopelo se había convertido en un verdadero maestro en esta ciencia, a fuerza de entregarse a ella en alma y vida. Como les sucede a los auténticos artistas. Y sus fórmulas magistrales, fruto de su celo y perspicacia, no se las comunicaba a nadie. Podría intuirse que se servía de variadas composiciones a base de henna para rejuvenecer los cabellos blancos, pues ello se hacía desde antiguo; pero el tono por él conseguido era inigualable. Decían que, para lograr las tonalidades anaranjadas o rojizas, mezclaba la alheña con sangre de buey o con renacuajos machacados para los más oscuros. Pero eran incapaces de descubrir en qué manera hacía uso del índigo en perfectas proporciones, hirviendo cada tinte en aceite, antes de alcanzar aquellas perfectas mixturas que conferían al pelo un tono negro puro, brillante y casi mágico. Para el logro de los rubios, se encerraba en su taller y componía ensayadas fórmulas con azafrán, manzanilla, agua oxigenada y lejía. Aunque su verdadero secreto era el agua de potasio, la cual le proporcionaba un alquimista capaz de mezclar perfectamente el ácido carbónico y el bicarbonato de potasio. El pelo rojo era lo más fácil, añadiendo a la anterior fórmula una oportuna combinación de los mismos tintes que se usaban para colorear tejidos. Una vez conseguidos los tonos, hervía mirra y la mezclaba con pomadas, cera y grasa de nutria, para suavizar el cabello y darle el brillo tan admirado por todos.

Trabajaba en un establecimiento pequeño pero limpio, en el corazón del Gran Mercado, en el barrio de los perfumistas. Porque siempre tuvo muy claro que su oficio nada tenía que ver con el de los clásicos tintoreros, cuyo sector estaba impregnado por el fuerte olor de los pigmentos. Tampoco quiso instalarse junto a los barberos y peluqueros, a pesar de que compartía con ellos la materia propia de su trabajo. Pensó, con fundadas razones, que la elegancia fragante de las esencias y los afeites conferían un rango superior a sus inventos y destrezas. No se equivocó en esto y tampoco al prever que la novedad del servicio que ofrecía le iba a proporcionar con el tiempo beneficios considerables: dinero, respeto y la estima del mismísimo califa.

Acababa de inaugurar su negocio cuando se presentó una mañana un criado de Medina Azahara en nombre del chambelán mayor. Lindopelo se asustó. Pero estaba tan seguro de su oficio que pronto adivinó que lo visitaba la fortuna. Recogió sus cosas, se presentó en el palacio y maravilló a todos. Ese día supo el verdadero motivo

de su citación: el poderosísimo Abderramán, el Comendador de los Creyentes, quería teñirse el pelo.

Cuando Lindopelo estuvo postrado a los pies del califa y pudo contemplarle por primera vez, comprendió que aquel deseo no era un mero capricho. Los rasgos físicos de Abderramán eran extrañamente llamativos: aunque no fuera un hombre alto, gozaba de un cuerpo bien proporcionado, y la elegancia y fastuosidad de sus vestidos resultaban admirables; sin embargo, lejos de lo que podía esperarse de un legítimo descendiente de la sangre árabe omeya, su tez no era morena, sino muy blanca; sus ojos de un azul oscuro y profundo; las pestañas largas, suaves y rojizas y, ¡sorprendentemente!, la barba rubicunda. Pero el mayor estupor de nuestro tintor llegó cuando el monarca se quitó el turbante y apareció una abundante, estropajosa y anaranjada cabellera.

El gran chambelán informó convenientemente a Lindopelo del porqué de aquella curiosa fisonomía. El poderosísimo Al Nasir descendía, en efecto, de la más pura estirpe árabe de la tierra del Profeta; pero también reunía en su noble persona la sangre de la gente del norte, ya que Muzna, su madre, era esclava y concubina oriunda de Navarra. Además, por vía materna resultaba ser de origen vascón, pues su abuela, la princesa cristiana Onneca, era hija del rey Fortún Garcés de Pamplona. Con esta ascendencia en su naturaleza, como en la de sus hijos, se había perdido la morenez y el negro de ojos y cabellos. Esta circunstancia entristecía sobremanera a Abderramán, que veía en su propia fisonomía los rasgos de los obstinados enemigos de Allah. Así que, de manera reflexiva y juiciosa, había acordado ponerle remedio a su mal, siempre que se pudiera hacer, sin que el resultado fuera cómico o extravagante.

Lindopelo se puso enseguida manos a la obra. Teñir lo claro de negro era muy fácil para él. Mezcló convenientemente la henna, el índigo y las tinturas oscuras con las que estaba tan familiarizado, añadió el zumo de limón, el aceite y el azúcar. Hirvió pacientemente el conjunto y, cuando estimó que era adecuado, lo aplicó con sumo cuidado y veneración en la abultada melena del califa. Este permanecía silencioso y expectante, atendido en todo momento por su solícita servidumbre, que se iba admirando al contemplar el proceso. Transcurrido el tiempo necesario para obtener el efecto deseado, Lindopelo secó, ungió y masajeó los regios cabellos, hasta lograr una negrura delicada y un brillo envidiable. Lo mismo hizo con la barba, el bigote y las cejas. Con las pestañas no se atrevió, por miedo a lastimar la mirada más poderosa y a la vez más cruel de Córdoba. Pero aplicó un fino ribete de kohl en torno a los ojos.

Cuando Abderramán se miró en el espejo, permaneció tieso y frío, como petrificado, sin decir palabra alguna. Lindopelo se quedó sin aliento y temió por su vida durante unos instantes. Pero su pánico se disolvió cuando fue envuelto en

abrazos y felicitaciones por un sonriente califa en cuyos ojos emocionados habían brotado las lágrimas por haber sentido, como un milagro, que Allah le otorgaba al fin la gracia de verse con la apariencia de sus ancestros árabes.

Los chambelanes aplaudieron, enloquecieron de contento al ver feliz a su amo y colmaron al eficiente tintor de regalos: vestidos, joyas y monedas. Además, le fue otorgado el rimbombante título de «tintor de Zahara», que le proporcionó una estimable consideración en el Gran Mercado. A partir de entonces, se estableció definitivamente, amplió y adecentó el local y compartió el oficio con dos empleados y algunos aprendices que le trataban con un respeto no exento de jovialidad. Y así empezó a ganar dinero y fama, sin descuidar su obligación de acudir cada diez días a teñir las raíces de la cabellera califal y a refrescar el color para que siempre pareciera vivo y joven.

No obstante, con toda la dicha que le proporcionaban los triunfos y las rentas de su oficio, Lindopelo no podía ser del todo feliz. Había algo en su vida que le impedía establecer un lazo definitivo y perfecto con el resto de la servidumbre del Comendador de los Creyentes: el tintor de Zahara era mozárabe. Esto provocaba frecuentes desencuentros en su vida con unos y con otros. Los chambelanes del palacio se empeñaban en hacerle musulmán, pues veían con cierto recelo que un infiel tuviera un contacto tan directo con las intimidades del califa. Y, por otra parte, los miembros de su comunidad, especialmente los clérigos más inflexibles, consideraban un grave pecado su oficio, juzgando como una imperdonable y superficial sensualidad el deseo de modificar el natural estado de las cosas, cambiando artificialmente lo que el Creador había dispuesto, contribuyendo al engaño y la mentira y menospreciando la providente multiplicidad de las razas humanas, cuando todas habían sido bendecidas por Cristo.

Lindopelo hacía tan bien su trabajo que terminó frecuentando los serrallos y, consiguientemente, la compañía de los eunucos y las mujeres que tan mala fama tenían para los cristianos. No podía negarse a prestar sus servicios y cierto desdoro de impureza y obscenidad le impedía sentirse plenamente aceptado en la mozarabía cordobesa.

Una azulada y luminosa mañana de aquel verano, aprovechando que apenas había clientes por ser el mes de Ramadán entre los musulmanes, el tintor de Zahara fue a deambular por los intrincados callejones del mercado. Muerto de calor y deseo insatisfecho, se acercó hasta las fuentes que prodigaban agua fresca en las inmediaciones de la mezquita mayor. Después de beber y refrescarse el cuello y los brazos, se dispuso a observar a los fieles que acudían a rezar. Reinaba una quietud grande y apenas había medio centenar de hombres a la sombra de las galerías o descansando bajo las palmeras y los almendros.

De repente, el almuédano lanzó un largo, fuerte y desgarrado grito desde el alminar. Daba gracias a Allah porque Abderramán al Nasir retornaba victorioso a Córdoba, culminada con extraordinario éxito su campaña contra el rey cristiano de Gallaecia, al que calificaba como «puerco» y «tirano».

La ciudad se sobresaltó y pronto se empezaron a oír gritos, vítores y alabanzas. El patio de la mezquita comenzó a llenarse. La gente cruzaba deprisa las enormes puertas, perseguida por las sombras azulencas de sus cuerpos, las cuales se deslizaban intrépidas bajo los relucientes arcos. Exclamaban:

—¡Al Nasir regresa!

—¡Allah es Poderoso! ¡La victoria es suya!

—¡Gloria y bendición al Profeta!

Lindopelo, como todo el mundo en Córdoba, participó de aquel inesperado sobresalto. Porque nadie en Córdoba ignoraba que Abderramán había partido el pasado mes de junio hacia el norte al frente del mayor ejército jamás visto, con el fin de algarear contra la gente de Gallaecia, harto de la arrogancia y los alardes del rey Ramiro II. La expedición, con más de cien mil hombres reclutados al clamor de la guerra santa, había sido nombrada como *gazat al-Kudra*; es decir, «campaña de la Omnipotencia» o «del Supremo Poder». Componían la inmensa hueste, además del gigantesco ejército formado por árabes, beréberes y gentes de todas las provincias de al-Ándalus y el norte de África, toda clase de aparatos de guerra, enseres bélicos, armas y pertrechos cargados sobre una infinidad de monturas, bueyes, camellos, acémilas y carromatos, que acrecentaban de tal manera la fila que parecía verdaderamente interminable. Todo había sido reunido mediante pregones y mandatos, a lo largo y ancho del califato, durante meses. Uno de los escritos leídos cada viernes en las mezquitas convocaba a «la congregación de la humanidad para el juicio final». Y, un día tras otro, se elevaban plegarias desde los alminares; no ya implorando las ayuda de Allah, sino aun dándole gracias de antemano por la victoria segura e inminente. Todo ello causó tal expectación entre los cordobeses que no faltó casi nadie el día que, al amanecer, las tropas formaron en la campiña, al norte de la ciudad, componiendo la imponente mesnada y la sobrecogedora cabalgata que partió el sábado 29 de junio camino de Toledo.

Ahora, por lo visto, la apocalíptica campaña del Supremo Poder habría concluido y Al Nasir regresaba victorioso. Era una gran noticia y se avecinaban grandiosos fastos, coincidiendo precisamente con las fiestas y celebraciones del final del Ramadán.

Sobrecogido, Lindopelo supuso que el califa, antes de aparecer en público delante de su pueblo para exhibir su triunfo, querría teñirse el cabello para tener la mejor de las apariencias. Así que corrió en dirección a su establecimiento del Gran Mercado con el fin de prepararlo todo convenientemente y esperar a que los emisarios de

Zahara se presentaran para reclamar sus servicios.

3

Gallaecia, Celanova
Septiembre del año 939

La luz de la lámpara iluminaba el rostro saludable y sereno del obispo Rodesindo. Vestido este con el hábito benedictino, pensativo y sin mirar a nadie, se disponía a recoger del suelo las hojas del manuscrito que se le habían caído de las manos mientras lo leía en voz alta, desperdigándose aquí y allá. Sentado junto a él, su hermano el conde Fruela Gutiérrez guardaba silencio con los ojos cerrados, como si todavía siguiera escuchando. Frente a ellos, los cincuenta monjes del monasterio de San Salvador de Celanova permanecían expectantes, con las caras llenas de asombro. La sala capitular estaba en penumbra y aquellas figuras hieráticas, calladas, parecían madurar en sus almas lo que acababan de oír.

Rudesindo recogió las páginas y las fue colocando en orden cuidadosamente. Su frente excepcionalmente grande y de piel clara resaltaba bajo el píleo rojo y su mirada limpia tenía un aire ausente, meditativo; una leve mueca de satisfacción, casi una sonrisa, se dibujaba en sus labios rosados. Su estampa resultaba venerable y hermosa. Como la de su hermano el conde, tan parecido a él; aunque más robusto y de presencia más dura, vestido con peto de cuero, jubón purpúreo, brazaletes con remaches y espadón al cinto. Diríase que ambos, el uno al lado del otro, representaban de manera admirable los dos poderes tan diferentes: el espiritual y el terrenal.

La insignificante interrupción que se había producido al esparcirse las hojas por el suelo sirvió para que todos se hiciesen conscientes de la verdadera importancia de los hechos que se narraban en aquel manuscrito. Deseaban que prosiguiera la lectura cuanto antes, aunque nadie se atrevía a manifestar la más mínima impaciencia. Reinaban la contención y la parsimonia monacal.

Las ventanas de la estancia daban a un patio. No se veía la luna… Pero su luz plateada hacía resplandecer los arcos, los capiteles y las delgadas columnas del claustro. En el silencio, el canto de un ave nocturna, como un quejido, llegaba desde el tejado. También se oyó el delicado y largo suspiro de uno de los monjes.

Rudesindo alzó la frente, paseó la mirada por todos ellos y dijo en tono calmado:

—El poder de nuestro amado Dios es muy grande… Este escrito del obispo Ero de Lugo es el testimonio vivo de que no nos abandona y de que ha querido estar grande con nosotros…

Todos asintieron con elocuentes movimientos de cabeza. Pero continuaron en silencio, atentos a las palabras del obispo. Este sonrió, elevó los ojos al cielo y

exclamó con mayor brío:

—Parece un milagro… ¡Es un milagro!

Un murmullo de regocijo estalló al fin entre los monjes. Pero al punto regresó la gravedad a sus semblantes.

Entonces tomó la palabra el conde Fruela y, con voz respetuosa, dijo:

—En efecto, es un milagro… Yo estuve allí y puedo dar fe de todo lo que sucedió. Si Dios no hubiera estado de nuestra parte… ¡Oh, si no lo hubiera estado! Pero, aunque me esforzara, no sería capaz de contároslo mejor que lo hace el obispo Ero de Lugo en ese escrito. No soy hombre de letras y no poseo la oratoria necesaria para expresaros con detalle cada uno de los prodigios que allí sucedieron. De manera que, hermano, por caridad, empieza a leerlo de nuevo.

Rudesindo no quiso perder más tiempo. Aguzó sus ojos en el pergamino y, con voz pausada y clara, leyó lo siguiente:

> *Nos, Ero, por la gracia de Dios obispo de la sede de Lucus, queremos que sea conocido por todos que, con la ayuda del Señor y, por Él, de su santo apóstol Yago y de sus siervos san Millán y san Paio, nuestro cristianísimo, glorioso y fulgente en dignidad Radamiro, rey de Gallaecia, venció en singular batalla a Abderramán, rey de Córdoba y señor de todos los mauros de la secta mahomética. Y para que quede constancia del hecho en toda la cristiandad y feliz memoria del prodigio obrado en favor nuestro por la divina gracia y la clemencia del único y verdadero Dios, Padre de Jesucristo, disponemos que sea puesto por escrito este testimonio y copiado cuantas veces sea preciso y leído en todas las iglesias, monasterios, conventos y cenobios de nuestra bendita Gallaecia.*
>
> *La presente crónica da comienzo el 20 de enero del año del Señor en curso, cuando al fin fue conquistada la ciudad de Santarén en el extremo occidental de al-Ándalus por nuestro poderoso rey Radamiro, después de que su señor natural, el moro Umayy ben Ishaq, viniera a pedir el socorro de Gallaecia frente a su pariente el tirano emperador de Córdoba Abderramán. Y como quiera que este, llevado por el demonio, montó en cólera y decidió vengarse por lo que estimaba afrenta y no justicia, envió mensajeros a nuestro cristiano rey, amenazando con destruir todo su reino si no se le enviaban las cien doncellas en tributo, como hicieron nuestros antepasados por largo tiempo y las parias debidas desde antiguo.*

Pidió tiempo por medio de sus embajadores el prudente rey Radamiro, con el fin de aconsejarse con los hombres del reino y, de común acuerdo, estimaron que más valía morir que sujetarse al tirano agareno y pecar gravemente pagándole parias y tributos de doncellas. Y así lo mandó comunicar nuestro gran rey a Córdoba, diciéndoles a los mensajeros sarracenos: «Id con Dios y decid a vuestro señor Abderramán y a sus magnates que toda nuestra bendita tierra acuerda como un solo hombre que está resuelta a morir o vencer antes que someterse. Y si decidieren venir a pedir cuentas, hemos de salir a recibirlos con la ayuda de Dios para que se vea si les debemos parias o no». Y con esta embajada se fueron los moros a contarle a su rey lo que habían visto y oído.

Abderramán llegó al colmo de su ira al recibir la respuesta y decidió castigar a nuestro reino cumpliendo la amenaza hecha. Para tal efecto, recaudó y reclutó el mayor ejército que han visto los siglos, mandando escritos a su gente, tanto a los ciudadanos como a los campesinos de provincias. Exigió a sus gobernadores que enviasen cuantas tropas tuvieran y a los de la capital, nobles y plebeyos, que contribuyesen con sus hijos y dineros. Cuando hubo reunido tal cantidad de hombres y pertrechos que, por engaño del diablo, creyó ganada la guerra, llegó al colmo de la arrogancia, llamando a la campaña «de la Omnipotencia». Ofendiendo así gravemente al único Todopoderoso, que es el verdadero Dios.

En su ciega saña se apresuró el agareno hasta Simancas con toda su hueste, la cual era tan inmensa que con su sola vista causaba pánico y terror. Su destino era Zamora, corazón del reino cristiano, para destruirla y desde allí venir a la Gallaecia con el propósito de arrasar nuestras ciudades, iglesias y monasterios. ¡Tal era su odio a nuestra fe!

Nuestro católico rey, después de ponerse humildemente en las manos del único Omnipotente, mandó aviso a los confines de la cristiandad. No tardaron en acudir a la llamada las gentes de Castilla, de Pamplona y Álava, además de los infieles de Coimbra, que tanto odio tenían al tirano de Córdoba, aun siendo

el jefe de su pérfida secta. Mas no eran bastantes estas fuerzas frente a tamaño ejército diabólico que nos amenazaba.

Entonces clamaron los nuestros a Dios con las palabras del salmo: «Quia tu es fortitudo mea [Tú eres mi fortaleza]». Y tuvieron muy presente la sabiduría de san Juan en el Evangelio: «Sin mí no podéis hacer nada». Se decretó el ayuno, la penitencia y la oración en nuestra bendita Gallaecia. Hubo rogativas en todas las iglesias, conventos, monasterios y ermitas, elevándose plegarias a los arcángeles, a los mártires y a los santos protectores del reino.

Y se manifestaron grandes señales en el cielo. Como bien sabéis, el día 14 de junio, viernes, a la hora de tercia se oscureció el sol totalmente, como de noche, y la tierra se tornó roja, del color de la sangre, durante más de tres horas. Lo cual causó gran espanto en los hombres, pues se pensó que llegaba el fin del mundo y en todas partes las gentes lloraban amargamente sus pecados. Mas apenas era este signo pasado, cuando sobrevino otro más fuerte y airado: se levantó un viento ábrego, ardiente como fuego rabioso, y vino por la parte de las Extremaduras causando pavor y espantosos daños hasta Burgos.

Cuando Abderramán vio estas señales terribles, consultó a sus sabios, astrólogos y adivinos para que le declarasen su significado. Y ellos, envanecidos y locos, le dijeron: «Este es nuestro dios Allah, que nos anuncia que está en lucha a nuestro lado, ¡grande es su bondad y grande nuestra ventura!; el cual, por los méritos de nuestro gran profeta Mahoma, nos quiere dar por herencia la Gallaecia para siempre».

4

Córdoba, barrio de Furn Birril
Agosto del año 939

—¡Porque grande es Allah e infinita su sabiduría! —gritaba a voz en cuello el muecín—. ¡Nadie ha de osar envalentonarse frente a Él! ¡Venid y escuchad el relato de sus maravillas! ¡Sabed que el Omnipotente oscureció el sol para que los infieles sintieran el terror que causa su fuerza y su poder! ¿Os dais cuenta? ¡Oscureció el sol!

Las inmediaciones de la muralla se iban llenando de gente que se congregaba frente a la puerta de Hierro. Encaramado en el alminar de la pequeña mezquita de Sidi al Muin, el pregonero se desgañitaba y su potente y desgarrada voz parecía derramarse sobre los tejados, los tenderetes y las cabezas de los oyentes, los cuales elevaban los ojos al cielo y se dejaban embargar por el asombro y el fervor que les causaban aquellas alabanzas.

—¡Quien no se alegre por estas noticias, que se le seque dentro del pecho el corazón! ¡Y aquel cuya alma no goce por la grandeza de Allah, que caiga muerto en el polvo! ¡Porque grande es el poder de Allah y Mahoma su Profeta! ¡El supremo Poder ha vencido a los perros infieles! ¡El puerco y tirano rey de los blasfemos se arrastra a los pies de nuestro gran Al Nasir, el invencible, el servidor de Allah, el Comendador de los Creyentes…! ¡Muera el borracho rey Ramiro y toda la Gallaecia blasfema con él!

Entre el gentío, Lindopelo escuchaba atento aquellas terribles palabras. Levantó su mirada hacia el poniente y se dio cuenta de que el sol declinaba por detrás de la mezquita Aljama, que se mostraba radiante, con la majestad esbelta del alminar recortándose en el cielo encarnado, bajo la túnica de sombras que desplegaba el ocaso. Aquella visión le conmovió.

Permaneció allí durante un largo rato, con el corazón palpitante, soportando el intenso calor de la tarde y el ardor que provocaban en los oyentes aquellas soflamas triunfales. Después se abrió paso entre los cuerpos sudorosos y apresuró la marcha hacia su casa. Por el camino, su imaginación urdió fabulosos sueños. El califa regresaba victorioso y su felicidad reventaría inundando toda Córdoba de generosas recompensas. Y a él, como era de esperar, le correspondería su parte. Abderramán, después de estar durante más de dos meses lejos de la ciudad, tendría el color de su cabello muy estropeado. Por mucho que su criados hubieran intentado mantener el tono, no habrían conseguido sino un efecto pobre y meramente provisional. No dudaba pues el tintor de Zahara de que muy pronto sería llamado por los chambelanes de palacio para arreglar el estrago. Realizaría magníficamente su trabajo y obtendría

sustanciosas ganancias. Puesto que, a medida que el califa envejecía, se le ajaba la melena y le necesitaba más, volviéndose cada vez más dadivoso. Esta gran victoria contra su odiado enemigo el rey Ramiro le devolvería a Córdoba pletórico de dicha y, por ende, de generosidad.

Sin embargo, al adentrarse en el familiar barrio mozárabe donde vivía, un extraño sentimiento se mezcló con la alegría y la ambición y no pudo por menos que preguntarse: «¿No provocarían tal vez estas circunstancias mayor empeño en los chambelanes para tratar de convencerlo de que se hiciera musulmán?». Porque ya últimamente le habían venido insistiendo en ello con tal tesón, constancia y hasta violencia que la cosa empezaba a ser preocupante.

Turbado por estos pensamientos, caminó aprisa hasta la iglesia de San Cipriano, entró y encendió varias velas en el lampadario delante del ara de los mártires. Tres mujeres estaban allí arrodilladas rezando y le miraron de reojo. A él le pareció advertir en ellas suspicacia y hasta cierto desprecio. Eso le molestó. Se encaró con ellas y les preguntó:

—Y vosotras, ¿qué miráis?

No contestaron. Una de las mujeres se santiguó y lanzó un largo suspiro. Luego, elevando los ojos a la bóveda oscura, murmuró:

—¡Señor, perdónale!

Lindopelo fue hacia ella e inquirió con irritación:

—A ver, ¿qué es lo que ha de perdonarme el Señor?

—Yo no he hablado contigo —respondió la mujer alzando la voz—. Tú te lo dices todo…

—¡Estoy harto de que cotilleéis sobre mí! —exclamó él—. ¡Os pasáis la vida juzgándome! Todo lo que hago os parece mal y ni siquiera puedo venir aquí, a encomendarme a los santos mártires, sin que saquéis vuestras conclusiones. ¿No soy yo acaso un cristiano más que trabaja para ganarse el pan?

Las mujeres empezaron a gritarle:

—¡Blasfemo! ¡Impío! ¡Pecador!…

—¿Veis? ¡Ya empezamos! —contestó Lindopelo—. Estabais deseando decirme todo eso.

Seguían en plena discusión cuando salió de la sacristía un viejo sacerdote y les recriminó:

—¿Se puede saber qué escándalo es este? ¿Aquí, en el santo templo de Dios, os ponéis a reñir?

Las mujeres respondieron a gritos:

—¡Este afeminado ha venido a meterse con nosotras mientras rezábamos! ¡Nos ha ofendido sin que le hayamos dicho lo más mínimo! ¡Es una fiera!

Lindopelo agitó la cabeza y su cabello abundante se alboroto un instante,

regresando después a su perfecto y bello orden. Con aire de fastidio le dijo al clérigo:

—¿Te das cuenta, muftí? ¿Quiénes son las que insultan en la casa de Dios?

El anciano avanzó y se plantó delante de él con semblante perplejo. Era alto y delgado, y vestía una túnica deshilachada de indefinido color pardusco que, sin embargo, nada restaba a la dignidad de su aspecto. Su cabeza era grande, el rostro alargado, las barbas blancas y los cabellos canosos, crecidos, los ojos tranquilos y llenos de humildad. Se llamaba Isacio.

—Por Dios —dijo en tono suplicante—, callaos de una vez. Este no es sitio para discutir, sino para orar. Además, es tarde ya y debo desalojar el templo y cerrar las puertas.

Salieron las mujeres obedeciendo a este ruego y tras ellas el clérigo y Lindopelo. En la calle, volvió a encenderse la disputa.

—¡Hala! —les gritó Lindopelo, acalorado y vehemente a las mujeres—. ¡Ahora id con el cuento de lo malo que soy! ¡Ya tenéis de qué hablar!

—¡Afeminado! ¡Impío! ¡Pecador!… —contestaron ellas encolerizadas.

Lindopelo sacó la punta de la lengua varias veces y ellas escupieron al suelo con desprecio y se frotaron los labios con el dorso de las manos en señal de repudio.

—¡Basta! —exclamó el anciano clérigo—. ¡Por el amor de Dios, no ofendáis a los santos en la puerta de su respetable casa!

Las tres mujeres se santiguaron, dieron media vuelta y se perdieron por un callejón estrecho y oscuro. Anochecía y aquel barrio estaba solitario y en silencio.

El anciano suspiró sonoramente y, con aire sumiso, como implorando su buena voluntad, le dijo a Lindopelo:

—Alma de Dios, no puedes ir por ahí enfrentándote con la gente… ¿No comprendes que no ganas nada con esa actitud?

—¡Me odian! ¡Me tienen envidia!

—Y lograrás que te odien aún más si te pasas la vida riñendo en todas partes. ¿No te das cuenta? El hecho de que tiñas el cabello del califa no te da derecho a ofender a la gente.

—¡Anda ya! —replicó Lindopelo burlonamente—. Chismorrean a mi costa… Les come la envidia… ¡Y dicen que les ofendo!

—Bueno, bueno, no exageres…

—¿Que no? Muftí Isacio, sabes de sobra lo que dicen por ahí de mí… Cuando no hago sino trabajar para sacar adelante a los míos, como cualquier padre de familia.

El clérigo se quedó un largo rato reflexionando. Luego miró directamente a los ojos de Lindopelo y, con tono compresivo, le dijo:

—Hazte cargo… No es fácil hacerles entender tu oficio… No es algo… En fin, digamos que no es algo corriente… Les resulta llamativo que vayas a Zahara a teñir cabellos y hablan del asunto. ¡Es natural! Aunque tú no debes quejarte. Has

conseguido fama y fortuna. Una cosa por la otra. No todo en la vida va a ser gloria. Todo conlleva sus inconvenientes…

Lindopelo se encogió desdeñosamente de hombros y replicó con candor:

—Pues que no se metan en mi vida.

Estaban en esa conversación cuando pasó por allí un tropel de jóvenes, cantando alegremente, palmoteando y compartiendo el vino que llevaban en un pellejo de cabra. Se detuvieron delante de la iglesia y, dirigiéndose al anciano clérigo, uno de ellos exclamó:

—¡Muftí, bebe un poco de nuestro vino!

—¿Qué celebráis? —les preguntó Isacio.

—¡El califa ha vencido al puerco y tirano rey de Gallaecia! —respondió el joven —. ¡Toda Córdoba está de fiesta!

El clérigo les recriminó sin titubear:

—Sois cristianos y no deberíais alegraros porque haya guerra. La guerra es un mal para todos los hijos de Dios.

—Ha sido una gran victoria —repuso el joven—. El sol se oscureció antes de la batalla y un viento ábrego y ardiente sopló desde el sur… ¡Dios mismo estaba de parte de Al Nasir!

Un coro de voces se hizo eco exclamando:

—¡Viva Al Nasir! ¡Viva nuestro rey! ¡Muera el puerco y tirano Ramiro!

El anciano meneó la cabeza, consternado, y sentenció:

—Dios no se dedica a hacer la guerra, sino a decretar la paz entre los hombres de buena voluntad. Ese viento ardiente sería cosa del demonio… ¡Idos a vuestras casas, que es tarde ya!

Todos se echaron a reír, incluido Lindopelo, que, entusiasmado, les dijo a los jóvenes:

—Apenas os queda vino en ese pellejo. ¡Vamos todos a celebrarlo a la taberna! ¡Yo invito!

Isacio le miró extrañado y le dijo con ironía:

—¿No quedábamos en que te odiaba todo el mundo? ¿En la taberna no te odian?

Lindopelo no respondió. Besó la mano del clérigo y se unió al tropel de muchachos gritando:

—¡Hale, a beber! ¡Que hoy pago yo! ¡Viva el gran Al Nasir!

—¡Viva Al Nasir! —corearon los jóvenes como un eco—. ¡Y viva Lindopelo! ¡Viva!

Sin salir de su pasmo, el anciano sacerdote vio cómo los jóvenes cargaban sobre los hombros del más fuerte de ellos al tintor de Zahara y se marchaban todos vociferando, entre alegres palmoteos y vítores, camino de la calle de las tabernas. Encantado, Lindopelo agitaba su melena y sonreía de oreja a oreja, sin parar de

repetir a gritos:

—¡Hoy pago yo, muchachos! ¡Viva Al Nasir! ¡Viva el victorioso califa! ¡Bebamos todo el vino que nos quepa en el cuerpo!

Cariacontecido, sin acabar de comprender aquella actitud, el clérigo se quedó allí quieto, hasta que desaparecieron de su vista. Después cerró la puerta de la iglesia, dio varias vueltas a la gruesa y pesada llave en la cerradura y cruzó la calle hasta su casa, que estaba justo enfrente.

Al entrar, en el mismo zaguán, encontró a su hermana, tan vieja y alta como él, que le preguntó con rostro preocupado:

—Isacio, ¿quiénes eran esos y a qué venía todo ese alboroto?

—Los muchachos andan celebrando la victoria del ejército de Abderramán, de taberna en taberna. ¡Cosas de la juventud!

—¿La victoria? ¿Qué victoria?

—¿Qué victoria va a ser? Contra los cristianos de Gallaecia, hermana. ¿No has oído los cánticos de los muecines?

La anciana se llevó la mano al pecho y, como si se le encogiera el corazón, exclamó entre dientes:

—¡Ay… Dios nos castigará!

El clérigo entró en la casa, con el ceño fruncido y bullendo interiormente de negros presagios. Al final de la vivienda, en la cocina, le esperaba un puchero humeante lleno de caldo de verduras. Lo destapó, miró dentro y luego dijo contrariado:

—Hace demasiado calor… Si me tomo esto sudaré durante toda la noche. Mejor será cenar alguna fruta…

Su hermana entró caminado lentamente, apoyándose en un bastón, ignoró lo que él había dicho y le sirvió un tazón de caldo. Y sentándose a la mesa, observó con sequedad:

—Anda, déjate de pamplinas. El caldo te hará bien.

Isacio no rechistó, se puso a migar pan en el tazón y a soplar sobre el hirviente contenido. La anciana no dejaba de mirarlo con cara de honda preocupación y repetía suspirando:

—Dios nos castigará… ¡Ay! Nos castigará…

—¿Por qué dices eso? —le preguntó el clérigo.

Ella, muy afectada, rompió a llorar.

—¿De qué parte está Dios? —sollozó—. ¡Dímelo tú, hermano, si lo sabes! El muecín cantaba esta mañana que el sol se oscureció antes de la batalla para confundir a los cristianos de Gallaecia. Si Dios hizo una señal así es porque estaba del lado de los musulmanes… ¿O no? Entonces… ¿Es Dios agareno?

—¡Qué tonterías dices, mujer! —replicó él con aspereza—. ¡Cómo va a ser Dios

musulmán!

—Entonces… Explícamelo tú, que has estudiado tanto; porque mi torpe cabeza no alcanza a comprender tanta contradicción. Todo el mundo sabe que el sol se oscureció antes de esa terrible batalla… Eso solo puede hacerlo el Omnipotente… Y si resulta que Abderramán venció, ¿estaba pues Dios de su parte?

Isacio no respondía. Hundido en sus pensamientos, sorbía el caldo caliente.

5

Gallaecia, monasterio de Santo Estevo de Ribas del Sil
Agosto del año 939

El abad Franquila estaba sentado en una silla delante de la puerta principal del monasterio de Santo Estevo. Había transcurrido la tercera noche desde que las monjas de Castrelo de Miño se presentaron sin previo aviso y no las había dejado entrar ni siquiera al claustro. Pero cada día, por la mañana, salía después del rezo de la hora de prima a saludarlas y a departir con su sobrina, la reina Goto. Él era poco hablador; en cambio, ella permanecía de pie frente a su tío y, con voz cantarina y atropellada, no paraba de contarle cosas mientras duraba el encuentro, que nunca iba más allá de una hora.

—Según aseguran los que saben tanto de esto —decía la abadesa con exaltación—, desde los tiempos bíblicos no ha habido en el mundo señales en el cielo como las que hubo antes de la batalla. Todos pudimos verlo: a la hora de tercia el firmamento se oscureció y la tierra adquirió un color rojo, como de sangre… ¿Cómo no pensar que Dios iba a hacer un gran milagro con tales signos?

Pálido y adusto, Franquila inquirió:

—¿Y por qué sabes tú todo eso?

—No me invento nada, tío —respondió ella con los ojos encendidos—. ¡Líbreme Dios de jugar con estas cosas! Todo el mundo sabe lo que ocurrió. ¿Acaso no visteis vosotros cómo se hizo de noche en pleno día?

—Sí, sí —contestó él con voz mortecina—. Es cierto que se oscureció el sol. Pero no me refiero a eso… Te pregunto por el resto de los detalles, lo de la batalla y todo lo demás. ¿Quién te lo contó?

En los ojos de Goto asomó la sorpresa. Miró a su tío extrañada y dijo:

—¡Ah! Pero… ¿No habéis recibido en el monasterio la carta del obispo Ero de Lugo?

El abad permanecía sentado sin asomo de azoramiento en el semblante, no obstante su curiosidad. Se encogió levemente de hombros y contestó:

—¿Una carta…?

—¡Sí! Será acaso este el único lugar de nuestra bendita tierra donde no se haya recibido. Déjame que te cuente: el obispo Ero de Lugo, después de la victoria del glorioso rey Ramiro, tuvo la feliz idea de escribir una detallada crónica y la envió a todos los monasterios, conventos e iglesias de Gallaecia… ¡Qué raro! Deberíais haberla recibido…

Franquila la miró confundido con sus ojos fríos y grises. Y ella, frotándose

impacientemente las manos, añadió:

—No te preocupes… Gracias a Dios, traje la carta entre mis cosas… ¡Ahora mismo la podrás leer!

Fue a los graneros donde se hospedaban y al momento regresó con un fajo de pergaminos que entregó al abad. Él los estuvo ojeando taciturno durante un rato y, finalmente, escogió uno y leyó lo siguiente:

> *Cuando Abderramán vio estas señales terribles, consultó a sus sabios, astrólogos y adivinos para que le declarasen su significado. Y ellos, envanecidos y locos, le dijeron: «Este es nuestro dios Allah, que nos anuncia que está en lucha a nuestro lado, ¡grande es su bondad y grande nuestra ventura!, pues, por los grandes méritos de nuestro gran profeta Mahoma, nos quiere dar por herencia la Gallaecia para siempre».*
>
> *Al oír el rey agareno y sus magnates estas nuevas, se llenaron de alegría y entusiasmo, y llevados por su gran saña y soberbia, enviaron sus cartas y mensajería muy aprisa a toda su gente, para que se aprestaran a la batalla, pertrechados con sus armas y todo lo necesario. Y juntaron tanta morisma que de ninguna manera podía ser contada ni venir toda a tierra de cristianos por el mismo camino. De manera que se dividieron los caudillos y avanzaron hacia nuestra Gallaecia por diversas partes, haciendo grandes estragos por donde pasaban. Y los cristianos, viendo tal muchedumbre de moros y los daños que causaban, quedaron espantados, y algunos, movidos por su miedo, quisieron concertar la paz para evitar mayores males. Pero el conde Fernán González se negó a hacer tal cosa y propuso en cambio a los suyos ponerse bajo la protección de sus patronos Santiago y san Millán.*
>
> *Teniendo noticias nuestro rey Radamiro de lo que venía sucediendo en Castilla, reunió a los nobles y les explicó la vergüenza y deshonra tan grande que sería no ayudar a los cristianos que defendían la marca. Y les ofreció hacer los votos a Santiago, lo cual aprobaron todos. Haciéndose pues las encomiendas y las promesas a los santos patronos, se manifestó pública fe en la victoria sobre los agarenos.*
>
> *Entonces, aun siendo estas ayudas del cielo bastantes y*

merecedoras del triunfo, le pareció bien al rey Radamiro y a todos los señores y obispos de la Gallaecia con él, encomendar la empresa a san Paio y hacer firme promesa de traer sus reliquias a esta bendita tierra, pues de todos es sabido que reposan en Córdoba, donde el santo muchacho recibió la corona del martirio. Y nuestro rey, delante de la cruz del Señor, hizo este voto: «Nos encomendamos al bienaventurado mártir san Paio, y le hacemos voto de devolver su glorioso cuerpo a esta su tierra, por el merecimiento de haber vencido en la batalla a aquel que tan grande martirio le dio».

Entre tanto, desde Toledo, por el valle del Duero, marchaba la hueste de Abderramán con el fin de apoderarse de Zamora, para, desde allí, sujetar León y toda la Gallaecia. Por el camino se le unieron los moros de Zaragoza y llegaron todos juntos hasta las murallas de Simancas, componiendo una visión aterradora, por la inmensidad de hombres y bestias. Mas allí le esperaba nuestro cristianísimo rey con los condes Fernán González y Assur Fernández, los de Álava y Pamplona con su rey García Sánchez y la reina Toda Aznar a la cabeza.

El estrépito y el vocerío eran tan grandes que parecían estar abiertas las puertas del infierno. Los moros hacían ruido y gritaban: «¡Mahoma, Mahoma!». A lo que los nuestros contestaban: «¡Santiago, Santiago! ¡San Millán, san Millán! ¡San Paio, san Paio!». Todo esto, mezclado con el relinchar de los caballos y el tronar de sus cascos sobre el pedernal, causaba gran espanto.

El rey de Zaragoza con su gente fue el primero en arrancarse al combate, para hacer méritos delante de su amo y señor Abderramán; cruzando el río de Simancas, llamado Pisuerga, encontró a los cristianos muy firmes y muy resueltos a presentarle batalla. Se trabó duro combate hasta que los moros fueron vencidos y su rey Aben Yahya cayó de su montura y, abandonado de los suyos y no pudiendo recuperar su caballo, fue hecho prisionero.

Entonces, animados por el triunfo de este lance, los cristianos de la primera línea atravesaron los ejércitos moros

hasta sus últimas filas; y estos, como eran tan numerosos, los envolvieron cogiéndolos en medio y causándoles mucho daño. Pero el rey Radamiro dio la orden de ataque y avanzó con los castellanos a su derecha y los navarros a la izquierda.

Entonces fue el milagro: se abrió el cielo y se vio descender a una muchedumbre de ángeles armados, entre los cuales venían el apóstol Santiago, san Millán y san Paio, en caballos blancos, con armas en las manos resplandecientes como plata. Lo cual, al verlo los cristianos, echaron pie a tierra e hincaron las rodillas. Y como los moros no veían la ayuda celestial, sino que era dada a contemplar solo a los cristianos, creyeron que los nuestros se rendían cobardemente y arreciaron envalentonados dando por ganada la victoria.

Pero ya tenía resuelto Dios a quién dar el triunfo, que no era sino para sus fieles. Así que las líneas cristianas se rehicieron y empezaron a derrotar a los moros con enormes pérdidas; y estos, en vergonzosa desbandada, huyeron dejando atrás su campamento, con los estandartes y todas sus riquezas.

El mismo Abderramán escapó vivo de puro milagro, abandonando sobre el campo el real, el pabellón y su tienda de campaña, donde se dejó su propio libro del Corán y su cota de malla preferida, tejida toda con oro fino. Sus mujeres y mancebos escaparon a los campos y fueron cogidos triscando cerros arriba, como cabras monteses. Fueron hechos prisioneros numerosos magnates del ejército de los mauros, entre los que destaca el gobernador de Zaragoza, el poderoso príncipe Muhamad aben Hashim al Tuyibí. Con lo que la victoria de los nuestros fue completa, ganándose en ella preciosos despojos: alhajas, vestidos ricos, armas, caballos y muchos cautivos. Loado sea el Dios que nos da la victoria sobre nuestros enemigos, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando hubo terminado de leer el escrito, Franquila elevó los ojos al cielo y exclamó en un susurro:

—¡Bendito sea Dios! ¡Ciertamente, es un milagro!

El rostro de la reina Goto resplandeció de felicidad al ver la emoción de su tío, y dijo solemnemente:

—Dios ha estado grande con nosotros. Ha sido un milagro patente. Por eso hemos venido, venerable tío Franquila…

El abad sonrió por primera vez, serenamente, y la miró con ojos llenos de confianza.

Ella añadió con audacia:

—Y ahora, ¿nos dejarás hablar con Hermogio?

Él la examinaba atentamente, percatándose de que ya no admitiría una negativa. Pero permanecía en silencio, meditando su respuesta. Se puso de pie y se acercó a ella diciéndole:

—Hermogio es muy anciano, está enfermo y la razón le ha abandonado.

Goto alzó las cejas, contrariada. Aguardó un poco y luego replicó:

—Da igual. De todas maneras, he de hablar con él. Algo nos dirá sobre lo que sucedió en Córdoba hace quince años. Por la gloriosa memoria de san Paio, déjame entrar en el monasterio para ver a Hermogio. Su hermana Aldara y yo queremos hablar con él, para saber algunos detalles.

—Será inútil; pues todo lo ha olvidado. Ya te he dicho que la razón le ha abandonado.

Sin titubear, la abadesa se puso de rodillas delante de su tío y le suplicó:

—¡Déjanos entrar!

—La regla de san Benito lo prohíbe terminantemente.

Estas palabras acabaron de colmar la paciencia de Goto, la cual, lanzando una mirada llena de exasperación sobre el abad, dijo:

—Entonces, consiente al menos en que los hermanos lo saquen aquí afuera en una camilla. ¡Te lo ruego! Es muy importante para nosotras…

Él trató de apaciguarla con una sonrisa.

—No todo está en nuestras manos —le dijo—. Os empeñáis en traer las reliquias de Paio desde Córdoba y no reparáis en que tal empresa es harto peligrosa. Muchos lo han intentado ya y no han logrado sino enfurecer más a los mauros… ¿Por qué no dejáis las cosas como están?

A lo que ella, exasperada por su indiferencia, contestó amenazadoramente:

—¿De verdad no te preocupa que esas reliquias sigan allí, en tierra de herejes e infieles? Nuestro rey Radamiro hizo voto de devolverlas a Gallaecia si vencía en la batalla… ¡Él sabrá que te niegas a colaborar!

Franquila, sin perder la calma, repuso:

—No quiero que te enfades. Simplemente te advertía de los inconvenientes de ese propósito. Hace cinco años se envió una embajada desde Celanova con el fin de recuperar las reliquias y todo fue inútil. Costó dinero, esfuerzo y la vida de cuatro monjes… Tal vez Dios tiene decretado en su Divina Providencia que los huesos del mártir sigan allí, reposando en las proximidades del lugar de su martirio.

Goto suspiró con irritación y le preguntó con voz apremiante:
—¿Me dejarás ver a Hermogio?
Él respondió adoptando una actitud seca y a la vez condescendiente:
—Debo consultarlo a los hermanos en el capítulo. Mañana te daré la contestación.

6

Córdoba, Gran Mercado
Septiembre del año 939

Con parsimonia y concentración, Lindopelo batía en el mortero la mezcla de polvo de alheña e índigo, agobiado de calor e impaciencia, presintiendo que, de un momento a otro, vendría alguien de Zahara para reclamar sus servicios. Porque desde la tarde anterior corría por Córdoba la noticia de que el califa se hallaba ya en el palacio. Y sus presentimientos no iban descaminados, pues, de repente, irrumpió en el establecimiento un joven de baja estatura, fornido, vestido con la delicada librea de la servidumbre de Abderramán, aljuba de seda verde, fajín blanco y gorro de tafetán negro. Y aunque lo estaba esperando, Lindopelo parpadeó un instante y se quedó inmóvil, petrificado de terror, como siempre le sucedía cuando llegaba la hora de presentarse en Zahara, a pesar de llevar más de dos años haciéndolo regularmente.

El rostro del recién llegado reflejó apremio y ansiedad:

—¡Vamos! —gritó—. ¡Te esperan!

Los ojillos de Lindopelo empezaron a moverse de un lado a otro y luego se cerraron con fuerza, como si pensara que así se hacía invisible; sus manos seguían detenidas, aferradas al mortero.

—¡Vamos, por el Profeta! ¡La cosa es urgente! —insistió el paje.

Lindopelo reaccionó al fin y, con nerviosismo, se puso a recoger los enseres propios de su oficio: sustancias, pomadas, afeites, tinturas, peines, paños… Tenía perfectamente memorizada la lista de todo lo que necesitaba, pero, aun así, siempre temía olvidar algo.

—¡Vamos, vamos, vamos…! —lo apremiaba el joven.

—No me metas prisa, que si me faltara alguna cosa tendría que regresar a por ella y perderíamos más tiempo.

—Deberías haberlo tenido previsto…

Salieron y cargaron todo mecánicamente en las alforjas de los tres asnos que esperaban a la puerta guardados por otro criado, apenas un muchacho de catorce años. Montó Lindopelo y agarró las riendas con mano petrificada, mirando la neblina soleada de los humos de la calle. Era la hora del almuerzo y no le había dado tiempo a comer; pero ¿quién pensaba en eso con tanta prisa y preocupación?

Atravesaron el gran mercado, repleto de sus gentes, que eran muchas, a las que se sumaban aquel día las oleadas humanas que acudían a la ciudad para celebrar las fiestas del final de Ramadán. El claro sol de septiembre proyectaba sus ardientes rayos y los tres asnos se abrían paso con considerable esfuerzo entre el gentío, los

tenderetes, los carromatos y las bestias que abarrotaban los angostos callejones. El olor de las frituras, los guisos y los dulces enmelados impregnaba el aire. Continuaron sin parar, avanzando todo lo rápido que permitía aquella aglomeración, por las tiendas de los artesanos y comerciantes, pasando por delante de la variedad de negocios donde los aromas se esparcían como indicadores: penetrantes perfumes, esencias, drogas narcóticas, hierbajos secos, especias, cueros, tejidos y malolientes jaulones de gallinas y palomas. Los enormes portalones que marcaban los confines de cada barrio permanecían abiertos de par en par y la muchedumbre se agolpaba, antes de esparcirse por la interminable maraña de retorcidas callejas y plazuelas. Cuando lograron alcanzar el final del mercado, les refrescó los rostros el aire puro de las arboledas del río Guadalquivir y pudieron hacer trotar a los borricos recorriendo el ancho adarve, para entrar luego por una de las puertas en la Medina. La vida en esta parte era más sosegada y silenciosa; los edificios sobrios y las moradas escondían sus intimidades detrás de impenetrables muros, en cuyas alturas tan solo se asomaban las delgadas palmeras o las retorcidas ramas de algún nogal. Abandonaron la ciudad por la puerta de Amir y se aventuraron en unos baldíos que se extendían desde las murallas. A derecha e izquierda, un arenal agostado por el largo verano cobijaba infinitas sepulturas, pobres y anónimas, señaladas apenas por montoncitos de piedras. Las sierras se veían a los lejos, parduscas y misteriosas. El camino discurría más adelante atravesando agrestes y montuosos campos donde crecían apretados arbustos, entre peñascos y retorcidas encinas. Ni la mínima brizna de aire corría y las chicharras se empeñaban en recordar que el calor de septiembre resistía aferrado a la tierra.

Llegaron al fin ante las puertas de Zahara, de gruesa madera revestida de bronce pulido, abiertas en las altísimas tapias que escondían todo lo que había detrás… Los guardias les franquearon el paso y penetraron en los jardines, cuajados de verde espesura, pero maravillosamente delineados con arrayanes, laureles y romero, sombreados por sicomoros, cipreses y palmeras que brotaban entre adelfas floridas, jazmines y rosales. Aquel orden bello y perfecto se extendía en armoniosas terrazas que se adaptaban a la ladera, de manera que se recorría ascendiendo por senderos y escalinatas, hasta la plataforma en que se alzaban los palacios, cuya blancura contrastaba con la oscura vegetación. Evitando la entrada principal, que estaba reservada únicamente al califa, bordearon los muros hacia el poniente y se adentraron por los fragantes huertos sembrados de orégano, lavanda, espliego y tomillo, regados por una red de acequias cuya agua fluía transparente, acompañada de su agradable sonido. Dejaron allí los borricos y caminaron por un corredor abierto entre granados y olivos. Accedieron a las traseras del edificio por una arquería casi oculta entre almendros y naranjos. Allí, en las intimidades de la prohibida Zahara, Lindopelo tuvo que aguardar, como siempre, en un amplio y cuadrado patio, delante de un estanque

igualmente cuadrado, en cuyo centro rumoreaba una fuente. Frente a él estaba el porche de madera y la puerta de entrada a las dependencias de los chambelanes eunucos.

Salió Alí aben Alfar, quien se ocupaba del vestido y el aseo de Abderramán, y a Lindopelo le costó trabajo reconocerle a primera vista: se le veía fofo y con la cara muy enrojecida. Los otros eunucos que fueron saliendo también habían perdido su gordura. Allí estaban Ibrahim Effat, el más joven de ellos, requemado por el sol y muy desmejorado; y después apareció Muhamad al Muhmín, el peluquero, seco e igualmente con la piel tostada. ¡No parecían los mismos! Y pensó Lindopelo que sería a causa de los ayunos del Ramadán.

Alí, el vestidor real, se adelantó y se detuvo a dos pasos de Lindopelo, lo miró de arriba abajo y le reprochó malhumorado:

—¡Cuánto has tardado!

—La ciudad estaba abarrotada de gente… —se excusó él.

—¡Uf! ¡Qué calor! —se quejó Alí.

Lindopelo percibió algo extraño en las caras de los chambelanes de Zahara, pero no se atrevió a preguntar. Simplemente, por decir algo, observó:

—Tengo ahí todo lo necesario. Puedo ponerme a trabajar cuando me digáis. Es verdad, hace demasiado calor…

Al Muhmín, el peluquero, parecía agotado y triste. Con voz mortecina, dijo:

—Será mejor que te pongamos en antecedentes…

Los demás clavaron en él unas severas miradas. Después se quedaron todos en silencio durante un rato. Entonces Lindopelo acabó comprendiendo que algo malo había sucedido y su corazón se encogió oprimido por negros presagios.

Parpadeando, con los ojos enrojecidos y perdiendo la mirada en el vacío, Alí dijo:

—Nuestro señor Al Nasir aún no se encuentra en Zahara.

—Pero viene de camino… —añadió el joven Ibrahim.

Lindopelo miró a uno y otro extrañado y murmuró:

—¿Entonces…?

Alí bajó la vista con apreciable tristeza y explicó:

—Ha habido algunos inconvenientes. El regreso de las tropas se ha demorado. Pero esperamos que en cualquier momento… En fin, no debemos preocuparnos por eso. Nosotros a lo nuestro.

Y el peluquero Al Muhmín, mirando a los otros como si los pusiera por testigos de sus palabras, añadió:

—Ahora nuestra única preocupación debe ser contentar a Al Nasir y devolverle la dicha que tanto se merece.

«¿La dicha que tanto se merece?», se preguntó Lindopelo. Sin duda, algo horrible había sucedido.

Alí dio una fuerte palmada y, esforzándose por cobrar ánimo, ordenó:

—¡Hala! No perdamos más tiempo. Adentro todo el mundo, que tenemos mucho que hacer. Las mujeres nos están esperando.

—¿Las mujeres? —preguntó Lindopelo.

—Sí, las mujeres —respondió el eunuco—. En esta ocasión, y sin que sirva de precedente, teñirás en primer lugar a las mujeres. Puesto que Al Nasir no ha llegado aún.

En el pabellón que había tras el porche, estalló el escándalo de gorjeos y trinos de la multitud de pájaros que revoloteaban en los enormes jaulones que ocupaban casi todo el espacio. Desde allí pasaron a un jardincillo interior, rectangular, en cuyo suelo cubierto de finísimo albero se dibujaban las sombras de una línea de delgados y oscuros cipreses. Una escalinata de mármol conducía al harén… Sentadas en los escalones, varias mujeres conversaban envueltas en sencillas batas de andar por casa. Hacía aquí todavía más calor. Y Lindopelo, como siempre le sucedía al verse en aquel lugar, se sintió arrebatado por un paralizante ataque de nerviosismo y excitación, mientras su nariz se saciaba con los aromas del almizcle y el jazmín.

De repente, una voz femenina gritó:

—¡Lindopelo! ¡Tunante! ¡Qué abandonadas nos has tenido!

Una de las mujeres, grande y con el rostro enmascarado por los afeites, se había puesto de pie en la escalera y agitaba las manos.

Lindopelo se echó a reír, como para disimular la turbación que acababa de sentir, antes de responderle zalamero:

—¡Zakariya! ¡Se te ve muy guapa!

En los ojos de la mujer brilló una mirada recelosa, meneó la cabeza y exclamó:

—¡Estoy hecha una mierda!

Transcurrió un momento de silencio, cargado de apuro, hasta que el peluquero Alí aben Alfar dijo:

—No te quejes, Zakariya… Al menos tú te has librado de todo lo que nos ha pasado a nosotros…

Lindopelo volvió a percibir la sombra de aquellos misteriosos y graves sucesos que nadie acababa de desvelarle y, sin poder soportar ni un momento más la curiosidad, acabó suplicando:

—¡Por Dios, decidme de una vez qué ha pasado!

Todos allí se miraron con semblantes graves y ninguno de los eunucos abrió la boca. Zakariya entonces se rio, fingiendo ignorar la atmósfera que la rodeaba, y dijo con franqueza e hilaridad:

—¡Anda, resulta que no le habéis puesto todavía al corriente!

Todos inclinaron la cabeza, apesadumbrados. Pero ella bajó por la escalera y avanzó por el jardín hasta donde estaba Lindopelo. Orgullosa, hinchó el pecho

grande, como haciendo acopió de valentía, y añadió:

—A nuestro Al Nasir le han dado para el pelo en Gallecia. Su odiado enemigo Radamiro le ha vencido vergonzosamente. ¡Una catástrofe! Yo no fui a la campaña esa, pero las mujeres que estuvieron allí han salvado el pellejo de puro milagro y me lo han contado todo: los cristianos ganaron la batalla en Simancas y luego persiguieron a los nuestros hasta unos barrancos donde fue el mayor desastre… ¡Imagínate! Hasta la servidumbre del califa, sus eunucos y mujeres tuvieron que huir apresuradamente, desperdigándose por los campos y en grave peligro… ¿No ves lo flacos y desmejorados que han venido estos? Han estado durante días sin comer y en su vida han pasado más miedo…

—¡Zakariya, por Allah, ya está bien! —gritó Alí.

Ella se echó a reír de nuevo y, encarándose con él, le espetó:

—¡No digo sino lo que todo el mundo sabrá dentro de un par de días! ¿A qué viene tanto misterio? ¡Todo esto pronto será un secreto a voces!

—¡Calla! —gritó el eunuco con pavor en el rostro.

Pero Zakariya, con ojos encendidos y voz rebosante de despecho, replicó:

—¡Cállate tú, viejo zorro! Y dale gracias a Allah por estar vivo y en casa. Porque son muchos los que no podrán contarlo.

Las otras mujeres se aproximaron y empezaron a confirmar el relato de Zakariya. Decían:

—¡Estamos vivas de puro milagro! ¡Si llegan a echarnos mano los infieles, solo Allah sabe lo que nos hubiera pasado! ¡Espantoso! ¡Ha sido espantoso!…

Alí, enfurruñado, dio palmas pidiendo silencio:

—¡Ya está bien! Eso ya pasó, gracias al Misericordioso. Ahora debemos preocuparnos de que todo esté en perfecto orden cuando regrese Al Nasir. Y ¡por la grandeza y la gloria del Profeta!, que nadie diga lo más mínimo de aquello en su presencia. ¡Como si no hubiera pasado!

Zakariya, socarrona, se dirigió a Lindopelo y dijo sonriendo:

—Se fueron a principios del verano y regresarán mañana. ¡Tres meses han estado por ahí! Soportando calor, derrota y calamidades… Mira a todos estos: están que da pena verlos… Al Nasir tiene ya cerca de cincuenta años, traerá el pelo como un manojo de vieja estopa… ¡Con lo presumido que es! Ya te puedes emplear bien, Lindopelo, pues no creo que esté de muy buen humor…

7

Gallaecia, monasterio de Santo Estevo de Ribas de Sil
Septiembre del año 939

El abad de Santo Estevo no estuvo dispuesto a renunciar a su proverbial terquedad y no permitió que ninguna de las monjas venidas de Castrelo de Miño pusiese un solo pie dentro del sagrado espacio de su monasterio. No obstante, la reiteración y porfía de la reina Goto acerca de la necesidad de que ella y Aldara, la madre del mártir san Paio, se vieran con el monje Hermogio, finalmente lograron convencer a Franquila de que el encuentro tuviera lugar al menos fuera, delante de la puerta principal de la iglesia.

El domingo, después de la misa mayor, cuatro monjes sacaron a Hermogio de su celda en una camilla y lo trasladaron al atrio del monasterio, donde aguardaban el abad y las monjas. Aldara se entristeció y lloró al ver lo anciano y disminuido que estaba su hermano: se dibujaba la muerte en su rostro apagado, menguado; los brazos, delgados como sarmientos, caían sin vida a los costados; nada en él abultaba, excepto la nariz y el cráneo completamente calvo; ni siquiera conservaba las barbazas que lucía cuando era obispo de Iria.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó Goto—. ¡Verdaderamente, no somos nada!

Aldara se arrodilló junto a la camilla, cogió las blancas y mortecinas manos del enfermo y estuvo sollozando:

—¡Ay, hermano mío! ¡Qué lástima! ¡Dime algo, Hermogio! ¡Por Dios, háblame!

El anciano monje se removió y abrió los ojos. Miró a un lado y otro y sus labios temblaron.

—Quiere hablar —señaló Goto—. ¡Mirad, desea decirnos algo!

Tras un instante en el que todos permanecieron en silencio y mirándole con atención, Hermogio se quedó dormido. Entonces Franquila se volvió con el rostro sombrío hacia las monjas y observó con pesadumbre:

—Ya os lo dije. No resulta nada fácil hablar con él. Generalmente está sumido en el sueño y, cuando logramos que salgan de él algunas palabras, únicamente expresan delirios. Creo que no deberíamos fatigarle más.

Ignorando este consejo, Aldara besó la frente de su hermano e insistió:

—¡Hermogio, por Dios, dinos algo! ¡Habla, hermano mío!

Los ojos del moribundo volvieron a abrirse, esta vez con mayor luz y vida, se movieron a un lado y otro, parpadearon y luego se quedaron fijos en el cielo.

—¡Hermano mío! —exclamó Aldara—. ¿Recuerdas a tu sobrino Paio? Paio, nuestro hermoso muchacho… ¡Tu querido Paio!

Sorprendentemente, Hermogio se agitó en la camilla e hizo ademán de incorporarse. Al verlo, Goto murmuró:

—¡Santo Dios! ¡Alabado seas, Señor!

De pronto intervino el abad Franquila, elevando la entonación de su voz, cosa que anunciaba que también él tenía interés en que el enfermo dijese algo:

—Hermogio, hermano nuestro, siervo del Dios bendito, ¿recuerdas a tu santo sobrino Paio?

Hermogio volvió la cabeza hacia él y lo miró muy fijamente. Con un hilo de voz, respondió:

—Cada día hablo con él… ¡Ay, Paio, ruega a Dios por mí!

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó la reina Goto, agitando las manos—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que nos diría algo!

Aldara sonrió entre lágrimas y abrazó a su hermano con ternura, suplicándole:

—Dinos qué sucedió en Córdoba… Nunca nos lo quisiste contar. Ahora Dios te llevará y nos quedaremos sin saberlo… ¡Dinos qué pasó, hermano!

Hermogio tosió débilmente un par de veces y suspiró:

—¡Ay, estoy tan cansado!

El abad, compadecido, murmuró:

—¡Que Nuestro Señor te devuelva las fuerzas, hermano!

Los pálidos labios de Hermogio volvieron a temblar, al decir:

—El diablo sarraceno quiso devorar la tierna carne de Paio… Mas su alma, el alma de nuestro buen muchacho es de Dios…

El corazón de todos los presentes se encogió. Y la reina Goto, llena de ansiedad, acercó su rostro al del enfermo y le rogó:

—Dinos lo que sabes. Necesitamos pruebas e indicios para tener la certeza de que el cuerpo de Paio es el que se venera en Córdoba… Y queremos traerlo aquí, a nuestra santa Gallaecia, que es donde deben reposar aquellas reliquias. Dinos lo que sabes.

Haciendo un gran esfuerzo, Hermogio dijo:

—Nada sé, excepto que nuestro santo muchacho quiere seguir reposando allí. No hagáis esfuerzo alguno por traerlo, porque no es voluntad suya venir…

—¡No digas eso! —replicó Aldara, muy afectada—. ¡Mi niño debe estar aquí, en su tierra, conmigo, con nosotros!

—Paio está en los cielos… —murmuró Hermogio.

—Eso ya lo sabemos —dijo Aldara—. Pero necesitamos tener sus reliquias aquí, junto a nosotros… ¡Paio debe reposar en nuestra tierra!

Hermogio volvió a cerrar los ojos y murmuró entre dientes algo incomprensible.

—¿Qué dices? —le preguntó con ansiedad su hermana—. ¿Qué más tienes que contarnos?

El enfermo tosió y luego empezó a entonar un salmo: «*Misericordias Domini in æternum cantabo…*».

Transcurrió un momento de silencio, cargado de desazón. Nadie comprendía lo que quería expresar. Y Franquila, con un tono triste, dijo:

—Ya os lo advertí: delira. Y su delirio no hará sino confundirnos.

Entonces, Goto ordenó:

—Dadle un poco de agua, a ver si así…

Un monje se aproximó con una escudilla y le dio de beber al enfermo. Y éste, algo más confortado, volvió a clavar sus ojos en el cielo y habló de nuevo:

—¡Ay, llévame, Señor, contigo! Condúceme a la verde Gallaecia del cielo… Porque… *Gallaecia est laetitia nostra! Patria nostra est!Multi fluvii in Gallaecia sunt…* [¡Gallaecia es nuestra alegría! ¡Es nuestra patria! Hay muchos ríos en Gallaecia…].

—Es cierto, delira —suspiró Goto apenada—. Mezcla las cosas del cielo con las de la tierra; su espíritu está en tránsito. Si queremos traer las reliquias de Paio, tendremos que buscar por otro camino, pues Hermogio nada útil podrá decirnos.

Entonces, el enfermo se puso a gritar con voz quebrada:

—¡Dejadme en paz! ¡No os empeñéis en traer a Paio! ¡Él no quiere venir!

—Pero… ¡¿Por qué?! —le preguntó Aldara—. ¡Hermano mío, dínoslo de una vez! ¿Por qué mi hijo no quiere venir?

Para sorpresa de todos, Hermogio estalló en una delirante carcajada y se rio tanto que acabó tosiendo de nuevo. Después miró a su hermana fijamente y dijo:

—Porque Paio está aquí… Yo lo veo… Ahora mismo lo estoy viendo… ¡Cómo lo vais a traer si ya está aquí! ¡Acabaréis ofendiendo a Dios con vuestro empeño! Paio fue a la tierra de los ismaelitas para cumplir un mandato de Dios…

Aldara volvió a preguntar:

—¿Y por qué no quiere venir? ¿Ya cumplió su misión?

Hermogio no respondió a la pregunta, sino que le dijo con tono alegre:

—¡A la Gallaecia del cielo deberíamos ir todos! ¡Todas mis fuentes están en ti! *Benedicite, aquae omnes, quce super caelos sunt, Domino*… *Benedicite, maria et flumina, Domino; benedicite, fontes*… [Bendecid al Señor todas las aguas que hay sobre los cielos… Bendecid al Señor, mares y ríos; fuentes, bendecid…]

Comprendieron todos los presentes que era inútil obtener alguna información de Hermogio, dado el estado de demencia y ensueño en que se hallaba. El abad ordenó entonces que lo devolvieran a su celda y las monjas le despidieron, besándole las manos, mientras él seguía con sus extasiadas alabanzas, cantando a viva voz:

—*Benedictus es in firmamento cæli et laudabilis et gloriosus in sæcula…!* [¡Bendito eres en el firmamento del cielo, y loable y glorioso por siempre…!]

Todos se quedaron en silencio, desconcertados y meditabundos. Pareció que las

extasiadas plegarias del moribundo permanecían prendidas en el aire. Era una mañana sombría, y sin embargo vaporosa y cálida en su humedad, con un sol íntimo y velado que pronto quedó oculto entre nubes oscuras. De repente, empezó a llover… Y la entrañable fragancia del bosque cobró fuerza. El misterio de aquel sacro lugar se intensificó con los aromas de la tierra mojada. Los monjes corrieron a refugiarse en el claustro del monasterio y las monjas a los graneros donde se hospedaban.

La reina Goto y Aldara se miraban con desolación. Estuvieron llorando en silencio mientras, frente a la ventana, la lluvia caía fina sobre las enredaderas que ahogaban una musgosa pared.

—Es todo tan raro… —comentó la abadesa.

—Sí… —balbució Aldara, con los ojos claros fijos en la lluvia—. Parece como si… —su voz se ahogó en un suspiro—. ¡Se ha puesto a llover!

—Estaba pensando lo mismo —dijo Goto—. *Benedicite, omnis imber et ros, Domino…* [Bendecid al Señor, toda la lluvia y el rocío…]

—Y ahora… ¿Qué vamos a hacer ahora?

La abadesa se quedó pensativa. Al cabo, respondió:

—Debemos seguir con nuestro propósito: traer a Gallaecia las reliquias de nuestro santo Paio. Es justo y… ¡necesario! El rey Radamiro hizo voto de devolver su cuerpo aquí si vencía en Simancas. Y venció. Luego nuestro cometido es hacer lo posible para que se cumpla esa sagrada promesa.

—No sé… —observó Aldara, llevándose las manos al pecho—. ¿Y si…? ¿Y si lo que ha dicho mi hermano Hermogio fuera cierto…?

—¿Qué?

—Eso de que Paio no quiere que vayamos a por él. Porque su alma está aquí… ¿Y si ha tenido Hermogio una verdadera visión?

—¡Oh, no! Era solo su delirio. Tu hermano se siente culpable, en cierto modo, y no quiere que removamos nada de aquello. Nunca quiso recordar aquel terrible suceso y menos ahora que se siente morir. Dejémosle en paz. Somos nosotras, tú y yo, quienes debemos encargarnos de esto.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas que tenemos que hacer ahora? —preguntó Aldara con ansiedad.

—Iremos a León a encontrarnos con Radamiro para decirle lo que ha sucedido aquí, que no podemos esperar información alguna de Hermogio y que hay que empezar a indagar por otro camino…

—¿Por otro camino? ¿Qué camino es ese?

Goto puso en ella una mirada enigmática y respondió:

—Tendremos que ir allí.

—¿Adónde?

—A Córdoba, querida; a tierra de agarenos. Iremos por el camino del Sur.

El rostro de Aldara reflejó el enorme terror que le causó esta respuesta. Y Goto, al verla tan espantada, añadió:

—No te preocupes, Radamiro nos ayudará a encontrar el camino. No debemos temer, pues Dios estará a nuestro lado. Este será nuestro cometido y nuestro santo Paio nos defenderá. Hay que emprender el viaje.

8

Córdoba, Al Rufasa
Septiembre del año 939

Una muchedumbre se congregó en el arrabal de Al Rusafa, en el extremo norte de la ciudad, extendiéndose desde la puerta de Al Yahud hasta las alfarerías, donde se hallaba la mezquita de Umm Salma. Todo Córdoba estaba allí al mediodía, soportando el ardiente sol, excepto los que por algún motivo no podían salir de sus casas. La Medina, los zocos y el resto de los barrios se habían quedado desiertos. Las primeras tropas del ejército del califa llegaron por la mañana. Ya los muecines lo anunciaron al alba desde los alminares, cuando convocaron a la oración de Al Fayr, y la gente se encaminó por todas las calles dando palmas y cantando con alborozo:

—*¡Al Láju Ákbar!* [¡Dios es el más Grande!]

—*¡Subjána Laj!* [¡Gloria a Dios!]

—*¡Al Jamdú lil Láj!* [¡Alabado sea Dios!]

Al caer la tarde, todavía continuaban llegando destacamentos. Una espesa nube de polvo envolvía el arrabal y cubría a los fatigados soldados, los estandartes, los caballos, los escudos, las armas y toda la impedimenta. Un aire de pesadez y desgana parecía desprenderse de aquella hueste sucia, maloliente y famélica. Las mulas y los camellos cargados de hierro y sedientos se negaban a avanzar y los hombres les golpeaban con sus varas, rabiosos, maldiciendo, acuciados por el empuje de los que veían detrás deseosos de alcanzar el ansiado reposo. Algunos de aquellos soldados, deshechos por el cansancio y el calor, se dejaban caer y permanecían tendidos en el suelo, hasta que llegaban los heraldos y les obligaban con gritos y patadas a levantarse. Nada resultaba triunfal en las distintas formaciones que desembocaban en la llanura, frente al arrabal de Al Rusafa, por mucho que desde el alminar de la mezquita cercana de Umm Salma el muecín se desgañitara exclamando:

—*¡La jaulá ua Allah Kuwuata il la bil lájil aliyul adzime!* [¡No hay fuerza ni poder excepto en Dios, el Altísimo, el Magnífico!]

A lo que la gente, entusiasmada, contestaba:

—*¡Al Láju Ákbar!* [¡Dios es el más Grande!]

—*¡Subjána Laj!* [¡Gloria a Dios!]

—*¡Al Jamdú lil Láj!* [¡Alabado sea Dios!]

El arenal polvoriento se iba llenando de bestias y hombres que se extendían armando el inmenso campamento que, a las órdenes de los oficiales, iba tomando cierta forma ordenada merced a los diversos emplazamientos que correspondían a cada sección. Cuando les era asignado un sitio, los soldados se apresuraban a

desplegar y levantar sus tiendas para tenderse de inmediato en ellas. Muchos, que no tenían más pertenencias que lo puesto en sus malogrados cuerpos, sencillamente se tumbaban en el campo a cielo abierto, medio muertos de cansancio.

Najda ben Husayn, el gran cadí de Córdoba, acababa de descabalgar y se encontraba de pie, solo, sujetando por las riendas su yegua alazana. Contemplaba con semblante sombrío la inmensa multitud, de la que brotaba un intenso clamor de voces, oraciones y vítores. Dejó escapar un suspiro y sus ojos enrojecidos, vidriosos, buscaron la visión de la ciudad. Un último rayo de sol hacía dorados los muros, los tejados, las torres, las cúpulas… Todo era bello y apacible, pero su congoja le impedía disfrutar del momento. Un reguero de lágrimas recorrió su rostro tostado, brillante de sudor, antes de que se lo cubriera con las manos, para evitar que adivinaran su estado de ánimo.

Los soldados pasaban delante de él sin cesar. Los semblantes eran graves y algunos de ellos emitían débiles gemidos, al sentirse por fin a salvo y cerca de casa. Muchos sostenían a otros camaradas por el brazo o los llevaban colgando de los hombros. También los había que iban dormidos a lomos de sus caballos, tambaleándose y sosteniéndose de puro milagro. En el ocaso, todo se confundía sobre aquellos cuerpos martirizados que desprendían el inconfundible hedor de la mugre y el sudor podrido y que se iban distribuyendo en todas direcciones, llenando aquella extensión baldía. Las tiendas más próximas a la ciudad estaban a menos de cien pasos de las últimas casas, las más alejadas se perdían en la distancia. Los cordobeses acudían con agua, panecillos, fruta y ungüentos para socorrer a los heridos, y empezaban a percatarse del verdadero estado calamitoso del ejército.

Najda ben Husayn hizo un esfuerzo para sobreponerse y ordenó a sus ayudantes que dispusieran lo necesario para que los pabellones y estandartes se plantaran delante del oratorio del arrabal, frente a la mezquita de Umm Salma, como era costumbre. Los abanderados hicieron lo mandado y solo entonces el campamento adquirió cierto colorido, aunque permaneció algo funesto, lúgubre incluso, en la visión de tantos hombres tendidos en el suelo. Así que el cadí mandó llamar al jefe de todos los músicos del ejército. Pero uno de sus ayudantes le comunicó:

—Mi señor, el jefe de todos los músicos murió en la emboscada.

Najda enrojeció de cólera y gritó:

—¡Pues alguien ocupará su lugar! ¡Ningún puesto de las tropas queda vacante por la muerte de su titular! ¡Id a buscar al que manda ahora sobre todos los músicos, sea quien sea, y decidle que suenen los tambores y las chirimías! Y si nadie ocupa todavía el cargo, nombradlo inmediatamente. ¡Esto no parece un ejército, sino un maldito cementerio!

Al cabo, débilmente y poco a poco, empezaron a oírse las fanfarrias en algunos puntos del campamento. Entonces la multitud de los cordobeses arreció con sus voces

y plegarias, uniéndose a la música. Pero, aun así, un apreciable desánimo cundía entre los soldados y se transmitía irremediablemente a la población expectante.

El sol se ocultaba. El cadí no apartaba sus ojos de la inmensa masa informe que componía el ejército y que aún continuaba llegando, tropa tras tropa, como un río oscuro que desembocaba en las inmediaciones del arrabal de Al Rusafa y que se agitaba pesadamente y palpitaba con el débil impulso de su extenuado aliento.

De repente vio a un jinete que cabalgaba en dirección a él. Por el color de sus ropas supo que era una de los correos del califa. Cuando estaba a veinte pasos, gritó su mensaje sin descender del caballo:

—Nuestro dueño y señor, el Comendador de los Creyentes, no llegará a Córdoba hasta mañana a la hora de la oración de Salat al Zuhr, si es la voluntad de Allah. Te ordena que así se lo comuniques a todos los magnates y autoridades de la ciudad.

—¡Hágase como manda! —contestó Najda—. ¡Allah esté con él! ¡Gloria y bendición a nuestro señor Al Nasir!

El mensajero arreó a su caballo, dio media vuelta y se alejó como el viento por donde había venido. En torno al cadí se oyeron las voces nerviosas de sus ayudantes que daban órdenes haciéndose eco del anuncio traído por el rápido jinete. Y Najda advirtió que la sensación de pesadumbre y soledad que lo habían poseído dejaba paso a un sentimiento vivificador. En aquella hora funesta, Abderramán confiaba en él; le consideraba capaz de dominar la situación, de tomar el mando y prepararlo todo para su llegada. Porque no resultaba una tarea fácil ni agradable en absoluto comunicar a los grandes de Córdoba la humillante derrota que había sufrido el ejército califal en Simancas primero y después, en plena retirada, en Al Jaudac, en el profundo barranco donde se produjo el completo desastre. Y si Al Nasir ponía en manos de Najda tan ardua responsabilidad era porque le excluía del amargo resentimiento que le embargaba y del inexorable alcance de su odio y su ira, que ardían como ascuas encendidas, mientras trataba de hallar culpables a quienes castigar tras la desafortunada campaña que, finalmente, en vez de ser la del Supremo Poder terminaba siendo la del «supremo fracaso».

9

Gallaecia, ribera del río Miño
Septiembre del año 939

Las once monjas de Castrelo de Miño cabalgaban en completo silencio, meditativas, de regreso a su monasterio. El camino transitaba junto a las aldeas; las viejas casas de piedra, tapizadas de musgo, ofrecían un aspecto agradable entre la infinidad de emparrados cubiertos del vivo verde de las vides en sazón. En algunos campos se había iniciado una vendimia temprana y el amable aroma del mosto llegaba de vez en cuando, confundido con los olores de la hierba segada en los prados. Abajo fluía el río en su valle, sinuoso, de márgenes espléndidamente frondosas. Más allá, en la otra orilla, se veía una pendiente escarpada por encima de las arboledas y otras aldeas pequeñas, con sus iglesias, en las zonas más altas.

Como si retomara una conversación pendiente, la abadesa Goto se volvió hacia Aldara, que cabalgaba a su derecha, y le dijo:

—A media tarde llegaremos a nuestro monasterio. Pero apenas nos permitiremos descansar en él tres días. Debemos partir cuanto antes y viajar hasta León para comunicarle al rey Radamiro nuestro propósito de ir al reino de los mauros.

Aldara no habló. Se estremeció visiblemente y emitió un débil suspiro, como una queja ahogada.

Goto la miró con aire interrogativo.

—¿Estás asustada?

Aldara respondió negando con la cabeza, sin demasiado entusiasmo ni convencimiento.

Goto sonrió compresiva y dijo animosa:

—Debemos hacerlo… Nos alegraremos toda la vida por haber cumplido esta misión. Cuando consigamos traer a Gallaecia las santas reliquias de nuestro angélico muchacho alcanzaremos una paz en el corazón que nadie nos podrá ya arrebatar jamás. ¿No te das cuenta? Este es nuestro cometido; ¡nuestro encargo divino!

Los ojos de Aldara se llenaron de lágrimas. Estaba muy asustada y se sentía llena de vergüenza y amargura, por no ser capaz de compartir el alborozo de la abadesa. Para no tener que dar explicaciones y, lo principal, no echarse a llorar, decidió seguir sin hablar.

Goto volvió de nuevo su mirada hacia ella y, al verla esforzándose por contener el llanto, dijo maternalmente:

—Es natural que se remuevan dentro de ti los sentimientos. Aquello fue terrible, en efecto. Y una madre es una madre… Pero hay que saber ver el lado bueno en aquel

suceso. Hay que saber descubrir la Providencia Divina en cada hecho de nuestra vida. Dios es el único que puede convertir los males en bienes. Ahora nuestra bendita Gallaecia cuenta con un defensor más. Tu pequeño Paio, con su pureza, su sacrificio y la ofrenda de su joven vida nos alcanzará infinitos beneficios… ¡Esa es la gloria del martirio!

Finalmente, Aldara se echó a llorar, con un llanto incontrolable, convulsivo, que a punto estuvo de hacer que se cayera de su montura.

—¡Hermana! —exclamó la reina abadesa, sorprendida—. ¿Qué te sucede? ¿Qué lloros y qué desesperanza te poseen ahora?

Aldara tiró de las riendas y detuvo la marcha. Descabalgó de un salto y echó a correr por entre las vides, desapareciendo de la vista de los demás. Gotó le gritaba:

—¡Aldara! ¿Qué te sucede? ¡Por Dios, Aldara! ¿Adónde vas ahora?…

Las otras monjas también descabalgaron e hicieron ademán de ir tras ella, completamente desconcertadas. Pero la abadesa las retuvo:

—¡No! ¡Dejadla en paz! Yo iré a ver qué le sucede… Pues temo que esto sea cosa del demonio…

Corrió Goto bajo los emparrados, en pos de la fugitiva, y no tardó en hallarla bajo un gran abedul, encorvada sobre sí misma y deshecha en lágrimas.

—¡Aldara! —exclamó—. ¡Aldara, por el amor de Dios! ¿Qué comportamiento es este?

Entre sollozos, ella contestó sin levantar la cabeza, con voz desgarrada:

—¡No me censures! ¡Ay, perdón, perdón, perdón…!

—No comprendo… —dijo Goto, llena de confusión, mientras se aproximaba a ella—. Por Dios, explícame de una vez qué te sucede… ¿Por qué he de perdonarte? ¿Qué es lo que tienes dentro? ¡Dime qué tienes! ¿Qué es lo que turba tu espíritu de esta manera?

Aldara se incorporó, la miró con el rostro desencajado y volvió a echar a correr, dejando tras de sí una densa sombra de angustia.

—¡Aldara! —gritó de nuevo Goto, yendo tras ella.

Cerca de allí estaban vendimiando un grupo de hombres y mujeres. Al ver a las dos monjas, con sus hábitos tan negros, corriendo como locas por las viñas, se asustaron mucho y empezaron a dar voces.

Aldara se detuvo por fin junto a una valla de piedras y se apoyó en ella, cubriéndose el rostro con las manos. Goto, jadeando, llegó allí y le dijo, cariñosamente:

—Pobre Aldara… ¡Qué duro ha tenido que resultar todo esto para ti! Comprendo que la visión de tu hermano Hermogio, anciano, enfermo y demente, te ha roto el corazón. Y el recuerdo de tu querido niño Paio… Sí, lo comprendo, hija mía… ¡Pobre Aldara!

Luego le echó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí, abrazándola con ternura, mientras añadía:

—No te preocupes. Dios cuida de nosotras. Es muy grande lo que tenemos entre manos, la obligación que hemos de cumplir, y es de comprender que Satanás quiera perturbar nuestras almas para apartarnos de la misión. Pero tú no temas al diablo, hija, nada podrá contra nosotras, que contamos con la ayuda de Dios y de sus ángeles.

Aldara entonces levantó la cabeza, se irguió y se alejó con un movimiento brusco, mientras decía:

—¡Yo no temo al demonio! ¡Es a los mauros a quienes yo temo! Y tú, reina Goto, quieres llevarme allá, a su tierra… ¡Oh, es superior a mis fuerzas! ¡Me muero de miedo! Nunca hemos salido de aquí, de nuestra sagrada Gallaecia, y ahora que tenemos cincuenta años… ¡Qué locura!

A todo esto, muy preocupadas, las otras nueve monjas habían decidido ir a donde ellas estaban y, detenidas a prudente distancia, contemplaban la escena con circunspección.

—¡Aldara! —contestó la abadesa, completamente turbada—. No doy crédito a lo que oigo… ¡No quieres ir a por las santas reliquias!

—¡No! ¡Ya lo sabes! —sentenció Aldara—. No tenía valor suficiente para desvelarte la verdad de mis sentimientos. Pero estoy decidida a no obrar más con hipocresía. Creo firmemente que ir a Córdoba es una locura. No conocemos a nadie allí, no hablamos la lengua de los mauros… ¿Qué vamos a poder conseguir dos pobres monjas en aquel reino tan lejano y hostil? ¡Es una insensatez!

Goto bajó la cabeza para ocultar su confusión:

—No sé por qué dices ahora estas cosas…

—¡Porque es lo que verdaderamente pienso! ¿No está Dios en todas partes? ¿No dice eso nuestro credo? Entonces será como ha dicho mi hermano Hermogio, aun en su demencia: Paio, mi niño, está aquí; que es donde tiene que estar. ¡Cómo lo vamos a traer si ya está aquí! ¡Acabaremos ofendiendo a Dios con nuestro empeño!

La abadesa la miraba, con ojos cargados de extrañeza y no se movía de su postura:

—Me dejas de piedra, Aldara. ¿Ahora me vienes con esto?

—Por supuesto. Dios está aquí, con nosotros, en esta tierra y en los cielos. ¡En todas partes! Y ya nos reunirá en su momento con Paio.

—¿Y las reliquias? —repuso Goto, con la cara pálida y completamente inexpresiva—. Radamiro hizo voto de traer las reliquias de Paio a tierra de cristianos…

—¡Pues que vaya él y las traiga! ¡Que se encargue Radamiro de eso, que es quien hizo el dichoso voto!

—¡Aldara! —contestó Goto en tono de reproche—. ¡Paio es tu hijo! ¿Cómo

hablas así?

Aldara bajó la cabeza y dijo entre lágrimas, con un hilo de voz:

—Cuando mi dulce Paio, ¡mi niño!, se fue de aquí a esa maldita guerra, era la criatura más bella y pura que… ¡Claro que soy su madre! ¿Qué va a decir una madre de su hijo? Pero… ¿quién me lo devolverá? Solo Dios, no tú, ni el rey Radamiro; porque allá, en la tierra de los mauros, únicamente encontraré huesos… ¡Eso no es mi Paio!

Después de decir esto, empezó a caminar despacio hacia donde estaban las mulas. Las otras monjas fueron retirándose también, poco a poco. Allí, bajo el abedul, solo quedó la reina Goto, triste y pensativa. Después de un largo rato, regresó con las demás para ordenar que prosiguiera la marcha.

Y, como estaba previsto, llegaron esa misma tarde al monasterio de Castrelo de Miño. Hicieron todas las oraciones que mandaba la regla de la orden, cenaron con frugalidad y se fueron a dormir después del rezo de vísperas.

La reina Goto tomó una vela y se dirigió a su celda. «Pero ¿qué está pasando? —pensaba anonadada por el espanto—. ¡Hay fuerzas diabólicas en todo esto!» Y de pronto sintió una dolorosa compasión hacia Aldara, se apiadó de su pusilanimidad, acordándose de su habitual sonrisa humilde y dócil. «No puedo obligarla —se dijo—. Esta aterrorizada y no es justo llevarla a la fuerza a ese viaje.» Pero, con la misma determinación, la abadesa, decidió no desistir de su empeño. Aunque no fuera la madre del santo Paio, ella debía seguir adelante, sin dejarse amedrentar por los primeros inconvenientes. Pues no tenía ningún miedo, porque estaba hecha de otra materia; así lo sentía: Dios la había hecho fuerte y tenía la obligación de hacer uso de su fortaleza para que se cumpliera el voto del rey Radamiro.

Cuando pasadas las seis de la mañana sonó la campana llamando a maitines, con la cabeza pesada por haber pasado la noche en blanco, pálida y con expresión culpable, Goto fue a la celda de Aldara, llamó a la puerta y, cuando abrió, le dijo con voz sorda:

—Dios me ha hecho vislumbrar tus sentimientos. No volveré a tratar de convencerte de que me acompañes a la tierra de los mauros. Pero tú debes comprender que yo estoy completamente decidida. No quiero ser obstinada y empeñarme con orgullo en algo que tal vez Dios no aprueba. Así que mañana partiré hacia el monasterio de San Pedro de Rocas para solicitar el consejo del sabio abad Gemodus. Él siempre supo poner paz en mi alma en los momentos difíciles de mi vida. Dios le ha otorgado el don de la visión profética y me dirá lo que es más acorde con su voluntad.

10

Córdoba, palacio del gran cadí
Septiembre del año 939

Najda ben Husayn, el gran cadí de Córdoba, había reunido a un escogido grupo de magnates en la sala de recepción de su grande y desabrido palacio. No estaban allí todos los hombres importantes de la ciudad; ni siquiera los miembros del consejo al completo. Porque muchos de ellos habían caído muertos en el combate y los que conservaban la vida a pesar del desastre venían todavía de camino, acompañando al califa en su penoso regreso. Incluso algunos de los que se hallaban presentes, sentados sobre los tapices de los divanes, llevaban los miembros envueltos en vendajes o acusaban en sus semblantes el dolor y la fatiga. Por otra parte, tampoco el cadí había considerado prudente reunir a todos los representantes de la ciudad, puesto que las noticias que debía transmitir no eran nada halagüeñas y las decisiones que iban a tomarse podían sembrar la consternación entre algunos linajes y sectores poderosos. Digamos pues que en la sala se encontraban los hombres de su estricta confianza.

Estaba en el uso de la palabra el muftí principal de la mezquita Aljama y se quejaba amargamente porque ninguno de los comandantes que habían llegado al frente de las maltrechas tropas quería contar lo que realmente sucedió durante la campaña militar que acababa de concluir, aparentemente de manera catastrófica. Su discurso tenía el tono y la vehemencia de una prédica. Decía:

—El buen musulmán siempre dice la verdad, porque en su conducta y sus palabras la verdad habla de la fe y la fe lleva al paraíso… La mentira lleva a la incredulidad y esta al fuego… ¡Allah nos ordenó a los musulmanes decir la verdad! Porque la verdad es el mejor camino. El sagrado Corán nos manda: «Temed a Allah y permaneced con los veraces».

El gran cadí le dejó sermonear un rato más y luego se puso de pie y dijo con autoridad:

—Ya basta. ¡Alabado sea Allah, Clemente y Misericordioso! ¡Atestiguamos que no hay más Dios que Allah y Muhamad es su Profeta! Esa es la primera verdad.

—¡Alabado sea Allah! —contestaron todos los presentes—. ¡Gracia y bendición a su Profeta!

Najda volvió a tomar la palabra y añadió con solemnidad:

—Os he reunido precisamente para daros a conocer la verdad de lo que sucedió en la campaña del Supremo Poder, porque así me lo mandó nuestro Comendador de los Creyentes, Al Nasir el victorioso, a quien guarde Allah y llene de bendiciones

junto a todos sus leales.

Se hizo un impresionante silencio y todas las miradas quedaron pendientes de él sin el más leve parpadeo. La presencia grande y poderosa de Najda, su rostro de piel enrojecida y una terrible herida supurante en la frente adjudicaban peso a sus palabras, en la misma medida que el hecho de que todos allí supieran que, desde hacía pocos días, era el depositario de la mayor confianza del califa.

—Gran cadí —intervino una voz apenas audible desde un extremo del estrado.

Había pedido la palabra el secretario principal de la cancillería, Abdul al Bari, hombre menudo, de larga barba negra y ensortijada. Najda le observó un instante y esbozó un gesto de aprobación con la cabeza. El secretario se puso entonces de pie y dijo:

—Gran cadí, puesto que vas a referir ante esta asamblea una serie de hechos de suma trascendencia para el reinado de nuestro señor Abderramán al Nasir, ¡Allah esté siempre a su lado!, para el buen gobierno de esta ciudad y su magnífico imperio, estimo conveniente que tus palabras sean anotadas, una por una, en los libros de la cancillería, de acuerdo con la tradición. De manera que solicito tu permiso para que se inicien los oportunos escritos.

—Hágase como dices —sentenció el gran cadí—. Quede constancia de mi relato y sea consignado como testimonio a partir de las acusaciones que voy a presentar y a los juicios que deben celebrarse. Porque en aquellos penosos sucesos hubo iniquidades y manifiestos culpables.

Los presentes intercambiaron entre sí miradas graves y cargadas de asentimiento. Todos comprendían perfectamente que estas aseveraciones, aunque expresadas en términos ponderados, iban dirigidas contra individuos muy concretos que, no estando en la reunión, iban a ser ineludiblemente protagonistas de ella.

—¡Muerte a los traidores! —gritó un grueso visir que se puso de pie al fondo de la sala y empezó a agitar los brazos—. ¡Eso es lo que queremos! ¡Que paguen su traición!

—¡Sí, eso! ¡Muerte! ¡Muerte a los traidores! —contestaron varias voces.

El gran cadí los dejó desahogarse un rato y luego intervino:

—Ya basta. Cuando llegue el momento, yo me tomaré venganza en nombre del califa y en el vuestro. Pero antes es necesario que se sepa toda la verdad de lo que sucedió. De manera que, por el bien del supremo gobierno de Córdoba y por la obediencia y respeto que debemos a nuestro señor Al Nasir, os pido que seáis pacientes y escuchéis con atención lo que tengo que decir.

Y después de manifestar ese deseo, que todos interpretaron como una orden, puso una mirada autoritaria en el secretario principal de la cancillería. Este, a su vez, le hizo una señal imperiosa al escribiente, que ya estaba sentado delante del gran cuaderno de notas con la pluma en la mano, preparado para escribir el relato

fielmente.

Najda ben Husayn tomó aliento hondamente. Sus ojos de mirada profunda y cansada abarcaron la amplia extensión de la sala donde los magnates ocupaban los divanes con expectación. Dio un paso adelante y empezó su discurso con aire de pesadumbre y voz tonante:

—Nada diré sobre los preparativos de aquella campaña militar, la más grande que han conocido los tiempos, porque todos los aquí presentes son testigos del entusiasmo y el orden con que los fieles musulmanes de nuestra comunidad acudieron a la llamada de Allah; la gran congregación para la guerra santa, que nuestro clarividente califa nombró como la de la Omnipotencia. Fue tan sublime, tan llena de bendiciones y sincero fervor que… En fin, que no había nadie que pudiera siquiera imaginar que… ¡Oh, qué maravilla era contemplar aquella inmensa hueste!

El gran cadí respiró profundamente y sus párpados se entrecerraron como si realmente estuviera viendo lo que con tanto entusiasmo describía.

—El ejército tomó el camino de Toledo —continuó—, ante cuyas murallas acampó. Desde allí partió hacia la fortaleza de Calatalifa, que está en la ribera del Guadarrama. También se pusieron las tiendas en aquel lugar, junto al río. Entonces fue cuando, la primera mañana que amaneció en dicho campamento, hubo una portentosa señal en el cielo: se oscureció el sol y la tierra adquirió el color de la sangre… ¡Algo espantoso!

Algunos de los oyentes, que habían estado en la campaña y que por lo tanto vieron el hecho que narraba, balancearon las cabezas con amargura al recordarlo. Los que no habían participado escuchaban como alelados.

Najda hizo una pausa y su mirada adquirió ahora un brillo límpido y maligno.

—¡Oh, qué gran señal! —prosiguió suspirando—. Pero los ineptos e infames adivinos, sabios y astrólogos no supieron interpretarla bien, a causa de su impaciencia y de los turbios deseos que tenían de enriquecerse cuanto antes con los frutos del botín. ¡Embaucadores, mentirosos, falsos profetas…!

El muftí de la mezquita Aljama se levantó y se puso a gritar como un loco:

—¡Muerte a esos embusteros! ¡Muerte a los astrólogos, adivinos y brujos que engañaron al califa!

Todos los presentes se alzaron en los divanes y empezaron a dar voces llenos de ira:

—¡Muerte a ellos! ¡Muerte a los malditos adivinos! ¡Acabemos con esa sucia ralea!

El gran cadí paseaba con satisfacción su mirada ansiosa de venganza por la sala. Extendió las manos para pedir silenció y, cuando todos se hubieron callado, manifestó:

—Yo les castigaré por el mal que causaron a Al Nasir con sus embustes. Porque

tampoco supieron interpretar la segunda señal que envió Allah: un viento ábrego, ardiente, que venía del sur y, según dijeron los que de verdad saben de estas cosas, no era sino la avanzadilla de los *iblís* que preceden a todas las batallas. Mas erraron los adivinos y el ejército se precipitó fiándose de ellos… ¡Son culpables de la catástrofe!

—¡Muerte a los adivinos! ¡Hágase justicia! —volvieron a gritar los presentes—. ¡Embusteros, falsos, codiciosos…!

Viendo el gran cadí que todos los magnates estaban muy de acuerdo, adoptó a toda prisa su decisión. Le hizo una señal al escribiente para que transcribiera y sentenció:

—Condeno a muerte a todos los astrólogos, adivinos y sabios que aconsejaron a Al Nasir en la campaña de la Omnipotencia.

Los magnates prorrumpieron en una ovación, tras la que el muftí de la mezquita Aljama tomó la palabra y dijo elevando los ojos al cielo:

—¡Ojalá sea este el fin de esa sucia y apestosa ralea que no deja de ofender con sus brujerías al que todo lo ve!

Najda asintió satisfecho con un movimiento de cabeza y prosiguió el discurso:

—Después de aquellas señales equívocas, nuestras tropas irrumpieron en territorio enemigo, recorriéndolo durante días de acampada en acampada, destruyendo las propiedades de los infieles, sus castillos, pueblos y cosechas y todos sus recursos, hasta detenernos en la fortaleza de Iscar, que fue hallada desierta. Fuimos luego a Alcazarén, cuyos campos asolamos, mientras avanzábamos hacia Zamora, sin apenas resistencia de los infieles. Y cuando llegamos a Simancas encontramos por fin allí al puerco rey Radamiro, con todos sus puercos condes, que se habían reunido y clavaban sus tiendas con su ejército junto al río llamado Pisuerga.

Se puso de pie el muftí de la mezquita Aljama y exclamó:

—¡Allah destruya Gallaecia y a todos los infieles politeístas! ¡Muera el puerco rey Radamiro!

Najda clavó en él una severa mirada y le pidió:

—Déjame terminar mi relato y, ¡por la gloria y la grandeza del Profeta!, no me interrumpáis más.

El muftí lo miró con aire aturdido y murmuró, como si hablara consigo mismo:

—¡Grande es Allah! Convertirá la vida de esos infieles en un infierno…

Najda esbozó un gesto de aprobación con la cabeza y retomó su relato:

—… Al tercer día de acampada, el califa me ordenó atacar a los enemigos muy de mañana, cuando se vio aparecer en el horizonte el refuerzo que les llegaba de Pamplona, Álava y Castilla. No podíamos perder tiempo ni dejarles tranquilidad para aposentarse. Entonces hice la llamada a todos los musulmanes en nombre del Comendador de los Creyentes y les caímos encima con todas nuestras fuerzas. La refriega fue muy violenta, como si la muerte se cebara solo en los infieles, cayendo

muchos de sus grandes: el conde de Gormaz, el sobrino del puerco, el propio hijo de Fernando y otros muchos de sus caballeros. Concluyó la lucha con su derrota y retornamos victoriosos a nuestro campamento. El ejército pasó a las puertas de Simancas el día siguiente y presentó batalla una y otra vez, durante toda la semana. Rompimos las líneas del enemigo varias veces, pero se rehacían y, día tras otro, había que empezar de nuevo…

Hizo una pausa y, antes de proseguir, alzó sus ojos cansados y los mantuvo unos instantes en el techo. Después suspiró y dijo fatigosamente:

—No era nada fácil… Empezaron a faltarnos los alimentos, el grano y el forraje para las bestias… Entonces, antes de que nuestra gente comenzase a debilitarse y previniendo el desastre, aconsejé al Comendador de los Creyentes levantar el campamento y regresar a nuestras fronteras. Pues, al fin y al cabo, les habíamos causado ya mucho perjuicio a los infieles… No me parecía prudente un empeño irracional en la batalla a costa de perder más hombres y pertrechos. Le pareció oportuno a Al Nasir mi consejo y ordenó la retirada. Pero aclárese que no era una derrota, sino una inteligente decisión militar…

El gran cadí entrecerró un poco los ojos, como si pretendiera escoger bien sus palabras antes de continuar, y explicó:

—Se levantó el campamento en perfecto orden y fueron saliendo las tropas lentamente, con la retaguardia muy bien cubierta por lo mejor de nuestro ejército. Partió el califa con su guardia y se puso rumbo al sur, con el completo convencimiento de haber hecho gran daño a la pérfida gente de la Gallaecia, Allah la destruya.

El muftí se levantó del diván y extendió los brazos diciendo:

—Entonces… ¡Bendito sea Allah!

Najda lo miró con desesperación, como queriendo decirle: «Por favor, déjame terminar». Después, con aire desalentado, continuó:

—Íbamos alejándonos hacia el río Duero, tratando de salir de tierra de infieles, cuando nos encontramos atravesando unos incómodos breñales, difíciles de cruzar por su frondosidad. Entonces dieron aviso desde la retaguardia de que los enemigos nos venían a la zaga, con ímpetu. Como no era cosa de darse la vuelta para hacerles frente, por lo difícil del terreno, proseguimos la marcha y, de repente, nos vimos frente a unos barrancos profundísimos. Nos detuvimos y se trabó combate. Pero los infieles conocían mejor la región y se aprovecharon de lo abrupto de las sierras, cayéndonos encima desde las alturas. Los nuestros se despeñaban o corrían laderas abajo, por los tajos, sin poder defenderse, mientras nos llovían piedras y flechas desde todas partes…

El gran cadí dejó escapar un resoplido y regresó a sus ojos la mirada límpida y maligna.

—Entonces fue cuando se hizo evidente la hipocresía y la traición de algunos… En vez de ayudar, ¡malditos cobardes!, se apresuraron a huir. De entre ellos, el más traidor fue el perro general Aben Muhamad al Tawil… Lanzó el grito a los suyos: «¡Pongámonos a salvo!». Y dejaron atrás al ejército y al Comendador de los Creyentes, en el fondo del barranco, sin más defensa que su guardia…

—¡Traidores! ¡Muerte a Al Tawil! ¡Muerte a los traidores!… —gritaron los presentes.

Najda extendió las manos, rogó silencio una última vez y añadió:

—Yo me tomaré venganza en nombre del califa, en el vuestro y en el mío. Porque en aquella hora terrible se perdió el sagrado Corán de Al Nasir, su tienda, su pabellón y su cota de malla; sus más íntimas y queridas pertenencias. Y su vida se salvó porque Allah quiso guardarle…

—¡Muerte a los traidores! ¡Venganza! ¡Muerte al insidioso Al Tawil y a toda su gente!

El gran cadí miró con autoridad al escribiente y sentenció:

—Sean crucificados el traidor general Al Tawil en los muros de Córdoba y todos sus comandantes y oficiales con él.

11

Gallaecia, monasterio de San Pedro de Rocas
Septiembre del año 939

Un silencio total se abatía sobre el pequeño monasterio y no se oía sino, solo de vez en cuando, el entrecortado y tímido gorjeo de algún pájaro en el bosque. El final de verano propagaba en el ambiente una agradable frescura, adornando el cielo del atardecer con nubes de un blanco radiante. Confundido con la espesura de la maleza y las enormes rocas de caprichosas formas, el santuario parecía minúsculo, insignificante y tan viejo como la misma tierra y los montes. Era sin duda un lugar austero, sin adorno alguno en los muros ni en el templo, como así lo desearon siempre sus moradores, ascetas, eremitas, que buscaron en aquel apartado paraje el retiro del mundo. Todo allí parecía llamar a ese peculiar destino: el mismo silencio, los árboles centenarios, castaños, abedules, robles y pinos; los gigantescos peñedos mudos y estáticos y las antiquísimas cuevas escondidas entre la maleza, donde permanecía el misterioso recuerdo, como una presencia expectante, de tantos hombres que, olvidándose de sus pasadas vidas, consumieron allí sus últimos años, dedicando ya su existencia a la meditación, la penitencia y a esperar con serenidad la hora de la muerte para retornar al polvo, entre la pura roca y la bravura del bosque.

Unido a esa interminable saga de sabios solitarios, gobernaba ahora el sagrado cenobio el abad Gemondo, quien antes de haberse hecho monje fue un célebre caballero gallego, al servicio del rey Sancho Ordóñez, el difunto esposo de la reina Goto. Se conocían por tanto nuestra abadesa y Gemondo desde hacía muchos años. Y ambos habían compartido otra vida, más mundana y regalada, en la corte, sin sospechar siquiera que, andando el tiempo, habrían de volver a encontrarse, vistiendo hábitos monacales, por esos misteriosos caprichos del destino.

Porque, en aquella nueva época, a los monasterios acudían toda suerte de náufragos de la vida: hombres y mujeres que se sentían desechados e inconformes con su existencia, con la sociedad, y que veían en el monacato el refugio y la solución. A las puertas de los cenobios y eremitorios llamaban los príncipes depuestos, los mozos díscolos de la nobleza, los caballeros hastiados por la guerra y todos los segundones que eran enviados al claustro para que no gravasen la hacienda familiar.

En el caso de la reina Goto, el motivo de su ingreso en el monasterio de Castrelo de Miño fue la obediencia a una antigua ley: el *Liber Iudiciorum*, también llamada *Lex Visigothorum*, que mandaba a las reinas que quedaran viudas tomar hábitos. Ella asumió esta nueva vocación con entereza y decisión, siguiendo el natural impulso de

su carácter fuerte y abnegado. Dejó el palacio y la corte, con todas sus pertenencias, joyas, vestidos y comodidades, y empezó una nueva vida sin quejas ni estridencias. Le correspondió por su rango ser abadesa, asumió el cargo y se propuso ser monja con la misma dignidad que antes había sido reina.

El caso de Gemondo fue muy diferente. En su juventud hizo la vida de un caballero más, dedicado a los menesteres propios de los varones: las armas, la guerra, la caza y la obediencia al rey. En todo esto se desenvolvió sin mayores contratiempos, destacando por su noble espíritu, su gran fortaleza física y su humildad. Fue un joven dotado de hermosura y de viva inteligencia. Pero siempre sintió, en el fondo de su alma, un poso de insatisfacción, merced al cual no fue capaz de ser completamente feliz en el mundo, aun teniéndolo todo. Porque entre aquellos que realmente son llamados, la senda que les conduce al monasterio pasa por una verdadera conversión; una especie de trastorno completo en lo más íntimo, en virtud del cual perece el hombre anterior que se era y nace una nueva voluntad, como otra persona, necesaria para emprender una nueva y diferente vida.

En el alma de Gemondo esta transformación se venía gestando largamente y se manifestaba en todos sus pensamientos y actos. Pero él no sabía por qué y ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de dejar aquella existencia suya de caballero y vestir los hábitos. Hasta que un día, durante una jornada de caza, se vio perdido repentinamente mientras perseguía un jabalí herido. De esta forma, errando sobre sus propios pasos, se adentró en la espesura del bosque, justo en aquel lugar llamado San Pedro de Rocas, donde se hallaban ocultas en la maleza las ruinas de un pequeño monasterio. La atmósfera sacra y hospitalaria del sitio le embargo y pronto se sintió invadido por una sensación misteriosa, como una secreta llamada, una atracción y un extraño deseo de permanecer allí. Intuyendo que Dios quería comunicarle algo, anduvo entre los derruidos muros del vetusto monasterio y dio con el ábside del santuario, bajo cuya bóveda todavía en pie se veía el antiguo altar de piedra y la tosca imagen de un Cristo, grande y solitario, en su cruz, lleno de pobreza y a la vez de majestad. El caballero Gemondo se arrodilló y se echó a llorar, sin saber por qué motivo.

Allí, delante del altar, lo envolvió la oscuridad y pasó la noche arropado con su capa, con la sola compañía del crucificado y de su caballo, que aguardaba algo retirado. Sintió una paz grande y vino a comprender que en aquella soledad descubría mucho de lo que en el fondo él era y de lo que sucedía en su alma inquieta… Al día siguiente regresó a su casa, con los suyos, a sus menesteres de caballería. Pero ya no se sentía el mismo. Y después de una muy larga y madura reflexión, llegó a la conclusión de que debía hacerse monje, pues había experimentado esa transformación interior que los sabios llaman la verdadera *conversio morum*, que es lo que las reglas del monacato imponen como condición previa para el ingreso en un monasterio.

Fue novicio Gemondo en Santo Estevo de Rivas de Sil y ya estuvo completamente seguro de que su anterior personalidad había muerto en él, y que se despedía del mundo y de su vida primera, aceptando los votos y la regla de san Benito que le ligaba para siempre. Y pasados algunos años, cuando ya era un monje maduro y revestido de proverbial serenidad, solicitó del abad licencia para reconstruir el abandonado y arruinado monasterio de San Pedro de Rocas, entre cuyos despojos encontró la vocación. Se trasladó allí con cuatro hermanos más y refundó el eremitorio. A partir de entonces, la fama de su sabiduría y virtud se propagó por toda la Gallaecia.

Y la reina Goto, que conoció al caballero en su juventud, acudió desde Castrelo de Miño para ser testigo de la prodigiosa transformación que Dios había obrado en el alma y la vida de tan íntegro caballero. Se maravilló al verle convertido en un hombre humilde y santo y más aún al escuchar sus consejos y las sabias palabras que brotaban de sus labios. Desde entonces, no dejaba de ir a San Pedro de Rocas al menos una vez cada dos meses y siempre que algo turbaba su espíritu.

Como sucedía ahora, después de haber sentido dentro esa rara moción que alteraba su ánimo y le impulsaba fuertemente a viajar hasta el reino de los mauros para recuperar el cuerpo del mártir san Paio. Sobre todo porque, aun estando tan segura de que debía hacerlo, hasta el momento todo en torno suyo parecía ponerse en contra. En primer lugar, su tío el abad Franquila no había manifestado entusiasmo alguno durante su estancia en Santo Estevo. Hermogio, en su delirio, no bendecía la empresa y terminó de asustar a su hermana Aldara, ya de por sí temerosa, hasta el punto de que esta, aun siendo la madre del santo muchacho enterrado en Córdoba, desistió completamente de la idea.

Algo apartados del pequeño monasterio de San Pedro de Rocas, se hallaban los huertos; extensiones abiertas como claros en medio del bosque, donde los monjes pasaban parte de la jornada trabajando la tierra, en obligada alternancia con sus rezos, según mandaba la consabida norma: *ora et labora*. Con su oscuro hábito de faena cubierto de polvo, estaba el abad Gemondo apaleando espigas de escanda en la era cuando apareció la reina Goto entre los árboles y se quedó a distancia, observándolo en silencio.

Gemondo era de constitución mediana, fuerte y muy ágil, dada su edad de más de cincuenta años. En su juventud fue muy rubio; ahora su cabello estaba encanecido por completo. Su rostro era elegante y noble visto de frente, a pesar de que su mejilla derecha estaba tensa por la contracción de una vieja cicatriz, teñida de rojo oscuro. Los dulces ojos, tan claros, tenían siempre una mirada límpida. Su piel, brillante por el sudor, parecía nacarada. Sostenía en su mano derecha un palo, en cuyo extremo estaba clavada una gruesa correa. Con este instrumento golpeaba una y otra vez las espigas para separar el grano, con brío, incansablemente, abstraído en sus

pensamientos. Goto se estremeció al pensar que, con ese mismo brazo y en parecidos movimientos, aquel venerable monje había manejado la espada en su anterior vida, cuando era el más apuesto de los jóvenes de su corte. De momento, este pensamiento la dejó sumida en una nostalgia extraña, pero enseguida se sobrepuso y cruzó la era hacia él.

—¡Gemondo! —saludó con voz cantarina—. ¡*Pax Domini*!

El abad se enderezó y miró con sorpresa a la mujer que venía. Abrió los brazos y desplegó una acogedora sonrisa.

—¡*Pax vobis*! —exclamó—. ¡Mi querida dómina, qué felicidad!

Abandonó la tarea y caminó jubiloso al encuentro de Goto. Ella le quiso besar las manos y él no se dejó, a la vez que intentaba besárselas a ella. Después de un gracioso forcejeo, ambos se echaron a reír. Luego Gemondo cruzó los brazos sobre el pecho, mientras la miraba, como si estuviera a punto de decir algo, pero sin acabar de hacerlo. Hasta que finalmente repitió ante ella:

—¡Mi querida dómina, qué felicidad!

Ella gruñó sarcásticamente:

—Nunca vas a verme… Siempre me toca a mí venir a tu casa.

Él contestó riéndose:

—Soy un eremita, ¡no puedo salir de aquí!

Se sostuvieron las miradas durante un rato y, al cabo, Goto le dijo algo más seria:

—Necesito el auxilio de tu sabiduría. ¿Puedo ocupar una de las cuevas durante al menos una semana? ¿Y, mientras tanto, beneficiarme de tus consejos?

Gemondo suspiró y respondió con calma:

—Sabes que sí. Todo esto es del Señor… Y por tanto, de cualquiera de sus hijos e hijas… Anda, vayamos a rezar antes que nada.

Dicho esto, se encaminó por el sendero precediéndola hacia el monasterio. Entraron en la pequeña capilla y se arrodillaron delante del altar, bajo el ábside cuyo centro ocupaba el cristo. Era un lugar austero, silencioso y de paz envolvente, que siempre había infundido confianza en el alma de Goto.

12

Córdoba, puerta de Azuda
Septiembre del año 939

Con las primeras luces del alba, los muecines de Córdoba enloquecieron proclamando a gritos la grandeza y la ira de Allah. Regresaba al fin Abderramán al Nasir. Su vanguardia acababa de aparecer frente a la puerta de Azuda y marchaba en orden levantando polvo junto a los altos muros del alcázar, bajo el estruendo de los tambores. Miles de soldados habían salido temprano de sus tiendas en el campamento del arrabal de Al Rusafa y se concentraban al sur de la ciudad, en los arenales del Guadalquivir, para presenciar la llegada del califa. También se hallaba congregada desde antes del amanecer una inmensa multitud en las inmediaciones. Parte del gentío incluso había pasado allí la noche a la intemperie, guardando su sitio, para asistir en primera fila al acontecimiento. Una especie de violenta pasión, como un delirio de rabia y crueldad, embargaba a la mayoría de la población. Sobre todo desde que la tarde anterior se había asistido a un terrible espectáculo: el tormento y la ejecución pública de los adivinos, astrólogos y sabios que erraron en sus vaticinios después del eclipse de sol. La gente, entre horrorizada y jubilosa, vio cómo los guardias paseaban de manera humillante a los condenados por toda la ciudad, formando una larga cuerda de presos, semidesnudos y cubiertos de negro cieno y excrementos. Un pregonero iba delante, proclamando a voces la sentencia, y los cordobeses salían de sus casas para contemplar a los desdichados que, antes de fracasar en sus adivinaciones, gozaron de la estima y la consideración del califa, tan aficionado como era a conocer el futuro. Ahora la gente se burlaba de ellos, les escupía y les cubría de improperios. Aunque algunos, espantados, volvían la cabeza para no mirar y se daban golpes de pecho, temiendo que todavía los brujos conservaran cierto poder de hacer conjuros o lanzar el maleficio.

A primera hora de la mañana, los verdugos sacaron los ojos de los astrólogos, cortaron las orejas de los adivinos y las lenguas de los sabios. Después se les roció con alquitrán hirviendo y quedaron expuestos a la curiosidad del público, atados a postes frente a la mezquita Aljama. La gente, olvidada de la mínima compasión, hacía cola para pasar delante de ellos y ver de cerca retorcerse de dolor sus cuerpos abrasados y agonizantes.

A media mañana, a pesar de la expectación, Córdoba parecía sumida en el letargo. En la explanada, delante de la puerta de Azuda, los oficiales del ejército habían perdido todo aire marcial y languidecían sentados en el suelo, junto a las patas de sus caballos. El sol aplastaba los turbantes polvorientos y las capas sucias. Sin embargo,

la multitud hervía en torno, excitada por las ejecuciones. La gente reía, bromeaba, lanzaba invocaciones y aclamaba al esperado califa.

De repente se oyeron los cuernos que anunciaban la llegada del cortejo del gran cadí y los magnates. El ejército se reanimó pronto. Los soldados se precipitaban por todas partes hacia las murallas, llamando a voces a sus compañeros, que continuaban sentados a la sombra o mataban el tiempo junto al río. De manera particularmente desaforada, corrieron los oficiales a ocupar sus puertos y a montar en sus caballos. Precedido por los comandantes, apareció Najda ben Husayn, cabalgando con aire desdeñoso. La figura corpulenta se bamboleaba suavemente sobre la montura y su gran cabeza cubierta con el yelmo empenachado parecía refulgir al pie del alcázar. Cuando atravesó la muchedumbre de soldados, todos le aclamaron, pero él mantenía los ojos entrecerrados, sin detenerse ni responder siquiera a los saludos. Los oficiales y los poderosos de la ciudad seguían con sus miradas trémulas al juez que evocaba para ellos la venganza, más que la justicia. Porque era el gran cadí el hombre más poderoso después de Al Nasir y a algunos, con solo verlo, les temblaban las rodillas y les invadía el omnipresente temor de ser contados entre los cobardes y traidores. Considerando que, desde que las tropas regresaron de la campaña, se habían sucedido sin interrupción las detenciones de los sospechosos. Los juicios eran rápidos, implacables, y los patíbulos se alzaban a lo largo de la muralla. El estruendo de los tambores arreció. Todas las miradas se volvieron hacia el alcázar. Se oyeron fuertes voces: «¡Ya está aquí!». La multitud se agitó y se removió por todas partes, tornándose cada vez más densa. Pero centenares de guardias se arrojaron sobre ella provistos de bastones y látigos, golpeando y gritando: «¡Abrid paso!».

Las largas columnas de la guardia del califa aparecieron en el extremo de las murallas, blancas de polvo, y fueron penetrando lentamente como un torrente en el mar de soldados. La muchedumbre aulló alrededor. Pero, ante la inminente presencia del califa, poco a poco se fueron acallando las voces y solo permaneció un murmullo denso por encima de las cabezas. Entonces los muecines que estaban apostados en las torres echaron mano de sus bocinas de cobre y lanzaron al aire resonantes aclamaciones:

—*¡Al Láju Akbar! ¡Subjana Laj! ¡Al Jamdú lil Láj!* [¡Dios es el más Grande! ¡Gloria a Dios! ¡Alabado sea Dios!]

Se vio venir a Al Nasir, montado sobre su caballo grande y abarrotado de dorados jaeces. Cabalgaba con un trote ligero y las cintas brillaban al agitarse. En torno a él corrían a pie varias decenas de muchachos vestidos con la librea de campaña, color verde oliva. Las banderolas y flámulas ondeaban en el extremo de largos mártires. Pero faltaba en la comitiva el vistoso pabellón de la dinastía omeya.

El califa se detuvo delante de la puerta de Azuda. Su rostro estaba enrojecido y miraba confuso en torno. A pesar del calor, venía envuelto en una especie de zamarra

de cuero con remaches broncíneos y el sudor hacía brillar su frente ancha.

Najda ben Husayn cabalgó hacia él, echó pie a tierra y se postró de hinojos, doblado sobre sí y con los puños apretados contra el pecho. Estuvo así un rato, mientras reinaba un espeso silencio. Luego se alzó y, volviéndose hacia sus ayudantes, les hizo una señal con la mano. Su boca no dejó escapar el menor sonido, pero su semblante expresaba una extraordinaria severidad.

La guardia del gran cadí desapareció en dirección a la puerta de Hierro, nadie más se movía. El gentío permanecía expectante, de pie, como clavado en el suelo. Todas las miradas estaban puestas en Al Nasir, pendientes del menor de sus gestos y movimientos. Pero también él estaba muy quieto, hierático, impasible y distante. Hasta que, desde algún lugar hacia la derecha, a veces con claridad y otras de forma sofocada, empezó a oírse una especie de aullido gimiente. Todos los ojos se volvieron hacia la puerta de Bronce y se vio venir una larga fila de hombres encadenados unos a otros, ensangrentados, que avanzaban arrastrando las pocas fuerzas que les quedaban en los cuerpos malogrados. La gente, a su paso, lanzaba los más agraviantes insultos. Especialmente dirigidos hacia el principal de los reos, el general Aben Muhamad al Tawil, a quien se consideraba el mayor responsable de la derrota.

Najda se inclinó de nuevo ante el califa un instante y, al enderezarse, sus ojos se cruzaron e intercambiaron miradas llenas de complicidad. Después ambos estuvieron hablando durante un rato y de vez en cuando se volvían con gesto despectivo hacia los presos.

Delante de la puerta de Azuda los verdugos tenían preparados medio centenar de postes, esperando a los condenados. Todo fue muy rápido. Aquellas manos, expertas en las mayores sutilezas de la crueldad, hicieron su trabajo con pasmosa facilidad. Mientras los guardias sujetaban a los reos, con unas tenazas les sacaban la lengua y se la cortaban, arrojándosela después a una jauría de perros hambrientos, para que la devorasen delante de sus ojos. Seguidamente eran atados a los postes, izados violentamente y clavados en el suelo. Quedaban así a la vista de las masas, expuestos a la interminable fila de magnates, comandantes y simples soldados que debían pasar delante de ellos para increparlos y consumar el escarnio.

El califa permanecía callado, observándolo todo con una mirada sombría. Y cuando hubieron completado el suplicio de Aben Muhamad al Tawil, avanzó hasta su poste con paso quedo y se detuvo al pie a contemplarlo. Le miró primero con desprecio y luego con satisfacción. Y finalmente se puso a insultarlo:

—¡Traidor! ¡Cagón! ¡Perro, hijo de perra! ¡Allah maldiga tu puerca vida! ¡Bendito sea el Todopoderoso por haberme dejado ver tu ruina!…

Estas voces, cargadas de odio, resonaban como un trueno en el impresionante silencio que reinaba en torno.

El desgraciado Al Tawil resultaba irreconocible con el rostro ensangrentado. Su

cuerpo grande se agitaba, emitía ruidosas espiraciones e inspiraciones y movía las mandíbulas, a falta de lengua, articulando ininteligibles palabras. Hasta que, cerrando la boca, juntó sangre y saliva y escupió a Al Nasir, acertándole casi.

El califa se apartó, aún más irritado, e hizo una señal a los verdugos para que lo remataran. Estos se apresuraron a alancear al reo, que murió entre grandes estertores.

Al Nasir montó luego en el caballo, saludó a la multitud extendiendo ambas manos brevemente y picó espuelas en dirección a su palacio.

13

Gallaecia, monasterio de San Pedro de Rocas
Septiembre del año 939

La reina Goto encontraba en el monasterio de San Pedro de Rocas una tranquilidad absoluta y un sentimiento de control sobre sus afectos y temores. En lo más profundo de sí misma percibía que aquel sagrado lugar fortalecía la seguridad de su relación con el mundo, que la defendía de los estragos de las dudas… Al amanecer, iba a orar al pequeño santuario cuyo ábside estaba excavado en la pura roca y, en las hospitalarias entrañas de aquella suerte de cueva sacra, experimentaba una calma especial y a la vez una misteriosa energía. A pesar de la cercana presencia de los sepulcros de piedra, algo inexplicable en torno la preservaba de las sombras de la muerte. El tiempo allí se disipaba, permaneciendo tan solo lo eterno… Y después de la oración, pasada la hora tercia, se entregaba completamente al silencio. Cuando los monjes se iban a trabajar en los huertos o se adentraban en el bosque para recoger leña, sobre San Pedro de Rocas se abatía una extraña soledad que acentuaba su misterio. Goto aprovechaba el momento para invocar la paz interior, dejándose guiar por los sabios consejos de Gemondo: alejar de sí cualquier clase de confusión e inquietud; huir de la tristeza; olvidar el pasado; vivir como si el futuro no existiera; abandonarse en Dios en el momento presente, como si nada más tuviese el mínimo valor, serenamente, suavemente, sin precipitación, sin arrebatos…

Cada tarde, pasada la hora sexta, conversaba con Gemondo. El tercer y último día de su estancia en el monasterio, la charla fue más larga y especialmente intensa. En vez de pasear, como solían hacer, por el sendero que se adentraba en el bosque, tuvieron que refugiarse bajo un pobre cobertizo; porque llovía. En la hondura del valle roncaban los truenos, con holgura, y gruesos goterones hacían estremecerse los ligeros tejados de ramas secas, crepitaban en la hojarasca y levantaban aromas confundidos de hierbas y humedades.

Gemondo, persuadido con simplicidad conmovedora de que Goto necesitaba ordenar sus pensamientos, desgranaba pausadamente los frutos de su proverbial prudencia.

—Para poder conservar en todo momento la paz del corazón —decía—, debemos estar plenamente convencidos de que todo el bien que podamos hacer viene de Dios, y solo de Él; no de nosotros. Recuerda aquella frase del Señor: «Sin mí nada podéis hacer».

Goto guardó silencio por un momento, haciendo suyas estas palabras. A continuación murmuró:

—Lo comprendo. Pero resulta a veces tan difícil abandonarse en esa total confianza…

—Es humano dudar —aclaró él—. No obstante, es esencial que estemos persuadidos de esa verdad: sin Él no podemos hacer nada. La vida se vuelve con frecuencia dura; dudamos entonces, nos poseen los miedos y parece que todo sucumbe a nuestro alrededor. Él podría ahorrarnos las pruebas, pues tiene sobrado poder para ello; pero las pruebas son necesarias para que lleguemos al convencimiento de nuestra limitación, de nuestra impotencia para hacer el bien por nosotros mismos. ¿Entiendes eso?

Ella contestó con sencillez:

—Sí. Según el testimonio de las vidas de todos los santos, nos es indispensable poseer esta convicción.

—En efecto. El sabio Diadoco de Foticé decía que, aun en medio de nuestras luchas, conviene siempre que conservemos la paz del espíritu, para que la mente pueda discernir los pensamientos que la asaltan, guardando en la despensa de su memoria los que son buenos y provienen de Dios y arrojando de este almacén natural los que son malos y proceden del demonio. Y pone por ejemplo el mar que, cuando está en calma, permite a los pescadores ver hasta el fondo del agua y descubrir dónde se hallan los peces; en cambio, cuando está agitado, se enturbia e impide aquella visibilidad, haciendo inútiles todos los recursos de que se valen los pescadores.

Goto ensayó una sonrisa cargada de asentimiento. Después se volvió para mirar los campos y extendió la suave mano para recoger algo de lluvia en su palma. Los goterones se estrellaron contra la piel, salpicando. No era todavía la ahora nona, pero la tormenta había oscurecido el cielo y parecía de noche. Suspiró y dijo:

—Pues el agua de mi espíritu debe de estar turbia, porque miro adentro y no consigo ver sino dudas y temores… ¡Con todo lo que tengo que hacer! Me falta confianza… Eso es lo que me pasa.

Gemondo extendió también la mano y atrapó algo de lluvia; se la llevó a los labios y dijo:

—Entonces espera hasta obtenerla. Si no confías plenamente, serás incapaz de conseguir nada. La confianza es el preludio imprescindible para las grandes cosas que el Señor hará en nosotros con el poder de su gracia.

Ella se estremeció. Alzó la cabeza como mirando al cielo y murmuró con calma:
—Será que Hermogio y Aldara tienen razón… Tal vez no sea oportuno ni prudente ir a Córdoba a por las reliquias de Paio…

Él estiró el cuello, preguntándole:

—¿Dudas?… ¿Tienes miedo?…

Goto contestó, ensanchando el pecho:

—¡Siento que debo hacerlo! Ese es el mayor problema. Percibo dentro de mí que

debo ir a por esas reliquias y, sin embargo, temo y dudo… ¡Cualquiera se aclara!

A Gemondo se le escapó una carcajada. Y ella le respondió con una potente voz en la que puso el preciso acento de vehemencia:

—¿Te ríes de mí? ¡Dime lo que debo hacer!

—Todo lo que te sucede es muy normal —contestó él sonriente—. Es algo que arrastras contigo desde hace muchos años… Cuando aquello sucedió, cuando supimos que el rey de los mauros había asesinado a Paio en Córdoba, todos nos sentimos muy consternados. Tú eras entonces la reina de Gallaecia y sufriste especialmente por la tragedia.

Goto vibró en su interior, apareciendo en sus ojos la imagen que guardaba viva en su corazón. Y respondió:

—Así fue. El rey y yo padecimos grandes remordimientos al pensar que no habíamos hecho lo suficiente para rescatar al muchacho de las garras sarracenas. La pobre madre, Aldara, nos suplicó una y otra vez que enviásemos embajadores con el fin de negociar la libertad de Paio. Pero había guerra… Nada pudo hacerse…

—¿Te das cuenta? —observó Gemondo—. No pudiste traerlo vivo y por eso tu alma está inquieta. Sientes que necesitas saldar aquella deuda devolviendo a Gallaecia el cuerpo del muchacho.

Ella se cubrió el rostro con las manos. Sollozó durante un rato y luego dijo suspirando:

—Así es, así fue… ¡Qué lástima!

—No sientas tristeza —dijo tranquilizadoramente él—. No debemos tomar trágicamente los males de nuestra vida, pues Dios es capaz de sacar bienes de ellos. Nuestra confianza en Dios debe llegar a creer que Él es lo bastante poderoso y bueno como para sacar provecho de todo, incluidas las desgracias.

—Intento comprender eso que dices. Pero no puedo evitar recordar aquello como algo terrible. Paio era tan hermoso, tan puro, tan bueno… ¿Por qué consintió Dios aquella tremenda maldad? ¡Cómo va a sacarse algún beneficio de algo tan terrible!

—Es, en efecto, difícil de entender. Pero ahí radica precisamente aquello en lo que creemos y esperamos. Cuando san Agustín cita la frase de san Pablo: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios», añade: «Incluso el pecado».

Dejó de llover y cayó sobre el bosque un espeso silencio. Goto salió del cobertizo y se puso a andar lentamente, contemplando con asombro los arbustos y las copas de los árboles que brillaban empapados. Gemondo también salió y caminaba a su lado. La miraba con serena expectación y ella lanzó una especie de suspiro como para aligerar su pecho de la efervescencia que lo embargaba. Luego le dijo con tranquilidad:

—Hay tantas cosas, tantas cosas de las que quisiera hablar contigo…

Él levantó la noble cabeza, impulsado por la sorpresa. Sin embargo, no emitió una

sola palabra, como si respetara el momento o no encontrara nada que decir. Los colores del bosque parecían más puros a esa hora de la tarde, después de la tormenta, y un tímido y último rayo de sol se posaba con suavidad en una ladera verde y lejana.

Goto se detuvo, le miró fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Podemos hablar con toda franqueza? ¿Puedo desahogar mi corazón y preguntarte algo con la plena libertad de los hijos de Dios?

Él respondió con una voz débil no exenta de reproche:

—No creo que hayas venido hasta aquí para marcharte después sin contarme todo lo que te sucede… ¿No confías ya en mí?

—¡Perdona! —le contestó ella con una sonrisa—. Quería decirte algo hace tiempo, pero temía turbar tu espíritu… Por eso me pareció oportuno ponerte sobre aviso y solicitar tu licencia para expresarme sin ambages.

Gemondo también sonrió:

—Teniendo en cuenta la larga historia de nuestra amistad, no deberías recelar de mí a estas alturas. Ambos nos conocemos desde la juventud. Tú eras la reina de Gallaecia y yo un pobre muchacho inexperto que pretendía ser caballero del rey. Aunque parezca que aquella vida ya pasó, seguimos siendo los mismos… Solo Dios podrá concedernos un ser renovado en la otra vida, en el reino eterno.

—¡Parece que lees mis pensamientos! —exclamó ella—. Es precisamente de eso de lo que quería hablarte… Mi consulta tiene que ver con el pasado…

—Pregunta lo que quieras y no temas ofenderme.

Gotó permaneció en silencio durante un momento. Luego dejó que su mirada se perdiera en la espesura del bosque y dijo, ya sin pudor:

—Como bien has dicho, ambos tuvimos otra vida… ¡Oh, nadie podría haberlo expresado mejor! Pero, por favor, sé muy sincero conmigo… ¿Alguna vez añoras el pasado?

Él respondió con una voz en la que parecía querer poner una dulzura por encima de lo normal:

—Para mantener el corazón en un perfecto sosiego, es necesario también despreciar ciertos recuerdos. Hace ya tiempo que comprendí, no sin esfuerzo, que la nostalgia es a veces una pérdida de tiempo y energía. Si los recuerdos sirven para ver la mano de Dios en nuestras vidas, para comprender que somos caminantes y que vamos avanzando, ¡benditos sean! Pero si nos causan angustia, si hacen decaer nuestro ánimo y nos vuelven temerosos, perezosos o lentos, hemos de creer que son sugerencias del enemigo… Hay que mirar hacia delante.

—Comprendo eso que dices. Es muy sabio —dijo ella con expresión franca, volviendo a mirarle con unos ojos muy claros—. Pero soy humana y es muy duro dejar atrás la juventud. Aquella vida de entonces era muy bella…

Gemondo se rio y contestó con ternura:

—Recuerda las palabras de Job: «El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!». Dios nos devolverá lo mejor de nuestras vidas.

Anochecía y el bosque expandía una brisa húmeda, aromática y fresca. Goto inspiró profundamente, como si buscara llenar su ser de fuerza y optimismo.

—Me ayudas mucho —aseguró con firmeza—. Trataré de poner en práctica tus consejos y lucharé para que nada me arrebate la paz que ahora siento, después de escucharte.

Llegaron caminando a una pequeña ermita toda de piedra que se alzaba en un claro. Gemondo miró hacia el interior y después, volviéndose hacia ella, dijo:

—Ahora rezaremos los dos para que todo salga bien en tu viaje a la tierra de los mauros.

Goto abrió los azules ojos, sorprendida.

—¿Entonces? —balbuceó—. ¿Crees que debo ir?

—Naturalmente —contestó él con seguridad—. Debes ir, porque tu espíritu te impulsa a ello desde hace años. No obstante, es importante que sepas una cosa: a pesar de las precauciones que tomes, aun orando, reflexionando, escuchando consejos…, para obtener luz antes de adoptar tu decisión, para estar segura de obedecer a la voluntad de Dios, debes saber que no siempre encontrarás esa luz de un modo claro y evidente. A veces puede ocurrir que Dios no nos responda. Pero ¡eso es normal! Porque Dios nos deja ser libres. ¿Comprendes eso?

—Sí. Y lo acepto. El futuro es incierto… Si el Señor nos deja así, en medio de la incertidumbre, será porque tiene razones para no manifestarse.

—En efecto —sentenció él—. Y en medio de la incertidumbre hay que decir con paz: haga lo que haga, estará bien, puesto que intento hacer el bien.

14

Córdoba, Medina Azahara
Septiembre del año 939

—Al Nasir ya está en sus aposentos —comunicó Alí aben Alfar, el vestidor del califa, con el semblante cargado de pesadumbre.

A Lindopelo le dio un vuelco el corazón y sus ojos se abrieron espantados.

—¿He de ir ahora a teñirle el cabello? —preguntó con voz mortecina y visible desasosiego.

—No —respondió Alí muy serio—. Está de mal humor y no quiere ver a nadie. Será mejor que aproveches el tiempo tiñendo primero a las mujeres y, mientras tanto, esperemos a ver si mejora su ánimo.

Pasado un rato llegó Muhamad al Muhmín, el peluquero, para acompañarle hasta las dependencias de las mujeres. Lindopelo recogió sus cosas y le siguió por una estrecha escalera que comenzó a subir con el corazón palpitante, hasta llegar a un pasillo que conducía a una sala pequeña, coloreada de violeta, donde solo había una estera en el suelo y una mesita con una palangana y un aguamanil.

—Aguardemos aquí —le dijo Al Muhmín.

Tras un momento, Zakariya abrió la puerta y entró vestida de seda clara, cuya transparencia dejaba apreciar las excelencias de su cuerpo. Sonrió maliciosamente y preguntó sin ningún pudor:

—¿Me has traído eso?

Lindopelo miró interrogativamente al peluquero y este, con aire indiferente, respondió:

—Anda, dáselo ya, no sea que le salga la fiera que lleva dentro y nos clave las uñas.

Ella sacó de entre sus ropas una delicada copa de plata y la extendió con exigencia, haciendo que tintineasen sus brazaletes de oro.

Lindopelo rebuscó en el cesto donde llevaba sus cosas y extrajo una botella de vidrio labrado; quitó el corcho y escanció aromático vino en la copa. Zakariya lo degustó y luego emitió un largo:

—¡Hum! —bebió con avidez, alargó de nuevo la copa y añadió—: Verdaderamente delicioso. No sé de dónde sacas el vino, Lindopelo, pero no he probado nada igual.

El tintor sonrió y contestó:

—De la misma manera que no digo con qué hago mis tintes, me guardo el secreto del vino.

Ella frunció el ceño y agregó en un tono extraño:

—¡Viejo zorro! El día que alguien sea capaz de teñir como tú se te acabó la fiesta. Y ese día llegará…

—¡Qué mal me quieres, con lo bien que yo te trato! —contestó él, agraviado.

Ella levantó con reprobación sus cejas oscuras y repuso:

—Demasiado te quiero para lo interesado que eres.

Al Muhmín dio entonces una fuerte palmada y gritó:

—¡Basta ya de conversación! Empecemos el trabajo, que se va la mañana.

—No metas prisa —replicó ella con arrogante tranquilidad—, porque no me iré de aquí hasta que no me termine la botella. Y pienso tomarme mi tiempo…

Dicho esto, se sentó en la estera y cruzó las piernas, mientras cogía la botella para servirse otra copa. El peluquero se puso detrás de ella y empezó a cepillarle el largo cabello negro. Lindopelo a su vez preparaba el tinte con sus delicadas manos.

En esto, se abrió de nuevo la puerta y entró el vestidor del califa acompañado de otras dos mujeres. Una era delgada y rubia; la otra, menuda, pecosa y pelirroja. Detrás venía una criada con una gran olla de agua caliente.

—¿Adónde vais vosotros ahora? —les reprochó Al Muhmín desdeñoso—. Todavía no hemos empezado siquiera con Zakariya. ¿No podéis tener un poco de paciencia?

Zakariya soltó una estridente carcajada y dijo con desdén:

—Yo no tengo ninguna prisa. Que tiña primero a esas dos, mientras apuro el vino con tranquilidad.

—Pues que empiece con la rubita —otorgó el peluquero.

Lindopelo clavó sus ojos en ella. La más rubia de las mujeres permanecía sonriente y callada. Su rostro era de piel muy clara y llevaba una larga trenza recogida en la nuca, descuidada, que acentuaba la esbeltez de su cuello pálido y delicado. Bajo la túnica azul cielo se adivinaba el talle delgado y el pecho firme.

Zakariya también la observaba con una sonrisa burlona. Bebió un sorbo de vino, se pasó el dorso de la mano por los labios húmedos y dijo divertida:

—Ahí la tienes, toda blanca y rubia… Al Nasir babea cada vez que la ve. Seguramente querrá estar con ella cuando se le pase el mal humor. Pero resulta que, gustándole tanto el cabello dorado en los demás, sin embargo no lo soporta en sí mismo y se lo tiñe de negro…

—¡Uf! —resopló Al Muhmín—. Tampoco quiere vello rubio en la mata del bajo vientre de las mujeres. A estas dos las quiere por arriba tal como son, rubia la una y pelirroja la otra. Pero, por abajo, ¡las matas negras como cuervos! Rarezas de nuestro altísimo dueño…

Lindopelo respiró profundamente y, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no se advirtiera su azoramiento, se acercó a la rubia y le levantó la túnica hasta el

ombligo. Estuvo mirando paralizado el pubis dorado, suave, y se lamentó:

—¡Qué pena oscurecer esta miel!

Luego preparó cuidadosamente el tinte y lo aplicó con delicadeza donde debía, con una especie de pincel de mango largo, evitando que sus dedos rozaran lo más mínimo la piel o el vello de la joven, ante los inquisitivos ojos de los eunucos. Cuando terminó su trabajo, dijo:

—¡Hala!, la paloma blanca ya es negra, con el plumón igual de suave. Lavadla con agua tibia y esperad a que se seque solo, sin usar toalla ni nada.

Los eunucos hicieron lo mandado y después estuvieron admirando el resultado entre exclamaciones:

—¡Qué maravilla!

—¡Qué preciosidad de mata!

—¡Negra como azabache!

A continuación se siguió idéntico proceso con la pelirroja. Mientras el tintor manejaba el pincel con destreza y el vello anaranjado se tornaba oscuro, el peluquero comentaba:

—Al Nasir estará contento cuando vea la admirable obra… Estas muchachas harán su delicia y se alegrará. ¡Cuánta falta le hace ser feliz ahora! Allah premiará cualquier cosa que hagamos para aliviar su desdicha…

Zakariya volvió a soltar una de sus risotadas y repuso irónica:

—Ahora va a resultar que los problemas de Al Nasir se arreglan con los cepillos negros de esas dos… ¡Qué tonterías decís! Todos aquí le conocemos bien. Nuestro amo estará rabioso y solitario durante mucho tiempo. No está acostumbrado a las contrariedades y este golpe ha sido muy duro. Me temo que tardará en ser el mismo… Si es que vuelve a ser el mismo. De momento no quiere oír hablar de banquetes, fiestas ni música… Está encerrado en sus habitaciones y apenas sale para dar un paseo.

Lindopelo permanecía callado. Conocía de sobra a todos los que estaban allí, como las rivalidades e intrigas del harén. Sabía que lo más prudente era mantenerse al margen. Pero, repentinamente, le dominó cierta angustia y dijo:

—Entonces, ¿qué hago yo aquí? Si Al Nasir no quiere ver a nadie, seguramente no querrá que le tiña. ¡No voy a pasarme aquí toda la vida!

—¡A callar! —le espetó Zakariya—. De momento, debes encargarte de mí…

—¿Te tiño la mata? —preguntó él con falsa inocencia.

—¡Lo mío no lo toca nadie! —gritó ella—. Además, no necesito que me lo tiñas, lo tengo negro como la noche… Pero no me vendrá mal que me ocultes las canas que me van saliendo en la cabeza.

15

León
Primeros de octubre del año 939

Una larga fila, compuesta de carromatos, caballerías y hombres a pie, avanzaba por la vieja calzada que unía el extremo de la Gallaecia con la ciudad de León. La mañana era fresca y en el páramo aún amarilleaban los signos del estío: rastrojos, secas praderas y campos de lino. Hacia el norte, como un paredón oscuro, se alzaba la silueta lejana de los montes, y la densidad gris de un cielo cargado de nubes lo envolvía todo. No había polvo, merced a la lluvia tibia de la otoñada temprana, pero tampoco barro; de manera que las gruesas ruedas de madera se desenvolvían bien entre los guijarros, baches y descarnaduras del camino. Fatigados pies humanos, cascos, pezuñas y herraduras sostenían un paso uniforme, discurriendo por las suaves ondulaciones del terreno, ora cuesta arriba, ora cuesta abajo. Más descansados iban quienes gozaban del privilegio de viajar en las monturas de los caballos, en la ancas de las mulas o en los mullidos regazos de las carretas tiradas regular y cómodamente por mansos bueyes. Porque en aquella larga fila, además de mercaderes con sus recuas de bestias cargadas y peones caminando en busca de fortuna, iban, acompañados de sus gentes, importantes magnates: condes, obispos, abadesas, abades y caballeros gallegos que acudían a León, para asistir a la asamblea plena convocada por el rey Radamiro con motivo de su celebérrima victoria sobre el enemigo agareno. Al frente de todos, viajaba con su comitiva el obispo de Santiago. Tras él, con los suyos, el obispo Rodesindo y su hermano, el conde Fruela Gutierrez. Agregada al séquito de estos últimos, cabalgaba la abadesa y reina Goto, recibiendo en la cara el agradable aire que apagaba el fuego de sus pensamientos, dirigiéndose a ver al rey, con ardiente decisión, dispuesta a convencerle de que la ayudara en su intrépida empresa de devolver a Gallaecia los huesos del mártir san Paio.

La caravana atravesaba una llanura, a derecha e izquierda del camino se extendían grandes barbechos. Más adelante, pasó junto a unas míseras aldeas cuyas casuchas de adobe se confundían con el color de la tierra. Todo estaba desierto y en calma. Hacía tiempo que los aldeanos habían acudido en masa desde todas partes a la capital para beneficiarse de la magnanimidad del rey. La noticia de la victoria tenía al reino entero colmado de esperanzas. Solo se vieron algunos campesinos vendimiando en unas tupidas viñas cuajadas de dorados racimos. También para ellos este fue un día venturoso, a pesar de haberse tenido que quedar sacrificados a sus tareas, porque los viajeros se detuvieron y les compraron las uvas a muy buen precio.

La reina Goto se paró a contemplar la alegría en las caras de los viñadores. Se

sintió asimismo dichosa cuando vio a unos niños cantando a la vera del camino. Cualquier punto hacia donde dirigiese su mirada le devolvía una imagen bella: las frondosas vides, las grandes choperas en cuyas enmarañadas ramas el aire provocaba un movimiento perezoso del que se desprendía un murmullo, los rebaños desplazándose lentamente por las laderas de los cerros, los verdosos riachuelos fluyendo entre matorrales y arboledas, la serenidad de la llanura… Todo le resultaba muy familiar, como si se tratara del rostro de un antiguo y entrañable amigo. Porque ella había pasado la mayor parte de su juventud en aquellas tierras leonesas, antes de que su esposo don Sancho Ordóñez fuera coronado monarca de Gallaecia reinando en León don Alfonso el Monje. Todos los rasgos característicos del paisaje, los campos, las aldeas y la silueta oscura de las murallas de la ciudad a lo lejos, estaban asociados en su mente a unos recuerdos que, en su conjunto, formaban la idea de su juventud, la esencia de sus fantasías y sentimientos pasados. Y dondequiera que mirasen sus ojos, hallaba algo que invitaba a su alma a vibrar con nostalgia.

Así estuvo, cavilosa, hasta que la honda voz del obispo Rodesindo la sacó de su ensimismamiento:

—Abadesa Goto, hermana mía —le preguntó—, ¿por qué estás tan meditabunda? ¿Acaso temes aún no poder realizar tu sueño de traer a nuestra Gallaecia los santos huesos de Paio?

La voz venía de detrás de ella y le estremeció el corazón. Rápidamente se volvió y vio al obispo montado en su mula parda, cubierto con la capa blanca, el rostro saludable y tranquilo. Detrás de él, como su sombra, su hermano el conde Fruela Gutiérrez sonreía.

—¿Por qué me preguntas ahora eso? —contestó ella—. Ya te dije antes de emprender el viaje que estoy plenamente decidida. No he venido a León solo para participar en la asamblea plena que convoca el rey.

—¿De verdad crees que Radamiro te autorizará? —preguntó el conde—. Cierto es que la victoria sobre los mauros ha sido muy grande. Pero aún no hay paz firme. Tu viaje a Córdoba puede resultar muy peligroso…

—No temo a los mauros. Lo que me angustia es solo pensar en tener que abandonar esta ilusión. Hay que traer de una vez esas reliquias…

—¡Naturalmente! —afirmó Rodesindo con exaltación—. Nuestra bendita Gallaecia será más sagrada si podemos venerar en ella al santo mártir. No hemos de abandonar esa ilusión, que no es solo tuya, sino de todos.

Se hizo el silencio. Goto parecía esperar con impaciencia que el obispo añadiese algo, pero Rodesindo y su hermano el conde no abrían la boca, así que ella dijo:

—Puesto que pensáis así, ¿me ayudaréis a convencer al rey?

Los hermanos se miraron y sonrieron. El conde respondió por los dos:

—Claro que sí. Como bien ha dicho mi hermano, tu sueño también es nuestro.

Puedes contar con nosotros. Por mi parte, además de expresarle al rey la opinión de toda Gallaecia al respecto, reuniré dineros, gentes y pertrechos; todo lo necesario para facilitarte el viaje.

Después de decir esto, el conde miró a su hermano, como si necesitase su autorización para seguir hablando. El obispo asintió con un expresivo movimiento de cabeza. Entonces Fruela añadió:

—Mi hermano y yo hemos hablado largamente sobre este asunto. Estamos plenamente decididos a hacer todo cuanto esté en nuestras manos para llevar a buen fin esta loable empresa. Tanto es así que yo mismo iré contigo a Córdoba.

El rostro de Goto se iluminó. Alzó los ojos y las manos al cielo y exclamó:

—¡Alabado sea Dios!

Era mucho más de lo que la abadesa podía esperar. El apoyo del obispo Rodesindo significaba un paso importante para mover la voluntad del rey; pero más valioso para ella resultaba contar con una buena escolta, que era lo que le brindaba el conde. Agradeció al cielo este inesperado auxilio y terminó de persuadirse de que la Divina Providencia estaba definitivamente de su parte.

Confortada con estos pensamientos, no obstante la fatiga del viaje, cabalgó dichosa. Hasta ver aparecer ante sus ojos las formidables defensas de la ciudad de León, las torres, los baluartes y las poderosas murallas que soportaban impasibles la pesadumbre de los mil años que, según decían, llevaban en pie. La visión sobrecogió su alma y, sin poder evitarlo, brotaron de sus labios los versículos del cántico de Isaías:

Tenemos una ciudad fuerte,
has puesto para salvarla murallas y baluartes.
Abrid las puertas para que entre un pueblo justo,
que observa la lealtad;
su ánimo está firme y mantiene la paz,
porque confía en ti.
Confiad siempre en el Señor,
porque el Señor es la Roca perpetua.

«Eso, confiar, confiar siempre, se dijo. Esta debe ser mi fuerza en esta empresa. Pero ¿cómo alcanzar esa confianza total en Dios?» Entonces recordó los consejos del sabio Gemondo: «Alejar de sí todo temor e inquietud, vivir como si el futuro no existiera; abandonarse en Dios en el momento presente, como si nada tuviese el mínimo valor, serenamente, suavemente, sin precipitación, sin arrebatos…». Ciertamente, el secreto de la paz del alma no estaba en las especulaciones intelectuales ni en las consideraciones teológicas, sino en una mirada confiada y

contemplativa.

Así anduvo siguiendo a la comitiva por el camino que discurría al pie de las murallas, bordeándolas, desde la puerta que llamaban del Conde, donde se alzaba el castillo, y continuaron por la parte norte, a lo largo de una calzada pavimentada con pequeños guijarros. Cada vez que levantaba la cabeza, se encontraba las torres albarranas, fuertes y orgullosas, coronadas por vistosos estandartes de todos los colores y formas. Y el cántico volvía a sus labios:

Tenemos una ciudad fuerte,
has puesto para salvarla murallas y baluartes…

Delante de la llamada puerta del Obispo, se extendía una amplia explanada rodeada por un curioso arrabal de casas de madera y barro, cuadras, corrales, fondas y herraderos para las bestias. En esa zona se detenían las caravanas y se encontraban los negocios donde se concertaban los viajes hacia tierras lejanas, con destino al sur o a las regiones del norte y el levante. Cualquiera que pretendiera entrar o salir de León debía pasar forzosamente por ahí, pues el resto de las puertas permanecían cerradas, máxime cuando el rey se encontraba en el palacio interior. Por entonces, el lugar era un hervidero de gentes diversas que acudían para aprovecharse de la gran concentración de magnates del reino en la ciudad. Había que pasar pues por una sucesión de establecimientos y sucias casas, cuyos dueños eran carniceros, triperos, desolladores…; los desechos de los animales sacrificados se amontonaban en todos los rincones y apestaban a causa de la podredumbre. Abundaba toda clase de gente miserable: mendigos, inválidos, enfermos y borrachos, pululando entre perros y cerdos. Delante de la puerta, esperando a que les franquearan el paso, se apiñaba una muchedumbre bulliciosa de mercaderes, apretándose en una masa uniforme compuesta por hombres, mercancías y bestias de carga.

Se abrió paso la caravana de magnates entre el gentío a golpes y entró por la puerta del Obispo. Desde la altura de su mula, Goto pudo ver sin esfuerzo la calle principal que se extendía ante sus ojos con una anchura inhabitual en el conjunto de los barrios de intramuros. Habían pasado más de veinte años desde la última vez que estuvo allí y su corazón enseguida se puso alerta, y sus sentidos se aguzaron buscando los rincones donde anidaban los recuerdos de su juventud. Todos los perfiles de la ciudad, sus adarves y edificios, así como el aspecto y los semblantes de sus habitantes, estaban unidos en su memoria a tiempos lejanos y felices. Y a donde quiera que volviera el rostro, hallaban algo que la hacía vibrar de emoción: el contorno de los tejados, las iglesias, los campanarios, las plazas, los grandes caserones de los nobles, el mercado…

16

Córdoba
Octubre del año 939

Isacio, el anciano clérigo que se ocupaba de la iglesia de San Cipriano, impartía clases cada mañana a un grupo reducido de alumnos en su casa. La escuela estaba en el piso alto, en una sala cuadrada sin tabiques que abarcaba todo el espacio superior de la vivienda. Una gran mesa rectangular ocupaba el centro y en torno a ella sentábanse siete mozos, tres a cada lado y uno en el extremo, el discípulo más avezado. El maestro se situaba frente a este último, en la cabecera, donde había un atril con una pizarra que todos podían ver, y cada uno de los alumnos tenía una tablilla de cera y un punzón. Las enseñanzas discurrían por las llamadas «tres vías» relativas a la elocuencia, el *trivium*: gramática, retórica y dialéctica. Al cual seguía el *quadrivium*, las cuatro ciencias que completaban la enseñanza clásica: aritmética, astronomía, geometría y música. Desde la primera luz del día, la mañana transcurría entre lecciones, lecturas de la Sagrada Escritura o la vida de los santos, con preguntas, respuestas y repeticiones, a fin de memorizar palabras escogidas y adquirir un lenguaje cultivado. En esto, como en las demás disciplinas, el maestro era muy severo y no permitía en ningún momento a sus alumnos utilizar la llamada *lingua rustica*, que era la empleada ordinariamente en casa, en las calles y mercados. En la escuela solo se podía hablar y escribir en latín. Si a alguien se le escapaba una sola frase o palabra en la vulgar lengua materna, debía quedarse castigado limpiando la escuela y vaciando los orinales cuando terminaba la jornada y los demás podían marcharse. Aunque estos alumnos, de más de dieciséis años de edad, eran escogidos y raramente se equivocaban; pertenecían ya al estado clerical por haber recibido algún ministerio menor. El maestro Isacio estaba investido de autoridad por el obispo de Córdoba para preparar a los futuros clérigos de la diócesis y todo candidato a beneficiarse de sus sabias enseñanzas ya sabía leer, escribir y cantar antes de llegar a él. En aquella escuela se dedicaba la mayor parte del tiempo a perfeccionar la sintaxis latina, leyendo y copiando principalmente a Prisciano y Donato, entre otros, y más tarde a Virgilio y Salustio. La escritura elegante se adquiría sirviéndose del estilo del libro *De inventione* de Cicerón y el ejercicio ágil de la lógica tomando a Boecio como guía. Pero no se olvidaba a los padres de la Iglesia, entre los que destacaban Agustín e Isidoro de Sevilla. Especial devoción tenía el maestro a Álvaro Paulo de Córdoba y todo el que pasaba por la escuela debía copiar su *Indículo luminoso*, que defendía los valores tradicionales de la fe cristiana frente a las desviaciones relativas a las costumbres y la moral muslímicas, y que era también una vehemente crítica contra

los hermanos mozárabes que se veían seducidos por la sensual vida de los seguidores de Mahoma.

Por ser la quinta feria, jueves, las últimas horas de la mañana se dedicaban a la música. Y la lección versaba sobre una de las oraciones del llamado canto eugeniano: el *Trisagion*. El anciano maestro se hallaba de pie frente a sus alumnos, con aplomo; su deshilachada y descolorida túnica pardusca de diario no le restaba decoro; sus ojos entrecerrados miraban al techo y su expresión manifestaba suma concentración, mientras entonaba el sagrado cántico melodiosamente:

Hágios o Theos,
Hágios Ischyrós,
Hágios Athánatos,
eléison himas.

A cada invocación respondía cantando, desde el otro extremo de la mesa, el alumno mayor de todos:

Hágios Athánatos,
eléison himas.

Y seguidamente los demás coreaban al unísono:

Doxa Patri ke Hyio ke Hágio Pneúmati,
ke nyn ai ke is tus eónas ton eónon. Amin.

Y así, una y otra vez, iban repitiendo el himno, con sus invocaciones y respuestas, armonizándolo, aunando las voces y perfeccionándolo. Un amplio ventanal dejaba penetrar luz suficiente para ver con claridad el antifonario que descansaba sobre el atril, delante del maestro, aunque, de cuando en cuando, también irrumpía en la estancia algún estridente ruido de la calle: la voz de un pregonero, el ladrido de un perro, el martilleo de un taller, una riña entre mujeres… Isacio entonces detenía el canto con un gesto de su mano y esperaba pacientemente a que retornase el silencio necesario.

Aquella mañana de jueves, cuando la lección iba tocando a su fin en torno al mediodía, estalló repentinamente un griterío de chiquillería en el exterior. Las voces alborotadas, llenas de júbilo, se confundían entre risotadas y silbidos; y destacó alguien que exclamaba:

—¡Mirad, mirad lo que le han hecho!

El maestro se asomó a ver qué pasaba y pronto se vio balanceado en la ventana

por la oleada de sus alumnos que se acercaron también impulsados por la curiosidad. Abajo en la plazuela, frente a la iglesia de San Cipriano, se iba congregando una muchedumbre de muchachos, mujeres, vendedores ambulantes y artesanos, que rodeaban a alguien en ambiente jocoso. Los gritos y las risas iban aumentando, mientras que algunos grupos se agolpaban delante de la puerta de la iglesia, alrededor de un hombre sucio y atemorizado que se cubría la cabeza con un manto, suplicando:

—¡Dejadme! ¡Dejadme en paz, atajo de mezquinos!

El mayor de los alumnos indicó:

—¡Es Lindopelo!

—¿Lindopelo…? —preguntó el maestro lleno de perplejidad.

—¡Sí, sí, es Lindopelo! ¡Es Lindopelo! —confirmaron los muchachos—. ¡Vamos a ver lo que sucede!

Precipitadamente, los alumnos salieron en tropel y descendieron ruidosamente por los peldaños de madera de la escalera que daba a la calle. El anciano Isacio, con mayor cuidado y lentitud, les siguió y pronto se encontró en medio de la muchedumbre, que, entre insultos y groserías, rodeaba a Lindopelo, el cual se hallaba acurrucado junto a la puerta manteniendo su cabeza escondida bajo el manto.

La gente gritaba con desprecio:

—¡Anda, deja que te veamos! ¡Enséñanos tu pelo! ¡Muéstranos tu preciosa cabellera!

—¡Fuera! ¡Dejadme! —suplicaba él.

Dos mocetones le acosaban y forcejeaban con él intentando descubrirle la cabeza. Hasta que lograron con un fuerte tirón arrebatarle el manto y todo el mundo pudo ver con asombro e hilaridad lo que le sucedía al tintor de Zahara: su cuero cabelludo, que él trataba de cubrirse a toda costa con las manos, estaba completamente calvo.

La muchedumbre estalló en una tormenta de risotadas. En medio de la albórbola, exclamaban:

—¿Dónde está tu pelo? ¡Menudo adefesio! ¿Y ahora que harás así, calvo como un huevo?

Los chiquillos, para mayor escarnio, cogían boñigas de asno y se las arrojaban. Y Lindopelo, hecho un ovillo junto a la puerta, gimoteaba con la cabeza entre los brazos.

Sin poder aguantar más la visión de aquella crueldad, el maestro Isacio se abrió paso entre la gente gritando:

—¡Basta! ¡Basta ya! ¡Dejadlo de una vez!

A duras penas consiguió llegar hasta el tintor, mientras la gente se resistía a renunciar a su brutal diversión. Se plantó el clérigo delante y, alzando el bastón por encima de su cabeza, ordenó como un trueno:

—¡He dicho que basta!

Poco a poco se fue haciendo el silencio y una cierta calma reinó en la plazuela. Resoplando, Isacio clavó una mirada furibunda y cargada de autoridad en la gente. Luego dijo con voz tonante:

—¿Acaso somos gente sin piedad? ¿Somos salvajes? ¿No nos manda Nuestro Señor comportarnos como hermanos? ¿A qué viene pues esta falta de caridad tan grande entre nosotros?

Avergonzados, algunos bajaban las cabezas. Otros en cambio seguían sonrientes y burlones. Luego fueron dispersándose, los unos hacia la calle de los bordadores, los otros hacia el callejón estrecho que conducía a las interioridades del barrio y los demás hacia el mercado, mientras que las mujeres recogían sus cestos y se los ponían sobre las cabezas para retornar a sus casas. Solo la chiquillería permanecía allí, curiosa, aunque a prudente distancia.

Lindopelo entonces, al verse libre del acoso, se envalentonó y empezó a gritar:

—¡Fieras! ¡El demonio os lleve a todos! ¡Envidiosos! ¡Que eso es lo que sois, unos envidiosos!

El anciano clérigo le dio un manotazo en el hombro y le hizo callar. Luego murmuró en su oído:

—No compliquemos otra vez las cosas…

Pero el tintor, insistiendo, con la brusquedad que brotaba de su rencor, siguió dando voces:

—¡Malnacidos! ¡Atajo de miserables! ¡Perros rabiosos!…

Isacio le volvió a dar un manotazo y le reprendió:

—¡Calla de una vez! ¿O quieres que vuelvan y te den una paliza?

Temeroso, Lindopelo alzó hacia el clérigo una mirada llorosa y gimoteó:

—¡Encima eso, una paliza! ¿No tengo suficiente con lo que me ha pasado? ¡Mira mi cabeza! ¡Ay, mi pelo, mi precioso pelo!…

El maestro le miró compadecido y le preguntó:

—Pero… ¿Se puede saber qué te ha pasado, criatura? ¿Quién te ha hecho eso?

El tintor se cubrió la cabeza con las manos y estuvo llorando en silencio durante un rato, ante la mirada perpleja del clérigo y sus alumnos.

El mayor de estos, el discípulo más avanzado, se llamaba Asbag aben Nabil; era un joven de diecinueve años, inteligente, de grandes y oscuros ojos, callado y bondadoso. En un susurro propuso:

—Maestro, deberíamos entrar en la iglesia.

El maestro le miró intensamente, pensativo. Luego contestó:

—No. No es sitio adecuado para estas cosas… Vayamos a mi casa.

El joven cogió de la mano a Lindopelo y, con el cuidado de quien teme causar más daño a quien tan lastimado estaba, le dijo:

—Anda, levántate y ven con nosotros.

El tintor alzó unos ojos confusos y enrojecidos. Su aspecto era lamentable: el cráneo mondo con la piel muy blanca, requemado; despojado de su vistosa cabellera, apenas abultaba y las orejas parecían desmedidamente grandes; los ojos, en cambio, insignificantes; la nariz pequeña y la barbilla envuelta en la blanda papada. Como nunca le habían visto desprovisto de su singular pelo, los alumnos le observaban con asombro. Uno de los pequeños dejó escapar una incontenible risita que contagió a los demás.

—¡Cada uno a su casa! —les ordenó Isacio—. Que se quede solamente Asbag.

Sin rechistar, los muchachos se marcharon. Luego el maestro, el mayor de los alumnos y Lindopelo cruzaron la calle y entraron en la casa. En el zaguán se encontraron con Teódula, la hermana del clérigo, alta y delgada como él, que les preguntó con preocupación:

—¿Este hombre quién es?

—Estebanus al Sabbag, el tintor —respondió Isacio.

—¿El tintor? —dijo ella—. ¡Si no parece el mismo! ¿Qué le ha pasado a su pelo?

Fueron todos hasta el final de la casa, a la cocina, donde esperaba como siempre un puchero humeante lleno de caldo de legumbres, y se sentaron en torno a la mesa, mirándose confusos y apurados. La anciana observó:

—Es hora de comer. Echaré un par de puñados de habas más en el puchero.

—Haces bien —dijo Isacio—. Asbag y Estebanus se quedan a comer hoy con nosotros.

Y luego, dirigiéndose a Lindopelo, añadió:

—Mejor será que esperes aquí a que pase la noche, no sea que vuelvan a mortificarte esos. Y si te parece bien puedes contarnos con tranquilidad lo que te ha sucedido.

El tintor se echó a llorar de nuevo, negando con la cabeza y cubriéndose el rostro con las manos.

—Vamos —le animó Asbag—. Con nosotros puedes desahogarte. Sabes que no nos burlaremos…

—Hoy no puedo contaros nada, hoy no —respondió entre sollozos Lindopelo—. ¡Ha sido horrible! Hoy no puedo hablar de ello… Ya os lo contaré cuando se me vaya pasando el disgusto…

17

León
Octubre del año 939

Como cada día, a Musa aben Rakayis le despertaron las voces y el estruendo en la plaza de armas del castillo, provocado inevitablemente por el cambio que se producía cuando la guardia nocturna daba paso a la diurna. Los soldados que abandonaban sus puestos apresuradamente, deseando el descanso, formaban ruido con sus pisadas en las piedras y el golpear de las lanzas. Después de un breve silencio, se sucedían las órdenes de los heraldos, recias, estridentes. Consecuentemente la tropa de relevo volvía a hacer semejantes ruidos, pisada, lanzas, órdenes… Luego retornaba la calma, y lo único que se dejaba oír era el crepitar incesante de la lluvia, precipitándose a veces. Musa se dio una vuelta en la cama y maldijo aquel cambio de guardia que diariamente interrumpía su sueño de última hora, después de haber pasado la mayor parte de la noche en vela, acuciado por las preocupaciones, sabiendo que ya le resultaría imposible dormirse otra vez, máxime cuando debía esperar a que, un rato después, comenzasen a repicar todas las campanas de la ciudad, casi al unísono, para anunciar los oficios religiosos que se iniciaban al alba en la infinidad de iglesias, conventos y ermitas de León y su alfoz. Por el filo abierto entre los cortinajes cerrados con cierto descuido sobre la única ventana de la alcoba, se colaba un rayo de luz muy débil, y le recordó al punto la obligación inminente que tenía esa misma mañana: acompañar al rey en la recepción de importantes personajes. Debía pues levantarse con premura, arreglarse y vestirse convenientemente para cumplir su cometido. Ya que Musa aben Rakayis era ministro del rey y representaba en el Aula Regia a todas las comunidades musulmanas del reino. Siempre que algún asunto del gobierno, la corte o la cancillería tenía que ver con los seguidores de Mahoma, ya fueran leoneses o extranjeros, él debía asesorar al rey, traducir y hacer de exégeta en las conversaciones y negocios.

A pesar de su nombre, de resonancia muslímica, Musa era cristiano. Y no se comprenderá el porqué de su función si no se conoce lo que sucedió dos generaciones atrás cuando, en tiempos de sus abuelos, el rebelde Aben Marwan al Yiliqui se asentó con toda su gente en el reino de León, con el consentimiento del rey Alfonso III, en los territorios del conde Gatón. El abuelo de Aben Rakayis fundó la familia de los llamados Banu Eiza, que eran un ingente grupo de cristianos mozárabes de Córdoba, con todos sus familiares y servidores libres y esclavos. Pertenecía pues Musa a un viejo linaje de cristianos que se remontaba a los tiempos de los godos y que, durante casi dos siglos, habían vivido sometidos al poder musulmán, hasta que decidieron

emigrar a las tierras fronterizas del reino cristiano, en lo que con el tiempo llegaría a conocerse como La Bañeza. Ya su padre, Rakayis, había ejercido hasta su vejez en la Cancillería del Aula Regia como miembro del Consejo Real, y el hijo heredó el cargo, después de prepararse concienzudamente desde la adolescencia entre los más afamados diplomáticos de la corte. A partir de entonces, fue a vivir a las dependencias del castillo destinadas a los servidores inmediatos del rey, y permaneció allí hasta el momento presente, en que contaba la edad de cuarenta y tres años.

Era el consejero un hombre discreto, prudente, que incluso pudiera parecer taimado; pero su fina instrucción y su proverbial inteligencia, ejercidas en la más perfecta corrección y en absoluta lealtad, tenían completamente seducido al monarca, el cual no tomaba ninguna decisión en los asuntos de su competencia sin antes escuchar sus consejos cumplida y pacientemente. Ningún embajador o simple mensajero proveniente de al-Ándalus era recibido sin que Musa aben Rakayis estuviera presente; él recibía y leía cualquier carta, credencial o misiva antes de que llegaran a manos del rey o de sus privados. También asesoraba a las legaciones y correos que partían hacia el sur, instruyéndoles puntualmente en los usos y costumbres de los musulmanes; redactaba personalmente las cartas, elegía los obsequios y decidía lo que debía comprarse en Córdoba, Sevilla, Toledo, Murcia o Málaga aprovechando el viaje. No obstante sus habilidades y conocimientos en asuntos de los reinos agarenos, nunca había puesto un pie en los países fieles a la doctrina de Mahoma.

Cuando las campanas de toda la ciudad iniciaron su habitual y madrugador repiqueteo, Musa se incorporó apoyando el puño derecho en la mejilla. Pero antes de que se levantara de la cama, alguien golpeó varias veces con los nudillos en la puerta. Era su ayudante Aglab aben Mazahir; el fiel servidor perteneciente también a una familia de mozárabes vinculada a la antigua dinastía de la Banu Eiza, cuyos miembros habían servido al linaje de los Rakayis durante generaciones y generaciones.

—¡Adelante, estoy despierto! —contestó Musa, mientras ponía los pies en el suelo.

Aglab entró en la alcoba, emitiendo al caminar en la oscuridad el característico ruido de sus pies, deslizando las suelas de cuero de sus babuchas, como si tuviera mucha prisa. Colocó un barreño sobre un taburete, como venía haciendo a lo largo de más de treinta años, desde que amo y siervo eran adolescentes, pues ambos tenían la misma edad. Después desdobló una toalla con idénticos movimientos apresurados, perceptibles en la penumbra, carraspeó y dijo:

—Dios ha hecho la luz para iluminar el mundo. ¿Has dormido bien?

Musa se preguntaba siempre por qué su ayudante no empezaba por abrir las cortinas primeramente, en vez de manejarse a tientas con el barreño, el taburete y la

toalla. Sin embargo, dada su característica prudencia, nunca le decía nada al respecto, sino que, invariablemente, respondía:

—Bendito sea Dios. He dormido bien. ¿Y tú?

—Muy bien. Dios sea Bendito.

—Por siempre.

—Amén.

Entonces Aglab descorrió las espesas cortinas, abrió los postigos y la estancia cobró ahora nitidez. El techo altísimo mostraba un arco de piedra que cruzaba de lado a lado y los muros tenían manchas de humedad. Todo allí era austero. Solo había una oscura piel de jabalí en el suelo, una mesa grande cubierta de pergaminos, documentos, cartas, legajos, tinteros y cálamos, y la puerta de un armario empotrado en la pared, donde el canciller guardaba sus ropas y enseres personales. Cerca de la cama, orientada caprichosamente hacia el lugar donde salía el sol, una sencilla cruz de madera escasamente labrada era el único adorno. La parquedad del mobiliario y la ausencia de comodidades, respecto a la importancia del personaje que ocupaba el dormitorio, desvelaban algo más que un mero descuido: la misma personalidad de Musa aben Rakayis; hombre extremadamente piadoso, temeroso en su vida de ofender al Creador, por lo que huía de cualquier actividad que pudiera parecer placentera o sensual. No participaba en los banquetes y francachelas tan propios de la corte, no probaba vino ni licor, sino era como medicina; huía de la música y las danzas y practicaba una ascesis reservada y permanente. No siendo clérigo ni monje, era célibe, después de que en su juventud se consagrara plenamente a su misión, en un arrebato de celo y abnegación, hasta el punto de haber hecho voto de no tomar esposa mientras el rey le mantuviera a su servicio. Aunque bien es cierto que tal promesa era frecuente entre caballeros y criados del monarca, para asegurar la entrega, sumisión y lealtad absoluta de la persona.

Permaneció durante un momento sentado en el borde de la cama. Luego sus pies tentaron el suelo frío buscando las babuchas; se calzó y se levantó. Su cuerpo tenía buena planta; aunque delgado, sus miembros eran proporcionados y fibrosos; la nariz fuerte y bien dibujada; la barba y el cabello castaños con hilos de plata. Una permanente preocupación parecía asomar en su rostro; aunque, a pesar de este aire melancólico, era hombre firme, de arrestos. Metió las manos grandes en el barreño y recogió agua en las cuencas de sus palmas. Se estuvo lavando cuidadosamente la cara, el cuello, los hombros, los brazos y las axilas, con movimientos nerviosos.

Su ayudante, menudo, fornido, de pelo canoso alborotado, permanecía esperando con la toalla en las manos, contemplando el semblante pensativo, atormentado casi, de su amo. Sintió lástima y le dijo:

—No te preocupes, todo saldrá bien, Dios pondrá su mano todopoderosa. Como siempre.

Musa asintió con un leve movimiento de cabeza. Luego se acercó a la ventana mientras se secaba con fuertes y sonoras friegas de la toalla áspera y tiesa, como si desease hacerse daño. El esbelto torso enrojeció a la vez que la piel blanca parecía cobrar vida. Afuera amanecía. Observó el cielo encapotado, luego el campo inmenso más allá de las murallas y los miles de triángulos de infinitos colores de las tiendas que se erguían en las llanuras, para cobijar a los veinte mil soldados que acampaban allí desde que llegaron acompañando al rey después de la victoria de Simancas. A pesar de la lluvia, la vida comenzaba en estos improvisados campamentos. Manadas de bueyes y mulas pastaban ya junto a los caballos de guerra. Los hombres intentaban encender las hogueras e infinidad de hilillos de humo gris se elevaban al firmamento desde la leña húmeda.

Él le volvió la espalda a todo aquello y regresó al interior de la alcoba. Miró lleno de preocupación a su ayudante y le dijo con voz grave:

—Recemos.

Tras vestirse con una túnica gris como la mañana, el ministro y su ayuda de cámara se echaron de hinojos al suelo y, puestos en dirección a oriente, iniciaron un cántico:

Emitte lucem team et veritatem team:
ipsa me deduxerunt et adduxerunt in
montem sanctum tuum et in tabernacula tua…

[Envía tu luz y tu verdad;
ellas me guiarán y me acompañarán
a tu monte santo, a tus tabernáculos…]

Después de musitar durante un largo rato oraciones que les infundían fortaleza y seguridad, se santiguaron y besaron la cruz de madera que colgaba en la pared. Aglab, tratando de comunicar a su amo mayor ánimo, le dijo sonriente:

—Dios te ayudará, nunca ha dejado de ayudarte.

Musa intentó devolverle la sonrisa, pero le salió una extraña mueca cuando respondió:

—Hoy ayunaré… No voy a bajar a las cocinas a tomar alimento. Así que voy a revestirme ya para la recepción.

—Si así te parece mejor, hazlo —le aconsejó el ayudante—. Pero será una sesión larga y fatigosa. Necesitarás estar fuerte y lúcido. Deberías al menos tomar un tazón de leche con miel.

Musa estaba indeciso. Pero acabó cediendo:

—Tienes razón. Me vestiré y tomaré la leche. Ayunaré después de la recepción.

Para Dios no existe antes ni después…

Así se hizo. Debía ataviarse adecuadamente para un acto tan importante, porque lo requería el protocolo: túnica larga abotonada, sobre la que se echaba el ampuloso manto llamado *ferucí*, rematado con suave piel *corelina*, es decir, de conejo; bonete de *tiraz* de seda, hebillas de bronce, espada colgada al cuello y algún broche de oro o plata.

Mientras era ayudado por su asistente, que iba extrayendo del armario cada prenda y adorno, Musa desahogó su corazón y reveló el motivo de su preocupación.

—Tengo que convencer al rey Radamiro de que debe iniciar cuanto antes las negociaciones de paz con el califa de Córdoba. ¡Santo Dios, qué difícil va a ser! Radamiro está henchido de vanagloria por su victoria y no se da cuenta de que solo ha ganado una batalla… Pero estoy completamente seguro de que el fiero e implacable Abderramán se revolverá buscando venganza…

Los ojos claros de Aglab, apenas enturbiados por un fino velo transparente, estaban clavados en él, compartiendo sus temores. No obstante, afirmó rotundo:

—Le convencerás.

—Es terco, terco como una mula —repuso Musa sacudiendo tristemente la cabeza—. Y está ensoberbecido por el triunfo. Ahora disfruta como un niño que ha vencido en el juego, mientras dura la calma tras la retirada del enemigo. Pero no se da cuenta de que esa paz es efímera… El califa de Córdoba dejará pasar el otoño y el invierno, rehará su ejército en primavera y no dudará en venir de nuevo con mayor hueste. El rey Radamiro no debería ofenderle más, sino aprovechar la ocasión, ganar tiempo y anticiparse a las intenciones del agareno. Debo convencerle de que envíe cuanto antes sus embajadores a Córdoba para negociar un tratado de paz.

18

Córdoba, barrio de la Tiracería
Octubre del año 939

Después de haber permanecido despierto durante toda la noche, Lindopelo se levantó de la cama antes del alba y tanteó en plena oscuridad, con lentitud y precaución, el camino hasta la puerta de su casa, como si temiera que la más mínima luz le devolviera a la terrible realidad de encontrarse sin su preciosa cabellera. Antes de salir a la calle, envolvió cuidadosamente su cabeza calva con un turbante mientras lloraba con amargura. Entreabrió luego la puerta y se asomó, encontrando en el exterior una penumbra mezclada con los primeros rayos de luz por encima de los tejados. Tan temprano no se oía más que el sonido de las ruedas de los carros, el golpeteo de los cascos de los borricos que llevaban las mercancías al zoco, la tos de los comerciantes madrugadores y alguna que otra voz suelta en los callejones. Antes de que el ajetreo en su barrio fuera en aumento, salió y caminó con pasos ligeros arropado por la oscuridad. Cuando veía las siluetas indefinidas de la poca gente que transitaba a esa hora, retrocedía perplejo y se ocultaba en el hueco de un portal. Pasado el peligro, se aventuraba de nuevo por el laberíntico entramado de callejuelas y adarves, avanzando cada vez más apresuradamente, temiendo la inminente salida del sol. Jadeando, gimiendo de vez en cuando, llegó al extremo de la Tiracería y se detuvo delante de una casa antigua, con dolor y vergüenza al mismo tiempo, sufriendo por el trastorno y la preocupación que causaría su visita. Porque aquella era la vivienda de sus ancianos padres. La puerta se abría a un callejón sin salida, donde se amontonaban fardos, sacos y montones de material desechado por los oficios propios del barrio. Ahora se podía ver todo con claridad y las luces de la mañana fluían desvelando hasta el último contorno. De repente, algo se movió entre unos escombros y a Lindopelo se le escapó un «¡Ay!» asustado. Aunque enseguida reparó en que se trataba de un gato aún más atemorizado que él y llamó a la puerta con ansiosos golpes. Nadie respondía y tuvo que insistir durante un rato, nervioso, mientras se decía: «Cada día están más sordos estos viejos».

Al fin se abrió la puerta y asomó la cabeza de su padre, cubierta por una abundante mata de pelo completamente blanco. El anciano, nada más ver a su hijo, le reprochó con enojo:

—¡Hace meses que no te vemos! ¡Más de tres meses! Tu pobre madre está enferma… Y tú, ¡desagradecido!, andas olvidado de nosotros… Seguro que vienes a pedir algo; siempre apareces cuando tienes problemas…

—¡Ay, padre mío! —suplicó compungido Lindopelo—. Solo Dios sabe lo

desgraciado que soy… Te ruego que no me riñas.

El anciano meneó la cabeza con resignación y se hizo a un lado para abrirle paso. Lindopelo entró y cruzó el pequeño patio de la casa, al que daba la habitación del horno, ya encendido, en cuyo vientre se cocía un pan.

—¡Hum…! —exclamó—. El pan de siempre, a la hora de siempre…

Su padre le seguía, deslizando los pies por las baldosas de barro del suelo, mirándole de forma inquisitiva y murmurando:

—¿Qué demonios te habrá sucedido esta vez? ¿En qué líos se habrá metido esa cabeza loca?

Sin hacerle caso, Lindopelo fue hasta el rincón izquierdo del patio, donde estaba el pozo, se asomó y se lamentó:

—¡Ojalá nadie me hubiera sacado de este agujero hondo cuando me caí siendo niño! ¡Ojalá Dios me hubiera llevado consigo! Si ni mis propios padres me quieren, ¿para qué vivir?

—¡No exageres! —le reprochó el anciano—. Tus padres sí te quieren. Pero… ¿quieres tú a tus pobres padres?

Lindopelo sonrió al fin y cruzó el patio hasta llegar a una escalera estrecha, por la que subió al único piso superior de la casa, donde estaba la habitación de sus padres. Entró y vio allí a su madre sentada en la cama. Era ciega, a pesar de lo cual dirigía sus ojos hacia la puerta con curiosidad. Al acercarse a ella, Lindopelo decía meloso:

—¡Ay, madre! ¡Mi bendita madre! ¡Mi santita, mi viejecita…!

La anciana extendió los brazos dejando escapar de sus labios una sonrisa que desvelaba su felicidad y su bienvenida.

—¡Hijo mío, Estebanito! —exclamó.

Él la abrazó y sollozó durante un rato mientras se besuqueaban, en las mejillas, en la frente, en la cabeza y en todo aquello donde caían sus labios.

El padre por su parte, que había subido más lentamente detrás, protestaba abatido y resignado:

—¡Hala, como si no hubiera pasado nada! ¡Siempre lo mismo! Nos podríamos haber muerto sin que este hijo nuestro se hubiera enterado y encima ¡mimos! Si la culpa la tienes tú, por haberle consentido tanto…

—¡Anda, calla, viejo gruñón! —le espetó la madre con voz apagada por la congoja.

Tras abrazar a su hijo, la vieja le palmoteó cariñosamente las mejillas y luego paseó sus manos temblonas por el turbante, mientras decía:

—Tu pelito, el lindo pelito de mi niño… ¿Desde cuándo usas turbante, hijo?

—¡Ay, madre! —suspiró él.

Lindopelo dejó que su madre desliara la tela y que palpase el cráneo mondo, con la perplejidad brotando en su rostro arrugado.

—¡Ay, Virgen Santa! —exclamó horrorizada—. ¡Estás totalmente calvo, hijo de mi vida!

Se apartó de ella Lindopelo y retrocedió hacia un taburete. Se sentó y expresó con amargura:

—El califa ordenó que me quemaran todo el pelo. La piel ya se me va curando, pero tarda en crecer el cabello… Me lo rasuro para que salga más fuerte…

La anciana deslizó los pies en el suelo, buscando a tientas sus babuchas, hasta encontrarlas e introducirlos en ellas, y se levantó extendiendo los brazos hacia donde estaba su hijo.

—¡Estebanito mío! —decía—. ¡Ese diablo sarraceno! ¿Por qué? ¿Por qué te hizo eso? ¡El califa siempre te ha querido!

El padre, a su lado, agitó la cabeza perpleja y dubitativa, mientras empezaba a gritar:

—¡Ya sabía yo que al final todo esto acabaría mal! ¡Y dale gracias a Dios por que no te hayan cortado la cabeza! ¡Qué imprudencia no habrás cometido, cabeza loca! ¡Si ya lo sabía yo!

—¡Calla de una vez, viejo testarudo! —le replicó su mujer—. No le atosigues ahora. ¿No ves lo desgraciado que se siente?

Lindopelo se echó a llorar. Cubriéndose el rostro con las manos, se quejaba:

—Lo peor de todo es la gente… Esos envidiosos de mi barrio parecen felices al ver lo que me ha pasado. Se ríen de mí, hacen mofa de mi desgracia…

—¡Malditos! —balbuceó la madre—. ¡Dios los castigue!

Reinaron el silencio y la tristeza durante un largo rato, hasta que la anciana miró con sus ojos apagados en la dirección que estaba el padre y dijo:

—Nuestro pequeño se quedará aquí con nosotros. Nos necesita… ¡Somos sus padres!

—¡Lo sabía! —protestó el viejo—. Solo viene cuando precisa algo. Es un egoísta.

—Para eso están los padres —repuso ella—. He dicho que se quedará con nosotros y no se hable más del asunto.

—Era lo que nos faltaba —refunfuñó el padre—. Ahora tendré que cuidar de los dos, porque este hijo nuestro no sabe hacer nada aparte de teñir el pelo a los sarracenos.

—¡Calla de una vez! —gritó la anciana—. ¿Es que no tienes alma? ¿No estás viendo lo que le ha pasado? La gente ha sido cruel con él, pobrecillo, y tú dale que dale…

El anciano salió de la habitación y bajó por la escalera entre refunfuños:

—Siempre lo mismo, siempre igual… Debería ocuparse él de nosotros y no ser al revés…

La anciana entonces buscó a tientas a su hijo y lo abrazó de nuevo, susurrándole:

—Anda, cuéntale a tu madre por qué te han hecho eso.

Lindopelo buscó refugio en su regazo como si fuera un fugitivo, mientras manifestaba:

—El califa es un hombre cruel. Después de su derrota en el norte frente a su odiado enemigo, se ha vuelto más cruel aún. Todo le molesta… Súmase a eso que se siente envejecer y no lo soporta…

—¿Volverás allí? —le preguntó la madre con voz temblorosa.

—¡Me muero de miedo solo de pensarlo! Quiera Dios que se olvide de mí y no vuelva a llamarme nunca más…

19

León
Octubre del año 939

Durante su estancia en León, la reina Goto se hospedaba en el monasterio de San Marcelo, situado fuera de la muralla, frente a la puerta Cauriense. A pesar de haber sido invitada por su cuñado el rey Ramiro a vivir en la residencia real, prefirió la austeridad monacal a los lujos de palacio, por temor a escandalizar a las monjas que la acompañaban. Pero, transcurridos dos días desde su llegada a la ciudad, debía comparecer en el Aula Regia forzosamente junto a los grandes del reino por pertenecer a la familia del monarca.

Salió muy temprano y, a pesar de ello, encontró en las calles un murmullo extraordinario. A León afluían gentes llegadas de todos los territorios del reino y las anchas calzadas que unían las puertas de la ciudad con el núcleo más noble, donde se hallaba el palacio del rey, estaban abarrotadas de condes, prelados y próceres que avanzaban lentamente, acompañados por sus séquitos de infanzones, clérigos y escuderos. A esto se sumaba la abundancia de burgueses, mercaderes y pueblo llano que colmaban las plazas y mercados desde antes de que amaneciera, para sacar provecho de tal aglomeración o, sencillamente, para disfrutar contemplando la concentración de magnates en la capital del reino. No podía darse un paso. El griterío, los vítores y los aplausos resultaban ensordecedores e impedían a los encargados de guiar a los cortejos entenderse y conducir con orden y agilidad a quienes debían participar en la recepción.

Tardó Goto más de una hora en conseguir que su mula bordease la muralla para avanzar por donde estaba establecido el recorrido de los séquitos de los magnates, por la carrera del mercado, después de atravesar el arco del Rey. Cuando vio repentinamente las calles, las iglesias y palacios, se le fue encogiendo el pecho hasta sentir ahogo. Había estado ausente de León durante trece largos años, que habían transcurrido sin haber echado de menos aquella ciudad de su juventud ni una sola vez. Porque, aunque durante un tiempo fuera dichosa en León, extraordinariamente dichosa, ese tiempo duró poco. Y todo lo que sucedió después fue tan terrible que espantó sus recuerdos; sin dejar que ni uno solo de ellos, por felices que fueran, revoloteasen sobre sí, salvo en el nimbo oscuro, opresivo, de sus peores pesadillas. Porque los últimos años que vivió allí estuvieron teñidos con el color propio del miedo. Fueron los tiempos que siguieron a la muerte del rey Ordoño II, cuando ocupó el trono Fruela el Leproso, quien reinó brevemente, poco más de un año, antes de morir a causa de la lepra. Le sucedió su hijo Alfonso Froilaz, apodado el Jorobado.

Fueron meses de intrigas, enfrentamientos y pasiones desatadas, hasta que finalmente este último rey fue depuesto, apresado, cegado y expulsado del reino por orden de Radamiro, tras una feroz rebelión que se cobró mucha sangre. Los hijos de Ordoño II se repartieron después el reino. A Radamiro, el menor, se le dio el territorio de Portugal. Sancho Ordóñez, a quien correspondía por su primogenitura el trono leonés, renunció a favor del hermano mediano, Alfonso; y marchó con su esposa la reina Goto a Galicia, donde fue coronado rey. En verdad había sido feliz ella durante su adolescencia y su juventud. Pero cuando tuvo una oportunidad huyó velozmente de León; y después le dio la espalda a sus recuerdos, furiosa y desesperada, evitándolo en adelante con todas sus fuerzas sin considerarlo como paso obligado para ir a cualquier otro sitio, ni como meta en sí mismo. Ni siquiera durante los años que su esposo reinó en Gallaecia le acompañó en las ocasiones que este tuvo que desplazarse para participar en las bodas reales y las reuniones familiares que convocaban sus hermanos.

Ahora, la ciudad que conoció en su adolescencia y su juventud candorosa aparecía ante sus ojos. Nada había cambiado. La iglesia de San Salvador estaba rodeada por calles tan estrechas que un carro pequeño podía obstruirlas si se atravesaba en la calzada. Sin embargo, la vía principal, que discurría completamente recta entre la puerta Cauriense y la del Obispo, era ancha y los caserones que daban a ella grandes y solemnes. Todo estaba como antes. Cuando se halló delante del palacio que mandó edificar su suegro el rey Ordoño, su corazón se puso a latir con tanta fuerza que sus oídos casi ensordecieron. El griterío de la multitud a su alrededor pareció de repente el zumbido de las abejas en una colmena. Recordó entonces el momento más amargo de su pasado, cuando tuvo que abandonar el palacio por aquel mismo lugar, en sentido contrario. A cada paso que daba su mula avanzando hacia la puerta, la mente de Goto retrocedía varios del presente y viajaba atrás en el tiempo, pese a su voluntad. A punto estuvo de sofocar en llanto su nostalgia. Pero hizo un gran esfuerzo para sobreponerse y vinieron en su auxilio los sabios consejos de Gemondo: «Para tener el corazón en perfecto sosiego es necesario despreciar ciertos recuerdos».

Con mayor ánimo, atravesó el arco de la puerta principal, y se dirigió a la siguiente puerta, que daba al patio. Allí descabalgó y una dama se aproximó a cumplimentarla. Le dijo con una reverencia:

—Seguidme, dómina.

Se había dirigido a ella como lo hacía trece años atrás, sin vacilación ni preguntas, como si hubiesen dejado de verse la víspera, cuando resultaba que aquella dama fue durante su juventud su criada, acompañante y amiga más íntima. Pero eso había sido antes de los tiempos de la rabia y el odio; antes de que reventara aquel volcán de dudas que acabó enfrentando a todos contra todos. Aquellas imágenes

ardientes lograron atraparla, mientras trataba de huir de ellas. Nuevamente se aceleraron los latidos de su corazón. Y una vez más tuvo que recurrir a la sabiduría de Gemondo: «Si los recuerdos nos causan angustia, si hacen decaer nuestro ánimo y nos vuelven temerosos, hemos de creer que son sugerencias del enemigo».

A pesar de su angustia, se detuvo y estuvo observando el patio central del palacio. Lo encontró un poco más pequeño que en sus recuerdos. Las celosías habían sido embellecidas con adornos y colgaban coloridos estandartes y tapices por todas partes. Casi afloró a sus labios una sonrisa de nostalgia y, repentinamente, brotó en su alma el deseo de perdón. Se volvió hacia aquella dama que la acompañaba, cuya traición la hirió tanto en el pasado, y la estuvo examinando atentamente con una mirada dulce. Luego le dijo sonriente:

—Querida Didaca, te encuentro muy bella; algo más gordita, pero el tiempo no ha pasado por ti… Me alegro de volver a verte.

La mujer se turbó. Era menuda, muy rubia; su pelo trenzado y recogido redondeaba su cabeza. Sus mejillas sonrosadas se pusieron muy rojas y sus ojillos azules pestañearon. Goto entonces la abrazó, y después del abrazo sus miradas volvieron a cruzarse. Didaca retrocedió un paso, llevada por su confusión y su vergüenza, y dijo titubeante:

—Nunca he dejado de sentirme sierva tuya…

Cualquier resquicio de tensión o desasosiego desapareció en el corazón de Goto, aunque estaba muy impresionada. Posiblemente no lograba alejar los tristes recuerdos anclados en sí misma, como una enfermedad crónica que la había acompañado durante los últimos trece años de su vida, pero una rara atmósfera tranquilizadora la envolvía completamente. Dio gracias a Dios por ello y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, parece un sueño! ¡Apenas doy crédito a mis ojos! Nunca pensé que volvería aquí…

Didaca salió de su confusión con un sonoro suspiro y dijo, como si no pudiese decir otra cosa:

—Dómina Goto, debes entrar en la sala del trono. La recepción va a comenzar…

Ella reaccionó ante esta sugerencia, miró en derredor y vio que la fila de condes, obispos, caballeros y damas avanzaba por ambos lados del patio. Se encogió de hombros, soltó una risita y respondió:

—Vamos, vamos… Tienes razón. Después hablaremos.

Entraron en la sala del trono y un chambelán de voz cantarina anunció:

—¡Dómina Goto! ¡Reina de Gallaecia! ¡Abadesa de Castrelo de Miño!

Se hizo un gran silencio, seguido de un murmullo sordo. Detenida delante de la puerta, ella inspeccionó la sala con una mirada larga e intensa. A diferencia de lo que había observado en la ciudad, y en lo poco que había recorrido del palacio, allí nada encontró que le resultase familiar. Todo era diferente a como ella lo recordaba,

incluso la disposición de las gradas, los escaños y el solio real. Antes los tronos del rey y la reina estaban al fondo, frente a la puerta de entrada; ahora, en cambio, descansaban sobre un estrado muy elevado, en el lateral derecho. Las paredes estaban revertidas con telas purpúreas de damasco, había lámparas de bronce, alfombras cubriendo completamente el suelo, preciosos escritorios para los notarios, y por todas partes mayordomos y maceros con vistosos ropajes. Todo resultaba suntuoso e impresionante, en nada semejante a como era en los tiempos de Ordoño II. Saltaba a la vista que, como muchos decían, Radamiro estaba imponiendo en la corte los usos y los lujos del sur, influido por lo que le contaban los que viajaban a al-Ándalus.

Los escaños estaban ocupados al completo por los condes y prelados que dialogan entre ellos; los báculos, regatones y cetros sobresalían por encima de las cabezas tocadas con capuchas puntiagudas, bonetes y gorros de piel. Hacía calor en la amplia estancia, merced a la aglomeración de personas que la abarrotaban hasta el último rincón. Goto se sintió confundida y la invadió una especie de sofoco al no saber dónde debía situarse. Pero Didaca, que para eso debía acompañarla, le susurró:

—Por aquí, dómina.

La condujo hasta el lateral derecho de los tronos, donde estaba dispuesta una cátedra de alto respaldo y a su lado un taburete a juego, ambos de madera oscura labrada. Se sentaron, la reina abadesa en la cátedra y la dama en el taburete. Pasó un largo rato y después se oyó el anuncio de los cuernos y las bocinas, seguidos de los atabales. Luego siguió un silencio expectante y el gobernador de la ciudad gritó:

—¡En pie!

Pasaron unos minutos silenciosos y se removió una larga cortina azulada, que estaba colgada sobre una gran puerta, bajo el estandarte real. Goto giró la cabeza hacia ese lado, con el corazón palpitante de interés. Entraron algunos pajes y descorrieron la cortina. No tardaron en aparecer el rey y la reina con sus hijos. El rey era hombre fuerte, de poco más de cuarenta años, aspecto saludable, barba espesa color castaño y ojos grisáceos de mirada centelleante; siempre parecía estar en guardia y jamás separaba la mano derecha de la enorme espada que le colgaba del cuello. Avanzaba, no obstante, tranquilo y digno, con pasos cortos a la vez que lentos, transmitiendo respeto, tal vez por indicación de sus altos consejeros. La reina Urraca vestía un elegante traje negro; tenía la tez muy clara, cuerpo delgado, más bien alto, finos rasgos y ojos pequeños y apagados. Los hijos eran cuatro: Teresa, de unos dieciséis años; Ordoño, de catorce, y los pequeños Elvira y Sancho, de cinco y cuatro años de edad respectivamente; los dos mayores eran fruto del primer matrimonio de Radamiro con Adosinda, y los dos menores de este segundo casamiento con Urraca Sánchez. Todos avanzaron en silencio hasta el estrado donde estaban los tronos. Luego fueron acomodados y se dio inicio a la asamblea con los inevitables discursos, aclamaciones, distinciones y obsequios. Toda la sesión, muy larga y solemne, gravitó

en torno a la celebrada victoria de Simancas, tal y como era de esperar, dada la relevancia del acontecimiento. Una vez más de tantas, un pregonero cantó en alta voz la crónica compuesta por el obispo Ero de Lugo, siendo interrumpido frecuentemente por las aclamaciones y vítores de la concurrencia. La exaltación llegó al límite cuando se narraron los sucesos finales de la batalla; la huida de los sarracenos con el consiguiente abandono en el campo del pabellón, la tienda de campaña, el libro del Corán y la rica cota de malla de Abderramán tejida en oro. Llegado a este punto, el cantor de la hazaña se calló. Entonces irrumpió en la sala una fila de caballeros portando los enseres personales del califa arrebatados en el combate, ante el asombro de los presentes, que hasta ese momento no habían podido verlos. Un silencio curioso precedió a la clamorosa ovación que infló de orgullo al monarca, que, puesto de pie, respondió a los vítores con expresivos movimientos de sus manos alzadas.

Cuando cesó el revuelo, prosiguió el pregonero cantando la hazaña, hasta que nuevamente calló, después de relatar la captura del poderoso gobernador de Zaragoza Muhamad aben Hashim al Tuyibí, junto a otros importantes prisioneros del ejército muslim. Entraron entonces otros cuatro caballeros custodiando al cautivo. Era Al Tuyibí un hombretón de abultado cuerpo, vestido con rica túnica profusamente bordada y alto gorro lleno de alfileres de oro; sus negros ojos brillaban en la cara tostada por el sol. Aun viniendo el prisionero ricamente ataviado, las muñecas que le asomaban entre los encajes de las mangas estaban aherrojadas con grilletes y cadenas. Era este contraste la manera de exhibir el gran valor de la presa cobrada.

Al entrar el cautivo en la sala, hubo un gran movimiento de curiosidad. Se alzaron en sus sitiales los condes y prelados y se extendió un murmullo de asombro que dio paso a nuevos vítores y aclamaciones.

Se adelantó entonces el obispo de Santiago y, alzando el báculo ante el rey, exclamó:

—¡Este es el día del Señor! ¡Este es el tiempo de su misericordia! ¡Alabado sea el Todopoderoso! ¡Viva el apóstol Santiago! ¡Viva nuestro invicto rey Radamiro!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —contestó la concurrencia puesta de pie.

20

Córdoba, palacio del gran cadí
Octubre del año 939

Najda ben Husayn, el gran cadí de Córdoba, estaba sentado ante su escritorio en la cancillería cuando entró de improviso el secretario principal, Abdul al Bari, con sus característicos pasos cortos y rápidos y esa mirada apremiante habitual en sus menudos ojos negros.

—Allah esté siempre contigo —saludó jadeante—. He venido todo lo deprisa que he podido, porque lo que tengo que comunicarte es de suma importancia.

Najda se puso de pie y exhibió su presencia grande y poderosa. La herida de su rostro había cicatrizado ya y acentuaba la serenidad de su expresión. Observó al secretario durante un instante y luego esbozó un gesto para autorizarle a seguir hablando.

Abdul se acarició nerviosamente la barba ensortijada y dijo con circunspección:

—Como bien sabrás, he estado en Medina Azahara… Y lamento tener que comunicarte que Al Nasir no quiere recibir a nadie… Así me lo ha hecho saber su chambelán mayor.

Al oírle decir aquello, el semblante de Najda perdió toda su dureza y demudó. El secretario entonces añadió, como si quisiera disculparse de algo:

—Créeme, lo he intentado todo… He hablado con su chambelán privado, con los secretarios, con los eunucos… ¡Nada! Todos cuentan lo mismo: la ira de Al Nasir, lejos de aplacarse durante las últimas semanas, ha ido en aumento. Vive encerrado en sus aposentos y todo el mundo allí teme acercarse a él lo más mínimo…

El gran cadí escuchó estas explicaciones, cabizbajo y pensativo, con evidente angustia. Pero, como si temiera que al prolongar su silencio el secretario fuera presentando un panorama aún más funesto, levantó la cabeza diciendo:

—Sí, sí, es de comprender que el Comendador de los Creyentes esté desolado… Nunca antes en su vida había conocido un fracaso tan grande… Allah sabrá el porqué de aquella derrota. ¡Grande es Allah!, y su sabiduría escapa a nuestro pobre entendimiento. Pero hemos de lograr que Al Nasir se sobreponga y nos dé la oportunidad de vengarnos del enemigo y restablecer la gloria de Córdoba. ¿Qué otra cosa si no podemos hacer?

El secretario movió la cabeza en sentido afirmativo, mientras sus labios murmuraban:

—Sí, hay que hacer algo cuanto antes.

En los ojos fieros del gran cadí se reflejaron sus cavilaciones. Luego dijo, como si

hablara consigo mismo:

—Si el califa consintiera en recibirme…

Abdul, sin poder contenerse, le dijo con un todo en el que se unían la angustia y la súplica:

—¡Por la misericordia de Allah…! Si vuelvo allí a insistir estallará la cólera del califa y solo Dios sabe lo que puede sucederme. Ve tú si quieres. Yo no pienso volver.

Najda frunció el ceño manifestando su contrariedad y después le regañó:

—¡Cállate! Haremos lo que deba hacerse, tanto tú como yo. ¡No permaneceremos de brazos cruzados! Si hay que volver a insistir a Zahara se irá.

El secretario le lanzó una mirada llena de perplejidad y temor. Luego replicó:

—Veo que no has querido escuchar lo que he venido a decirte… Y te obstinas en intentar algo que de momento resulta completamente imposible… He estado allí, te he dicho, y he hablado con unos y otros… ¡No sabes el aire de tristeza que se respira en Zahara! ¡Oh, Allah el Misericordioso! Nuestro califa está deshecho, hundido, desolado…

Se calló durante un rato, hasta que sus ojos se inundaron de lágrimas y prosiguió después con voz lastimera:

—Al Nasir apenas come, no quiere ni oír hablar de los músicos, no visita el harén… ¡Con lo que él ha sido! Dicen los chambelanes que solo se dedica a orar, porque cree que Allah está enojado con él… Piensa que Allah le da la espalda… Y su mayor sufrimiento tiene su causa en saber que su apreciado libro del Corán está en las sucias manos de los puercos politeístas cristianos… ¿No te das cuenta? El califa ve un signo funesto, un presagio fatal, en el hecho de haber perdido en el combate sus preciados enseres: la cota de malla tejida con hilos de oro, el estandarte con las invocaciones del Profeta, la espada, la tienda de campaña y… ¡Oh, Allah el Clemente! Y su maravilloso libro del Corán; único en el mundo: siete tomos escritos y encuadernados en la tierra de Mahoma, siete joyas sagradas que no tienen igual entre los libros del mundo… Sin duda, se trata de una gran desgracia.

A pesar de que el gran cadí no estaba menos angustiado que el secretario de la cancillería, que los visires y que los chambelanes de Zahara, ni era menos consciente de la gravedad de la situación, quiso encontrar alguna propuesta, algo que decir frente al pesimismo que parecía embargar a todos; por una parte, para tratar de animar a Abdul en ese momento y, por otra, porque sentía que el deber le obligaba, como depositario del mayor poder en la ciudad y jefe de todos los ejércitos. Puso una mano comprensiva en el hombro del abatido secretario, como para infundirle ánimos, y luego empezó a caminar pensativo por la estancia. Tragó su reseca saliva y gritó:

—¡Traedme agua fresca!

Enseguida se entreabrió la puerta y asomó la cabeza solícita de un criado que regresó al punto con una jarra y dos vasos. Sirvió el agua y bebieron Najda y Abdul,

intercambiando miradas interpelantes. Suspiró el gran cadí y retornó a sus paseos por la habitación. Volvían a su mente los recuerdos de la malograda campaña del Supremo Poder, la retirada, el desastre de la jornada del barranco, la derrota, la huida vergonzosa, la cobardía de algunos, la traición. Sus labios invocaron a Allah con una voz imperceptible. Luego puso sus ojos llenos de ansia en los del secretario y susurró como avergonzado:

—Aquellos traidores…

Abdul asintió con la cabeza, compartiendo su rabia y su rencor, y dijo:

—Maldito Al Tawil. La única satisfacción que ha tenido el califa desde la desgracia fue ver cumplida su venganza y a ese presuntuoso, crucificado y retorciéndose de dolor. Allah nos recompensará a ti y a mí por haberle dado su merecido a esos miserables traidores…

De repente, estas palabras sacaron a Najda del torbellino de sus pensamientos y su rostro pareció brillar de optimismo. Dio una fuerte palmada y exclamó:

—¡Ya está! Ya sé cómo vamos a sacar a Al Nasir de su melancolía.

Abdul lo miró dubitativo y dijo con irrenunciable desconfianza:

—¡Ay, óigate Allah el Todopoderoso! Pero me temo que…

Najda, animándose cada vez más así mismo, se aproximó a él y manifestó con aplomo:

—Eso es lo que el califa necesita: ¡venganza!

El secretario suspiró con resignación:

—Naturalmente. Si pudiera ver crucificado al puerco rey Radamiro…

—¡Claro! —contestó el gran cadí con una voz que se excitaba a medida que maduraba su idea—. Ese momento llegará cuando sea la voluntad de Allah, pero antes… Antes debemos hacer justicia, porque todavía no hemos hecho justicia como se debiera. Aquí en Córdoba quedan vivos muchos hombres que son tan culpables de la desdicha del califa como Al Tawil y su gente…

Abdul captó lo que quería decir, pero, a pesar de apreciar el entusiasmo de Najda, repuso con desconfianza:

—Ha muerto ya mucha gente…

—No la suficiente.

—¡Cuidado! Más sangre puede resultar un peligro…

El gran cadí se sirvió otro vaso de agua y bebió con avidez. Después se pasó el dorso de la mano por los labios, lanzó un fuerte suspiro y dijo:

—La sangre es a veces un buen remedio. Tú mismo lo has dicho: la única satisfacción que ha tenido Al Nasir desde la derrota ha sido ver morir a esos cobardes que lo abandonaron en medio del desastre. Creo, sinceramente, que no ha sido bastante escarmiento… Hay que iniciar cuanto antes una nueva investigación para hallar más culpables…

—¿Más? —preguntó con preocupación el secretario.

—Sí, más. Tú no estuviste allí y por tanto no sabes nada acerca de aquella desastrosa batalla. Pero yo lo vi todo y debes creerme cuando te digo que fueron muchos los que actuaron mal. No es que huyeran descaradamente, como lo hizo el cobarde Al Tawil y los suyos, pero no pusieron demasiado celo y entusiasmo a la hora de defender al califa. Si se perdió la batalla y se dejaron atrás los preciados enseres y el Corán no fue por culpa de Al Nasir. Los que tenían obligación de custodiarle son los mayores responsables y, hasta el momento, nadie les ha dicho nada a esos ineptos.

—¡Cuidado! —le advirtió Abdul—. Ve con tiento si piensas hacer lo que imagino, pues muchos de ellos son gente muy querida de Abderramán…

—¡Precisamente por eso! —dijo Nadja ufano—. Hay que hacerle ver que le fallaron quienes más le deben.

—¿Y quién se lo hará ver? —preguntó con inquietud el secretario—. ¿Acaso tú?

—Sí. Cuando Al Nasir tenga pruebas de que su guardia obró imprudentemente, reparará en la causa de que su apreciado Corán esté en las manos puercas de Radamiro. Yo le daré la satisfacción una vez más de ver saciada su sed de venganza…

Los ojos del secretario, insignificantes, se abrieron desmesuradamente por la sorpresa y brillaron de inquietud mezclada con aprobación y, por fin, de entusiasmo.

—¡Qué buena idea has tenido! ¡Qué listo eres, Najda ben Husayn! Al califa le aliviará mucho saber que toda la culpa fue de esos inútiles. Deberá limpiar su guardia y recomponer la escolta. Será una buena oportunidad para tratar de animarle y hacerle ver que las cosas no están tan mal en su reino como piensa.

—¡En efecto! —añadió con mirada maliciosa el gran cadí—. Y después de ejecutar a los culpables, reuniremos a los chambelanes y los visires para plantear una nueva y definitiva campaña contra los enemigos politeístas. Volveremos a tomar las armas contra la sucia Gallaecia la próxima primavera. Pero esta vez prescindiremos de la leva y los voluntarios; ¡toda esa masa de inútiles! Irá solo el verdadero ejército, los hombres de armas que saben de guerra.

—¡Hazlo ya! —exclamó apremiante Abdul—. ¡Realiza tu plan! ¡Nuestro califa recobrará su dicha y nos premiará a ti y a mí!

21

León
Octubre del año 939

Un carro, entoldado y tirado por dos mulas suntuosamente enjaezadas, se detuvo delante del monasterio de San Marcelo. Había sido enviado por el rey Radamiro para trasladar a la reina Goto a palacio. Era el momento del crepúsculo y los rayos declinantes del sol del otoño se retiraban ya de las calles y reposaban sobre la altura de las torres y las cúpulas. La gente se arremolinó curiosa para ver salir a la reina abadesa con sus monjas y siguió a la comitiva cuando atravesó el arco de la puerta Cauriense y se adentró en la ciudad bulliciosa. Algunos preguntaban:

—¿Quién va en el carro? ¿Quién es esa dómina tan importante que va a visitar al rey?

—Es la reina de Gallaecia —respondió un caballero de edad provecta, con aire solemne—. ¿Acaso no habéis oído nunca hablar de la reina Goto? Es la viuda del último rey de Gallaecia, don Sancho Ordóñez, el difunto hermano de nuestro rey Radamiro. Las leyes del antiguo y buen derecho determinan que las reinas que enviudan ingresen en un monasterio. La reina Goto es por eso abadesa en un monasterio de Gallaecia, por obediencia a las leyes. Aunque dicen que ya es más monja que reina…

El carro pasó por las mismas calles que ella había recorrido el día antes; luego giró hacia la iglesia del Salvador, porque Goto había manifestado su deseo de detenerse y entrar para visitar las tumbas de sus suegros, los reyes Ordoño II y Elvira Menéndez. Allí puso pie en tierra y penetró en la oscura nave del templo, donde estuvo orando en silencio, con recogimiento, delante de los sepulcros de piedra. Cuando salió no quiso ya volver a subir en el carro, sino que fue caminando hasta el palacio, bordeando la iglesia por un estrecho callejón. Al irrumpir en la plaza, seguida por sus monjas, las mujeres del barrio más noble de León salieron de sus casas a cumplimentarla, dando vivas y agitando ramas de sauce y ciprés. Las ventanas de los caserones estaban llenas de cabezas que se asomaban, uniéndose al vocerío. A la puerta del palacio real Didaca la esperaba, con traje de fiesta, acompañada por otras damas más jóvenes y muchachas vestidas igualmente de gala; rodearon a la reina abadesa y la condujeron al interior, atravesando el patio lleno de nobles caballeros que se inclinaban cortésmente a su paso, hasta que la puerta de las dependencias reales se cerró tras ellas.

Dentro reinaba el silencio y la quietud. Los corredores en penumbra estaban solitarios y fríos; no había apenas adornos, ni flores, ni pajes, a diferencia de lo que

Goto recordaba de los tiempos de su juventud, cuando reinaban sus suegros. No pudo evitar pensar lo raro que resultaba el hecho de que la sala del trono hubiera sido decorada en esta nueva época con tanta suntuosidad, descuidando no obstante de aquella manera la vivienda de los monarcas y sus hijos. Supuso que posiblemente se debería a las rarezas de su cuñada, la reina Urraca Sánchez, de quien se rumoreaba que tenía un carácter voluble y algo agrio.

Al entrar en un salón grande, donde estaba preparada la mesa para la cena, todas las acompañantes tuvieron que retirarse y se quedaron allí solas Goto y Didaca. Ambas permanecían en silencio, distanciadas todavía por el sentimiento de vergüenza y desconcierto propiciado por el reencuentro de la víspera. El mantel ya estaba dispuesto, los platos colocados y los divanes alineados alrededor. Hacía calor, merced a unos gruesos troncos que ardían bajo la enorme chimenea del fondo, aunque los ventanales estaban abiertos de par en par, afuera anochecía y entraba escasa luz; la estancia se iba quedando a oscuras.

Goto, que no sabía qué hacer ni qué decir en aquella expectante situación, miró de reojo a Didaca y se le escapó un hondo suspiro. La dama de compañía bajó la cabeza azorada, suspiró también y luego se dejó caer de rodillas sollozando repentinamente:

—¡Ay, mi señora! ¡Ay! ¿Podrás perdonarme…?

Goto se sintió abrumada por aquella reacción tan repentina e inesperada de su acompañante. Se inclinó sobre ella, la agarró por los hombros y trató de levantarla diciendo:

—¡Criatura, ponte de pie! ¿Qué haces? ¿A qué viene esto ahora…?

—¡Mi señora! —respondió entre gemidos Didaca—. No he podido dormir en toda la noche afligida por mis remordimientos… Ayer, cuando te volví a ver, traté de sobreponerme; pero estoy sufriendo mucho al recordar todo el mal que te hice… ¿Podrás perdonarme, dueña mía? Me siento culpable por no haberte sido fiel entonces… Pero ¡tuve tanto miedo! Mi temor me traicionó e hizo que yo te traicionara a ti…

—Vamos, vamos, Didaca… No es el momento de… ¡Levántate!

Estaban en esta porfía cuando entró un criado sigilosamente y se puso a encender todas las velas y lamparillas, ignorando la escena: Goto forcejeaba con Didaca intentando levantarla del suelo y esta se negaba entre súplicas.

—¡Perdóname, te lo ruego!

—¡Estás perdonada, hija! ¡Anda, ponte en pie de una vez!

La dama se alzó de su postración, se secó las lágrimas con un pañuelo y se recompuso el bonito vestido. Diez años más joven que Goto, aun siendo ya madura, su imagen desprendía una insólita belleza: pequeña, de talle delicado; tenía un rostro de luna llena cuya redondez enaltecía una tez blanca y sonrosada en las mejillas. Sus ojos azules muy claros eran la hermosa herencia de su madre, a la que Goto conocía

bien; y la pequeña nariz respingona recordaba a su padre, un caballero fiel servidor del difunto Ordoño.

Buscando distender el ambiente, la reina abadesa le preguntó:

—¿Llegaste a casarte?

Didaca sonrió al fin y contestó con calma:

—Sí. He tenido cinco hijos; el menor de ellos tiene ya seis años.

—¿Quién es tu esposo?

La dama dejó de sonreír, apretó los labios y luego respondió en un susurro:

—Fue el caballero Arnolfo Sánchez… Enviudé…

—¿Arnolfo? Era mucho mayor que tú, casi un anciano…

—Pues ya ves, dómina —observó ella, ufana—, no murió en su lecho, sino en la guerra. Lo mataron los mauros a las puertas de Talamanca hace ahora poco más de un lustro.

—Dios lo haya recogido; era un hombre bueno…

—Sí que lo era, dómina.

A todo esto, el criado seguía a lo suyo, encendiendo velas y lámparas. El salón, iluminado con tantas llamas y espejuelos, había cobrado un aspecto completamente diferente; parecía mucho más lujoso.

Didaca volvió al silencio, fingiendo tristeza. Y Goto vaciló durante un instante antes de murmurar:

—Parece que tarda el rey…

Como si hubiera escuchado esta observación, entró al momento una criada que portaba una bandeja de cobre con dos vasos de plata llenos de mosto de uvas; los colocó en la esquina de la mesa, donde estaban de pie ambas mujeres y anunció:

—Nuestros señores los reyes están a punto de entrar; me ordenan que recompense vuestra paciencia con el néctar de la mejor viña de León.

Dicho esto, se inclinó en una reverencia y desapareció tras un cortinaje. Didaca bebió un poco de mosto y dijo:

—¡Qué dulce es! Beber el zumo de la uva así, fresco, antes de que fermente es delicioso, ¿no crees, dómina?

Goto sonrió y sorbió la bebida en silencio, mirándola de soslayo. Degustó el mosto con gesto placentero y, tras uno de sus hondos suspiros, exclamó:

—¡Oh, Dios, cuántos recuerdos! Este sabor tan dulce, los aromas del otoño, haber vuelto a este palacio… Verdaderamente, nunca pensé que todo esto retornaría a mi vida…

Didaca puso en ella sus ojos azules, llenos de asombro y veneración. Luego dijo con pena:

—Has tenido que sufrir mucho…

Pero Goto reculó, agitando su cabeza con una negación tajante. Después se

expresó con mucha soltura:

—No voy a negar que haya sufrido… ¿Quién no sufre en este mundo? Aquí venimos a recibir y administrar tanto el gozo como el dolor que nos corresponde, la parte que a cada hijo de Dios le toca en suerte… Cierto es que sufrí en su momento; pero luego ¡he sido tan feliz! Qué verdad es eso de que cada etapa de la vida se debe afrontar como una nueva existencia. La infancia y la adolescencia ¡son tan candorosas! Esa inocencia, esa simplicidad con que el mundo aparece ante tus ojos… ¡Esa luz! La juventud es una maravilla, con sus amores, sus pasiones, sus celos y también sus temores… Todo se va quedando atrás, pero nada se pierde del todo…

Calló pensativa y tomó un pequeño sorbo, que saboreó perdida de nuevo en los recuerdos. Didaca, que la observaba con atención, le dijo sonriendo:

—¡Qué alegría oírte hablar así! Siempre fuiste tan optimista… Veo que Dios ha conservado en ti esa virtud de acabar tornando luminosa cualquier oscuridad a tu alrededor.

Goto rio fuertemente, mientras dejaba sobre la mesa el vaso que había apurado hasta el fondo. Luego dijo feliz:

—¿Y qué hacer si no? Es injusto pasarse la vida quejándose. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no aceptaremos los males?

No bien había terminado de decir esto, cuando se removió el cortinaje. Ambas se volvieron esperando ver a los reyes; pero quienes entraron fueron el obispo Rodesindo y su hermano el conde Fruela Gutiérrez, los cuales parecieron sorprenderse al ver allí a la reina abadesa. El obispo dijo:

—Serenísima dómina, no sabíamos que vendrías a la cena.

—¡Alabado sea Dios todopoderoso! —exclamó ella—. Tampoco yo esperaba encontrarme aquí con vosotros y ni siquiera sabía que habría una cena…

El conde Fruela señaló con la mano la mesa dispuesta con los platos, cubiertos y candelabros y dijo:

—Al parecer el rey quiere celebrar con nosotros, sus parientes más cercanos, la gran victoria. Así al menos nos lo han comunicado sus ministros. Lo raro es que tú, siendo la cuñada de Radamiro, no sepas nada de todo esto…

Goto reprimió la irritación que le producía el hecho de no haber sido avisada, y dijo con la calma requerida en medio de su desconcierto:

—Ayer, cuando terminó la recepción en el Aula Regia, besé la mano del rey y traté de expresarle el motivo de mi venida a León. Y él, que debía atender a todos los magnates, me dijo cortésmente que mañana, es decir hoy, enviaría un carro a por mí… Supuse que lo que quería era que le explicase todo con mayor detenimiento. Pero… ¡qué raro! Ahora resulta que se trataba de una cena…

Entonces Didaca, que permanecía muy atenta a la conversación, intervino diciendo:

—Dómina, si me concedéis vuestro permiso, creo que puedo daros una explicación al respecto.

—Habla, querida —otorgó ella.

Didaca miró al obispo y luego al conde, con timidez, y un instante después se volvió hacia Goto para explicar:

—Nuestros señores el rey y la reina deseaban a toda costa que cenaseis con ellos y su parentela, dómina Goto… —calló un instante y, sonriendo con modestia, añadió —: Todo el mundo sabe que no participáis en banquetes ni diversiones de corte desde que tomasteis los hábitos…

—¡Vaya! —refunfuñó la abadesa—. ¿Tratas de decirme que esto es una encerrona?

—¡Oh, no, dómina! —contestó la dama ruborizándose—. Era simplemente la manera de conseguir que vinierais a palacio…

Goto echó hacia atrás el busto con reprobación y protestó:

—¡No he venido a León para participar en banquetes! ¡Claro que no! Si lo hubiera sabido, en efecto, no habría venido. El asunto que me trae a León nada tiene que ver con fiestas y francachelas… ¡Por Dios, se trata nada menos que de restituir a Gallaecia las reliquias del mártir san Paio!

Al comprobar su enojo, el obispo Rodesindo se vio obligado a dar su opinión.

—Llevas razón, dómina. En efecto, nada tienen que ver una cosa con la otra si lo miras de esa manera. Pero, siendo abadesa de Castrelo de Miño, eres la reina viuda del último rey de nuestra Gallaecia y cuñada de Radamiro. No tomes esto como una fiesta de la corte, sino como lo que en verdad es: una comida familiar. Aquí estamos mi hermano y yo, que somos primos del rey, y no vemos la cosa de otra manera. ¿Verdad, Fruela?

El conde asintió con elocuentes movimientos de cabeza y añadió:

—Y además de eso, de comer entre parientes, es una oportunidad para intercambiar opiniones, conversar y solicitar gracias… ¿Por qué no…? Como, por ejemplo, recordarle a Radamiro que debe cumplir su promesa de traer a Gallaecia las sagradas reliquias de san Paio.

Tras un instante de vacilación, la abadesa observó con recelo:

—No sé… Había supuesto que todo esto sería de otra manera… Por tratarse de una misión sagrada… ¿Os parece que sea asunto para tratar en una fiesta?

Rodesindo se rio, haciendo signo de negación con la cabeza, y luego dijo:

—¡No seas tan rígida, dómina! Y no se hable más del asunto. Lo importante ahora es que estamos aquí. Compartamos la mesa del rey con gratitud y no desdeñemos la oportunidad de convencerle hoy mismo de que esas reliquias deben regresar cuanto antes a Gallaecia.

De repente, una voz resonó en la bóveda del salón:

—¡El rey y la reina!

Todos los presentes se inclinaron reverentemente, en dirección a la puerta cubierta con cortinajes; estos se descorrieron y entraron Radamiro y Urraca al mismo tiempo, altivos y sonrientes. Detrás de ellos entró la suegra del rey, la imponente Toda Aznárez, reina de Pamplona, que permanecía en León después de haber participado con su hueste en la batalla de Simancas.

La voz potente del chambelán que había anunciado la entrada de los monarcas señaló ahora:

—¡La serenísima reina de Pamplona! —y tras un breve silencio, añadió—: ¡La serenísima dómina Goto, reina de Gallaecia! ¡Rodesindo, obispo! ¡Conde Fruela Gutiérrez!

Los reyes ocuparon la cabecera de la mesa y sus invitados se fueron sentando en torno, en los lugares que les iba indicando un mayordomo: el obispo junto a la reina Urraca, el conde entre Toda y Goto y esta al lado del rey. Didaca se retiró prudentemente y abandonó el salón sin volver la espalda a los comensales.

Las criadas sirvieron el pan y el vino. Cuando estuvieron llenas todas las copas, el rey tomó la palabra y habló con alborozo:

—¡Bendito sea Dios! No puedo ocultaros que me siento muy feliz al teneros aquí conmigo. Mi esposa la reina comparte esa felicidad. Ciertamente, nos sentimos muy dichosos, pues Dios ha sido muy generoso con nosotros y nos ha dado el triunfo. ¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! —respondieron los presentes.

Radamiro se dirigió ahora a su suegra, con zalamería:

—Serenísima reina de Pamplona, madrina nuestra, sabes cómo te amamos. Quiero hoy que estos parientes míos sepan que León es tu reino y este palacio tu casa.

La reina de Pamplona estiró el cuello, orgullosa, y agradeció el cumplido con una leve inclinación de su frente, diciendo:

—Dios sea alabado. También me siento muy feliz entre tantas bendiciones.

Luego el rey miró fijamente a Goto y dijo sonriente:

—Dómina, hermana mía, gracias por haber aceptado mi invitación.

Ella le devolvió la sonrisa y Radamiro añadió, poniéndose muy serio:

—Ya sé el motivo de tu visita, hermana mía… Cumpliré mi promesa. No lo dudes… Estoy seguro de que mi victoria se ha logrado por la misericordia de Dios, gracias a las intercesiones de san Yago, san Paio y san Millán. Cumpliré los votos que hice. Iré primeramente a Iria para rendirme a los pies del Apóstol, luego iré al sepulcro de san Millán y, en cuanto sea posible, enviaré una comisión a Córdoba para reclamar las reliquias del mártir san Paio. Todos sois testigos de lo que digo.

22

Córdoba, plazuela de San Cipriano
Octubre del año 939

Isacio, el anciano clérigo que regía la parroquia de San Cipriano, concluía después del alba la primera misa del día en la pequeña capilla donde estaba el altar dedicado a los mártires. Un grupo de fieles, poco más de veinte, apenas cabía en el reducido espacio y difícilmente podían estar arrodillados sin apretujarse mientras se entonaba el devoto himno final; máxime porque la opresión era empeorada por los sacos y cestas que llevaban consigo algunos de ellos, para acudir después a comprar y vender en una feria que se celebraba ese día junto a la puerta de Al Sudda. Finalizado el canto, el sacerdote impartió la bendición, pronunció el *ite missa est* y, antes de que se marcharan los parroquianos, les reprendió con suavidad diciendo:

—Mirad que os tengo dicho que dejéis fuera las mercancías. Hasta con gallinas y cabras entráis ya en la casa de Dios… ¿No os dais cuenta de que celebramos el santo sacrificio entre olores de cebollas, peces y animales?

—¿Quieres que nos roben? —contestó uno de los fieles—. Están las cosas como para dejar por ahí nada…

—Pues poned a un muchacho para que vigile —sugirió el clérigo—. Podéis dejar todo a la entrada, entre la primera puerta y el arco, y recogerlo al salir. ¡Hacedme caso, por el amor de Dios!

La gente se echó al hombro las mercancías y se marcharon apresuradamente. Afuera había asnos y pequeños carros donde algunos depositaron los fardos más pesados. Era la hora en que oleadas de hombres y mujeres salían en tromba de los barrios interiores por los estrechos callejones, y, perseguidos por la chiquillería agotada de hambre y hastío, se desperdigaron en todas direcciones buscando el más insignificante negocio que les permitiera seguir subsistiendo.

Isacio salió para contemplar aquella marea humana y lo mismo hicieron sus siete alumnos, que habían ejercido de coro como cada día en el oficio religioso, antes de cruzar la pequeña plaza y subir al segundo piso de la casa donde estaba la escuela.

—Parece que hay más gente que otras mañanas —observó el anciano maestro.

Asbag aben Nabil, el mayor de los alumnos, dijo:

—Claro que hay más gente. Es porque hoy todos los mercados de la ciudad estarán cerrados a causa de la fiesta del Mauled al Nabi. La gente se concentrará en la feria que se instala frente a la puerta de Al Sudda; hoy todo el comercio se desenvolverá allí.

—¡Ah, el Mauled! —exclamó Isacio—. El nacimiento de su Profeta… ¿Ya es el

mes de Rabi al Awwal de los ismaelitas?

—Sí, hoy es el día doce del mes —explicó el joven—. Este año cae a finales de octubre.

El maestro se quedó en silencio, pensativo. Desfilaba ante sus ojos la ola ininterrumpida de los transeúntes: el uno vestido con parda aljuba, el otro tocado con turbante, un tercero con sombrero de paja, algunos con solideos bordados…; llevaban grandes alforjas, cestas de mimbre, sacos de basta estopa, carrillos con orzas y lebrillos; jaulones llenos de palomas, pollos, patos…; cabezas de carnero asadas, encurtidos, roscas de pan, frutas de sartén… Un ensordecedor estruendo hecho de clamores diversos, de gritos tonantes y de canturreos llenaba el aire mañanero.

—Mucha gente, demasiada gente… —comentó el viejo sacerdote con la mirada perdida en la muchedumbre—. Y toda esa gente está como desasosegada y perdida…

Al lado, junto a la puerta de la iglesia, un hombre terminaba de colocar toda la impedimenta en las alforjas de su asno. Era un comerciante cuyo cráneo estaba despoblado y canoso en las sienes, bajo el gorro mozárabe de lana apretada; el rostro chato y alargado, la frente estrecha y la nariz pequeña; las barbazas deshilachadas. Por haber oído lo que acaba de decir Isacio, intervino a modo de explicación:

—Hoy habrá más gente que nunca en la feria de Mauled; porque ayer anunciaron en las mezquitas que acudirá el califa con todos sus visires y parientes. Los magnates, generales y oficiales del ejército estarán también allí… ¡Habrá miles de soldados a los que se les pagará el sueldo! ¡Un gran negocio! Hay que aprovechar una circunstancia así. ¿Por qué crees que fluye hacia allí este río de mercaderes?

—Ya hubo un alarde del ejército a la vuelta del califa —contestó Isacio—; aquel día terrible en que ejecutaron cruelmente al general Al Tawil y a muchos otros acusados de traición. ¿Cómo es que apenas unas semanas después de aquello vuelve a juntarse el ejército?

El hombre sacudió la cabeza y, con aire grave, respondió:

—Ah, pero ¿no te has enterado…? El gran cadí ha convocado en nombre del califa una nueva campaña militar contra el puerco Radamiro para la próxima primavera. Por eso Abderramán presidirá el Mauled desde la nueva terraza que han construido en el palacio, junto a la puerta de Al Sudda. Como es de suponer, aprovechará la fiesta para arengar a la hueste y volver a proclamar la guerra santa.

El clérigo puso en él sus grandes ojos tristes y dijo con voz ronca:

—Dios Eterno, otra guerra…

El mercader sonrió, montó en el asno y exclamó:

—¡Hay que vengarse! ¡No vamos a dejar que el puerco rey y toda su puerca Gallaecia se rían de nosotros! Reza tú para que esta vez venza Córdoba y haya botín y ganancias para todos; que la vida se está poniendo que da asco… Y yo me voy, que llevo aquí unos vestidos para ver si los vendo y me gano unos dinares. ¡Quedad con

Dios!

El rostro bondadoso del clérigo adquirió repentinamente una expresión huraña y enfurruñada. Se volvió hacia sus alumnos y les dijo:

—¿Y vosotros qué hacéis ahí pasmados? ¡Andando a la escuela, que para nosotros no es Mauled ni feria ni fiesta de ninguna clase!

Remoloneando, los muchachos cruzaron la plazuela, pasando entre los últimos comerciantes que abandonaban el barrio en dirección al sur de Córdoba, donde iba a tener lugar el desfile y los actos de la celebración. Detrás de ellos, como pastoreando al rebaño, el maestro caminaba trabajosamente, apoyándose en su bastón y murmurando entre dientes:

—A la gente lo único que le interesa es ganar dinero y estar de fiesta… ¡Qué poca devoción y qué poca caridad! ¡Ahora otra guerra! Y todo el mundo tan contento… Otra vez se derramará sangre inocente, habrá desmanes y crueldades sin cuento… ¡Qué vida esta! El demonio es nuestro padre y, si no lo remedia Cristo, nuestra maldad nos llevará a todos al infierno… Tenga Dios misericordia de nosotros y perdone toda esta falta de fe…

En la puerta de la casa del clérigo aguardaba como siempre su hermana, la anciana Teódula, aguzando el oído para enterarse de lo que sucedía en la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó con inquietud, alargando el cuello—. ¿Adónde va toda esa gente tan de mañana?

—Es el Mauled —respondió Isacio desdeñoso—. Van a comprar y vender; que parece ser lo único que les importa en este mundo…

—¡Madre de Dios, qué escándalo! —exclamó la vieja.

Entraron los alumnos y el maestro, y subieron por la escalera que conducía al piso alto, donde estaba la escuela. Se sentaron cada uno en su sitio, en torno a la mesa, e Isacio empezó a hablarles con tristeza:

—Habéis visto igual que yo a toda esa gente nuestra, ansiosa y apresurada, que corría hacia la puerta de Al Sudda para participar en la fiesta de los ismaelitas… ¡Qué lástima! —emitió un hondo suspiro y prosiguió—: Tal es la seducción del dinero, de las cosas materiales y del placer que olvidan quiénes son y andan como locos mezclados con los caldeos, imitando sus costumbres y sensualidades… El Mauled, el aniversario del Profeta agareno; ¿qué significado tiene para nosotros los cristianos esa fiesta? Es penoso verles ir allí, ciegos de entusiasmo…

Dicho esto, echó una ojeada a sus discípulos, meneando la cabeza con aire sombrío y luego les preguntó:

—¿Y vosotros qué opináis? ¿Qué decís de todo esto?

Los muchachos bajaron la cabeza pesarosos.

—¿No decís nada? —añadió el maestro malhumorado—. Yo responderé por vosotros, puesto que leo lo que hay en vuestras almas y puedo adivinar lo que en el

fondo pensáis: de buena gana echaríais a correr a mezclaros con esa turba insensata, deseosos de ver al califa agareno con toda su pompa y soberbia… Estáis ardiendo de rabia y envidia por no poder estar allí, en el Mauled, entre olores a fritangas, disfrutando de la dichosa feria. Vamos, no seáis hipócritas y confesadlo, decid de una vez lo que sentís.

Todos permanecieron durante un rato en silencio, con aire pesaroso. Hasta que el joven Asbag se puso de pie muy serio y alzó la mano pidiendo la palabra.

—Habla —le autorizó Isacio—, habla tú en nombre de todos. Será bueno que sepamos lo que pasa por estas cabecitas aún tiernas.

—¿Por qué nos tratas así, maestro? —dijo Asbag con circunspección—. Con todos mis respetos, te pregunto yo a ti: ¿a santo de qué viene esta regañina? Estamos aquí, como es nuestra obligación, y nada hemos manifestado acerca de Mauled. Tú lo has dicho todo. ¿Por qué nos riñes?

—Porque también yo he sido muchacho como vosotros —contestó con una sonrisa entristecida Isacio—. Y estuve muchas veces en las fiestas de los agarenos y anduve por sus barrios, mezclado entre su gente… Conozco igual que vosotros el poder seductor de sus costumbres, su música, sus cantos…

—Los nuestros van a hacer negocio —replicó Asbag—. Tienen derecho a ganarse la vida comprando y vendiendo. Los musulmanes nos obligan a los *dimmíes* a pagar la *chizia* y el *jarack*; ningún cristiano se libra de pagar los impuestos… ¡Algo tendremos que sacarles los mozárabes a los agarenos! En la feria del Mauled se mueve mucho dinero…

—Dinero, dinero, dinero… —refunfuñó el maestro—. ¡Ese es el mayor problema! Pronto se aprende esa maldita palabra y ya no se olvida… Acordaos de las tentaciones del Señor, acordaos de lo que le dijo a Satanás cuando le ofreció convertir las piedras en panes en medio del desierto: «No solo de pan vive el hombre…».

—También nos mandó darle al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios —repuso el joven.

—Sí, claro que sí; pero con demasiada frecuencia nos acordamos del césar y casi nada o nada de Dios…

Esto último lo dijo el maestro con tanta amargura en el rostro que Asbag optó por sentarse y no replicar más. Todos permanecieron en silencio durante un rato. Afuera en la calle reinaba una calma extraña, nada frecuente a esa hora de la mañana en que diariamente ascendía el bullicio habitual del barrio: los gritos de los pregoneros, las voces, las riñas de las mujeres, la chiquillería…

Isacio levantó los ojos al techo con una expresión anhelante, como una súplica. Luego bajó la cabeza abatida, y su muda expresión venía a decir: «¡Ojalá pudierais comprender lo que quiero expresaros!». Pero evitó incidir más en aquello y se contentó con decir, como excusándose por haberles hablado con tanto pesimismo:

—Nosotros a lo nuestro; estudiemos y aprendamos cuanto nos sea posible ahora… —les miró con expresión más bondadosa—. Ahora que sois jóvenes, quiero decir. Porque, cuando uno es viejo como yo, puede surgir la tentación de verlo todo oscuro y feo…

Al decir esto, soltó una risita llena de significado. Luego sus ojos se pusieron repentinamente brillantes y se le escaparon un par de lágrimas que se apresuró a recoger con los dedos, tratando de disimular su emoción.

Asbag se compadeció del viejo maestro, se levantó y fue hacia un estante donde había algunos libros; cogió uno de ellos y regresó a la mesa diciendo:

—Maestro, ayer estábamos leyendo el *Indículo luminoso*. ¿Sigo por donde íbamos?

—¡Naturalmente…, naturalmente! —respondió el anciano—. Pero me parece más oportuno leer el capítulo XXXV; aquel en que nuestro insigne antepasado Álvaro Paulo se lamenta por el abandono por parte de los cristianos de Córdoba de su tradición lingüística y literaria.

Obedeciendo a esta indicación, el alumno abrió el libro por el final, localizó la página correspondiente y leyó:

> *Todos nuestros jóvenes cristianos, intoxicados con la elocuencia árabe, manejan con la mayor avidez, leen con la mayor atención y discuten con el mayor interés los libros de los musulmanes, los coleccionan con diligencia y los divulgan con todas las artes de la retórica, prodigando sus alabanzas, mientras ignoran la belleza de la literatura cristiana… ¡Qué tristeza! Los cristianos ignoran su propia lengua y su cultura. Se cuenta uno entre un millar que sea capaz de redactar decentemente una simple carta de cortesía…*

—Detente ahí —le interrumpió el maestro—. ¿Os dais cuenta? Esto lo escribió el gran Álvaro Paulo, mártir de nuestra fe, hace ahora cien años, en los tiempos del tirano emir Abderramán II, que se cubrió con la sangre de aquellos benditos mártires, los mártires de Córdoba. Si ya por entonces los mozárabes renegaban de su fe, se relajaban y abandonaban sus costumbres seculares, ¡cuánto más ahora!

Reflexionó un poco, y luego añadió con dulzura:

—Nosotros, hijos míos, tenemos una obligación, un sagrado deber; nosotros somos quienes tenemos encomendada la custodia de nuestro sabio pasado: las obras de Agustín, Ireneo, Tertuliano, Ambrosio, Jerónimo, Eusebio, Evancio, Cipriano, Fructuoso, Sisebuto, Isidoro de Isvilia, Esperaindeo, Eulogio, Sansón y… y este luminoso Álvaro Paulo… Por eso perdonadme si os amonesto y reprendo, siempre

con paternal afecto; porque debo instruiros y preveniros frente a estos tiempos feroces en que parece que se ha dado sobrada licencia a Satanás y sus demonios andan sueltos.

Prosiguió la clase durante el resto de la mañana y se prolongó después del almuerzo con las clásicas preguntas, respuestas y repeticiones. La última hora se dedicó al canto. Poco antes de la puesta del sol, salieron de la escuela y cruzaron la plaza para el rezo de vísperas en la iglesia.

Oscurecía ya cuando el anciano clérigo cerraba como cada tarde la puerta de San Cipriano. Entonces la muchedumbre regresaba de la fiesta, fatigada y polvorienta, arrastrando sus carrillos, cestos y fardos. Entre la gente, iba montado en su borrico el comerciante calvo que asistió a la misa de alba y que avisó al sacerdote de que era el día de la feria del Mauled. Se detuvo delante de la iglesia, el rostro cetrino y pesaroso, descabalgó y le dijo a Isacio:

—Parece que has cerrado hoy más temprano…

—Es la hora de todos los días —contestó él.

—Bueno, vendré mañana —dijo resignado el comerciante.

—¿Qué tal ha ido la feria? —le preguntó Isacio.

Aquel hombre frunció el ceño con disgusto:

—Mal.

—¿Y eso?

El comerciante se dejó caer y se sentó en el suelo con un suspiro de desesperación. Su rostro reflejaba una mezcla de desgana y dolor. Como si estuviera deseando que le hicieran aquella pregunta, respondió con gravedad:

—Ya te dije esta mañana que el gran cadí había preparado un alarde del ejército con motivo de la fiesta. Pues bien, la concentración de la tropa fue como siempre delante de la puerta de Al Sudda, frente al palacio. El califa se asomó a la gran terraza recién construida para la ocasión y saludó. Se le veía desde muy lejos y resultaba imposible adivinar la expresión de su semblante… —dio un resoplido, tomó aire y al hacerlo descubrió su dientes afilados y amarillentos. Luego añadió con acento asqueado—: Resultó que habían preparado cincuenta cruces debajo de la terraza. Una vez formada la tropa, la guardia del cadí empezó a sacar de entre las filas a muchos oficiales y hombres importantes del ejército, a los que, según decían, habían identificado entre los que dejaron solo al califa en la batalla del barranco… ¡Fue horrible! El silencio del gentío era enorme y se oían con claridad espantosa las súplicas de perdón y socorro… Los crucificaron allí mismo, en el mismo lugar que a Al Tawil y sus hombres… Los que habíamos ido para participar en el festejo tuvimos que contemplar horrorizados el sangriento espectáculo…

—¡Qué espanto! —exclamó Isacio—. ¿Así celebra Abderramán el nacimiento de su Profeta?

—Ya ves —contestó el comerciante—. El califa dirigió después a los presentes un breve discurso advirtiendo de las consecuencias de la cobardía y convocó la yihad… ¡Otra vez la guerra santa! Acto seguido lancearon ante sus ojos impasibles a los ajusticiados y se retiró de la terraza. La gente parecía no tener ya ganas de feria… Y yo, perdido el sentido ante el horror que había visto, me senté en el suelo, recogí mis vestidos y los puse junto a las alforjas en que llevaba los objetos propios de mi oficio para venderlos. Cuando me recuperé y quise levantarme para irme, advertí que un ladrón carente de sentimientos me había robado todo…

23

León, dependencias interiores del castillo

Noviembre del año 939

El ministro Musa aben Rakayis estaba sentado ante su escritorio cuando entró su sirviente Aglab, de improviso y con la mirada sombría.

—Que la paz sea sobre ti, amo —dijo en un susurro—. Sé que estás muy atareado preparando las cartas del rey…

Musa levantó hacia él una mirada interrogante y preocupada, pues le conocía tan bien que podía adivinar en su semblante que traía una mala noticia.

El ayudante manifestó abatido:

—No te habría molestado si no fuera porque he de comunicarte un asunto imprevisto e importante.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió el ministro, poniéndose de pie.

El sirviente se aproximó y se quedó en silencio mirándole; durante un instante pareció vacilar y después suspiró, como si luchara contra su vacilación.

—Vamos, habla de una vez —le apremió Musa—, ¿qué malas noticias son esas que me traes?

Con voz trémula y concisión patética, Aglab respondió:

—Los mauros han atacado la marca.

—¡No es posible! —exclamó el ministro.

El ayudante apretó los labios e inició un persistente movimiento de afirmación con la cabeza. Luego suspiró de nuevo, hondamente, y habló con tranquilidad:

—Esta mañana ha llegado gente de la marca trayendo la triste nueva. El heraldo de la puerta se lo comunicó al gobernador de la ciudad. No cabe la menor duda; la aceifa tuvo lugar hace tres días… Los mauros atacaron al sur del Duero. Nadie lo esperaba, fue un ataque tan repentino que los centinelas de las atalayas no tuvieron tiempo para enviar el aviso…

—Habrán sido bandidos; sarracenos sin orden ni ley… —observó con nerviosismo Musa.

—No, no, nada de eso. Fue un ataque en toda regla, con caballeros y tropas perfectamente organizadas. Era sin duda el ejército del califa…

El ministro enmudeció y quedó sumido en sus pensamientos. Aunque había esperado una mala noticia de su ayudante, su imaginación no había alcanzado esa posibilidad: de nuevo la guerra. Aquel anuncio de improviso resultaba muy extraño. Apenas habían transcurrido tres meses desde la gran victoria del barranco y nadie podía suponer siquiera que el malogrado ejército del califa se hubiese rehecho tan

pronto. La sorpresa lo halló desprevenido y se refugió momentáneamente en el silencio. Frunció el ceño, mientras se apoderaba de él la confusión y la inquietud. Anduvo caviloso por la estancia, rascándose nerviosamente la cabeza, y después se quedó parado delante de la ventana mirando el horizonte, sin decir nada.

Mientras tanto, Aglab fue incapaz de mantener su forzada tranquilidad y le tembló la voz al añadir:

—La gente que ha venido desde la marca dice que muchos pueblos y aldeas han sido asaltados… Coca fue destruida, toda su gente muerta o hecha cautiva y sus iglesias y conventos reducidos a cenizas…

—¡¿Coca?! —exclamó el ministro.

—Sí, amo. Eso han contado quienes trajeron la noticia. Ellos mismos vieron desde los montes las llamas alzándose hacia el cielo oscuro de la noche… Dicen que los sarracenos asesinaron a más de dos centenares de monjes y se llevaron a Córdoba sus cabezas como trofeo. ¡Terrible!

Los dos se quedaron un buen rato en silencio, intercambiando miradas cruzadas, como si compartieran un mismo pensamiento e inquietud. Después el ayudante dijo, como expresando lo que ambos pensaban:

—El rey todavía no sabe nada.

—Debe saberlo enseguida —observó el ministro frotándose las manos con ansiedad—. Anda, ve inmediatamente a palacio y pide audiencia a los secretarios reales; diles que debo ver al rey sin dilación. Convénceles de que es muy importante lo que tengo que decirle.

Antes de abandonar la habitación, Aglab se volvió hacia su amo y le sugirió:

—Creo que antes deberías hablar personalmente con la gente que ha venido huyendo desde la marca; ellos pueden darte todos los detalles del suceso.

—¡Naturalmente! ¿Dónde está esa gente?

—Aguardan en la puerta Cauriense. Son más de un centenar. Entre ellos hay nobles, clérigos y monjes que sabrán explicarte todo perfectamente. ¿Mando que los traigan a tu presencia?

—Sí. Los recibiré abajo, en la sala principal del castillo. Me parece oportuno que esté presente el gobernador de León. Ambos debemos saber bien lo que ha pasado antes de que se entere el rey.

Cuando el ayudante salió, Musa se quedó lleno de preocupación. Fue hacia el escritorio, guardó los pliegos a medio escribir, cerró el tintero y estuvo limpiando cuidadosamente los cálamos. Lamentó tener que interrumpir el trabajo que tan atareado le había mantenido durante los días precedentes: escribir cartas de cortesía que el rey iba a enviar a sus aliados muslimes que habían combatido a su lado en la última batalla. En las embajadas que iban a llevar tales cartas irían también importantes regalos y prebendas para renovar y afianzar los pactos. Pero la

inesperada noticia que se acababa de recibir complicaba las cosas y hacía que parte de los escritos perdieran su sentido; porque después de la victoria se esperaba una cierta calma y nada parecía predecir que, padecida tan grande y vergonzosa derrota, el califa estuviera tan pronto dispuesto a poner su hueste en movimiento.

El ministro se echó por encima de los hombros el manto *ferucí* y salió de sus aposentos para dirigirse con paso veloz hacia la escalera que conducía al salón principal del castillo. Allí esperaban ya los magnates que habían venido al frente de los huidos de la frontera. Lo que estos contaban venía a confirmar sus peores presagios. En efecto, tal y como había dicho el ayudante, los ataques en la marca inferior del río Duero habían sido hechos por escuadrones bien organizados, hombres a caballo perfectamente adiestrados, pertrechados con armaduras y en formación de ataque. No se trataba de bandidos ni de gentes de las fronteras provistos de armas hechas en casa. Sin duda era una avanzadilla de la hueste del califa.

Esa misma tarde llegaron más mensajeros que completaban la información al respecto. Los espías que el rey Ramiro tenía en al-Ándalus habían hecho averiguaciones y avisaban de que el califa había convocado una nueva guerra santa. Pero esta vez, a diferencia de la campaña anterior, no optó por reunir una gran hueste. Al parecer habría observado que el envío de escuadrones de caballería para atacar la marca en diversos puntos les infligía a los cristianos mayor daño que ir a ellos por un solo lado para enfrentarse en campo abierto y en formación completa. Por lo que a principios del mes de *muharram* de los muslimes, que coincidía este año con mediados de octubre, envió escritos a todos los gobernadores y cadíes de las fronteras superiores, tanto centrales como occidentales y orientales, para ordenarles que formasen escuadrones de caballeros y los invadiesen por todas partes de forma continua y sin dilación. Para tal menester, y al frente de las aceifas, mandó a Toledo a su visir Ahmad ben Muhamad aben Ilyas con numeroso ejército. Este se apresuró a cumplir las instrucciones de Abderramán y, mientras otros generales atacaban diversas ciudades de la marca, se aventuró hasta Coca, la cual saqueó y destruyó por completo. Pronto corrieron las terribles noticias de esta aceifa, extraordinariamente cruel, según contaban sus testigos: asesinatos de monjes, centenares de cabezas cortadas, violaciones de mujeres e interminables filas de cautivos arrastrados camino de Córdoba.

24

Córdoba
Noviembre del año 939

Durante el tiempo que permaneció oculto en casa de sus padres, Lindopelo no tenía otra cosa que hacer sino sentarse al lado de su madre para hablar. Sus largas conversaciones versaban sobre el pasado lejano y querido, sobre los recuerdos de la infancia, los parientes, la vida de antes… Raramente aparecía lo próximo y presente, el drama actual. Pareciera que madre e hijo se habían puesto de acuerdo para eludir el doloroso suceso de Zahara; como si no hubiera sido real. Mientras tanto, el cabello del tintor había crecido más de cuatro dedos. Su madre lo acariciaba con manos trémulas y decía dulcemente:

—Todo en la vida tiene solución menos la muerte…

El padre, en cambio, se mantenía firme en sus refunfuños. Al amanecer, muy temprano, se ponía a barrer el patio con un gran escobón de tamujo que arañaba sonoramente el suelo y, mientras lo hacía, hablaba solo en voz alta.

—¡Malditos pájaros! ¡Maldita mierda! ¡Malditas hojas! ¡Maldito otoño! ¡Porquería y más porquería! Y yo cada día más viejo… ¡Con lo que me duele el lomo y aquí, dale que dale, todos los días!…

La alcoba de Lindopelo daba al patio y le despertaba cada madrugada aquella desagradable cantinela.

—¡Por Dios, déjame dormir! —protestaba a gritos—. ¿No tienes todo el día para barrer? ¿Tienes que hacerlo precisamente de noche?

—¡No es de noche! El sol está a punto de asomar por encima de los tejados. Después de barrer tengo que amasar el pan y encender el horno. Luego tendré que ir a comprar verduras, garbanzos y algo de carne para que se pueda comer en esta casa… ¡Hay mucho que hacer! Aquí no somos ricos. Si lo fuéramos tendríamos criados que se ocuparían de todas la tareas. Pero el único criado que hay en esta casa es este viejo que no puede con su pellejo… Ya podías madrugar y ayudarme, dado que te hospedas aquí desde hace tres semanas y no has aportado ni un sueldo; cuando sabemos que tienes dinero suficiente para vivir como un visir… Y si no quieres trabajar, al menos podrías comprar una esclava que nos aligerase el peso de la vida a mí y a tu pobre madre… Yo estoy tullido y muerto a dolores y ella ciega… ¡Ten caridad con nosotros!

En el piso de arriba, la madre farfulló algo ininteligible y después suspiró sonoramente, como si respondiese a sus propios balbuceos. El padre, al oírla, exclamó iracundo:

—¿Te das cuenta? Ya hemos despertado a la pobre.

—¡La has despertado tú! —replicó Lindopelo saliendo airado de la alcoba y dirigiéndose al medio del patio—. No nos dejas dormir con la condenada escoba, las maldiciones y las quejas.

Finalmente, la madre se asomó a la ventana y les gritó:

—¡Callaos de una vez! ¿No podemos estar los tres en paz? Dios nos castigará por vivir así, pelea tras pelea. ¡Somos una familia!

El anciano soltó el escobón y se fue a amasar el pan entre ahogadas murmuraciones. Y la anciana permaneció quieta en la ventana, con cierta dureza en sus facciones. Después inspiró profundamente el aire de la mañana y terminó sonriendo levemente:

—¡Hum! —exclamó—. ¡Es el aroma del otoño! ¿Está acaso nublado el cielo? Presiento que va a llover.

Lindopelo alzó la mirada y vio nubes oscuras por encima de los emparrados y la higuera. Después miró a su madre y la vio envuelta en una alegría desbordada, como si hubiera perdido la razón al repetir una y otra vez:

—¿Está nublado? ¿Va a llover? El otoño ya está aquí…

El corazón de Lindopelo se enterneció al contemplarla. Sintió lástima y estuvo a punto de echarse a llorar. Por primera vez lamentó entonces haber tenido tan descuidados a sus ancianos padres, y pensó seriamente en lo de la esclava. Pero de inmediato se apresuró a espantar de su mente esa posibilidad, puesto que empezaba a darse cuenta de que iba a necesitar en lo sucesivo de todos sus ahorros. Resultaba demasiado duro tener que reconocerlo, pero seguramente los regalados y felices días del tintor de Zahara pertenecían ya solo al pasado. Si no fuera por ese temor, habría descansado en esta nueva vida de retorno a su casa como el justo reposo merecido por sus obligaciones, o como en un viaje imaginario junto a su madre al mundo de los recuerdos. Sin embargo, el fantasma de la cólera del califa seguía ahí. Aunque el paso de los días, sin que nadie viniera a buscarle ni sucediera nada de lo que tanto temía, tranquilizaba su corazón y lo aliviaba.

Mientras desayunaban el pan tierno al amor de la lumbre, llamaron a la puerta con fuertes e insistentes golpes. Los tres se sobresaltaron. Pero la madre, quitando importancia al asunto, observó con una delicada sonrisa:

—Será alguna vecina.

Lindopelo palideció y dio un respingo.

—Voy a esconderme —dijo.

Siempre que alguien llamaba a la puerta corría hasta la parte trasera de la casa y permanecía oculto mientras durase la visita. Pero últimamente la vieja persistía en decirle:

—Déjate ver, hijo mío. ¿Vas a pasarte el resto de tu vida escondido? Algún día

tendrás que salir a la calle…

—¿Y si vienen a por mí los de Zahara?

—¡Qué tontería! ¿Crees que el califa no tiene otra cosa que hacer que acordarse de ti?

La pregunta, que se le había escapado a la madre en tono tranquilizador, sin embargo aumentó la turbación e inquietud de Lindopelo. Se llevó las manos a la cabeza y dijo con pesadumbre:

—Cada vez que Al Nasir se mira al espejo se acuerda de mí. Ha pasado más de un mes desde la última vez que teñí sus cabellos; su cabeza estará sembrada de horribles pelos del color de la vieja estopa…

Los golpes en la puerta volvieron a sonar con mayor ímpetu. La madre le dijo al padre con decisión:

—Anda, ve a abrir. Todos los vecinos saben que no nos movemos de aquí.

El viejo se puso de pie y caminó con sus pasos renqueantes hacia la puerta, contestando:

—¡Voy! ¡Ya voy!

Lindopelo corrió en sentido contrario, cruzó el patio y se acurrucó al final del gallinero, detrás de un montón de leña, cubriéndose completamente con ramajes secos de jara de los que se empleaban para encender el horno. Desde allí, muy quieto, oyó voces de hombre muy recias que articulaban frases ininteligibles. Solo al cabo de un rato, tras aguzar cuanto pudo el oído, le pareció entender las palabras: «Zahara», «oficio» y «apresurarse». Era suficiente para comprender que se trataba de alguien que venía en su busca. El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que casi lo sintió querer escapar por la boca, al tiempo que su espalda sudaba copiosamente.

Oyó cerrarse la puerta de la calle y luego se hizo de nuevo el silencio. Un instante después sus padres empezaron a llamarle:

—¡Lindopelo! ¡Ya puedes salir! ¡Ven! ¡Ven enseguida!

Nada más presentarse en la cocina, leyó en los rostros de los ancianos la gran preocupación que se había apoderado de ellos. Se desplomó y empezó a llorar sentado en el suelo.

—¡Ay! —sollozó—. ¡Lo sabía! ¿Lo veis? ¡No se han olvidado de mí! Ahora empezarán a buscarme y…

La anciana empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda, entonando sus ojos velados y con temblorosa voz dijo:

—Nada tienes que temer, hijo mío. Sabes hacer su trabajo mejor que nadie. Ve a Zahara y haz lo que te manden… ¡Dios cuidará de ti!

Pero Lindopelo estalló en un llanto convulso, frenético; se mesaba los cabellos ralos y gemía entre temblores.

—¡No seas cobarde! —le decía el padre—. Ya quisieran muchos tener la suerte

que tú tienes… ¡Vienen a buscarte desde Zahara! ¿No te das cuenta?, estúpido y torpe niño mimado. El califa te ha perdonado; necesita tus servicios, no puede prescindir de ti… Volverás a ganar dinero. ¿A qué esperas para ir allá?

—¡Ay! Esta vez me matará… El califa se ha convertido en un hombre feroz e implacable a quien le molesta hasta el vuelo de una mosca… ¡Me matará! Tengo tanto miedo que no podré hacer bien el trabajo…

La vieja buscó a tientas a su hijo, le tomó de la mano y le dijo con cariño:

—Siempre lo has hecho bien… ¿Por qué va a salirte mal ahora? Vamos, hijo, sé valiente y empieza de nuevo, como si nada hubiera sucedido… Confía en Dios, confía en los santos… Ve a la iglesia a encender velas… Rezaremos. ¡No dejaremos de rezar…!

25

León, palacio real
Noviembre del año 939

—¡Ese inmundo sarraceno! —resonó como un trueno la voz del rey Radamiro en el salón del trono—. ¡Ese hijo de la reina de todas las putas!

Los consejeros, confundidos y asustados, soportaban pacientemente la tormenta de insultos a los pies del estrado. Mientras durase el ataque de cólera del monarca, nadie se atrevería a decir nada, ni tan siquiera a levantar hacia él la cabeza.

—¡Hijo del mismísimo Satanás! —proseguía el violento torrente de calificativos e imprecaciones soeces—. ¡Lascivo príncipe de todos los invertidos! ¡Sodomita irredento! ¡Puto! ¡Nieto e hijo de putas!…

Al oírle gritar esta última frase, el obispo Ero de Lugo empezó a agitar su mano enguantada y, con un tono no exento de reproche, le dijo:

—Señor, debo recordaros que la madre del califa sarraceno, Dios le castigue por sus pecados, era la cristiana Muzna, y su abuela la princesa Onneca Fortúnez, que casó con el abuelo de Abderramán… Esas damas son parientes de vuestra serenísima suegra la reina Toda de Pamplona… Os digo esto para que vuestra ofuscación, lógica por otra parte, no os lleve al desatino de ofender alguna ilustre memoria…

El rey meneó la cabeza como queriendo decirle: «Sí que lo sé». Luego gritó furioso:

—¡Va a saber ese puto hereje y renegado quién soy yo! ¡Volveré a vencerle y esta vez lo agarraré y lo mataré yo mismo! ¡Inmundo sarraceno hijo de todos los demonios!

Durante un largo rato dio rienda suelta a su ira, desatando las bridas de la lengua, insultando, maldiciendo y volviendo a maldecir, sin dejar a nadie la posibilidad de interrumpirle o hacer un comentario. Su rostro estaba rojo; el cuello inflamado y las azuladas venas hinchadas; el sudor recorría su frente altiva y la diadema áurea temblaba con cada atronadora voz.

Cuando al fin, agotado y casi ronco, se dejó caer en el trono y quedó callado, un gran silencio y una calma rara invadieron la sala. Entonces se aproximó al estrado un prelado entrado en años, que caminaba lentamente apoyándose en un bastón. Levantando hacia él un rostro lleno de arrugas y una barba resplandeciente de blancura, dijo con tranquilidad:

—Rey Radamiro, templa el espíritu atormentado… Ese ataque del sarraceno a Coca no es sino el coletazo de la serpiente herida… ¿Por qué te dejas llevar de esta manera por la ira? Debes tranquilizarte y ver los hechos a la luz de la cordura.

El rey le lanzó una mirada de enfado y le gritó:

—¿Cordura? ¿De qué cordura me hablas? Si me hubiese dejado llevar solo por la cordura ahora estaríamos todos a merced de esa bestia. ¡Nada de cordura! ¡Venganza es lo que hace falta!

—Si no te templas acabarás errando —replicó el anciano consejero con delicadeza.

—¿Por qué he de errar? ¿Erré acaso en Simancas?

Dijo esto más calmadamente, pero el tono enfurecido de su voz y su mirada alterada anunciaban que no tenía la menor intención de sujetar su rabia.

El obispo Ero tomó entonces la palabra y habló con elocuencia, como era su costumbre:

—¿Por qué vamos a desalentarnos ahora? ¿Acaso Dios nos ha abandonado? Al lado de la gran victoria que el Todopoderoso nos otorgó en Simancas, este suceso de Coca es algo nimio, una insignificante mota de polvo que no debe ensuciar el gozo enorme de tu triunfo, serenísimo rey Radamiro… ¿Acaso no oscureció Dios el sol y envió un viento ardiente para anunciar que estaba de vuestra parte? ¿Por qué vamos pues a perder nuestra confianza en Dios precisamente ahora? ¡Vivir para ver!… Tú, el victorioso, que humillaste al impío mauro en el barranco y le arrebataste toda su gloria fatua, su inmodestia, su soberbia, su mismísimo pabellón, el estandarte, sus libros llenos de herejías…

El monarca lo estuvo escuchando largo rato, siempre escuchaba con atención a Ero de Lugo, y cuando el obispo, cansado de hablar, le permitió intervenir, él volvió a levantarse del trono y exclamó con aire triunfal:

—¡Ya sé cuál será mi venganza!

Se hizo un impresionante silencio en el que todos estaban atentos a él con expectación y temor. Y el rey, con los ojos encendidos, añadió enérgicamente:

—Quemaremos los libros del pérfido agareno, quemaremos su estandarte, quemaremos su asquerosa armadura de oro…

Algunos consejeros empezaron a aplaudir frenéticamente mientras se alzaban voces que gritaban:

—¡Bien dicho!

—¡A la hoguera con todo!

—¡Quememos sus cosas!

Al rey se le escapó una risotada, fruto de su euforia y del placer que le producía haber encontrado con qué satisfacer su deseo de venganza. Enardecido y loco de crueldad, añadió:

—¡Todo lo quemaremos! Y en esa hoguera arderá también nuestro cautivo, el gobernador de Zaragoza… ¡Quemaremos a ese presuntuoso Al Tuyibí! Le quemaremos con los demás cautivos en la misma hoguera en que arderá el Corán, el

estandarte y la armadura… ¡Todo lo quemaremos! Y enviaremos a Córdoba una carreta con las cenizas… ¡Que se entere de una vez ese puto zorro de que no le tememos!

—¡Así se habla! —respondieron los consejeros—. ¡Es una buenísima idea! ¡Adelante con ello!

El rey entonces hizo una señal impetuosa a sus secretarios y les ordenó:

—Preparadlo todo para la próxima semana. Enviad a los pregoneros y anunciad nuestro propósito de encender una gran hoguera para que el fuego devore los preciados objetos del puto Abderramán. ¿Por qué vamos a esperar más? Y mandad aviso a los condes de que junten la hueste para ir a reforzar las fronteras al sur del Duero.

Se elevó un gran murmullo entre la concurrencia. Había allí reunidos más de medio centenar de consejeros, entre condes, obispos y magnates. Unos estaban de acuerdo con la decisión del rey y otros no, lo cual se deducía de las discusiones a media voz que empezaron a encenderse. La cuestión era pues delicada y embarazosa.

Entre los que juzgaban como una insensatez lo de la hoguera estaba el ministro Musa aben Rakayis. La confusión se había apoderado de él hasta hacerle palidecer, y permanecía muy quieto en su escaño, mudo de estupor. Entonces vio venir hacia él al obispo Ero, con expresión preocupada, lanzándole una ojeada como diciéndole: «Hay que hacer algo o esto se irá de las manos».

Musa se puso de pie, vaciló un instante y luego caminó con decisión hacia el trono. Cuando llegó junto al monarca, este seguía ofuscado, dándoles órdenes a sus secretarios, y no reparó en su presencia. El ministro entonces tuvo que alzar la voz para atraer su atención:

—Serenísimo rey —dijo.

Radamiro le lanzó una mirada interrogante e inquirió:

—¿Qué quieres decirme ahora?

Musa palideció y respondió con voz temblorosa:

—Que el Todopoderoso me castigue si callo, mi señor.

El rey permaneció unos momentos hosco e irritado, mirándole, hasta que se dibujó en su expresión un gesto de duda que borró por un instante su cólera arbitraria. Otorgó:

—Habla… ¿Qué tienes que decir?

El ministro sonrió confuso y avergonzado, para decir después con firmeza:

—Voy a ser breve. No hagas esa hoguera. Si la haces, errarás llevado por el odio que hay en tus entrañas y no por la razón.

El monarca se quedó atónito, como quien es sorprendido por algo inesperado. El fastidio volvió a apoderarse de él al verse contrariado de aquella manera. Pero, aun así, pareció interesarse por el consejo de Musa y le exigió:

—Dime el motivo.

—Prefería explicártelo con calma. Pero…

—¡Déjate de peros! ¿Qué es lo que piensas?

Musa tragó saliva, inclinó la cabeza con sumisión y exclamó:

—¡Oh, Dios…, Dios! Hazme caso, serenísimo señor, y no enciendas esa hoguera, pues en ella pueden arder muchas esperanzas…

Radamiro se le quedó mirando confuso, su expresión se tornó cavilosa y sus facciones se distendieron. Finalmente, se dejó caer en el trono respirando a fondo.

—¡Está bien! —dijo—. Ven mañana a primera hora a mis aposentos… Ahora mi ánimo encendido me impide atender razones…

26

Córdoba, barrio de los Tiraceros
Noviembre del año 939

Animado por los consejos de sus padres, por fin Lindopelo se decidió a salir de su refugio. A la hora de la siesta estuvo lavándose cuidadosamente en el patio, junto al pozo; se enjabonó, frotó su blanca piel con un estropajo de lana de asno y se aclaró echándose cubos de agua por encima. Aquella agua tan fría, que le arrancaba tiritones, parecía endurecer sus miembros y hacerlos insensibles a la vez que le infundía algo del valor que le faltaba. Mientras secaba su cuerpo con una áspera toalla, se decía así mismo: «Los viejos tienen toda la razón: ¿qué he de temer? Me presentaré en Zahara como si tal cosa y teñiré al califa con la misma habilidad de siempre. Sé hacer bien mi oficio. Me premiará y todo volverá a ser como antes». Con esta determinación se perfumó y se vistió con una túnica limpia. Aunque no se había vuelto a mirar al espejo desde el día que le quemaron el pelo, ya creía la cabeza completamente restablecida y la cabellera crecida y fuerte, sintiéndose el hombre de antes. Decididamente, fue a buscar un espejo para mirarse y contemplar el efecto sanador del tiempo en su estampa. Al verse, un grito horrísono brotó de su garganta:

—¡Ay, Dios mío!

Los padres acudieron enseguida para ver qué le sucedía y él, llevándose las manos a la cabeza con espanto, exclamaba:

—¡Dios mío! ¡He encanecido! ¡Mirad, mi pelo está lleno de canas en las sienes!

El padre soltó una risotada y luego dijo:

—Es normal; tienes más de treinta años… ¿Crees que eres un crío?

Él no dejaba de mirarse horrorizado, diciendo:

—Pero… ¿Así? ¿Tan de repente? El pelo se me ha puesto gris desde que me lo quemaron…

—No te sorprendas —terció la madre con su habitual dulzura—. Te has pasado casi media vida tiñéndote y ya no sabías cómo era el verdadero color de tu pelo… Ahora que te ha crecido desde la raíz puedes verlo tal y como es.

—Este hijo nuestro parece tonto —añadió el padre con aire divertido—. ¿Se pensaba acaso que no le saldrían canas?

Desesperado, Lindopelo ignoró estos comentarios del viejo y se dirigió solo a su madre entre gimoteos:

—¡Ay! ¿Cómo voy a presentarme así en Zahara? ¡Mira qué desastre!

—No pasa nada —le dijo la vieja—. Te lo tiñes como antes y en paz. Todo tiene remedio excepto la muerte, hijo.

—¡Anda, vete de una vez a echarte los mejunjes! —le espetó malhumorado el padre.

—Dios mío —suspiró él con disgusto—, solo falta que me echéis de casa precisamente ahora…

—No hagas caso a tu padre —terció la vieja—. Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras, ya lo sabes. Pero pienso que deberías continuar con lo que tenías decidido… Anda, ve a tu casa y aplícate el tinte como bien sabes hacer. Tienes el pelo más corto que de costumbre; una vez teñido con su color te dará un aire más hombruno.

—¿Hombruno? —masculló él fastidiado—. ¿Qué significa eso?…

—Pues eso, hombruno…, de macho —dijo el viejo, con sorna y sonriente.

—¡Ay, me estáis poniendo todavía más nervioso! —gritó él con una voz entre irritada y desafiante al mismo tiempo—. ¡Mejor será que me vaya cuanto antes!

Recogió sus cosas y se estuvo envolviendo al cabeza con el turbante, entre ahogados sollozos. Los padres lo acompañaron hasta la puerta y le despidieron con abrazos y consejos.

—No te preocupes, hijo —decía la vieja besuqueándole y palmoteándole las mejillas—. Ya verás como todo se arreglará. El califa estará encantado, como siempre, y te cubrirá de oro…

—Dios lo sabe —apostilló el viejo con benevolencia—. Rezaremos mucho para que sea así. Sé valiente y cumple con tu obligación.

—Ay, gracias, gracias… —contestó él—. ¡Os quiero tanto!…

—Pues no te olvides de lo de la esclava —agregó el padre moviendo la mano en señal de exigencia.

Cuando Lindopelo atravesó la puerta de la casa, el sol de la tarde caía sobre el callejón; un sol de noviembre, otoñal, modorro, que brotaba a ratos entre nubarrones. Miró a un lado y otro y anduvo con pasos vacilantes. Se volvió y vio la mirada perdida de su madre, y a su padre junto a ella, haciéndole señas para que se apresurara. A continuación echó a correr y desapareció rápidamente adentrándose en el laberinto del barrio.

Haciendo caso a sus miedos, eludió las calles más concurridas y recorrió el adarve en dirección a la puerta de Al Yadid, con la intención de seguir la muralla que daba al barrio de Furn Birril. Era el camino más seguro para ir hacia su taller sin toparse a cada paso con conocidos. Pero, cuando cruzó bajo el arco de la puerta, se sobresaltó al ver mucha gente congregada frente a la pequeña mezquita de Sidi al Muin. De momento supuso que se trataba de alguna de las fiestas de los musulmanes y avanzó sin preocuparse demasiado mezclado entre la multitud, hasta que llamó su atención la voz de un almuédano que gritaba a voz en cuello desde el delgado alminar:

—¡Venid y ved, hermanos! ¡Mirad! ¡Asombraos! ¡Venid y ved el poder de Allah!

Se detuvo allí, extrañado y lleno de curiosidad, observando el gentío bullicioso que se movía en oleadas en torno a la mezquita, atraído por la estridente llamada de los pregones:

—¡Venid y ved, hermanos! ¡Maravillaos!…

Su conciencia se dejó arrastrar por la inflamada convocatoria, a pesar de su excesiva preocupación, y acabó incorporándose al torrente humano que fluía en una misma dirección. Por delante no veía sino espaldas y nucas, y pronto empezó a sentirse comprimido a los costados y apretujado por detrás.

—¡Venid, venid y ved!… —proseguía el almuédano con entusiasmo.

También la gente que se concentraba en primera fila, delante de la mezquita, empezaba a dar voces exaltadas y a crispar las manos alzadas por encima de las cabezas.

—¿Qué hay ahí? —preguntaban a un lado y otro los que, como Lindopelo, acababan de llegar—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que hay que ver?

—¡Vamos a verlo! —decían otros—. ¡Avanzad!

—¡No empujéis! —se quejaban algunos—. ¡Ay, me han pisado!

El hedor de algo putrefacto alcanzó repentinamente la nariz de Lindopelo, al mismo tiempo que los empujones en su espalda le hicieron alcanzar la primera fila, donde la multitud hacía un cerco en torno a algo frente a la mezquita. Ese algo resultó ser una visión pavorosa: un enorme montón de cabezas humanas cortadas; medio corrompidas, sangrientas; las bocas abiertas, las cuencas de los ojos vacías, los huesos de los cráneos asomando en las descarnaduras… ¡Un horror!

—¡Mirad! —se desgañitaba el almuédano—. ¡Ved cómo acaban los enemigos de Allah! ¡Estas son las cabezas de doscientos monjes politeístas de la puerca Gallaecia! ¡Doscientas bocas blasfemas que ya no ofenderán más la memoria de nuestro Profeta!

Retrocedió como pudo Lindopelo, espantado, y se abrió paso entre la gente para escapar de allí, con náusea y amargor en la garganta. Luego caminó apresuradamente, sin rumbo fijo, pero tratando de alejarse del barrio de Furn Birril. Sus pasos lo llevaron entre las altas tapias de los huertos hasta el camino de Toledo y entró de nuevo en la medina por la puerta de Al Yabbar. Durante un largo rato anduvo por los mercados y los callejones, perdido entre la gente, sin buscar nada en concreto. Más tarde logró poner en claro su mente y se dirigió al barrio de Al Dimma. Entró en la iglesia de San Cipriano y encendió velas en el lampadario de los mártires. Las mujeres que, como siempre a esa hora, rezaban arrodilladas delante del ara le miraron de reojo. Pero él las ignoró y se situó algo apartado. Su miedo y su angustia habían vuelto y necesitaba el consuelo de los santos.

En esto, sintió que alguien le ponía la mano en el hombro con ternura y, al volverse, se encontró con la presencia bondadosa del anciano Isacio. Intercambiaron

una mirada cargada de significado; y apareció el desconcierto en el rostro de Lindopelo a la vez que la compasión en el del sacerdote. Este preguntó:

—¿Dónde has estado durante todo este tiempo?

Lindopelo movió la cabeza, abatido, respondiendo en voz baja:

—Me oculté en casa de mis padres…

—Hemos rezado por ti —dijo Isacio con lástima—. Temíamos que te hubiera sucedido algo malo… Pero ya veo que tu cabellera está repuesta.

Lindopelo dio un sonoro suspiro y contestó:

—Mi mente está hecha un lío… ¡Dios mío! Acabaré volviéndome loco.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué dices eso?

—¡Ay, si supieras…! ¡Si supieras cómo temo perder la cabeza…!

Después de decir esto, miró hacia donde estaban arrodilladas las tres mujeres y se percató de que permanecían muy atentas a su conversación.

—¿Tanto os importan mis problemas? —les gritó—. ¿Habéis venido a encomendaros a los mártires o en busca de chismes?

—¡No perderás la cabeza! —contestó una de ellas—. ¡Ya la tienes perdida del todo!

—¡Bueno, bueno! —terció Isacio—. No riñamos aquí, en este santo lugar…

Lindopelo se puso de pie y le rogó con una voz que casi no se oía:

—Vayamos a tu casa, padre, necesito hablar contigo.

Al salir de la iglesia se toparon en la plazuela con el gentío que regresaba de los mercados. Sobre la altura de las casas se espesaban las nubes y se mezclaban con el humo de las chimeneas. Las voces se entrechocaban en un torbellino estrepitoso rodeado de crujidos de puertas y ventanas, golpes de bastón, chirridos de ruedas metálicas, chasquidos de cascos de asno… y por encima se propagaba el aroma de las comidas y el carbón encendido.

Ya en la casa, el clérigo invitó a Lindopelo a sentarse en la cocina. La anciana Teódula estaba dedicada al puchero y no se dio cuenta de su llegada; tan sorda como estaba. Al volverse y verlos allí, se asustó y exclamó:

—¡Dios santo! ¿Y esta aparición…?

—Pon tres platos —le dijo Isacio.

—Tres platos, tres platos… —refunfuñó ella—. Como siempre, sin avisar…

El anciano clérigo no se había acomodado aún en su asiento cuando Lindopelo se echó a llorar repentinamente y se cubrió el rostro con las manos.

La anciana se le quedó mirando con asombro y luego le reprendió:

—¡A ver cuándo te haces un hombre, Estebano! ¿Con más de treinta años y todavía estamos así? ¡Los hombres no lloran!

—Calla, mujer —le amonestó el sacerdote—. ¡Tengamos caridad!

Lindopelo alzó unos ojos abatidos e inundados en lágrimas, exclamando como si

hablara consigo mismo:

—¡Es terrible, terrible…! Esta vida es feroz… ¡Dios nos ampare!

—Bueno, bueno… —le dijo Isacio—. Desahógate y cuenta de una vez lo que te sucede.

—¡Me muero de miedo! —se quejó él—. ¡He visto cosas horribles esta tarde!

—¿Qué has visto?

Lindopelo le miró con sus pequeños ojos afligidos y aterrados. Luego dijo:

—Esta tarde, en Bab al Yadid, he visto una montaña hecha con cabezas de monjes delante de la mezquita de Sidi al Muin… El almuédano pregonaba que los generales de Al Nasir habían hecho una aceifa al norte de Toledo, destruyendo muchos pueblos y monasterios. Cosecharon cruelmente esas cabezas de monjes, junto con muchos cautivos… Esa visión horrible ha despertado todos mis miedos… Temo enloquecer…

Isacio frunció el ceño horrorizado y se refugió en el silencio. Teódula se santiguó y se dejó caer en el asiento, como si se derrumbara, antes de murmurar sombría:

—Dios nos castigará… Dios no puede perdonar tanto sacrilegio…

Lindopelo bajó los ojos; gimoteó pensativo durante un instante y pareció dudar. Luego prosiguió:

—Tengo mucho miedo, porque presiento que Al Nasir acabará ordenado a sus verdugos que me corten la cabeza… Lo sé. Sueño con ello todas las noches… ¡Es terrible, terrible…! Esa pesadilla me persigue… Y hoy, al ver esos horribles despojos de los monjes, he presentido muy cercano mi fin…

Isacio bajó la cabeza y no habló. Lindopelo entonces se alteró todavía más y gritó:

—¡Acabará matándome! ¡Me matará! ¿No dices nada? Tú sabes igual que yo que el califa me cortará la cabeza un día u otro…

El clérigo se enderezó en su asiento y, clavándole una intensa mirada, le dijo:

—No temas. Déjalo en manos de Dios… No es bueno vivir constantemente con ese miedo…

—¡Tú no sabes cómo es Al Nasir! —exclamó exaltado él—. Pero yo he visto cosas… He visto cosas terribles en Zahara y he sufrido mucho…

Con la mano izquierda comenzó a retorcerse el flequillo a una velocidad nerviosa, prosiguiendo:

—¿Sabes por qué mandó que me quemaran el pelo?

Isacio le miró interrogativamente y con lástima. Lindopelo añadió:

—Por una insignificancia… Mandó que me abrasaran la cabeza por nada, por una minucia… Mientras le teñía derramé apenas una gota de tinte en su oreja… Tenía quemada algo la piel a resultas de su viaje y el amoniaco debió de causarle escozor… ¡Ya ves! Se levantó de repente como una fiera y empezó a dar voces… ¡Como un demonio! Después me ordenó que terminara el trabajo y esperó pacientemente a que

lo hiciera, a pesar de su mal humor… Pero, una vez que le hube enjuagado y ungido con aceite de nutria, como de costumbre, se retiró y mandó a uno de sus secretarios que, en vez de pagarme por el trabajo, me abrasasen toda la cabellera con una antorcha ardiente empapada en aceite… ¡Cómo no voy a temer por mi vida! Ahora he de volver allí y ya no me siento seguro…

27

León
Noviembre del año 939

El ministro Musa aben Rakayis salió temprano del castillo acompañado de su ayudante Aglab, y ambos, a paso rápido, cruzaron la puerta del Conde para ir caminando al palacio real. Pese a la lluvia mañanera, multitudes de soldados y gente del burgo, empujados por la curiosidad, se dirigían hacia la parte oriental de la ciudad para ver los preparativos de la hoguera antes de entrar en el palacio. Bordearon la iglesia de San Salvador y, al llegar a la plaza del mercado, se encontraron frente a una montaña de palos secos rodeada por una muchedumbre vociferante, que, bajo la lluvia, esperaba asistir a un gran festejo. Si bien lo que podía verse no tenía nada de particular, aquella leña empapada, apilada en la zona despejada delante de la muralla, prometía ser, según se decía, el mayor espectáculo ordenado por el rey tras la victoria de Simancas. Los dos o tres últimos días, y sobre todo aquella misma mañana, estuvieron circulando incontables rumores al respecto. Lo que se pronosticaba era de lo más variado: algunos sostenían que la hoguera tenía que ver con la perniciosa herejía mahomética, aunque sin ser capaces de explicar con exactitud lo que ardería en ella; otros, en cambio, afirmaban que iban a ser quemados los libros heréticos del califa sarraceno y que, sobre ellos, el fuego purificador consumiría también los demás enseres requisados, el pabellón, la cota de malla, el estandarte… Otros, en fin, explicaban todo aquello de modo bien diverso: ardería el traidor emir de Zaragoza, Al Tuyibí, junto con los cautivos muslimes de mayor rango, cumpliéndose así la justa venganza por los doscientos monjes asesinados en Coca. Había pues un general convencimiento de que iba a suceder algo grandioso y excepcional; sobre todo cuando se vio aparecer a un grupo de condes procedentes del barrio noble y después a un destacamento de la guardia personal del rey que se fueron alineando entre el mercado y la explanada.

Uno de los oficiales superiores, que estaba encargado de dirigir los preparativos de la hoguera, gritó:

—¡Encended el fuego!

Al momento acudieron unos soldados con antorchas y otros empezaron a derramar pez hirviente sobre la leña.

La lluvia arreciaba y no eran capaces de lograr que las llamas se elevaran convenientemente.

—¡Qué pena! —se lamentó alguien a la espalda del ministro—. No arde a causa de la lluvia.

—¡Haga Dios un milagro! —gritó otro—. ¡Cese la lluvia y veamos asarse a esa canalla sarracena!

—No hace falta tanto fuego —comentó cruelmente un tercero—. Si arde despacio disfrutaremos más, viéndolos abrasarse lentamente, y la venganza será más placentera.

Entre tanto, la multitud, chorreando bajo el aguacero, parecía cobrar vivacidad al ver el humo y se agitaba; los que estaban detrás hacían esfuerzo por alzarse sobre las puntas de los pies y no paraban de llegar otros empujando desde todos los callejones.

El ministro Musa, completamente desalentado por lo que veían sus ojos, sacudió la cabeza y le dijo a su ayudante en un susurro amargo:

—Esto es una barbarie que no tiene justificación… ¿Cómo va a resultar placentera una venganza? Debo tratar de convencer al rey para que detenga esto cuanto antes…

No había terminado de hablar cuando brotaron de pronto en torno suyo las frases: «¡Al fuego!», «¡Quemadlos vivos!», «¡Ahí están!», «¡Al infierno con ellos!»… Y se fueron repitiendo por todas partes hasta convertirse en una especie de rugido furioso que se sumaba al violento crepitar de la lluvia.

En ese momento se vio venir una carreta tirada por bueyes que portaba un jaulón de madera en cuyo interior iba encerrado Al Tuyibí, con sus vistosos ropajes mojados, lacios, y el semblante demudado.

—¡Santo Dios! Lo quemarán… —exclamó el ministro agarrando con fuerza el antebrazo de Aglab—. ¡Corramos a ver al rey!

Apresuradamente se abrieron paso entre el gentío haciendo valer su condición y se dirigieron al palacio real. Pero, antes de llegar a la puerta principal, se toparon con el alférez mayor de la guardia, que les anunció:

—El rey no puede recibiros, pues saldrá ahora mismo para ir a presidir el festejo.

—¡Debo verle antes! —replicó el ministro—. Es muy urgente lo que he de tratar con él. Me espera…

El alférez se encogió de hombros y le franqueó el paso. Caminaron por los corredores entre el tumulto que se dirigía en dirección contraria hacia la hoguera. Aquí y allá se oían voces exaltadas:

—¡Al fuego con ellos! ¡Al infierno! ¡Vamos a verles arder!…

Unos pasos más adelante, antes de llegar al patio que precedía a las dependencias de la familia real, Musa encontró al obispo Ero de Lugo, que caminaba solo con semblante grave. Se detuvo frente a él y le dijo:

—Hay que convencer al rey para que no se deje arrastrar por la barbarie… ¡Hay que apagar esa hoguera!

El obispo le miró con pesadumbre y contestó:

—Ya lo he intentado todo… Y no hay manera de hacerle entrar en razón. Está

decidido a quemar a esos sarracenos encima de los libros de Abderramán… A ver si a ti te hace caso. Pero date prisa, porque se prepara ya para salir.

Estaba diciendo esto cuando el ministro vio venir al rey por el patio, impetuoso y sonriente.

—Ya está aquí —balbuceó.

El obispo Ero se hizo a un lado y Musa palideció al tener frente a sí la presencia imponente del monarca, que lo miraba mientras la sonrisa de su rostro se extinguía despacio y le iba brotando la contrariedad en el gesto.

—Señor, concededme un momento —suplicó el ministro, echándose a sus pies de hinojos.

—Un breve momento —otorgó el rey visiblemente molesto—. Según me dicen, la hoguera ya está encendida a pesar de la lluvia. He de ir antes de que se apague.

—¡Ojalá se apagase! —gritó repentinamente Musa—. ¡Tal vez Dios no quiera tanta crueldad!

El rey dejó escapar un resoplido de furia.

—¿Crueldad? ¿Y la crueldad del nefando sarraceno? ¡Doscientas cabezas de monjes fueron a parar a Córdoba! ¿Eso no es crueldad?

—Sí —respondió Musa—. Es un sacrilegio aborrecible, una brutalidad, una barbarie… El califa sarraceno ha prestado oído al demonio y su odio le ha llevado a hacer lo que Dios reprueba… ¿Vais a tomar vos el mismo camino?

Radamiro no respondió. El ministro había hablado con una voz grave, contundente y a la vez tranquilizadora. Un poco más allá estaba el obispo Ero, mirándoles con aire esperanzado, e intervino para decir:

—Seamos sensatos, recapacitemos; no somos salvajes.

El rey no sabía qué contestar. Miraba a uno y otro y apretaba los labios, pero su respiración agitada revelaba su deseo de seguir adelante con sus propósitos.

—Señor —añadió el ministro—, comprendemos vuestra ira y vuestro deseo de venganza. Esa cruel matanza de monjes y gentes inocentes de Coca enturbia la merecida gloria de tu triunfo y te impide festejarlo con la debida serenidad… Es natural que vuestra alma apetezca un justo castigo a ese crimen… Pero la venganza es otra cosa… Ya se sabe lo que es… ¡fiebre y delirio!

Radamiro tragó saliva y pareció recapacitar.

—La guerra es así —observó—. Son enemigos nuestros y debemos pagarles con la misma moneda.

—¡Oh, no! —replicó el ministro—. La guerra se hace en el campo de batalla. Vos que sois un guerrero victorioso sabéis bien eso, mi señor… Y disculpad mi atrevimiento.

—¿Insinúas que debo quedarme impasible ante lo de Coca?

—No. Estoy tratando de convenceros de que hay otros caminos para buscar la paz

y la justicia.

—¿Otros caminos? ¿Qué caminos?

—La diplomacia, la astucia del gobernante, las conversaciones, el diálogo, las embajadas…

El rey se echó a reír y después replicó con ironía:

—¿Y el puto sarraceno va a querer conversaciones después de que le dimos por detrás en el barranco de Alhándega?

—Hay que intentarlo, señor. Enviad embajadores a Córdoba para iniciar los tratos y evitar que haga mayores desatinos.

Radamiro levantó la cabeza e hizo un gesto altanero, mientras reemprendía la marcha diciendo:

—¿Encima de que le he vencido en la batalla tengo que rebajarme ante él? ¡Que pida el nefando sarraceno esas conversaciones! Que envíe él a sus embajadores y entonces veremos si nos interesa el trato.

Musa le siguió en dirección a la puerta, implorando:

—Detened la hoguera, señor… ¡No queméis al cautivo ni los libros de Abderramán! ¿No os dais cuenta de que encenderéis más su ira? Mañana pueden ser quinientas cabezas de monjes, o un millar… Aprovechad vuestra victoria para obtener beneficios y no males mayores…

El rey se detuvo, se volvió y puso en él unos ojos llenos de interés y asombro. El ministro entonces añadió:

—Tenéis en vuestras manos una ocasión de oro. ¿No os dais cuenta? El sarraceno está tocado en el ala, su soberbia está herida, y por eso se revuelve tratando de hacer daño de cualquier manera. El cruel asesinato de esos monjes no revela otra cosa que su torpeza… ¡Dadle vos una lección!

Poco a poco, la firmeza en el rostro de Radamiro se fue extinguiendo y sus ojos cobraron una expresión cada vez más interesada en lo que planteaba Musa. No obstante, permanecía sin decir nada.

Al ministro le chorreaba el sudor frío por la espalda, volvió a arrodillarse ante él y dijo:

—Si me hicierais caso, señor, obtendríais un gran beneficio… Verdaderamente, lograríais apabullar a vuestro enemigo.

Radamiro balanceó la cabeza con aire resignado y acabó diciendo:

—Está bien, ¿qué propones? ¿Qué es lo que crees que debo hacer?

Musa respiró profundamente y sus parpados se entrecerraron, como si estuviera viendo una visión. Respondió:

—Enviad una embajada a Córdoba para decirle a Abderramán que tenéis en vuestro poder sus preciadas pertenencias y que estáis resuelto a devolvérselas siempre y cuando se firme un tratado de paz.

—¡Qué estupidez! —replicó el rey—. La soberbia del sarraceno podrá más que esas razones…

—¡Por Dios, intentadlo! ¿Qué perderéis con ello? —insistió Musa.

El rey se movió entre los pliegues de su capa como si fuera a reiniciar la marcha, pero se quedó quieto y pensativo. Luego lanzó una breve risotada, cuyo significado nadie supo realmente. El obispo Ero de Lugo intervino entonces para animarle.

—Señor, intentadlo. Nada tenemos que perder en ello. Si el sarraceno estima tanto al cautivo Al Tuyibí y quiere recuperar esos libros y enseres privados, querrá hacer tratos…

Radamiro asintió al fin con la cabeza, reflejando en su rostro la tranquilidad de haber tomado una determinación.

—Sea como decís —otorgó—. No quemaré a Al Tuyibí, ni los libros ni las demás cosas… Y enviaré la embajada.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el ministro—. Os aseguro que os alegraréis siempre por haber sido tan inteligente.

Pero el rey frunció el ceño y añadió con fiereza:

—No obstante, esa hoguera está ya encendida y no puedo dejar a mi pueblo sin una satisfacción, después de ese horrible crimen… Todo el mundo en León espera que vengue a los monjes de Coca. Hoy arderán doscientos cautivos sarracenos, uno por cada monje…

—Señor, pensadlo bien, os lo ruego… Dejad esa decisión para más adelante. No os arrepentiréis…

Radamiro esbozó una débil sonrisa que revelaba su vacilación. Paseó la mirada por los presentes, tal vez esperando que alguien le animase a proseguir con sus propósitos. Pero solo habló el obispo Ero para decir:

—Debéis hacerle caso, señor. Demos una oportunidad a las negociaciones, y si el sarraceno sigue empeñado en sus crueldades, obrad como dicte vuestra conciencia.

El rey abandonó bruscamente la vacilación y ordenó tajante:

—Bien, dejad que la lluvia apague la hoguera.

28

Córdoba
Diciembre del año 939

Comenzó el invierno con viento y frío punzante, pero luego se moderó relativamente y, aunque las noches siguieron siendo heladas, durante el día lucía el sol y hacía suaves las horas, especialmente a mitad de la jornada. Najda ben Husayn, el gran cadí de Córdoba, salió de su palacio con la capa de abrigo doblada sobre el brazo izquierdo y contempló con placer la intensa luz del mediodía. La frescura del ambiente exterior se mezclaba con los humos de la leña quemada y de los guisos que escapaban de las casas por las chimeneas. Había gorjeos de pájaros en los tejados y revoloteos de palomas en los árboles de los jardines. Hinchó el pecho e hizo suyos los familiares aromas de la hora del almuerzo. Tenía apetito y se sentía eufórico, feliz, esperanzado…; porque iba a Medina Azahara para compartir la mesa del gran visir Badr, el hombre más importante del reino después del califa. Su guardia personal le esperaba a caballo en la puerta y un palafrenero sostenía las riendas de su yegua alazana, enjaezada con lujo para la ocasión. Por delante, abriendo paso en las calles, iban el estandarte y cuatro músicos, dos de ellos con chirimías y los otros dos con atabales, tal y como requería el ceremonial para el traslado de un personaje de su rango por la ciudad. Era un breve recorrido, por los barrios más nobles, hasta la puerta de Al Yauz, desde donde se iniciaba la calzada empedrada entre almendros que conducía hasta los muros de Zahara.

Al entrar en la prohibida ciudad de Abderramán y transitar por la vía principal, Najda echó una furtiva mirada hacia el majestuoso palacio, que estaba aún en obras por la parte que daba a Córdoba. El sol iluminaba las celosías y permitía ver varias siluetas inquietantes, inmóviles, que espiaban su paso por los jardines. Se preguntó si podría ser uno de aquellos perfiles el del mismísimo califa. Pues decían que nadie allí entraba ni salía sin su conocimiento. Pero raramente se dejaba ver, especialmente desde lo de Simancas. Se había vuelto Al Nasir reservado e inaccesible, y tanto misterio había pasado de ser desconcertante a resultar incluso funesto, porque nada trascendía de su estado de ánimo ni de sus intenciones. Najda no trataba personalmente con él desde la malograda batalla y no esperaba verle ni siquiera allí.

El gran visir estaba sentado a solas en un lateral del jardín, en un cenador sin sombra bajo los retorcidos sarmientos de una parra desprovista de hojas. Se puso de pie sonriente y extendió los brazos. Era un hombretón rubicundo, de anchas espaldas, miembros largos, grandes manos; desgarbado y lento, pero juicioso y agudo. En su cara, siempre enrojecida, aparecían los rasgos eslavos muy marcados: nariz recta,

ojos grises y fríos, mandíbula cuadrada y vello claro hirsuto. Pertenecía a la casta de los esclavos que formaban la guardia de los omeyas desde el principio, hombres originarios de los países del este, cuya raza decíase que había sido ideada por el Creador para sostener las guerras en el mundo, aunque Badr no se había criado entre guerreros, sino entre los eunucos del alcázar cordobés, donde fue ascendiendo peldaños desde niño en la jerarquía de los servidores privados del emir Abdala, predecesor de Abderramán, hasta encaramarse en la cúpula y llegar a ser liberto, visir y finalmente *hayib*, es decir, primer ministro y hombre de mayor confianza del califa.

Ambos magnates se saludaron con un fuerte abrazo, mientras sus corazones brillaban con la alegría de la amistad; porque ambos se tenían desde hacía muchos años por confidentes y dignos compañeros; estaban unidos indisolublemente por el agradecimiento suscitado por incontables favores mutuos y por una complicidad que ni siquiera necesitaba palabras, sino simples miradas. No en vano compartían colaboradores, ideas, adversarios y recelos. El gran cadí le debía su cargo al gran visir, y este no podría pagar la fidelidad y los denuedos del primero a la hora de ejecutar cualquier plan. Pero había algo que los unía más que ninguna otra cosa: su veneración y lealtad a Abderramán, quien, a fin de cuentas, les había dado todo lo que poseían y gozaban, que era mucho: poder, prestigio, gloria e inmensa fortuna.

En el abrazo pareció que se unían almas y mentes. Al acogerlo, Najda le oyó decir a Badr en un susurro pegado a su oído:

—¡Bienvenido, hermano mío!

—¡Deseaba verte! —contestó el gran cadí con tono alegre y franco.

Cuando se separaron después del apretón, Najda se quitó la capa de abrigo y la echó sobre la mesa del cenador. Entonces Badr soltó una carcajada y dijo con guasa:

—¡Con capa de gruesa lana! ¿Dónde está ese guerrero curtido en las batallas de la puerca y fría Gallaecia? La próxima vez vendrás con bufanda y bastón…

—Gracias a la misericordia de Allah, en Córdoba casi siempre es primavera —contestó el gran cadí.

—Pues aquí, en Zahara, lo es siempre —apostilló el hayib.

Najda echó una mirada en torno y, poniéndose muy serio, preguntó:

—¿Cómo está el Comendador de los Creyentes? ¿Se recupera del mal trago?

La respuesta de Badr fue echarle el pesado brazo por encima de los hombros, diciendo:

—Vamos adentro. En Zahara, en efecto, siempre es primavera, pero en diciembre resulta más placentero comer al abrigo de los salones…

Entraron en palacio y, después de un par de corredores, encontraron la mesa dispuesta en una estancia espaciosa y de techo alto. Como en cualquier lugar de Zahara, la decoración era bellamente caprichosa, al estilo del califa. Había una gran celosía que se alzaba sobre los jardines y dos ventanas amplias que daban a Córdoba.

El sol entraba y hacía brillar los estucos y los muebles. El suelo estaba cubierto con alfombras de vivos colores, y en las paredes se alineaban divanes tapizados con damascos verdes, cuya tersura suavizaban pieles de lince y nutria dispuestas con estudiado desorden.

—Vamos, siéntate donde te plazca —le dijo Badr a su invitado.

Como en otras ocasiones que estuvieron allí, Najda escogió el primer cojín delante de la mesa, que miraba a los ventanales. Se sentó mientras sus ojos pasaban cuidadosamente revista a la sala, hasta que se detuvieron en la luminosa visión de los campos y la ciudad a lo lejos. Sonrió encantado, suspiró y observó:

—Verdaderamente, parece primavera, aun siendo pleno invierno…

—Bienvenido… Bienvenido… —repitió Badr, sentándose a su lado para no robarle las vistas.

El hecho de hallarse a solas, sin la presencia de otros ministros, prometía una tertulia tranquila, libre de discordias, durante la comida. Justo lo que ambos necesitaban en aquellos momentos delicados; una sesión en la que podrían entregarse generosamente a las especulaciones y los proyectos comunes, sin la agotadora controversia y las opiniones divergentes de algunos visires y eunucos que en otras ocasiones compartían la mesa.

Los criados sirvieron la comida de una vez, disponiéndola toda en múltiples platos y bandejas de plata, y luego desaparecieron obedeciendo a la estricta orden de no molestar. Cuando se quedaron completamente solos, el gran visir agitó la cabeza en señal de satisfacción y dijo:

—Ahora podremos hablar a nuestras anchas… No hay prisa y es abundante y muy sustancioso lo que tengo que decirte…

Al gran cadí le gustó mucho esta señal de confianza, pues conocía de antemano algunos, aunque pocos, detalles de lo que se iba a tratar allí.

—Soy todo oídos —afirmó circunspecto—. Es tan necesario que tú y yo hablemos…

Badr sonrió ampliamente. Pero después se puso serio y, como si respondiese a la pregunta que antes se quedó en el aire, dijo misteriosamente:

—Hoy no lo verás… Al Nasir sigue entregado a sus soledades… Intentamos animarle lo mejor que podemos, pero resulta difícil, muy difícil… Por eso precisamente necesitaba hablar contigo cuanto antes, porque es posible que Allah haya decidido poner fin a su pena…

Najda lanzó una ojeada mezclada con tristeza sobre la hermosa visión de Córdoba que se extendía ante sus ojos. Ambos amigos parecían estar de acuerdo en que era primavera, pero las melenas de las palmeras amarilleaban en los jardines, los rosales se habían desnudado de hojas y el verdor palidecía hundido en la verdad del invierno.

—¿Poner fin a su pena? ¿Cómo? —le preguntó, volviéndose hacia el hayib con

sumo interés—. ¿Qué podemos hacer?

—Como te digo, Allah parece haber decidido obrar con misericordia… ¡Allah sea bendito! El puerco y borracho rey de Gallaecia ha enviado mensajeros…

—¡¿Mensajeros?! —exclamó Najda sin poder contener su entusiasmo.

Badr agitó su cabeza grande con aprobación y añadió:

—Ayer llegó un correo desde Toledo con una carta escrita por los ministros del puerco Radamiro en la que decían, aunque con sutilezas y rodeos, que su rey está dispuesto a enviar embajadores para parlamentar.

—¡¿Embajadores?!

—Sí, eso mismo. ¿Te das cuenta? El Corán del Comendador de los Creyentes sigue en poder del rey borracho… ¡No lo ha destruido gracias a Allah! Recuperarlo es lo que más le importa hoy por hoy a Abderramán y debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para proporcionarle esa satisfacción. No nos queda más remedio que tratar de contentar al puerco Radamiro, ¡Allah le maldiga! Porque si logramos convencerle de que devuelva el Corán… ¡Oh, si lográramos convencerle!

—¡Sería maravilloso! —exclamó Najda, llevándose las manos al pecho—. Pero… ¿qué podemos hacer? El puerco rey de los infieles es una mula terca y salvaje…

Las cejas del gran visir se alzaron, como si se interrogase así mismo; y luego dijo sonriente:

—Gracias a Allah, no está lejos de nuestras manos conseguirlo. En primer lugar, supone un paso de gigante que esa mula terca y salvaje se haya rebajado a enviar mensajeros. De algo ha servido que cosecháramos esas doscientas cabezas de monjes. El borracho rey, en vez de encabritarse más, ha recapacitado y, por lo que se ve, ha decidido que es más provechoso para él parlamentar. Y parlamentar supone negociar… Cierto es que pedirá algo a cambio, pero ¿qué puede pedirnos? Le daremos cualquier cosa con tal de recuperar el sagrado Corán del Comendador de los Creyentes.

Najda se sintió alegre con esta conversación. El deseo y el entusiasmo iluminaron su rostro cuando dijo:

—Recibiremos a esos embajadores, ¡con todos los honores! Les haremos ver que estamos muy lejos de los usos y costumbres suyos, inmundos politeístas. Los infieles deben conocer la compostura y la armonía que reinan en Córdoba. Les dejaremos husmear, rebuscar, indagar… Que vean y, cuando hayan visto lo que hay aquí, que negocien. Todo sea por recuperar el preciado Corán del Comendador de los Creyentes.

De repente, el hayib se rio y luego añadió:

—Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que debamos rebajarnos a ellos, a su insana codicia, a sus mentiras, a sus creencias sucias… Cuando hayamos conseguido el Corán y nuestro señor Al Nasir esté contento, castigaremos con mano dura sus

pecados.

Y Najda no pudo evitar reírse a su vez al decir:

—¡Naturalmente! Abderramán será feliz al tener en sus manos los libros sagrados y volverá a levantar la espada contra el infiel.

El gran visir puso en él una mirada seria y anhelante, se quedó pensativo durante un momento y, al cabo, dijo poniéndose serio:

—Amigo mío, Najda ben Husayn, tú te ocuparás de recibir a los embajadores. Hoy mismo redactaré una carta de contestación para los ministros del puerco rey de la Gallaecia y les propondré que envíen la embajada para la próxima primavera… Aunque en Córdoba, a diferencia de lo que sucede en sus sombríos territorios, siempre es primavera… Pero aquí, ya lo sabes, después del invierno, cuando luce la luna de safar, es maravilloso… ¡Se asombrarán!

—Me encargaré de que hagan palidecer de envidia al rey borracho cuando regresen a la sucia y oscura Gallaecia y le cuenten lo que han visto aquí…

—Bien, bien —asintió en tono serio el gran visir—. Y yo procuraré convencer a nuestro sublime Al Nasir de que reciba a los embajadores con la esperanza de recuperar el Corán. ¡Oh, Allah, el Misericordioso!, he de convencerle…

El gran cadí quiso hacer un comentario más, pero, de repente, les llegó desde detrás de ellos una voz que les heló la sangre:

—¡Estoy convencido!

Se volvieron sobrecogidos y a unos pasos de distancia vieron al califa, de pie delante de la puerta. Najda y Badr enmudecieron y se arrojaron de bruces a la alfombra, vibrando de emoción. Abderramán se acercó y les ordenó alzarse. Luego, tranquilamente, sentenció:

—Nada hace más feliz a un gobernante que saber que cuenta con ministros y consejeros inteligentes y leales. Lo he oído todo. Es un plan magnífico. Podéis contar conmigo. Recibiré a esos infieles. Presiento cómo Allah desea que el Corán salga de sus puercas manos…

29

León, dependencias interiores del castillo
Diciembre del año 939

El ministro Musa aben Rakayis meditaba contemplando el horizonte desde el ventanal de su habitación. A media mañana, los huecos entre las nubes se habían cerrado y el cielo se extendía como un manto gris y compacto sobre la tierra parda y sin aliento. El aire se había detenido y el frío parecía desprenderse de las alturas como un fantasma invisible. Aquella luz plomiza sobre las montañas presagiaba la nieve. Y la ciudad la esperaba muy quieta y silenciosa, encerrada en sus murallas y en su invierno. Solo los cuervos sobrevolaban los tejados y graznaban como riéndose de su encierro.

Musa se estremeció y se arrebujó en el manto de lana. Cerró los postigos y, al volverse hacia la estancia, sus ojos se detuvieron en las llamas que titilaban solitarias bajo la chimenea. El ministro estaba conmovido y triste, y no pudo evitar pensar en el inminente invierno; en la desazón que le causaba, porque todo se quedaba detenido y el tiempo transcurría con una lentitud exasperante. Decían que era la estación de la paz; pero esa afirmación resultaba absurda, en tanto y cuanto en invierno se planeaban todas las guerras, se organizaban los ejércitos y se fabricaban las armas. Qué lástima le daba tener que aceptar que la hermosa primavera fuera el tiempo de los guerreros… Porque el ministro aborrecía la guerra aún más que el invierno. Y este sentimiento suyo, íntimo e irrenunciable, no nacía solo de una reflexión profunda, del ejercicio del razonamiento; sino que era fruto de un impulso más instintivo y primario: el miedo. Ya que, a diferencia de tantos hombres importantes de su época, Musa aben Rakayis no fue instruido en las artes militares en su juventud. No era un caballero que le debiera su posición en la corte del rey a la destreza con la espada. Era ministro y vivía en palacio merced a su sabiduría, al ejercicio de la diplomacia y a su capacidad para expresar con la pluma los dictados del monarca. No había hecho nunca la guerra; y solo la conocía de lejos. La única vez que la tuvo próxima fue en cierta ocasión, siendo muy niño, cuando los moros pusieron cerco a Zamora. Duró poco tiempo el asedio, apenas un mes, pero el estruendo de los aparatos de guerra, el temor de las gentes y la incertidumbre dejaron huella en su alma tierna.

Aunque ninguno de los hombres de su familia hubiera sido guerrero, Musa aprendió como cualquier niño de su tiempo que el valor es una virtud suprema. Y siendo adolescente percibió, aunque moderadamente, el intrépido impulso de los muchachos ante lo desconocido. Porque, en efecto, ¿quién no ha deseado ser valiente? No obstante, sintiendo su propia nostalgia del coraje, siempre fue

especialmente consciente de los peligros que hay en cualquier parte, y desde la primera infancia fue incapaz de vencer la natural inclinación humana al temor, a pesar de que se crio, como todo el mundo, escuchando narrar las viejas leyendas que cantan la gloria de los pueblos, alabando la valentía de los guerreros más que aquellas cuatro virtudes que son principio de otras en ellas contenidas: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; más incluso que la añorada libertad; en tanto, como hombre instruido, sabía el ministro que se sentiría un hombre libre si no estuviera constantemente tan asustado. Porque eran precisamente sus conocimientos de la antigua sabiduría pagana los que cimentaban las contradicciones interiores que tenía que soportar a causa de su cobardía. En efecto, los filósofos habían elevado el pedestal de los valientes. Séneca dejó escrito: «El oro se prueba en el fuego; como el valor de los hombres en el peligro». Y qué contundente es aquel célebre verso de Siro: *Patiens et fortis se ipsum felicem facit* [«Los hombres pacientes y valientes se hacen felices»]. Pero no a fuerza de reconocer la grandeza de tales pensamientos puede uno verse libre de la angustia, la ansiedad y el pánico que revelan nuestra vulnerabilidad. Máxime cuando la aguda inteligencia del ministro, siempre previsora, le permitía anticipar antes que nadie lo que podía suceder y, para colmo, su despierta imaginación le hacía agrandar los peligros, inventar amenazas y envolver en las tinieblas del imprevisible futuro toda esa incertidumbre que tan indefensos y torpes hace sentirse a los humanos cobardes. No, no era el ministro Musa un hombre valiente, y aquellos eternos y visibles enemigos de los sensatos —el sufrimiento y la muerte— los veía frente a sí constantemente. Era prudente y, como tal, a poco que observaba el mundo era capaz de vislumbrar las amenazas que siembran la vida de males: pandemias, hambres, catástrofes, incendios, miserias y desolaciones. Y para colmo la guerra… Si aquellas eran inherentes al mundo, esta lo era a la humanidad. Ya el sabio Heródoto se dio cuenta de ello y escribió en la lejana Antigüedad: «Es la historia humana una sucesión de venganzas sin cuento». Sabía bien el ministro, como todo sabio, que solo en las manos de los hombres está pues evitar la guerra. Pero ¿cómo hacerles ver esto? ¿Cómo convencer a los reyes y magnates de una verdad tan clara? Imposible. Y esta terrible circunstancia le hacía sufrir aún más. En sus denuedos por la paz chocaba como contra un muro y ya casi llegaba a convencerse de que la guerra, como el invierno, era inevitable. Por eso los odiaba de manera semejante, porque ambos eran males sin remedio.

Estando sumido en estas meditaciones, sonaron unos débiles golpes a la puerta. Un momento después, entró su ayudante Aglab con apreciable nerviosismo en el rostro y en todos sus movimientos, anunciando:

—Señor, el rey está aquí.

La estupefacción se apoderó de Musa hasta tal punto que se quedó un rato sin decir palabra; luego se sobrepuso y preguntó con azoramiento:

—¿El rey…?

Entonces irrumpió Radamiro con ímpetu en la estancia, diciendo con su voz potente:

—He preferido no mandarte llamar ni darte aviso. Tenía que venir al castillo para otros asuntos y aprovecharé para hablar contigo.

El ministro escuchaba estas explicaciones arrodillado e inclinado en una profunda reverencia, a la vez que emocionado y confuso.

El rey soltó una risotada breve, como un gruñido, y dijo burlón:

—¡Diantre, no te asustes! Anda, álzate que dispongo de poco tiempo.

Musa se incorporó y, al ver el rostro del rey, impetuoso y retador, creció su perplejidad y se mezcló con la sensación de estar a punto de entrar en una conversación dolorosa y compleja.

—Mi señor, ¿qué necesitáis de mí?

Radamiro esbozó una ligera sonrisa que apenas duró en sus labios. Luego dijo en tono de reproche:

—Tanto interés como tenías en convencerme para que enviase esa embajada al sarraceno y después te has despreocupado del asunto. ¿No quedamos en que debíamos tratar tú y yo sobre ello cuanto antes?

El ministro se apresuró a responder en tono de disculpa:

—Perdonadme, mi señor… Espero que no me tachéis de despreocupado. Supuse que deberíais tratar la cuestión con el resto de vuestros consejeros. Después, el invierno se echó encima tan de repente… Sabéis que estoy completamente a vuestro servicio; nada me complace más que servir a Dios y a vos. ¿Qué pormenores necesitáis tratar conmigo?

Disminuyó la tensión. Quizás el rey se alegró al recibir estas delicadas expresiones de obsequio de una persona a la que desde hacía tiempo consideraba uno de sus más brillantes y sus fieles consejeros, no obstante las diferencias de opinión y carácter que se interponían entre ambos, especialmente en lo relativo a los asuntos de la guerra.

—He pensado mucho en lo que me dijiste —manifestó Radamiro con tranquilidad, suavizando la voz todo lo que podía—. Créeme que, si no hubiera estado reflexionando tanto acerca de ello, no se me habría ocurrido venir a tus habitaciones. A pesar de que fuiste demasiado insistente, incluso molesto…

—Perdonadme, mi señor —suplicó Musa inclinándose con humildad—. Consideré mi obligación advertiros sobre algunos peligros e inconvenientes que podían derivarse de aquella hoguera. El santo y sabio Isidoro de Sevilla dijo que…

—¡Déjate ahora de sermones! —replicó con sequedad Radamiro—. Hablemos sobre esa embajada. ¿Qué es lo que tienes pensado al respecto? ¿Qué me propones?

El ministro permaneció pensativo un momento y luego extendió la mano

indicándole al monarca que tomase asiento en una silla junto a la chimenea. Radamiro se sentó y señaló otra silla invitándole a hacer lo mismo. Musa, tras un instante de vacilación, se sentó en el suelo, y observó de soslayo que los ojos del rey lo examinaban con una minuciosidad expectante. El silencio reinó de nuevo y volvieron a sus oídos los graznidos de los cuervos.

—Mi señor —dijo—. Para esa embajada no podéis escoger a cualquiera. Se trata de una misión sumamente delicada.

Radamiro clavó en él una mirada audaz y contestó:

—Eso no hace falta que tú me lo digas; lo sé de sobra. Lo que yo necesito de ti es que elijas a los embajadores; porque nadie mejor que tú sabe, precisamente, cuál es el alcance y la importancia de esta misión. ¿Has pensado en quiénes deberían ir?

El ministro respondió sin poder evitar cierto aire de apuro:

—Sin duda, señor. Deben ir súbditos mozárabes. En la delegación deben ir inexcusablemente Aben Umar, Asad al Alladi y Said aben Ubayda; son mercaderes ricos que conocen muy bien Córdoba y hablan a la perfección las lenguas árabe y cristiana; ellos podrían hacer acopio de obsequios adecuados para el califa y sus cortesanos. También debería ir algún obispo. Se me ocurre que el más idóneo es don Julián de Palencia, pues se entenderá muy bien con los obispos mozárabes de al-Ándalus. El conde Fortún puede ocuparse de la escolta; conoce muy bien el camino entre Córdoba y León, porque lo ha hecho muchas veces. En fin, debe ser una legación abundante y bien pertrechada, con ricos regalos y buen acompañamiento. La ocasión lo merece y el califa debe asombrarse ante la demostración de vuestros poderes y tesoros. De esta embajada dependerán muchas cosas… Si les causamos la impresión adecuada, podremos obtener un tratado de paz y beneficios duraderos.

El rey lo miró como se mira a un adivino y levantó las cejas diciendo:

—Nadie mejor que tú lo sabe. Nadie sería capaz de cumplir este cometido mejor que tú, Musa aben Rakayis.

El ministro recibió estas palabras como un pinchazo en su corazón, palideció apesadumbrado y bajó la cabeza.

—Señor, yo… —balbuceó—. Me siento tan inútil…

Radamiro observó su inquietud y se rio de forma indolente, mientras le decía en broma, señalándole con el dedo:

—Has sido capaz de renunciar al amor de las mujeres por servirme y, sin embargo, te cuesta complacerme haciendo lo que sabes que deseo.

—¡Señor! —suplicó el ministro, moviendo la cabeza con un gesto de negación—. ¡Os ruego que no me lo ordenéis!

—¡¿No quieres ir a Córdoba?! —replicó asombrado el rey—. Aun siendo consciente de que nadie mejor que tú sería capaz de cumplir la misión… ¿De verdad no quieres ir?

Musa se hincó de rodillas exclamando:

—¡Me da mucho miedo! ¡Es superior a mis fuerzas!

Radamiro, que deseaba oírle esta confesión, soltó una risita, a la que siguió el silencio. Afuera los cuervos volvieron a graznar. El ministro sintió un escalofrío en las entrañas y el cabello se le erizó en la nuca, al saber que el rey no se apiadaría de él; bajó la vista por temor a mirar y permaneció quieto y humillado.

—Lo siento —dijo el rey con aplomo—. Siento darte esta orden, porque sabes cómo te aprecio. Irás a Córdoba al frente de esa embajada. Ese es mi deseo y lo que estimo más conveniente en este asunto. Y acatarás mi voluntad porque juraste con voto sagrado obediencia a mi persona. A cambio, te dispenso del voto de castidad, puesto que de nada me serviría ya esa promesa de fidelidad si no fueras capaz de complacerme en esto. ¡Serás valiente por mí e irás a Córdoba! Es mi última palabra.

30

Córdoba, Medina Azahara
Marzo del año 940

Era una mañana de primavera, nítida, con un sol taimado e intenso que matizaba el verde de los jardines. En el edificio de la cancillería de Zahara que se alzaba frente a la puerta norte, en la sala principal, estaban reunidos el gran cadí y el hayib de Córdoba. El primero de ellos permanecía sentado, con las piernas cruzadas en un diván, mientras que el segundo se hallaba de pie, al lado de la celosía, observando la entrada y lo que sucedía en la pequeña explanada que se extendía entre la garita de los guardias y el palacio. Con un movimiento de cabeza, que revelaba fastidio, este se quejó:

—Qué raro… Parece que tarda…

—Todavía es temprano —repuso Najda.

Los grandes y azules ojos del hayib Badr seguían clavados con extrañeza en lo que podía verse a través de la celosía. Los proveedores entraban con sus pequeños asnos cargados con alforjas llenas de verduras, vasijas de barro, sacos de harina, piezas de carne, aves… Allí estaban también esperando su turno los cocineros, jardineros, albañiles, carpinteros, ceramistas, azulejeros, pulidores… Todos se saludaban y se comunicaban entre sí únicamente con gestos. Y procuraban permanecer en silencio mientras uno de los chambelanes distribuía las tareas. Nadie se salía del orden impuesto. Hasta que entró un lechero que parecía inexperto y no pudo evitar que se le encabritara el asno. Los cántaros cayeron al empedrado rompiéndose y la leche se derramó salpicando a todo el mundo. El chambelán se enojó, gesticuló, pataleó e hizo señas a los guardias para que expulsaran a aquel proveedor inútil. Rápidamente acudió un regimiento de esclavos que fregaron el suelo y todo retornó a la calma inicial.

Badr y Najda se entretenían observando estos movimientos propios de las mañanas de Zahara, mitigando de esta manera su impaciencia y el deseo de encontrarse cuanto antes con el hombre cuya espera les mantenía allí, a hora tan temprana, a pesar de las muchas ocupaciones que ambos tenían en virtud de sus importantes cargos. Porque el hombre con quien debían hablar sin mayor dilación ese día también era importante: el judío Baruj, mensajero personal del rey Radamiro, quien era considerado príncipe tanto por los hebreos de León como por los de Córdoba, por ser talentoso, hábil negociador, conocedor de lenguas y dueño de una gran fortuna que le permitía organizar caravanas y armar escoltas para custodiarlas en sus frecuentes desplazamientos entre el norte y el sur. Viajes en los que, además de

hacer negocios, portaba las misivas de los gobernantes de uno y otro lado.

Estando pendientes de lo que sucedía abajo en la puerta, el hayib Badr observó revuelo de guardias y oficiales. Suponiendo que el momento esperado había llegado, le dijo a Najda:

—Ya está ahí.

El gran cadí se levantó del diván y se puso a su lado en la celosía. Ambos vieron entrar a tres hombres con lujosos atavíos que intercambiaban saludos con los chambelanes y que, con gravedad y cortesía, les hacían entrega de algunos presentes.

El hayib esbozó una sonrisa de satisfacción y dijo con entusiasmo:

—De momento parece que traen buenos propósitos. Aunque siempre es bueno considerar lo listo que es este endiablado Baruj… No debemos dejarnos ganar demasiado pronto por sus zalamerías. Le haremos esperar un buen rato para que no piense que estábamos pendientes de su llegada.

—Muy bien —asintió Najda—, que espere y, mientras tanto, que se asombre contemplando Zahara. Así tendrá con qué excitar la envidia del puerco Radamiro a su regreso a Gallaecia.

De acuerdo con lo dicho, se sentaron el uno frente al otro y sonrieron sin añadir nada más ante estas últimas palabras. Hasta que, pasado un instante, entró uno de los mayordomos y les anunció:

—Los judíos enviados por el rey de Gallaecia ya están aquí.

El hayib respondió, aparentando indiferencia:

—Que sus criados lleven a abrevar las bestias y que el séquito descanse.

El mayordomo puso en él una mirada llena de suspicacia y preguntó:

—¿Debo pues hacerles esperar?

—No hay prisa —añadió Badr, acariciándose la barba.

Pasado el tiempo que estimó oportuno para cumplir lo mandado, el chambelán regresó:

—¿Hago pasar ya a los judíos?

Badr y Najda se miraron, sonrieron con aire de complicidad, y el primero de ellos respondió una vez más:

—No hay prisa.

Después de un largo rato, volvió el mayordomo:

—¿Ya?

El gran visir se puso de pie sin decir nada y lo mismo hizo el gran cadí. Ambos descendieron hasta el recibidor y el mayordomo entendió que debía conducir allí a los mensajeros.

Baruj no tardó en llegar, radiante, aun siendo un hombre pequeño, cetrino, de larga nariz y acento judío. Venía seguido por sus dos acompañantes: uno alto, cargado de hombros y larga barba enmarañada, y el otro muy grueso, de rostro colorado y

sonrisa bobalicona. Los tres se inclinaron ceremoniosamente y luego depositaron dos arquetas de plata en el suelo.

—Aquí traemos doscientas monedas de oro, cien en cada cofre, acuñadas por los reyes de la Gallaecia —explicó Baruj con alegría—. Altísimos señores, ministros del poderosísimo Comendador de los Creyentes, ¡nos sentimos felices por estar en Córdoba una vez más! ¡Córdoba es reflejo del paraíso!

El rostro del gran visir se iluminó durante un instante, acogiendo aquella demostración de cortesía, pero enseguida se tornó grave para contestar:

—Se acepta el tributo y se acoge la manifestación de buena voluntad.

Baruj se rio, señalando las arquetas, y repuso cordial:

—Si lo tomáis como tributo estáis en vuestro derecho, pero las doscientas monedas de oro son un obsequio, una prueba de esa buena voluntad que, sin embargo, habéis aceptado.

Parecía que el hayib se disponía a replicar con cierto enojo a esta respuesta, pero se contuvo y, simplemente, les hizo un gesto a los chambelanes para que retirasen de allí las arquetas. Entonces el judío, muy sonriente, sentenció:

—El Eterno premia siempre la prudencia y el buen arte de tomar sabias decisiones, sin el consejo de la torpe soberbia y los engaños del orgullo.

El gran cadí Najda lo examinó con ojos penetrantes, luego soltó una sonora carcajada y le espetó:

—¡Allah premiará a la leona hebrea que te parió, viejo zorro!

Baruj le respondió, guiñándole un ojo:

—A buen seguro que la premiará, gran cadí, tanto como a ti la fidelidad y el amor que profesas al elevadísimo califa Abderramán al Nasir.

—Bien, pasemos al salón —propuso el hayib—, que es mucho lo que hay que tratar.

Entraron los cinco y se sentaron en los divanes, en torno a una pequeña mesa donde un criado sirvió sirope de moras y almendras fritas. Aunque era pleno día y el sol lucía afuera dejando que sus rayos penetrasen a través de la celosía, del techo colgaba un gran fanal con multitud de llamas encendidas y refulgentes espejuelos.

En silencio, se oía el roer de las almendras en las bocas, mezclándose con los sorbos del líquido caliente. Hasta que el judío fue el primero en hablar preguntando:

—Y bien, ministros, el altísimo califa, ¿cómo se encuentra vuestro señor Abderramán al Nasir?

Badr y Najda se miraron. Era una pregunta esperada e incómoda, y no quisieron interpretar en ella ninguna alusión velada al disgusto por la derrota de Simancas. El hayib tomó la palabra y respondió con unas frases hechas para salir del apuro:

—Al Nasir es resistente e inagotable como los caballos de Arabia, paciente como el desierto y de mirada alta y larga como la de los montes.

Baruj tomó una almendra, la sujetó debidamente entre los dedos y se la acercó a los labios, diciendo con tranquila naturalidad:

—No sabéis cuánto nos alegra saber que nada turba su espíritu —se comió la almendra y añadió masticando—: ¡El Eterno le ampare!

El gran cadí Najda frunció el ceño y, poniendo en él una mirada dura, preguntó:

—¿Por qué dices eso?

El judío masticaba la almendra sin ponerse en guardia, a pesar de aquella mirada, y respondió:

—Por nada, por nada… La paz en el corazón del califa de Córdoba se estima en Gallaecia tanto como el sol del verano; porque esa paz hace madurar buenos frutos…

—Nos alegra mucho oír eso —dijo Badr con un tono alegre y triunfante—. Y nos satisface saber que teméis ofender a nuestro califa enturbiando esa paz.

Se hizo un breve silencio, en el que todos estuvieron rumiando estas palabras. Luego, con aire más severo, el hayib añadió:

—Lo que hace falta es que el rey de Gallaecia medite, sopese en la balanza de su prudencia el valor de esa paz y obre en consecuencia.

El judío suspiró hondamente y observó:

—El serenísimo rey Radamiro no desea en modo alguno ofender al califa de Córdoba.

—¡Allah te oiga! —exclamó el gran cadí.

Retornó el silencio a la reunión. Todos se lanzaban miradas interpelantes, a veces furtivas, y trataban de leerse el pensamiento y de detectar la sinceridad en la conversación que se iba desenvolviendo cada vez con mayor soltura. Podría decirse que esperaban con ansiedad un cierto entendimiento, no obstante la dificultad de la negociación. Porque no era la primera vez que se reunían; no eran desconocidos cuyos rostros se enfrentaban por primera vez. Ya tuvieron la ocasión de encontrarse cuatro años antes, casi por las mismas fechas y en aquel mismo salón, cuando se intercambiaron cartas y embajadores entre Córdoba y León intentándose por primera vez un acuerdo amistoso entre ambos reinos. En los tres años siguientes, y hasta los últimos momentos que precedieron a la pasada guerra, Baruj y sus ayudantes hicieron repetidas veces el viaje a Córdoba portando las insistentes peticiones de paz de Radamiro; las cuales unas veces aceptó Abderramán y otras no. Hasta que definitivamente se rompieron las negociaciones y el curso de los acontecimientos acabó enfrentando a los ejércitos en Simancas.

Nuevamente rompió el hielo el mensajero judío y dijo, con una voz tenue y clara, aparentemente llena de cortesía y humildad:

—Mi señor el rey Radamiro no quiere perjudicar al Comendador de los Creyentes en Allah. ¡Oh, líbrele el Eterno de hacer tal cosa! Así lo siente, debéis creernos…

Badr y Najda se inclinaron a la vez en sus asientos, examinándole con miradas

aceradas, como si indagasen profundamente cuánto de verdad y franqueza había en esas palabras…

—Sí, señores —prosiguió sin vacilar Baruj—. Y no quiere el rey de Gallaecia tener en su poder nada que pertenezca al califa y cuya carencia pueda entristecer su alma.

Los ojos del gran cadí brillaron con un repentino interés, que lo desviaron de la prudencia requerida, y preguntó con preocupación y ansiedad:

—¿Qué ha sido del sagrado Corán de Al Nasir?

El judío dio un sorbo de sirope, mirando por encima del borde del vaso de plata, y luego respondió calmadamente:

—Se halla en perfecto estado de conservación. El califa no tiene por qué preocuparse. El Corán es respetado y custodiado por orden del rey Radamiro. Nadie osará poner la mano encima de los libros sagrados del califa.

—¡Allah te oiga! —volvió a exclamar el gran cadí.

—No debéis temer por el Corán —prosiguió Baruj—. Como tampoco por los demás efectos personales de Abderramán: su pabellón, su estandarte, su cota de malla… Todo ha sido tratado con el respeto que merece. También el gobernador de Zaragoza, Al Tuyibí, y los demás magnates que fueron hechos cautivos conservan sus vidas y su salud. Nadie ha osado hacerles el mínimo daño a pesar de que se supo en León que unos desalmados muslimes de la marca asesinaron a doscientos monjes en Coca…

Najda movió furioso la cabeza, diciendo:

—¡Estaría bueno! Esos monjes eran guerreros que soliviantaban a las gentes de la frontera; no eran pacíficos hombres de Dios…

Ante esta réplica, Baruj sonrió y dijo calmadamente:

—No te enojes, gran cadí. Al decir eso no quería ofender, sino únicamente haceros ver que Radamiro está inclinado a la negociación…

Najda empezó a atusarse la espesa barba con gesto nervioso y, de repente, se levantó preguntando:

—¿Qué pide el rey de Gallaecia? ¿Qué quiere a cambio del sagrado Corán, de los prisioneros y de las demás cosas robadas?

Baruj bajó la mirada, bebió otro sorbo de sirope y respondió con voz trémula:

—Esas cosas no fueron robadas…

—¡Di de una vez lo que Radamiro pide a cambio! —insistió el gran cadí.

—Nada, en principio… —contestó Baruj.

—¿Nada? —preguntaron al unísono Najda y Badr.

—Precisemos la cuestión —explicó el judío—. El rey Radamiro solo pide que, en principio, se haga un intercambio de embajadores para iniciar las conversaciones necesarias. Únicamente quiere llegar a un acuerdo que beneficie a todos. Ambos

reinos deben enviar sus embajadas. Así no habrá prepotencia por ninguna de las dos partes…

El gran cadí sacudió la mano colérico, mientras chillaba:

—¡Qué osadía! ¿Quién se cree que es ese rey de pastores de cabras?

El hayib, también enojado, pero con cierta mesura, añadió:

—Ese no es el uso seguido hasta ahora. Al rey de Gallaecia le corresponde enviar embajadores primero para suplicar al Comendador de los Creyentes que se les atienda. Radamiro no puede exigir, sino rogar.

Baruj miró con ojos apagados a uno y otro, y pregunto con aire cansado:

—¿Queremos que el Comendador de los Creyentes recupere su preciado Corán?

Najda y Badr se miraron, y en los ojos de ambos asomó la perplejidad.

Baruj entonces, con un tono que insinuaba tener que aceptar la única solución posible, dijo:

—Aquí no se trata de antes o después… Esos embajadores deben partir en la primera luna de primavera. Se trata de conseguir la mutua confianza antes de cualquier negociación.

—¿La mutua confianza? —replicó el gran cadí—. ¿Se puede acaso confiar en el terco Radamiro?

El judío tragó su reseca saliva, apuró el sirope y respondió con aplomo:

—Como prueba de buena voluntad, el rey de Gallaecia enviará con sus embajadores el primero de los siete libros que componen el Corán de Al Nasir.

En los rostros de Najda y Badr brilló la esperanza. Y Baruj, con una voz que se excitaba a medida que crecía en ellos esa esperanza, añadió:

—Esos embajadores que portarán el libro sagrado son hombres de toda confianza. Al frente de la legación vendrá el ministro Musa aben Rakayis, un alto dignatario mozárabe oriundo de Zamora que cuenta con la mayor estima del rey. Con él vendrán a Córdoba importantes magnates de la corte, obispos, condes… Y una reina…

Los ojos del gran cadí y el hayib se abrieron desmesuradamente por la sorpresa y brillaron de inquietud mezclada con desaprobación, como si dudaran de que el judío hablase en serio. Y este, llevándose la mano al pecho, añadió con una extraña tranquilidad:

—Esa reina es nada menos que la serenísima Goto, viuda del propio hermano del rey de Gallaecia. ¿Qué mayor confianza puede pedir el califa?

El hayib Badr no tuvo más remedio que decir con brevedad, parpadeando confuso:

—¿Una reina de la Gallaecia aquí?

—Así es —asintió Baruj—. Por mucho que pueda sorprenderos, así ha sido dispuesto por Radamiro.

El gran cadí dio una fuerte palmada y exclamó:

—¡Qué estupidez!

Mientras tanto, Badr, que seguía atónito, fijó los ojos muy abiertos en el hebreo y murmuró:

—Todo sea por recuperar el sagrado Corán de Al Nasir.

Segunda Parte:
Crónicas de embajadores

31

El viaje de la reina Goto

Mi nombre es Gotona Núñez; uno de mis antepasados, Gutiar Aloitez, fue el primer y último conde de la Gallaecia del que haya memoria, antes de que el rey Alfonso III de Asturias constituyera el reino y se lo entregase a su hijo Ordoño. Mi bisabuela materna, la princesa Arguilona, era de la sangre del cristianísimo rey Pelayo; y el conde Osorio Gutiérrez, mi abuelo, se distinguió en la batalla de Clavijo y vio con sus propios ojos al apóstol Santiago cuando se apareció milagrosamente. Su hijo, mi tío paterno que lleva su nombre, vivió con él hasta su muerte y, por escuchar tantas veces de sus labios aquel relato, se convirtió en un hombre tan piadoso que aun en vida gozó de fama de santo. El conde Nuño Gutiérrez, mi padre, nunca fue a la guerra; permaneció hasta su muerte en nuestros dominios de Vilanova de Mondoñedo, porque, a diferencia del resto de nuestra parentela, siempre fue débil, no ya de espíritu sino de cuerpo, enfermizo, rengo y torpe para el caballo. En cuanto a mí, nací y me crie en el valle del río Masma, entre las masas de los bosques impenetrables; donde es maravilla el húmedo olor de las hojas muertas que cubren la tierra, bajo los cielos encapotados guardianes de la preciada lluvia que hace fértiles los claros, los prados, los huertos, los viñedos… Allí, en los sotos poblados de castaños, que brillan cuando asoma el sol y sus hojas adquieren el tono de las uvas transparentes, las casas y las cercas de piedra gris están separados por el follaje ya maduro e inmóvil de los abedules, que, en otoño, se visten con los tintes rojizos que recuerdan las manchas de óxido sobre la ropa blanca recién planchada. Y los negros troncos de los robles se cubren con un terciopelo de moho verde de extraño y cálido tacto. Es tierra adentro, pero ¡qué cerca se presiente el mar frío, aun al abrigo de los montes!

Dos pasiones, casi olvidadas ya, me permitieron afrontar con valor y felicidad los primeros años de la vida simple de mujer: el canto y la lectura. Fue mi tío Osorio Gutiérrez, al que llaman el Conde Santo, quien se empeñó en enseñarme a leer y escribir junto a los muchachos, porque se le metió en la cabeza que yo debía fundar un monasterio y hacerme abadesa. En eso, como en muchas otras cosas, mi tío fue profeta. Pues, aunque quiso Dios que yo tuviese marido, pasado el tiempo se cumplió lo uno y lo otro: fundé este monasterio de Castrelo de Miño y soy abadesa en él por la gracia divina.

Pero, antes de afrontar esta segunda vida, cuando todavía era una torpe muchacha de quince años, mis mayores me dieron en matrimonio al entonces príncipe Sancho. Esto sucedió en el cuarto año del reinado de su padre, el rey Ordoño II, en los meses que siguieron a la toma por este de la ciudad de Évora. La victoria fue grande y muy

celebrada, con festejos en León, donde fue a reunirse la corte y la nobleza de toda la Gallaecia. Estando allí con mi familia, sucedió que el príncipe puso los ojos en mi persona. Se concertaron las nupcias y en el mes de julio de aquel mismo año me fui a vivir con mi esposo y los reyes al palacio de León, donde permanecí hasta que, diez años después, murió el rey. Reinando el hermano de este, Fruela II, que le sucedió en el trono, acaecieron sucesos terribles en la corte que todavía hoy, pasado tanto tiempo, me resulta doloroso en extremo recordar.

Apenas un año reinó Fruela, a quién sucedió su hijo Alfonso Froilaz, cuyo reinado también fue fugaz. El caso es que mi esposo y sus hermanos, legítimos herederos de Ordoño, consiguieron recuperar el trono de León, que acabó siendo ocupado finalmente por Alfonso, que era el mediano de los tres hijos de Ordoño; mientras que al menor de ellos, Radamiro, le correspondió Portocale, con la corte en Viseu; y al mayor, mi esposo, el reino de Gallaecia, hasta el río Miño. Sancho Ordóñez fue ungido rey por el obispo de Compostela y, después de la ceremonia, nos fuimos a vivir a Tuy a comienzos del mes de septiembre de aquel año.

En la paz que siguió a tantas revueltas y años confusos, la vida en el extremo de nuestra querida tierra resultó cálida y diáfana, como es tan propia de esos días de otoño que, en Gallaecia, son la promesa incumplida del verano… Me parecía que reinaba una quietud extraordinaria, la quietud del agua del Miño, discurriendo fatigado hacia su desembocadura en el mar del extremo del mundo, bajo la luz del sol que caía oblicua en el ocaso, otorgando una irradiación misteriosa al contorno de los montes, como si fueran verdaderamente sagrados, árbol por árbol, roca por roca, acantilado por acantilado… Y luego el aura apacible, suave, que removía las hojas en la ribera arrancando de ellas un murmullo pacífico que sosegaba el espíritu.

Ahora bien, a través de todos estos cambios de circunstancias y en lo que a mí respecta, se me habían adherido al fondo del alma un poso de heridas y miedos. Siempre me inquietó el futuro, bien lo sabéis vos, venerable hermano Gemondo. Y todos aquellos temores que ensombrecían el asomo de mi felicidad y que me mantenían permanentemente como en guardia se hicieron presentes de manera implacable cuando murió de repente mi esposo el rey Sancho, el tercer año de su reinado, cuando apenas había cumplido los treinta y cuatro años de edad. Ya no éramos jóvenes ninguno de los dos, pero todavía conservábamos la esperanza de que el cielo nos diera algún hijo. A partir de entonces, mis ilusiones empedernecieron y durante un tiempo me contenté con vivir a solas en el viejo palacio de Tuy, con mis juicios y mis sentimientos…

Hasta que Dios tuvo a bien enviarme auxilio; y lo hizo, como cuando era niña, mediante mi tío Osorio, el Conde Santo. ¡Qué hombre tan preclaro y tan maravillosamente tocado por la gracia! Nada más tener noticia de que yo había enviudado, emprendió viaje desde Vilanova y se me presentó una mañana, cargando

con dulces de castaña y su proverbial optimismo. Era tan grande, tan desgarbado, tan soso…, pero ¡tan cariñoso! «Dios sabe sacar bienes de todos nuestros males —me dijo entusiasmado—. Has perdido un marido, pero no te pasarás la vida lamentándote, porque ahora debes ganarte el cielo.» Y a continuación me explicó que las antiguas leyes de la Gallaecia, ya casi olvidadas en estos tiempos raros, mandaban que la reina que enviudase debiera fundar un cenobio, para vivir en él el resto de sus días dedicada a las cosas de Dios. Así lo manda el *Liber Iudiciorum*, siguiendo el dictamen de los santos concilios de la Iglesia. Prescrito y hecho. Pedí permiso al rey y a los obispos correspondientes, buscamos el lugar adecuado y se edificó el monasterio de Castrelo de Miño. Y de esta manera dio comienzo mi segunda vida; esta que Dios me otorga, tan rica, tan diferente y lejana de la otra…

No puedo mencionar en este escrito a todos mis bienhechores y maestros, pues son muchos, pero hay dos nombres que me resisto a omitir: el antedicho Osorio Gutiérrez, mi tío el Conde Santo, y vos, venerable Gemondo, a quien debo tantos sabios y benéficos consejos, como el de no temer, no sentir tristeza ni miedo al futuro, mirar solo adelante y, en medio de la incertidumbre del mundo, vislumbrar en paz que, haga lo que haga, todo estará bien, puesto que intento hacer el bien…

Alentada por la energía y la eficacia de tales pensamientos, emprendí mi peregrinación a Córdoba, con el fin de traer a nuestra Gallaecia las reliquias de san Paio. La memoria de aquel viaje escribo ahora y os la confío, siguiendo vuestra sugerencia; suplicando a mi vez que sea guardada entre los libros de San Pedro de Rocas y, si os parece oportuno, leída en vuestra comunidad, copiada para beneficio de las almas cristianas o, simplemente, dada al descanso del olvido entre aquellas paredes santas.

32

La crónica de Justo Hebencio

Contándose treinta años del reinado de Abderramán al Nasir, sucesor de Abdalah, a los doce años de ser alzado califa y príncipe de los creyentes seguidores de Mahoma, en los desvanecidos tiempos que siguieron a la malograda campaña de la Omnipotencia, una gran embajada fue enviada a la Gallaecia, a los dominios del tirano rey Radamiro, cuyo trono está en León, donde los prados y viñedos miran a los umbríos bosques que se extienden hasta el mar que empieza en el fin de la tierra.

Quiso Dios que yo fuera en aquella comitiva, enviado por quienes por entonces tenían autoridad sobre mi persona. Hoy, pasados veinte años, el venerable obispo de Córdoba, Asbag aben Nabil, me ordena que escriba con detalle todo lo que allí vi, para que se conserve en la gran biblioteca de Medina Azahara la crónica de lo que sucedió durante el reinado de Al Nasir, por expreso deseo de nuestro califa Alhakén, a quien Dios bendiga y guarde su honda sabiduría como premio a su bondad y magnanimidad.

Para lo que voy a referir poco importa quién escribe. Básteme pues decir que mi nombre es Justo Hebencio, siervo de Cristo y sacerdote del monasterio Armilatense, mejor conocido por el vulgo de Córdoba como de San Zoilo, de la regla de san Leandro. Nací y me crie en una familia del barrio cristiano, hasta que a los diez años de edad mis parientes me confiaron al cuidado del reverendo abad Servando y después al de Obdulio, que me enseñaron las letras. A partir de entonces viví siempre en el territorio del monasterio, consagrado al estudio de las Sagradas Escrituras. A los veinte años recibí el diaconado y a los veinticinco, el sacerdocio; ambas órdenes me fueron conferidas por el obispo Julián, a petición del abad Martino. Además de la observancia de la disciplina monástica y el canto, mi mayor tarea fue el estudio de los padres de la Iglesia y la indagación en el significado e interpretación de los escritos antiguos. Hasta el día de hoy, que cuento sesenta y un años por la misericordia de Dios, ha sido mi deleite aprender, enseñar, leer y ordenar los libros que se atesoran en la biblioteca Armilatense, además de escribir crónicas y memorias de hechos pasados, como este que al presente me ocupa.

Como se decía más arriba, lo que voy a narrar sucedió en los meses que siguieron a la campaña de la Omnipotencia, que tanto pesar causó en Córdoba, cuando se supo que el hasta entonces invicto ejército de Al Nasir había sido derrotado y empujado al profundo barranco de Alhándega, despeñándose muchos y pisoteándose de puro hacinamiento, del que apenas pudo escapar difícilmente el califa con su guardia, abandonando su real y sus pertenencias, de las que se apoderó el enemigo. Allí fueron

hechos cautivos muchos servidores fieles al califa, como el gobernador de Zaragoza, su muy apreciado pariente Muhamad al Tuyibí.

Vuelto a su refugio de Medina Azahara, en los meses posteriores al desastre, el califa vivió apesadumbrado y comido de remordimientos y rencores; porque entre las pérdidas sufridas estaban sus preciados libros del Corán, regalo de los fieles muslimes de Persia, y sentía en lo profundo de su alma que Dios le habría de pedir cuentas por ello. En vista de su disgusto, los visires y generales buscaron la manera de darle contento. Planearon una nueva campaña contra la Gallaecia, para atacarla esta vez con servidores y mercenarios en número suficiente para castigarla y vengar el agravio. Pero, enviadas las órdenes y juntada la hueste, no llegó a salir de Córdoba, porque en los primeros días del año siguiente vinieron mensajeros de la Gallaecia portando cartas que proponían el intercambio de embajadores.

En un primer momento, las exigencias del terco Radamiro irritaron sobremanera a Abderramán, hasta el punto de pensar en rechazar el ofrecimiento y lanzar las tropas. Mas los visires supieron por los mensajeros que los libros del Corán, tan queridos, estaban salvos y en manos del tirano enemigo. El califa recapacitó y, recordando el largo y penoso cautiverio de Muhamad al Tuyibí, a la vez que consideraba la posibilidad de recuperar sus pertenencias, estimó prudente condescender y recibir embajadores al tiempo que enviaba los suyos.

Con tal fin, se organizó en Córdoba una comitiva oportuna por el número e importancia de quienes la formaban, con vistas a impresionar al tirano, ganárselo y hacerse escuchar por él y sus condes, para informar sobre los deseos e intereses de Al Nasir.

Nadie mejor había por entonces en Córdoba para ponerse al frente de tan arduo cometido que el hebreo Hasday ben Saprut, hombre sin par entre los servidores de reyes, por su prudencia, sabiduría, cultura y sutileza. Él mismo se encargó con suma habilidad de componer el resto de la embajada; y resolvió, con preclara intuición, que debían ir en ella los principales obispos de al-Ándalus, con el fin de convencer al cristiano Radamiro y a los magnates y obispos de Gallaecia de la lealtad y condescendencia de Al Nasir. De esta manera, fueron enviados Abas al Mundir, obispo de Isvilia; Yacub aben Mahran, obispo de Pechina, y Abdalmalik aben Hasan, obispo de Elvira. El obispo de Córdoba, Julián aben Casim, estuvo muy atento a los preparativos e intervino asesorando a los visires, pero su débil salud no le permitió finalmente emprender un viaje tan largo y fue eximido por el califa del servicio.

Por aquel tiempo, por obediencia a mis superiores, me ocupaba yo de los trabajos de copia y anotación en la biblioteca del monasterio Armilatense. Aunque nunca antes en mi vida había salido de Córdoba, el trato con los libros y el estudio de las disciplinas necesarias para mi cometido me dotaban por fuerza de notables conocimientos en los escritos antiguos. Estaban bajo mi responsabilidad una pléyade

de códices que eran conservados, leídos, copiados y anotados en el *scriptorium*. Entre todos ellos, algunos muy antiguos y valiosos para los sabios, como las antiguas crónicas: La *Giropedia* de Jenofonte, las *Vidas* de Plutarco, la *Geografía* de Estrabón, la *Historia romana* compuesta por Dion Casio o la obra del mismo nombre escrita por Apiano; las de los historiadores Livio y Polibio o los abreviadores posteriores Eutropio y Orosio. Pero ningún libro era más copiado y solicitado que las célebres *Etimologías* de Isidoro de Isvilia; baste decir que los amanuenses del monasterio dedicaban una cuarta parte de su tiempo exclusivamente a copiar esta obra y que, con su sola venta, se sufragaban todos los gastos necesarios para el sustento de la comunidad.

Sucedió por entonces, y en relación con lo que acabo de referir, que vine a conocer y trabar gran amistad con el susodicho Hasday ben Saprut, el judío más preclaro de su tiempo. Hecho que me veo en la necesidad de narrar en esta crónica para que se aprecie el alcance de la inteligencia y la sutileza de aquel hombre. Pero primeramente he de revelar algunos antecedentes obligados para comprender lo que sigue.

De todos es sabido que Abderramán al Nasir en su juventud fue muy dado a consultar magos y adivinos. Esta afición le sobrevino a temprana edad por influencia de uno de los eunucos del harén de su abuelo Abdalah, donde se crio. Cuentan que un nigromante venido de África invocó a petición suya a los espíritus de sus antepasados y estos le vaticinaron que llegaría a gobernar un gran reino. Nadie ha podido confirmar hasta el día de hoy si esto es o no cierto. Pero consta ser verdadero que, contra todo pronóstico, el emir Abdalah eligió para sucederle con preferencia a sus propios hijos a su nieto Abderramán; y que este, diecisiete años después, misteriosamente, rompería todo lazo de sumisión con Damasco para hacerse proclamar califa, algo a lo que no se atrevió ninguno de sus antecesores. Mediaran o no los dictámenes de los adivinos y magos en tan trascendental decisión, siempre ha corrido por ahí que Al Nasir no daba ningún paso importante sin encomendarse antes a los astrólogos. Cierto es que entre sus consejeros abundaban hombres sabios, sensatos y cultos, pero, junto a los pareceres basados en la cordura y la razón, intervenían también la superstición, la disposición de las estrellas y las más aventuradas y exóticas profecías. Aunque este estado de cosas no duró siempre y, en su madurez, el califa aborreció a magos y adivinos.

Antes de iniciar la campaña de la Omnipotencia, todos los vaticinios eran favorables. Los charlatanes que alimentaban las supersticiones de Al Nasir leyeron el cielo, consultaron a las almas de los difuntos, indagaron en el vuelo de los pájaros y concluyeron que la victoria era segura y que resultaría un torrente de beneficios. Tanto llegaron a inflar las expectativas de Abderramán que lograron que este les recompensase por anticipado y que, sobrepasados todos los límites de la prudencia, se

alzasen en las mezquitas plegarias en acción de gracias por el triunfo, antes de la batalla. Nadie en Córdoba dudaba de que el tirano Radamiro sería vencido y la Gallaecia subyugada. Máxime porque, extrañamente, en los días anteriores a la batalla hubo signos que parecían venir a confirmar la evidencia: viento ardiente de sur, ocultamiento del sol y cometas en las noches.

Cuando sobrevino el inesperado fracaso, Al Nasir se vio tan defraudado por los adivinos y magos que acabó condenándolos al tormento y la muerte. Los aniquiló y confiscó todos sus bienes. Ninguno de ellos se salvó, porque ninguno había acertado en sus vaticinios. A partir de entonces no volvieron a resonar los agüeros en Zahara.

No obstante, la inclinación a conocer el futuro le duró toda la vida a Abderramán, como a tantos poderosos. Quería saber el devenir de los tiempos y proveer el curso de los acontecimientos, aunque ya no a tan corto plazo, sino en la sucesión de los reinos y las épocas. Abandonó los vaticinios y empezó a interesarse por las antiguas profecías.

Esta mutación en sus intereses fue, precisamente, por causa de su fiasco en Simancas. Tan frustrado e impotente se vio que nunca más volvió a salir de Córdoba al frente de su ejército. Algunos llegaron a pensar que había tomado miedo a las batallas, al haber sentido tan cerca la amenaza. Pero ¿cómo iba a manifestarse timorato Al Nasir en su madurez si nunca antes lo había sido? Tal vez supuso, fruto de los rescoldos de su ser supersticioso, que una fuerza oculta, un hado, se interponía en su destino para negarle las glorias del triunfo en la guerra que antes le habían favorecido tanto.

Llegados a este punto y expuestos los antecedentes a que me refería, es el momento de narrar cómo conocí al judío Hasday ben Saprut y el motivo por el que el obispo Julián aben Casim acabó considerando oportuno que me incorporase a la embajada que fue enviada a la Gallaecia.

Una plomiza mañana del otoño cargado de pesadumbre que siguió a la derrota de Simancas, el portero del monasterio vino a avisar de que un ministro del califa peguntaba por mí. No era usual que alguien tan importante se presentara sin avisar y me sobresaltase, temiendo que hubiese algún grave asunto que pudiese afectar a los monjes. Fue esta la primera vez que vi a Hasday, y su sola presencia en el recibidor me tranquilizó enseguida. Esperaba encontrar a un hombre cargado de dignidad, entrado en años, vestido con lujo y distante. Todo lo contrario: allí estaba un joven de aspecto sencillo, con el simple atavío de los maestros hebreos; de mediana estatura, ojos castaños, cara redonda y barbita escasa, negra y rizada.

—¿Eres Justo Hebencio? —me preguntó sonriente—. ¿El bibliotecario?

—Efectivamente —respondí algo aturdido.

—Desearía consultar los libros de vuestra biblioteca. Pero necesito tu ayuda. El

obispo Julián me ha informado sobre tus muchos conocimientos. Al parecer conoces cada uno de esos libros como la palma de tu mano…

Tenía una voz insólitamente agradable, sin altibajos, suave y de tono mate. A pesar de su juventud —tenía entonces veinticinco años— alrededor de sus ojos de mirada serena e inteligente se formaban arrugas de benévola expresión.

Sorprendido, levanté las cejas y no fui capaz de decir nada. Entonces él, adivinando comprensivamente mi estupor, añadió:

—Sé que la biblioteca está dentro de la clausura del monasterio… No te preocupes, ya me encargué de solicitar el permiso del obispo. Si no me lo hubiera dado no se me habría ocurrido venir a molestar.

Confusamente, pensé: «¿Quién es este judío tan joven, que dice ser ministro del califa y conocer al obispo? ¿No será esto un engaño?». Y, como si en alguna parte hubiera escuchado mis dudas, el abad Martino entró súbitamente y, con el rostro desencajado, se inclinó en profunda reverencia ante el visitante, manifestando con humildad:

—Señor, acabo de recibir recado del obispo Julián avisando de vuestra visita. Nuestra biblioteca y nuestras pobres personas están a tu servicio.

Dicho esto, se volvió hacia mí y observó:

—Es el Señor Hasday ben Saprut, ministro y médico del califa. Viene a consultar algunos libros en la biblioteca obedeciendo a las necesidades de sus altas ocupaciones.

A partir de aquel momento, Hasday tomó posesión de la biblioteca Armilatense y yo no tardé en apercibirme de que en mi vida entraba un ser verdaderamente excepcional.

Hasday ben Saprut estuvo visitando la biblioteca Armilatense durante dos semanas, creo recordar. Tal vez fue más tiempo. En principio, se conformaba examinando los libros por su cuenta y tan solo acudía a mí para preguntarme por la ubicación de alguno en especial. Era respetuoso. Cuando localizaba algo que le interesaba no lo tomaba por sí mismo; me lo pedía. Yo lo ponía en sus manos y esperaba pacientemente a su lado por si necesitaba hacerme alguna indicación o consulta. A veces se pasaba horas ojeando los manuscritos más viejos, empezando siempre por el final y aguzando la vista de manera incansable sobre las letras menudas de la caligrafía griega y latina. Pero raramente, y siempre con evidentes reservas, manifestaba qué era lo que estaba buscando en concreto. Hasta que uno de aquellos primeros días, sería el cuarto o quinto de sus visitas, repentinamente me preguntó:

—¿Sabes algo acerca de la llamada sibila Tiburtina?

Si bien me extrañó al principio su interés por algo tan raro, luego recordé que el

primer día, aunque veladamente, se había referido a las profecías antiguas. Hice memoria y respondí:

—El sabio Isidoro de Isvilia, en sus *Etimologías*, mencionaba a las diez sibilas conocidas en la Antigüedad. Entre ellas, a la sibila Tiburtina.

—¿Y qué dice de ella? ¿Quién era esa tal Tiburtina y qué hizo?

—Las sibilas fueron mujeres sabias del pasado a quienes los antiguos sabios atribuían espíritus proféticos.

—Eso lo sé —dijo sonriente—. Háblame de la tal Tiburtina.

Viendo el gran interés que tenía en aquello y no queriendo fiarme solo de mi memoria, fui al estante donde estaban los libros de Isidoro y extraje el *Etymologicorum sive originum Libri*, en cuyo libro VIII habla de los poetas que deben ser considerados como adivinos. Leí lo referente a las sibilas y después le expliqué:

—La llamada sibila Tiburtina ofreció al emperador Augusto de los romanos una visión en la hora del nacimiento de Cristo, en la que se profetizaba que Nuestro Señor sería el más grande de los nacidos de mujer en la Tierra.

La sonrisa de Hasday se agrandó y me pareció advertir en ella cierto aire irónico. Titubeó unos instantes y me preguntó:

—¿Y qué opinas tú de eso? ¿Lo crees?

Lo miré fijamente y contesté molesto:

—¿Por qué no habría de creerlo? El sabio Isidoro recoge en su obra todo el saber humano hasta su tiempo. Si escribió eso en sus célebres *Etimologías* es porque otros sabios antiguos lo consignaron con anterioridad a sus escritos.

—No te ofendas por mi pregunta —dijo con voz serena. Reflexionó un momento y añadió—: Te ruego que no pienses siquiera que no siento respeto por vuestros sabios. Simplemente, me ha resultado curioso lo que se dice ahí sobre esa tal sibila… Será porque esperaba otro tipo de explicación… Pero, en todo caso, el gran Isidoro merece toda mi admiración. Gracias a él, en efecto, conocemos muchas cosas acerca de los antiguos. Toda sabiduría, venga de donde venga, es digna de la mayor consideración.

Con este razonamiento me convenció de su sinceridad y de que, en modo alguno, era un hombre intransigente. No obstante, permanecí sin atreverme a contestar, no porque vacilara sobre la conversación, sino porque no resultaba fácil hablar delante de un hombre que, además de ser judío, estaba tan cercano al califa.

Entonces él, humildemente, se llevó la mano izquierda al pecho y añadió:

—Te ruego que no sientas ningún recelo hacia mí. Estoy aquí para aprender y… necesito tu ayuda. Sé que atesoras muchos conocimientos sobre los sabios de la Antigüedad y nadie como tú en Córdoba podrá conducirme hacia lo que estoy buscando.

—Si me dices qué es exactamente lo que buscas, veré qué puedo hacer —me ofrecí.

—Ni yo mismo lo sé… —respondió delicadamente.

—¿Entonces…?

Hasday hizo un gesto resignado con la cabeza y dijo:

—Muchas de las cosas que predijeron los antiguos sabios se han cumplido. No hablo de adivinos caldeos, ni de brujos, ni de magos embaucadores… Nada me interesan las cartas, ni las tripas de las cabras, ni el vuelo de las aves… Estoy hablando del don de la profecía; de esa sabiduría sutil y humilde que escruta el pasado, interpreta los signos de los tiempos e intuye agudamente el porvenir… ¿Sabes a qué me refiero…?

Algo en mi interior me impulsaba a confiar en él.

—Comprendo —dije—. Debes concederme una semana de tiempo, pues he de consultar muchos escritos para reunir todo eso.

—¡Tómate todo el tiempo que necesites! —exclamó con la cara resplandeciente de felicidad—. ¡Me alegra mucho saber que puedo contar contigo!

33

El viaje de la reina Goto

Cuando esto escribo, venerable hermano Gemondo, es otoño en nuestra Gallaecia. En un día como este, soleado y trémulo, emprendimos viaje al sur, a Córdoba. Era muy temprano, apenas acababa de amanecer, pero todo en León había cobrado vida. A lo largo de las callejuelas que convergían en la iglesia de San Salvador, había gente reunida; los comerciantes y artesanos estaban ya pendientes de sus negocios; los puestos rebosaban de manzanas amarillas, relucientes y húmedas; llegaban ráfagas de aromas de miel y vino fresco. En torno al palacio del rey se movían los soldados con sus pardas capas y los heraldos lanzaban sus órdenes con potentes voces que resonaban en la plaza. Concluida la misa y los oficios religiosos que se hicieron para invocar el auxilio divino, solo faltaban ya las bendiciones. A la hora fijada, ante una multitud atónita, apareció el rey Radamiro en la puerta principal del templo, acompañado por los condes y prelados. Todos los que formábamos la comitiva que debía ponerse en camino hincamos las rodillas en tierra. Los obispos entonces alzaron sus hisopos para rociarnos con el agua bendita, mientras se entonaban cánticos que suplicaban la intercesión del apóstol Santiago y de los santos protectores del reino. Luego un monje predicador escogido para la ocasión, con los brazos abiertos, pronunció un largo y luminosos discurso. Solo recuerdo que empezaba así: «Oh Dios, que haces nuevas todas las cosas…».

Cuando concluyó, no hubo más palabras ni cánticos. El rey nos despidió extendiendo las manos y se hizo un respetuoso silencio que duró hasta que una fanfarria de tambores y gaitas anunció la partida. Caminamos despacio a lo largo de la vía principal. Iban delante los caballeros del conde Fruela Gutiérrez con este a la cabeza, les seguían los del conde Fortún y un millar de soldados a pie; detrás los mercaderes, las carretas donde iban las mercaderías y los presentes para el califa y su corte, los judíos con su jefe Baruj y los cadíes muslimes de Zamora y Toro, con muchos magnates mauros de los dominios cristianos; a continuación cabalgaba el obispo Julián de Palencia con sus séquito; le seguíamos la dama Didaca, que tan gentilmente se había ofrecido a acompañarme, y yo. Cerrando la comitiva, marchaba el hombre más importante de la embajada, el ministro Musa aben Rakayis, con plenos poderes otorgados por el rey para negociar los asuntos de la paz con los agarenos.

Frente a la puerta Cauriense, en la polvorienta explanada que se extendía fuera de la muralla, aguardaban el resto de los viajeros, con sus carromatos, pertrechos y mulas, para incorporarse a la larga fila que ponía rumbo al sur, por la calzada que discurría entre las extensiones de tierra cubierta aún por los rastrojos ocres del trigo

segado y los campos de lino. León se quedaba atrás, mientras nos adentrábamos en las masas de árboles agostados que deseaban ya la lluvia.

Aquella primera jornada de camino duró tanto como la luz del día, para terminar con una gran e intensa puesta de sol. Nos detuvimos en la ribera del río Esla, en la que llamaban la Villa de Mannan, por vivir en ella con toda su descendencia y servidumbre un cadí mozárabe de ese nombre. Salió este a cumplimentarnos con lo que tenía: heno para las bestias, panes tiernos, ciruelas pasas, harina de almortas y agua fresca de la fuente que custodiaban. Era el tal Mannan un campesino amable y astuto que sabía sacar buen partido del lugar donde se había asentado hacía treinta años, en la primera repoblación que se hizo en los tiempos del rey Alfonso III el Magno. Desde entonces defendía la calzada, el paso del río por un antiguo puente y los manantiales. Había edificado también un conjunto de posadas espaciosas con sus cocinas, baños a la usanza de los mauros, caballerizas y almacenes. Con todo eso, como tantas gentes que hacen la vida junto a los caminos principales, se ganaban muy bien la vida todos sus familiares y clientela.

En lo que tardamos aposentándonos cayó la noche. Se hicieron los rezos correspondientes y cada uno de los viajeros se fue a descansar donde buenamente pudo. Pero, antes de que Didaca y yo nos retirásemos de las cocinas para ir al alojamiento de las mujeres, se presentó el obispo Hermenegildo de Palencia, acompañado por su secretario, que portaba un farol, y me rogó que le concediera un rato de conversación. Me extrañó mucho aquella inesperada petición y, aunque estaba muy fatigada, consideré que no debía negárselo y no tuve más remedio que decir con amabilidad:

—Todo el tiempo que sea necesario, padre mío.

El obispo se sentó frente a mí y temí al presentir que el rato se alargaría. Era Hermenegildo un hombre grande, fuerte e impetuoso, con una mirada penetrante, inquietante, que le daba aire desconfiado; vestía prendas militares, peto de cuero con remaches de bronce, brazaletes con herrajes, correas y puñal en el cinto. Solo al celebrar la misa se lo veía con ropas litúrgicas y, aun así, no perdía su fiero aspecto. Pues ya sabes, hermano Gemondo, cuán peleadores y amigos de las armas son los linajes de Castilla, Burgos y Álava, por haberse forjado en las tierras fronterizas; y este obispo, Hermenegildo Fernández, por ser de los Ansúrez, daba rienda suelta a los impulsos de su sangre.

Como esperaba que fuera él quien empezara la conversación, precisamente por haberla pedido, me quedé mirándolo sin decir nada. Entonces se tomó el mentón con la mano, se acarició la barba corta y rubicunda y le dijo a su secretario:

—Puedes retirarte.

El secretario salió llevándose el farol y nos dejó en penumbra. El obispo entonces

puso una mirada interpelante en Didaca, que estaba a mi lado. Y yo, comprendiendo que deseaba que también ella se fuera, dije:

—Didaca goza de toda mi confianza.

Él soltó una espontánea y estridente carcajada. Luego observó con irritación:

—Lo sé, pero yo no.

Didaca se retiró sin decir nada. Y, cuando estuvimos solos el obispo y yo, hubo un rato de silencio tenso entre nosotros, en el cual pudimos oír algunas voces que llegaban del exterior mezcladas con los relinchos y rebuznos de las bestias. También, un poco después, nos llegó el alboroto de algo que parecía una trifulca en alguno de los patios de la posada.

Hermenegildo fingió indiferencia y, mirándome fijamente a los ojos, dijo al fin muy serio:

—Dómina, hace poco tiempo que vos y yo nos conocemos… No quisiera en ningún momento que llegaseis a pensar que soy imprudente o atrevido… Y veo vuestro cansancio después de toda una jornada de camino, y que esta molesta petición mía os supone un esfuerzo más; pero consideré que era mi obligación tratar con vos acerca de algunos asuntos, ya que debemos compartir muchas semanas, tal vez muchos meses, de viaje…

—Por eso no os preocupéis —repuse—. Podéis hablar de lo que estiméis oportuno.

Él me miró con agradecimiento, sonrió y en tono ligeramente amargo dijo:

—Dios os lo pague, dómina. Es penoso para mí tener que haceros algunas preguntas…

—Preguntad sin temor.

—Bien —dijo elevando la ronca voz—. Debo saber cuál es exactamente vuestro cometido en esta embajada.

Me extrañó mucho aquella pregunta y respondí:

—Ah, pero… ¿no lo sabéis?

—Oficialmente no. He oído por ahí que tiene que ver con unas reliquias…

—Habéis oído algo que es verdad —dije con naturalidad, aunque empezaba a sentirme algo molesta por aquella inesperada conversación.

—¿Tal vez esas reliquias son las de san Paio? —inquirió clavando en mí su penetrante y oscura mirada.

—Sí, voy a Córdoba con el fin de rescatar las reliquias del mártir y devolverlas a la Gallaecia.

El obispo alzó las cejas, suspirando con fingido disgusto, y dijo:

—¡Vaya! Quienes me encomendaron esta misión deberían habérmelo dicho oficialmente. Ahora me alegro de haber venido a hablar con vos; veo que he hecho lo que debía…

—No comprendo… —murmuré con ansiedad—. No sé a qué viene esto. Estoy confusa… ¿Qué tratáis de decirme?

—Tenéis toda la razón, dómina —respondió con una punta de malicia—. Y todavía me alegro más por haberos rogado que me atendieseis, pues veo que, tanto vos como yo, no estamos informados de todo lo que hay detrás de esta embajada.

—¿Y quién debería habernos informado? —repliqué un tanto indignada—. No acabo de comprender qué es lo que tratáis de decirme… El rey es quien me autorizó para emprender este viaje… ¿Os referís tal vez al rey?

—¡Oh, no, Dios me libre! —contestó ofendido—. Nadie ha mentado aquí al rey.

—¿Entonces…?

—Bien —dijo con aire contrariado—. No hay por qué alterarse. Basta con que ambos seamos sinceros el uno con el otro.

—Estoy tratando de ser sincera todo el tiempo —repuse, dándole a entender que empezaba a indignarme—. ¡Hablad de una vez!

Entonces él, oprimiéndose el pecho con la palma de la mano izquierda, replicó con hipocresía:

—Y yo solo quiero que estéis tranquila, dómina; de manera alguna he pretendido causaros inquietud alguna.

—Entonces decidme quién debería haberme informado y acerca de qué.

En tono molesto, con expresión severa, el obispo respondió:

—Al frente de esta embajada va el ministro Musa aben Rakayis. El rey confía plenamente en él y tendrá sus razones para ello, pero debéis saber que es un hombre poco claro y de intereses ocultos.

—¿Qué queréis decir? —pregunté muy preocupada.

—Quiero decir ni más ni menos lo que habéis oído. El ministro Musa debió informarme de que vos, dómina, ibais a Córdoba con la misión de rescatar las reliquias de san Paio; puesto que el rey me encomendó a mí lo mismo. Y, puesto que veo que vos tampoco teníais ni idea de mi cometido en esta legación, ha de concluirse que a vos también debió informaros y que, evidentemente, no lo hizo…

Estaba hablando cuando entró su secretario con el farol para decirle algo, y el obispo, muy irritado, le gritó:

—¡Fuera! ¿Quién te ha llamado?

—Señor, era solo para deciros que ya tenéis preparado el lecho.

—¡Fuera he dicho!

Me sobresalté y el corazón empezó a latirme violentamente. Me debatía entre sentimientos confrontados ante la actitud de aquel obispo impetuoso: por una parte, su temperamento brusco y su actitud indagatoria me ponían muy nerviosa; pero, por otra, me parecía que tenía razón en lo que me decía y que era honesto al mostrar sus sentimientos. Me puse de pie y, azorada, balbucí queriendo acabar con la

conversación:

Me cuesta pensar ahora en todo esto…

Él se levantó también, sus ojos abandonaron su habitual dureza y se pusieron pensativos. Ligeramente turbado, dijo:

—Perdonadme, dómina; no he querido disgustaros… Pero comprended que esté molesto por no haber sabido oficialmente todo eso…

—Lo comprendo. Mañana hablaré con el ministro Musa y le pediré explicaciones…

—¡No hagáis tal cosa! —exclamó volviendo a su tono brusco de antes.

—¿Por qué?

—Porque soy yo quien debe hablar con él, puesto que todo esto ha salido de mí. No me parece oportuno que le digáis que yo he hablado primero con vos.

—Está bien —asentí—. Y ahora, retirémonos; es tarde.

Esa primera noche, a pesar del cansancio, apenas pude dormir. Traté de tranquilizarme, orando y pensando que tal vez el demonio trataba de afligirme con preocupaciones nada más emprender mi misión; pero el sueño se me había espantado y di vueltas en el camastro sin llegar a comprender el porqué de la suspicacia del obispo de Palencia, a la vez que presentía que se avecinaban complicaciones mayores.

34

La crónica de Justo Hebencio

Yo sabía bien dónde hallar lo que con tanto interés buscaba el judío Hasday. Él solo había oído hablar, tal vez someramente, de aquel libro. Pero yo, por haberlo leído cien veces, lo conocía tan bien que incluso en sueños se me presentaban sus imágenes; el movimiento prodigioso de las coloridas miniaturas, los ángeles, los cielos y los infiernos, las bestias blasfemas, los terrores del final de cuanto hay en esta tierra, los últimos días, la angostura del mundo caduco y la infinita amplitud de la gloria. Cuando lo abría por cualquiera de su páginas, mi corazón empezaba súbitamente a palpitar agitado, debatiéndose entre el miedo y su opuesto, la esperanza. Porque esas dos pasiones brotaban a raudales en las interioridades de aquel extraño y excitante libro. Y yo, como todos lo que lo habían leído y copiado, no podía sustraerme a los efectos que nacen ante la fuerza y la rotundidad de la palabra «apocalipsis», a pesar de la incertidumbre, del ánimo desasosegado e indeciso por las circunstancias inestables, oscuras y absolutamente desconocidas en torno al futuro.

No sabemos quién lo trajo a la biblioteca Armilatense, ni cuándo. Ni hay anotación alguna en el libro que dijera el nombre del autor, su procedencia o la fecha en que fue escrito. Únicamente consta en una de las copias, por acotación de mi mano, la breve referencia que me hizo el abad Martino ya en su ancianidad, sin que pudiera añadir nada a lo que ya sabíamos: que llevaba en el monasterio más de un siglo y que, según la tradición, era obra de un monje del norte, de los montes cántabros, de nombre Beato, el cual quiso profetizar que en breve seríamos testigos del advenimiento del Anticristo.

El título del libro, *Comentarios del Apocalipsis,* es suficiente para comprender de qué trata. Y ya sabemos que el último libro de las Sagradas Escrituras, escrito por san Juan Evangelista, se ocupa de lo que habrá de suceder al final de los tiempos, tal como se afirma en sus primeras palabras: «Revelación de Jesucristo, comunicada por Dios para mostrar a sus siervos lo que ha de venir con inminencia, pues el momento es cercano». Si las palabras escritas son sugerentes y ofrecen a quienes saben leer el misterioso relacionarse de sus significados, ¡cuánto más lo son las imágenes! Y las coloridas miniaturas del libro de Beato ofrecen tal complejidad que arrebatan el alma de quien las observa, como si se viera elevado a una visión; pues aquí lo que se anuncia puede verse, y casi pareciera que está vivo, resultando de esta manera doblemente profético.

Así lo percibió la preclara inteligencia del judío Hasday ben Saprut cuando sus sagaces ojos se posaron en los pergaminos. Los estuvo mirando y leyendo extasiado y

casi podía advertir yo el temblor en sus dedos cuando tenía que pasar la página, como la respiración contenida en su pecho de sabio, y casi sentía el bullir de la efervescencia en su mente enormísima, asaltada por el ardor visionario. Solo de vez en cuando, sin levantar la mirada de las preciosas pinturas, exclamaba en un susurro:

—¡Maravilloso! ¡Fascinante! ¡Sorprendente!

Por eso sentí un profundo remordimiento, por haber dudado el día antes sobre si sería o no conveniente ofrecerle el libro, puesto que Hasday era hebreo y temía ofenderle con las verdades de nuestra Biblia cristiana. Pero él era un hombre de alma grande y abierta, incapaz por tanto de envenenarse como los ofuscados hipócritas. No solo no rechazó el libro, sino que, enardecido por las curiosas sugerencias de las miniaturas y los textos, quiso indagar más, saber más, ver más… como es tan propio de los sedientos amantes del conocimiento.

Alzó hacia mí unos ojos brillantes, rutilantes de curiosidad, y me dijo:

—He leído aquí algo que, no sé por qué motivo, me ha removido extraordinariamente por dentro…

—Léelo en voz alta —le pedí.

Él leyó:

> *Y vi un ángel que bajaba del cielo, llevando en su mano la llave del abismo infernal y una gran cadena. Dominó al Dragón, la antigua Serpiente, que es el Diablo y Satanás, y lo encarceló por mil años. Lo arrojó al abismo de los infiernos, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca ni engañe más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después de eso, tiene que ser soltado por un poco de tiempo…*

La pintura que ilustraba el pasaje era magnífica: el ángel, majestuoso y esbelto, sostenía con seguridad la llave en una mano y, con la otra, tenía agarrada una especie de cuerda tensada con la que sujetaba fuertemente el cuello de una enorme serpiente, cuya piel sinuosa, bellamente moteada, parecía envolver la escena. A los pies del ángel, en un abismo oscuro, se retorcía un ser infernal de negra figura, encerrado en un cofre sellado.

—¡Impresionante! —exclamó él—. ¡Se me pone el pelo de punta!

Permanecimos contemplando absortos la miniatura durante un largo rato. Después Hasday me preguntó:

—¿Es una profecía? ¿Qué significa?

—Es sin duda el capítulo del Apocalipsis de san Juan que mayor interés ha suscitado entre las almas inquietas —respondí—. No me extraña pues que te haya llamado tanto la atención. Hace referencia al tiempo, a los mil años de reinado del

Mesías y los santos, mientras el demonio y el mal son encadenados.

Se quedó pensativo durante un rato. Luego dijo con cierta seriedad:

—Ya he oído hablar con anterioridad de esa profecía de los cristianos… Vuestro cómputo del tiempo presente se aproxima al año 1000 y creéis que llega el fin del mundo… ¿Cómo se puede creer en algo tan absurdo?

—En efecto —asentí—, es ilógico e ingenuo.

Mi afirmación le sorprendió mucho, porque no la esperaba. Me miró con extrañeza y después, señalando el libro, observó:

—Pero… aquí se habla de mil años… ¿Por qué me has enseñado entonces este libro si no crees en lo que dice?

—Veamos —respondí—. En principio, debemos olvidarnos de cualquier sentido literal e interpretar esos escritos en sentido espiritual. Pues esa es su finalidad y no otra; hablarle al espíritu humano, comunicarse con él y conducirle a intuir las cosas últimas.

—Eso que dices me resulta más razonable —dijo esbozando una sonrisa—. Pero mil años son mil años, y ahí se habla expresamente de mil años.

—Sí. Pero es menester recordar que nadie, excepto Dios, conoce el día ni la hora final, para no vivir angustiados como los hombres sin fe. No hay pues profecía alguna que sea capaz de determinar ese momento. Porque no todo lo podemos saber y comprender. ¡Afortunadamente, no es la sabiduría de los hombres la que dirige todas las cosas!, sino la sabiduría de Dios, que es infinitamente más poderosa, más misericordiosa y, sobre todo, más amante.

—En eso estamos de acuerdo y me alegro —dijo con satisfacción—. Pero sigamos con la profecía. ¿Por qué mil años?

—Bien, déjame explicarte. En esto, como en tantas otras cosas, me guío por las enseñanzas del sabio Julián de Toledo, que rechazaba la absurda veleidad de pretender determinar la fecha del final del mundo. Ya Agustín de Hipona fue reacio a efectuar cualquier intento de precisar la inminencia de ese final, aun teniendo que asistir en los últimos días de su vida a la caída del Imperio de los romanos en poder de los bárbaros; la gran tribulación que muchos interpretaban ya como el final de los tiempos. Porque la marcha del mundo hacia ese final tiene para ambos sabios un sentido espiritual: todas las eras, todas las épocas, todos los hombres caminamos hacia ese final…

—¡Me encanta oírte hablar así! —exclamó llevándose las manos al pecho—. Ciertamente, la palabra «apocalipsis» no es cristiana, ni judía, ni islamita…; proviene del idioma griego antiguo y significa «ocultamiento». Es decir, se trata de algo que está oculto al entendimiento humano. Puede sobrevenir en cualquier momento…

—Así es. El sabio Julián de Toledo, en su obra *De comprobationeaetatis sextae*, afirmaba que nos hallamos en la sexta edad del mundo y que el tiempo restante solo

es conocido por Dios, sin que sea incierto o lejano, ni que no tengamos que prestar atención a las señales que lo anuncian. Solo Él sabe lo que va a suceder mañana. Cierto es que nuestra época es una época de agitación e inquietud, pero hay que estar persuadido de esta verdad: siempre hubo guerras, desastres, hambres, pandemias, calamidades… y siempre las habrá en este mundo, porque todo ello ha sido previsto, anunciado; hasta que llegue aquella prueba final de la que hablan los escritos sagrados. Muy dura será la prueba; mas será la última.

35

El viaje de la reina Goto

Venerable Gemondo, hermano mío en el Señor, nunca pensé que Hispania fuera tan extensa ni tan diversa. Tú, que fuiste caballero en tu juventud, serviste al rey y tuviste la ocasión de viajar con la hueste allende las fronteras de la Gallaecia, aunque fuera a los páramos de León, y pudiste conocer otras ciudades y otras gentes. Mas yo en mi vida he ido más allá de Astorga. Descendiendo hacia el sur, atravesando esas montañas que hay después de la Tierra de Nadie y que parecen tocar el cielo, los caminos transitan a lo largo de muchas leguas entre espesos bosques, por rocosas gargantas que parecen haber sido creadas solo para las alimañas y las aves rapaces. Son aquellos territorios tan hostiles y desiertos que se recorren aprisa, sin apenas darse descanso, con el deseo de alcanzar cuanto antes las regiones habitadas que hay donde se inicia el reino de los mauros. Y después de algunas jornadas cabalgando a merced de la maleza por desdibujados senderos que solo conocen los experimentados adalides que guían los ejércitos, repentinamente aparecimos en las placenteras y tibias llanuras, cubiertas de sembrados, vides y árboles frutales, que se extienden en torno a las aldeas agarenas. La primera ciudad que se encuentra es Zamora, encerrada en sus murallas, sobre la altura de un promontorio que domina la vega de un río. Es el alivio de los viajeros, por sus fuentes, baños y fondas; y por los huertos que dan verdura, legumbres, higos, habas, nueces, almendras y pasas. Se para allí el tiempo necesario para el reposo y para que se repongan las bestias, que suele ser no más de tres días, y se prosigue por una buena calzada, atravesando altiplanicies áridas, cortadas por los duros vientos de las sierras, hasta divisar Talamanca. Continúa el camino desviándose suavemente hacia el poniente, mas siempre descendiendo por las pendientes buscando el sur.

Era la última hora de la tarde y el sol acababa de hundirse en el horizonte, dejándolo hecho rojas llamas, cuando se vio Coria a lo lejos, recortándose en su loma con sus torres y cúpulas. Me estremecí, porque jamás pude imaginar que alguna vez mis ojos verían la ciudad donde aún están en pie los templos y los palacios que edificaron nuestros antepasados, los godos, que reinaron antes de que Dios les arrebatase sus dominios por sus pecados… Hay que subir una cuesta e ir circundando los murallones, hasta la única puerta que se abre al norte, en una robusta fortaleza; porque el resto del monte donde se asienta la ciudad está rodeado, a modo de foso, por un río. Anochecía y una languidez pesada caía sobre las laderas, cubiertas de arbustos, y sobre las piedras oscuras, antiquísimas, de los muros y bastiones. Nada podía hacernos presentir que una vez dentro del burgo, y pasado un primer laberinto

de callejones y adarves, nos aguardaba el bullicio de una multitud curiosa y vociferante, reunida en las plazas para recibirnos. Allí estaban los cadíes sarracenos y los condes, obispos y abades mozárabes, vestidos con suntuosos ropajes, damascos, brocados, pieles y tafetanes; tocados con extraños y altos gorros. ¡Cuánto fasto! Al verlos así se diría que los cristianos mozárabes rivalizan con los magnates agarenos a la hora de exhibir las orgullosas galas de su pasado. Los saludos, parabienes e intercambio de obsequios duraron un largo rato, hasta que se echó encima la oscuridad de la noche y, aunque encendieron lámparas y antorchas, no parecía oportuno seguir con los discursos sin vernos bien las caras.

Al día siguiente por la mañana nos recibió en su palacio el gobernador de la región, el cadí Ahmad aben Ilyas; un hombretón áspero, antipático, de barbazas cobrizas enmarañadas; cubierto de oros y de soberbia, que nos trató con desprecio y nos recordó altanero que, en tanto el califa no dispusiera otra cosa, no había paz ni entendimiento entre Córdoba y León. Por más que el ministro Musa se manifestó con humildad y respeto en su presencia, explicándole todos los motivos e intenciones de la embajada, aquel cadí estuvo frío e incluso amenazante. Para sorpresa de todos los que allí estábamos, nos comunicó que quedábamos retenidos bajo su autoridad, a la espera de que llegase a Toledo la legación que enviaba Córdoba a León, puesto que nuestro ir allá no era sino al debido intercambio de embajadas exigido por el califa. Esta inesperada actitud nos causó harto pesar y desaliento, ya que no sabíamos cuándo llegaría esa legación y ni siquiera si había salido ya de Córdoba, con lo que era muy incierta la fecha de prosecución de nuestro viaje.

Con todo, la ciudad era muy hermosa y en sus calles se recorría un colorido despliegue de mercados, mercaderías y productos de todas las artes: cuero curtido, madera tallada, tejidos, lanas, forja, alhajas y objetos para el culto. Se veían moros ricos por todas partes, ataviados con sus túnicas largas y sus anchas mangas, mantos y capotes, conversando en su enrevesada lengua árabe junto a las puertas de mármol labrado, delante de los caserones de rojo ladrillo; y cristianos de viejas razas, discretos, adustos, camino de sus negocios o volviendo de los mercados. En fin, digamos que aquello es una rara mezcla de gentes diversas desenvolviéndose en el enmarañado entretejerse de barrios, iglesias, mezquitas, sinagogas y alhóndigas.

El cuarto día de nuestra estancia, que era domingo, el obispo de Coria mandó aviso con sus sacerdotes para convocarnos a una misa solemne en la iglesia donde tenía su sede. Acudimos y nos llenamos de asombro y admiración ante la riqueza de la liturgia y la ordenada disposición de los celebrantes, acólitos y cantores. Se agradecía el poso grave del rito, pese a la vejez decadente de los ornamentos y el deterioro del templo. Y todo hubiera resultado bien si no fuera porque se produjo un desagradable incidente.

Por deferencia a los visitantes y como signo de fraternidad cristiana, el obispo de

Toledo le pidió al obispo de Palencia que predicara. Era fiesta de la Santísima Trinidad. Hermenegildo subió al púlpito e inició su sermón sin brillantez, pues Dios no le concedió el don de la buena oratoria; habló de cosas elementales, acordes con el día y sin que hubiera nada destacable. Y después empezó a irse por unos derroteros que no venían a cuento. Dijo que Cristo nos había salvado para que fuéramos libres. Algo sabido y natural. Si se hubiera quedado en eso nada habría pasado. Pero a continuación se fue enardeciendo él solo, como si se esforzara para lucir con un fulgor que bien sabía que no le pertenecía, y acabó convirtiendo la prédica en una arenga, que era lo que en el fondo le pedía su cuerpo de guerrero más que de clérigo. Habló del esfuerzo y el sacrificio de los buenos cristianos que luchan contra la herejía y el dominio de los herejes, encomió la abnegación de los ejércitos que sirven a la causa de Cristo, recriminó a los pusilánimes, amonestó a los hombres de vida cómoda y regalada, pidió fidelidad y sumisión a los legítimos reyes cristianos y acabó condenando al fuego del infierno a cuantos colaboraban con los enemigos de la Iglesia. En fin, un discurso que nada hubiera tenido de particular en una misa de campaña de la hueste de León; pero que, en Toledo, entre cristianos mozárabes súbditos del rey agareno, resultó… ¡un dislate!

Se fue formando un murmullo que duró toda la misa, no obstante los preciosos cantos y las plegarias. Al final, durante el reparto del pan bendito que siguió a la bendición y la despedida, el obispo de Toledo, que era un aciano delgado y de apariencia enfermiza, alzó la voz y exclamó:

—¡Hay otras armas! ¡Están las armas de la fe, la esperanza y el amor!

Se hizo un silencio impresionante, tenso, en el que se cruzaron las miradas. Entonces uno de los condes mozárabes gritó:

—¡Muy bien dicho! ¡Que nadie venga aquí a juzgarnos! ¡Nuestro rey es Cristo, pero honramos a quien nos gobierna! ¡Somos súbditos del gran Al Nasir de Córdoba, nuestro califa!

Al oír esto, al obispo Hermenegildo se le despertó el alma fanfarrona y se encaró con ellos replicando:

—Anda, eso es lo que le decían los judíos a Pilatos: «¡Nuestro único dueño es el césar!». Y crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo… ¿Quién es vuestro césar sino el califa?

El ministro Musa también estaba en la misa y había prestado oídos, perplejo, al sermón. Entonces, al ver lo que sucedía, se puso muy nervioso y recriminó a Hermenegildo:

—¡Silencio, en nombre de nuestro rey Radamiro! Hemos venido como embajadores suyos, no a organizar pendencias.

—¿Me llamas pendenciero? —contestó airado el obispo de Palencia—. ¿Te atreves a insultarme delante de todo el mundo?

—¡No, no, por Dios! —repuso Musa—. ¡Retirémonos y no prosigamos con esto!

La cosa acabo así; yéndose cada uno por su lado. Gracias a Dios no pasó a mayores. Pero se generó a partir de aquel domingo un ambiente muy tenso entre los cristianos de Toledo y los miembros de la embajada.

36

La crónica de Justo Hebencio

Como bien sabe mi señor, el sabio obispo de Córdoba Asbag aben Nabil, la biblioteca del monasterio Armilatense es muy antigua. ¿Quién la inició? No hay constancia del monje que reunió los primeros libros ni sabemos la fecha en que se empezaron a hacer copias en el *scriptorium* de San Zoilo. Los trabajos principiaron, posiblemente, en los gloriosos tiempos de Eulogio y Álvaro Paulo, hace más de un siglo, cuando la crueldad de los feroces emires quiso segar el más jugoso brote de fe en Cristo que ha visto este reino; y de la siega florecieron los santos que el mundo conoce como los «mártires de Córdoba». Ya mis antecesores, que vivieron en aquella época sublime, tuvieron el cuidado de coleccionar tantos y tan preciados escritos de los antiguos como pudieron, dedicándose a copiarlos con esmero y a vender las copias, obteniendo ganancias que les permitieron adquirir nuevos libros. Algunos traídos de muy lejos, del Oriente, destacándose entre estos los que habían sido escritos en los perdidos desiertos por los ascetas; sorprendentes testimonios del monacato más puro; así: *La vida de Melania la Joven* de Geroncio, la *Historia Lausiaca* escrita por Paladio o la *Vida de Hilarión de Gaza* que tan dulcemente narra Jerónimo. Pues en realidad nuestro credo tiene su origen en el Oriente, como la misma luz del sol que amanece cada día, y estas ejemplares vidas de los primeros monjes que hubo iluminan pedagógicamente a cualquier comunidad del presente, allá o en esta parte de la Tierra. Aunque es preciso decir que, siendo esta la biblioteca de un monasterio, no todo en ella tiene que ver con las cosas del monacato. Mis hermanos, que durante un siglo la formaron con tanto amor, la enriquecieron generosamente y la mantuvieron con ardor y cuidado, no desdeñaron ninguno de aquellos libros considerados profanos. Entre estos, como es obligado, guardamos las obras de Virgilio, Lucrecio y Marcial, alguna copia de los *Disticha Catonis* y el ineludible Salustio; también Estacio, Claudiano, Plinio el Viejo, Marciano, Fulgencio y Solino. No falta todo lo conocido en Séneca; lo cual, por ser tanto, me entretuve yo en resumir con esmero. Y también reuní y copié con mis discípulos las obras de Servio, Donato, Solino y Festo.

En cuanto a los escritores cristianos, como es natural, están singularmente ordenados y cuidados en los principales estantes. Entre otros muchos, tenemos a Cipriano, Ambrosio, Hilario, Agustín, Jerónimo, León Magno, Sulpicio Severo y Gregorio el Grande. Las obras de Orígenes ocupan un lugar destacado y junto a ellas pueden encontrarse las de Eusebio de Cesarea, Evagrio Póntico y Juan Crisóstomo.

Amante de la sabiduría y, consecuentemente, de los libros, todo este tesoro observó y admiró Hasday ben Saprut, mas, por ser tan ingente, hubo de conformarse

ateniéndose exclusivamente a lo que le conducía la selecta guía de su curiosidad; como si fuera fiel a lo que el preclaro Isidoro dijera de su propia biblioteca con aquellos versos:

¿Ves estos prados llenos de espinas y abundante flores?
Si no quieres recoger las espinas, escoge las rosas.

El hebreo era médico y se interesó primeramente por lo referente a su ciencia. Conocía, cómo no, el *Hipócrates*; pero no así los tratados de Oribasio y Rufo, de los que encargó sendas copias. Y después puso sus ojos en los libros de historia, enamorándose de la obra completa de Orosio, de la cual también solicitó copia. Aunque, curiosamente, no suscitó en él demasiada emoción la *Historia de la Iglesia* de Hegesipo.

Con todo, como he referido, Hasday acudió a la biblioteca Armilatense con un fin primordial: indagar en las antiguas profecías; buscar todo aquello que pudiera haber sido escrito en tiempos pasados y que, aunque fuera someramente, aportara indicios de lo que estaba sucediendo en el presente y de lo que habría de suceder en el futuro.

Ya hice relación del asombro que le produjeron las maravillosas miniaturas de los *Comentarios del Apocalipsis* de Beato y la sed de saber más al respecto que se despertó en su alma y que lo llevó a beber en otras fuentes no cristianas, lo cual era natural por ser él judío. En la biblioteca que por entonces tenía el príncipe Alhakén en el Alcázar halló los doce libros sibilinos, tres de los cuales, los números III, IV y V, son exclusivamente hebreos y tratan de la temible profecía del Nerón redivivo; la vuelta del cruel perseguidor de hebreos y cristianos. También allí descubrió la aparatosa doctrina del judío Eldad ha-Daní, contenida en unas viejas cartas enviadas por los judíos de Egipto a los de Hispania, en las que cuenta sus andanzas de profeta y predice el regreso de las diez tribus perdidas de Israel y el fin de los días.

Tal era la curiosidad que se había despertado en él por este asunto que acabé poniendo en sus manos el que sin duda es el libro más extraño e inquietante de cuantos se han traducido y copiado en los últimos años entre los que versan sobre el final del mundo: el *Apocalipsis* de Metodio de Pátara. Aunque sea menester señalar que no pocos dudan de su veracidad y autenticidad, y poner de manifiesto que los doctores eclesiásticos aconsejan que sea leído e interpretado con cautela, fuera o no su autor el propio obispo Metodio. En todo caso, se trata como digo de un libro raro, cuyas sorprendentes coincidencias de hechos y predicciones causan inquietud, pues se mezclan en ellas los relatos de la vida pasada y el anuncio del futuro.

El texto que se halla en esta biblioteca vino de Bizancio, escrito en siríaco originalmente sobre unos deteriorados pergaminos. Fue el monje Hilariano quien consiguió al fin que fueran traducidos al griego y luego al latín, después de que

durmieran, olvidados casi, en un armario. Entonces se desveló el extraordinario misterio que se guardaba en el libro. Su autor, Metodio de Pátara, pretende haber recibido unas revelaciones en las que pasaron ante sus ojos todos los reinos del mundo, desde sus orígenes hasta el final de los tiempos. Poco difiere la sucesión de los hechos y las épocas de lo que pudiera interpretarse en las revelaciones apocalípticas de Daniel o san Juan; pero lo verdaderamente sorprendente es que lo árabes ismaelitas son mencionados y se les atribuye la dominación del mundo. Esto, escrito hace más de siete siglos, es lo que confiere todo su interés a la profecía; pues, en aquellos tiempos lejanos, ¿quién podía imaginar siquiera que aparecería el profeta Muhamad para sacar de sus desiertos a los agarenos y esparcirlos hasta someter tantos reinos? Profetiza Metodio no una sino dos dominaciones de los árabes. Afirma que la primera de ellas será breve, ocho semanas y media de años; y que luego su orgullo quedará humillado, retrocediendo hacia sus desiertos de Yatrib. Pero que después saldrán de nuevo, inflamados de ira, para devastar la tierra, y la dominarán, desde el Éufrates hasta el Indo; desde Egipto hasta Nubia y, al norte, hasta Constantinopla, hasta el mar Negro. Todos los pueblos quedarán sometidos como siervos a ellos y nadie se les podrá resistir.

Cuando Hasday leyó la profecía del *Apocalipsis* de Metodio quedó más maravillado si cabe que con la de Beato; porque aquella obra, aunque no tenía las preciosas pinturas de esta, era más antigua y más reveladora. El meollo estaba desde luego en lo referente a los ismaelitas, ya que era difícil sustraerse al desasosiego de saber que alguien hiciera predicciones tan certeras con una anticipación de siete siglos.

En lo que atañe al fin del mundo, el relato de Metodio se aproxima a las demás revelaciones. Al preguntarse por cuándo sucederá esto, vuelve sobre las palabras del apóstol Pablo, el cual ha dicho: «Mientras subsista el Imperio de los romanos, el hijo de la perdición no aparecerá». Porque todos los reinos tuvieron su momento de gloria y a todos ha de llegarles su final, cuando sea el momento que les ha sido concedido. Y el reino de los ismaelitas, que desterró a los persas, destruirá a los romanos, tras lo cual sobrevendrá el final. La conclusión es inevitable: si los hijos del islam se ponen en camino para dominar la tierra, se avecina el fin del mundo.

37

El viaje de la reina Goto

Venerable Gemondo, ciertamente, tú has andado por el mundo y sabes más de las gentes que pueblan Hispania. Pero yo, que no he salido nunca de nuestra Gallaecia, ¿cómo iba a imaginar siquiera que en la tierra de los mauros tendríamos más dificultades para entendernos con los cristianos que con los ismaelitas? Aunque resulte increíble lo que digo y me duela escribirlo, he de dejar constancia de ello; pues no fueron pocos los problemas que se nos presentaron en Coria durante el tiempo que estuvimos retenidos a la espera de las noticias de Córdoba.

Ya referí que el gobernador Aben Ilyas era un hombre harto hosco y antipático, que parecía estar molesto por nuestra sola presencia en sus dominios, y que apenas nos prestó atención. También que el obispo de Palencia fue muy imprudente al no reparar en que, con su ardiente prédica, podía ofender a aquel pueblo sometido y humillado; mas era de suponer que, al menos entre hermanos de fe, hubiera mutua compresión y dialogo. No fue así, ni mucho menos. Por el contrario, entre los que veníamos del norte y los de allí se interpusieron los demonios y ya no hubo ni el mínimo entendimiento. Y, para colmo de males, esta circunstancia acabó por entorpecer las relaciones entre el ministro Musa y el obispo don Julián, hasta el punto de producirse un grave enfrentamiento en el que yo, sin quererlo, me vi atrapada en medio de ambos. Todo sucedió como sigue.

Desde el primer día de nuestra estancia en Coria, Didaca y yo fuimos a hospedarnos al barrio de los cristianos, en el palacio del que era el jefe y juez de los mozárabes, el conde Odoino. La casa era grande, y estaba dispuesta a la manera de las viviendas de los mauros: sin apenas ventanas hacia fuera, con dos patios, un huerto y las estancias de las mujeres en la parte trasera. Amablemente, enviaron a las hijas con unos parientes y nos alojaron en sus alcobas. A decir verdad, aun siendo aquella una familia cristiana, hacían una vida casi en todo semejante a la de sus vecinos agarenos. Tenían unos baños en los sótanos donde acudían cada día a asearse y eran muy aficionados a las esencias y perfumes; esos aromas tan fuertes, esparcidos por todos los rincones, a veces resultaban mareantes. También quemaban romero, incienso y otras hierbas olorosas en los patios a media tarde, lo cual, unido a tantas especias como usan en sus platos, saturaba el aire exterior. Los vestidos también eran a guisa de mauros, muy coloridos, largos y anchos tanto en hombres como en mujeres, bordados y aderezados con gemas y mostacillos.

El conde me trató con mucha deferencia y ceremonia en el recibimiento; se postró a mis pies y me ofreció cortésmente sus posesiones y criados mientras estuviera en su

casa. Le llamaba más la atención mi condición de reina que la de abadesa; por más que yo insistía en que me considerase mejor una humilde monja. Pero él era un hombre solemne, consumido y terroso, de ojos oscuros y barba gris, con rasgos singularmente vagos. Puesto de hinojos delante de mí, dijo con voz grave:

—Nunca ha habido una cristiana reina en esta casa… Tal vez la hubiera en aquellos tiempos de nuestros antepasados, antes de la ruina del reino godo… ¡Bienvenida, serenísima dómina!

Comprendí que le hiciera cierta ilusión soñar con otras épocas y decidí no desengañarlo; así que acepté sus cumplimientos a modo de reina, sin sospechar que durante toda la semana siguiente tendría que recibir las visitas de su parentela y servidumbre, con las correspondientes presentaciones, banquetes y parabienes.

La esposa del conde, la condesa Dulcidia, era una mujer muy locuaz y dicharachera, pequeña, gordita y poseída por una permanente y ansiosa curiosidad. Siendo costumbre entre aquellas gentes que las mujeres permanezcan encerradas en las casas, como en conventos, sin salir si no es a misa, recibió encantado la novedad de tenernos allí y se lo tomó como un entretenimiento.

Los primeros días transcurrieron entre atenciones y amistades del conde Odoino. Pero, cuando ya no quedaba ningún magnate que no hubiera pasado por el palacio para ver en persona a una reina del norte, la cosa cambió. El conde se olvidó de nosotras y apenas le veíamos ya. Entonces quedamos recluidas en la parte más íntima de la vivienda para compartir la monótona vida femenina. Nos levantábamos temprano e íbamos a misa a una iglesia que estaba enfrente; luego comíamos pan con aceite y miel en la cocina, entre el alboroto de las criadas que empezaban temprano con los preparativos del almuerzo; encender el fuego, calentar agua, pelar y escaldar verduras, machar almendras y amasar. De allí pasábamos a una sala, siempre en las estancias de las mujeres, donde se hilaba, cosía y bordaba; pero, sobre todo, se hablaba. Porque era mucho lo que se hablaba. Para empezar, la condesa Dulcidia se puso a contarnos de golpe toda su vida, sin ningún recato, como si nos conociera desde siempre. Aunque, por otra parte, nada de extraordinario había en aquella vida; salvo si cabe que a los quince años su padre la quiso casar con un agareno importante y luego se arrepintió:

—¡Gracias a Dios! —contó—. No he rezado tanto en mi vida como entonces. La Virgen debió de compadecerse de mí y puso cordura y lástima en el corazón de mi padre. Ay, mi vida hubiera sido otra si no…

Yo aproveche para preguntarle si era frecuente el matrimonio mixto de ismaelitas y cristianos, a lo que ella, con mucha naturalidad, respondió:

—Cuando la nobleza viene a menos en la mozarabía, da a sus hijas en casamiento a los muslimes ricos. Eso se ha hecho siempre aquí.

—Y en todas partes —lamenté—. El matrimonio por conveniencia se da

tristemente en cualquier sociedad.

Ella levantó la cabeza del bordado, con el rostro alumbrado por una sonrisa extraña, y añadió:

—Sí. Pero aquí, si te casan con un ismaelita, tienes que aguantarte compartiendo el esposo y la casa con las otras esposas y concubinas.

Con estas largas conversaciones empezaba a darme cuenta de que la vida de los cristianos mozárabes del al-Ándalus no era fácil. Cierto es que se rigen por sus leyes, que viven en barrios propios, con sus jefes, sacerdotes y jueces; que tienen permiso para realizar sus ritos, celebrar sus fiestas y mantener sus tradiciones; y que las autoridades agarenas no les impiden ser cristianos ni practicar nuestro credo. Pero, por el hecho de no ser muslimes, tienen inconvenientes: deben pagar un tributo especial, no pueden ocupar cargos de honor ni puestos importantes en el ejército o la cancillería; las campanas de las iglesias son de madera, pues no se les permite el tintineo metálico, ni hacer procesiones ni manifestaciones públicas de fe; y, en fin, con frecuencia sufren humillaciones y desprecios. Con todo, son felices como pueden y dan gracias a Dios por sus vidas.

Al ser yo testigo de todo esto, hermano Gemondo, medité largamente y llegué a una triste conclusión: en los reinos del norte que se precian de ser cristianos, ¿acaso no somos de la misma manera crueles y abusivos con nuestros súbditos ismaelitas y judíos?

La condesa Dulcidia, como decía, nos contó muchas cosas; no tenía reparos para descubrir las tribulaciones pasadas y presentes de aquel pueblo sometido. Tampoco la tenía a la hora de echarnos en cara nuestros pecados a nosotros, los cristianos del norte. Porque ellos se consideran hasta tal punto siervos fieles del califa que tienen por enemigos a nuestros reyes y dicen de ellos cosas terribles. Siempre que nombran a nuestro serenísimo Radamiro lo hacen con el sobrenombre del Tirano, el Puerco, el Borracho… ¡Asómbrate! Hablan bien de su perverso califa sarraceno e insultan al legítimo rey cristiano. Esto al principio me causaba una terrible desazón, enfado y hasta rencor hacia ellos. Mas luego reparé en que no era sino el fruto de la ignorancia, de la circunstancia oscura y opresiva en que viven por no haber conocido otra cosa que el dominio agareno. Al fin y al cabo, son leales a quienes les gobiernan, como cualquier otro pueblo que no haya sido liberado de las esclavitudes de este mundo.

Y este acatamiento suyo al poder que los sustenta y rige en la ofuscación fue, precisamente, la causa del grave conflicto que, como más arriba referí, se nos presentó allí.

Resultó que el obispo de Coria, todos sus sacerdotes, abades y demás eclesiásticos se sintieron muy agraviados por las palabras imprudentes del obispo don Julián y así lo manifestaron cuando pudieron; pero este, en vez de buscar la manera de enmendar la cosa, se enardeció, dejándose llevar por su espíritu altanero, belicoso,

y acabo ofendiendo aún más a toda aquella jerarquía llamándoles pusilánimes, tibios, serviles y hasta cobardes; los acusó de ser siervos torpes que tributaban al demonio, que entorpecían la libertad de Hispania y el reino de Cristo, que vivían en el error y el pecado… ¡Todo eso les echó a la cara!

Se formó un gran revuelo entre los cristianos de la ciudad, y a punto estuvo de armarse una contienda, que hubiera terminado muy mal de no ser porque intervino el conde Odoino. Reunió este a todos sus magnates, al obispo, a los sacerdotes, jueces y monjes, y decidieron entre todos, ¡gracias a Dios!, no resolver la querella con armas, sino mediante componendas y reparaciones. Para este menester, obraron como era costumbre en ellos: acudiendo a instancias más altas.

Y así fue como vino a caerme a mí el problema encima. El conde estimó que, siendo yo la reina, tenía autoridad sobre todos los cristianos del norte y, por ende, sobre aquellos que habían venido a Coria. Por tanto, debía resolver el conflicto y hacer uso de mi autoridad para reprender y contener al pendenciero obispo de Palencia. ¡Fíjate! Por más que insistí diciéndoles que yo era monja y que no tenía jurisdicción ni poder temporal alguno, no me hicieron caso y se empeñaron a toda costa en que hiciera valer la justicia. Entonces reparé en la parte de culpa que me correspondía por tener que intervenir en aquel trance, puesto que había consentido torpemente en ser considerada reina para complacer al conde. Las claudicaciones a la vanidad siempre se pagan. Y viendo que no podría escapar del compromiso, decidí mediar, no para imponer veredicto alguno, sino para intentar aplacar al obispo don Julián y hacerle entrar en razón.

Con este fin, me reuní con él. Le expliqué con mesura lo que estaba pasando, lo enojados que estaban nuestros anfitriones y el peligro que podía derivarse.

—¿Peligro? ¿Qué peligro? —inquirió con aire molesto.

—Pues un altercado. Si nos enfrentamos a ellos podemos ofender también a las autoridades agarenas y hacer fracasar la embajada. Si no somos prudentes y cuidadosos, echaremos a perder la misión y disgustaremos grandemente a nuestro rey Radamiro.

Se quedó pensativo, mirándome fijamente durante un rato. Después hizo un chasquido con la lengua y dijo con orgullo:

—Perdonad, dómina… ¿No quedábamos en que vuestro cometido era únicamente recuperar las reliquias? ¿Acaso pretendéis dirigir ahora toda la embajada? ¿Tratáis de darme órdenes? ¿Os debo yo obediencia?

—¡No, por Dios! —repliqué alterada—. Mi intención no es otra que mediar, tratar de que haya entendimiento, ayudar a que se resuelva el problema…

—Aquí no hay mayor problema que el que tienen estos infelices mozárabes de Coria —repuso.

—Por Santa María —le rogué—, obremos con sensatez…

—¿Sensatez? Dómina, lo único que yo he hecho es decir la verdad. Todavía no alcanzo a comprender el motivo de tanto agravio y alboroto. Ahora va a resultar que el soberbio y el pendenciero soy yo… ¡Nada de eso! Ellos se ofendieron al escuchar las verdades que les dije. Sirven, tributan y casi adoran a ese demonio sarraceno, ¡a ese Nerón redivivo! No, dómina, yo no tengo ningún miedo, no temo por decir verdades. Recordad las palabras de Nuestro Señor: «La verdad os hará libres». Eso es lo que estos infelices necesitan, ¡la verdad y la libertad!

—Sí, tenéis razón —le dije con calma—. Pero también nos mandó el Señor Jesucristo ser «sencillos como palomas y astutos como serpientes». Obremos pues con inteligencia y prudencia, no sea que causemos males mayores. ¿Qué ganaremos enfureciendo a estos pobres cristianos? Ocupémonos del cometido que nos trae a estas tierras y dejemos eso por ahora. Aquí estamos únicamente de paso; nuestro destino final es Córdoba. ¡Seamos cuidadosos y diligentes!

Como si aquello que le dije le hubiera tocado en lo más profundo, él respondió con gravedad:

—¿Decís eso por vos misma o habláis por boca del ministro Musa? Porque tengo la sensación de que venís a transmitir todo lo que él piensa de mí… Y sé que me considera imprudente e inútil para este cometido. No hace falta que vos, dómina, vengáis a soltármelo. ¡Si tiene algo que decir ese cagón, que venga en persona!

Temerosa y dolida, exclamé:

—¡Oh, no, por Dios! He venido por propia decisión. Las autoridades de los mozárabes me lo pidieron.

—¡Peor todavía! He hecho lo que creía conveniente y no tengo por qué desdecirme o templar gaitas.

—Reconsideradlo —le pedí angustiada—. Bastará con que expreséis una somera disculpa.

—¡No! —negó tajante.

—Os lo ruego en nombre de nuestro rey…

—¿Ah, si…? Pues yo os digo que no debo obediencia alguna a Radamiro; mi señor natural es el conde Fernán González, mi primo.

—Entonces, ¿por qué habéis venido?

—Lo estimé oportuno y basta. Pero, una vez aquí, me rijo por mi sola conciencia y obraré como me parezca bien.

—¡No me asustéis! —exclamé desesperada—. Bastante miedo me causa ya este viaje y estas tierras extrañas.

Se produjo un silencio entre los dos. Don Julián pareció aflojar en su actitud y yo, aprovechando el apaciguamiento que asomaba en su dura expresión, añadí:

—Bastará con que visitéis al obispo de Coria y, fraternalmente, le digáis que no teníais intención alguna de agraviar.

Se puso a mirarme pensativo, muestra de su ánimo más calmado, antes de contestar:

—Lo pensaré.

—¡Oh, gracias a Dios! —recé—. Me dejáis más tranquila…

Me despedí y, de vuelta al palacio del conde, llegué a la conclusión de que el obispo de Palencia era un hombre en extremo difícil, al que se debía tratar con temple, midiendo las palabras y evitando contrariarle. Comprendí que iba a suponer un obstáculo, más que una ayuda, en esta difícil misión.

38

La crónica de Justo Hebencio

Parecerá un cuento, pero lo que voy a narrar empezó con una noche insomne para mí, larga y acuciosa, en la que mi alma estuvo oprimida por extraños y sombríos presentimientos. Inevitablemente, llegué a pensar que los ángeles querían comunicarme algo. Lo recuerdo muy bien, porque fue durante el comienzo de la Cuaresma; se avecinaba la primavera. El primer ayuno en el monasterio era rígido y, ocasionalmente, coincidía con una temprana floración del azahar que me provocaba el sofoco de la melancolía, como una tentación. Ya me había sucedido algo semejante en la juventud, antes de profesar los votos, y el monje maestro de novicios me dijo que seguramente sería por influjo del demonio y que no debía caer en el engaño, sino hacerle frente con mayores ayunos; puesto que, cuando ataca el demonio, es porque quieren hablar los ángeles. Cumplí al pie de la letra aquella recomendación y me sometí, además, a duras penitencias; esperando anheloso a que los mensajeros me comunicasen la voluntad del Altísimo. Y tal era la excitación del aguardo, deseando quedar dormido para alumbrar algún sueño profético, que me desvelaba no logrando sino cosechar terrores y destemplanzas.

Cumpliéndose la séptima noche de aquel estado febril, madrugué hasta el punto de hallarme en el oratorio postrado sobre el frío suelo poco después de la última hora, mucho antes de que la clepsidra señalase la llamada a la *peculiaris vigilia.*

Cuando los hermanos entraron para hacer la oración, me encontraron profundamente dormido al pie del altar y les costó no poco esfuerzo despertarme. Pasé una gran vergüenza al verme sorprendido, vencido por la pereza del cuerpo. Pero resultó que, en la hondura y enajenación de aquel breve sueño, había recibido por fin una visión.

No vi ningún ángel y, si alguno intervino, no desveló su presencia. El complejo mundo que penetró mi alma en el impreciso instante de la revelación pertenecía a los espacios de la alegoría, en virtud de la cual unas cosas visibles representan o significan otras diferentes. Como sucede con esas sugestivas imágenes pintadas en los *Comentarios* de Beato o en las edificantes parábolas que ornan las Escrituras. Sé bien lo que vi en mis sueños y el alcance del entendimiento que se me confirió para interpretarlos.

Yo caminaba por una especie de laberinto, encerrado en las murallas de lo que comprendí ser una ciudad; pero no iba perdido, pues sabía bien hacia dónde dirigirme, aunque no puedo expresar esa dirección por ser harto imprecisa; era destino y bastaba para seguir adelante. De repente encontré al judío Hasday —el

único ser conocido de cuantos intervinieron en el sueño— y me indicó que debía ir a un lugar donde alguien me estaba reclamando y que él me acompañaría. Le hice caso, porque su serena persona siempre me inspiró confianza, y anduve tras él por el laberinto, cada vez más sombrío y enrevesado, hasta llegar a una suerte de torre o palacio alto y delgado. Allí me detuve. Todo en derredor empezó a desvanecerse, hasta ser invisible, excepto el esbelto edificio, en cuya cima, elevadísima, puse mis ojos; sabiendo a ciencia cierta que alguien a su vez me observaba. Hasday ya no estaba al lado y el terror se apoderó de mí. Fue entonces cuando apareció súbitamente un extraño y poderosísimo ser en la vertiginosa altura de la torre; tenía la figura de un macho cabrío grande y orgulloso, pero supe que no era el diablo ni ninguno de sus ángeles, aun siendo mucha su iniquidad y soberbia. Vestía ricamente y la barbaza larga, ondulada, le caía sobre el pecho cubierto de cadenas de oro; sus cuernos retorcidos eran tan negros como el cielo de aquella noche y sus ojos brillaban interpelantes, mirándome fijamente, solicitando con impaciente exigencia una respuesta que, según intuí, debía darle. No habló; solo inquiría penetrando mi ser con aquellos ojos de fuego. Y yo, que sabía bien lo que el cabrón quería oír, no era capaz de articular palabra alguna, porque estaba paralizado de pánico temiendo decir algo que pudiera ofenderle y encender más su cólera.

Recibí una fuerte bofetada en la mejilla y temí que fuera el comienzo de una cruel paliza. Entonces clamé a los cielos implorando el auxilio divino:

—¡Ángeles de Dios, venid en mi ayuda!

Una segunda bofetada me despertó. En la penumbra del oratorio, me rodeaban todos los monjes, asustados. El abad Martino estaba doblado sobre mí; me tenía cogido por los hombros, me agitaba y me abofeteaba gritando:

—¡Despierta, despierta, despierta…!

Estaba yo tan confuso que tardé un largo rato en hacerme consciente del lugar donde me hallaba y de lo que me estaba sucediendo. Pero, cuando me di cuenta de que me había quedado dormido, me avergoncé grandemente y pedí perdón a la comunidad entre sollozos.

Pero el abad, lejos de reprenderme, me justificó diciendo con dulzura:

—Demasiado ayuno y demasiada penitencia. Cuando la verdadera virtud se encuentra justo en el medio; entre lo demasiado mucho y lo demasiado poco…

Tras esta sentencia, me ordenó comer y descansar invocando mi voto de obediencia. En verdad mi cuerpo estaba desfallecido. Y, ciertamente, la antigua sabiduría monacal ha aprendido durante su peregrinación de siglos que los monjes mal alimentados, extenuados por la mala aplicación de la vida ascética, llegan a perder la razón. Y el mismísimo demonio se aprovecha con ello de manera tramposa de lo que debería ser medicina contra él.

Comí y reposé en mi celda durante tres días. Repuse fuerzas y, gracias a Dios,

recobré el preciado don del sueño, olvidado de visitas de ángeles y visiones. La sana lectura, la meditación y la oración obraron el milagro de restituir la paz a mi alma. Pero en la mañana del cuarto día se presentó el sobresalto.

Vino Hasday al monasterio después de la hora tercia. En todo lo que llevábamos de Cuaresma no había pasado por la biblioteca para no alterar el ritmo de ese tiempo tan valioso para los monjes. Así de respetuoso era con las cosas de nuestra religión, aun siendo él hebreo. Supuse en principio que había sido avisado de mi desvanecimiento y que venía a interesarse por mi salud. Nada de eso. Estaba allí, aun sin quererlo, para causarme inquietudes mayores y reanimar mi desasosiego. Así, de sopetón, me anunció:

—El califa Abderramán quiere verte inmediatamente. ¡Vamos, coge tu capa y sígueme!

Me brotó incontrolable un grito y luego quedé mudo de pasmo. Y él, al verme en tal estado, se disculpó:

—Siento no haberte avisado con tiempo para que pudieras prepararte; de veras que lo siento… El califa es así: imprevisible, imperativo, muy exigente… y ¡terrible si le contrarían! ¡Vamos, no hay tiempo que perder! No debemos hacerle esperar.

—Oh, no… No puedo… —balbucí.

Hasday se quedó un poco extrañado; después, con una voz que indicaba protesta, exclamó:

—¿Qué no puedes? ¿Sabes lo que dices, insensato? Nadie puede desobedecer a Al Nasir y quedar con vida.

Me derrumbé y caí sentado en un banco del recibidor, sin capacidad de responder. Él añadió:

—Al califa se le ha antojado verte esta misma mañana. Frente a esa realidad no cabe vacilación ni duda alguna. ¡Él manifiesta sus deseos y hay que obedecerle!

—¡Me siento paralizado! —grité—. Estamos en Cuaresma; no esperaba esto ahora…

—Para Al Nasir no existen cuaresmas ni zarandajas. No te reprocho tu miedo, pues es natural; pero sí que no seas capaz de comprender que no tienes más remedio que ir.

—¿Para qué? ¿Con qué motivo? ¿Qué es lo que yo, un pobre monje, puede ofrecerle al hombre más poderoso de la Tierra?

Pese a la gravedad de la situación, Hasday contestó sonriendo y con algo de ironía:

—¿Eso me pregunta precisamente un hombre tan sabio co- mo tú?

Estallé, gritando con terror y rabia a la vez:

—¡No tengo respuestas a lo que querrá saber! ¡No soy uno de esos nigromantes y adivinos! ¡Ni siquiera me considero un profeta menor! ¡Nada sé del futuro! ¡El futuro

es incierto!

Él suspiró profundamente y me miró con ternura, con sus serenos ojos negros de hebreo, diciendo:

—No sé lo que te querrá preguntar el califa; pero, si es por el futuro, bastará con que le respondas eso mismo que acabas de decirme. Es un hombre inteligente y cultivado; lo comprenderá.

—¡No lo comprenderá! —repliqué—. Está poseído por el vicio de la incertidumbre morbosa y ama los augurios; tú mismo me lo dijiste. Querrá saber más y más. Cuando esté ante él, me tratará como a uno de esos brujos a los que es tan aficionado y me obligará a que pronuncie un oráculo. ¡No soy un embustero ni un falsario! Le defraudaré y acabará condenándome como a aquellos infelices que crucificó en las murallas después de su derrota en Simancas.

Con relativa calma, Hasday repuso:

—No tienes por qué representar lo que no eres. Aquellos murieron precisamente por haberle mentido. Ve allí y habla con el corazón. Di todo lo que sabes y eso bastará.

—¡No!

Como si dialogase consigo mismo, con pesadumbre, él contestó:

—¡Qué absurda terquedad! ¿Qué necesidad hay de morir por no querer morir? Si se desobedece, la muerte es segura; si se va, al menos habrá esperanza…

Estábamos en esta porfía cuando de improviso irrumpió en el recibidor el abad Martino, que a buen seguro estaba escuchándolo todo desde detrás de la puerta. Agitando las manos, me gritó:

—¿Te has vuelto loco? ¿Acaso los ayunos te han trastornado? ¡Coge inmediatamente tu capa! ¡Cuántos quisieran estar aunque fuera a un tiro de piedra de Al Nasir! Si logras contentarle obtendremos grandes beneficios para el monasterio. ¡Vamos, no se hable más y coge la capa!

Estas palabras del abad produjeron en mí una rara impresión, como si descubriese en él una ansiedad que desconocía; pero encontré en ellas un nuevo motivo de irritación y tensión. Así que repliqué:

—¡No soy un adivino! Y Dios desautoriza a los falsos profetas… ¿Se me pide que haga lo que reprueba el Todopoderoso?

El abad vino hacia mí con las facciones crispadas, la garganta hinchada, y me zarandeó pronunciando palabras de las que a buen seguro se avergonzaba:

—¡Ve a Zahara y contenta al califa! ¿Quieres morir? ¿Quieres que nos maten a todos? Coge tu capa y ve allí; yo te lo mando… ¡Soy el abad! Me debes obediencia…

Medité y contesté:

—¡Mañana iré! ¡Concededme al menos un día para pensar en la manera en que he de actuar!



—Está bien —asintió Hasday—. Le diré al califa que necesitas prepararte convenientemente para la entrevista. Lo comprenderá… Pero mañana regresaré a por ti.

39

El viaje de la reina Goto

El domingo de Ramos hubiera sido maravilloso en Coria si no fuera porque los demonios se empeñaron en fastidiarlo. Era a finales de marzo y amaneció un día pletórico de luz. Por la mañana muy temprano en la casa del conde Odoino había un alboroto inusitado. Es tradición entre los mozárabes lucir galas especiales ese día y las mujeres de la casa habían sacado de los baúles sus vestidos suntuosos de primavera, confeccionados con brocados oscuros de seda, bordados con hilo de oro; también los largos velos, mantos, diademas y alhajas que se ponen para el oficio religioso y la procesión, y que esa misma tarde vuelven a guardar y ya visten austeramente durante los días santos de la Pasión del Señor, hasta el domingo de Pascua, en que vuelven a adornarse.

La condesa Dulcidia había estado eufórica toda la semana anterior con los preparativos necesarios para las fiestas, que son muchos: poner altares en los patios, cubrir con telas las imágenes y adornos de la casa, hacer roscas y dulces y disponer lo necesario para que en las cocinas hubiese alimentos suficientes para el medio centenar de pobres que cada mediodía acudía a la puerta. A estos menesteres se entregaba con el denuedo de una obligación asumida, pero también con el regocijo propio de un divertido entretenimiento. Tanto era su empeño en vestir adecuadamente a todo el mundo que incluso a mí pretendió echarme por la cabeza una especie de mantilla lujosa y que me pusiera una corona. A lo que yo repliqué:

—Solo visto mi hábito.

—¡Lástima! —se lamentó—. ¡Con lo que habría lucido una reina en la procesión! ¿Y no puedes hacer una excepción en atención a los cristianos de aquí? Un día es un día…

—Oh, no, no, no… Tengo voto de pobreza y no puedo lucir otras galas que las quirotecas, el báculo y la mitra sobre la toca.

Al oír aquello, se le encendió la cara y exclamó:

—¡Mitra sobre la testa, toca, quirotecas y…! ¡Báculo! ¡Qué maravilla! ¡Eso será toda una novedad aquí! Te montaremos en la mula blanca grande, con sus gualdrapas bordadas y sus jaeces dorados… ¡Quedará precioso! Porque, aunque tú no puedas llevar galas, al menos podrá lucirlas la montura… ¿O no?

—Mejor iré a pie —dije.

Al final, por no desilusionarla más, acabé montando en la dichosa mula, que era grande y alta como una casa. Desde arriba veía a la gente que acudía entusiasmada a la iglesia mayor, llevando en las manos grandes palmas y ramas de olivo y

apretándose unos contra otros para dejar paso a los clérigos y a los magnates. Por encima de las cabezas brotaba el murmullo bullicioso, entre los estandartes y el brillo verde de las hojas; hasta que se hizo el silencio, cuando apareció el obispo con sus sacerdotes y acólitos, envuelto en el blanco humo del incienso.

Dentro de la iglesia, abarrotada y sofocante, se cantó el relato de la Pasión con cadenciosa solemnidad y el oficio prosiguió, hermoso y largo, sin ningún incidente hasta las bendiciones finales. Pero luego, a la salida, se armó un alboroto grande, con voces y agitación de la multitud. Yo lo veía desde lejos, antes de montar en la mula, sin saber a ciencia cierta lo que estaba sucediendo; únicamente podía oír gritos que decían:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!…

—¡Vámonos a casa! —exclamó la condesa Dulcidia.

—¿Qué pasa ahí? ¿A qué vienen esas voces y ese revuelo? —le pregunté.

—Un altercado —respondió—. ¡Sube a la mula!

Cuando monté, pude ver desde lo alto al gentío moviéndose en oleadas en torno a unos caballeros que habían sacado sus espadas y las alzaban amenazantes por encima de las cabezas. El corazón se me encogió cuando advertí que esos caballeros eran miembros de nuestra embajada y que, entre ellos, también con espada en mano, estaba el obispo Julián de Palencia, enardecido, altanero, dispuesto a hacer un desatino…

Entonces, a veinte pasos de mí, vi al ministro Musa aben Rakayis, con el rostro desencajado y pálido. Le grité:

—¡Haced algo! ¡Id a detenerlos!

Pero él me miró desde un abismo de estupor y comprendí que el miedo le tenía paralizado. Entonces, en mi desesperación, busqué al conde Fruela; y lo hallé en medio del tumulto, junto al obispo Julián, en la misma actitud pendenciera que el resto de nuestros caballeros. Así que, viendo que nadie me ayudaría a frenar la tragedia que se avecinaba, piqué espuelas y me abrí paso entre la gente, alzando el báculo y gritando:

—¡Quietos, insensatos! ¡Deteneos! ¡Guardad esas espadas!

Dios hizo que aquello les espantase y que, vueltas las miradas hacia mí, depusiesen su actitud. He de decir que la mula blanca era harto grande, poderosa, y que su sola presencia impetuosa causaba respeto; pero creo que también influyó la imagen de una mujer grandona, con mitra y báculo, montada en ella.

—¡Estáis ofendiendo a Dios! —gritaba yo, fuera de mí—. ¡En un día como este! ¡Esto es un sacrilegio!

Se hizo un gran silencio, en el que todos estuvieron pendientes de mis voces, mirándome. A resultas de los gritos y aspavientos que hice resultó que se encabritó la mula y empezó a cocear y dar saltos, para luego echarse a trotar buscando el refugio

de la iglesia, haciéndome entrar por la puerta al galope. Avanzó hasta el final de la nave y se paró en seco delante de los lampadarios donde ardían cientos de velas. Caí yo, en medio del aceite quemado y la cera derretida, y se me prendió fuego en el hábito. Comprendiendo que me abrasaría, salí envuelta en llamas, pidiendo socorro a gritos, corriendo como una loca.

Menos mal que había un pilón en el centro de la plaza, donde me arrojé y logré enseguida apagar las llamas, mientras la gente me rodeaba, inmóvil, con espanto, sin atreverse a socorrerme. Así que de repente me vi allí, empapada y humeante, en medio de una multitud curiosa que me miraba estupefacta y rompí a llorar nerviosamente.

Entonces la condesa Dulcidia y sus damas reaccionaron; me rodearon con cariño, me cubrieron con sus capas y me condujeron al palacio.

Milagrosamente, el fuego no había traspasado las ropas y mi piel estaba intacta. Solo tenía alguna magulladura y la mitra se había quemado. Pero padecía por la vergüenza de haberme encontrado en un trance tan grotesco, ante la mirada de todo el mundo, y estaba sucia, apestando por el aceite renegrido y dolorida por todas partes. En tal estado advertí que la condesa y las mujeres de la casa me atendían con respeto y veneración, silenciosas, sin hacer guasa ni mofa alguna de lo que me había pasado. Me llevaron a los baños, me lavaron y me ungieron con bálsamo perfumado. Después me dejaron reposar en el patio. Entonces Dulcidia se sentó a mi lado, sin dejar de mirarme sonriente. También Didaca me observaba extrañamente, sin decir nada.

En mi desconcierto, les pregunté:

—¿Por qué me miráis así? ¡Qué horror! Siento una enorme vergüenza…

—¿Vergüenza? —repuso Didaca—. No debéis sentir vergüenza ninguna, dómina. ¡Habéis obrado con valentía! Si no llega a ser por vos, ¡quién sabe lo que habría pasado hoy!

Al oír estas palabras, a la condesa Dulcidia se le escapó un grito de alegría. Me volví hacia ella y la vi exultante y emocionada, mirándome con su cara redondita, colorada y brillante, a la vez que exclamaba:

—¡Ha sido maravilloso!

—¿Maravilloso? —inquirí, sobreponiéndome—. ¿Qué ha sido maravilloso?

—¡Vuestra acción! —respondió emocionada—. ¿Cómo lo habéis hecho, serenísima señora? ¿De dónde sacasteis todo ese valor y esa grandeza? ¡Qué poderío, qué magnificencia, qué arrojo…! Primero salisteis galopando por encima de la gente, como si fuerais a la batalla; luego vuestra voz resonó como una trompeta… Pero lo mejor de todo fue tomar la decisión de entrar a lomos de la mula en la iglesia; para salir luego ¡ardiendo como una antorcha viviente…! ¡Con la mitra en llamas! ¡Como una reina de encantamiento! ¡Maravilloso!

Didaca entonces me tomó las manos, me las besó y añadió:

—Deberíais haberos visto, dómina. La gente estaba espantada, ¡como viendo visiones! Vuestra imagen, brillante, envuelta en fuegos y… ¡Oh, Dios bendito!, ¡estáis ilesa! Ni una sola quemadura… ¡Un milagro verdadero!

Di un respingo y, completamente turbada, repliqué:

—¡Pero qué tonterías estáis diciendo, insensatas! La mula se encabritó y me caí encima de los lampadarios… ¡Por poco me abraso viva!

En los ojos de ambas se transparentaban miradas llenas de asombro y fervor. Didaca, con una voz profunda y clara que resonó en el silencio elegante del patio, contestó:

—La pelea se detuvo inmediatamente… ¿No os dais cuenta? Depusieron su actitud belicosa que seguramente habría causado una desgracia irremediable. ¡Habéis salvado la embajada!

—¡Es mucho más que eso! —añadió la condesa—. Vuestra presencia grande, vigorosa, encendida, nos dejó a todos extasiados… ¡Oh, qué manera tan hermosa de comenzar la Semana Santa! ¡Sois una lámpara viviente!

—No, no, no… ¡Nada de eso! —protesté—. ¡He dicho que me caí de la mula encima de las llamas! No tratéis de buscar interpretaciones absurdas.

—Dios lo hizo —observó Didaca—. Fue la Divina Providencia. No os quitéis el mérito; Dios obró a través de vos y se acabó la pelea. ¡Ha sido un milagro!

Seguíamos discutiendo de esta manera cuando irrumpieron en el patio el conde Odoino, el ministro Musa y Fruela Gutiérrez. Los tres me hicieron reverencia y se interesaron por mi salud muy preocupados. Luego el conde dijo con solemnidad:

—Hoy ha podido ocurrir un desastre; pero Dios acudió a remediarlo. Serenísima reina Goto, aceptad mis respetos y mis felicitaciones, de corazón…

Detrás de él estaba el ministro Musa, sobrecogido, e inclinándose para besarme las manos, añadió:

—Vuestra determinación nos libró del desastre. Disculpadme, dómina, por haber sido tan torpe…

También el conde Fruela, muy conmovido, me besó las manos y me pidió perdón. Yo permanecía en silencio, sin ser capaz de salir de mi asombro. Todo aquello me parecía un sueño extraño y experimenté una efímera satisfacción que duró hasta que irrumpió allí también el obispo don Julián, que venía serio, sin su habitual arrogancia e ímpetu. Miró uno por uno a los presentes y dijo:

—Mañana proseguimos nuestro camino. Según se ve, aquí no somos bien recibidos. El obispo de Coria le ha suplicado al gobernador que nos deje ir y este ha accedido. Mejor así. Puesto que esta gente cristiana no nos recibe y acabaría causándonos algún mal. Lo más prudente ahora es continuar hacia el sur.

—¿Algún mal? —replicó el conde Odinio—. ¿No habéis parado de crear problemas y nos hacéis culpables a nosotros?

El obispo Julián volvió a hablar, adoptando un tono acusador:

—¿Culpables? ¡Sois gente nada hospitalaria!

—¡Por Dios, basta! —grité—. ¡Ya está bien!

Todos me miraron y se hizo un gran silencio, que aproveché para opinar:

—Es mejor que sigamos nuestro camino. Nos detuvimos aquí para esperar a la embajada que debía cruzarse con nosotros proveniente de Córdoba. Ya nos encontraremos con ella más adelante.

—¡Qué lástima! —exclamó la condesa Dulcidia, resoplando—. Deberíais quedaros a vivir aquí, reina Goto…

—¿Aquí? ¿Por qué? —le pregunté.

—¿Ves a estos hombres? —contestó lanzando una mirada perdida a su alrededor—. Todos son magnates acostumbrados a mandar y, sin embargo, están pendientes de lo que diga una mujer. Si a las mujeres nos dejaran gobernar, otro gallo cantaría.

40

La crónica de Justo Hebencio

Muy de mañana iba yo camino de Zahara, con el corazón encogido. El repentino comienzo de la primavera tenía alborotados los campos; había flores moradas de cantueso por todas partes y la luz temprana hacía brillar los olivos. Después de tanto tiempo encerrado en el monasterio, la hermosura del mundo me pareció esperanzadora; no obstante mis miedos. Alcé los ojos al cielo azul y vi una bandada de aves que volaban muy altas, ordenadamente, hacia el norte, formando algo que parecía una punta de flecha. Entonces me dije: «Parece un buen presagio». Pero enseguida reparé en que no debía buscar señales de confianza, sino abandonarme en las manos de Aquel que todo lo puede. De esta manera, absorto en mis pensamientos, llegué ante la prohibida ciudad de Abderramán al Nasir.

Las Sagradas Escrituras y los libros antiguos hablan sobradamente de los palacios, canales y jardines de la antigua y orgullosa Babilonia; y se dijo que este nombre le venía de la presencia allí en tiempos inmemoriales de la torre de Babel. Heródoto describe sus robustas murallas y sus ocho puertas; y todos los escritos coinciden afirmando que todo aquel lujo y vano esplendor, desmedido, ofendía a la divinidad. Por eso fue su condena y destrucción. Inevitable fue para mí pensar en ello al entrar en Medina Azahara. Porque no creo que nadie pueda quedar indiferente ante lo que en ella puede contemplarse. Todo brilla en perfecta armonía, en un orden ascendente que confluye, jardín tras jardín, palacio tras palacio, en la resplandeciente residencia del califa, donde hasta las tejas son de oro. Vos lo sabéis muy bien, mi señor Asbag aben Nabil, por haber estado allí frecuentemente. Por eso, os ahorraré la fatiga de una exhaustiva descripción.

Baste referir que recibí un gran susto justo antes de entrar en el último de los edificios, donde los chambelanes me hicieron esperar después de advertirme severamente acerca de los usos palaciegos y de la manera en que debía comportarme ante Al Nasir. Estaba yo tan arrobado que apenas reparaba en cuanto había alrededor, tal era la abundancia y maravilla de lo que podía contemplarse, cuando, de repente, a mi espalda estalló la violencia de un rugido, fuerte como un trueno. Me volví espantado y, apenas a veinte pasos, estaba echada en el suelo una fiera casi tan grande como un toro; que, por haberla visto mil veces pintada y descrita en los libros, supe al momento que era un león.

Me eché a temblar y me flaquearon las piernas. Al verme muerto de miedo, los eunucos se rieron muy divertidos, como seguramente harían cada vez que un visitante se encontraba con la fiera. Porque, aunque se haya leído sobre leones y se los conozca

por medio de pinturas, resulta incomparable su presencia física y real delante de uno. Paralizado, observé la tremenda cabeza melenuda, la intensidad de su mirada felina, el dorado del pelo, como del color de la arena limpia, y las garras enormes. Solo me tranquilicé algo cuando reparé en la gruesa cadena que le mantenía atado.

Pero otra impresión todavía mayor me aguardaba dentro del palacio. Cuando Hasday salió para decirme que el califa estaba ansioso por recibirme, mi corazón saltó en el pecho, me temblaron las piernas y temí no ser capaz ni de abrir la boca. Esperando encontrarme un trono elevadísimo y la infranqueable distancia de un monarca henchido de suficiencia, atravesé el vestíbulo con la cabeza gacha, viendo tan solo la solería de mármol pulido. Hasta que, repentinamente, alguien me gritó:

—¡Póstrate ante tu señor Al Nasir, príncipe de los creyentes!

Allí estaba él, de pie, frente a mí, vestido con túnica blanca impoluta, orlada con un sencillo bordado de verdes hojas. Arrojado de bruces en el suelo, vi que calzaba babuchas de rico paño encarnado y temblé más que ante el león.

Cuando me autorizaron a levantar la cabeza me encontré con su rostro, agraciado, pero corriente: la nariz recta, la barba y el bigote negrísimos y la piel, sin embargo, clara y rosácea. Un turbante sencillo de algodón crudo y suave envolvía su cabeza y su frente hasta las sienes; sobre la oreja izquierda, un manojillo de plumas de pintada prendidas con un broche de plata era su único adorno.

—Este es el monje Justo Hebencio —me presentó Hasday, con naturalidad.

—Levántate —me ordenó Abderramán.

Era más o menos de mi estatura. Solo un momento lo miré a los ojos, que tenía de un azul muy oscuro, inquietantes. Y contuve el aliento con precaución, mientras reinaba el silencio un instante que se me hizo una eternidad. Hasta que él habló sin asomo de intemperancia:

—Todo eso que le has contado a mi servidor Hasday ben Saprut sobre las antiguas profecías que versan sobre el fin del mundo es de sumo interés para mí. Quiero oírlo directamente de tu boca ahora y después te haré algunas preguntas.

Temblando, miré a Hasday pidiéndole ayuda. Él me hizo un gesto con la barbilla, animoso, como diciendo: «Habla, desprende ante él todo lo que sabes».

—¿Por dónde he de empezar? —pregunté.

—Da igual —respondió el judío—. Por los comentarios de Beato mismo… o por las profecías de Daniel.

Me costó hablar con soltura al principio, pero luego, como solo se trataba de repetir todo lo que le había referido a Hasday desde el primer día que estuvo en la biblioteca Armilatense, no hallé mayor dificultad que la de ser consciente de que disertaba delante de uno de los hombres más poderosos de la Tierra. Empecé con la sibila Tiburtina, continué con los comentarios de Beato, expliqué lo que expresaba el Apocalipsis de san Juan y las profecías del Libro de Daniel; y me detuve

especialmente en las predicciones de Metodio, pues me pareció adivinar en el rostro atentísimo del califa que era esto último lo que más le interesaba.

En ningún momento abrió la boca ni me interrumpió; solo al final, fijando en mí unos ojos turbadores e interpelantes, exclamó en voz baja:

—¡Qué misterios!

Un intenso escalofrío recorrió mi cuerpo, al tener tan cerca de mí al terrible y belicoso rey agareno descendiente de la sangre omeya de Oriente, no obstante indefenso ante las épocas y el devenir de los siglos. Porque encima regresó a mi mente la figura onírica de aquel oscuro macho cabrío, que aparecía en mi sueño ansioso por conocer el enigma del tiempo.

—Sí, es un grandísimo misterio —contesté en un susurro.

El califa se inclinó entonces hacia mí y, con interés e inquietud, me preguntó:

—Y tú, que tan familiarizado estás con todos esos escritos antiguos, ¿qué piensas de todo eso?

—Yo, altísimo señor, no opino nada al respecto; puesto que mi opinión nada vale. Soy un humilde custodio de libros y amanuense.

—¡Anda ya! —replicó dándose un sonoro manotazo en el muslo.

Me encogí de espanto y, con voz temblosa, dije:

—Señor mío, compréndeme y apiádate de mí. Si nadie puede conocer lo que pasa por una mente como la tuya, sutilísima e inteligente, ¡cuánto menos por la del Altísimo, que es Omnímoda! ¡Ojalá tuviera algo más que decirte! Pero he referido todo lo que sé… ¿Para qué habría de mentirte? ¿Para acabar como aquellos falsos adivinos que te engañaron cuando lo de Simancas?

Me atravesó con una feroz mirada y me aterroricé aún más creyendo haberle ofendido. Entonces se hizo un silencio helado que se alargó durante un instante terrible, hasta que Hasday lo rompió para terciar diciendo con entusiasmo:

—¿Has visto, mi señor Al Nasir? Aquí tienes a un verdadero sabio en quien no hay falsedad ni hipocresía alguna. ¡Ya te lo dije!

Abderramán sonrió por primera vez y aquella sonrisa arrancó un suspiro de mi pecho; el cual él advirtió y, mirándome muy fijamente, aseguró con dulzura:

—Nada tienes que temer, pues no soy tan cruel y despiadado como imaginas. En efecto, has hablado con sinceridad y me doy cuenta perfectamente de que no quieres ser considerado lo que no eres, un adivino.

Me doblé en una reverencia, manifestándole agradecimiento y satisfacción. Y él, con una voz en la que se notaba que deseaba seguir la conversación, propuso:

—Sentémonos, porque hay asuntos que requieren su tiempo.

Dicho esto, me tomó del brazo y me condujo a un tapiz, donde nos sentamos los tres a horcajadas. El califa miró entonces a Hasday y le dijo con aire quejumbroso:

—Tú, fiel amigo y leal servidor mío, Hasday ben Saprut, eres el único que sabe

cómo sufro verdaderamente a causa de las dudas y los temores que anidan en mi alma. No pretendo ser del todo feliz… No, no soy tan necio… Hace tiempo llegué a comprender que en esta vida se puede gozar de muchos beneficios; pero que la felicidad es otra cosa… Y no me quejo; he aprendido a resignarme. Es preferible correr un velo que disimule nuestros dolores y dudas, ya que no podemos alejarlos de nuestra existencia… ¡Allah tenga misericordia!

Después de pronunciar estas palabras, se dejó caer de espaldas sobre un cojín arrimado a la pared y cerró los párpados quedándose sumido en una nube de abatimiento y desilusión.

Hasday reaccionó ante esta suerte de lamento con decisión y le exhortó animoso:

—¡Habla, mi señor! ¡Desahoga tu corazón atormentado! Abre la jaula donde tienes encerrados todos esos miedos y dudas y déjalos volar en libertad…

Los ojos de Abderramán, de un azul tan profundo que resultaba opaco, volvieron a iluminar su rostro y miró al judío con una mirada larga, intensa y suplicante. Luego preguntó con disgusto:

—¿Por qué me dará tanta vergüenza? ¡Seré idiota!

—¡Habla! —le animó con ternura Hasday—. Ya sabes que puedes confiar en mí, y pongo la mano en el fuego por el monje Justo; si no fuera así, no te lo hubiera traído. Cuéntale de una vez esas dudas y temores, y veamos si puede ayudarte.

El califa se encerró en el silencio durante un rato, cruzando los brazos sobre el pecho, abandonándose en una poquedad e indefensión que me tenían completamente confuso. Estuvo meditativo, hasta que pareció que aquel silencio se le hacía pesado y acabó diciendo con aire aliviado:

—¡Sea, voy a hablar!

Se dirigió a mí y comprendí que debía escucharle con suma atención, pues, según parecía, lo que iba a expresar tenía que ver con mis conocimientos. Una extraña impresión me embargaba, al verlo así, tan entregado, a la vez que se disipaba el espanto que me había dominado desde que llegué a Zahara.

—Mis dudas y miedos —comenzó diciendo— empezaron a acosarme desde niño. Y reconozco la parte de culpa que en ello tuvo mi abuela paterna, la princesa Durr, que siempre fue una mujer triste y atormentada. Ella vino del norte; era hija del rey vascón Fortún, a quien llamaban el Tuerto. Por entonces gobernaba el harén de mi abuelo mi tía, la Sayida, que era una loca odiosa… Mi abuela vivía relegada, sumida en sus recuerdos de la infancia, encerrada en un mundo de fantasías… ¡Pero era encantadora! Durante el poco tiempo que cuidó de mí, me cubrió de cariño, a la vez que se empeñaba en transmitirme leyendas, cuentos y tradiciones de su lejana tierra; como hace cualquier abuela con sus nietos. Casi nada de lo que me contó he olvidado, a pesar de que las otras mujeres y los eunucos me convencían de que eran pamplinas propias de gente infiel y atrasada… Y, ciertamente, entre los recuerdos de

mi abuela abundaban las absurdas y torpes creencias de la gente cristiana del norte…

Al pronunciar estas últimas palabras, Abderramán puso un énfasis especial en su voz, como si buscara convencerse completamente de lo que afirmaba. Luego sus labios hicieron una mueca de disgusto, echó una triste mirada al techo y prosiguió:

—Serían fantasías… Pero me contó algo que hasta el día de hoy me causa inquietud… Se trataba de una antigua profecía en la que ella creía firmemente; y ese convencimiento avivaba todos sus miedos, a la vez que alentaba sus mayores esperanzas… Tenía que ver con el fin del mundo…

Después de decir esto, miró a Hasday, le hizo un gesto con la mano y le ordenó:

—Cuéntaselo tú, pues lo explicarás mejor que yo.

Hasday movió la cabeza en señal de asentimiento y, como si el relato le perteneciera tanto como al propio califa, me lo confió con soltura:

—Lo que su abuela, la princesa Durr, le contó cuando niño es la leyenda del emperador Constante; según la cual, en alguna parte, quizás en una isla, en una cueva o en cualquier otro lugar oculto, se encuentra dormido un rey, emperador o jefe, que despertará al fin de los tiempos para hacer triunfar la justicia, el bien y la verdad, frente a las fuerzas del caos, la disolución y la iniquidad; entonces será por fin el advenimiento de la Edad de Oro… Y el despertar de ese emperador será anunciado por claras señales del cielo: oscurecimiento repentino del sol, tempestades y tribulaciones…

—¡Así es! —exclamó Abderramán—. Siempre estuve convencido de que esas profecías no eran sino las fantasías de mi pobre abuela, una mujer hermosísima que fue obligada a salir de su tierra muy joven para venir aquí, a un mundo tan diferente al suyo. Ella se creía esas historias y me las contaba, tratando de alimentar en mí unas extrañas esperanzas: el fin de todo y el reinado de un mundo diferente, nuevo, feliz… Me inquietaba todo eso, aunque no lo creía; pero, cuando aparecieron aquellas señales en el cielo antes de lo de Simancas y después pasó lo que pasó… ¿Cómo no pensar en ello?

Hasday, espontáneamente, intervino de nuevo como queriendo justificar los pensamientos del califa:

—Nuestro altísimo señor Al Nasir es demasiado juicioso como para dejarse llevar por elucubraciones. La falta de juicio no es su defecto. Lo que le pasa es que tiene dentro de sí una gran curiosidad; la intrepidez propia de los hombres grandes e inteligentes.

Esta defensa, en vez de satisfacerle, pareció irritar al califa.

—¡Yo sé muy bien lo que me pasa! —exclamó enardecido—. Todos aquellos estúpidos e inútiles brujos y adivinos no supieron interpretar los signos… ¡Por eso los mandé ajusticiar! Yo debería haber sido asesorado y advertido convenientemente de que, cuando se producen tales señales, no hay que aventurarse en empresas

arriesgadas… ¡Con ese consejo hubiera bastado! Sin embargo, me convencieron de que la victoria era segura, cuando ninguno de ellos sabía nada de lo que el cielo quería indicar ocultando el sol de aquella manera…

Se hizo un silencio tenso. Abderramán se quedó taciturno, invadido por el estupor, mirándome muy fijamente con sus ojos de acero. Tuve miedo de aquel silencio y decidí romperlo, desconcertado y agitado.

—¿Y yo qué puedo hacer? —pregunté.

—¡Habla! —rugió el califa—. Únicamente te pido que me des tu opinión. Necesito que alguien como tú, experto en esas antiguas profecías, me diga algo razonable y convincente al respecto. ¡Necesito sabiduría y verdad! ¡Dime de una vez todo lo que sabes!

Aterrorizado por su actitud amenazante, me refugié en el silencio sin ser capaz siquiera de pensar. Estuve rezando en mi interior durante un buen rato, mientras él me miraba anhelante y furioso. Después, dándome cuenta de que no tenía otra escapatoria que terminar hablando, me armé de valor y dije tímidamente:

—Conozco la profecía del emperador Constante… Ya en los oráculos sibilinos aparecía la figura del último emperador, que debía venir para instaurar el Reino Definitivo, venciendo a todos los enemigos de la cristiandad, hasta llegar a conquistar Jerusalén. Eso sucederá, según la sibila Tiburtina, antes de la llegada del Anticristo, el único servidor del mal a quien no podrá vencer…

El califa frunció el ceño y en sus ojos se reflejaron sus cavilaciones. Luego me preguntó:

—¿Conoces lo que se piensa en el norte de todas esas profecías?

—Lo ignoro —respondí con sinceridad.

Abderramán movió la cabeza vehementemente y masculló:

—¡Pues debemos saberlo! ¡Hay que enterarse!

Luego se irguió en su asiento y añadió, completando la frase con una sonrisa enigmática:

—¡Tú te enterarás!…

Entonces Hasday tomó la palabra, como si expresara los deseos del califa, y me dijo:

—Tenemos que ir al norte e indagar. Nuestro altísimo señor Al Nasir, como ves, tiene una enorme necesidad de saber acerca del conocimiento de esas profecías que se tiene allí, si se les hace caso y cómo son interpretadas. No hay nadie en Córdoba más idóneo que tú para enterarse de todo eso.

—¿Yo?… —pregunté perplejo.

—Sí, tú —contestó el judío con el rostro muy serio—. Al día de hoy se está ultimando la preparación de una gran embajada que partirá en el inicio de la próxima semana hacia León, para concertar pactos con el tirano rey Radamiro. Yo iré al frente,

y tú vendrás conmigo para cumplir con el cometido de averiguar lo que allí se sabe de las profecías sobre el fin del mundo.

—¡Ve! —me ordenó con exigencia el califa—. ¡Ve y trata con los sabios cristianos para sonsacarles! ¡Empápate bien de todo y regresa para contármelo! Yo te premiaré generosamente por este gran servicio…

41

El viaje de la reina Goto

Desde Mérida viajamos siguiendo el río Guadiana durante dos jornadas, hacia el este, hasta una fortaleza compacta que se asienta sobre el promontorio que llaman Metellín. Allí acampamos junto a la orilla, porque el cadí que gobernaba el castillo recelaba de la gente armada que nos escoltaba y nos recibió fuera de las murallas, sin dejar entrar a nadie. Al día siguiente proseguimos por caminos pedregosos que discurrían entre bosques de encinas. Ninguna ciudad importante se halla en esta ruta; únicamente hay aldeas y bastiones en las alturas de los montes, como nidos de águilas. Se bordean las montañas y se sigue por caminos llanos, antes de ascender por las laderas de unas sierras abruptas, despobladas. Una parte del espacio que se extendía por delante aparecía entre repliegues y huecos, boscosos, cubiertos por espesos matorrales, zarzales y breñas; pero luego, al descender bruscamente por una empinada pendiente, nos topamos de repente con una tierra desnuda, extrañamente plana, bañada por una luz muy clara y alguien exclamó:

—¡Allí está Córdoba!

Se veía la ciudad en medio del llano, grandísima, bajo la inmensidad del cielo blanquecino, saturado por aquella deslumbrante luz. El aire estaba quieto, fragante por las flores moradas que se abrían al borde del camino y por la aromática resina que se desprendía al sol de los arbustos. Parecía verano, pues ascendía un vaho ardiente y las abejas zumbaban excitadas. Entonces me dije: «¡Al fin, el sur!».

Una partida de cazadores nos salió al paso y nos avisó de que, en dirección contraria, se aproximaba una gran caravana en la que viajaban por la misma ruta que nosotros importantes legados del califa, y comprendimos que íbamos a cruzarnos en el camino con la embajada que había partido hacia León como contrapartida a la nuestra.

El encuentro tuvo lugar un poco más adelante, a una legua de la ciudad, en unos campos sembrados de almendros. Venían por delante muchos soldados mauros, aguerridos; las caras tostadas por aquel sol cegador y las miradas hoscas. Detrás de ellos avanzaba una larga fila de mercaderes, con sus carretas y recuas de mulas cargadas hasta los topes. Al final cabalgaban los embajadores del califa agareno: al frente de todos, un judío curiosamente joven; seguíanle cuatro obispos, un abad y algunos monjes, todos mozárabes, hombres de Dios, recatados, humildes y tranquilos. Nos detuvimos allí durante un par de horas para intercambiar saludos, obsequios y conversaciones. Fue un maravilloso alivio comprobar que iban a hacia nuestra Gallaecia sin otro cometido que hablar de paz.

Estábamos a las puertas de Córdoba al atardecer. La luz languidecía, dorada en las murallas, los minaretes y las torres; centelleando en los tejados rojizos y ambarinos; en una calma expectante, mientras el cielo refulgía purpúreo hacia el poniente. Un clamoroso rumor primero y un vocerío después nos saludó desde la distancia, recorriendo las amplias explanadas polvorientas donde una muchedumbre se había congregado, ardorosa, soliviantada por la curiosidad. Entramos envueltos en el ensordecedor estruendo de los tambores, las chirimías y el griterío de la gente. Mi corazón palpitaba al descubrir el encanto misterioso de aquella ciudad que con toda razón ha sido ensalzada como «ornato de Occidente». Porque en verdad su visión resulta arrebatadora, por la extensión de los barrios que la circundan, salpicados por la infinidad de delgados alminares, surcados por una red interminable de largas vías, sinuosas calles y amplios callejones que convergen en el centro, igualmente enorme y prodigioso por la majestad de los edificios. En todas partes bullía la multitud. Y en una gran plaza, frente a la mezquita mayor, estaban esperándonos para el recibimiento los cadíes y los prohombres con hierática solemnidad, revestidos del boato sarraceno, mantos adamascados, grandes turbantes y penachos de plumas. Allí estaban también los cristianos; condes, clérigos y magnates mozárabes, vestidos igualmente con ropajes suntuosos, sedas, brocados, pieles y tafetanes; tocados con extraños y altos gorros. No obstante tal exhibición de poder y el fasto desplegado, la bienvenida duró poco; apenas el tiempo necesario para los saludos y presentaciones, pues enseguida cayó encima la oscuridad. Había que ir a recogerse.

Aquella primera noche distribuyeron a los miembros de la embajada en diversos hospedajes. Los prelados y condes fueron enviados a una buena fonda que solía albergar a viajeros cristianos. Pero, por decisión del obispo de Córdoba, yo fui alojada en un viejo y destartalado monasterio que se hallaba en un imposible vericueto en el mismo corazón del barrio mozárabe, junto a la antiquísima iglesia que llamaban de los Tres Santos, que era el templo principal donde tenía su sede el obispo. Cuatro ancianas monjas de la regla de San Leandro vivían en aquella casona y cuidaban de una pequeña ermita, en la que se veneraba el cuerpo de la virgen y mártir santa Leocricia. La abadesa era la más joven de las cuatro, dentro de su edad avanzada, y se llamaba Columba. Era tan enjuta, seca y delgada que podría llevársela un vendaval por los aires; y, para colmo, coja. Pero en aquel insignificante cuerpo Dios había alojado un alma de oro fino. Ya me referiré a ella más adelante.

Antes, venerable hermano Gemondo, haré un esfuerzo para expresar lo que descubrí al enfrentarme a la mañana siguiente con aquella Córdoba sorprendente. No obstante el temor que me causaba verme inmersa en un mundo tan diferente al nuestro del norte, todo en mí era desde un principio asombro, estupor incluso, pese a que no me sentía como la extranjera que pasa corriendo, admirada solo por la

magnificencia islamita, por la antigüedad de los edificios, las basílicas y los palacios; sino que me atraían también lo poco agraciado de los extremos de los arrabales, las calles sucias, las paredes ennegrecidas por la humedad, la hierba, los matorrales silvestres que trepaban por los muros, los rebaños de cabras descansando bajo los puentes, junto al río, el griterío en los mercados; y el repentino silencio, puro y solemne, al penetrar en las iglesias. Me admiraban, en suma, los misteriosos contrastes de una urbe populosa y desierta al mismo tiempo. Porque Córdoba es tan diversa que depara continuos sobresaltos y sorpresas: ahora pasa un ejército de menesterosos suplicantes y, un momento después, el cortejo ostentoso de un príncipe, cargado de adornos suntuosos, sedas, banderolas, música y pregoneros pidiendo paso. Aquí hay una pelea de gatos junto a un vertedero y, poco más allá, rumorea una espléndida fuente de agua clara y fresca que salpica sobre el musgo en sus escalones de ladrillos. Pero nada puede compararse al placer espiritual que se siente al escapar de una plaza, abarrotada de tenderetes y de gente bulliciosa, para visitar el interior de los antiguos santuarios cristianos, donde armonizan todos los tipos imaginables de columnas y arcos, entre infinidad de lámparas, en una quietud meditativa y gloriosa.

Mientras más atentamente contemplaba todo, mayor era mi admiración y una voz exclamaba en mi interior: «¿Desde cuándo está aquí todo esto? ¡Qué maravillosa superposición y armonía de gustos y épocas!». Pues, luego de ir descubriendo los legados ocultos que ha ido depositando allí nuestra fe, desde la conversión de los paganos romanos, pasando por la era de los godos y por la gran tribulación del yugo sarraceno, aun la miseria y la decadencia me parecían tener un aspecto más claro. Porque se llega a armar allí en contraste; todo combina en Córdoba: incluso el pecado y la virtud. El pueblo vive despreocupado, entregado a sus oficios y mercaderías, siendo testigo de las flaquezas y los derroches de tantos príncipes como viven allí, esclavos de su amor al lujo, al oro y a la gloria; guardando celosamente el tesoro carnal de sus muchas mujeres en los harenes. Al tiempo que, en cualquier parte, también se encuentran hombres santos, austeros y sabios, tanto ismaelitas como cristianos; almas colmadas de paciencia que, entre las vanas grandezas de este mundo, saben vislumbrar en la contemplación de tanta belleza humana, como en la misma naturaleza, que se puede confiar en que todo un día sea sanado y se pueda al fin convivir pacífica y armoniosamente.

42

La crónica de Justo Hebencio

En la luna llena de yumada zani, contándose veinte días del mes de marzo, los secretarios del gran visir otorgaron licencia al judío Hasday ben Saprut para emprender el viaje hacia la Gallaecia, condescendiendo ante el ruego de los emisarios enviados por el rey Radamiro. Y la licencia se trocó en mandato apremiante cuando se supo que los susodichos embajadores del cristiano monarca estaban a las puertas de Córdoba. No bien concluía la última semana de la Cuaresma cuando las dos legaciones nos encontrábamos en el viejo camino del norte, a poco más de una legua del barrio de las Alfarerías, en los campos sembrados de almendros que se extienden hasta el pie de la sierra. Venían de parte de Radamiro dos ministros de León, varios prelados, tres condes y numerosos caballeros con abundante mesnada; y entre todos ellos, cabalgando como uno más, una mujer: la abadesa Gotona, la cual peregrinaba a venerar las reliquias de nuestros santos mártires.

Nos detuvimos obedeciendo a la debida cortesía para compartir el almuerzo en el campo, y luego cada comitiva prosiguió su camino; ellos a sus menesteres de contentar al califa y nosotros a lo nuestro de hacer lo propio con el tirano Radamiro, confiando todos en que se pudiera concertar una paz duradera y beneficiosa de igual forma para ambos adversarios.

Esa esperanza nos hacía cabalgar ilusionados, no obstante el largo y fatigoso viaje que teníamos por delante. Pero yo iba particularmente emocionado, poseído por una rara y desbordante sensación, ¡como si volara! Porque, para un humilde monje, salir de aquella manera a la anchura del mundo, tan repentina e inesperada, suponía una aventura enorme, excesiva, que me ponía el alma en vilo y el corazón presa de la mayor agitación. Ha de comprenderse que, para aquellos que se han sentido llamados por el Señor al dulce abrigo del cerrado claustro, todo lo que se halla alejado de este aparece gobernado por la curiosa inseguridad de la vida mundanal; merced por tanto a las veleidades y los peligros en que transcurre la vida secular de los hombres. Así lo sentía yo, por haberlo oído repetir tantas veces desde niño, desde que atravesé el umbral de la puerta Armilatense y me aseguraron que el yugo de la regla monacal de san Leandro no pesaría sobre mí, sino que me sostendría. Desde entonces, si había salido, fue tasadamente, solo por las obligaciones propias de mi oficio: acudir al callejón de los libreros en busca de materiales, pergaminos, cálamos y tintas. Mas sintiendo siempre el deseo de retornar a la seguridad del santuario, al sosiego de las huertas y a la grave tranquilidad de la pacífica biblioteca; pues difícilmente se adaptaban mis oídos ya al griterío estridente que reina en los mercados de la ciudad.

Sin embargo, el sorpresivo mandato que me hacía emprender aquel viaje despertó dentro de mí un intrépido y novedoso sentimiento: el de desear ansiosamente descubrir lo que se ocultaba más allá del monasterio. Sería por la edad. Ya lo sentenció Evagrio Póntico: «Todo monje, al menos una vez a lo largo de su vida, siente la tentación de asomarse al mundo». Por eso, aun llevando una importante misión que cumplir fuera y el consiguiente permiso de mis superiores, sentíame como aquella paloma enviada por Noé fuera del arca hacia el diluvio mundanal.

Con todo, ¡qué belleza hay en lo creado! La antigua ruta del norte, a la cual llamamos también la vía de Albalat y que las gentes de la Gallaecia conocen como «el camino mozárabe», discurre primeramente por parajes de montaña, donde cada año debe ser limpiada la calzada, retirándose ramas, arbustos y piedras de en medio. Se ven dondequiera roquedales umbríos, musgosos, y abruptas laderas cubiertas de encinas, quejigos y madroños. La primera jornada transcurre toda en pendiente, ascendiendo por las sierras. Alguien comentó que por aquellas tierras abundan los osos y que incluso se acercan hasta donde los viajeros pasan la noche para robarles alimentos. Por ese motivo se encienden grandes hogueras en los llanos donde se suele hacer la dormida. Nada se oyó, excepto todavía de madrugada el lejano aullido de algún lobo. Pero, con el primer sol de la mañana, los cantos de mil perdices nos saludaban a nuestro paso.

Mientras cubríamos las primeras leguas que nos alejaban de Córdoba, se agitaban en mi interior todos los temores; aunque, también, algunas luminosas ilusiones. Solo pensar en la Gallaecia, ¡tan remota!, atraía la misteriosa resonancia de los ecos del fin de la tierra. En Córdoba, aquel lejano país se presentía oscuro y hostil; era la tierra del enemigo, el refugio de los indómitos hombres que habían resistido oponiéndose al domino de los ismaelitas. Allí, más allá de los montes, tenía asiento el trono y la corte del puerco y tirano rey. De esta manera era nombrado y evocaba el odio acumulado durante los doscientos años del poder agareno. Todas las guerras, los desastres, las carestías y los males tenían en la Gallaecia su génesis; los perniciosos bandidos que hollaban las cosechas ante los ojos del labriego venían de allí, después de atravesar la Tierra de Nadie; como también los salteadores de caminos y los orgullosos guerreros que campeaban libres, sin encomendarse a ningún señor. En el norte no se gestaban sino inquinas y desórdenes, porque, para los dueños de al-Ándalus, era la sombría región de los pérfidos y salvajes infieles.

No obstante, a Córdoba llegaban viajeros desde la Gallaecia; como también desde aquí muchos viajaban hasta allá. No únicamente hacían la vieja ruta los ejércitos; asimismo los hombres de paz comunicaban ambos mundos e intercambiaban informaciones veraces, limpias de todo prejuicio, que descubrían la realidad tanto en un lugar como en el otro.

En la biblioteca del monasterio se conservaban los escritos de numerosos clérigos

que habían viajado al norte, durante décadas, regresando a Córdoba para cantarlo. Yo los había leído y sabía que en la Gallaecia no moraban solo hoscos hombres de armas, montaraces pastores y bebedores de vino, como imaginaba aquí casi todo el mundo. En aquel lejano reino, así como en toda la cristiandad, se asienta desde hace siglos la verdadera fe. Por el relato del monje Gaudosio de Zamora tuve conocimiento de que se conserva y transmite allí el cristianismo más genuino, tan antiguo como el nuestro, desde su tradición secular hispana, tal y como lo vislumbró el sabio Isidoro. El testimonio más evidente lo constituían las fundaciones de sedes episcopales, monasterios, iglesias, capillas, ermitas, villas y aldeas santificadas. Porque no había sido en vano el arduo esfuerzo del preclaro Martín de Dumio, continuado por Fructuoso y Valerio del Bierzo. Decíase con fundamento que, entre las montañas de la magna Gallaecia, discurría un río caudaloso en cuyas márgenes florecían incontables eremitorios, cenobios y monasterios, merced a las «grandes oleadas» de gentes cristianas que emigraron del sur huyendo de los mauros, para depositar allí el tesoro de su cultura; de modo que a ese perdido valle se le conocía ya como la Ribera Sacra.

¿Cómo no iba a sentir yo curiosidad y deseo de descubrir todo eso? Daba gracias a Dios por otorgarme la gracia de aquel viaje y, a medida que avanzaba en el camino, dejaba atrás mis miedos. Entonces empezaba a comprender el profundo significado que encierra la palabra «peregrinar», al hallarme de repente atravesando el mundo, lo temporal, lo que espiritualmente se llama «el siglo»; cuanto se encierra en el tiempo y el espacio; que es la misma vida… Y me venían a la memoria muchos escritos cuyo sentido antes solo alcanzaba a medias. Como aquel de Beda el Venerable, en el que nos hablaba del tiempo como un pájaro que, huyendo del espanto de la noche, en plena tormenta, penetra en un salón alegremente iluminado y se olvida de la oscuridad y el invierno después de estar durante un rato allí; pero que luego siente el deseo de volver a salir, donde le aguarda la inclemencia del temporal… Así veía yo la vida terrena; a modo de noche oscura y tormentosa, la cual hay que atravesar a la fuerza; porque más allá está la eternidad con el cálido fulgor de su luz…

Aunque, además de todo eso, llevaba muy dentro de mí un motivo mayor que ninguno para hacer el viaje: llegar a aquel remoto lugar, en el fin del mundo conocido, donde tantos aseguraban que se hallaba el sepulcro del santo apóstol Yacub el Mayor. Muchos habían peregrinado y, al regresar, manifestaban haber participado de ese maravilloso sentimiento; el de que solo domeñando lo terrenal puede darse con el camino que nos lleve a la meta a través de las tinieblas…

43

El viaje de la reina Goto

A pesar de la fatiga del largo viaje, la primera noche que pasé en Córdoba no pude dormir. La celda que me asignaron las monjas de Santa Leocricia estaba en el tercer piso del vetusto cenobio; era una estancia amplia, de techos altos, con un ventanuco abierto al exterior más de tres palmos por encima de mi cabeza. El suelo estaba pavimentado con baldosas de barro, sobre las que se extendía un gran tapiz descolorido. En un rincón, el abultado colchón de lana mullida y una mesita al lado eran el único mobiliario. Desde que me acosté, di vueltas y vueltas y no sé cómo no me morí de impaciencia esperando el amanecer. Había llegado a mi destino y, con irreprimible agitación, sentía muy cerca las reliquias de Paio, al fin. ¡Había deseado tanto ese momento!

Cuando despuntó una sutil luz en el pedazo cuadrado de cielo que se veía por el ventanuco, arrimé la mesita y, con la aurora, estaba descubriendo asombrada la enormidad de aquella urbe que amanecía envuelta en una penumbra violácea que acentuaba su misterio. Y qué diferente era todo a como yo lo había imaginado. Los edificios se sucedían, apretándose hasta donde alcanzaba mi vista, formando una abigarrada confusión de tejados, terrazas, torres y minaretes, sobrevolados por oscuras bandadas de golondrinas. No creo que en ninguna otra parte del mundo puedan verse tantas casas juntas, bajo un cielo transparente y profundísimo en su infinitud. Y todo bajo el más absoluto silencio…

Hasta que inesperadamente brotó en alguna parte una voz larga y quejumbrosa, como un lamento, entonando un canto sobrecogedor; siguió al rato otra voz y luego otra y otra, hasta que toda Córdoba fue el eco de un clamor. Eran las llamadas de los almuédanos; algo a lo que resulta difícil acostumbrarse y que siempre, aun repitiéndose cinco veces al día, te sorprende.

Así estaba, absorta en la contemplación de la ciudad que clareaba, cuando se presentó la abadesa Columba, menuda y sonriente, envuelta en su manto grisáceo y moviéndose con su graciosa cojera, que aliviaba con la ayuda de un bastón.

—¿Cómo se ha pasado la noche? —me preguntó.

—Bien, aunque sin poder dormir —respondí.

—Es normal, hija; ¡tantas emociones…!

—Eso mismo.

—Bueno; vamos al rezo —dijo ella—. Las hermanas se encuentran ya abajo esperándonos.

Por un laberinto de corredores estrechos accedimos a un pequeño patio terroso,

donde estaba la puerta de la iglesia. Atravesamos un arco y después otro. Una vieja lámpara, constituida por un anillo de lamparillas, colgaba de la bóveda y sus muchas llamas producían sombras dobles y triples en las paredes. Era un espacio pequeño, en cuyo centro estaba el túmulo de la santa, de basto granito, rodeado por infinidad de velas. Al fondo, arrodilladas, oraban las tres monjas ancianas.

Se cantó el oficio divino acompañado por las notas del salterio, armoniosamente, con la sencillez del rito antiguo, largo, deleitoso, paciente… Y después fuimos todas al refectorio, donde desayunamos pan con aceite y una tisana de menta con miel.

Cuando acabamos de comer, la abadesa Columba me dijo animosa:

—Ahora iremos tú y yo a la iglesia de los Tres Santos.

Me quedé mirándola un poco desconcertada y repuse:

—Iré donde me lleves, pero quisiera venerar cuanto antes las reliquias de san Paio. Para eso he venido…

—¡Naturalmente! —exclamó sonriente—. ¡Es que las reliquias del santo muchacho están en la iglesia de los Tres Santos!

—¿Cómo…? ¿Aquí al lado? —le pregunté impaciente.

—¡Vamos allá y te enseñaré el túmulo! —contestó ella, exultante.

Salimos y nos topamos en la calle con un enjambre de mendigos que extendían las manos suplicantes. Columba abrió el zurrón que llevaba colgado al hombro y empezó a repartir pedazos de pan e higos secos. Los pobres, agradecidos, le besaban las manos con veneración.

Frente al monasterio, apenas a veinte pasos, estaba la basílica de los Tres Santos, adosada a la casa donde residía el obispo. Columba señaló hacia allí con el bastón y dijo:

—Después de venerar a los santos mártires, entraremos a saludar al obispo.

Como todo allí, la basílica era antiquísima, construida con ladrillo envejecido por el tiempo. Cruzamos el arco y, al pasar adentro, encontramos en el cancel dos hombretones acostados en el suelo, durmiendo tranquilamente; parecían mendigos como los de afuera, por sus hábitos andrajosos y sus pies descalzos, sucios; las barbas les caían hasta la cintura, y roncaban con unas bocas desdentadas, espantosas.

—Custodian el templo —explicó Columba—, pues no se cierran las puertas ni de día ni de noche. Es la tradición de siglos… Se consagraron cuando eran jóvenes al servicio de los santos y hacen la vida aquí; solo se apartan de la puerta para evacuar el vientre… Viven de las limosnas que les dan los fieles.

—¿Son eremitas? —le pregunté.

—Algo parecido. Cuando muchachos, por ser grandones y fornidos, los eligieron para este menester. Ahora, ya ves, son viejos, han engordado y se pasan el día ahí echados. Forman parte de la puerta, como las piedras… Son buenos y fieles.

Tan profundamente dormidos estaban que ni siquiera nuestra conversación ni el

ruido que llegaba de la calle los despertaban.

—¡Eustaquio! ¡Agapito! —les gritó Columba— ¡Vamos, arriba, que es hora ya!

Rezongaron y se removieron, pero no abrieron los ojos.

—¡Arriba, despertad! —insistió ella, golpeándoles con el bastón—. ¡Vaya par de haraganes!

Despertaron, sonrientes y amables, y se echaron a un lado con sumisión.

El ámbito de la basílica estaba sumido en una soledad grávida, estática y profunda; dos hileras de pilares y arcos formaban la nave central, elevada y ancha, cubierta por una bóveda de madera renegrida. Al fondo se erigía el altar, de viejo mármol, bajo un arco del que pendían numerosas lámparas. Avanzamos, nos arrodillamos y Columba entonó el breve versículo del salmo:

> *Señor, amo la hermosura de tu casa y la mansión de tus horas…*

Después se levantó, me cogió de la mano y me condujo por una galería arqueada, hasta una capilla lateral, donde descendimos algunos peldaños. Había allí muchas lucernas encendidas, mostrando el aspecto soberbio y rico de un espacio circular, abarrotado de túmulos, lápidas y urnas de plata labrada.

—Aquí reposan nuestros santos mártires —me explicó Columba—. Esos son los sepulcros de los tres santos —añadió señalando tres arquetas de mármol—: Fausto, Januario y Marcial. Son los primeros mártires de Córdoba, cuyos mantos se tiñeron con su sangre durante la persecución de los paganos romanos.

Nos pusimos de rodillas y estuvimos orando en silencio. Se me encogió el corazón al sentir que había penetrado en lo más profundo y antiguo de la fe hispana. En mi cabeza parecían resonar voces ancestrales, mientras contemplaba las letras y los símbolos tallados en la piedra, iluminados por las llamas oscilantes. Fue una experiencia nueva y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Entonces noté que Columba me miraba furtivamente, como tratando de adivinar mis sentimientos, y le pregunté, llevada por mi ansiedad:

—¿Dónde está Paio?

Sonrió serenamente. Alargó la mano y, señalando con el dedo un sepulcro de piedra a un lado, dijo:

—Ahí está el santo muchacho de la Gallaecia.

Me acerqué al sepulcro sobrecogida; era sencillo, de granito, arrimado a la pared, en la que estaba escrito simplemente:

MARTYR PELAIO

Viví un encuentro tierno y tranquilo, envuelto en la maraña de los recuerdos. La

imagen bella, límpida, del muchacho acudió a mi mente: rubio, de estatura mediana, ojos color miel, siempre sonriente y silencioso. Así lo recordaba, perfectamente, pues fue paje de mi esposo el rey Sancho Ordóñez, y a ambos nos complacía mucho su servicio, en el viejo palacio de Tuy, en aquel tiempo lejano y feliz…

—Paio —murmuré—. Mi pequeño y dulce Paio… ¡Qué pena!

Miré la piedra fría y mi voz se ahogó en la hondura del dolor. Lloré entonces con fuerza, abandonándome a la nostalgia y al vacío del tiempo; y mi debilidad me horrorizó tanto que empecé a temblar, perdido todo dominio sobre mí, hasta caer sobre la piedra, en una locura pasajera e inesperada, como si aquel fuera el primer sepulcro que veía en mi vida…

44

La crónica de Justo Hebencio

A lo largo del camino, en todas las ciudades donde nos detuvimos, fuimos bien recibidos, incluso con agasajos. Pero después de pasar Talamanca, en la Tierra de Nadie, descubrimos a lo lejos oscuros hombres apostados en los montes, que observaban nuestro paso distantes y hoscos. Siempre mandábamos aviso por delante, y, antes de llegar a Zamora, salieron a nuestro encuentro los primeros súbditos del rey cristiano que vimos. Fue en unos llanos yermos, perfumados por las flores aplastadas por el pisoteo de los caballos. Aquella gente no llevaba arma alguna, para demostrar que éramos bien recibidos, y en sus ropas, ademanes y aspecto apenas diferían de cualquier pueblo del sur. Difícilmente podía adivinarse si eran de religión ismaelita o cristiana. Parecían contentos por tenernos allí y nos observaban, preguntándonos cómo habíamos hecho el viaje, si estábamos fatigados, enfermos o con alguna necesidad después de tantas leguas de camino. Pensé que, si así era todo el norte, poco difería en lo esencial de lo que yo conocía.

Al día siguiente, cuando amanecía, llegamos a la cabecera del puente de piedra que cruza el río Duero. Al otro lado se erguía la majestad de las altas murallas y, asomando por encima de las almenas, una fortaleza gigante, como un centinela enhiesto. La tenue bruma se elevaba desde el valle y envolvía el pie del monte sobre el que se asienta la ciudad.

Atravesamos el puente y ascendimos por una calzada empinada, pavimentada con piedras. En la puerta de las murallas nos recibió una nube de hombres, mujeres y niños, entre albórbolas y miradas llenas de curiosidad, vestidos todos con pardas ropas de lana. Luego, rodeados por toda esta animación, anduvimos por las calles, muy despacio, hasta la gran plaza donde se alzaba la fortaleza. Allí el personal era bien distinto: caballeros armados, nobles con buenos atavíos, clérigos y hombres del burgo.

El conde que gobernaba la ciudad en nombre del rey nos alojó en su palacio, que era un edificio regio, grande y hermoso, dotado de unos magníficos baños y unas estancias amplias y luminosas.

A las doce del día siguiente a nuestra llegada, el obispo celebró una misa solemne en la iglesia mayor. Después se ofreció un banquete en el patio de armas del castillo. Fuimos todos los miembros de la legación: cristianos, musulmanes y judíos.

La comida era espléndida, realizada a partir de carnes asadas de todo tipo. Y esto provocó un incidente que a punto estuvo de convertirse en un conflicto que hiciera peligrar nuestra misión.

Al inicio de la comida se sirvió vino, acompañado por almendras fritas en miel, tasajos de carnero y queso añejo de oveja. De momento, todo resultó muy bien; cordial y amigable. Sentadas a la mesa, sonrientes y calladas, las damas estaban atentas a todo, mientras se iba aflojando el ambiente, que, como es natural, al principio fue un poco tenso; pues no es muy normal en Córdoba que las mujeres compartan el almuerzo con los varones. Pero Hasday ya tenía prevista esta circunstancia y había aleccionado a los comensales de nuestro grupo para que no tuviesen ninguna reacción extraña.

Sin embargo, no pudo prever algo del todo inesperado: entre las viandas del banquete había lechones asados. No eran muy grandes y los presentaron enteros, sin despiezar, dorados en el horno de pan, entre manzanas y ciruelas. ¡Algo del todo repugnante! Si he de decir verdad, me sobresalté, porque al verlos se me representó la imagen de unos niños cocinados. Para quien no está acostumbrado a ver cerdos, su aspecto resulta bastante perturbador. Aunque debe comprenderse que en aquellas tierras fuera algo normal, puesto que no hay ninguna prohibición entre cristianos que impida comer puerco.

Los musulmanes, cuando vieron aquello, se retiraron de la mesa gritando:

—*¡Kanzir, kanzir!* ¡Cerdo, cerdo!

Y también los judíos se pusieron de pie y se apartaron ofendidos.

Luego se hizo un espeso silencio, en el que las miradas se cruzaban interpelantes, anhelosas, tratando de hallar el sentido de aquella situación.

El conde que gobernaba Zamora se llamaba Diego Álvarez; un hombre bastante grueso, barbado y tranquilo. En vez de enfadarse por esta reacción, se echó a reír con ganas, y su risa se contagió al resto de los comensales.

Pero el obispo de la ciudad, que era un hombretón altísimo, de melenas grises y la palidez de quienes viven encerrados, se puso de pie e inició un discurso para instruir a los presentes.

—Nada de lo que el Todopoderoso ha creado se puede considerar impuro —dijo —. Y ofende al Creador que rechacemos los alimentos que nos ha dado para nuestro sustento. En el Libro de los Hechos de los Apóstoles, en el capítulo décimo, se narra la visión que tuvo san Pedro, el príncipe de los apóstoles, en la que Dios le mostró un mantel grande bajando del cielo por sus cuatro puntas a la tierra, en el cual había toda clase de animales cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo, y Dios le dijo: «Come». A lo que Pedro respondió: «De ninguna manera, Señor; nunca he comido nada profano o impuro». Entonces la voz le habló por segunda vez: «Lo que Dios ha declarado puro, tú no lo conviertas en profano». Y esto se lo repitió hasta tres veces. Luego no hay animales impuros, y el cerdo debe comerse. He dicho.

Perplejos, los musulmanes y judíos parecían no comprender lo que el obispo había querido explicarles con esta perorata. Y el conde, de manera muy expresiva,

arrancó la pata de uno de los lechones, le dio un bocado y, con toda la boca llena, exclamó:

—¡Está buenísimo! No hace falta echar sermones para convencerles; bastará con que lo prueben. ¡Hala, a comer, que se enfría y no es lo mismo!

El empeño de Diego Álvarez no consiguió sino ofender aún más a los musulmanes y judíos, que, con movimientos de negación de sus cabezas y las caras sombrías, decían:

—¡*Kanzir* no! ¡No *kanzir*! ¡No, no, no…!

Entonces Hasday, que permanecía muy serio observando lo que sucedía, tomó la palabra y dijo con circunspección:

—Señores, en efecto, el cerdo debe de resultaros muy rico, puesto que lo habéis servido como un manjar para regalarnos. Estamos verdaderamente agradecidos. Pero también hay aquí ternero asado, cordero y aves. Debéis comprender que nosotros nunca nos hemos sentado a una mesa en la que estuviera el cerdo. Os ruego que no os ofendáis. Me confío a vuestra buena voluntad y os ruego que retiréis el puerco para que todos podamos disfrutar del banquete sin que nadie se sienta incómodo. ¿Es mucho lo que pido?

Se hizo un espeso silencio, en el que todas las miradas estuvieron clavadas en él durante un rato, y que duró hasta que una voz femenina, aguda y cantarina, se alzó para decir:

—¡Quisiera contar algo! ¿Puedo?

Todos los rostros buscaron entre los comensales a la mujer que había hablado; la cual, tímidamente, se había puesto de pie, colorada y sonriente, con una mirada chisposa, brillante.

—Habla, hija mía —otorgó el conde—. Di lo que consideres oportuno.

Ella tomó aire, hinchó el pecho firme y dijo:

—El conde Álvaro aben Hamid, mi querido abuelo y padre del conde Diego Álvarez, mi padre aquí presente, había vivido en Córdoba toda su vida, hasta que un día, cuando contaba más de cincuenta años, se vino hasta aquí para refundar esta ciudad, que había quedado abandonada y relegada en la Tierra de Nadie a causa de tantos conflictos entre los cristianos y los agarenos. ¿No es así?

—Así fue, en efecto, hija mía —contestó el conde—. Por entonces yo ya había nacido y mi padre nos trajo a Zamora a toda la familia. Y con nosotros vinieron muchos cristianos de Córdoba para hacerse cargo de la ciudad y su alfoz.

—Pues bien —prosiguió la hija—. Aquel abuelo mío, Álvaro aben Hamid, que era un buen cristiano, todo sea dicho, jamás en su vida probó el cerdo. ¿No fue así?

—Jamás lo probó, ciertamente —asintió el padre—. Porque el conde se había criado en aquella tierra de mauros y, como allí no se crían cerdos… ¡No tenía costumbre!

—No se crían —observó ella—; mas aquí sí se crían y se criaban cuando todavía vivía el abuelo y, no obstante, se negó a probarlo y murió sin que un solo pedazo de puerco entrase en su boca.

El grueso Diego Álvarez se quedó pensativo mirando a su hija con aire de asombro. Luego soltó en el plato la pata del cerdo y les ordenó a los criados con un vozarrón:

—¡Retírense todos los lechones!

Vi cómo Hasday, frente a mí, suspiraba aliviado y, con un casi imperceptible gesto de sus ojos, me transmitía la angustia que había sufrido.

En todo caso, aquel incidente dio pie a que los zamoranos nos contaran muchas cosas de la refundación de la ciudad de Zamora. Como había referido el conde Diego Álvarez, era una ciudad antigua, que en los últimos tiempos de guerras estuvo abandonada y a merced de los bandidos de la Tierra de Nadie; hasta que hacía unos cincuenta años, después de ser conquistada a los agarenos por el rey Alfonso I, se repobló con gentes venidas desde al-Ándalus, cristianos de Córdoba, Toledo, Coria y Mérida. Estos habían construido la fortaleza y reforzado las murallas. Ahora, después de la victoria del rey cristiano de León en la batalla de Simancas, estaban eufóricos porque, tras largas décadas de incertidumbre, amenazas y asedios, se les prometía un futuro más pacífico y venturoso. Por eso estaban muy contentos de tenernos allí, porque veían en nuestra embajada la posibilidad esperanzadora de un pacto entre el califa y el rey Radamiro que les asegurase una mayor tranquilidad y la posibilidad de poder progresar en aquellas vegas fértiles.

Tal era su interés en que nuestro viaje a León diera el fruto deseado que el conde se ofreció gentilmente a acompañarnos y guiarnos hasta la ciudad regia cristiana; ya que, según decía, en la siguiente etapa del camino podrían salirnos al paso hombres belicosos que odiaban a los mauros y podían causarnos algún perjuicio grave.

El banquete prosiguió, amigable, entre animadas conversaciones, hasta que fue cayendo la oscuridad sobre la plaza de armas del castillo. Luego, aunque encendieron antorchas y arrimaron unos braseros con ascuas, la tertulia languideció. Entonces los invitados empezaron a retirarse para descansar. No así yo, que tenía tal curiosidad y tal avidez de conocer más y más cosas que permanecí allí a la mesa con los últimos, sin perder ripio de cuanto se decía. A fin de cuentas, aquel viaje era mi gran oportunidad y consideraba que era mi obligación exprimirlo al máximo.

Ya a última hora, cuando no quedaba ningún judío ni musulmán en la francachela nocturna que se formó con la llegada de unos músicos, las damas fueron a las cocinas y recalentaron los lechones en el horno. Sería por la oscuridad, pero ya no me pareció aquella carne asada tan repugnante. Así que lo probé y, en efecto, me resultó delicioso. Entonces di gracias a Dios y le felicité por la buena idea que tuvo presentándole aquel mantel a san Pedro.

45

El viaje de la reina Goto

Venerable hermano mío, Gemondo, ¿por qué Dios permitirá que yo sea tan débil? Como te contaba, al estar delante del sepulcro de Paio me invadió una sensación de pérdida y amargura no deseada por mí y, como si las tristezas del pasado, con todas sus derrotas y pesares, me envolvieran como una nube, me eché a llorar provocando el asombro de la abadesa Columba. Allí estuve, derrotada y sin fuerzas, caída sobre la piedra durante un rato. Hasta que logré alzarme y, a través de las lágrimas, como si fueran torrentes de agua, advertí la expresión de perplejidad en ella, que me miraba muy quieta.

—¡Perdón, perdón…! —supliqué avergonzada—. Me he dejado vencer por la pena.

No sé si ella lo comprendió, pero obró regalándome lo único que yo necesitaba en aquel momento: un abrazo, fuerte, largo, intenso… Tras el cual me dijo con mucha serenidad, mirándome fijamente a los ojos:

—Hermana mía, has hecho un largo viaje… Peregrinar es así; fatigoso, contingente, inseguro… Pero, cuando se llega al destino, brotan muchos sentimientos, no te avergüences por llorar; las lágrimas lavan muchos pecados y desahogan el alma.

Aquel primer día transcurrió de manera muy extraña. No quería yo apartarme de la proximidad del cuerpo del santo muchacho. Fui varias veces durante la jornada a la basílica de los Tres Santos; me arrodillaba, oraba, lloraba y… ¡Recordaba! Recordé muchas cosas de mi vida pasada: acontecimientos, felices unos y desdichados otros, que creía haber dejado atrás hacía mucho tiempo. ¿Por qué retornaban a mí precisamente en aquel lugar? ¿Por qué me desconcertaban los recuerdos?

Hice un esfuerzo, hermano Gemondo, para traer a mi memoria tus sabias enseñanzas. Como tú me has dicho tantas veces, la causa más corriente por la que perdemos la paz del corazón es el temor que nos suscitan ciertos estados que nos afectan personalmente; porque nos sentimos amenazados por ellos, así sucede con las dificultades y las humillaciones pasadas en la vida, con el temor a sufrirlas de nuevo; el miedo de no poder llevar a cabo nuestras ilusiones… Resulta doloroso sentirse tan frágil, tan dependiente de esos bienes variables: fuerzas, juventud, salud…; la estima, el afecto hacia determinadas personas; o incluso los bienes espirituales, lo que deseamos por considerarlo necesario o lo que tenemos miedo de perder o de no conseguir… ¡Y yo había perdido tanto!

Todos esos miedos regresaron a mí repentinamente ante aquel sepulcro, como si

allí reposase, frío y muerto, mi pasado. Y poco a poco, aun sin quererlo, yo misma resucité aquel mundo perdido; y los recuerdos empezaron a deslizarse hacia delante, desde su refugio de los años idos.

Durante los tres primeros días que estuve en Córdoba, sin llegar a dilucidar bien lo que debía hacer, anduve vagando por el ruinoso y desabrido monasterio, de una a otra capilla, de la de santa Leocricia a la de los Tres Santos, y todo contribuyó a que concibiera una imagen, tal vez falsa, de la felicidad que creía merecer y que consideraba irremediablemente perdida. Me llegaban desde los jardines el olor dulzón de las flores, los cantos de los pájaros y el rumorear de las fuentes. Pero esos jardines estaban ocultos tras los muros; eran invisibles y acentuaban mis nostalgias, por sentirlos próximos y sin embargo no poder estar en ellos. También me conmovían mucho las diarias ceremonias del rito antiguo, con aquellos aromas de aceite perfumado, cera, incienso, mirto…; el moreno rostro de la gente en la plazuela, delante de la basílica y el soleado encanto de las paredes viejas y desconchadas. En la calle, en mi ir y venir, tropezaba con los mendigos y me saturaba el olor de sus ropas, a suciedad, a carbón y a comida pobre.

Siempre creí ser una mujer fuerte, pero aquella misteriosa ciudad me arrebató mi energía. Me dolía todo el cuerpo y sentía las piernas extremadamente débiles. Llegué a pensar que súbitamente me había hecho vieja y que por tal motivo empezaban a atormentarme los recuerdos. También creía que era capaz de soportar los males propios sin hacer partícipe a nadie de ellos. Pero llegué a estar tan sin fuerzas y tan doblegada que acabé lamentándome amargamente en voz alta delante de Columba.

Ella me escuchó, atenta y compadecida primero, y después se echó a reír con una soltura y despreocupación que me pareció cruel en extremo.

—¡Por el amor de Dios, no te rías de mí! —le supliqué—. No pienses que soy una quejica… ¡Me encuentro muy mal! Me duele todo el cuerpo, los riñones, la espalda, los pies, el cuello… Me siento de repente como una anciana. Creo que nunca antes en mi vida estuve tan mala.

—Es natural —observó juntando las cejas—. Lo raro sería que no te sintieras así.

—¿Cómo que es natural? ¡Soy una mujer fuerte! No alcanzo a comprender lo que quieres decir… —repliqué, completamente desconcertada.

—Hija mía, has hecho un larguísimo viaje —contestó ella riendo—. Es natural que tu cuerpo se resienta.

—Antes he hecho viajes y no estuve tan mal. Además, hace ya tres días que llegué a Córdoba…

—El cansancio no sale enseguida; suele aparecer al cabo de dos o tres días, cuando el esfuerzo ha sido muy grande. El cuerpo se reserva siempre fuerzas, pero finalmente la fatiga es el salario de los viajeros. Una vez hice un largo viaje hacia las sierras del sur, peregrinando para visitar un santuario que está en un monte altísimo.

Después me pasó lo mismo que a ti ahora: dolores, desgana, desaliento, incluso tristeza… Todos los peregrinos, no obstante la alegría de haber alcanzado su meta, luego sienten cosas como esas. Lo que pasa es que tú, aunque hayas viajado con frecuencia allá en tu tierra, nunca has estado encima de la mula tantas leguas seguidas: ¡dos largos meses! Es un camino muy largo…

Se rio una vez más y luego calló un momento, antes de decir en tono serio:

—Ahora mismo iremos a los baños.

—¿A los baños? ¿A qué baños?

—A unos que hay ahí cerca, en las traseras de la basílica. El agua y unas buenas friegas con ungüentos te pondrán como nueva.

—Nunca he ido a unos baños públicos —dije con reticencia.

—Pues ha llegado el día en que debes ir por primera vez. Lo necesitas y, además, no hay nada malo en ello.

En un primer momento me arrepentí de haber hecho caso a Columba. Los baños eran un espacio estrecho, vaporoso y en penumbra, completamente abarrotado de mujeres desinhibidas y bulliciosas. Pasé mucha vergüenza. Pero debo reconocer que luego me alegré por entrar allí, pues el agua tan caliente primero, seguida de la fría, obra milagros. Por no hablar de las friegas con el aceite deliciosamente perfumado con rosa, azafrán, romero o ciprés. Sentía dolor en las articulaciones y los miembros mientras me frotaban, creyendo que empeoraría, sin llegar a comprender que, como me aseguraban las muchachas que se ocupaban de mí, en el aguantar estaba el misterio de aquella prodigiosa medicina.

Por la tarde, después del almuerzo, tumbada según me indicaron, la convalecencia fue doloridamente agradable. Adormilada, parecía flotar abandonada a un estado de laxitud, como una entontecida flojera, que me hizo olvidar de momento la tristeza de los días precedentes. Yacía como si debajo tuviera aire, escuchando con deleite el canto de los pájaros en el exterior y, con la misma puntualidad de cada tarde, la voz lánguida, quejumbrosa, de los almuédanos, haciendo llamadas incomprensibles para mí, en la que solo distinguía la palabra «¡Allaaaaah…!», que me producía un sentimiento extraño, como un lejano temor y a la vez una atracción; que me hacía levantarme pesadamente, acercar la mesilla a la pared y asomarme por el ventanuco. Afuera el sol volvía refulgentes los edificios, bajo un tórrido cielo, y se alzaba en los mercados y las calles el murmullo maravilloso del parloteo de la gente confundido, como un zumbido de abejas, modorro y tranquilizador.

46

La crónica de Justo Hebencio

Los centinelas del rey Radamiro debieron de estar muy atentos al camino, pendientes de cualquiera que viniera del sur, para correr presurosos a dar el aviso de nuestra llegada a León. Porque, a escasas leguas de la ciudad, al descender unos cerros nos topamos con una masa imponente de hombres a caballo aparejados con armaduras, escudos y lanzas.

Al ver aquel extraordinario recibimiento en la lejanía, Hasday desplegó una sonrisa enigmática y dijo:

—Su soberbia ha sido más fuerte que su inteligencia. Radamiro exhibe sus fuerzas porque, en el fondo, teme ser considerado inferior a Al Nasir. Se cree que de esta manera, impresionándonos, pondrá las cosas a su favor; cuando no hace sino descubrir su orgullo torpe y su inseguridad.

Una vez más de tantas, me maravillé ante la agudeza penetrante del hebreo. En efecto, todos aquellos guerreros armados y ordenados en posición de combate no podían pretender causar otro efecto que el de impresionar; salían a nuestro encuentro manifestando fuerza y poder. Cuando no tenían motivo alguno, puesto que nuestra embajada no estaba constituida por hombres de guerra, y la escolta que nos custodiaba era menguada, apenas suficiente para espantar a los bandidos de la Tierra de Nadie. Por lo demás, nos acompañaban las gentes de Zamora, súbditos de Radamiro. En esto, como en todas sus decisiones, Hasday había estado muy acertado, disuadiendo al califa de cualquier manifestación excesiva. Como en el ajedrez, al que el judío era tan aficionado, la habilidad a la hora de escoger los movimientos de las fichas sobre el tablero resulta fundamental, anticipándose siempre al contrincante.

El rey cristiano, siguiendo su propio juego, no salió a recibirnos. Envió al gobernador de la ciudad, que nos cumplimentó en su nombre con cierta distancia y exiguas palabras. Siguiéndole envueltos en aquella nube de armaduras, penachos y lanzas, cubrimos la media jornada de camino que nos quedaba para alcanzar nuestro destino.

No era un villorrio perdido en los confines del mundo, como se decía en Córdoba, pero tampoco era grande. En su conjunto, resaltando por el esplendor de sus murallas, la ciudad de León resultaba hermosa al aire primaveral y fresco que venía del norte, aunque el cielo estaba nublado. Dejamos atrás los altos y umbrosos árboles y las lomas cubiertas de flores para avanzar muy lentamente por un páramo verde en el que pastaban los rebaños. En las afueras, delante de la puerta que se abría en los espesos muros del primer baluarte, nuevos caballeros nos aguardaban vestidos de acero y

quietos como estatuas, con los rostros ocultos dentro de los fríos yelmos. Reinaba un silencio grave, en el que ninguna voz se alzaba por encima del sordo rumor de las pisadas y el entrechocarse de los arneses. Crujieron las enormes hojas de las puertas y penetramos en la ciudad. El cielo estaba gris, como plomo, y las piedras de los edificios acentuaban el ambiente sobrio, cargado de solemnidad. En las calles la gente nos observaba con rostros serios, recelosos, sin acercarse demasiado a nosotros. Flotaba en el aire la desconfianza provocada por el viejo enemigo.

Los consejeros del rey, prelados y condes ancianos los más de ellos, nos atendieron a las puertas del palacio, vestidos con sus ropones, llenos de dignidad. Les costaba trabajo sonreír, pero se manifestaron amigables, especialmente con los clérigos que formábamos parte de la embajada. Querían saber todo acerca de nosotros: nombres, procedencia, origen, oficios… Hacían preguntas pausadamente y los escribientes anotaban los datos en sus pizarras. Cuando consideraron suficiente la información obtenida, se despidieron reverenciosos y fueron a perderse por las interioridades del palacio, dejándonos allí algo confundidos, pues nadie acababa de decirnos si Radamiro nos recibiría o no.

Hasday, soportando con paciencia estos trámites, murmuraba:

—Todo esto es para darse importancia… Están deseosos de saber lo que tenemos que decirles, pero se hacen los interesantes. Todo esto es para impresionarnos…

Pasado un largo rato, salió uno de los ministros y nos anunció que Radamiro le había encomendado atendernos. Era un hombre maduro, dotado de una increíble altura, que no obstante se mostraba erguido; su cara, cincelada y simétrica, impasible, estaba llena de arrugas, marcadas sobre todo alrededor de la boca y la nariz. Dijo llamarse Gundesindo Eriz y ser conde y pariente del rey. Nos indicó el lugar donde debíamos alojarnos; una casona próxima al palacio, a la cual nos condujo, y, tras desearnos un buen descanso, se marchó sin decirnos nada más, confiándonos al cuidado de la servidumbre.

Por la noche, después de la cena, Hasday nos reunió a los principales miembros de la embajada: al obispo de Isvilia, Abas al Mundir; al de Pechina, Yacub aben Mahran; al de Elvira, Abdalmalik aben Hasan, y al humilde siervo de Dios que esto escribe. Justo es decir que, aunque todos habíamos sido bien tratados por los leoneses, nos encontrábamos con el ánimo sorprendido, turbados y sin saber qué pensar. Se veía que los tres obispos ya habían estado hablando al respecto entre ellos y por su cuenta, porque su desaliento les asomaba en los rostros; además de visiblemente fatigados, estaban tristes y cabizbajos.

El obispo de Isvilia, ya de por sí un hombre sombrío y trágico, no había parado de quejarse durante todo el camino. Por entonces contaría unos cincuenta años. Tenía una estatura media y poco cuerpo; la boca, grande, los ojos, apagados; la voz aguda y llorosa. Se puso frente al hebreo nada más iniciarse la reunión y gritó con aflicción:

—¡Esto es un despropósito! ¡A esta gente le importamos un rábano! ¿Para esto hemos hecho este viaje larguísimo? ¿Para que nos traten peor que a mercaderes? ¡Qué desilusión!

Apoyando sus quejas, el de Pechina, grandón y de tez y barbas oscuras, saltó con un vozarrón:

—¡Esta gente es de la piel del demonio!

En cambio, el obispo de Elvira era más joven; bajito, de aspecto simpático y bondadoso. Cuando todos lo miramos para oír su opinión, se puso rojo y apretó los labios, soltando un resoplido. Luego murmuró:

—A ver… A ver qué sucede mañana…

—¡Qué va a suceder! —dijo con amargura Abas de Isvilia—. ¿No has visto lo que ha pasado hoy? ¿No te has percatado?

Todos permanecimos atentos esperando a que prosiguiera, y él, irguiéndose enfurecido, volvió a despotricar con su voz chillona:

—¡Son orgullosos, tercos, soberbios…! ¡Es gente salvaje y sin cultura! Si ya lo sabía yo… Ya os lo dije. Nada bueno puede esperarse del norte. Son pastores, hijos de pastores, nietos de pastores de cabras… ¿Quiénes se creen que son? ¿Qué clase de recibimiento es este que nos han hecho? ¡Somos obispos! Somos sucesores de los apóstoles, igual que esos presuntuosos que estaban ahí, con las espadas al cinto… ¿No os habéis dado cuenta? ¡Clérigos con armas! ¡Por Dios, qué escándalo!

—Yo también lo he visto —dijo Yacub, el de Pechina—. Había ahí obispos armados que nos han mirado recelosos y no se han dignado a venir a hacernos un recibimiento como Dios manda. Son hermanos nuestros y deberían habernos tratado fraternalmente.

Abdalmalik, obispo de Elvira, se encogió de hombros y observó:

—Pues yo no me he fijado. Había tanta gente… Esperemos a mañana, a ver si…

Yo me limité a escuchar lo que se decía y a permanecer de pie, apoyado sobre la pared, pues acusaba el cansancio. Además, consideraba que yo, un simple monje, debía ser prudente y no manifestar mis pareceres si no me los pedían. Como nadie me los pidió, no hablé.

Hasday estuvo muy atento a lo que manifestaban los obispos y luego, circunspecto, dijo:

—No debemos exagerar de momento. No olvidemos que son costumbres diferentes, usos distintos y también formas de ser que se hallan distanciadas por el espacio y el tiempo. Como bien ha dicho Abdalmalik, lo mejor es no alterarse de momento y esperar a mañana.

—¡Qué desilusión! —gritó sin poder contenerse el obispo de Isvilia, como si lo que había dicho el hebreo no fuera con él—. Deberían habernos acogido como a hermanos suyos cristianos que somos. Esto no es cosa de costumbre ni de usos, sino

de verdadera hermandad. A la misma cristiandad pertenecemos todos, tanto ellos como nosotros. Tú, por ser de religión judía, no comprendes estas cosas. Ya te lo dije en Córdoba. ¿O acaso no te lo advertí? La gente del norte es belicosa, terca y montaraz. No serán capaces de comprendernos. ¿De qué les vamos a hablar? Ha sido un error venir aquí. Ellos nos consideran gente sometida que vive en tierra hereje e infiel… ¡Cuando somos los herederos de los padres de la Iglesia hispana! ¡Somos los legítimos sucesores de san Isidoro de Isvilia!

Hasday, después de oírle estas quejas, permaneció callado un momento. Y luego, en un tono que aunaba resignación y tristeza, dijo:

—Sea como sea, tendremos que hacer un esfuerzo por entendernos con esta gente. Las cuestiones de religión no deben contar frente a nuestro principal objetivo: complacer a nuestro señor Al Nasir rescatando sus libros del Corán y liberando al gobernador de Zaragoza. Si entramos en discusiones y diatribas contra ellos, lo echaremos todo a perder.

Entonces, en el rostro pequeño y bondadoso del obispo de Elvira apuntó la malicia y la socarronería al replicar:

—Bueno, eso está muy bien, pero… ¿Y la paz? ¿Qué pasa con la paz?

Hasday sonrió y respondió:

—Se sobrentiende que es lo más importante.

47

El viaje de la reina Goto

Durante aquella primera semana de mi estancia en Córdoba permanecí en todo momento en el monasterio y sus inmediaciones, sin ir más allá de la iglesia de los Tres Santos, adonde iba cada día a orar varias veces, por la mañana y por la tarde. No volví a ver a ninguno de los miembros de la embajada desde nuestra llegada. Didaca había ido a hospedarse con las otras damas a una fonda cercana regentada por cristianos, pero no supe dónde se encontraba, ni tuve noticias suyas. Hasta que, por fin, el sábado mandó a una muchacha para avisarme de que el domingo siguiente podríamos vernos en la misa, pues vendrían todos los clérigos y caballeros leoneses a la basílica.

Ese mismo sábado, durante la mañana, Columba me llevó a visitar las iglesias y cenobios de Córdoba. Salimos temprano, montadas las dos en un mismo borrico, y nuestra estampa debió de ser curiosa: tan menuda y enjuta ella, delante, gobernando las riendas; y yo detrás, tan grandona, soportando el traqueteo de las ancas. El primer tramo del paseo fue solitario, por los callejones estrechos e intrincados del barrio antiquísimo; pero después nos vimos repentinamente envueltas en la barahúnda de los mercados y talleres, pasando entre la confusión de tantas gentes variopintas y animales de todo género. Cabalgábamos alegremente, entre aquella muchedumbre alborotada que se había echado a las calles vestida de mil maneras diferentes, entre los humos y los aromas de la comida, los tenderetes, las verduras, las aves de corral, las cabras… Se avanzaba a trompicones y, con frecuencia, no se avanzaba; había que detenerse con paciencia en medio de la tumultuosa aglomeración de los cuerpos humanos, las bestias y los cargamentos. Pero todo parecía desenvolverse con una naturalidad pasmosa, en la pura inocencia de los rostros sencillos, tostados por el sol, y los ojos chispeantes de vida; siempre bajo aquel cielo azulísimo.

Admirada y cavilosa, yo disfrutaba con la contemplación del mayor hervidero de gentes en que jamás me había visto inmersa, respirando el aire del sur, impregnado por los aromas de las frutas, las hortalizas, las carnes ahumadas, las cebollas maceradas en vinagre, las aceitunas, las alcaparras, las especias y las hierbas aromáticas. Y también los sabores penetraban dentro de mí, cuando aquí o allí alguien te ofrecía amablemente un bruño maduro, un higo, un puñado de pasas o unas almendras. Porque enseguida me di cuenta de que Columba era como la madre del barrio, la receptora de constantes sonrisas radiantes y agradecidas; de miles de bendiciones y saludos cariñosos. Todo ello merced a los extraordinarios actos de caridad que había prodigado durante su vida, los cuales, ya, más que bondades,

evocaban milagros y mitos. Y pude comprobarlo al llegar ante la iglesia de San Félix, en el barrio del mismo nombre, donde estaba el hospital llamado de Especiosa y Tranquila. Allí, en el reducido espacio de un corralón y cuatro pequeñas estancias, se hacinaban los enfermos: ciegos, tullidos, cojos, dementes…, solos o acompañados por algún familiar, arrastrándose sobre sus males, en camastros, en carritos, con muletas, sin piernas, sin brazos, transportados en hombros o, simplemente, tumbados sobre esteras en el suelo.

Columba descabalgó y me pidió que la ayudara a desmontar las grandes alforjas que traíamos, en las que había pan, ciruelas secas, garbanzos y harina. Las buenas mujeres que se encargaban de cuidar a los enfermos acudieron animosas y se pusieron a repartir los alimentos.

La iglesia era pequeña y estaba rodeada por un cementerio, abarrotado de sepulcros de piedra o de simples tumbas en la tierra, con sencillas lápidas de barro. Entramos en la única nave, bajo cuyo ábside, como en tantos templos de Córdoba, reposaban numerosos mártires. Allí, frente al altar, Columba me contó la historia del santuario. Al parecer, reinando Flavio Recaredo, hermano del mártir san Hermenegildo, el obispo Agapio fundó la iglesia y el cementerio para los peregrinos que venían a venerar las reliquias, después de que se le apareciera el mártir san Félix para indicarle el terreno donde descansaba su cuerpo. Pasados muchos años, una madre y una hija, llamadas Especiosa y Tranquila, erigieron el hospital para acoger y cuidar a los enfermos abandonados. Me indicó también el lugar donde ambas estaban sepultadas y una lápida recordaba las piadosas obras que realizaron en vida.

Muchas más historias misteriosas y ejemplares me contó Columba. Como la de la santa Trahamunda, monja gallega como yo, que fue cautivada en una de las razias que los mauros hicieron en Gallaecia. Llevada a Córdoba como botín valioso, pues era muy hermosa, el propio emir Abderramán II quedó pendido de su belleza. Pero ella no cedió a sus halagos, sino que se negó a complacerle, por lo que fue encarcelada y permaneció durante años en su encierro, entre consuelos divinos y sufrimientos por hallarse tan lejos de su tierra.

Sorprendida al escuchar aquel relato, exclamé:

—¡Es increíble! He oído mil veces esa historia en Gallaecia. Allí se la conoce como Tramunda y se cuenta de ella que fue monja en el monasterio de San Juan de Poyo y que, en efecto, fue hecha cautiva y traída a Córdoba por los sarracenos. La leyenda dice que cuando estaba encarcelada, desolada por el dolor que le causaban los recuerdos de su tierra, oró a Dios con insistencia y que el Señor, conmovido, envió a los ángeles, que la arrebataron con la suavidad de la brisa y la trasladaron por los aires hasta Poyo. Allí, en el monasterio, crece una palmera que dicen haber sido plantada por la santa, después de haber sembrado un dátil que llevó desde Córdoba como prueba del milagro. Yo he visto la sepultura de Tramunda y la palmera vigorosa

junto a ella, brotando de la misma tierra.

Columba se quedó pensativa un rato y luego observó:

—Es curioso… Todo está tan cerca y a la vez tan lejos…

—Sí —dije admirada—. Siempre pensé que había una distancia enorme, insalvable, entre este mundo vuestro y el nuestro; sin embargo, ahora veo que, en el fondo, no hemos estado tan lejos…

Desde el barrio de San Félix proseguimos nuestro recorrido por las afueras de la muralla, entre unos huertos muy llanos que parecían no tener fin. A derecha e izquierda del sendero se veían altos muros, por los que trepaban trenzas de jazmín, hiedras y floridas enredaderas. Aquí y allá asomaban las palmeras y los delgados cipreses. Más adelante, en medio de tupidas arboledas, se alzaban algunos palacios solitarios, majestuosos, con sus dos plantas, que se dejaban entrever casi ocultos por las ramas de las altas copas de los árboles.

Una vereda sinuosa nos llevó hasta unos campos sembrados de habas, hortalizas y frutales. La luz del mediodía caía vertical, haciendo refulgir los arbustos, las hojas y la hierba; y los guijarros del camino lanzaban destellos semejantes al metal pulido. A continuación, después de ascender por una pendiente, divisamos la cúpula y las cruces de un santuario. Todo ofrecía un aspecto agradable, apacible y ensimismado, con grandes nogales en los cercados y ciruelos con frutos en sazón.

—Eso que ves ahí —señaló Columba— es el monasterio de Tábanos. Fue fundado hace dos siglos por los virtuosos esposos Jeremías e Isabel. Sabemos que san Eulogio adoraba este sagrado lugar y que era su preferido para retirarse en oración y descanso.

—Es, ciertamente, un plácido sitio —dije, admirando el verde brillante de los árboles y las flores que engalanaban el paisaje.

Unos muros altos cercaban el conjunto del monasterio y tuvimos que rodearlo para encontrar la puerta. Al entrar en el recinto, unas mujeres que estaban barriendo el enlosado con grandes escobones de tamujo nos recibieron cariñosas. Después salieron las mojas y nos saludaron con asombro y veneración. Compartimos el almuerzo con ellas y, durante el asueto de la sobremesa, me contaron la historia de la mártir santa Digna, que había vivido consagrada en el cenobio hasta su gloriosa muerte. Fue aquello, como tantos otros martirios, en el pasado siglo, durante el reinado del segundo Abderramán. Según recordaban los fieles testigos de aquellos hechos, y así lo habían transmitido las generaciones siguientes, Digna era de familia mozárabe muy piadosa y siempre le dolió que los musulmanes insultaran a los cristianos llamándoles «politeístas del infierno». Cuando supo que Félix y Atanasio habían sido martirizados, pidió permiso a la abadesa para ir a la ciudad a defender su fe. Se presentó ante el cadí y le dijo con sencillez y valentía: «Nosotros los cristianos no somos politeístas. Cometéis un gran error al tratarnos como tales. Adoramos al

mismo Dios que vosotros, los musulmanes. Si somos hermanos, ¿por qué nos tratáis así?». Ante tanto atrevimiento, el cadí se enfureció y ordenó que la decapitaran aquel mismo día, el 14 de junio.

En el monasterio de Tábanos vivió también santa Benilda, que dedicó toda su vida a los pobres. Iba y venía cada día a la ciudad para practicar la misericordia y era conocida en toda Córdoba, porque no hubo enfermo o necesitado que no hubiera recibido por entonces la ayuda de aquella samaritana. Anciana ya, agotada por los trabajos y la misma vida, se empeñó en ir a socorrer a los cautivos cristianos que el cadí tenía condenados a muerte durante la persecución de aquellos terribles días. Fue apaleada y quemada. Sus cenizas, como las de tantos otros mártires, fueron a mezclarse con las aguas del Guadalquivir el día 15 del mes de junio, un día después que la hermana Tramunda.

Muchas otras historias de mártires me contaron: la de Anastasio, Félix, Argimio, Áurea, Elías, Pablo, Isidoro, Natalia, Liliosa, Rodrigo…

Venerable hermano Gemondo, deberías haber estado allí y sentir lo mismo que yo al caminar por aquel suelo sagrado y hollar con mis pies los senderos de aquel santuario. Porque toda Córdoba guarda en sí misma la gloriosa memoria de sus mártires. Entonces comprenderías, como hombre sabio y sensible que eres, lo mal que hemos juzgado a estos hermanos nuestros del sur. Porque no son hombres y mujeres tibios, acomodados al siglo, como se piensa en nuestros cristianos reinos, sino todo lo contrario; en sus propias carnes han sufrido persecuciones aún más recias que aquellas de los primeros padres de Roma.

Por la tarde, después de un día tan largo e intenso, cuando Columba y yo regresábamos a lomos del asno, eché desde las alturas una mirada a la ciudad, tras la que aparecía una llanura que se me hacía infinita. El sol declinante arrojaba luz sobre la parte alta de los árboles, las palmeras, los olivos y los macizos de enredaderas y jazmines que cubrían los muros por todas partes. Todo me resultaba misteriosamente extraño y, a la vez, conocido; como si lo recordara y perteneciera a mi ser. En verdad, Córdoba es hermosa y parece languidecer al final de la jornada, incluso en el temor vago que causa escuchar la voz aullante de los almuédanos y contemplar los arrabales infinitos que se derraman desde el pie mismo de las murallas, extendiéndose hasta donde abarca la vista.

48

La crónica de Justo Hebencio

Al día siguiente de nuestra llegada a León amaneció con lluvia. Aun siendo ya la primavera, hacía un frío grande que nos obligó a estar pegados a la chimenea. Los criados que cuidaban de la casa nos miraban con asombro y les daba risa vernos calentarnos junto al fuego las manos y los pies; como si acaso estuviéramos exagerando.

—Señal de que ellos están hechos al frío —dijo Hasday—. El invierno aquí es más largo que en Córdoba. ¿No os disteis cuenta del atraso que tenían los sembrados?

—¡Inaguantable! ¡Esto es inaguantable! —refunfuñó sombrío el obispo de Isvilia —. Nos han alojado en este caserón húmedo y helado, donde a buen seguro enfermaremos. Esto no es manera de tratar a unos embajadores.

Como siempre, el obispo de Pechina se unió a sus quejas:

—Hace más de dos horas que amaneció y todavía no ha venido el conde antipático ese que debía encargarse de atendernos… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Gundesindo Eriz —respondió el de Elvira.

Yo, avergonzado, no sabía qué hacer ni qué decir.

Un instante después llegó el susodicho conde, como si hubiera sido atraído por la conversación que manteníamos. Venía acompañado de dos hombres: el uno era, según lo presentó, el obispo de Lugo, de nombre Ero; el otro, un caballero de la corte que tenía, al parecer, gran interés en conocer a los embajadores del califa. El primero de ellos, el obispo, era hombre de grandes barbas blancas, edad provecta, aire inspirado y manos temblorosas. Se aproximó a nosotros e hizo un saludo reverencioso, inclinándose levemente, con los ojos brillantes.

Luego hubo un momento de tenso silencio, en el que se cruzaron miradas interpelantes. Pero entonces, repentinamente, el obispo de Elvira, pequeño y dicharachero, abrió los brazos y exclamó eufórico:

—¡Venga un abrazo, hermano nuestro!

El anciano Ero dio un pequeño respingo, como asustado; pero enseguida esbozó una media sonrisa, contestando:

—¡Naturalmente! ¡Somos sucesores de los apóstoles! ¡Somos siervos del único Señor!

A esta reacción, como era de esperar, siguieron los abrazos y los ósculos de paz. Y a continuación el trágico obispo de Isvilia derramó lágrimas y, torciendo su boca grande, pronunció con voz llorosa:

—¡Esto es lo menos que esperábamos de vosotros, gente cristiana del norte! ¡Por

la gloria de Dios, tratadnos como a iguales! ¡Somos hermanos en el Señor!

El obispo de Pechina también se emocionó y comenzó a hablar ensimismado. Dijo que la Iglesia de al-Ándalus era tan verdadera, única y apostólica como la de Roma; que en el sur de Hispania moraban los cristianos desde los originarios tiempos de la conversión de los paganos; que en aquella tierra sagrada reposaban las reliquias de miríadas de mártires y santos: Félix, Eulalia, Victoria, Justa, Rufina, Acisclo, Zoilo, Servando, Germán…; que los huesos del gran Isidoro se veneraban en Isvilia desde antes de la llegada de los invasores ismaelitas… En fin, soltó un largo e inoportuno discurso, que a buen seguro tenía bien meditado con antelación, deseando impresionar a los de León. ¡Qué manera de hablar! Fue aquello un chaparrón de palabras monótonas, como el aguacero que caía afuera. Cuando concluía con una explicación, sin darse respiro, comenzaba con otra, como para no perder el derecho a seguir hablando. Grandón, moreno y de negras barbas, alzaba las manos gesticulando.

—Vosotros, los cristianos del norte —decía—, creéis que nosotros, los mozárabes de al-Ándalus, os guardamos rencor, porque abandonasteis aquellas tierras que fueron vuestras un día y huisteis hacia los montes de la Gallaecia. Pero no, no, no… ¡Nosotros no tenemos odio! ¡Nosotros amamos toda Hispania! Consideramos que tanto el norte como el sur pertenecen al mismo país sagrado que se convirtió a Cristo, todos a una, primero con el viejo Imperio de Roma y luego, cuando los antepasados godos, con Recaredo… No os odiamos, os consideramos hermanos. Sí, sí, creedlo, creedlo. Sí…, sí…, sí…

Y seguía así, con aire inspirado, alzadas las manos y los ojos brillantes. Hasta que Hasday no tuvo más remedio que intervenir, para que el conde Gundesindo Eriz y sus acompañantes pudieran expresar el motivo de su visita. Carraspeó y dijo:

—Bien, bien… Habrá tiempo suficiente para que todo eso se hable con la calma necesaria y se vea que, en efecto, no estamos tan lejos unos de otros. Pero ahora dejemos que estos ministros del rey nos digan qué debemos hacer para que el serenísimo Radamiro nos reciba en su palacio.

Gundesindo estaba serio. Meditó un momento y, con cara impasible, dijo:

—Nuestro señor el rey os envía sus saludos y desea que seáis felices durante vuestra estancia en León. Nosotros somos los administradores de su generosa hospitalidad y tenemos la obligación de cumplir con sus deseos. El obispo Ero de Lugo, aquí presente, tiene encomendado enseñaros la ciudad regia y contaros su historia. Él se encargará de acompañaros a ver las iglesias, palacios y fortalezas; pues nadie mejor que él conoce sus secretos.

Dicho esto, se volvió hacia el caballero y añadió:

—Aquí tenéis a don Bermudo. Él se ocupará de que no os falte de nada y compartirá el almuerzo con vosotros siempre que sus obligaciones se lo permitan.

El caballero era un hombre joven, de unos seis pies de alto, bien proporcionado,

de hermosa presencia y rostro agraciado, risueño, que inspiraba confianza a primera visita.

—Dignísimos señores —dijo con el mayor agrado y cordialidad—. Me encantará atenderos durante las próximas semanas. Como bien ha dicho el conde, mi cometido será haceros compañía y proporcionaros todo aquello que se os antoje.

—¿Os envía el propio rey? —le preguntó Hasday.

—No exactamente —respondió él, con una sonrisa llena de franqueza—. Obro por cuenta propia; aunque, como es natural, aquí en León nadie hace nada sin el consentimiento de nuestro serenísimo Radamiro. Digamos que me ofrecí voluntariamente para sufragar los gastos de vuestra estancia en la corte.

—¡Oh, qué desprendimiento, qué gentileza! —exclamó Abas de Isvilia—. ¡Dios os lo pagará!

—Gracias, gracias… —murmuró el obispo de Elvira.

El caballero se inclinó en una reverencia y contestó:

—Nada tenéis que agradecer. Hago esto por mi rey; pero también por otro motivo. No os ocultaré que siento una gran curiosidad desde hace mucho tiempo por todo lo que hay en vuestra prodigiosa Córdoba y en al-Ándalus. Yo os serviré mientras estéis en León y, a cambio, vosotros me hablaréis de lo que allí hay. He oído maravillas de la boca de muchos que han viajado allí y quisiera corroborar esos relatos. Sé que seréis sinceros de corazón y que solo puedo esperar verdades de hombres tan letrados y piadosos.

—¡Estaremos encantados! —contestó el obispo de Pechina—. Aquella ciudad maravillosa y aquellas tierras nuestras, son, en efecto, el ornato de Hispania… Sí, sí, será para nosotros deleitoso contarte cómo es allí la vida, las costumbres, el transcurso de las estaciones…

Sus ojos brillaron; se emocionaba de nuevo y temimos que volviera a pronunciar uno de sus largos discursos. Pero fue esta vez el obispo Ero de Lugo quien, con delicadeza y determinación, le cortó diciendo:

—¡Magnífico! Todo eso nos encantará, pero será mucho mejor compartirlo en un ágape fraterno. Tenéis que contarnos muchas cosas y también nosotros estamos deseando mostraros cómo es nuestro reino. Hoy llueve abundantemente y no es menester echarse a la calle para coger un resfriado. Pero, en cuanto escampe, podremos ir a ver la ciudad. ¡Hay, hermanos, mucho que ver en León!

Mientras seguía esta conversación, Hasday permanecía en silencio, meditativo; aunque sonriente, fruncido ligeramente el ceño. Hasta que, en un momento determinado, tomó la palabra y, acariciándose el mentón con la mano, dijo con una expresión profunda y luminosa:

—¡Será una maravilla estar aquí! Ahora veo que ha sido una gran suerte que nuestro amo Al Nasir nos eligiera para esta embajada…

Todos le miramos, suponiendo que diría algo más. Y él, sin dejar de sonreír, añadió:

—Pero quisiéramos ver al rey Radamiro lo antes posible… Es harto importante lo que hemos de tratar con él. ¿Cuándo nos recibirá?

El conde Gundesindo respondió sin titubear, alzando sus rectas cejas:

—No ha de pasar mucho tiempo. Nuestro señor el rey está muy ocupado; pero eso no significa en modo alguno que desee desairaros. Os ruego que seáis comprensivos y que no se os ocurra pensar que obra con descortesía.

49

El viaje de la reina Goto

El domingo, tal y como había anunciado con la muchacha que me envió, Didaca se presentó en el monasterio de Santa Leocricia. Aquella fue la primera noche que logré conciliar el sueño y, cuando me hallaba profundamente dormida, envuelta en la pacífica armonía del viejo edificio, me despertaron unos insistentes golpes en la puerta de la celda. Y aunque sabía que iba a venir, me sobresalté por lo temprano de su visita, antes del amanecer, cuando todavía la ciudad estaba completamente a oscuras.

Me levanté, abrí y allí estaban Columba y Didaca.

—¿Ha sucedido algo grave? —pregunté aturdida.

—He de hablar contigo, dómina —respondió Didaca con semblante serio.

Un momento después estábamos las dos solas, abajo en el recibidor, mirándonos las caras a la luz de una vela.

—Han surgido complicaciones —dijo ella con aire de gran preocupación—. Siento venir a molestarte a estas horas, pero debes escucharme…

—Habla, ¡no me asustes!

—Lamento de veras tener que inquietarte, dómina —dijo ella bajando la mirada, en un tono que acabó contagiándome toda su preocupación.

—¿Os han hecho algún agravio los mauros? —le pregunté ansiosa—. ¿Os han causado algún perjuicio?

—No, dómina, los mauros nos han tratado bien. Las fondas donde nos alojaron son confortables, las gentes que nos atienden son amables y serviciales, nos tratan con suma cortesía y la comida es buena…

—¿Entonces…? ¿Qué ha pasado?

Levantó sus ojos hacia mí y adiviné el apuro y la vergüenza que sentía cuando respondió suspirando:

—¡Son los nuestros, dómina!

—¿Los nuestros…? ¿Qué quieres decir? ¿Qué ha sucedido?

Agitó la cabeza y, suspirando por segunda vez, contestó:

—Se han enfrentado entre ellos. Nuestra embajada se ha dividido en dos bandos encontrados… ¡Un desastre!

De repente se me vino a la mente la imagen del obispo Julián de Palencia, su temperamento vehemente y su afán por imponer sus criterios y opiniones. Me imaginé que, definitivamente, se había enfrentado al ministro Musa haciendo estallar el conflicto. Pero, por prudencia, dejé que Didaca me contara todo lo que había

sucedido, antes de sacar mis propias conclusiones.

—Conozco al ministro Musa aben Rakayis desde hace años —comenzó diciendo ella, con calma—, desde que vino a vivir al castillo. Créeme, dómina, lo conozco bien y puedo asegurarte que es un hombre muy inteligente, honesto y leal al rey como hay pocos en la corte. ¡Es un hombre íntegro! Entre los consejeros de nuestro señor Radamiro, el más eficiente y preparado. ¿Por qué si no ha sido puesto al frente de esta complicada misión?

—Creo lo que me dices —afirmé—. El mismo rey así me lo describió antes de nuestra partida. Aunque también me avisó de que es un hombre timorato y poco decidido.

—¡No es un cobarde! —exclamó ella con excitación y sus ojos relampaguearon a la luz de la vela—. ¡Prudencia y cobardía no son la misma cosa!

—Bien, no te enfades —dije—; supongo que Radamiro no quería menoscabar su honra ni llamarle cobarde cuando me habló así de él. Y por mi parte nada he visto en Musa que me parezca inoportuno. Bien es cierto que le he tratado poco durante el camino; posiblemente, merced a esa prudencia suya. Si el rey le puso al frente de la embajada, por algo será…

—Dómina —observó ella disgustada—, el ministro Musa desea hacer las cosas bien; teme precipitarse y no sacar todo el beneficio que esta misión puede reportar al cristiano reino de León. Tiene un plan muy preciso; todo lo tiene estudiado, medido, tasado y previsto. En fin, como suele hacer él en todos los negocios que el rey pone en sus manos. Sabe, como hombre inteligente, que la paciencia es la mejor arma en poder de un hábil negociador y que, por el contrario, la precipitación puede hacer fracasar al que busca parlamentar con su contrario. Él sabe mucho de estas cosas, pues ya su abuelo y su padre se dedicaron al oficio de aconsejar a príncipes.

Me asombró aquella defensa apasionada que hizo del ministro y no tuve por menos que decirle:

—Veo que admiras a Musa aben Rakayis y que conoces muy bien sus planes.

Sus mejillas se ruborizaron y puso una cara muy rara, apretando los labios hacia dentro, como vencida por un gran apuro. Luego brillaron sus ojos claros y contestó disimulando una sonrisa:

—Aunque es un hombre reservado y celoso de sus asuntos, me contó algunas de sus intenciones. Nos une una sana amistad…

Sonreí y dije:

—Es un hombre consagrado al servicio del rey, pero me alegra saber que puede ser amigo de las damas; eso dice mucho en favor suyo.

—¡Oh, sí! —exclamó con voz emocionada—. Tiene con las mujeres un trato exquisito. No hace falta vestir armadura e ir a la guerra para tener corazón de caballero…

—Entiendo —observé concisa—. Y, ahora, dime lo que ha sucedido.

La angustia, reflejada en las contracciones de su rostro redondo y pálido, se apoderó de ella.

—¡Le están haciendo la vida imposible! —respondió alterada—. ¡No le dejan hacer su trabajo como él desea! ¡Oh, Dios mío! ¡Van a dar al traste con su misión!

—¡Cálmate! ¿Quiénes son los que van a hacer tal cosa? ¿A quiénes te refieres? ¿Y por qué?

—¡Todos, dómina! —contestó con resignación y dolor—. Los prelados, los condes y los demás miembros de la embajada. Se han puesto todos en su contra. Musa aben Rakayis solo tiene a sus secretarios y criados con él; los demás han formado un bando para anularle e impedirle actuar a su manera.

—Vaya, me lo temía… Y supongo que todo esto lo habrá iniciado el obispo de Palencia. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, dómina. Don Julián empezó a impacientarse y a exigir que se fuera a Medina Azahara cuanto antes para entregarle al califa su libro del Corán. Pero Musa no estimaba oportuno llevar a cabo tal cosa, sino aguardar a que los ministros del rey agareno nos indicasen lo que debíamos hacer. Hubo discusiones. El obispo de Palencia se puso hecho una fiera y convenció al conde Fruela y a los demás prelados para que las cosas se hicieran a su manera. Musa está desolado, ¡muy angustiado!, pues teme que don Julián lo eche todo a perder con sus aspavientos bruscos y su mal humor.

—¡Vaya por Dios! —suspiré llena de preocupación—. Esto ya se veía venir… Don Julián estuvo empeñado desde el principio en tomar el mando. Habrá que buscar la manera de reconducir las cosas.

—¡Hazlo, dómina…! Intervén y convence a don Julián para que no se meta donde no debe. Hoy es domingo, vendrán todos a misa a la iglesia de los Tres Santos y será una buena oportunidad para que hagas valer tu autoridad.

—¿Autoridad? —repuse quejosa—. No tengo ninguna autoridad. Intentaré que reine el sentido común, eso es todo.

Esa misma mañana, los miembros de la embajada acudieron a la misa. Estuve muy nerviosa durante el tiempo que duró, temiendo que se produjera algún altercado, como en Coria durante el camino. Pero luego me tranquilizó ver que todo transcurría con naturalidad y calma; los magnates mozárabes nos trataban con afecto y el obispo de Córdoba pronunció un discurso cordial, lleno de acogedoras palabras. Finalizado el oficio, a la salida del templo, los fieles nos rodearon con una mezcla de curiosidad y cariño; se entonaron canciones y hasta hubo espontáneos vítores y aplausos cuando algunas de las damas de la legación se animaron a danzar a la manera leonesa.

Solo me inquieté cuando, echando una ojeada a los presentes, advertí que el obispo de Palencia había desaparecido. Todos los prelados de la embajada estaban

allí, excepto él. Entonces pregunté discretamente al conde Fruela y me dijo que le había visto volver a entrar en la iglesia acompañado por el obispo de Córdoba.

Al cabo de un rato, que me mantuve en vilo, ambos obispos salieron sonrientes y ello me hizo recuperar la tranquilidad. Entonces miré hacia donde estaba el ministro Musa y lo encontré pálido y distante; toda su preocupación estaba grabada en su rostro armonioso y en sus ojos profundos, perdidos en la hondura de sus pensamientos. Lo cual me ayudó a decidirme a intervenir.

Me acerqué con cuidado al obispo de Palencia y le dije:

—Don Julián, me gustaría hablar con vos. ¿Podéis concederme un momento?

Accedió y nos apartamos de allí buscando la intimidad que nos ofrecía el templo, que se había quedado vacío. Allí él, antes de que yo dijera nada, clavó la mirada en la entrada de la capilla de los mártires y exclamó entusiasmado:

—¡Ahí está! ¡Ahí tienen a nuestro Paio!

—Lo sé —afirmé—. Todos los días vengo a rezarle por la mañana y por la tarde.

—Magnífico… Nunca pensé que resultaría tan fácil encontrarlo…

—A mí me sucedió lo mismo —dije emocionada, en voz baja.

Él sonrió de forma extraña y advertí cierto brillo de delirio en sus ojos.

—Ahora lo que hace falta es que Nuestro Señor nos guíe por el camino recto —dijo—. Ya que lo hemos hallado, ¡tan pronto!, debemos hacernos con él cuanto antes y llevárnoslo a la cristiandad… ¡Oh, Dios, cómo se alegrarán allí! Tú y yo, hermana Goto, vamos a hacer felices a muchos de los nuestros llevando a la Gallaecia estas santas reliquias… ¡Este tesoro! Nos felicitarán por generaciones y generaciones…

—Sí, sí, sí… —asentí, ruborizándome por la emoción que sentía—. Pero debemos hacerlo todo con cuidado…

Él clavó en mí una mirada recelosa y dijo suplicante:

—¿Dudas de mí? ¿Por qué dices eso…? ¿Piensas acaso que voy a ser imprudente y echarlo todo a perder?

Esta reacción suya me desconcertó y permanecí callada, sosteniéndole la mirada. Entonces él reflexionó un poco, sonrió ampliamente y dijo con calma:

—No, hermana Goto, no debes preocuparte… Haré todo como Dios manda. Por mucho que desee culminar cuanto antes esta sublime misión que el Todopoderoso nos ha encomendado, soy muy consciente de que no será nada bueno precipitarse.

Suspiré aliviada al oírle hablar así y le pregunté:

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Naturalmente, ir a ponernos en presencia del diabólico rey sarraceno y cerrar el trato con él. Dios ha puesto en nuestras manos sus sucios libros de herejías para que se los demos a cambio de aquello que tanto nos interesa: el cuerpo de Paio. Todo es tan fácil y natural que solo puede ser gracias a la acción misteriosa de la Divina Providencia. ¿Te das cuenta? El Altísimo nos da la moneda para que podamos

recuperar las reliquias. Y el pérfido califa no dudará en acceder a la negociación, puesto que está impaciente por recuperar su Corán.

Entusiasmada, saboreé durante un rato la grata y lógica estrategia de don Julián. Pero entonces se me vino a la cabeza la imagen del ministro Musa aben Rakayis y todo lo que Didaca me había contado esa misma mañana. Con precaución, para evitar enojarle, observé:

—Me alegra mucho saber que tenemos un plan preciso y todo lo que me habéis dicho me parece acertadísimo. Pero… supongo que el ministro Musa y los demás estarán al tanto…

Don Julián me miró inquisitivo, mientras contestaba a modo de excusa:

—¿Puede haber algún miembro de la legación que entienda otra manera de hacer las cosas? Me parece, hermana Goto, que te preocupas demasiado por Musa…

Medité un momento y contesté con sinceridad:

—Pienso que deberíamos contar en todo con el ministro del rey. A fin de cuentas, es el responsable máximo de esta misión.

Él se echó hacia atrás, altanero, y replicó burlón:

—Musa está más despistado que un avefría en verano…

—Insisto en que deberíamos contar con él en todo.

—¡Bendito sea Dios todopoderoso! —exclamó alterado—. ¡Claro que sí! Lo único que pasa es que no acaba de decidirse… Llevamos aquí diez días y todavía no sabemos cuándo nos recibirá el maldito califa. No hemos hecho sino lo que creíamos más oportuno: animar al ministro para que tome de una vez una decisión y reclame esa audiencia en Medina Azahara. ¿A qué hemos venido si no?

—Bien, bien —dije convencida—; hagamos todo como está previsto, pero sin discusiones…

—¡¿Sin discusiones?! —gritó perplejo—. ¿Qué demonios te han contado?

Azorada, temiendo haber sido imprudente, no tuve otro remedio que responder:

—Didaca vino esta mañana muy preocupada y…

—¡Ah, Didaca! —me interrumpió con un vozarrón—. ¡Haber empezado por ahí! Resulta que ha venido la rubita esa con el cuento… ¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Poca cosa… Estaba preocupada por el ministro, simplemente.

—¿Simplemente? —replicó agitando la cabeza, y luego dejó escapar una risa ligera, irónica—. No tan simplemente… Seguramente te habrá dicho muchas cosas Didaca… Pero no te habrá contado que suspira por el ministro y que este, a su vez, anda detrás de ella como un carnero en celo…

Estas afirmaciones me cogieron tan de improviso que el corazón se me encogió y no supe qué decir. Entonces él, adivinando mi turbación, añadió:

—¡Qué ilusa eres, hermana Goto! ¿Cómo no te has dado cuenta de lo que hay entre esos dos? Se pasan el día juntos, ocultando sus amoríos, cuando todo el mundo

en la legación lo sabe ya.

Azorada, repuse:

—Pero… el ministro es un hombre célibe; tiene hecho el voto de castidad… Está consagrado…

Don Julián estalló en una carcajada y contestó con ironía:

—¡Pues ya ves! En vez de dedicarse a la misión que le han encomendado, anda entretenido buscándose una dama para contentar sus vergüenzas.

—Me cuesta creerlo…

La seriedad se deslizó en el rostro del obispo al decir:

—Pues créelo. No te mentiría dentro de un lugar sagrado. ¡Dios me libre!

Luego me asaeteó con la mirada y añadió autoritario:

—Vos y yo a lo nuestro, hermana Goto. Si nos andamos con apocamientos no cumpliremos el cometido que nos han dado. ¡Debemos estar firmes en todo y obrar con decisión! El diablo tratará de confundirnos para que no logremos nuestro propósito. Pero Dios nos ayudará…

—Entonces —le pregunté—, ¿qué debo hacer yo?

—Esperar; tener paciencia. ¿No quedábamos en que debíamos ser prudentes? Pues aguardad a tener noticias mías. Seguiré haciendo lo posible para que seamos recibidos cuanto antes en Medina Azahara y, cuando llegue ese momento, os mandaré aviso para que vengáis con nosotros, como os corresponde por vuestra dignidad y parentesco con el rey Radamiro. Mientras tanto, averiguad las circunstancias y el modo en que sucedió la muerte del santo muchacho, para que luego se pueda componer un relato que deberá ponerse por escrito y acompañar el traslado de las reliquias.

Me parecieron muy oportunos sus consejos y los planes, adecuados.

—Estoy conforme con todo —afirmé—. Pero, por Dios os lo ruego, haced lo posible para que no haya disputas.

—Confiad en mí —sonrió—. Lo que hagan los demás será cosa suya. Nosotros a lo nuestro; que es muy importante lo que tenemos entre manos.

50

La crónica de Justo Hebencio

Cuando dejó de llover, el obispo Ero nos llevó a ver León. Salimos por la mañana y emprendimos la marcha a pie, siguiendo uno de los adarves, hasta el castillo. Subidos en la torre más alta pudimos ver que, en torno a los imponentes paredones que encerraban la ciudad, el campo fulguraba verde y el cielo se mostraba más azul; los labrantíos de trigo y algún que otro viñedo resplandecían por el rocío, bajo un sol que había tomado un carácter más brioso que el día de nuestra llegada. A lo lejos se veían correr pequeños caballos de alegres colas y rebaños de cabras y corderos moviéndose despacio hacia los prados, donde las hierbas salvajes estaban esmaltadas de flores azuladas y amarillas. La llanura que se contemplaba, suavemente ondulada, se extendía hasta el pie de unos montes lejanos y cenicientos, cuyas cumbres aún nevadas brillaban sonrientes y puras.

El obispo Ero nos explicó que aquellas murallas, tal vez las más altas y poderosas de cuantas quedaban en pie de las que edificara el pueblo romano, soportaban la pesadumbre de mil años. Se desconoce lo que sucedió en los tiempos que siguieron a la ruina del viejo Imperio, pero se tienen noticias de que las fortalezas estuvieron ocupadas por los ismaelitas después de que invadieran Hispania. Fue reconquistada para la cristiandad por el rey Alfonso I; quedando luego desierta durante cerca de un siglo, en lo que por entonces fueron las sombras de la Tierra de Nadie. Hasta que el llamado Rey Magno se decidiera a poblarla. Se apreciaban claramente los remiendos hechos en ese tiempo; los antiguos muros romanos estaban reconstruidos a trozos y se alternaba lo nuevo y lo viejo, en el amontonamiento confuso de baluartes de sillares, piedras, adobes y ladrillos. La primavera asomaba en los rincones verdeando en frondosas parras y árboles frutales. Todo ello enmarcado por el casi perfecto rectángulo del que fuera el trazado original de la primera ciudad. Dentro de tan recias defensas soportó el rey Alfonso III el asedio del príncipe Al Mundzir y desde allí extendió su reino hasta el Duero y el Pisuerga.

A partir de aquel soberano, se convirtió León en la principal urbe cristiana, estableciéndose en ella el solio real, el Consejo y el Tribunal de Justicia. Coincidiendo con las discordias internas del emirato cordobés y los odios y revueltas que en él se desencadenaron, muchas gentes mozárabes del sur acudieron a establecerse en la ciudad y su alfoz. Con todo, aun siendo la capital de toda la Gallaecia y la cristiandad del norte, en nada puede compararse su tamaño y su población con la importancia y la grandeza de Córdoba, sin que por ello desmerezca la rica vida que allí hay; y se reconozca que, incluso echando una simple mirada a su

contextura física y moral, se apreciaba que en León latía una nueva y floreciente sociedad alentada por el deseo de reconquistar territorios.

Eso lo pudimos estimar con mayor claridad un poco después, cuando atravesamos la ciudad de parte a parte por su vía mayor, que discurre de norte a sur desde el castillo hasta el mercado; numerosas vías secundarias, calles, carreras y carrales se cruzan, enlazando algunas con otro eje importante, aunque menor, que une la llamada puerta del Obispo con la que nos sirvió de entrada, la puerta Cauriense. Hacia el este, se abre la puerta del Conde; y entre el mercado y el palacio real, la que llaman «arco del Rey» completa las cuatros puertas, dando entrada a un extenso suburbio donde habitan los judíos, moriscos y agarenos. En todas partes, dentro y fuera de las antiguas murallas, se hallan al paso iglesias y monasterios viejos o recién construidos, de las reglas de siempre, de san Fructuoso y san Leandro, los primeros, y de las reglas venidas de fuera los nuevos. Prueba era ello de que, como he dicho, León se estaba obrando; crecía y florecía con los ojos puestos en otras miras, alumbradas con nueva luz tras la victoria de Simancas. Sus plazas, sus calles, sus rincones eran observados atentamente por nosotros y nos íbamos haciendo una idea de la vida de su pueblo, gracias también a las explicaciones del ilustrado obispo Ero de Lugo, que manifestaba, aun sin esforzarse, el orgullo de saberse vencedores.

Por eso, fácilmente se podrá comprender que aquella misión nuestra en la Gallaecia, además de harto dificultosa, era muy expuesta. A los ojos de la gente del norte, todos nosotros, ya fuéramos cristianos mozárabes, ismaelitas o judíos, éramos considerados «mauros». Con ese nombre se referían a la gente del sur y expresaban con él todo lo que para ellos significábamos: temor, desconfianza y resentimiento. Pronto fuimos conscientes de esa realidad tan evidente y nos dimos cuenta de que las expectativas que abrigábamos, de resolver con rapidez y facilidad los asuntos que nos llevaron a León, se desvanecían.

Nos enseñaban su ciudad amablemente y nos trataban con cortesía; pero advertíamos que el rey Radamiro, de momento, no manifestaba ningún interés en recibirnos. ¿Era solo por recelo o acaso por terquedad y arrogancia? Fuera por una causa u otra, nadie nos ofrecía el mínimo indicio que nos diera esperanzas de ser atendidos pronto. Esto motivó que Hasday ben Saprut resolviera enviar un veloz correo a Córdoba para informar de esta circunstancia a los ministros del califa.

Mientras tanto pasaba el tiempo. El conde Gundesindo acudía cada día, puntualmente, a desayunar con nosotros por la mañana. Se entregaba a su obligación de cumplimentarnos sin ir más allá del cometido elemental de saludar, preguntar si necesitábamos algo en especial y proporcionarnos un breve momento de compañía. Parco en palabras, seco y estirado, disculpaba al rey manifestando que tenía muchas obligaciones, pero que no tardaría en recibirnos. Más tarde llegaba el obispo Ero y nos acompañaba a visitar alguna iglesia o monasterio; nos hablaba de historia, y nos

aleccionaba, magnificando ante nuestras miradas la robustez de los bastiones, las defensas, los inexpugnables muros, el orden y disciplina de la guardia en las atalayas y la invencible capacidad de la hueste leonesa, capaz, según decía, de «convocarse y aprestarse a la batalla con la misma premura que transcurre la jornada, desde la salida del sol hasta su ocaso».

Encaramados en las alturas de las almenas, nos invitaba con pasión a contemplar aquellas piedras milenarias que tanta confianza le infundían, asegurando que «ni en la Jerusalén del rey David, ni en Damasco, ni en la pérfida Babilonia, ni en la mismísima Roma que conoció san Pedro hubo murallas como aquellas». Luego se ponía medio en trance y entonaba melodiosamente el cántico de Isaías:

Tenemos una ciudad fuerte,
Dios ha puesto para salvarla murallas y baluartes…

Pues estaba el obispo plenamente convencido de que León era la Nueva Jerusalén y Radamiro algo así como un nuevo rey David. Nos contaba entusiasmado cómo la monarquía se había desplazado en estos tiempos definitivos desde el norte, desde la antigua capital de Oviedo, estableciendo una nueva sede regia, construyendo iglesias y monasterios y asentando pobladores en los nuevos territorios conquistados. Todo ello para aprestarse a la gran empresa que se avecinaba: restaurar el antiguo orden cristiano desde allí y extenderlo a todas las tierras hispanas que pertenecieron a la pasada y extinta monarquía goda. Por tal motivo, si los anteriores reyes habían sido sepultados en Oviedo, a partir de la muerte de Ordoño, todos los monarcas descendientes tendrían sus sepulcros en León.

Observé con cuánta atención asistía Hasday ben Saprut a estas explicaciones, largas, repetitivas y manifiestamente intencionadas, en las que don Ero, seguramente en connivencia con el propio Radamiro, quería impresionarnos y orientar nuestras conciencias hacia la idea de que la nueva cristiandad del norte estaba resuelta a continuar su avance impetuoso e imparable.

51

El viaje de la reina Goto

La conversación que mantuve con el obispo de Palencia dejó dentro de mí un poso de dudas y tristeza. ¿Eran simples habladurías lo que me había contado sobre el ministro Musa y Didaca? Si no lo eran, ¿por qué la dama no se había sincerado conmigo? No obstante, me reconfortaba pensar que, en todo caso, el comportamiento del uno y la otra estaban fuera de los alcances de mi responsabilidad. Porque mi único cometido en Córdoba era averiguar cómo había sido la muerte de Paio y rescatar sus santos huesos. Y en todo lo que a esta misión pudiera afectar no tenía más remedio que seguir la recomendación de don Julián: mantenerme firme en medio de la circunstancias y actuar con decisión.

En los días siguientes no tuve noticias de los demás miembros de la embajada. Como nadie volvió a quejarse, supuse que finalmente habría triunfado la cordura y que las aguas discurrían por sus cauces. En alguna ocasión estuve tentada de ir a la fonda donde se hospedaban los legados para ver cómo iban las cosas, pero siempre acababa optando por la paciencia y por seguir esperando a que me avisaran para acudir a la recepción del califa.

Mientras tanto, toda la grandeza y el misterioso encanto de Córdoba seguían manifestándose ante mi alma asombrada. Cada día salía con Columba a descubrir los lugares próximos y lejanos, dentro y fuera de las murallas, donde se desenvolvía la vida cristiana de los mozárabes, en sus barrios, mercados, plazas, cenobios, monasterios, ermitas y santuarios. Bajo aquella luz primaveral, intensa y tórrida, recorríamos a lomos del borrico, sin descanso, los rincones habitados durante más de mil años y que ahora, sufridas tantas invasiones, y tras sucederse el paso de nuevos habitantes, ofrecía la maravilla de la mezcla de gentes y costumbres, visible en los rostros y en las vestimentas, en el acento de las lenguas vulgares y en el humano milagro del mestizaje. Porque todo en Córdoba parecía subsistir de manera eterna, lo viejo y lo nuevo, en la extravagante vecindad de los templos antiguos, las iglesias cristianas, las mezquitas y las sinagogas. Y todo envuelto en el apretado arracimarse de aquellas casas, que escondían veladamente las intimidades de una existencia heredada a través de siglos, mientras las fachadas presentaban a las calles la belleza avejentada y el aire decaído de las antiguas piedras, el rojo ladrillo y los preciosos estucos. Si en el interior de la ciudad, ciertamente, se desarrollaba una rica vida cristiana, asimismo sucedía extramuros, en los arrabales y en las sierras próximas.

Saliendo por la puerta de Isvilia, hacia la parte occidental de las murallas, se hallaba la afamada basílica de San Acisclo, donde se veneraba desde antiguo el

cuerpo del mártir y el de su hermana, santa Victoria. Conocíase en Córdoba este santo lugar como Canisatalharca en la lengua árabe, lo cual significa «iglesia de los quemados»; en memoria de los cristianos que allí se encerraron y que perecieron abrasados dentro cuando los agarenos invadieron la ciudad y prendieron fuego a sus templos.

En la orilla opuesta del Guadalquivir, hacia el sur, está el monasterio de San Cristóbal; y más allá, en la llanura, se encuentra la aldea de Tersail, donde se encuentra el santuario dedicado a san Ginés, en cuya cripta se veneran las reliquias del mártir. Hay igualmente en las afueras de Córdoba otros barrios con incontables ermitas e iglesias dedicadas a los santos: Cosme y Damián, Zoilo, Eulogio, Sansón, Justo y Pastor…; en la mayor parte de ellas se custodian reliquias de gran significación, por lo general guardadas en preciosos sepulcros, cofres de marfil, plata o maderas nobles y en relicarios adornados con esmaltes y valiosas gemas; mientras que la elaborada decoración a partir de mármoles, mosaicos y pinturas confiere a todo aquello un aire suntuoso, que se completa con los vasos sagrados de oro fino y los ropajes litúrgicos confeccionados con sedas y damascos. Siempre hay infinidad de velas encendidas, coloridas flores y aromas de incienso, romero y mirra que acentúan el ambiente sacro y místico. Entrar en cada templo resulta un deleite, y un profundo gozo religioso contemplar las escenas maravillosamente representadas en las pinturas de las paredes y los techos: la Virgen con el niño en brazos, el Señor vestido con elegantes y regias vestiduras, los apóstoles, la santa cena, la Pasión, los martirios de los santos… Los sacerdotes, diáconos y monjes confieren dignidad a las celebraciones, con sus largas barbas sobre el pecho y su aspecto grave y respetuoso. La música y los cantos son maravillosos, largos, sentidos, penetrantes… Cierta resonancia oriental conserva en ellos los ecos de Tierra Santa.

Pero, aun resplandeciendo mucho de la antigua belleza, no todo está en buen estado. En cualquier parte hay ruinas, restos desparramados, columnas rotas, pórticos deshechos, tejados hundidos y edificios abandonados; todo ello entre callejuelas sucias, bodegas, talleres, basureros y decrépitos muros. La mayor amalgama de grandeza y miseria puede contemplarse en Córdoba; el pasado y el presente se encuentran incluso donde todo se cae a pedazos, a un lado y otro del lento y perseverante fluir del Guadalquivir.

En aquellos días tuve tiempo suficiente para empaparme de la curiosa vida de esas gentes del mediodía, a la que siempre hemos considerado opuestas a nosotros, los habitantes del norte. Salíamos como he referido, venerable hermano Gemondo, cada mañana y nos lanzábamos a descubrir la ciudad. En los mercados se congregaban igualmente ricos comerciantes y mendigos, de todas las razas y procedencias. Los forasteros, tales como los de Levante, han acabado haciendo sus propios barrios, y sus actividades y privilegios están regulados cuidadosamente por

las leyes que dictan los cadíes, según los convenios que hacen antes de poder asentarse. Vienen desde los puertos de al-Ándalus y traen esclavos, animales exóticos, pieles, materiales preciosos, tejidos, perfumes, esencias, marfil y especias; y a su vez envían miel, cera, otras pieles y vestidos a los lejanos países. Los comerciantes locales y los artesanos se organizan por calles, en las cuales predominan los olores de sus productos y las peculiares maneras de exponerlos en sus tenderetes. Es asombroso ver hombres de Bizancio, Persia, África, Egipto y Arabia, con su diversidad en las formas de vestir, los tocados y los adornos. Todo eso puede resultar desconcertante al principio, pero luego te transporta como mágicamente a otros universos; será por los aromas, el bullicio, el elevado tono de las voces o el contraste cosmopolita de los atavíos en una Babel que reúne todas las lenguas. ¡Con cuánta razón ha llegado a decirse que Córdoba es el ornato del mundo!

En aquel deambular diario lleno de maravillas, la encantadora abadesa Columba me tenía reservada una sorpresa muy especial para completar mi peregrinaje. Ella era así, tan misteriosa como la ciudad donde se había criado y a la que consagraba su vida. Nos detuvimos en una plazuela, frente a la que —según dijo— sería la última de las iglesias que íbamos a visitar. Era un lugar poco diferente a otros que habíamos visto; o al menos eso me pareció, después de tal cantidad de templos de todos los tamaños y formas. Descabalgamos allí y ató el asno a una reja. Ella estaba emocionada, según advertí en el brillo de sus ojos, con los cuales me miró fijamente y, de manera algo enigmática, anunció:

—Por fin hoy vas a descubrir cosas sobre tu venerado Paio… Cosas que muy poca gente conoce…

Tanto misterio me desconcertó y me quedé sin decir nada, sosteniéndole la mirada. Entonces Columba se volvió hacia la iglesia y, señalándola con el dedo, explicó:

—Esta iglesia que ves es la de San Cipriano; la he dejado para el final porque a ella pertenecen los fieles que recogieron el cuerpo del pobre muchacho mártir. Aquí, en este barrio, viven las únicas personas que podrán contarte lo que pasó con él hace diecisiete años, aquel caluroso día de julio…

Mi corazón dio un vuelco y mi cuerpo se aflojó, desmadejado por la emoción que me hacía temblar las piernas. Miraba a Columba a la cara, interrogándola con los ojos, sin hablar, y ella volvió a dar explicaciones veladas, a través de medias palabras:

—Ya te dije que yo poco podía contarte… Pero aquí es posible que encuentres lo que buscas. Aunque… ¿quién sabe? Solo Dios…

En su rostro apareció la duda y el respeto; la sumisión de quien tiene miedo a liberar su pecho; y murmuró con una voz temblorosa:

—Pero debemos ser muy discretas tú y yo. Hemos de poner sumo cuidado a la

hora de preguntar, no sea que despertemos los viejos temores, el pánico de la gente…

No comprendía yo nada de lo que trataba de decirme.

Así que, ansiosa y decepcionada, exclamé:

—¡Háblame claro! He venido desde muy lejos y…

—¡Chis! —susurró llevándose el dedo a los labios—. Esto es precisamente lo que no debes hacer. Modera tu ímpetu o solo conseguirás levantar recelos y no te contarán nada.

Agitando nerviosamente la cabeza a la vez que reprimía mi emoción y mi impaciencia, le supliqué:

—Hagamos todo como creas que debe hacerse, pero, ¡por Dios bendito!, preséntame de una vez a esas personas. Seré prudente y discreta.

—Bien —contestó poniéndose extremadamente seria—. Tú limítate a seguirme y a permanecer todo lo callada que puedas. Ahora entraremos a la iglesia para conocer al sacerdote y él nos guiará mejor que nadie hacia lo que estamos buscando. ¿Comprendes?

—Sí, sí, sí… —asentí anhelante—. Hágase todo como dices.

Entramos en la iglesia. La nave no era muy grande y de inmediato llegamos frente al ara, donde encendimos velas como era costumbre. Unas mujeres estaban allí arrodilladas rezando y nos miraron de reojo. Columba les preguntó:

—¿Está por aquí el maestro Isacio?

Una de las mujeres señaló hacia la puerta e indicó:

—Hace un rato que se marchó. Debe de estar en la escuela.

Cuando volvimos a salir, Columba me explicó:

—Esta iglesia dedicada a san Cipriano es una de las más antiguas; digamos que ha estado aquí toda la vida. Bueno, se entiende que toda la vida cristiana; es decir, desde los tiempos de los romanos. Ahí reposan varios mártires de aquella lejana época.

La casa del sacerdote estaba justo enfrente de la iglesia. Cruzamos la plaza y llamamos a la puerta. Salió una anciana alta y delgada que sonrió al ver a Columba y exclamó:

—¡Hermana! ¡Alabado sea Dios!

Columba la besó y luego me dijo:

—Esta es Teódula, la hermana del maestro Isacio.

Entramos las tres y fuimos hasta el final de la casa, a la cocina, donde la anciana hermana del sacerdote debía estar pendiente del puchero para que no se le quemase la comida. Allí sentadas estuvimos charlando, esperando a que el maestro concluyese las enseñanzas que impartía en la escuela que estaba en el piso alto. De vez en cuando, nos llegaban las voces de los alumnos, repitiendo monótonamente sus lecciones.

Teódula era una mujer reservada, poco habladora y meditabunda; parecía estar sumida en sus adentros y apenas musitó al principio algunas frases de cortesía. Luego, mientras Columba hablaba y hablaba dicharachera, únicamente dijo «sí», «no» y poco más. Se levantaba, abría la tapa del puchero y daba vueltas con un cucharón a lo que había dentro, mientras nos miraba de soslayo. Yo a mi vez la observaba a ella con disimulo: su cabeza canosa, su nariz, su largo cuello y su flaca figura. Sonreía con dificultad cuando salía en la conversación la persona de su hermano, para el que Columba solo tenía elogios. Por eso supe antes de conocerle que era un hombre sobrio y juicioso, respetado por todo el mundo; un insigne maestro entregado por entero a su escuela, en la cual tenía puesta el obispo de la diócesis toda su confianza para la formación de los futuros sacerdotes.

En torno al mediodía se escuchó un canto, entonces Teódula levantó la cabeza, se llevó la mano a la oreja y avisó concisamente:

—Ya terminan.

Un momento después Isacio entró. Lo vi venir por el largo y estrecho pasillo de la casa. Era más alto todavía que la hermana y tan delgado como ella; vestía túnica deshilachada, pardusca, que no obstante nada restaba a la dignidad de su presencia. Su cabeza era alargada y sus barbas blancas, crecidas; los ojos serenos y llenos de humildad.

Nos pusimos de pie. Nos miró, sonrió discretamente y dijo:

—¿Y esta sorpresa? ¿A qué se debe esta visita?

Columba le besó la mano con veneración. Después respondió:

—Esta hermana nuestra es la abadesa Goto, del monasterio de Castrelo de Miño, allá en la Gallaecia. Ha venido en peregrinación para venerar y rezar a nuestros santos mártires de Córdoba.

El maestro posó en los míos sus ojos tranquilos, sonrió de nuevo y exclamó:

—¡Ah, la reina Goto!

Transcurrió un momento de silencio, cargado de apuro, hasta que Columba, que se había quedado tan pasmada como yo, preguntó con turbación:

—Pero… ¿cómo lo sabes?

Isacio se echó a reír de repente, como para disminuir la tensión que se había creado, antes de decir:

—Todo el mundo sabe ya en Córdoba que han venido los embajadores del rey Radamiro y que entre ellos está nada menos que la viuda del anterior rey de la Gallaecia.

—¡Me sorprendes tú a mí! —replicó Columba afectada—. Puede que la gente sepa que esos embajadores están aquí; pero hemos sido muy cuidadosas en lo que a la reina Goto se refiere; no hemos revelado en ninguna parte que ella se hospeda en nuestro monasterio, para no excitar a los curiosos. Durante estas tres últimas semanas

hemos visitado los monasterios, iglesias y ermitas de Córdoba y en ningún sitio hemos dicho quién era ella. Siempre la hemos presentado como una sencilla monja del norte.

El maestro inclinó la cabeza hacia mí y su boca se dilató en una amplia sonrisa. Inmediatamente después se puso muy serio al decirme:

—Como veis, dómina, sé quién sois… Y también sé lo que habéis venido a buscar.

Me turbé y eché una rápida ojeada a Columba, para ver qué efecto habían producido en ella esas palabras, teniendo en cuenta lo que me había dicho por la mañana y las advertencias que me hizo antes de entrar en la iglesia de San Cipriano. Su pálido rostro se sonrojó; frunció el ceño y luego sonrió confusa. Apurada y disgustada, se lamentó:

—Está visto que en esta Córdoba habladora no se puede guardar ningún secreto.

—Estad tranquilas —dijo Isacio, tomando por fin asiento—, os diré cómo lo he sabido.

Nos sentamos y permanecimos ansiosas un instante, pendientes de su explicación. Hasta que él declaró:

—Estuvo aquí don Julián, el obispo de Palencia, para indagar acerca de la muerte de aquel muchacho gallego, el mártir Paio.

—¡Dios bendito! —exclamé irritada—. ¡Eso es tarea mía!

—Lo sé —dijo el maestro con su voz tan segura—. En eso fue honesto. Me confesó que se estaba adelantando a los planes previstos y que no tenía otra intención que preparar el terreno para vuestra visita. Pero yo me di cuenta enseguida de que un hombre tan impetuoso como él no había podido aguantarse las ganas de hacer las cosas por cuenta propia.

En ese momento, Columba intervino para decirle:

—Maestro, durante todos estos días he estado muy cerca de esta hermana nuestra y he conocido sus intenciones. No me atrevería a pedírtelo si no estuviera completamente segura de lo que hay en su corazón. Debes escucharla y atender a sus ruegos, puesto que ya sabes lo que ha venido a buscar.

El maestro asintió, moviendo la cabeza mientras me miraba y sentí que su mirada penetrante trataba de reconocer lo que de verdad había en mis interioridades. Entonces yo, empujada por mis sentimientos y deseos acumulados durante tanto tiempo, supliqué con vehemencia:

—¡Por el amor del Dios vivo y verdadero, atiéndeme! ¡He hecho un largo y fatigoso viaje! ¡Ya no soy una mujer joven!

Isacio sonrió con un poso de tristeza y compresión en su rostro tranquilo. Después dijo:

—Antes de nada debo conocer tus propósitos. Di con toda sinceridad y

exactamente a qué has venido desde tan lejos.

En mi corazón estalló una arrolladora excitación de interés, y lo pasé muy mal tratando de vencer sus manifestaciones externas. Así que permanecí un rato en silencio, dominándome y meditando lo que debía contestar. Después, entre lágrimas, manifesté:

—Conocí a Paio desde que era un pequeño niño y pude despedirme de él cuando partió con su tío, el obispo Hemogio, a la guerra. Para entonces vivía aún mi esposo el rey y yo era la reina de la Gallaecia. El bello muchacho era paje en nuestro palacio…

Los tristes recuerdos ahogaron mi voz y estuve sollozando durante un largo rato, sin poder continuar. Columba entonces me consoló con cariñosas caricias en los hombros y en la espalda. Cuando por fin reuní fuerzas para continuar, dije:

—¡Es como si hubiera sido hijo mío! ¡Tanto lo quería…! ¡Por el amor de Dios, decidme cómo murió!

El maestro se puso de pie, visiblemente conmovido. Echó una ojeada a cuanto lo rodeaba, pasando revista a los ojos de las tres mujeres que estábamos pendientes de él, al techo, a la lumbre y a la ventana que daba a un pequeño patio con tiestos. Luego suspiró y habló en tono serio y apenado:

—Muchos han venido desde la Gallaecia antes que tú para preguntar por los oscuros sucesos que rodearon la muerte del muchacho; muchos han tratado de llevarse al norte sus huesos, incluso pagando grandes sumas por ellos… Nunca cedimos a esos deseos, pues consideramos que san Paio forma parte ya para siempre de la gloriosa memoria de nuestros mártires… Además, no hemos querido remover el pesado y negro telón que oculta lo que sucedió, pues sería como abrir una vieja herida…

Dicho esto, me miró con compasión y añadió:

—Pero lo tuyo es diferente… Tú no vienes solo en busca de una reliquia más… Por eso, aunque es muy doloroso recordarlo, sabrás con detalle cómo murió el muchacho…

Me incliné hacia él y besé sus manos rebosando agradecimiento. Entonces el maestro, posando en mí sus ojos bondadosos, llenos de ternura, afirmó:

—No deberás agradecérmelo a mí, sino a la persona que fue testigo de aquel crimen horrendo. Hasta el día de hoy, esa persona ha guardado el secreto por miedo. Únicamente mi hermana Teódula y yo sabemos por su testimonio lo que pasó. Pero creo llegado el momento en que alguien más debe saberlo… Le pediré que te lo cuente con todo detalle; le convenceré para que haga memoria y recuerde lo que ha querido olvidar durante todos estos años…

—¿Y si se niega a contármelo? —pregunté con ansiedad.

—Si yo se lo ordeno, me obedecerá —respondió él suspirando—. Aunque cierto

es que se trata de una persona nada corriente…

—¿Cuándo podré encontrarme con él? —dije.

El maestro miró a Columba y murmuro pensativo:

—Aguardad a que yo prepare el momento y el lugar… Entonces os enviaré aviso al monasterio…

52

La crónica de Justo Hebencio

Recordaréis, señor reverendísimo y obispo nuestro Asbag aben Nabil, que me referí más atrás a un caballero de nombre Bermudo, el cual vino al principio de nuestra estancia en León al caserón donde nos hospedábamos. Era un hombre de unos cuarenta años, de magnífica presencia, aspecto saludable, barba espesa de color castaño y ojos grisáceos de mirada centelleante. Es de justicia reconocer que, no obstante los primeros recelos hacia su persona, supo ganarnos la confianza casi desde aquel primer día que le conocimos. Venía a estar con nosotros, según manifestó, con la única intención de hacernos pasar de manera más llevadera la espera en que nos mantenía el rey Radamiro antes de recibirnos. También nos dijo, en un alarde de humildad, que deseaba acompañarnos para conocer por boca nuestra cómo era en verdad Córdoba, nuestra prodigiosa ciudad, la cual admiraban aun sin haber estado nunca en ella.

Debo decir que aguardábamos con ansiedad sus visitas porque, entre la frialdad del conde Gundesindo y las engoladas erudiciones del obispo Ero, don Bermudo suponía un alivio, un entretenimiento; como una brisa limpia en el ambiente de desconfianza que nos rodeaba en León. Era alegre, ecuánime, comprensivo; no se jactaba de nada, no se empeñaba, como todos allí, en demostrarnos que Radamiro era el monarca más justo y virtuoso del orbe ni su reino el más próspero y loable. Por el contrario, el caballero era reservado en estos asuntos, los esquivaba e incluso daba motivos para pensar que recelaba del rey y sus magnates; al menos no hablaba de ellos y, si era preguntado, ponía una cara extraña y se disipaba su permanente sonrisa.

No obstante, Bermudo era un hombre conversador que parecía disfrutar como un niño si le contábamos cosas de Córdoba. Hasta cuando el obispo de Pechina se alargaba en sus peroratas interminables, escuchaba con suma atención y no parecía aburrirse. Quería saber todo de al-Ándalus: las costumbres de las gentes, cómo era la vida, los cultivos, los ganados, las ciudades, los mercados… Pero, especialmente, se manifestaba interesado por la persona del califa. Constantemente nos hacía preguntas, algunas muy aventuradas: si era considerado bueno o malo, justo o injusto, si el pueblo de Córdoba lo quería y veneraba, si sus magnates eran leales, dónde vivía, con quién, quiénes eran sus personas de confianza…, incluso cuántas esposas y concubinas tenía.

Todo este interés no ocultado por Bermudo nos halagaba y comprobábamos que él, a diferencia de otros hombres que tratamos en León, no sentía desprecio hacia el sur, sino que le atraía e incluso lo admiraba.

Sin embargo, Hasday ben Saprut no se rindió de manera fácil y rápida a la afabilidad de aquel amistoso caballero. Al principio el judío estuvo cauteloso, prudente, en las conversaciones que se mantenían durante las agradables comidas que nos proporcionó Bermudo cada vez que venía a visitarnos. Mas después, en vez de dejar que él llevara en todo momento las riendas de las reuniones, decidió pasar a la acción; y aprovechar para sonsacar informaciones que a nuestra vez nos interesaban. Pero más adelante me referiré más explícitamente a todo esto.

Dejadme antes, mi señor Asbag, que os relate cómo transcurrió el primero de aquellos almuerzos, para que lleguéis a comprender plenamente el alcance de la inteligencia de Hasday y la sutileza con la que sabía sacar partido de cualquier situación.

El primer día que nos sentamos a la mesa con don Bermudo fue en una cena temprana, antes de caer la tarde, después de regresar de uno de aquellos largos paseos por la ciudad, en el que el obispo Ero se empeñó a toda costa en hacernos ver que en los mercados de León podían encontrarse los mejores productos del mundo. Nos había hecho caminar desde antes del mediodía por la gran extensión del suburbio que empezaba más allá del arco del Rey, mostrándonos la cantidad de tenderetes, muy bien ordenados por callejones, donde, en efecto, podía hallarse casi de todo. Vimos los establecimientos de mercaderes venidos del sur que ofrecían ricos paños, sedas, brocados y tapices; también mantas, pieles caras y tafetanes del norte. Nada de especial tenía todo esto, pues de la misma calidad o mejor puede encontrarse fácilmente en Córdoba. Nos llamaron más por ello la atención herramientas, los enseres de labor del campo, las armas y los objetos de uso doméstico venidos de comarcas extrañas: tijeretones, cuchillos, tenazas, hachas, hoces, guadañas, vasijas y demás instrumentos de hierro, latón, acero y cobre; trébedes, sartenes, morteros, calderos, ollas de todos los tamaños y formas y recipientes de todo género. Es de admirar asimismo el excelente uso que hacen del cuero y lo que de él puede obtenerse: melenas para bueyes, coyundas, cabestros, correajes, bridas, sillas y albardas. Asombra observar tal infinidad de puestos de tiraceros, curtidores, talabarteros y tejedores como hay allí. Por lo demás, aunque se ve mucho y muy buen género, poco se encuentra de particular que, como digo, no haya en al-Ándalus. Sorprende, eso sí, lo aficionados que son al vino y a la sidra. La primera de estas bebidas es abundante y puede comprarse en cualquier sitio. Tal es el aprecio que le tienen los leoneses que no sellan pacto entre ellos ni conciertan negocio alguno sin que corra el vino. Hasta nos contaron que guardan en los pueblos y aldeas una copa grande, generalmente de plata fina, la cual el alcalde llena de vino y beben todos de ella para manifestar armonía en la convivencia y rubricar el acuerdo entre los vecinos. Otro tanto pasa con la sidra, aunque esta es más barata, más común y más corriente. Abundan las tabernas y en cualquier rincón, en plena calle, te ofrecen un

vaso o unos tragos; así que los aromas de los mostos impregnan el aire y, cuando se cierran los mercados, se ve a los hombres deambular por la ciudad, vocingleros, alegres, en busca de su ración.

Todo esto resulta curioso, en contraste con la gravedad pétrea de las iglesias y monasterios, tan solemnes, tan silenciosos, siempre en penumbra, tenuemente iluminados por los lucernarios de bronce y los finos rayos que penetraban por los delgados vanos de los ábsides.

En medio del asombro que nos causaban las formas de las edificaciones, las vestiduras de las gentes y los usos y costumbres tan diferentes, las explicaciones de don Ero desgranaban un forzado tratado en el que nos quería presentar un mundo nuevo, perfecto, que superaba la decadencia del antiguo y extinto orden godo y que, por tanto, representaba el futuro, bajo el providente gobierno de Radamiro y las expectativas de extender el reino. Esto, por otra parte, resultaba natural, comprensible, puesto que al obispo de Lugo le habían conferido la misión de impresionarnos para que trasladásemos a Córdoba nuestras apreciaciones.

Pero los obispos mozárabes de nuestra embajada no podían evitar sentirse agraviados, como si todo aquello que se nos mostraba fuera para restregárnoslo por la cara. El de Isvilia, Abas al Mundir, no renunciaba al placer de refunfuñar.

—Como si en el sur no hubiera cristiandad —decía entre dientes—. ¿Quiénes se creen que son estos presuntuosos?

Y el de Pechina no desaprovechaba ninguna ocasión para echar largos discursos, agrios con frecuencia, en los que, a su vez, trataba de convencer a Ero de que lo que había en el sur era más auténtico, más probado y, por tanto, más ejemplar.

A veces se encendían las discusiones y ya no teníamos más remedio que terciar, para que aquello no se convirtiera en la permanente y fatigosa resolución de un eterno pleito.

—En todos sitios hay sombras y luces —les decía yo—. Aquí hay mucho de bueno, como también habrá errores e iniquidades; igual que en Córdoba, como en cualquier parte… Aprendamos lo bueno que hay en un sitio y otro.

No les convencían estas razones. Seguía cada uno a lo suyo y no había manera de hacerles ceder aunque fuera un poco. Tan solo el obispo de Elvira se manifestaba más comprensivo y menos fanático. Pero los otros tres se enzarzaban en largas disputas que en alguna ocasión nos hicieron temer que llegaran a mayores.

Regresábamos del paseo por los mercados discutiendo, como siempre, y nos encontramos al llegar al caserón con la cara estirada, seca, de don Gundesindo, que nos esperaba en el recibidor para anunciarnos que cenaríamos temprano y abundantemente, puesto que el almuerzo había sido frugal. Después de decirnos esto, se marchó llevándose consigo al obispo Ero y así desapareció por el momento toda posibilidad de discusión durante la comida, lo cual supuso un alivio.

Al entrar en el salón nos encontramos con una agradable sorpresa: una mesa grande vestida con mantel en la que estaban dispuestos los platos y las copas, iluminados por unos bonitos candelabros de bronce. La chimenea estaba encendida y, junto a ella, el caballero Bermudo nos esperaba sonriente.

—Os prometí que compartiríamos una comida —dijo—. Pues bien, permitidme que os agasaje y concededme, os lo ruego, el placer de conversar largamente con vosotros.

Teníamos apetito, porque el paseo por los mercados había sido largo, intenso, entre puestos de carnes, hortalizas, legumbres, panes y demás alimentos, y no habíamos probado bocado desde media mañana; así que nos encantó ver la olla humeante que los criados pusieron encima de la mesa.

—Es un guiso que suele hacerse por Pascua —indicó Bermudo—. Lo llamamos «salvajina».

—¡Hum! ¡Qué olor tan apetitoso! —exclamó Aben Mahram—. ¿Qué lleva?

—Está hecho con diversas carnes —explicó el caballero—, todas de caza: grullas, ciervo, oso…

—¿También jabalí? —preguntó Hasday—. Si lleva jabalí yo no podré comerlo.

—No lleva jabalí —respondió Bermudo—. Sé que no coméis carne de puerco en al-Ándalus, aunque el puerco sea salvaje, criado en los montes y no en porqueriza.

—Se agradece —dijo el judío.

—Bien, sentémonos a la mesa —propuso el caballero—, no es bueno que el guiso se enfríe antes de comerlo.

Nos sentamos y los criados nos fueron sirviendo pedazos de carne. La salsa, que era exquisita, se tomaba directamente del caldero, untando grandes pedazos de pan.

—¡Buenísimo! ¡Excelente! ¡Delicioso! —exclamamos, todos de acuerdo, cuando lo probamos.

—Sabía que os gustaría —dijo Bermudo—. No hay quien coma esto que no quede encantado.

—¿Cómo se hace? —preguntó el obispo de Isvilia.

—¡Cocinero! —gritó Bermudo.

Entró un hombrecillo tímido con cara de búho; los ojos redondos, oscuros, y la nariz picuda; el sayo grasiento y en las manos pequeñas un cucharón y un trinchete.

—Es el que mejor guisa la salvajina en todo León —indicó Bermudo—. Cocina para el rey cada vez que da un banquete. Él os dirá cómo se hace esta delicia.

El cocinero se dobló en una reverencia que dejó ver su coronilla calva y luego explicó con una vocecilla aguda, femenil:

—La salvajina es, señores míos, el más exquisito guiso de carnes de caza que pueda hacerse. Pero debéis comprender que lleva su ciencia y su tiempo. Primeramente, es menester cocinar las carnes por separado, pues cada pieza de caza

requiere su tratamiento: si es grulla, debe cocerse pacientemente hasta que ablande; si es oso tierno, bastará freírlo en su sebo; si hubiera ciervo, un leve paso por las llamas será suficiente. Lo importante es preparar bien la salsa, en la que reside el éxito de todo el guiso. Habrá de majarse pan tostado empapado en vinagre, pimienta, jengibre y aun otras especias. Después desliarlo con el caldo de cocer las carnes, y que hierva mucho. Puede agregarse azafrán y leche de almendras o castañas, así como carne majada con pimienta, pero no de grulla, sino de los otros animales. Todo esto se echa en el caldero y se bañan bien las presas, añadiendo vino y agua, hasta ir espesando el caldo, pero sin que deje de estar suelto para que se pueda mojar en él mucho pan.

—¡Ángeles del cielo! —exclamó el obispo de Isvilia—. ¡Cuánta ciencia para una olla de carne!

—Eso no es nada —repuso el obispo de Pechina—. En nuestra tierra hay platos mucho más elaborados. El pastel de liebre, por ejemplo, lleva cuantiosos ingredientes y mucho trabajo. ¿Y qué decir del cabrito asado? Recuerdo una vez que vi prepararlo a la manera de los beréberes de Maglia. Debe ser escaldado primero el cabrito, con su piel, y después se sacan las asaduras y se guisan aparte. Una vez relleno con ellas, se pone al fuego el cabrito y, cuando está medio cocido, se baten yemas de huevo y se unta con ellas, con la ayuda de plumas de gallina, para luego, cuando se ha secado, untarlo de nuevo, mas esta vez con aceite. Queda todo brillante, crujiente, a medida que se asa lentamente…

Temimos que el de Pechina se pusiera a dar lecciones de cocina, como las daba de teología, y no dudamos en interrumpirle.

—¡Brindemos! —exclamé.

—¡Eso, brindemos! —se unió a mi propuesta Hasday.

Se comió y se bebió en armonía. Durante aquella cena temprana no hubo, por fin, ni porfías ni refunfuños. Y a los postres, cuando había corrido generosamente el vino, se conversó largamente.

Como no había ocultado, el caballero Bermudo quería saber cosas de Córdoba. Estaba interesado por la vida de la gente, por las costumbres y usos ordinarios. Parecían interesarle poco los asuntos de gobierno, la justicia, las leyes y el ejército. Su curiosidad se dirigía más a lo que sucedía dentro de las casas: la organización de las familias, las herencias, los matrimonios, la autoridad de los patriarcas…; a todas estas cuestiones íbamos respondiendo con detalle. Le contamos cómo se distribuían los diferentes barrios de la ciudad; cada uno con las gentes de su raza o religión: árabes, muladíes, mozárabes, beréberes, judíos, eslavos, extranjeros…; también le explicamos la manera en que se organizaba cada comunidad y las relaciones y conflictos que había entre unas y otras; lo que sucedía cuando había pleitos, negocios o matrimonios mixtos. Le impresionó especialmente saber que, entre los cristianos, los obispos eran elegidos por los clérigos y el pueblo fiel conjuntamente; pero que la

elección debía ser refrendada por la autoridad musulmana, y que el califa en algunas ocasiones intervenía en los nombramientos.

—Es un antiguo privilegio que tenían los reyes godos —explicó el obispo de Pechina— y que se arrogaron después los emires muslimes.

—¿Acaso no los nombra aquí el rey? —preguntó el de Elvira.

—Sí, pero aquí el rey es cristiano —respondió Bermudo.

—Lo mismo da —repuso el obispo de Isvilia—. Al fin y al cabo, es una injerencia del poder temporal en los asuntos propios de la Iglesia. Y no creo que el rey Radamiro sea precisamente un santo…

Se quedó pensativo Bermudo y luego dijo con una sonrisa misteriosa:

—No, claro que no es un santo… Como tampoco lo será vuestro califa. Aquí se dice de él que es un demonio, la Bestia, el Anticristo…

Tras estas palabras, reinó un silencio repentino. Nuestra sorpresa y turbación le hicieron comprender que había sido inoportuno. Así que, con voz grave, dulcificada un poco por una mirada amistosa, prosiguió:

—Aunque eso es muy natural… También allí se dirán cosas horribles de Radamiro… ¿O no?

—¡Claro que sí! —contestó el obispo de Isvilia—. Se le llama tirano, borracho, politeísta, infiel, rey de puercos… y ¡mula terca! ¡Se dicen tantas cosas!

Bermudo se echó a reír.

—¡Tiene gracia! —repetía entre carcajadas—. Mula terca, borracho, rey de puercos…

Me fijé en Hasday. Una mirada de perplejidad había aflorado en sus ojos y la compartió conmigo. Comprendí que no estaba demasiado conforme con la manera en que iba transcurriendo la plática.

—Bueno, bueno —intervino con seriedad—. Dejemos esto… De ninguna manera quisiéramos ofender el nombre de vuestro serenísimo rey… Somos embajadores y hemos venido a honrarle.

Bermudo frunció el ceño contrariado y le contestó entre dientes:

—No tienes por qué dar explicaciones. Me ha parecido divertido, sin más… No soy tan estúpido como para suponer que queríais ofender.

Hasday pasó por alto aquella manifestación y dijo:

—Debes comprender que todavía no hemos sido recibidos por tu rey y no quisiéramos entrar en León con mal pie… Te ruego que olvides lo que hemos referido acerca de lo que se dice en Córdoba de Radamiro…

—Está bien, está bien —respondió con suavidad Bermudo—. Todo está olvidado.

Pero enseguida se echó a reír nuevamente y exclamó divertido:

—¡Terca mula! ¡Rey de puercos! ¡Borracho…!

Nos contagió la risa y, aunque hicimos un esfuerzo para tratar de sujetarla, acabó

venciéndonos a todos. Reíamos con libertad y franqueza. Tratábamos de volver a la seriedad y nuevamente volvíamos a reír. Y Bermudo decía, entre carcajadas estrepitosas:

—¡No pasa nada! ¡No os preocupéis! ¡Nada diré al rey de lo que me habéis contado! ¡Bebamos otro trago!

Llenábamos las copas una y otra vez y bebíamos aquel vino del año, tan bueno, que nos colmaba de alegría y nos hacía olvidarnos de la tensión de los días precedentes, de la cara estirada del conde Gundesindo, de las peroratas del obispo Ero, del frío, de la lluvia y de la frustración por no ser recibidos en el palacio del rey.

53

El viaje de la reina Goto

Sabes tan bien como yo, venerable Gemondo, cómo es la primavera en Tuy: nubosa y pesada. Todo está húmedo: los arbustos, los troncos moteados de los árboles, la hierba, las piedras, las rejas… Recuerdo aquel aire sin viento, cálido, con un débil sabor a humo, y la vaga efigie del monte Aloia, hacia el cual miraban nuestros ojos cuando se iba aproximando el verano y temíamos que vinieran los mauros desde el sur o los normandos por las costas del poniente, y en ese caso no había más refugio que las alturas de las sierras. Con frecuencia, si todo estaba en calma, navegábamos por el río Miño hasta su desembocadura, que ya no era tan gris, como en invierno, sino glauco, al pie de las vertiginosas pendientes, donde se mezclan las aguas dulces con las del mar, ahogada su sal por la lluvia, entre olas perezosas que rompen en fragante espuma. Aquella primavera de Tuy, nubosa y pesada, guardaba su propio encanto: en la somnolencia húmeda de su Cuaresma, en la emoción de los sagrados ritos de la Pasión del Señor, en la maravilla de la Pascua. ¡Qué feliz fui allí! Bien lo sabes, hermano, porque todos mis recuerdos se quedaron aferrados al viejo palacio, a las flores violáceas de las orillas del Miño y a las empinadas callejuelas que me empeñaba en recorrer, dichosa, con la cabeza empapada por aquella lluvia de abril y toda mi piel bañada por la dulce humedad, cálida y hospitalaria.

Entonces yo era joven y todos mis sentidos estaban especialmente receptivos; todo lo asimilaba y lo hacía mío: la paz de la iglesia del castro, las casas de piedra, el bosque envuelto en la bruma, el pulso del mar distante, el fluir lento del río y el brillo de la hiedra mojada trepando por las murallas. Mi memoria revive cuando retornan aquellas imágenes y hasta me parece que vuelvo a escuchar cantar a los pájaros en las arboledas. Era muy feliz, ciertamente, reinando en medio de aquel mundo pequeño, de aquel reino al que miraba como una niña mira su casita de muñecas y teme que alguna pieza se rompa o se extravíe.

La corte de Tuy era menguada, apenas dos familias nobles nos servían y nos acompañaban en el transcurso de una vida tranquila, en cierto modo monótona y sin sobresaltos. Bien es verdad que se contaban cosas terribles del pasado: ataques sarracenos, oleadas de normandos y pendencias entre algunos condes díscolos. Pero apenas hubo necesidad de correr a buscar refugio en el monte Aloia un par de veces durante aquellos años. Mi esposo solía decir que éramos muy afortunados y que debíamos dar gracias a Dios constantemente por haber conocido una época tan pacífica y por tener el cariño de unos súbditos sencillos y poco exigentes.

Pero, como todo no se puede tener en este mundo, nos faltó la descendencia. No

se nos dieron unos hijos que hubieran completado aquella dicha y esa carencia empañó nuestra vida en Gallaecia durante los primeros años. Después nos conformamos, llegando a comprender que era la voluntad del Creador. Y también fuimos capaces de consolarnos sintiéndonos de alguna manera padres de las gentes que teníamos encomendadas.

Nuestros más fieles servidores eran por entonces el matrimonio formado por Arias Menéndez y Aldara Eriz, con sus siete hijos. Ya habitaban en el palacio cuando mi esposo fue coronado y, como él era así de generoso, no le pareció bien desaposentarlos. Así que se quedaron y vivimos todos en familia desde nuestra llegada a Tuy. Si hubiéramos tenido nuestros propios hijos, tal vez habrían surgido problemas; pero no siendo el caso, acabó resultando una experiencia maravillosa.

A nosotros, al rey y a mí, nos encantaba tener la casa llena. Con frecuencia hacíamos fiestas, sobre todo en otoño, cuando las tardes empezaban a ser más cortas. El humo de las carnes que se guisaban en los calderos y el vapor de los pulpos cocidos ascendían por las chimeneas e iba a mezclarse con el cielo gris y la persistente lluvia. Afuera todo parecía volverse lechoso y pesado cuando el día iba avanzando; pero el viejo palacio, a pesar de ser tan grande y destartalado, bullía de gozo entre conversaciones y música. Aquí y allí el pasado y el presente se entrelazaban, porque se contaban las historias de siempre y se cantaban las canciones de toda la vida. En la parte alta había un salón tosco, con una chimenea enorme, donde ardían gruesos troncos de haya. Todo aquello hubiera sido solitario y seguramente triste si no fuera por la presencia alegre de los siete hijos de Arias y Aldara. Pero, como resultaba que estos todavía eran jóvenes, todavía temerarios, hermosos y fértiles, vino el octavo hijo: Paio.

Este último niño ya fue tan nuestro como de sus padres, porque llegó casi por sorpresa, no lo esperaban y no tuvieron inconveniente en compartirlo. Además, el hermano de Aldara, Hermogio, era por entonces obispo de Tuy; y el día que bautizamos al niño dejó asentadas las obligaciones de sus padrinos, que éramos el rey y yo. Debíamos criarlo con el mismo denuedo y cariño que a un hijo de nuestra sangre. Y así lo hicimos. Desde ese momento pasaba mucho tiempo junto al pequeño. Observaba embelesada aquella carita en la que se reconocía la piel pura de la madre y los ojos grandes y azules del padre. Me encantaba verlo mamar, agarrado con fruición al pecho de la nodriza y después sonreír satisfecho, hasta dormirse en mis brazos.

Queríamos mucho a Paio tanto el rey Sancho como yo, y a punto estuvimos de convertirlo en un niño inquieto, egoísta y desobediente. Si no fuera porque su tío el obispo estuvo muy atento, habríamos hecho de él un verdadero diablillo. Se paseaba por el palacio sabiendo que nadie le regañaría, aunque rompiera cosas, arrancara las plantas del jardín o prendiera fuego en cualquier parte. Y así creció, haciendo lo que le daba la gana hasta que cumplió los ocho años; hasta que Hermogio se percató de

que era llegado el momento crítico en el que decidir hacer algo o dejar correr más el tiempo y tener que lamentar luego haber criado una fiera. Entonces nos hizo comprender a todos que debíamos permitir que el niño fuera llevado al monasterio para iniciar sus enseñanzas.

Aquello fue para mí doloroso, porque había desarrollado un sentido maternal fuerte y profundo. Paio fue como un don del cielo para una mujer como yo, que ya no podía esperar amar a una criatura, y era difícil asimilar que el tiempo había pasado y que ya todo debía seguir su propio camino, sin aferrarse, sin poseer, sin revelarse…

Recuerdo que, como despedida, le hice un manto de nutria y le encargué una pequeña corona. Después lo senté en el trono, ¡qué disparate!, todo delante de los otros niños. Pero yo estaba un poco loca, a causa de la mezcla del amor y la pena. Y recordando una antigua melodía de mi infancia, le cantaba:

Este, este es nuestro pequeño rey, el rey de la casa;
que Dios nos lo conserve para siempre…

Entonces, como otras veces me había pasado a lo largo de mi vida, un pensamiento oscureció toda mi alegría, como una nube del cielo de primavera, porque aquellas últimas palabras de la canción resonaban muy dentro de mí alma: «para siempre».

Ya sabes, venerable Gemondo, todo lo que sucedió después. Como antes, como en los tiempos antiguos, retornó la guerra y traía las fauces muy abiertas, con deseo de devorarlo todo: tanto los bienes como la dicha de las gentes. Partieron a la hueste los reyes, los caballeros, los obispos; los hombres parecían encantados devolviéndole el brillo a las armas herrumbrosas. Una euforia grande, como una locura, se apoderó de todos: jóvenes y viejos. Hasta los niños querían ser llevados a toda costa para ver, aunque fuera de lejos, el sucio y polvoriento fragor, al cual llaman insensatamente «gloria» y «grandeza».

Marchó mi esposo el rey en aquella campaña, marcharon el obispo Hermogio, Arias y todos sus hijos varones; partiste tú, hermano Gemondo, cuando todavía ardía dentro de ti el fuego del siglo…

Vencieron los mauros en Valdejunquera y regresasteis los que habíais sobrevivido al desastre, agotados y heridos en los cuerpos y en las honras. Se perdieron muchas vidas de cristianos en aquella batalla y muchos fueron hechos cautivos y arrastrados hasta Córdoba. Entre ellos, el obispo de Tuy y el obispo de Talamanca. Y nuestro pequeño Paio, que había ido con su tío Hermogio, también fue apresado. Después, como siempre, se sucedieron las largas negociaciones, los viajes de los rescatadores de cautivos, los pagos abusivos y el consiguiente rescate de algunos, aunque no todos. Regresó el obispo, pero el niño se quedó allí, en Córdoba, sin que supiéramos

el verdadero motivo. Solo nos dijeron que el obispo estaba muy enfermo y que era condición necesaria para su libertad que el muchacho se quedase como rehén, esperando el segundo pago. Pero pasó el tiempo, retornaron las guerras y no se pudo ir.

Una tarde de mayo, tan esperada como fatídica, llegó a Tuy un comerciante que traía la horrible noticia: en Córdoba todos sabían que Paio había muerto.

Enloquecimos de dolor en el viejo palacio. Y Hermogio ya no volvió a ser el mismo; abandonó su sede y las cosas del mundo e ingresó como simple monje en el monasterio de Santo Estevo de Rivas de Sil.

54

La crónica de Justo Hebencio

Resultaba inevitable pensar que, al menos de momento, el rey Radamiro no tenía intención alguna de recibirnos. Pasaron tres largas semanas de espera en las que llegamos a tener la sensación de que en el palacio incluso se habían olvidado de nosotros. El obispo Ero de Lugo dejó de venir a castigarnos con las largas caminatas y las grandilocuentes lecciones de historia; y el conde Gundesindo aparecía por el caserón solo el tiempo justo para saludarnos y preguntarnos si necesitábamos algo, y esto siempre a primera hora de la mañana, luego se marchaba y no volvía hasta el día siguiente. La única novedad en aquel estado de frustración e incertidumbre eran las visitas de don Bermudo, las comidas con él y las largas conversaciones. Aunque no acudía todos los días, cuando lo hacía nos alegraba el alma; especialmente a Hasday ben Saprut, con quien empezó pronto a tener mayor trato y hasta cierta intimidad. Ambos se pasaban dilatados ratos jugando al ajedrez, concentrados, sin decir una sola palabra. Pero a veces les daba por hablar y podían alargar la conversación durante horas.

Aunque, como ya señalé más atrás, en un principio esto no fue así. El judío se manifestó inicialmente desconfiado. En sus primeras visitas tuvo cierta reserva y, aunque todo se desenvolvía con una cordialidad extraordinaria, cuando se marchaba Bermudo no se quedaba del todo convencido; pues sospechaba que aquel hombre tan cortés, tan generoso y amable en el fondo ocultaba algo.

Uno de aquellos días primeros, se sinceró conmigo Hasday y me dijo:

—Noto algo raro. No sabría decir por qué, pero no me fío del todo de don Bermudo.

—Solo busca complacernos —traté de tranquilizarle yo—. Hasta ahora no ha pedido nada a cambio.

—Pregunta demasiado —observó el judío—. Su curiosidad me resulta sospechosa, no deja de mosquearme… ¿No te extraña tanto interés por Córdoba?

—¿Crees que nos espía? ¿Te refieres a eso?

—Posiblemente. Se me ha metido en la cabeza que nos lo han enviado aquí para sonsacarnos.

—Eso tiene fácil remedio. Con poner cuidado y no decirle nada más que lo que consideremos oportuno… Aunque, en todo caso, ¿qué tenemos nosotros que ocultar? Hemos venido aquí con la verdad por delante, sin dobleces ni engaños. Si así lo desea, que indague todo lo que quiera, ¿no te parece?

—En efecto. Que indague lo que quiera, nada extraño podrá descubrir, ni

averiguar secretos.

—Pues, entonces, no nos preocupemos. Dejémosle preguntar. Tal vez incluso nos beneficie.

Pero Hasday no se quedaba del todo tranquilo. Seguía rondándole que Bermudo ocultaba motivos muy diferentes a los que manifestaba, que venía al caserón para espiarnos.

Hasta que un día de aquellos no pudo aguantar más, en medio de la agradable comida, el judío se le quedó mirando muy fijamente y, con toda tranquilidad, le preguntó directamente y sin preámbulos:

—Caballero Bermudo, ¿no es verdad que te envía tu rey? Vienes aquí para comer y beber con nosotros porque Radamiro te ha ordenado que nos investigues. ¿No es así?

A esta interpelación siguió un silencio en el que todos nos quedamos atónitos, pues no nos lo esperábamos. Bermudo en cambio no se inmutó y se limitó a bajar la vista huyendo de los ojos de Hasday. A pesar de lo cual, este insistió con terquedad:

—Te ruego que seas fiel a la verdad. ¿Te envía tu rey?

Pero la lengua del caballero parecía trabada y no soltaba palabra ni se movía, aunque su rostro aparentemente estaba impasible.

Hasday preguntó de nuevo, con una voz reposada, segura y firme:

—¿Vienes a comer y beber con nosotros por orden de Radamiro? Te ruego que contestes; bastará con que digas «sí» o «no» y me quedaré conforme.

Bermudo bebió un trago de vino, le sostuvo la mirada fijamente durante un instante y después respondió muy serio:

—Sí, me envía el rey.

Todos nos quedamos aturdidos por esta contestación. Cruzamos miradas nerviosas y permanecimos en silencio sin saber qué decir ni qué hacer. Entonces Hasday se puso de pie y, encarándose con el caballero leonés, dijo esforzándose para no alterarse:

—No había ninguna necesidad… Tu rey no tenía por qué hacer uso de una artimaña tan simple, tan infantil. ¿Pensaba acaso que no nos daríamos cuenta? No, no somos como él piensa que somos. No hemos venido a ocultar nada, no tenemos intenciones secretas, no pensábamos engañarle… ¡Se equivoca tu rey!

Bermudo alzó las cejas con cierto apuro y se sonrojó:

—No he pretendido ofenderos —murmuró con humildad—. He hecho simplemente lo que me mandaron.

Hasday se apresuró a responder:

—¡Qué pena me da! Han pasado algunas semanas desde que llegamos a León y, como habrás comprobado tú mismo, hemos perdido el tiempo. Radamiro en persona debería habernos recibido, tratar con nosotros directamente y ver cuáles son nuestras

intenciones. Hemos venido sencillamente a negociar, somos embajadores y nada más. Estos clérigos de al-Ándalus que me acompañan son prelados cordobeses, hombres de vuestra religión; tres obispos y un monje que cumplen fielmente con los mandatos de la Iglesia. ¿Pensáis acaso que hemos venido con subterfugios? ¿Creéis que pretendíamos engañaros?

La boca de Bermudo se entreabrió en una débil sonrisa y contestó:

—Me alegra mucho oírte hablar así; me alegra oírlo de ti más que de nadie, puesto que eres hebreo. En efecto, suponíamos que vuestra fidelidad y vuestro temor al califa os impedirían ser del todo veraces; creíamos que vendríais con prepotencia, con exigencias e intransigencia, como otros legados que os precedieron. Pero ahora veo que, como bien has dicho, nos equivocamos esta vez.

La mirada de Hasday vagó errante por el salón y se detuvo luego en el obispo de Isvilia:

—Decídselo vos —le pidió—. Decidle que solo traemos buenas intenciones. Tal vez la desconfianza sea hacia mí por ser yo hebreo. Pero a vos deben escucharos, si en verdad creéis en el mismo Dios.

El obispo se puso de pie, se inclinó hacia Bermudo y le habló en tono quejoso:

—Hemos venido con la única intención de intentar conseguir una paz beneficiosa para todos. El califa nos envía para parlamentar y hallar soluciones. ¡No pretendemos engañaros! ¿Se puede saber por qué vuestro rey recela tanto de nosotros? ¿Por qué no nos recibe? Esta actitud es injusta y ofensiva. ¡Deberíamos irnos a Córdoba mañana mismo!

—¡Eso, mañana mismo! —saltó el de Pechina—. ¡No hay derecho!

Y el de Elvira, alzando las manos, exclamó:

—¡Nuestro Señor está aquí presente! ¡Como lo está en todas partes! Él es testigo de que no somos embusteros ni engañadores. Hemos venido buscando la paz.

Se hizo un silencio triste y doloroso, en el que todas las miradas estaban puestas en Bermudo, esperando sus explicaciones. Él también se levantó de su asiento, suspiró con cierto apuro y dijo:

—Señores, debéis comprender que hemos tenido una cruel guerra muy recientemente. No es fácil dejar a un lado las armas y poner a fiarse así, de un día para otro, en un enemigo tan temible. No es que nuestro rey desconfíe de vosotros; lo que sucede es que necesitaba asegurarse del tipo de hombres con los que ha de tratar. En otras ocasiones, los embajadores de Abderramán han venido exigiendo tributos y amenazando con severas represalias. Ahora las cosas han cambiado. Después de lo acaecido en Simancas, la negociación debe ser entre iguales. ¿Estáis de acuerdo con esto?

Hasday extendió las manos, levantó las cejas con reprobación y contestó:

—¡Y ahora vienes con eso! ¿No hubiera sido mejor hablar de esta manera desde

el principio? ¿Qué necesidad había de enredos y ocultaciones?

—Sí —respondió Bermudo, dando un sonoro suspiro—, tienes razón. Ha sido un error iniciar la negociación de esta manera. Pero todavía estamos a tiempo de solucionarlo.

—¿Nos recibirá entonces Radamiro? —inquirió el judío.

El caballero se le quedó mirando fijamente, en silencio, como si no hubiese oído la pregunta.

—¿Nos recibirá? —repitió con obstinación Hasday—. ¿Nos recibirá de una vez?

Bermudo siguió callado, insistiendo en el silencio.

—¡¿Nos recibirá?! ¿O será tal vez cierto que es como una mula terca?

Al oír esto, el caballero se echó a reír con ganas, a carcajadas, rompiendo el ambiente tenso que reinaba. Luego dijo con una sonrisa brillándole en los ojos:

—Mañana mismo hablaré con él y le convenceré para que os reciba cuanto antes. Ya no tengo la menor duda de que sois gente como Dios manda.

—¡Alabado sea el Altísimo! —exclamó el obispo de Isvilia.

Respiramos todos con tranquilidad por primera vez desde que Hasday lanzó aquella pregunta inesperada. Nos sentamos y nos quedamos en silencio, mirándonos sin atrevernos a decir nada tras la tensión pasada. Entonces Bermudo alargó la mano, cogió la jarra del vino y llenó las copas.

—Mejor será que bebamos un trago —dijo—. Ahora que no hay nada oculto entre nosotros, ¿podemos ser amigos de verdad?

—¡Naturalmente! —respondió con alegría contenida Hasday.

Bebimos, volvimos a intercambiar miradas y otra vez nos quedamos callados. Hasta que el judío, entre burla y broma, le dijo al caballero:

—Ya no tienes por qué hacernos beber vino para que se nos suelte la lengua. Ahora puedes preguntar lo que desees con toda tranquilidad y puedes estar seguro de que, si podemos, responderemos a tus preguntas…

Y Bermudo le siguió la broma contestando:

—Aun así, algo de vino tampoco os vendrá mal; ya que en al-Ándalus, según tengo entendido, escasea, y lo poco que hay es más bien malo.

—¡Quién ha dicho tal cosa! —saltó enojado el obispo de Pechina—. Has de saber que el vino del sur de Hispania se cuenta entre los mejores del mundo; es amable, espirituoso y vigoroso a la vez, aromático…, ¡excelente! No como este vuestro que parece aguado y agrio. Ya se hacía vino en la Bética en tiempos de los romanos y nuestros antepasados godos lo degustaban, sabedores de su inestimable calidad. Se cuenta que, reinando el gran Recaredo, que convirtió a la Iglesia católica toda la Hispania Ulterior y Citerior…

Temiendo que la perorata se alargase sin previsible final, Hasday carraspeó fuertemente y dijo:

—Bebamos el vino, pero no hablemos de él; dejemos que nos ayude a ser sinceros en las cosas que nos interesan de verdad…

Y después de hacer esta petición, se volvió hacia Bermudo y le habló de nuevo directamente y sin ambages:

—Ahora que no debemos andarnos con secretos entre nosotros, permíteme que te haga una pregunta. Si quieres y puedes, la contestas; si no, haz como estimes oportuno… ¿Sabes dónde se guardan los libros del califa? ¿Puedes decirnos dónde tiene tu rey el Corán, el estandarte y la cota de malla de Abderramán?

El caballero alzó las cejas con asombro, y respondió con una voz tranquila, seria, como si fuera un juez dictando una sentencia:

—Todo eso está donde debe estar. Después de la victoria de Simancas, el rey trajo los libros, el estandarte y la armadura a León para que lo vieran toda la corte y el pueblo. Luego mandó que fueran llevados a Compostela, para ser expuestos como ofrenda a los pies de san Yago. Están pues en la iglesia donde se halla el sepulcro del apóstol.

—¿Podríamos verlo? —preguntó Hasday—. ¿Podríamos ir para comprobar si son las verdaderas pertenencias del califa?

Con la misma voz que antes, mirándolo muy seriamente, Bermudo respondió:

—¿Por qué lo dudas? El rey jamás urdiría un engaño con algo tan serio. Yo estuve en aquella batalla y te juro que esos libros, el estandarte y la armadura son auténticos. Pero, si seguís dudando y queréis verlo con vuestros propios ojos, nadie os lo impedirá.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé sin poder aguantarme—. ¡Vayamos a Compostela! ¡Allí está el sepulcro de san Yago!

55

El viaje de la reina Goto

Pasé días de incertidumbre y espera en Córdoba. Nadie me enviaba noticias. Didaca no volvió a venir y no pude evitar una sombra de sospecha hacia ella. Luchaba contra ese sentimiento, pero siempre acababa venciéndome.

Cuando por fin una mañana, avanzado el mes de julio, se presentó en el monasterio un criado del obispo de Palencia, ya había llegado a pensar que todos los miembros de la embajada se habían olvidado de mí; e incluso algo peor: que no tenían ninguna intención de hacerme partícipe de lo que se estaba negociando. No era para menos, puesto que habían transcurrido dos largos meses desde nuestra llegada.

El criado del obispo era reservado y cerril, únicamente me dijo:

—Mi amo don Julián os pide que acudáis a la fonda donde se hospeda.

Columba me acompañó y fuimos, como siempre, montadas en el borrico. El criado iba delante, caminando deprisa y sin apenas volver la cabeza. Mi sorpresa fue grande cuando resultó que la fonda no estaba lejos del monasterio, sino a las afueras del mismo barrio, después de dar algunas revueltas. Era un edificio amarillento, de tres pisos, que daba a la parte posterior del mercado. No tenía casas enfrente, sino un pretil hecho de piedras que separaba la muralla del lugar donde se instalaban los tenderetes de las verduras.

El hospedaje era espacioso por dentro, con un patio central en el que había un amplio pozo protegido por un brocal alto, abrevaderos, cobertizos, galerías techadas con alfajías y unas cocinas enormes donde podían encenderse varias hogueras al mismo tiempo.

Una escalera bastante ancha y fuerte subía hasta el segundo piso. Por ella, deprisa y muy alegre, vi descender a Didaca, que venía exclamando:

—¡Dómina! ¡Qué alegría!

Actué con frialdad, sin poder evitar todas las dudas que suscitaba en mí su comportamiento.

—Podías haber ido tú a verme —dije—. Hace un montón de tiempo que no sé nada de ti.

Bajó la mirada, confusa, pero no tardó en recuperar la sonrisa que no dejaba de parecerme un tanto hipócrita.

Un momento después, por la misma escalera descendió el ministro Musa aben Rakayis seguido por su secretario Aglab. Me besó la mano y, con una concisión que me desconcertó, explicó que debíamos partir inmediatamente hacia Medina Azahara, donde el califa iba a recibirnos.

—Nadie me ha avisado con antelación —me quejé—. He esperado durante semanas a que alguien viniera a decirme cómo iban las negociaciones… ¡Me he sentido ignorada!

—Ninguno de nosotros sabía que hoy sería la recepción —contestó el ministro—. Los secretarios y los consejeros del califa han actuado con parquedad y desconfianza. Al parecer esperaban noticias de sus embajadores en León. No querían decidirse a negociar mientras no se supiera con certeza si era verdad que todos los volúmenes del Corán estaban allí y en perfecto estado. Pero, si la espera os ha molestado, os pido disculpas, dómina. Debéis comprender que esta misión es delicada y que requiere su tiempo.

—¡Excusas y necedades! —se oyó la voz potente del obispo de Palencia—. ¡Todo esto podría haberse resuelto en cuestión de días!

Alcé la cabeza y vi que don Julián descendía del piso alto por la escalera, haciendo crujir las maderas con sus fuertes pisadas. Venía envuelto en un manto purpúreo, ampuloso y tocado con un llamativo gorro carmesí. Decía visiblemente enojado:

—No había ninguna necesidad de soportar esta larga espera. Hemos dejado que estos zorros agarenos tanteen nuestras intenciones; hemos entrado torpemente en su juego y ya veremos cómo nos tratan hoy, una vez que están seguros de que nos tienen comiendo en su mano.

El ministro Musa me miró con aire de agobio y comprendí que habían surgido muchos problemas y discusiones entre ellos. El ambiente tenso y la discrepancia se hacían patentes en los rostros de todos los miembros de la legación; igualmente en los prelados, en los condes y en los simples escribientes y secretarios. Incluso el conde Fruela, de ordinario un hombre tranquilo, estaba nervioso y con apreciable prisa. Cada uno de los que iban saliendo de las alcobas para reunirse en el patio manifestaba a su manera el temor y el nerviosismo por lo que pudiera ocurrir en la recepción del califa.

—Vamos a procurar tener calma —les dijo a todos el ministro Musa—. Si manifestamos disensiones y nervios podemos perder muchos de los frutos que esperamos obtener hoy.

—¡Será posible! —gritó alterado don Julián—. ¿Dices eso por mí?

—Oh, no, no, no… —negó el ministro llevándose las manos a la cabeza—. ¡Por Dios! Lo digo por mí, por todos nosotros… ¡Tengamos calma!

—Yo estoy bien tranquilo —replicó estirándose el obispo de Palencia—. No temo nada a ese diablo sarraceno. ¿Qué puede hacernos? ¿Matarnos? Cuando decidimos venir a esta embajada cada uno de nosotros asumió ese riesgo. Pero no se atreverá a causarnos daño alguno. Así que, hermanos, estemos confiados en el Dios que todo lo puede.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir —observó Musa, echando una ojeada a los presentes—. Nada debemos temer ninguno de nosotros. Pero os ruego que seamos una sola voz. Hablaré yo en nombre del rey Radamiro, pues así me lo encomendó él mismo.

—¡Otra vez lo dices por mí! —protestó don Julián—. Soy mucho más sutil e inteligente de lo que imaginas. ¿Crees acaso que metería la pata?

—No, no lo creo —respondió Musa—. Simplemente estoy tratando de que actuemos organizados; de que tengamos algunas normas para obrar con acierto. He dicho que hablaré yo porque, además de habérmelo encomendado el rey, conozco la lengua árabe.

Toda la ansiedad y la tensión que había en aquel patio penetraron dentro de mí. Hubiera intervenido con violencia, cansada de tanta discusión; les habría rogado a gritos que se callaran, de no salir al paso el conde Fruela para exhortarles:

—¡Señores, deberíamos evitar perder más tiempo! Salgamos de una vez, no sea que lleguemos tarde y desairemos al califa.

La mayoría de los presentes asintió con elocuentes movimientos de cabeza; se veía que también ellos estaban bastante hartos de la rivalidad entre el ministro y el obispo. Y estos parecieron calmarse al menos de momento.

Antes de salir, se inspeccionó convenientemente la comitiva; se revisaron los regalos, los atavíos, los jaeces de las bestias, los estandartes y aderezos y la disposición y el orden que debía guardar cada una de las comitivas. Después recargaron las alforjas de las mulas y la larga fila se puso en movimiento, lenta y parsimoniosamente. Atravesamos los mercados repletos de gentes que nos observaban llenas de asombro. Auténticas oleadas humanas nos seguían después, cuando abandonamos los angostos callejones y logramos alcanzar el ancho adarve que nos condujo hasta la puerta de Amir. El claro sol del verano proyectaba sus ardientes rayos cuando cruzamos los amplios baldíos donde se veían los infinitos cementerios sembrados de sepulturas cavadas en el suelo polvoriento. Luego el camino se adentró por unos campos de ciruelos, para seguir por los terrenos agrestes y montuosos, entre peñascos y retorcidas encinas.

Se vio al fin Medina Azahara. Las puertas estaban cerradas, pero delante de las murallas estaba alineado, en perfecta formación, un gran ejército: hombres a caballo con largas lanzas, hileras de arqueros y peones armados con hachas. Las corazas y los yelmos brillaban; tanto acero y bronce pulido junto componía una visión apocalíptica, terrible.

—Todo, todo esto es para sobrecogernos —me indicó el obispo de Palencia.

—Es verdaderamente impresionante —dije.

—Lo que hace falta ahora es que el ministro Musa no se achante, abrumado por el alarde…

—Confiemos en él.

De repente, una atronadora explosión de tambores hizo temblar el suelo. Resultaba difícil sustraerse al espanto que causaba aquel recibimiento y el corazón me latía con fuerza. Algunas cabalgaduras se encabritaron y a punto estuvimos varios de nosotros de caer a tierra. Menos mal que el ruido solo duró un breve instante.

Luego se hizo un gran silencio. Las puertas, revestidas de metal obrado, se abrieron y apareció todo lo que ocultaban detrás: infinidad de jardines cuajados de verde espesura, maravillosamente ordenados en terrazas y senderos, ascendiendo por la ladera del monte. Nunca en mi vida he visto tantas flores como aquel día, tantas rosas de todos los colores y aromas.

Después de hacernos esperar una vez más en una explanada cuadrada rodeada de cipreses, aparecieron por fin los chambelanes del palacio, ceremoniosos y vestidos con lujo y adornados con el relumbre del oro. Sonreían y en todo momento se mostraron amables. Con delicadeza y gestos obsequiosos, nos hicieron pasar a un salón amplio, inundado por una luz tenue; las paredes estucadas y los techos altísimos. El aire era perfumado y cálido. Al fondo, una galería adornada con columnas abrigaba los divanes donde nos fueron acomodando, frente a un cortinaje de seda verde que ocultaba el lugar donde, según nos indicaron, haría su aparición el califa.

Nos sentamos. Estábamos impacientes y silenciosos. De vez en cuando intercambiábamos miradas cargadas de impaciencia, de soslayo; porque apenas nos atrevíamos a movernos ante la abrumadora realidad de aquel salón, su fasto y su grandeza.

Con delicadeza, sin asomo alguno de exigencia, los chambelanes nos indicaron que debíamos quitarnos las capas en señal de respeto. Obedecimos. Después, dirigiéndose a las mujeres que allí estábamos, nos hicieron comprender mediante gestos que era obligado que nos cubriéramos los rostros, dejando visibles únicamente los ojos. Así lo hicimos. Luego se retiraron dejándonos solos a los invitados con nuestra gran impaciencia.

Pasado otro largo rato, sonó una dulce flauta, y la cortina verde subió enrollándose sobre sí misma. Aparecieron detrás, sentados en divanes, los parientes del califa, sus hijos y los servidores privados. Luego entraron en orden los visires, alfaquíes y escribientes. Un chambelán grande, en cuya abultada barriga resonaba su voz, fue presentando a unos y otros, sin prisas.

La flauta dejó de sonar y alguien gritó en lengua cristiana:

—¡En pie!

Nos alzamos, comprendiendo que el momento esperado había llegado, y vimos que una segunda cortina se descorría detrás de las anteriores, blanca esta vez.

Apareció el califa vestido de oro, sentado en un trono alto, bajo un dosel de

brocado.

—¡Grande es Allah! —exclamó el grueso chambelán—. ¡Grande es su Profeta! ¡Grande es el excelso Príncipe de los Creyentes, comendador de Allah, descendiente del Profeta! ¡Grande es nuestro amo y señor Abderramán aben Hamad, el tercero de su nombre, Al Nasir li din Allah!

Estábamos a unos veinte pasos de él y, merced a la luz que proporcionaban las lámparas del salón, se le veía muy bien. El califa era un hombre de mediana estatura, robusto; al menos eso parecía bajo el fastuoso ropaje. Su tez era clara y sus ojos profundos; la barba y el bigote de pelo muy negro, extraordinariamente brillante, como igualmente sería el cabello que ocultaba el voluminoso turbante. En aquel momento no pude evitar pensar qué sentiría su abuelo, el cristianísimo rey Fortún Garcés de Pamplona, o su tía, la reina Tota.

A continuación, la recepción transcurrió según lo previsto. Se intercambiaron los regalos: cofres de marfil labrado, arquetas de plata y alhajas por parte del califa; y un precioso manto de armiño y una diadema de oro que había enviado Radamiro. Luego hubo discursos, parabienes y largas palabras de cortesía por una y otra parte. Nada dijo de momento Al Nasir, sino que permanecía serio y callado, observándolo todo con su penetrante mirada.

Llegada la hora de negociar, todo se habló en árabe; por lo que yo, desconocedora de esa lengua, no me enteré de nada. Únicamente alcanzaba a entender algunas palabras y, según las expresiones de los rostros y los gestos de quienes conversaban, me parecía adivinar cuándo las cosas iban bien o si, por el contrario, había dificultades.

El ministro Musa estuvo sereno, cauteloso, sonriente y, gracias a Dios, el obispo de Palencia tuvo cerrada la boca, pues tampoco sabía hablar la lengua agarena. Así pasaron algunas horas, que se me hicieron eternas, a la espera de saber lo que se había tratado sobre el asunto de la sepultura de san Paio.

En un determinado momento, se levantó el secretario de Musa y se acercó hasta el estrado con un envoltorio. Los visires y alfaquíes fueron hacia él, con ardiente interés en las miradas. También Abderramán, por primera vez en toda la recepción, se puso de pie, apreciablemente interesado. Deshicieron los lazos, desliaron los cordones y retiraron las diversas envolturas del paquete: era el valioso libro del Corán capturado en la batalla del barranco.

Sonrió Al Nasir, satisfecho, emocionado, y toda su corte se alegró con él; incluso hubo entre sus súbditos quienes elevaron las manos al cielo y lanzaron albórbolas de entusiasmo. Un ambiente de cordialidad y agradecimiento inundó la reunión.

Entonces, no resignándose a perder la ocasión de intervenir, don Julián se levantó y preguntó en alta voz:

—¿Qué hay de las reliquias de Paio?

Se hizo un silencio espeso, expectante, en el que todos estuvimos pendientes de él durante un instante.

Uno de los visires preguntó luego algo en árabe y siguió un rato de interpelaciones, preguntas y respuestas, traducidas unas y otras no. Al cabo, el visir se aproximó al califa y le habló al oído. Al Nasir le contestó a su vez, también al oído.

Don Julián volvió a impacientarse y gritó:

—¿Podremos llevarnos los huesos del muchacho? Igual que ese libro es sagrado para el califa, lo son para nosotros las reliquias de Paio.

La tensión fue entonces grande. Miré al ministro Musa y vi que se agitaba en su asiento y que se llevaba la mano a la frente sudorosa.

—¡Dadnos las reliquias! —insistió el obispo—. ¡Dios os lo premiará!

Otro de los visires, también alto, pero más delgado, se puso entonces de pie y caminó hacia el centro del salón. Dirigiéndose con arrogancia a don Julián, dijo:

—Nada significan para el Comendador de los Creyentes esos huesos, aunque le pertenecen, como todo lo que hay en Córdoba y en sus extensos dominios. Podéis llevároslos a vuestra tierra y darles sepultura donde mejor os parezca.

Con esta maravillosa noticia se puso fin a la reunión. Hubo luego breves palabras de agradecimiento y despedida. Se volvieron a correr los cortinajes y los chambelanes nos condujeron hasta la salida. Por el camino, de vuelta a Córdoba, íbamos contentos, celebrando lo bien que todo había resultado y dándole gracias a Dios.

56

La crónica de Justo Hebencio

Recordaréis, sapientísimo y venerable obispo Asbag aben Nabil, lo que más atrás referí sobre la inexorable inquietud que embargaba al califa Abderramán; el desasosiego que le causaba la incertidumbre del futuro y su desordenada afición a las predicciones, los augurios y las artes adivinatorias. Precisamente, ese fue el motivo de que yo fuera enviado a la Gallaecia acompañando a Hasday ben Saprut: para indagar acerca de las antiguas profecías y a la vez enterarme de la interpretación que los sabios habían hecho cuando aconteció el eclipse de sol que precedió a la batalla de Simancas. Pues bien, considerando que no debía dejar pasar más tiempo sin ocuparme de dicho menester, inicié mis averiguaciones.

Primeramente acudí, como no podía ser de otra manera, al obispo Ero de Lugo, que todavía se hallaba en León prestando algunos servicios al rey. Me pareció que, por ser él un cronista destacado que se dedicaba a guardar rigurosa memoria del pasado en sus escritos, forzosamente tendría conocimientos que pudieran resultarme valiosos. Y no anduve nada descaminado al dar este primer paso, pues el obispo no solo no se extrañó nada por mi interés en estas cuestiones, sino que incluso pareció alegrarse. Naturalmente, no cometí la imprudencia de desvelar el nombre de quien de verdad se hallaba detrás de ese interés; y en todo momento hice ver que se trataba de una curiosidad únicamente mía.

Cuando le pregunté sobre el eclipse, Ero se manifestó encantado de tener una oportunidad para desgranar toda su sapiencia y facundia. Y no se conformó ateniéndose a lo solicitado, sino que estimó oportuno remontarse mucho más atrás, a lo que aconteció casi un siglo antes, cuando las huestes asturianas y gasconas vencieron unidas a las tropas de los Banu Qasi en Albaida, entre los montes de Viguera y Clavijo; batalla en la que, según me contó muy emocionado, se apareció nada menos que el apóstol Santiago, milagrosamente, para intervenir en favor de los combatientes cristianos.

—Aquello fue sublime —relataba el obispo de Lugo medio en trance—, portentoso, providencial… Eran los tiempos del rey Ramiro I, cuando todavía nuestro reino tenía que cumplir con el infamante e ignominioso tributo de las cien doncellas; aquella aberrante obligación que contrajo el bastardo rey Mauregato, que usurpó el trono de Oviedo con la ayuda de los sarracenos, comprometiéndose a cambio con ellos al pago anual de unas parias consistente en cien doncellas… ¡Qué barbaridad! ¡Cuánto sufrimiento acarreó el dichoso tributo a nuestra gente! Hasta que Ramiro I se negó a pagarlo, y estuvo dispuesto a presentar batalla si fuera preciso… Fue en

aquella circunstancia tan terrible, estando gravemente amenazado el reino, cuando hizo el voto al apóstol Santiago, ofreciendo peregrinar a su santo sepulcro con toda la corte y entregar a la iglesia de Compostela cada año la primera cosecha y vendimias, y también una parte del botín que se tomara a los sarracenos.

—Todo eso que me cuentas resulta admirable, en efecto —dije—; pero yo quisiera saber si fue predicho con anterioridad. ¿Alguien escribió algo de lo que pudieran inferirse consecuencias y hechos posteriores? ¿Hubo alguna profecía?

—Sí, sí —contestó el obispo Ero—. ¡Claro que la hubo!

—¿Cuándo? ¿Y en qué consistió?

Él reflexionó un poco y luego afirmó con suficiencia:

—Siempre hubo profecías en estas tierras… Las hubo desde muy antiguo… Ya antes de la llegada de los sarracenos a las tierras de Hispania hubo conciencia de que se aproximaba un mal inminente. Dicen que surgió un sabio antiguo, un historiador armenio llamado Sebeos, que vaticinó la invasión y la dominación musulmana interpretando las antiguas profecías. Sus escritos pasaron de monasterio en monasterio y llegaron hasta el extremo de Occidente. ¿Te das cuenta? ¡Estamos hablando de hace más de tres siglos!

—He oído hablar de Sebeos —dije—. El preclaro Álvaro Paulo se refiere a él en uno de sus escritos; pero no indica con precisión lo que predijo.

—Bien —respondió Ero, encantado de ilustrarme—. Sebeos interpreta las indicaciones del profeta Daniel alejándose por primera vez de las exégesis tradicionales, que percibían en sus visiones apocalípticas la sucesión de los Imperios babilónico, persa, griego y, finalmente, romano. Porque el Imperio romano sería el último de todos; y después de desmembrarse llegaría el final. Para Sebeos, en cambio, el primero de los Imperios es el griego, el segundo el de los persas, el tercero el de aquellos pueblos temibles, Gog y Magog, y el cuarto y último se alzaría desde el sur; este es el reino de Ismael, que transformará toda la tierra en un desierto… ¿Comprendes? Se refiere claramente a los árabes y a los beréberes muslimes, a los ismaelitas…

—Eso lo he leído y lo he oído decir muchas veces —observé algo desilusionado —. Muchos son los sabios antiguos que interpretaron la invasión de los agarenos como la llegada del Anticristo. En la biblioteca del monasterio Armilatense, donde yo sirvo a Dios, hay numerosos libros que se refieren a eso. Habrás oído hablar del *Apocalipsis* de Metodio o de las profecías de Atanasio, que identifican al pueblo de los sarracenos con la nación que ejecutará la sentencia final que ha de recaer sobre el mundo de forma terrorífica, transformándolo en un desierto. Pero, ya ves, llevamos ya más de tres siglos de existencia desde que Mahoma hizo germinar su herejía y no ha llegado el fin del mundo…

—En efecto —asintió él—. Ya hace doscientos años Beato de Liébana profetizó

el fin del mundo al rey Ordoño I en presencia de todo el pueblo, en Oviedo, durante la vigilia de la noche de Pascua; aquello aterrorizó a las gentes, hasta el punto que estuvieron sin tomar alimentos durante días, ayunando, convencidos de que debían esperar la venida del Señor haciendo penitencia… Y cuentan las crónicas que pasaron algunos días, incluso varias semanas, sin que nada extraordinario apareciese en el cielo. Así que, apremiado por el hambre y viendo que el pueblo se debilitaba, el rey se dirigió a la multitud y les exhortó: «¡Hermanos, comamos y bebamos! Si hemos de morir, mejor será alimentados».

Me eché a reír sin poder evitarlo. Y él me miró muy serio, de momento; pero luego también rio muy a gusto, a carcajadas; tras las cuales, secándose las lágrimas de la risa con la manga, dijo:

—¡Qué demonios! ¿A qué ese empeño de saber el día y la hora exacta del fin del mundo? Cuando nadie puede saberlo a ciencia cierta… Ya nuestro Señor Jesucristo dejó dicho: «Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre». Así quedó escrito en el Evangelio de Mateo, en el capítulo XXIV, y esa es la voluntad de quien todo lo sabe…

—Me alegra mucho oírte decir eso —contesté, lleno de sinceridad y satisfacción —. Porque yo también pienso de la misma manera: debemos vivir como si el fin del mundo fuera a llegar hoy o mañana, pero sin desalentarnos ni mucho menos querer conocer aquello que está oculto a nuestras pobres mentes. El credo niceno afirma que este mundo algún día llegará a su fin; pero no dice cuándo ni que pueda saberse el día exacto. Por eso no me interesan las quiméricas profecías que tratan de encontrar esa fecha. Lo que yo quisiera saber es si aquí, en el norte, se ha llegado a tener conciencia del final de la dominación agarena. ¿Hay predicciones que hablen de la caída del pueblo mahomético?

Sonrió levemente, inspiró manifestándose henchido de satisfacción por saber la respuesta y soltó el aire respondiendo:

—¡Las hay!

Le lancé una mirada apremiante, en la que mostré mi deseo de conocer esas profecías inmediatamente. Y él, que no necesitaba que lo animara a hablar, añadió:

—Tú, hermano Justo Hebencio, eres un hombre muy instruido, según puedo apreciar. Has leído muchos libros y no se te ocultan los misterios de los escritos de cualquier género que sean. Pero, por la voluntad de Dios, vives en el sur, donde los cristianos estáis sujetos al poder de los mauros, y tal vez por esa razón quieres saber estas cosas. Porque estoy seguro de que allí a nadie se le ocurriría predecir la caída del poder ismaelita, o ni siquiera hablar de ello. Pero aquí, en el norte, eso es el pan de cada día…

—Tienes razón —dije como asombrado, mientras daba gracias a Dios en secreto viendo que me iba a contar todo lo que sabía. Le devolví una leve sonrisa y le

apremié—: ¿Qué profecías son esas?

Él se apresuró a responder:

—En la iglesia mayor de Oviedo, donde tiene su cátedra el obispo, se guarda con los tesoros antiguos un escrito anónimo, al que, precisamente por estar allí, se le llama *La crónica ovetense*. En ella se dice que lo que es designado por los profetas bíblicos como «tierra de Gog» es en realidad Hispania, durante el reinado de los godos, en la cual entraron los hijos de Ismael, encontrando su casa y asentándose, por los pecados de aquellos godos, a los cuales masacraron y sometieron a tributo, tal como lo vemos hoy. Pero ese escrito recuerda las palabras que el profeta Ezequiel le dijo a Ismael: «Puesto que tú has abandonado al Señor tu Dios, yo te abandonaré y te entregaré en manos de Gog, y te desplomarás, tú con todo tu ejército, bajo su espada. Porque, después de que hayas atormentado a los godos durante ciento setenta años, Gog te devolverá las tribulaciones que les has infligido».

Después de decir esto, se quedó mirándome muy fijamente, como esperando a ver mi reacción. Y yo, circunspecto, le pregunté:

—¿Cómo interpretáis todo eso?

Meditó y respondió con rotundidad:

—Literalmente. La caída de los ismaelitas ha comenzado. Se cumplen ya los ciento setenta años. La victoria de Simancas ha sido el comienzo del fin de la dominación de los mauros. Por eso fueron aquellas señales en el cielo: el sol oculto y el viento ábrego que llegó desde el sur. Significaba aquello que el sol se esconde y les da la espalda a los ismaelitas; y que el infierno se abre para exhalar su ardiente aliento… Llega pues el final del dominio musulmán. Pronto dará comienzo una nueva era…

57

El viaje de la reina Goto

Acababa de concluir el rezo de la hora sexta en el monasterio de Santa Leocricia cuando se oyó la estridente llamada de la campanilla en la portería. Un momento después supe que la visita era para mí. Venía el maestro Isacio a verme, agradable y digno, pero muy serio.

Le inspeccioné, atónita, impacientemente, a la mortecina luz que entraba por la puerta entreabierta. Él avanzó unos pasos hacia mí y me dijo circunspecto:

—Te prometí que trataría de convencer a la única persona que podría contarte cómo fue el final de Paio.

Suspiré hondamente y, con aire sumiso, como implorando su buena voluntad para que comprendiera mi impaciencia, le pregunté:

—¿Me lo contará?

El maestro reflexionó un momento que se me hizo eterno, se esforzó para sonreír y respondió:

—Me ha costado convencerle… Pero creo que te lo contará.

Suspiré nuevamente, esta vez invadida por una súbita alegría, y pregunté nerviosamente.

—¿Dónde esta? ¿Cuándo podré verle?

—Hoy, esta misma tarde —se apresuró a contestar él—. Si tanto lo deseas, no tenemos por qué esperar más.

Mi corazón se puso a latir violentamente y exclamé:

—¡Vamos!

Tardamos en salir el tiempo que necesité para recoger mi capa y pedirle a Columba que nos acompañara. Un momento después íbamos los tres por el barrio, apresurando el paso todo lo que nos permitía la edad del maestro y la cojera de la abadesa de Santa Leocricia. Por el camino mi imaginación urdió fabulosos sueños. Imaginaba que la persona con la que iba a hablar sería alguien importante; algún funcionario, el cadí o alguno de sus subalternos; alguien que por su rango hubiera estado presente el día del martirio y que por ese motivo se había manifestado renuente y desconfiado. Estos pensamientos me confundían, a la vez que reforzaban mis sospechas de que tal vez no me contarían todo como realmente había sido, sino que conseguiría obtener solo una versión sesgada, interesada y posiblemente dulcificada. Algo dentro de mí me impulsaba a suponer que no descubriría nada extraordinario o sustancialmente diferente a lo que ya sabía. Pero, aun así, caminaba con alegría y esperanza.

La acogedora tibieza primaveral se había adueñado de Córdoba. Los mercados estaban desiertos y los puestos cerrados por ser la hora de la siesta. Solo algunos gatos hambrientos merodeaban rebuscando por los rincones con la audacia que les permitía toda aquella soledad. Íbamos en silencio, paseando la mirada por los diferentes callejones: el de los panaderos, el de los curtidores, el de los carniceros… Unos mendigos recogían huesos medio podridos a la puerta de un sucio matadero de ovejas. Más adelante, en la calle de los perfumistas tampoco había gente, a pesar de lo cual todavía se desprendían los olores de las medicinas y las esencias, confiriéndole al aire inmóvil una vida propia y personal. Allí nos detuvimos, delante de un establecimiento en cuya fachada estrecha, a ambos lados de la puerta, llamaban la atención unas largas madejas de lana curiosamente teñidas con diversos colores.

—Aquí es —indicó Isacio.

A pesar de que los ruidos del día se habían disipado, en aquel lugar se oían algunos susurros dispersos, conversaciones apagadas y una vocecilla que canturreaba de vez en cuando; sonidos tenues que brotaban del interior de los edificios cuyos postigos estaban cerrados para protegerse del calor de la hora.

El maestro llamó a la puerta del establecimiento. Después de los golpes, se hizo un completo silencio y nadie contestó durante un largo rato. Al cabo, alguien dijo desde dentro:

—Podéis pasar.

Isacio empujó la puerta, que estaba simplemente entornada, y entramos. En el interior apareció un espacio cuadrado, con las paredes totalmente cubiertas con estantes abarrotados de frascos y recipientes de todos los tamaños. En el centro había una mesa con los instrumentos propios del oficio de perfumista: morteros, diversas medidas, líquidos, polvos, tinturas… Un penetrante olor a mejunjes, drogas y alcanfores resultaba casi insoportable. En el muro opuesto a la puerta había otra más pequeña, irregular, tapada con una cortina.

—¿Hay alguien? —preguntó el maestro, aun a sabiendas de que allí nos esperaba alguien.

—Pasad —contestó una voz aguda y nerviosa.

Cuando Isacio descorrió la cortina, apareció una estancia más amplia, a cuyo fondo, sentada sobre una piel, estaba una mujer que se levantó y se nos quedó mirando en silencio. Cuando mi vista se acostumbró a la penumbra pude verla: su rostro era redondo y pequeño; sus ojos menudos, almendrados, con una expresión aguda, poco femenina, insensible; su estatura media y su cuerpo delgado y grácil. Pero llamaba sobre todo la atención su pelo largo, lustroso, negro con reflejos extrañamente azulados; un pelo rarísimo, en suma, como nunca antes había visto otro siquiera semejante.

—Ya sabes a qué venimos —le dijo Isacio.

La mujer pareció asustarse y dio un paso hacia atrás. Y he escrito «mujer» porque, en verdad, eso es lo que me parecía que era aquella persona. Sin embargo, el bozo que ensombrecía su bigote me desconcertó. Y definitivamente advertí que se trataba de un hombre cuando el maestro lo presentó diciendo:

—Este es Estebanus al Sabbag, el teñidor de cabellos, a quien todo el mundo conoce en el barrio cariñosamente como Lindopelo.

El que no era mujer sino hombre movió las cejas y exclamó, acompañándose de un guiño, al poner sus ojos en mí:

—¡Ah, la reina de la Gallaecia…! Supongo…

—En efecto, ella es —confirmó su conjetura el maestro—. Y ya sabes a qué ha venido a tu casa. ¿Le contarás todo eso que sabes?

Lindopelo me miró de arriba abajo, suspiró y contestó de mala manera:

—¿Por qué he de contarlo?

—Porque me diste tu palabra —respondió Isacio—. Y porque yo te juré a mi vez que no te causaríamos ninguna complicación.

Él se quedó pensativo, con expresión reservada. Luego se acercó a un ventanuco que daba al callejón y entornó los postigos hasta dejar solo un estrecho hueco por el que mirar. Pegado a él, recorrió receloso la mirada por el exterior, mientras comentaba con disgusto:

—Eso es fácil de decir… Pero… ¿puedo fiarme del todo? Os habrán visto entrar… ¡No sabéis cómo es la gente! Nada puedo hacer sin que me sienta espiado…

A lo que Columba, yendo hacia él, replicó:

—¡Sé un hombre, Lindopelo! Alguna vez tendrá que ser el día… El momento ha llegado. ¡Por Dios, dinos qué sucedió! ¡Cuenta todo lo que sabes!

Él se apartó bruscamente de la ventana, se encaró conmigo y me gritó:

—¡Siempre supe que al final alguien vendría a traerme la ruina! ¿Por qué has venido? ¿Quieres mi muerte? ¿Queréis hundirme? ¡Dejadme en paz!

Aquella actitud suya, displicente y hosca, acabó por desconcertarme del todo. Me derrumbé y mis labios invocaron a Dios con voz imperceptible. Luego me cubrí el rostro con las manos y me eché a llorar sin poder evitarlo.

Reinó un silencio cargado de tensión, en torno a mi llanto, hasta que el maestro, muy enojado, le recriminó al tintor:

—¿Has visto lo que has hecho? ¡Eres un maldito egoísta! Me prometiste que hablarías y ella se hizo ilusiones… ¡Y ahora te niegas a contarlo! No sé por qué actúas de esta manera; pero me temo que Dios te castigará por ello.

Columba también se encaró con él:

—Si relataras lo que sabes, aliviarías tu alma y le harías un gran beneficio a esta hermana nuestra. ¿Es que no tienes corazón?

De nuevo se hizo el silencio. Levanté los ojos fortalecida y me encontré con los

de Lindopelo, buscando su compasión. Y él no tuvo más remedio que decir con brevedad, parpadeando confuso:

—No me miréis así, ¡por Dios! Ni que yo hubiera sido el que mató al muchacho…

Escuché aquellas palabras silenciosa e inmóvil, sintiendo que se clavaban en mí, sin apartar los ojos de él. Su rostro entonces dejó traslucir que se debatía en su interior. Aproveché esa debilidad para suplicarle:

—¡Habla, por el amor de Dios! Juro que no le contaré nada a nadie aquí en Córdoba. ¡Nadie sabrá nunca de dónde vino el relato! Todo lo que me digas me lo llevare a la Gallaecia.

Había llegado el momento crucial y la suerte estaba echada. Escudriñé con precaución su mirada y vi que iba a hablar. Tragó su reseca saliva, se dejó caer sobre la piel y dijo al fin:

—Sentaos.

Mi corazón palpitó inquieto en el silencio que siguió. Entonces el tintor bajó la cabeza con humildad, le dominó la emoción, se le saltaron dos lagrimones y apretó los labios para sofocar el llanto. Luego murmuró con voz temblorosa:

—Resulta muy difícil no sentir miedo… cuando se han visto cosas terribles…

Estuvo callado unos instantes, aguantándose para no llorar. Luego se enjugó las lágrimas, pareció cobrar fuerzas y prosiguió con sumisión y abatimiento:

—Todo sucedió hace muchos años, más de quince; pero, aunque hubieran pasado cincuenta, no podría olvidarlo… ¡Oh, dios, ojalá pudiera olvidarlo! Por entonces yo era muy joven y todo me afectaba mucho más que ahora… Mi corazón era capaz de presentir el miedo y la desgracia, pero no me quedaba más remedio que seguir hacia delante y hacer lo que me mandaban. ¿Qué otra cosa podía hacer? —se golpeó el pecho con la mano y añadió con resignación—. Si me hubiera negado a ir a Medina Azahara cuando vinieron a buscarme ahora no viviría. Tuve que vencer mi cobardía e ir a cumplir con mi oficio… ¡Oh, Dios, cómo no iba a ir!

Sus ojos volvieron a inundarse de lágrimas y lloriqueó esta vez durante un largo rato, ante nuestra atenta e impaciente mirada. Luego prosiguió, sin preocuparse ya de disimular el tono lacrimoso:

—Yo tiño los cabellos del califa desde hace más de veinte años. Al Nasir es rubicundo y odia el color de su pelo. Yo consigo que su abundarte cabellera, de tono ceniciento, sea negra como el azabache y eso le hace feliz cuando se mira al espejo. Por entonces, cuando aquello sucedió, yo ya estaba acostumbrado a entrar y salir en el palacio, pues durante cinco años había ido a cumplir puntualmente con mi oficio una vez al mes. Todo el mundo allí me conocía, incluso en el harén, en las dependencias más privadas, porque también teñía a las mujeres y a los eunucos. Por aquel tiempo el califa vivía en los Alcázares, dentro de las murallas de Córdoba,

puesto que todavía no había sido construido el palacio de Zahara. Muy pocos tenían permiso para entrar. Allí, en los Alcázares, es donde murió el muchacho…

Él se detuvo unos instantes mirándome, en los que estuvo por encima de mis fuerzas seguir callada; así que murmuré, empujada por la ansiedad:

—¿Lo conociste? ¿Llegaste a ver a Paio?

Los ojos pequeños de Lindopelo se abrieron desmesuradamente y brillaron emocionados. Respondió:

—¡Naturalmente! Lo conocí en persona y pude tratar con él, porque resultaba que el muchacho tenía piojos…

—¿Piojos? —pregunté—. ¿Tenía piojos el pequeño Paio?

Lindopelo se llevó las manos a la cabeza y, haciendo como si se peinara el cabello, respondió:

—Sí, como te digo, tenía piojos. Los eunucos le habían pasado un peine y encontraron algunos. Al parecer el muchacho los había cogido cuando estuvo entre los cautivos, antes de ser llevado a los Alcázares. Precisamente por eso, porque tenía piojos, lo conocí. Yo sabía la fórmula de un ungüento capaz de matar esos molestos bichos y los eunucos me pidieron que se lo aplicara…

Dejó escapar un suspiro. Sonrió levemente, con tristeza, y añadió con voz trémula:

—Paio era bellísimo… ¡Si no lo hubiera sido tanto…! Si no lo hubiera sido, no habría acabado así… Era muy rubio; con aquellos ojos grandes, de un azul puro y profundo… ¡Como un ángel!

Mi corazón latió con violencia y agaché la cabeza, angustiada, murmurando con el aliento entrecortado:

—Ay, Paio, mi pequeño Paio… ¡Mi ángel!

Entonces Lindopelo continuó hablando, ahora con una terrorífica calma, dispuesto a contarlo todo.

—Al Nasir se quedó completamente prendado del chico; lo miraba embobado, como si estuviera hipnotizado… Todos allí nos dábamos cuenta de que no sería capaz ya de renunciar a él… Por aquel tiempo Al Nasir era así; cuando alguien, ya fuera hembra o varón, le robaba el alma, enloquecía. Y todos deseaban robarle el alma, porque aquel que lo conseguía podía obtener todo de él… Ahora, pasados los años, las cosas han cambiado mucho. El ardor de su fuego se ha ido apagando… Dicen que ya no es capaz de enamorarse… Sí, eso dicen. Porque al parecer el califa se ha desengañado… Pero por entonces ardía vivo de pura pasión y era capaz de abrasar con sus llamas la primera belleza que se cruzase en su camino.

En ese instante se hizo un profundo silencio, en el que todos nos quedamos meditando en esas palabras con horror y desolación. Luego el tintor agitó la cabeza con ímpetu, haciendo que su cabello suave y brillante se extendiera en torno como

una aureola, y añadió entre dientes, con rabia:

—Abderramán es así: puede pasar del amor al odio en menos que canta un gallo; hacer que su ternura se convierta en crueldad… Dicen que amando es como una suave paloma; pero que odiando… ¡es una bestia!

Sin poder contenerme, extendí las palmas de las manos con pánico y dolor y le rogué desalentada:

—¡Dime de una vez qué pasó! ¡Por Dios te lo pido!

Se me quedó mirando a los ojos, con infinita tristeza, y respondió:

—Puedes imaginarlo… Algo terrible…

—¡¿Qué?! —exclamé destrozada—. ¡Debo saberlo! ¡Dímelo de una vez!

Su voz reveló la profundidad de su tristeza cuando contó:

—El demonio se le metió en el cuerpo al califa. Yo no lo vi, pero me lo contaron los eunucos y las mujeres, poco después de la desgracia, cuando hablaban de ello horrorizados… Al Nasir quiso tener al muchacho, pero este se negaba a sus solicitaciones, una y otra vez… Entonces ese bruto se encolerizó y… ¡lo mató!, así, sin más, delante de todo el mundo, con sus propias manos… Igual que un niño mimado destroza su juguete preferido en miedo de una rabieta; ¡lo despedazó! Y luego, cuando reparó en lo que había hecho, estuvo llorando desconsolado durante horas… Yo vi el cuerpo del muchacho, envuelto en su sangre, cuando lo sacaban de allí…

Aunque estas frases eran concisas y vagas, capté en la mirada desesperada del tintor y, en su tono quejumbroso, las escenas tan negras que había presenciado; y me pareció verlas yo misma. Aquello hizo estallar mi dolor y rompí a llorar con amargura.

Columba me abrazó y me estuvo consolando con palabras que no lograban atenuar lo punzante de mi pena.

—Eso pasó hace muchos años —decía—. Paio ahora goza en la casa de Dios y de la compañía de los santos… ¡En el paraíso! Míralo a la luz de la fe, hermana. Sé valiente, Nuestro Señor está con todos nosotros…

Pasado un rato, cuando conseguí recuperar el aliento y tranquilizarme algo, quise saber cómo habían recogido el cuerpo. Entonces Isacio y Columba me contaron que el propio Lindopelo les avisó de que los despojos del muchacho iban flotando por las aguas del Guadalquivir. Unas mujeres piadosas lavaron los miembros y los envolvieron en sábanas. Después Paio fue sepultado en la tierra, en el cementerio que hay junto a una de las iglesias de las afueras. Con el tiempo, cuando la comunidad mozárabe tuvo conciencia de que había sido un verdadero martirio, lo desenterraron y lo depositaron en la cripta de la iglesia de los Tres Santos, junto al resto de los mártires.

58

La crónica de Justo Hebencio

Pasaron cuatro semanas más sin que tuviéramos noticias del rey Radamiro. Andaba, según nos decían, muy ocupado viajando, visitando a los magnates del reino en sus territorios para festejar con ellos la batalla de Simancas. Mientras tanto, de vez en cuando, seguía viniendo el caballero Bermudo. Compartíamos el almuerzo o la cena amigablemente, departiendo con él, mientras el verano se echaba encima de León, regalándole a los cielos un azul más nítido y a las piedras de la ciudad un dorado admirable a la caída de la tarde. La vida proseguía con el apreciable encanto de la paz. Por primera vez desde hacía décadas, las huestes no habían salido al encuentro de la guerra, que permanecía en suspenso, pendiente de las embajadas. Los caballeros estaban pues ociosos y se dedicaban a sus mujeres, a sus halcones y al vino. Resultaba enternecedor ver a las damas en la calle, con el rostro descubierto, lozanas, felices por tener cerca a sus maridos: una circunstancia verdaderamente extraordinaria.

Cuando el mes de julio llegó a la mitad de sus días, don Bermudo vino a comunicarnos que de momento no vendría más al caserón, porque debía peregrinar al día siguiente con el resto de los nobles a Santiago de Compostela, para cumplir con la tradición de ofrecer el voto del Apóstol, máxime esta vez, cuando se cumplían apenas dos años después de la victoria. Nos dijo que iría el rey también, pero caminando anónimamente, como un peregrino más, solitario y mezclado entre el gentío que durante aquellos días acudiría en masa fluyendo como un río humano por todos los caminos.

—¿Entonces tendremos que esperar a que Radamiro regrese? —le preguntó Hasday, desalentado, dándose cuenta de que nuestra espera se dilataría todavía algunas semanas más.

—Podéis ir también vosotros a Santiago —propuso Bermudo cortésmente—. Yo me encargaré de que hagáis el viaje acompañados y que nada os falte por el camino. Una vez allí, tendréis una buena oportunidad para ver reunida a toda la corte y podréis haceros una idea más completa de los poderes y gentes del reino. ¿No os parece? Además, quizás el rey pueda recibiros mejor en Compostela.

—¡Maravilloso! —exclamó el obispo de Isvilia.

—¡Excelente idea! —añadió el de Pechina.

—Conformes —dijo asimismo el de Elvira.

Y también yo me manifesté encantado por la propuesta del caballero. Era mi gran oportunidad para venerar al Apóstol y orar ante su sepulcro; ¡el sueño de cualquier

cristiano en estos tiempos!

Sin embargo, Hasday se quedó pensativo, dándole vueltas en su cabeza a aquella posibilidad. Hasta que murmuró escéptico:

—No sé… Me parece que si Radamiro no nos ha recibido aquí, donde tiene la sede del reino, ¿cómo va a hacerlo donde a buen seguro estará mucho más ocupado?

—Creo que deberíais ir —insistió Bermudo—. Tal vez allí se encuentre el rey más contento y accesible. Nada podéis perder intentándolo.

Se detuvo para sondear la impresión que causaban sus palabras en el judío y añadió:

—Además, en Santiago están los libros del califa y las pertenencias que le fueron tomadas como botín en la batalla.

Al oír estas palabras, la sonrisa apareció en los labios de Hasday, que miró muy fijamente al caballero preguntándole:

—¿Podremos ver todo eso? ¿Nos dejarán verlo?

—Yo me encargaré de ello —contestó con seguridad terminante Bermudo.

—Pues, entonces, iremos —asintió Hasday.

—¡Alabado sea Dios! —exclamé muy contento.

Dos días después, de madrugada, se presentó en el caserón don Gundesindo trayendo las mulas y todo lo necesario para emprender el camino hacia Santiago de Compostela. Según nos dijo, había unas diez jornadas de camino desde León, el tiempo justo para llegar en la fecha de la fiesta, que se celebraba el 25 de julio. El conde y el obispo Ero emprendieron el viaje con nosotros.

Salir del encierro de las murallas hacia la libertad de los campos fue muy agradable. El sol de julio brillaba y el oro de los trigos segados se extendía como una pacífica visión. El calor levantaba aromas herbáceos en la atmósfera limpia y los cardos exultaban de frescura, exhibiendo sus coronas moradas, entre el pasto que ya amarilleaba a la vera de la calzada. Más adelante, cuando dejábamos atrás los páramos, en la altura de los ribazos que caían sobre un arroyo limpio, pudimos contemplar una escena deleitosa: unos jóvenes lanzaban al vuelo, alegremente, sus halcones, para verlos volar sobre un prado. Resultaba hermoso ver a los hombres disfrutar del ocio que permitía la paz, estando guardadas las cosechas en los graneros y la uva aún verde pendiente de madurar durante el curso del verano. En las aldeas que encontrábamos a nuestro paso, salían las mujeres y los niños a saludarnos y nos pedían que, una vez que estuviéramos en el templo del Apóstol, orásemos por ellos. Podía apreciarse que aquel camino, con el flujo permanente de peregrinos, había prosperado durante el último siglo. Se encontraban mercados junto a la calzada que vendían alimentos, productos de las huertas, legumbres y verduras; y también gallinas, huevos, quesos, cecina y carne fresca de ciervo o jabalí.

La primera ciudad que se halla en estas primeras etapas es Astúrica, donde tuviera

su sede santo Toribio, a quien Dios concedió el privilegio de visitar Jerusalén y ganarse el aprecio del patriarca Juvenal, el cual le dio aquellos sagrados pedazos de la cruz del Señor que se veneran en el monasterio de Turieno, allá en las montañas. Esta piadosa ciudad, que tan célebre fue en el pasado, fue destruida por los ismaelitas en su primera invasión y estuvo desierta, en estado ruinoso, hasta que el floreciente camino de Santiago la hizo resucitar y en las últimas décadas renacía pletórica de vida.

Más adelante, ya en el corazón de la Gallaecia, se llega ante las arcaicas murallas de Lugo, que fueron reconstruidas por el obispo Odoario, devolviéndole a la antigua sede metropolitana el esplendor que tuviera antaño, en los tiempos que precedieron al dominio agareno. Allí fuimos tratados mejor que en ninguna otra parte, por ir en compañía de su obispo Ero. Nos alojamos en el palacio episcopal y pudimos descansar durante dos jornadas, que aproveché para seguir indagando sobre las profecías.

En Lugo tuve la oportunidad de tener entre mis manos un manuscrito muy antiguo que don Ero guardaba con celo en su biblioteca, en el cual se hablaba de un rey, de nombre Constancio, del que se decía que gobernaría sobre romanos y griegos, después de vencer sobre los paganos e infieles y alzar la cruz de Cristo sobre todos, en Oriente y Occidente; que a continuación marcharía hacia Jerusalén y allí, después de despojarse de su corona y desvestirse de todos los ornamentos reales, entregaría el reino del orbe a Dios Padre y a Jesucristo su Hijo…

Comprendí que seguramente el califa se refirió a esa leyenda cuando me habló de lo que le contó cuando era niño su abuela, la cristiana princesa Durr, sobre un cierto emperador llamado Constante que reinaría en el fin de los tiempos. El nombre de Constancio y Constante tienen la misma raíz. Don Ero me dijo que esa historia antigua provenía seguramente de los tiempos anteriores a la invasión musulmana, cuando el reino godo iba camino de su decadencia y las gentes estaban desasosegadas y tristes, aguardando el advenimiento de un monarca que fuera verdaderamente justo y piadoso.

Me alegré mucho al dar con una explicación que podría satisfacer al califa a mi regreso a Córdoba, y le pedí al obispo de Lugo que me encargara una copia del manuscrito que guardaba en su biblioteca para llevarla conmigo.

59

El viaje de la reina Goto

Me invadió repentinamente una intensa e insensata añoranza de Gallaecia. Imagino, venerable hermano Gemondo, que tú también habrás sentido esa sensación alguna vez cuando te hallabas bregando en tus guerras lejanas. Creo que la evocación de nuestra amada tierra vino a mí por el resentimiento feroz, la rabia y la infinita pesadumbre de lo irremediable… Pero también por el recuerdo de aquellas mañanas vaporosas junto al río Miño, verdes, húmedas y dulces, aunque inevitablemente unidas a la torpeza de la juventud y a todo lo que la misma lleva aparejado: la despreocupación, el ardor y el alegre desentendimiento del transcurrir del tiempo.

Y asimismo porque, después del triste relato de la muerte de Paio, Córdoba se me hizo repentinamente ajena y hostil. No la comprendía ya y me resultaba ensordecedor y amenazante su gentío, sus aromas y aquel sol cegador que se adueñaba de todo a mediodía, haciéndome languidecer e impidiéndome pensar. Sentada en una terraza del monasterio de Santa Leocricia, mientras observaba la infinitud de aquel mar de tejados del que emergían los minaretes, esa realidad se me hizo demasiado oprimente y el corazón se me encogió de pura melancolía…

Una vez encontrado el lugar donde reposaban las reliquias del santo muchacho —y ya que conocía con certeza lo terrible y doloroso de su final—, nada me retenía allí, excepto esperar a que llegara el momento oportuno para abrir su tumba y llevarme conmigo sus restos, cuanto antes, pues ese era el verdadero motivo de mi peregrinaje. Pero no sabía cómo debía hacerlo y me lo preguntaba, como paralizada, dejando que mi vista se perdiera en la inmensidad de aquellos llanos pelados, que se extendían hacia el sur más allá de las murallas. ¡Qué aflicción sentí desgranarse en mis venas! ¡Con qué dolor respondía mi ser entero a las emociones de aquel día deslumbrante, saturado de luz, pero tristísimo no obstante! Después de una noche de insomnio, mis nervios se encontraban especialmente alterados; todo me causaba dolor: el incipiente verano, que me resultaba agresivo, la calima, el rumor del mercado, su muchedumbre rugiente, el agudo grito de los almuédanos llamando a la oración de la tarde… Todo en torno a mí estaba pesado y lechoso, por el olor a quemado que subía de las pálidas chimeneas, por el humo oscuro que ascendía en el aire inmóvil y por un enjambre de mosquitos que zurcía el aire por encima de una enredadera rebelde, mientras un bando de tordos muy negros, gritones, se posaba en la cúpula de la iglesia de los Tres Santos.

Estando sumida en mis pensamientos cambiantes y dejando que mis dudas me dominasen, oí detrás de mí el golpeteo del bastón de Columba. Venía ella jadeante

después de subir por la empinada escalera y su respiración fatigosa me produjo una lástima que vino a sumarse a todo mi sufrimiento. Se sentó ella a mi lado y permaneció en silencio. No la miré, pero me dejé ayudar por la proximidad de su presencia bondadosa, y entonces tuve necesidad de hablar.

—Solo Dios sabrá por qué la vida es a veces tan terrible —dije—. Creo que nunca antes había llorado tanto como esta noche… Pero las lágrimas no valen para nada…

—No debes padecer por las cosas de este mundo que ya no tienen remedio —observó Columba—. Dios sabrá remediar todos los males a su debido tiempo. En tanto sea eso, no podemos hacer otra cosa que cumplir con nuestro deber. Tú has hecho lo que debías hacer. Sé fuerte pues y no te vengas abajo ahora que has llegado al final.

Sentía el poder que encerraba el flujo de su voz. Era una mujer anciana, acostumbrada a sufrir, que sabía transformar cualquier circunstancia, por penosa que fuera, en esperanza.

—No me rebelo ante el dolor y el mal que hay en el mundo —dije—. He ido comprendiendo que es inútil buscarle explicación a eso, tratar de huir de ello o desesperarse… Pero me gustaría entender, sin embargo, de dónde viene toda esa felicidad que a veces puede vivirse; ese espasmo que es capaz de transformar repentinamente el mundo en algo transparente y precioso, y hacer que nuestra alma sea algo inmenso… Porque, no obstante tanto dolor, tanta contrariedad y tanta maldad como he visto a lo largo de mi vida, me niego a renunciar a los momentos en que fui feliz… Han sido pocos y cortos, pero intensos y verdaderos… ¡Gracias a Dios! Esos momentos felices me hacen soñar con un reino justo, con una vida nueva, diferente, realmente dichosa… ¿Cuándo vendrá el Rey verdadero? ¿Cuándo reinará al fin el Señor…?

Columba suspiró profundamente y me cogió la mano.

—Me alegra oírte decir eso —susurró con compasión—. Todo lo que dispone el Señor está bien y debe ser aceptado. Si no se es capaz de entender eso, siempre se acaba siendo esclavo de tristes ambiciones y ansias ruines: ser poderoso, temido, invulnerable… Los momentos de felicidad nos hablan de otra vida… Pero esta debe ser vivida con todo lo que conlleva.

Me volví hacia ella, para encontrar en sus ojos la sinceridad de aquellas palabras, y la encontré extrañamente sonriente. Se rio de manera espontánea y exclamó como asombrada:

—¡Y qué otra cosa podemos hacer! Aquí estamos todos de paso; todos somos peregrinos…

—Lo sé y así siento la vida —afirmé de acuerdo, y añadí—: Esta noche, como no podía dormir, he estado pensando mucho… Lo que ayer nos contó Lindopelo es

espantoso… ¡Horrible! Pero mi honda tristeza y mi dolor no provienen de ese relato, de la crueldad, de la brutalidad, del sinsentido… Porque comprendo que la maldad está ahí y, según creemos, es obra del diablo, del príncipe de todo mal… Sin embargo, mi queja es más bien una pregunta: ¿cómo un Dios que decimos que es amor guarda silencio ante algo así? ¿Por qué ese abandono? ¿Por qué esa ausencia?… Estamos inexorablemente separados de nuestros muertos… Hay entre nosotros y ellos un universo indiferente y frío…

—¡No digas eso! —gritó arrojándome una mirada cargada de sorpresa y a la vez de reproche—. ¡Así hablan quienes no tienen fe!

—Perdóname —repliqué protestando—, pero debo expresar lo que siento. No me prives de mi lamento…

—Tienes razón —contestó a modo de excusa—. Soy una vieja tonta. Y comprendo esa queja tuya con respecto a nuestros muertos, porque se parece a los reproches que todo creyente alguna vez le hace al Creador…

Después de decir estas palabras, se quedó pensativa, como extrañada por haberlas pronunciado. Luego se echó a reír de nuevo y se tapó la boca.

—¡Claro! —observé yo—. ¿Acaso no sufrimos todos por ese silencio? Rezamos, tratamos de hablar con Él; pero nuestros formularios recitados a veces parecen perderse en el abismo… Es inevitable llegar a sentir que se deshacen muy fácilmente todos los lazos, todos los momentos felices que hemos ido tejiendo en nuestra vida para defendernos de la soledad… He pensado en todo esto durante la noche y he recordado, he recordado mucho… He sentido mi alma sacudida como si fuese una barca expuesta a un temporal. Antes de emprender este viaje tenía el ánimo tranquilo, porque sentía con claridad que debía venir. Me impuse esa obligación tal vez para distraerme, para consolarme, para olvidar… Y ahora resulta que todo se me ha revuelto por dentro. Aquí, en vez de hallar al muchacho, no he encontrado otra cosa que el frío de la muerte, la soledad y el espanto de un sepulcro. Y la verdad, durante mi estancia en Córdoba, ha bastado para que flotase una idea o aflorasen recuerdos, o alguien pronunciase el nombre de Paio, para que empezase inevitablemente a pensar que hubiera sido mejor no venir, dejarlo todo como estaba y no remover esa sepultura. Acaso eso hubiera sido lo mejor para alcanzar el sosiego y la paz del corazón.

Mientras decía esto, me vino el recuerdo del monje Hermogio en su lecho de muerte, allá en el monasterio de Santo Estevo, y el de su hermana Aldara, la madre el muchacho; y me pareció que ambos habían sido mucho más sensatos que yo cuando trataban de disuadirme de que emprendiera esta aventura.

Columba me había escuchado con atención y empezaba a mover la cabeza de derecha a izquierda, luchando contra la confusión que la dominaba al oírme lamentarme de aquella manera. Noté que no sabía qué contestar y ello me infundió

una lástima aún mayor. Así que añadí:

—Pero ahora estoy aquí, una vez cumplida mi peregrinación, sé que debo resolver esto lo mejor posible. Recogeré las reliquias y las llevaré conmigo a la Gallaecia. Seguramente los de allí se alegrarán por ello y algo de felicidad se alcanzará al menos después de tanta desgracia.

Columba se puso ahora muy seria, enarcó las cejas y clavó en mí una mirada llena de desasosiego.

—Ay, ay, Dios misericordioso… —rezó—. No sé cómo decirte esto…

—¿Qué sucede? —le pregunté extrañada—. ¿Qué tienes que decirme?

Apretó mi mano entre las suyas, frunció el ceño para concentrar su mente y permaneció en silencio, sin dejar de mirarme.

—No me asustes —le dije ansiosa.

—Te ruego que seas comprensiva —contestó en tono susurrante y lleno de súplica—. Lo que he de decirte debes aceptarlo; aceptarlo como si fuera la voluntad del Señor…

—¡Dímelo de una vez!

Se puso a acariciarme la mano cariñosamente, suspirando con nerviosismo, como tratando de infundirse ánimo, y respondió:

—Han surgido complicaciones… Precisamente venía a hablar contigo para decírtelo cuando te encontré sumida en tu tristeza y desalentada… Me da muchísima lástima, pero no me queda otro remedio que decirte lo que pasa.

Hizo un silencio y, con voz turbada y firme a la vez, prosiguió:

—Lo siento, pero no podrás llevarte a la Gallaecia las reliquias de san Paio.

—¡¿Qué?!

—El obispo de Córdoba lo ha prohibido terminantemente. El santo muchacho es venerado entre nuestros mártires como uno más de ellos; lo sentimos ya como parte de nuestra piedad…. La gente cristiana de la ciudad se niega a que sus sagradas reliquias sean sacadas del túmulo y llevadas lejos. Lo sienten como una profanación, como un robo injusto. Ha habido una asamblea esta mañana y todos los clérigos, monjes y fieles se han manifestado dispuestos a no ceder. Ha sido promulgado un edicto de los jueces mozárabes, rubricado, sellado, sancionado… Siento tener que decírtelo, hermana, pero no hay marcha atrás posible. Si tratáis de llevaros las reliquias, surgirán problemas.

Me quedé tan estupefacta que no daba crédito a mis oídos. No me pude contener y clavé en ella una mirada furiosa; pero, al encontrarme con sus ojos doloridos, azules y penetrantes, me refugié en el silencio. Después lloré amargamente, desalentada del todo, aunque ya no me quedaran más lágrimas…

60

La crónica de Justo Hebencio

Mi querido y admirado señor, obispo Asbag aben Nabil, Dios os ha otorgado un alma grande, una mente prodigiosa, una inteligencia sutilísima y, además, una sabiduría que vos habéis ido acrecentando diligentemente, enriqueciéndola con la lectura de incontables libros. En la vasta biblioteca de nuestro amo, el bondadoso y preclaro califa Alhakén, habéis encontrado las obras de insignes sabios de la humanidad. Ambos hemos escudriñado juntos esos saberes humanos y hemos compartido el deleite del conocimiento. Por eso, cuando me pedisteis que pusiera por escrito lo que vi y pude apreciar en mi estancia en la Gallaecia, inmediatamente acepté y me impuse como obligación esforzar la memoria para no omitir nada verdaderamente interesante de todo aquello que sucedió ante mis ojos entonces, aunque hayan pasado ya por mí las fatigas de dos largas décadas. Trataré pues de narrar con fidelidad lo que encontré en la última etapa de mi viaje, siendo consciente de que, como vos mismo me manifestáis, es lo que os resulta de mayor utilidad a la hora de preparar vuestra próxima peregrinación.

Llegar a Santiago de Compostela es —como tantos que han ido cuentan— una experiencia inolvidable. Después de ascenderse en abrupta pendiente por los apretados montes, entre bosques en los que el camino siempre discurre adentrado en las sombras, se llanea un tiempo. Pero luego aparece, como por la llamada de un ensalmo, la ciudad allá abajo, en el ensanchamiento de unos valles luminosos, proporcionándote una visión tan dichosa y formidable que los peregrinos han bautizado aquellos altos como «monte del gozo». Se avista en una primera mirada la portentosa iglesia mayor, la que alberga el sepulcro del Apóstol, con sus torres asomando en medio de un conjunto de edificaciones que circunda una muralla casi perfectamente redonda, admirable por emerger en el verdor de los prados, los huertos y las arboledas. Después se camina laderas abajo, salvándose todavía algunos altozanos en los que crecen, al pie de los altísimos árboles, matorrales resinosos y aromáticos arbustos. Los arrabales de Compostela constituyen una sucesión de pequeñas aldeas en las que la gente sale al paso de los peregrinos para ofrecer sus productos e indicarles la dirección de la única puerta que permite la entrada a la ciudad santa, la cual se abre hacia el poniente.

Por dicha puerta penetramos jubilosos en una plaza grande, a cuyo fondo, conforme se mira de frente, está el santo templo. Al que llega por primera vez, le admira y sobrecoge el soberbio soportal, bajo el que fluye como un río la multitud de fieles, arrobados los rostros, tanto de los que entran como de los que salen.

Descabalgamos en el centro de la plaza, abarrotada de gentío y bestias de carga; y fuimos apresurados, llevados en vilo por nuestra emoción, hacia la basílica. Nada más penetrar vimos a lo lejos el altar mayor, bajo el ábside principal, todo de piedra. Avanzamos a trompicones y tuvimos que hacer cola para penetrar en la cripta.

Velas y las lamparillas de todos los tamaños iluminaban tenazmente un espacio pequeño, cuadrado, en cuyo centro está el sepulcro. El alma se estremece en aquel sagrado lugar, porque se presiente muy cerca la fuerza del misterio…

Nos arrojamos de bruces al suelo frío y brotó de nuestros labios el rezo del credo:

Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem
factorem coeli et terrae, visibilium omnium
et invisibilium…

Ciertamente, sapientísimo señor mío, Asbag aben Nabil, es más fuerte y más verdadero lo que no se ve que aquello que alcanzan a ver nuestros pobres ojos; porque ver de verdad es saber ver más allá; bien lo sabéis vos…

Se guarda puntual memoria en Santiago de Compostela de lo que sucedió hace dos siglos, en tiempos de Teodomiro, obispo de Iria Flavia, cuando en el sitio que por entonces era el bosque de Libredón un eremita vio una aparición de luces en el cielo, como de estrellas, que iluminaban un antiguo cementerio, revelando el lugar exacto donde descansaban los restos del apóstol san Yacub el Mayor. Se dice que el cuerpo fue llevado por mar a la Gallaecia en una barca por los discípulos del santo, que lo enterraron allí precisamente por hallarse muy próxima la costa que se conoce desde tiempo inmemorial como Finisterrae, pues más allá está el dilatado mar que termina donde se acaba el mundo. Así se dio cumplimiento al mandato del Señor: «Id por toda la tierra y llevad la buena noticia», prometiendo a su vez: «Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo».

Enterado el obispo Teodomiro de que se había hallado el sitio donde yacía el cuerpo de san Yacub, lo puso en conocimiento del rey Alfonso II el Casto; el cual mandó edificar una iglesia en aquel lugar, al que desde entonces se llamó Campus Stellae, por la aparición de estrellas que se vio al descubrirse. Desde entonces, miríadas de peregrinos caminan hacia la nueva ciudad santa, con semejante anhelo que a Jerusalén o Roma.

Todo esto, con ensimismada elocuencia, nos relató el obispo Ero de Lugo, sin desdeñar aquellas leyendas o acontecimientos posteriores que la imaginación de la gente habría ido forjando con el tiempo. Y siempre, como antes hiciera en León, buscando excitar nuestra admiración y convencernos de que con el auxilio de tan

poderoso valedor se habían ganado muchas batallas, como la reciente de Simancas, cuya sonada victoria tenía reunido al reino allí con motivo de la fiesta.

Todo el mundo en Compostela esperaba la llegada del rey, que podía producirse, según decían, de un momento a otro. Y para recibirlo, se había instalado en un lateral de la plaza una elevada tarima, cubierta con un dosel de paños de seda purpúrea, donde descansaban el solio real y las cátedras que debían ocupar la reina y los infantes. También, dispuestos en torno, estaban los escaños preparados para los miembros del Consejo y las banquetas donde debía sentarse la corte al completo. Fronteros a los muros del templo, resplandecían infinidad de estandartes, gallardetes y flámulas, creando un colorido tapiz que se agitaba levemente a causa de la brisa.

En las inmediaciones de la entrada aguardaban cientos de prohombres ataviados ricamente, expectantes, nerviosos por el gran acontecimiento que se avecinaba. Y allí mismo nos recibió y cumplimentó el obispo de la sede, Hermenegildo: hombre de poderosa presencia y pocas palabras. A su lado estaban Oveco, obispo de León, y el insigne Rodesindo, de quien decían que, no obstante su juventud, era la mente más lúcida de toda la Gallaecia. Incontables prelados, caballeros y damas revoloteaban alrededor, impacientes, escudriñando con sus miradas atentas la puerta de la muralla que se abría al poniente.

En un determinado momento, se aproximó a nosotros el frío conde Gundesindo, con su rostro terroso y consumido, por fin trasluciendo algo de entusiasmo, y nos dijo:

—Amigos, embajadores de Córdoba, hoy, si está de Dios, podréis al fin conocer en persona a nuestro señor el rey Radamiro. Pues, según anuncian los alféreces reales, es inminente su llegada.

Hasday ben Saprut acogió estas palabras con una sonrisa escéptica y observó irónico:

—Demasiada gente hay aquí reunida esperándole como para confiar en que pueda dedicarnos al menos un momento de atención.

—No os desesperancéis —repuso el conde con una enigmática expresión—. Todo será tener fe…

Esta contestación nos dejó algo en suspenso, pero decidimos renunciar a las protestas para disfrutar del vistoso espectáculo que teníamos ante nuestros ojos.

Transcurrieron quizás un par de horas y, en torno al mediodía, la gente empezó a levantarse de sus asientos. Se formó un revuelo, que fue creciendo poco a poco, hasta convertirse en un griterío.

—¡Allí! ¡Allí viene! ¡Mirad! —exclamaban.

Al parecer venía el rey al fin, confundido entre una aglomeración de peregrinos que se acercaba caminando por el centro de la plaza, todos con semejantes hábitos, con bordones en las manos y los pies descalzos.

—¡Aquel! —gritaba el gentío—. ¡Aquel de allí es! ¡Mirad! ¿No lo veis? ¡Viva! ¡Viva el rey!…

Por más que mirábamos nosotros, solo veíamos hombres barbudos y hábitos pardos, sin poder distinguir quién era Radamiro, puesto que no lo habíamos visto nunca. Y un momento después, empezó a formarse un corro alrededor y muchos de los prelados, condes y prohombres se inclinaron, haciendo reverencias. Entonces vimos entre los peregrinos a don Bermudo y pensamos que estaría entre los que caminaban más cercanos al rey. Así que nos arrimamos, confiando en que él nos diría quién de todos ellos era el monarca y tal vez nos abriría el paso hasta alcanzarlo.

—¡Vamos! —dije—. Los peregrinos van a entrar en el templo y el rey está entre ellos según parece. Acerquémonos más para que él nos vea y nos facilite las cosas.

Así lo hicimos. Entramos de nuevo en la basílica, apretujados entre la muchedumbre, y vimos cómo los peregrinos iban a postrarse ante el altar.

Un momento después, sucedió algo que nos dejó pasmados. Avanzó el obispo de León, Oveco, llevando un manto de armiño en sus manos, hacia donde los caballeros peregrinos estaban arrodillados.

—Ahora revestirán al rey —explicó a nuestro lado el obispo Ero—. Es un momento emocionante…

Y nuestra sorpresa fue enorme cuando vimos que el manto era puesto sobre los hombros de don Bermudo y, acto seguido, su cabeza coronada con una diadema de oro.

—¡Viva el rey! —se pusieron a gritar en derredor—. ¡Dios guarde a nuestro señor Radamiro! ¡Viva, viva, viva…!

Hasday y yo nos miramos, atónitos, sin poder comprender de momento lo que estaba sucediendo ante nuestros ojos. Pero enseguida el judío exclamó con asombro y admiración:

—¡Increíble! Resulta que hemos estado comiendo y bebiendo día tras día con el rey Radamiro… ¡Menudo zorro! Y le llamábamos mula terca…

61

El viaje de la reina Goto

Cuando yo era niña solía tener un sueño vagamente extraño, que transcurría en un lugar y un cierto entorno que nunca he podido reconocer después. Yo tenía entonces unos seis o siete años, pero no identifico aquello como el caserón familiar de Vilanova de Mondoñedo, ni con los campos que lo rodeaban, ni con ninguno de los palacios donde he habitado a lo largo de mi vida. Sucedía entre las ruinas de un edificio impreciso de varios pisos, en el que me movía con dificultad, ascendiendo por una escalera de piedras, con los peldaños irregulares, derruidos en parte, que me infundían desasosiego y sensación de inestabilidad. Y todo envuelto en una atmósfera de bruma y escasa luz. Lo molesto de aquel sueño consistía en que yo tenía que ir de un piso a otro para estar con mis seres queridos, de forma necesaria y sin especial significado. Cuando llegaba al punto más alto, tenía que bajar, porque allí arriba no había nadie; me encontraba sola, sentía miedo y volvía a los peligrosos escalones que me obligaban a sujetarme a la pared. Abajo había animales: terneros, cerdos, gallinas y perros, con los cuales permanecía solo el tiempo necesario para echarles de comer. Y enseguida estaba impaciente y excitada y volvía a sentir la necesidad de subir. Únicamente en los espacios intermedios encontraba a los míos: mis padres, mis abuelos, mis tíos, mis hermanos, los criados… Quería permanecer allí, en su compañía, pero algo indeterminado, amenazante y sin sentido, me impulsaba de nuevo a la escalera, a la ascensión y a la soledad. Y así una y otra vez. Hasta que despertaba llorando, con la angustiosa y desagradable sensación de tener que entregarme al absurdo ritual.

Aquel sueño se repitió durante años, cada vez con menos frecuencia, espaciadamente, y aparecían en él los seres queridos que iban muriendo, junto a los vivos, siempre los mismos, cada uno en su propio piso, reconocibles, pero distantes. Y con el tiempo no volvió más, y me olvidé de aquello, por esa natural tendencia que nos ayuda a desprendernos de lo que nos resulta desagradable.

Pero el sueño retornó durante mi estancia en Córdoba. Seguramente a causa de mi estado de frustración y desasosiego. Como cuando era niña, me vi esforzada, subiendo y bajando por el edificio ruinoso, procurando no caer y rodar escaleras abajo golpeándome con los irregulares peldaños. Y en mi deambular sin sentido, me encontré con mis padres, con mi tío Osorio, el conde santo, con mi suegro el rey Ordoño y con mi esposo. Todos estaban tranquilos, pero ausentes; nada decían, nada expresaban sus rostros impasibles. En una de las estancias, la más iluminada de todas, apareció de repente el monje Hermogio, revestido con las indumentarias y los

atributos episcopales: capa pluvial, mitra y báculo. Me miraba sin hablar, y en sus ojos y su rostro yo podía adivinar lo que él trataba de comunicarme: «Ya te dije que nuestro santo muchacho no quería que sus huesos regresaran a la Gallaecia; que deseaba seguir reposando allí, en Córdoba, donde recibió la gloria del martirio. ¿Por qué te empeñaste en ir a buscarlo?».

Esta interpelación, que sentí como un reproche, me hizo llorar con profunda aflicción; y con mi dolor a cuestas y mis lágrimas proseguí mi obstinado empeño de recorrer aquellas inestables ruinas. Mi tío el conde santo también me salió al paso y procuré que me diera alguna explicación para consolarme; y él, asimismo, sin pronunciar palabra, me dijo con la mirada: «Has perdido un esposo, has perdido un reino, pero ganarás el cielo». Esto me reconfortó y seguí subiendo. Hasta que, en el piso más alto, estaba esperándome Paio, sentado en su trono, envuelto en el manto de nutria y tocado con la corona que yo le mandé hacer; sonreía, parecía feliz, y con sus ojos azulísimos, brillantes de alegría, me decía: «Para siempre, para siempre, para siempre, para siempre…». Entonces sentí como si una fuerza ajena me dominara y creció dentro de mí una suerte de ansia que pronto se desbordó en lágrimas, pero estas lágrimas eran diferentes a las anteriores: estas eran de pura dicha.

Cuando desperté, descubrí asombrada que había dormido profundamente durante toda la noche, por fin, después de tantos días de insomnio. Un retazo de sol matutino entró por el ventanuco y pasó por encima de mi cara, filtrándose a través de mis párpados. Amanecía Córdoba una jornada más, bulliciosamente. En el frescor del alba, el jolgorio de los pájaros, el canto de los gallos y la llamada de los almuédanos se unían para intensificar la explosión de gozo que inflamaba mi ser después del sueño. Parecía seguir viendo el encantador rostro de Paio y por eso no quería abrir los ojos. ¿Qué había sucedido? Comprendí que los ángeles me habían regalado una visión, en la que la sabiduría había sido liberada en la inmensidad del alma, despojándome de muchos temores y soledades.

Permanecí de esta manera muy quieta, saboreando aquel instante pleno de paz, temiendo que se esfumara si hacía el más mínimo movimiento. Hasta que, de improviso, me sobresalté cuando se escucharon voces en la calle; voces exaltadas y cargadas de violencia. Di un respingo y me asusté todavía más cuando a esas voces se unieron otras, autoritarias, amenazantes. Sin duda, algo grave estaba sucediendo afuera. Así que me vestí a toda prisa y salí corriendo, con el alma en vilo, a ver a qué se debía tanto escándalo.

Y en el claustro del monasterio encontré reunidas a las monjas con algunas mujeres; todas ellas gritando y manoteando.

Se volvieron hacia mí y sus rostros me dijeron que se trataba de una gran desgracia. Entre ellas estaba Columba, con la cara desquiciada, apoyándose en su bastón, vencida y temblorosa.

—¡Nos roban a nuestros mártires! —exclamó con voz rota.

Le arrojé una mirada de perplejidad y ella añadió:

—¡Han venido a llevarse las santas reliquias!

—¿Quiénes? —pregunté angustiada.

—Los tuyos, los de la Gallaecia.

Luego estalló en sollozos. Y el resto de las mujeres se pusieron a gritar y a gemir:

—¡Los santos mártires! ¡Nuestras sagradas reliquias! ¡Dios no lo permita!

Corrí en dirección a la puerta con el corazón oprimido, temiéndome lo peor. Salí a lo alto del atrio y me asomé por encima del pretil que daba a la plazuela donde estaba la iglesia de los Tres Santos. Se hallaba congregada allí una gran multitud que se agitaba furiosa y vociferante; se veía venir a la gente, apresurada, por los callejones adyacentes, y me sobrecogí al ver hombres de aspecto rudo que llevaban en alto palos, horcas y azadones, de manera amenazadora, y clérigos con manifiesta indignación que crispaban los dedos por encima de las cabezas. Unos y otros gritaban a voz en cuello:

—¡Las reliquias! ¡Los mártires! ¡Nuestros santos! ¡Impediremos que los roben! ¡A por ellos!…

Descendí por las gradas y me adentré en la muchedumbre, insensatamente, para buscar a los responsables del tumulto; y enseguida me di cuenta del verdadero peligro que anidaba entre aquella masa irracional cuando alguien empezó a gritar:

—¡Mirad! ¡Mirad, es su reina! ¡A por ella…!

Todas las miradas se clavaron en mí, feroces, llenas de rencor. Me rodeaban aquellas caras hoscas, cercándome por todos lados. Confundida, temerosa, no supe qué hacer. Y entonces decenas de manos, como duros garfios, me agarraron por los brazos y por el hábito. Forcejeé, protesté tratando de zafarme, pero era inútil; me arrastraban rugiendo a mi alrededor.

—¡Ella es su reina! ¡Ella es la culpable! ¡Llevémosla ante nuestros jefes! ¡Maldita! ¡Ladrona! ¡Llevémosla ante las autoridades!

Un momento después estaba ante la puerta de la iglesia, sintiendo los fuertes empujones en la espalda; y me vi arrojada a los pies de los magnates mozárabes: el obispo, los jueces y sacerdotes, que me traspasaban con sus ojos severos e inquietantes.

El obispo de Córdoba avanzó hacia mí; un hombre anciano de largas barbas canosas, que me señalaba con un dedo acusador inquiriendo:

—¿Por qué, dómina? ¿Por qué esta injusticia? ¿Por qué esta maldad? ¿Por qué nos hacéis esto?

Acongojada y con una inquietud que me tenía paralizada, solo pude murmurar:

—No sé nada…, no sé nada…

Se había hecho un gran silencio en derredor, en el que sentía todas aquellas

miradas exigentes y agraviadas.

—¿Por qué habéis venido? —repetía el obispo—. ¡Habla de una vez! ¿Por qué nos robáis a nuestros santos mártires?

Estas preguntas, reprobatorias y desafiantes, me herían profundamente. Nada comprendía de lo que me estaba pasando y no acertaba a explicarme. Así que me cubrí el rostro con las manos y me eché a llorar angustiada.

En ese instante se oyó la voz de Columba, fuerte y llena de autoridad, que gritaba:

—¡Por el amor de Dios, dejadla en paz! ¡Estáis cometiendo una grandísima injusticia! ¡Ella no sabe nada! ¡Ella no es culpable!

Alcé la mirada y la vi allí, encarándose con las potestades, y sentí un alivio inmenso al tener aquella inesperada abogada de mi parte. Entonces me puse de pie y busqué protección entre las monjas que venían acompañándola.

—¡Creedme! —supliqué—. ¡Creed lo que dice Columba! ¡Nada sé de lo que sucede! ¡Y os ruego que me digáis lo que ha pasado!

La multitud empezó a gritar de nuevo, agitándose, y temí que volvieran a echarme mano. Pero los magnates pidieron calma y silencio para que el obispo pudiese tomar otra vez la palabra. Y él, con su dedo largo y seco, señaló ahora la puerta de la iglesia diciendo con dolor:

—¡Mirad! ¡Las puertas de los Tres Santos están cerradas! Dentro se han refugiado los prelados y los condes de vuestra embajada… ¡Mirad! Esta madrugada, antes de que amaneciera, los tuyos vinieron como ladrones, amparándose en la oscuridad, para profanar nuestro santo templo; para abrir los sepulcros y llevarse las reliquias de nuestros mártires. Cuando fuimos advertidos por los guardianes de la puerta de lo que trataban de hacer, vinimos apresuradamente para impedirlo; pero nos rechazaron de mala manera, violentamente, a empujones… La gente entonces acudió en masa, ¡toda esta gente cristiana de Córdoba!, con el fin de evitar tamaño sacrilegio… Y ellos, esos ladrones, viendo que éramos muchos y que les superábamos con creces en número, cerraron las puertas. ¡Mirad! Ahí dentro están los vuestros encerrados… ¡Oh, Dios sabe qué barbaridades estarán haciendo con los huesos de nuestros santos!

—¡Echemos la puerta abajo! —gritó alguien entre el gentío.

Y otras voces contestaron:

—¡Eso, echemos la puerta abajo! ¡Entremos y démosles su merecido! ¡A por ellos!

—¡Quietos! —gritó el obispo—. ¡Este lugar es sagrado! ¡Si ellos son unos endiablados sacrílegos, dejémosles que paguen ellos por su pecado! ¡Pero no violentemos nosotros las puertas de la casa de Dios!

Yo asistía a todo aquello estupefacta e inmóvil, cada vez más convencida de que quien estaba detrás no era otro que don Julián de Palencia. Y en un instante determinado avancé con decisión hacia el obispo de Córdoba, rogándole:

—¡Dejadme hablar, por Dios bendito! Ya os he dicho que nada tengo que ver con lo que sucede ahí. Dadme la oportunidad de hacer algo…

Los magnates intercambiaron entre ellos miradas sorprendidas e incrédulas. Pero el obispo tuvo misericordia y otorgó:

—Habla, dómina. Declara todo lo que sabes.

Temblorosa, empujada por la desesperación, dije:

—Soy una mujer consagrada a Dios y bien sabéis que no puedo mentir. Os suplico que deis crédito a mi palabra de abadesa y de reina. No sé nada de lo que ha sucedido, ya lo he manifestado; no sé quienes son los hombres que han entrado en la iglesia ni cuáles sus propósitos. Pero creo adivinar que se está produciendo un grave malentendido. Nadie en nuestra embajada ha pretendido nunca llevarse las reliquias de vuestros mártires. Solo queríamos, sí fuera posible, reclamar los restos de san Paio. Pero nunca obtenerlos por la fuerza.

El obispo agitó la cabeza con vehemencia y replicó:

—¿Por qué vinieron entonces amparándose en la oscuridad? ¿Y por qué se han encerrado?

—No lo sé —respondí—. Dios es testigo de que no sé el motivo. Ni siquiera tenía idea de que fueran a venir.

—¡No puedo creerlo! —contestó el obispo muy excitado—, ¡no puedo creerlo! Es vuestra gente…

Entonces Columba no pudo quedarse callada y terció en mi favor gritando:

—¡Pues creedme a mí, que nada tengo que ver! Yo he estado con la reina Goto en todo momento. Ella dormía plácidamente en nuestro monasterio, ajena a lo que sucedía de madrugada en la iglesia, y el escándalo de las voces la despertó…

Estando en esta porfía, se presentó de improvisó el ministro Musa aben Rakayis, que venía deprisa, abriéndose paso entre la gente como podía, seguido por sus secretarios y por Didaca.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamé—. ¡Ministro, ved qué desastre!

Fui hacia él y le conté lo que estaba pasando, ante las atentas miradas de la muchedumbre.

Dejó escapar un suspiro y, con el rostro desencajado, dijo:

—¡Ha sido don Julián. ¡Maldito impaciente!

Detrás del ministro llegó el cadí de la ciudad con otros prohombres sarracenos y numerosos guardias armados. El obispo y los magnates mozárabes les explicaron detalladamente qué había sucedido, enojados, desesperados, reclamando justicia.

El cadí se quedó circunspecto, con aire ensombrecido. Luego señaló hacia la iglesia y sentenció:

—Hay que derribar esa puerta inmediatamente. Nadie tiene derecho a venir a usurpar con violencia nada de lo que se custodia en esta ciudad.

La gente al oír estas palabras empezó a aplaudir y a lanzar albórbolas de satisfacción.

—¡Eso, echad la puerta abajo! ¡Defendednos! ¡Dadles su merecido a esos infames!

—¡No! —gritó el obispo alzando las manos—. ¡Por Dios, no! ¡Esas puertas tienen más de dos siglos! ¡Nadie debe violentarlas!

El gentío entonces empezó a porfiar sobre si deberían derribarse las puertas o hacer caso al obispo. Pero este los hizo callar con un gesto de su mano y añadió:

—Antes de hacer un desatino peor aún, intentemos que entren en razón esos salvajes.

—¡Bien dicho! —exclamé yo—. Os ruego que nos permitáis al ministro Musa y a mí hablar con ellos. Dejadnos que lo solucionemos entre nosotros.

El cadí meditó y luego dijo:

—Sea. Que todo el mundo guarde absoluto silencio. Llamemos a la puerta y esperemos a ver qué contestan.

Así se hizo. La gente se calló obediente, se esperó durante un rato y, cuando el ambiente estuvo calmado, se dieron fuertes golpes en la puerta.

Nadie contestó de momento. Todos allí nos mirábamos impacientes. Se volvió a llamar y luego Musa exhortó a voz en cuello:

—¡Abrid, don Julián, por todos los santos! ¡Estamos aquí aguardando para solucionar esto de una vez!

Pasó otro rato e, inesperadamente, la puerta se abrió de par en par. Aparecieron detrás del arco, en la penumbra del interior, el obispo de Palencia, el conde Fruela y varios caballeros; todos pertrechados con sus armaduras, mostrando las espadas en las manos, amenazantes. No me pude aguantar y corrí hacia ellos, conteniendo las lágrimas, suplicando:

—¡Por Dios, qué habéis hecho! ¡Qué locura es esta! ¿No os dais cuenta del lío que habéis formado? ¡Menudo desatino! Acabarán encarcelándoos…

Don Julián me miró con severidad y contestó en tono de advertencia:

—¡Que a nadie se le ocurra ponernos la mano encima, dómina! Hemos venido a por lo que nos pertenece y estamos dispuestos a morir por ello.

—¡Virgen Santísima! —exclamé—. No había necesidad…

—El califa nos dio permiso —replicó él—. Vos misma sois testigo de ello. Cuando nos recibió en Medina Azahara, dijo que podíamos llevarnos los huesos a la Gallaecia.

—Oh, no, no, no… —supliqué—. No había necesidad de forzar las cosas de esta manera. Soltad esas armas y entrad en razón. Podemos hablar como hermanos… No hemos venido a Córdoba para hacer violencia. Dejadme entrar y hablemos como Dios manda.

Ellos intentaron oponerse con su actitud desafiante, pero yo avancé y entré para echarme de rodillas a sus pies.

—¡Hablemos! —insistí—. ¡Entremos en razón! Hagamos esto de la mejor manera.

Me dejaron pasar y cerraron las puertas detrás de mí. Sentí entonces que mis lágrimas pugnaban por salir y me abstuve por el momento de decir nada más, pues me rendiría al llanto que había decidido contener. Entonces habló el conde Fruela:

—Dómina —dijo a modo de excusa—, debéis comprender que no nos ha quedado más remedio… Vinimos con la intención de reclamar las reliquias, amparándonos en el permiso que nos dio el califa; pero esta gente cristiana de Córdoba empezó a dar gritos, tratando de echarnos de aquí. Enloquecieron suponiendo que abriríamos los sepulcros para robar los restos de todos los santos. ¡Un disparate! ¿De dónde han sacado eso?

—¡Oh, Dios, Dios, Dios…! —exclamé echándome al fin a llorar—. ¿Por qué, por qué, por qué…?

El obispo de Palencia intervino entonces, diciendo:

—Toda la culpa es del ministro Musa. Si hubiera actuado con decisión desde el principio, no habríamos llegado a este punto…

Me encaré con él y le grité, llena de determinación:

—¡Callaos, por el amor de Dios! ¡No empecemos! Ahora lo único que procede es solucionar este embrollo. ¡Dejadme a mí!

En ese instante volvieron a golpear fuertemente la puerta los de fuera.

—¿Veis? —dije—. Se impacientan. Si no nos apresuramos, echaran abajo la puerta.

—¡Pues que la echen! —contestó don Julián—. No les tenemos miedo. Las reliquias del santo muchacho nos pertenecen.

—¿Os habéis vuelto loco? —protesté—. ¡Vamos, soltad ahora mismo esas armas y salid de la iglesia!

Se miraron entre ellos, dudando. Pero el obispo de Palencia, muy seguro de que los demás harían todo lo que les mandase, repuso:

—Nadie saldrá de aquí sin que antes nos entreguen las reliquias de san Paio.

—Está bien —dije, agotada—. Saldré yo y veré qué puede hacerse.

Afuera me encontré con los rostros severos y anhelantes de los que estaban esperando. Hablé con el obispo, con el cadí y con los magnates y les juré que todos los sepulcros de los mártires estaban intactos. Gracias a Dios me creyeron y se tranquilizaron bastante. Entonces, aprovechando la situación, les expuse las exigencias de los de dentro.

—¡Nada de eso! —contestó el obispo—. Ni un solo hueso de nuestros mártires saldrá de Córdoba.

Al oír esta negativa, terció el cadí:

—El califa ha ordenado que se les entreguen a los embajadores solo los restos del muchacho gallego. No podéis desobedecer a nuestro amo Al Nasir o tendréis que comparecer ante los jueces.

El anciano obispo permaneció hierático, perplejo y dubitativo; mientras, reinaba el silencio y la tristeza entre todos los presentes durante un largo rato, y el cadí, haciéndose consciente de lo que pasaba a su alrededor, añadió:

—Lo importante ahora es que esos embajadores salgan de la iglesia pacíficamente y retorne la tranquilidad al barrio. Mis guardias se encargarán de que no se produzca ningún altercado más.

El obispo reflexionó con tristeza y desolación, luego sentenció:

—Hágase como dices. Pero que ninguno de los que entraron de mala manera en el templo toque siquiera una sola de las tumbas. Nosotros abriremos el túmulo de san Paio y les entregaremos los sagrados huesos.

Al oírle decir aquello, la multitud se agitó en torno; algunas mujeres se llevaron las manos a la cabeza y empezaron a gemir, pero nadie osó replicar ni enfrentarse a la autoridad del obispo.

Entonces entré yo en la iglesia y le comuniqué a los de dentro la decisión que se había tomado. A lo que don Julián contestó:

—Muy bien. Pues que vengan y saquen las reliquias cuanto antes.

—No —repuse—. La gente está ansiosa y desesperada. Temo que pueda formarse un tumulto. Mejor será que salgáis todos y regreséis a vuestras fondas. Así verán que habéis acatado la decisión del cadí. Después, cuando todo esté mas tranquilo, yo me encargaré de que el obispo haga cumplir lo mandado.

Esta propuesta les pareció a todos adecuada y convincente, a juzgar por la aprobación que encontré en sus rostros, y don Julián, al fin conforme, manifestó:

—Está bien. Pero exijo que se haga todo con la mayor presteza, sin más dilaciones ni titubeos. Mañana, antes del amanecer, vendremos a la puerta para recoger las reliquias. A continuación, emprenderemos el viaje de regreso a León. Nada nos retiene aquí ya, excepto cumplir con ese sagrado menester.

—Confiad en mí —dije, llevándome la mano al pecho—. Me encargaré de que todo se haga delante de mis ojos. Y mañana partiremos…

62

La crónica de Justo Hebencio

El rey Radamiro —por no llamarlo ya más «caballero Bermudo»— nos recibió en el palacio del obispo Hermenegildo. Estaba él revestido con los signos de su poder: manto de armiño, diadema de oro y cetro. Nos atendió de pie al entrar, sin distancias, con aparente cordialidad. A simple vista, a pesar de la parafernalia, me pareció un simple muchacho disfrazado para una función teatral. Pero su inicial sonrisa desenfadada, pronto se fue disipando; sobre todo, después de que uno de sus alféreces alzara la voz para ordenarnos:

—¡Postraos ante el serenísimo y cristianísimo rey, embajadores de Abderramán de Córdoba!

Obedecimos sin titubear, comprendiendo que la cercanía cedía ante los formalismos de la negociación. Y nos hicieron permanecer de hinojos durante un largo rato, mientras un chambelán proclamaba los títulos del monarca:

—Estáis, dignísimos señores, en presencia de nuestro serenísimo y cristianísimo señor, *magnus basileus* del *Regnum Imperium Legionensis.*

Con esta solemne proclama, la ineludible soberbia del poder hacía su aparición en la escena. Y Radamiro, como el buen actor que había demostrado sobradamente que era, se entregaba a ella con la naturalidad que otorga la costumbre. A partir de ese momento empezó a ejercer de rey; su rostro se tornó serio y pareció esfumarse definitivamente la personalidad de Bermudo. Con lo que terminamos de darnos cuenta de que se había entregado a ese papel en cuerpo y alma, pero también de que el juego se había acabado. Con todo, en sus ojos asomaba un brillo irónico y, en cierto modo, divertido, que traslucía su regocijo interior por haber conseguido engañarnos. Y, sin dejar de mirarnos, aquel rey vigoroso se sentó con poderío en el trono que descansaba sobre un estrado.

Cuando se nos dio permiso para acercarnos a él, Hasday ben Saprut avanzó por delante, tranquilo y digno, hasta el centro del salón, que no era demasiado grande. Al fondo había un diván cubierto con una mullida tela azul, situado frente al trono. El rey giró la cabeza hacia ese lado y luego hizo un gesto con la mano indicándole que debía sentarse. El judío hizo lo mandado y permaneció sentado, con la espalda recta, pendiente de Radamiro. Los demás miembros de la embajada nos quedamos a veinte pasos, de pie, sin perder ripio de lo que sucedía.

Siguió un rato de silencio, que duró hasta que el chambelán que se ocupaba del ceremonial empezó a proclamar con voz cantarina una larga serie de salutaciones y fórmulas de pura cortesía. Después se descorrió un cortinaje rojo en un lateral y

entraron tres ministros del rey, en perfecto orden, y se situaron a la izquierda del trono, bajo el estrado, mirando hacia Hasday. Cada uno de ellos pronunció un discurso breve; pero los tres versaron sobre lo mismo: manifestar la rotunda oposición del rey y todo su Consejo a considerarse vasallos del califa, a toda sujeción a Córdoba y al pago de parias o tributos de cualquier clase o género que fueran.

Hasday escuchó muy atento estas declaraciones, sin pestañear, grave y con dignidad. Luego esperó por si tenía que hablar alguien más y, viendo que los discursos se habían acabado, consideró que podía tomar la palabra. Se puso de pie y, dirigiéndose a los ministros, dijo:

—Antes de nada, queremos manifestar nuestro mayor respeto, consideración y sinceros deseos de paz al serenísimo rey Bermudo…

Y miró de reojo a Radamiro, observando el efecto que le causaba este saludo, para, a continuación, rectificar levemente irónico:

—¡Oh, pido disculpas! He querido decir «serenísimo rey Radamiro».

El rey no pudo ignorar que aquello lo había dicho intencionadamente y sonrió con visible asomo de suspicacia en el rostro, pero permaneció en silencio.

—Señor —prosiguió Hasday muy serio—, nuestra estancia durante dos largos meses en vuestro reino nos ha proporcionado una inestimable oportunidad para apreciar que tanto los nobles como el pueblo llano aman y siguen a su rey todos a una… Ciertamente, no hay fisuras que dividan a las gentes de vuestros dominios ni sombras que entorpezcan el liderazgo que ejercéis, como un guía o como un padre de todos… No hemos necesitado hablar personalmente con el rey para comprobar que todo el reino está unido y con él.

Esto último lo dijo con cierto tono irónico, y volvió a mirar de reojo hacia Radamiro mientras hacía silencio para dejarle meditar. Luego añadió:

—Igualmente, en Córdoba y todo el al-Ándalus la gente musulmana, cristiana o hebrea ama y sigue a su califa sin titubear. Todo el imperio del grande y glorioso Abderramán al Nasir, desde Onoba a Levante, desde Cádiz a Malaca y desde Isvilia a Zaragoza está unido, sin fisuras ni sombras… Somos muy conscientes pues de que dos grandes poderes, dos enormes reinos, están en lid, mirándose, como dos toros se enfrentan el uno al otro, dispuestos a embestirse. Y en medio, entre León y Córdoba, se extiende la oscura Tierra de Nadie… Nosotros hemos viajado desde el sur para venir hasta aquí y hemos recorrido los caminos que unen estas posesiones vuestras con las nuestras; en todas partes hemos encontrado ciudades, pueblos y aldeas, calzadas, labrantíos, prados, mieses, bosques, ganados… En todas partes, menos en una, en aquella Tierra de Nadie: donde todo está arrasado, quemado, desierto y baldío… ¡Qué lástima!

El rey ya no pudo aguantar más y se puso de pie diciendo con aire despechado:

—Eso, ¡qué lástima! ¿Y quién tiene la culpa? ¿Nosotros…? Esa Tierra de Nadie,

agostada y triste, en efecto se extiende sombría y abandonada, con sus bosques quemados y todas sus antiguas ciudades, pueblos y aldeas en ruinas. Es lamentable ver tantos campos que antaño fueran fértiles a merced de los bandidos y de las fieras silvestres… Pero, repito, ¿quién tiene la culpa? Vuestro califa no debe olvidar que cada primavera, año tras año, sus tropas traspasan las fronteras y hacen aceifas crueles en nuestros dominios.

—Señor —replicó Hasday con calma—. Esos dominios que mencionáis fueron usurpados a los emires de al-Ándalus.

—¡Vaya! —exclamó Radamiro, alzando el tono de voz—. ¿Y antes de los emires de al-Ándalus quién los poseía en propiedad? ¿No eran de nuestros antepasados? ¿Quién usurpó a quién? ¿Quién usurpó primero?

Los intermediarios y las fórmulas del ceremonial habían dejado de funcionar. Hasday y Radamiro hablaban ya frente a frente. Al fin y al cabo, estaban acostumbrados a hacerlo, puesto que habían compartido incontables conversaciones durante el tiempo que el rey apareció ante nosotros bajo la engañosa apariencia de Bermudo. Durante aquellas comidas y tertulias, cada uno de ellos había manifestado con libertad y cordialidad sus pareceres. Solo quedaba saber ahora si Radamiro había sido sincero cuando simulaba llamarse Bermudo o si, muy al contrario, fingía para sonsacar, como en el fondo sospechábamos.

Pero Hasday ben Saprut era suficientemente hábil e inteligente como para no ser capaz de reconducir la situación. Así que no se alteró lo más mínimo; permaneció en silencio, con serenidad, sosteniendo la dura mirada del rey. Y este, dejándose dominar por su enfado, acabó diciendo:

—¿Te das cuenta, Hasday? ¿Te das cuenta de que yo necesitaba urdir esa artimaña? Tanto tú como esos prelados cristianos que han venido contigo os debéis a la obediencia a vuestro único amo, Abderramán al Nasir. Esto no es otra cosa que un juego de intereses, y por eso yo debía conocer bien vuestras verdaderas intenciones.

Hasday suspiró hondamente y luego se volvió hacia nosotros:

—Habladle vosotros —nos dijo—, y convencedle de que no tenía ninguna necesidad de urdir ese engaño. Porque, ciertamente, debemos obediencia al califa de Córdoba y por mandato suyo hemos venido hasta aquí; pero no tenemos nada que ocultar…

Y dicho esto, se giró de nuevo guiñando un ojo en dirección a Radamiro, para añadir sonriendo con picardía:

—Si no os habéis dado cuenta vos de eso después de tantas conversaciones, de poco os ha servido el enredo…

El rey soltó una carcajada, pero en sus ojos apareció el desconcierto:

—Me he dado cuenta de todo lo que debía darme cuenta —afirmó—. En ningún momento he dicho que desconfíe de vosotros; únicamente que, a fin de cuentas,

haréis lo que pueda beneficiar más a Al Nasir.

—¡Naturalmente! —contestó con aplomo Hasday—. ¿No hemos venido a eso? ¿Qué esperabais? Pero no traemos intenciones ocultas… Durante dos meses hemos hablado vos y yo como verdaderos amigos, sin que yo adivinara que ese caballero llamado Bermudo erais vos. ¿Dónde estaban pues ocultas nuestras intenciones…?

—La finalidad de la treta no era otra que la de hacer relucir la verdad —repuso Radamiro.

Hasday se señaló a sí mismo, como diciendo: «Aquí me tienes». Luego sonrió ampliamente y dijo:

—Me habéis engañado, Radamiro, lo habéis conseguido… Entonces, ¿a qué viene esta discusión absurda y este empeño en no intentar el logro de un acuerdo? ¿No podemos hablar dejando de lado todo lo que nos separa? En efecto, unos usurparon las tierras antes que otros; todos usurparon… Por desgracia, siempre hubo invasiones. Pero lo que sucedió en el pasado ya es inevitable… Insisto: ¿podemos dejar todo eso de lado y hablar como si fuerais de nuevo Bermudo?

Al oír esto, Radamiro dio un respingo e hizo un gesto espontáneo de arrogancia; pero luego recapacitó, se esforzó para sonreír y contestó:

—Estoy de acuerdo. Puedes empezar tú. ¿Qué tienes que decir?

El judío se quedó pensativo, mirándolo durante un rato, quizás sorprendido por aquella inesperada reacción del monarca. En sus ojos apareció una sombra de duda y estuvo reconcentrado durante un rato, como si escogiera concienzudamente sus palabras.

Entonces el rey lo invitó a sentarse en el diván, y después de que lo hiciera se sentó también él en su trono, diciéndole:

—Estoy esperando para oírte.

Hasday suspiró de forma audible, como si lo que fuera a pronunciar lo hiciera a su pesar, se llevó la mano al pecho y dijo:

—Seré completamente sincero, el Eterno me castigue si no lo soy. Y lo que voy a decirte quizá no debiera decírtelo… No obstante, considero que será la única forma de llegar a un acuerdo —tragó saliva y prosiguió—: Tú, rey Radamiro, venciste en el barranco de Alhándega, eso es indiscutible. Aquella circunstancia resultó un doloroso golpe para nuestro califa Al Nasir, que verdaderamente no se lo esperaba. Allí perdió sus apreciados libros del Corán y otras pertenencias de gran valor; y allí fue hecho cautivo su querido amigo y siervo Muhamad al Tuyibí, señor de Zaragoza. Eso te coloca en una buena posición para negociar. Por eso hemos venido; bien lo sabes…, mejor que nadie, puesto que enviaste emisarios a Córdoba para solicitar conversaciones.

A esta declaración siguió un silencio, en el que todos allí respiramos con tranquilidad, después de la tensión pasada; y el rey sonrió lleno de satisfacción,

paseando la mirada por los rostros de sus ministros. Luego, con aire de suficiencia, afirmó:

—Veo que podemos llegar a entendernos. Y bien, ¿qué me ofrece Abderramán?

—El asunto es sencillo —respondió Hasday—. Devolved los libros del Corán y conceded la libertad al emir de Zaragoza; el resto del botín podéis quedároslo. Y a cambio, mi señor Al Nasir os otorga un tratado de paz duradero.

Radamiro se echó hacia atrás, pegando la espalda al respaldo del trono, y alzó la mirada a lo alto, como dándole gracias a Dios. Pero seguidamente hizo un esfuerzo por ocultar sus sentimientos y, arrojando una mirada severa sobre Hasday, contestó:

—El asunto es sencillo, muy bien. Pero yo exijo una condición más para llegar al acuerdo. Esta es que primeramente regrese la embajada que mandé a Córdoba y sepa yo por su testimonio cuál es la actitud de Abderramán hacia mí, la manera en que ha tratado a mis legados y las verdaderas intenciones que ha manifestado al recibirlos. Porque creo que es justo lo que pido, en un auténtico pacto de reciprocidad; ya que anteriormente, cuando partieron los embajadores, fue Al Nasir quien impuso sus condiciones y exigió la presencia de mis enviados en Córdoba antes de despachar a los suyos.

Hasday movió la cabeza negando y repuso:

—Eso alargará una vez más la negociación…

—No —contestó con tranquilidad el rey—. Porque esta misma mañana ha llegado a Santiago un veloz correo para comunicarme que mis embajadores salieron ya de Córdoba y deben de ir al día de hoy atravesando los montes de la frontera.

Dos semanas más permanecimos en Compostela, aguardando la llegada de los legados que regresaban de Córdoba. Durante este tiempo, las relaciones con el rey Radamiro y su gente no pudieron resultar más amistosas. Nos trataron con delicadeza y honor; nos cubrieron de presentes y nos proporcionaron la dicha de ir a contemplar el extremo del mundo, en la costa que llaman Finisterrae.

Hay allí un promontorio de pura roca elevado sobre el pavoroso océano, que rompe violentamente en olas cuajadas de espuma. Desde aquel lugar inquietante vimos ponerse el sol en el horizonte, en la infinita lejanía que se pierde en la nada que había antes de que Dios creara el orbe. No puede evitarse el estremecimiento al contemplar el astro precipitándose vertiginosamente en las aguas; y hasta se llega a sentir que estas hierven en contacto con la inextinguible llamarada que alumbra el universo.

De esta manera, mi señor Asbag aben Nabil, culminamos nuestra misión y nuestra peregrinación. Hoy, pasado el tiempo, recuerdo todo aquello emocionado. Porque no hay esfuerzo en este mundo, por abnegado y loable que sea, más hermoso que buscar la paz.

Así quedó sellado por cantos de ángeles hace ahora mil años al proclamarse la Buena Noticia, cuando se abrió el cielo para anunciarles a las gentes sencillas que la gloria empieza cuando hay paz entre los hombres de buena voluntad. ¿Y qué son mil años? ¡Nada! Bien lo sabéis vos en la hondura de vuestra gran sabiduría; porque un milenio es solo un tiempo que se halla entre este tiempo de los hombres y la eternidad; un ayer que pasó, una sombra que se va. Ya que cuanto nos rodea es pasajero y esta vida supone solo un camino por el que transitamos mientras todo se va quedando atrás…

63

El viaje de la reina Goto

El camino de regreso hacia el norte se hizo rápido en extremo, sin las paradas y dilaciones de la ida a Córdoba. Radamiro envió uno de sus veloces correos y nos apremió, porque estaba impaciente y quería saber cuanto antes lo que había manifestado el califa y los términos precisos del pacto que ofreció en la recepción de Medina Azahara. Debíamos llegar pues a la Gallaecia antes de que los legados de al-Ándalus emprendieran su retorno. Y nuestro viaje, no obstante el cansancio por la premura, fue dichoso, esperanzado; nuestros embajadores parecían volver plenamente satisfechos y despreocupados. Todos menos yo, por los motivos que a continuación referiré.

Estaban en primer lugar felices el ministro Musa aben Rakayis y la dama Didaca. ¿Cómo no iban a estarlo si ambos habían descubierto el amor? Resultó que don Julián tuvo razón en sus sospechas. Pues el amorío se confirmó y el asunto ya no se pudo disimular más. Claramente, solo tenían miradas el uno para el otro y el mundo entero parecía haber desaparecido a su alrededor. Con esta circunstancia tan evidente a los ojos de todos, el resto de los viajeros encontraron un terreno abonado para la guasa. Aunque ellos no se daban cuenta, ¡tan arrobados estaban! El ministro parecía otra persona: había dejado atrás su carácter retraído, su circunspección y toda su cordura; cabalgaba ensimismado, con una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos embobados pendientes tan solo de su dama. Y esta cabalgaba a su vez siempre a unos diez pasos de él, por delante, volviendo el rostro a cada momento para dirigirle a su amado delicadas sonrisas y miradas centelleantes.

El obispo de Palencia, por su parte, disfrutaba maliciosamente por haberse salido con la suya al descubrir aquella debilidad tan humana en su rival, y no desaprovechaba ninguna ocasión haciendo chistes y chanzas a costa de los tortolitos, para de esta manera acabar de socavar la autoridad de Musa.

Esto propició que yo, que sufría por ver que ellos no se percataban, me decidiera a intervenir, temiendo a la vez que el chismorreo pudiera llegar a León antes que nosotros y estropear el prestigio de la embajada con un asunto que, a fin de cuentas, era tan menor y natural.

Así que, en unos llanos donde el camino discurría cómodamente recto, me puse al lado de Didaca y le hablé con franqueza. Ella se asustó mucho al principio, palideció y se quedó muda. Luego se echó a llorar y acabó reconociéndolo. Le dije:

—¿Y qué hay de malo en ello? ¿Por qué ocultarlo? Eres una mujer viuda, todavía joven. ¿Acaso eres la única en el mundo que encuentra la posibilidad de contraer

segundas nupcias?

—Él no quiere hacerlo público —contestó compungida—. El ministro teme que lo nuestro estropee el éxito que ha conseguido en esta misión.

—Entonces, ¿no quiere casarse?

—Sí. Pero esperaremos a llegar a León. Musa quiere antes de nada presentarse al rey y rendirle cuentas de la embajada. Dómina, ¡no sabes qué feliz se siente! Ese pacto que ha logrado con el califa asegurará una paz indefinida en las fronteras. ¿Te das cuenta? Los reinos cristianos podrán prosperar al fin, sin que cada primavera y cada verano aparezca la amenaza de los mauros. ¡Nunca se ha conseguido un éxito semejante! Y todo… todo eso gracias a él…

Dijo esto último con mirada soñadora, completamente embelesada, como suele sucederle a quienes están enamorados y no ven más allá de la persona amada.

Yo sonreí compresiva, y repuse:

—Bueno, Didaca. En esta misión han intervenido muchas personas. Y no se puede olvidar a todos aquellos que lucharon en Simancas y vencieron en el barranco. Digamos mejor que el éxito ha sido de todos.

Se puso seria de repente, me miró con suspicacia y replicó:

—Sí, sí, sí…, dómina. Pero ahí tienes al obispo don Julián; si se le hubiera dejado, lo habría echado todo a perder…

Volví la mirada hacia atrás, temiendo que alguien pudiera estar escuchando y, viendo que nos seguían de lejos, le contesté conciliadora:

—No vamos a discutir tú y yo ahora por eso. ¡Bastante se ha discutido ya en este viaje! Solo quiero decirte una cosa: todos los miembros de la embajada son muy conscientes de lo vuestro… Seguir ocultándolo es un error. ¿Qué hay de malo en que un hombre y una mujer se amen siendo libres? La gente es muy comprensiva con esas cosas…

Hizo un mohín de disgusto y respondió:

—Él tiene pudor… ¡Es superior a sus fuerzas! Hablad vos con él…

—¿Me das pues permiso?

—Sí, naturalmente. Me haréis un gran favor… Convenced vos al ministro. Dios os lo pagará.

Hablé con Musa aben Rakayis esa misma tarde. Como era de esperar, me costó mucho abordar la cuestión, por su carácter reservado y su vergüenza. Pero acabó comprendiendo que negar la evidencia suponía un error.

Y por la noche, en torno al fuego donde se compartió la cena, anunció que tenía previsto solicitar a nuestra llegada el permiso del rey para contraer nupcias con la dama Didaca. Hubo albórbolas y brindis, sobre todo porque el enamorado pagó las viandas y todo el vino que se bebió. En medio de la dicha por el éxito de la embajada, cualquier motivo era bueno para hacer una fiesta.

Por la mañana me tocó hablar con el conde Fruela Gutiérrez. También él se sentía dichoso, por los mismos motivos que los demás, y porque llevaba consigo media docena de halcones sacres que había adquirido en Córdoba, donde se pueden encontrar, según es sabido por quienes entienden de eso, las mejores aves de altanería del mundo.

—¡Nunca imaginé que Córdoba iba a gustarme tanto! —me dijo emocionado—. Si no fuera porque es la capital del enemigo… Si no fuera por eso, ¡qué ciudad tan maravillosa!

—Bueno —repuse—. Gracias a Dios, con el pacto que se ha logrado, ahora vendrá al fin la paz con todos sus frutos; los sagrados bienes que propicia…. ¿Verdad que aquella Córdoba, antes feroz y distante, ahora no la vemos tan lejana?

—Claro que no, dómina. Nuestro rey estará contento. En Simancas se ganó lo que nunca antes pudo siquiera soñarse.

—¡Bendita sea la paz! —exclamé—. Las mujeres lo celebrarán más que nadie, por tener por fin a su lado a sus padres, esposos, hermanos e hijos… ¡Alabado sea Dios!

Me miró guiñando un ojo, y replicó con ironía:

—¡Qué aburrimiento! ¿Y qué haremos los caballeros ahora, todo el día en casa, mano sobre mano, a merced de las mujeres…?

—¡No digáis eso ni en broma! —rugí.

Prosiguió el camino, por aquellos paisajes tan hermosos, siguiendo la vieja vía romana que servía de calzada a tantos peregrinos y cruzaba los montes, más allá de la Tierra de Nadie. Íbamos deprisa. Hasta los lacayos montaban en buenos caballos árabes, regalo del rey agareno; resistentes monturas que debían llevarnos velozmente a nuestro destino. En las alforjas colmadas de las mulas y en los carros llevaban los viajeros toda suerte de rico género: paños, plata, gemas, cerámica fina, especias, incienso… Porque era verdad aquello que decían de Córdoba: que en ella se hallaba el postrimero de los mercados del Oriente, el más lejano, el que reunía los mejores productos del mundo.

Subimos por eso al paso, fatigosamente, las cuestas que escalaban las sierras. El estío vestía los altos de bellos tonos y en el cielo azul aparecían nubes blancas como el mármol. Pronto empezó a correr el céfiro serrano que refrescaba la cara y anunciaba la proximidad del norte, mientras se divisaba abajo en la distancia un espacio inmenso de bosques, loma tras loma, monte tras monte.

Cuando tomamos la vía militar empedrada, supimos que León estaba ya cerca. Entonces el obispo de Palencia se adelantó hasta donde yo cabalga y se puso con su yegua ágil a mi lado.

—Dómina —dijo—. El camino se acaba y nuestra misión concluye. Hay que dar muchas gracias a Dios, ¿no os parece?

—Sí, muchas, muchas gracias sean dadas —contesté con prudencia—. Todo ha salido muy bien.

—Demasiado bien para lo que se esperaba —observó—. Hemos logrado que el demonio sarraceno firme la paz; se ha quedado conforme, halagado y muy seguro de que le devolverán sus dichosos libros de herejías mahométicas… Encima nos ha colmado de regalos y atenciones. Y mirad todo lo que llevamos después de haber hecho nuestras buenas compras en los mercados de Córdoba. ¡Menudo negocio!

—Lo mejor de todo es la paz —dije—. Nada puede compararse a eso.

—Sí, claro que sí. Pero vos y yo tenemos, además, un motivo más para sentirnos dichosos y darle gracias a Dios especialmente: ¡las reliquias! ¡Las sagradas reliquias de san Paio! ¡Es maravilloso! Cuando lleguemos por fin a León esta misma tarde, la feliz noticia será como la guinda encima del pastel. La gente de Gallaecia será feliz al poder venerar por fin al santo muchacho, después de tantos largos años de espera…

—Ya se le venera con muchísima devoción en todas partes —repuse—. En realidad, Paio no dejó nunca de estar con nosotros…

—Por supuesto. Pero siempre será mucho mejor mantener toda esa devoción en torno a las reliquias teniéndolas cerca. Ahora el rey, según hizo voto, construirá un gran monasterio donde albergarlas y a buen seguro acudirán miles de peregrinos. En fin, todo como debe ser.

Lo miré y asentí con un movimiento de cabeza, sin decir nada. Entonces él añadió muy seguro de sí:

—Por cierto, dómina, antes de que lleguemos a León yo debo manifestar algo; algo que considero de extrema justicia y que deberá solventarse antes de entrar en la ciudad, para evitar complicaciones…

—Bien —contesté—. ¿De qué se trata?

Él se puso extremadamente serio, se irguió sobre su montura y me temí lo peor, a sabiendas de lo exigente que era.

—Antes de emprender este viaje —dijo—, el rey me prometió que, si conseguíamos las sagradas reliquias, podría yo llevarme alguno de los huesos a Palencia. Estoy construyendo ya la iglesia mayor donde pondré la sede de mi episcopado. Me vendrá muy bien presentarme ante mis fieles con ese regalo… Así que tendremos que abrir la urna y sacar el hueso…

—Hágase todo como manda el rey —asentí, enteramente dispuesta a no porfiar con él.

—Perfecto, no esperaba menos de vos —dijo muy satisfecho—. Debéis comprender que si se abriera la arqueta que contienen las reliquias en León todo el mundo reclamaría una parte… Y no consentirían que yo me llevara mi hueso… ¡Menudo problema!

—Tenéis razón —otorgué—. Antes de entrar, os daré lo que solicitáis.

Dos leguas antes de llegar a León, nos detuvimos según lo acordado en una ermita que había a un lado del camino, donde brotaba una fuente bajo un bosquecillo de tilos. Descabalgamos todos y entramos en la pequeña nave, austera, que estaba en penumbra merced a la única luz que penetraba por un ventanuco abierto en el ábside.

Los rostros estaban transidos de emoción y el silencio y el respeto eran enormes; puestos todos los ojos en la arqueta de plata repujada que fue depositada delante del altar.

A petición mía, se entonó entonces el cántico de Isaías:

Así dice el Señor, creador del cielo
—Él es el único Dios—,
Él modeló la tierra,
la fabricó y la afianzó,
no la creó vacía,
sino que la formó habitable…

Luego, con sumo cuidado para no deteriorar la arqueta, que era muy delicada y hermosa, se fueron sacando uno por uno los clavos que la aseguraban, hasta que pudiera abrirse. Entonces yo me aproximé y levanté la tapa.

Los que se hallaban alrededor no pudieron aguantar más el deseo de ver los huesos santos; don Julián el primero. Así que miraron dentro, e inmediatamente todos los ojos se giraron hacia mí, llenos de perplejidad.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó con un vozarrón el obispo de Palencia, encarándose directamente conmigo.

De la misma manera, los demás estuvieron pendientes de mí, desconcertados.

Entonces me acerqué a la arqueta, metí la mano dentro y volví a sacarla con el puño cerrado.

—Acercad la palma de vuestra mano —le pedí a don Julián—, para que os dé lo que os corresponde por derecho.

Él, confundido, alargó la mano mirándome con desconfianza y gravedad.

—Aquí tenéis —le dije, haciendo como si le hiciera entrega de algo—. Aquí os doy esta reliquia: un poco de nada; de esa misma nada que había antes de que Dios creara el mundo… Esa maravillosa nada de donde se creó prodigiosamente cuanto hay: el cielo infinito, el sol, la luna, las estrellas, el día y la noche…, y este mundo inmenso y maravilloso en el que vivimos, nos movemos y existimos. De esta nada invisible hizo el Padre bueno a Adán y Eva; hizo a nuestros antepasados, por generaciones y generaciones; hizo a nuestros amados progenitores que nos dieron el ser…; nos hizo a todos nosotros; os hizo a vos, don Julián… Y, con inmenso amor, de

esta nada creó el Dios a nuestro bello y querido Paio… Aquí tenéis pues el origen de todo, en esta nada, en esta inesperada reliquia que tenéis en vuestra mano… ¿Qué más podéis pedir?

El obispo se miró la palma, dio un salto hacia atrás y gritó enfurecido:

—¡Qué suerte de farsa es esta! ¿Me tomáis por idiota? ¿Habéis urdido toda esta fantasía engañosa para quedaros con las reliquias?

—No —negué—. ¡Nada de eso! Las reliquias están donde deben estar, en su sitio, en Córdoba.

Todos me miraron, aturdidos, y con sus ojos me exhortaron a que diera una explicación.

—Soy muy consciente de lo que he hecho —añadí—. Pero debéis comprender que no podía obrar de otra manera sin causar un mal mayor… Si se hubiera violentado a la fuerza aquel túmulo donde Paio reposa desde su martirio, nuestros hermanos cristianos de Córdoba habrían sufrido un gran dolor; nunca lo hubieran aceptado ni entendido… ¿No os dais cuenta?

—Pero… —repuso el conde Fruela—. El califa dijo que…

—¡Sí, el califa lo dijo! —le salí al paso—. ¿Y qué? ¿Acaso debiera ser finalmente el califa quién decidiera lo que debía o no hacerse con los restos del muchacho? ¡Cuando fue él y solo él quien lo asesinó cruelmente…! ¡Por Dios, razonad! ¡Hice lo que debía hacer!

Don Julián entonces se encaró conmigo, lleno de ira, gritando:

—¡El rey os pedirá cuentas! ¡Dios os pedirá cuentas!

Dicho esto, salió de la ermita, montó en su yegua y se marchó seguido de su gente, sin despedirse.

Nunca más volvió don Julián a dirigirme la palabra desde entonces, hasta el día de hoy, que sigue rencoroso sin hablarme.

Venerable Gemondo, muy querido hermano mío en el Señor, ya expresé mis sentimientos cuando tú y yo hablamos al termino de mi viaje y fui a verte a San Pedro de Rocas. Te conté todo esto que ahora escribo, cuando todavía, por la proximidad de los hechos, no sabía yo si había obrado bien o mal. Llovía ese día pausadamente y el pequeño monasterio tenía un aura especial, húmeda y encantadora, como siempre…Y tú te reíste entonces, porque te hizo mucha gracia lo que te referí acerca de aquella nada que le entregué a don Julián. Pero luego, más serio y con esa serenidad tan tuya, hablaste con palabras semejantes a estas:

«Obraste sabiamente, hermana mía, y debes sentirlo así, porque lo que hiciste brotó directamente de tu conciencia. Creo que Dios mismo te dictó al corazón la solución de todo aquel embrollo. Porque en tu forma de actuar, más que otra cosa, veo humildad… Y toda humildad viene de Dios. Ya que, aunque esta rara virtud a

veces se disfraza como pobreza o incluso indigencia, es algo mucho más profundo. La palabra “humildad” viene de la raíz latina *humilis*, que a su vez deriva de *humus*, que significa sencillamente “tierra”. ¿Te das cuenta? “Humilde” quiere decir “inclinado a la tierra”; es decir, reconocer que todo, absolutamente todo, cuanto somos y tenemos, lo que amamos y el amor que recibimos, ¡todo!, viene de la tierra y a ella vuelve… Entonces, ¿qué más da aquí o allá, este sitio o el otro? Todo está lejos y, al mismo tiempo, próximo a nosotros… La tierra es tierra y nada más; espacio entre el presente y la eternidad… De la tierra venimos y a ella retornamos… Hiciste muy bien en recordarle al presuntuoso y fanático don Julián aquello de donde todo procede y a donde todo vuelve…

»¡Líbrenos Dios de toda soberbia y fanatismo!; de la falsa religión que se impone a los demás por la fuerza; de los llamados “piadosos”, que basan su fe en rígidos e insoportables principios y obligaciones para perpetuar su poder, para retener bajo sus pies a los sencillos… Así nacen tantas guerras y conflictos, ya sea amparándose en la religión o en las inestables ideas de los hombres…

»Cuando no somos más que eso: nada. Pero qué difícil resulta ser verdaderamente humildes… Dios es el único que puede enseñarnos, hablándonos en su silencio, en su preciosa nada, directamente al corazón… Porque Él es el único que puede mostrarnos nuestras propias debilidades y maldades; nuestra incapacidad ante situaciones difíciles y peligrosas; nuestros errores y fracasos…

»Y solo seremos medianamente humildes, bien lo sabes tú, hermana mía, cuando seamos capaces de reconocer con sinceridad que nada, absolutamente nada, tenemos por nosotros mismos, ni por herencia, ni por sabiduría, ni por regalo, ni por experiencia, ni siquiera por puro amor…Vivamos pues felices, como seres agradecidos y siempre en deuda…»

Nota histórica

1. La Gallaecia

Desde los primeros años de presencia romana en Hispania, se establecieron dos provincias: la Citerior [cercana], al norte y este, y la Ulterior [lejana], al sur y al oeste peninsular. Pero el sometimiento a los romanos de los galaicos, astures y cántabros fue tardío debido a la fuerte resistencia que opusieron estos pueblos del área atlántica. Ya en el año 27 a. C., tras la conquista efectiva de la mayor parte de la Península, Augusto divide Hispania en tres provincias, llamadas Baetica, Lusitania y Tarraconensis. Tres ciudades encabezaban los tres *conventus* o subprovincias romanas en el extremo noroccidental: Lucus Augusti (Lugo), Bracara Augusta (Braga) y Asturica Augusta (Astorga), que con la reforma de Diocleciano del año 298 quedarían unificados bajo una única provincia segregada de la Tarraconensis: la Gallaecia.

Tras la conquista musulmana de la península ibérica en el 711 y la disolución del reino visigodo, este amplio territorio quedó convertido en espacio fronterizo y fue escenario durante la segunda mitad del siglo VIII de la expansión del reino de Asturias en tiempos de Alfonso I en oposición al dominio de los omeyas, conformando una entidad política propia conocida durante varios siglos como «reino de Gallaecia».

2. El rey de Gallaecia Sancho Ordóñez y la reina Goto Núñez

Sancho Ordóñez (895-929) fue rey de Galicia, aunque subordinado al rey de León, desde el año 926 hasta su muerte. Era hijo del rey Ordoño II de León y de la reina Elvira Menéndez. A la muerte de su padre en el año 924, su tío Fruela II el Leproso ocupó el trono leonés, pero murió apenas un año después, siendo sucedido por su hijo Alfonso Froilaz, que inició un enfrentamiento con sus primos, los hijos del difunto Ordoño II de León. En el año 926, con la ayuda del rey Sancho Garcés I de Navarra, estos consiguieron expulsar a Alfonso Froilaz del trono y lo obligaron a refugiarse primero en Galicia y posteriormente en Asturias.

Sancho Ordóñez, a quien por su condición de hijo primogénito correspondía la corona, renunció en favor del mediano, Alfonso, quien fue coronado como Alfonso IV de León. Los tres hermanos se repartieron el reino de León, correspondiéndole a Sancho el reino de Galicia, que se extendía desde la costa cantábrica hasta el río Miño; al menor de los hermanos, el infante Ramiro, le correspondió el territorio portocalense, con capital en Viseo. Tanto Sancho como Ramiro gobernaron de manera subordinada a Alfonso en su condición de rey de León. Sancho Ordóñez fue

ungido como rey de Galicia por Hermenegildo, obispo de Santiago de Compostela, y durante los tres años que duró su reinado, mantuvo buenas relaciones con su hermano menor, Alfonso IV, como prueba el hecho de que visitara en varias ocasiones el reino de Galicia.

Sancho Ordóñez murió en el año 929 sin dejar descendencia. Recibió sepultura en el monasterio de Castrelo de Miño, municipio gallego localizado en la provincia de Orense. En dicho monasterio profesó como religiosa su viuda, la reina Goto, según se desprende del documento que consigna una donación realizada por el rey Ramiro II de León al monasterio de Castrelo de Miño en el año 947, siendo Goto en esas fechas abadesa del mismo.

El origen de la reina Goto es confuso. Según una genealogía legendaria, Goto Núñez descendería de un don Osorio que acompañó al rey don Pelayo en los inicios de la restauración de España, o de un Osorio Gutiérrez que se halló en la batalla de Clavijo por lo que fue hecho canónigo de León, en el año 844. La rama familiar Osorio tenía la mayor parte de sus bienes en la región gallega de Mondoñedo. A la misma genealogía pertenece el conde Osorio Gutiérrez, celebre personaje de la España medieval del siglo X, fundador del monasterio de San Salvador de Villanueva de Lorenzana (Lugo), donde ingresó como monje en los últimos años de su vida. Sus contemporáneos le consideraron un hombre santo, atribuyéndole diversos milagros que fueron más numerosos después de su muerte, con lo que siempre fue conocido como «el conde santo».

3. El monacato gallego en el siglo x

San Fructuoso de Braga, inspirador de reglas monásticas de clara influencia oriental, fundó varios monasterios partiendo de la *Regula Monachorum*, ocupó la sede de la abadía-obispado de Dumio y llegó a ser nombrado en el 656 arzobispo de Braga. Con su *Regula Communis* propagó por Galicia la fórmula del compromiso por pactos, ya extendido entre los monjes visigóticos, llevando a los monasterios el concepto jerárquico del abad. Los pactos monacales unificaron la vida monacal, como contrato entre monje y abad, o bien entre una comunidad, comprometiéndose a una vida en observancia y obediencia, que perduró hasta que se fue imponiendo la regla de san Benito.

A partir del último tercio del siglo IX, nos encontramos con monasterios de propiedad eclesiástica y monasterios familiares o de tradición hereditaria, como el de San Rosendo en Celanova, cediendo en usufructo comunidades dúplices de monjes y monjas (las comunidades solo de mujeres están menos documentadas). Fueron los siguientes algunos de los monasterios más importantes: Sobrado-Presaras, Paterne, Lorenzana-Conde Osorio Gutiérrez, Xubia, Cambre, Carboeiro…, todos ellos

fundados por familias relevantes, como por ejemplo, Celanova en el año 942. Hasta que fueron prohibidos por la bula papal de Pascual II en 1103. Y todos acabarán por convertirse en casas fundadoras de otras reglas; Lourenzá pasará a los benedictinos, Sobrado será donado al Císter y Celanova se sumará al modelo benedictino.

Existe documentación de la existencia del monasterio de Rivas de Sil desde el siglo X, aunque los indicios apuntan a que fue fundado por san Martín Dumiense entre los años 550 y 555. Su etapa de esplendor se inicia en el siglo X, bajo la autoridad del abad Franquila. Este abad recibió un traje de piel regalo de la reina doña Goto en memoria de su difunto esposo, Sancho Ordóñez. Una noticia de la época cuenta que una tarde el rey muerto se le presentó a la viuda para que viese a los demonios castigándole por los pecados que había cometido. La reina rezó y ayunó cuarenta días, tras los cuales recibió de nuevo la visita de su difunto esposo, libre ya de los demonios con una túnica blanca y el traje de piel regalado a Franquila. Al intentar abrazarlo solo pudo atrapar un trozo del traje que llevó al monasterio y comprobó que coincidía con un roto aparecido recientemente en el traje. Puede que relatos de este tipo fuesen los que atrajesen a nueve obispos durante este siglo y el posterior, presencia reflejada en el escudo del monasterio donde figuran las nueve mitras.

El antiguo monasterio de San Pedro de Rocas (Orense) pertenece en sus comienzos a la tradición eremítica extendida por los escondidos parajes de la Ribera Sacra. Se cree que el origen del monasterio se remonta al siglo VI, por una lápida con inscripción en la que figuran los nombres de siete varones que se refugiaron en él para consagrarse a la vida monástica. La inscripción está fechada en el año 573, lo cual supone una prueba de la existencia de la vida cenobítica en Galicia con anterioridad a los monasterios mozárabes y a los fundados por san Fructuoso.

El primitivo monasterio del siglo VI desapareció, quedando abandonada su iglesia, hasta que a comienzos del X, un caballero gallego llamado Gemondo o Gemondus descubre el lugar por casualidad durante una cacería, abandonado y escondido en la maleza. Impresionado, se retira en él para hacer vida de oración y penitencia, rehabilitándolo y convirtiéndose en su primer abad. A Gemondo se le unen otros monjes más y se crea una pequeña comunidad. San Pedro de Rocas será después muy favorecido por los monarcas, que lo dotan de grandes donaciones que son confirmadas por Alfonso V, a las que siguieron las de otros reyes como Alfonso VII, Fernando IV y Enrique III.

Hoy constituye un lugar de extraordinario encanto y apreciable espiritualidad, perdido en los bosques, entre peñedos, con su pequeña iglesia levantada en la pura roca.

4. El reino de León

Muerto el rey Alfonso III el Magno, el reino de Asturias quedó repartido entre sus hijos: García I recibió León, Álava y Castilla; Ordoño II, Galicia; y Fruela II, Asturias. Al morir García I en 914 sin descendientes, Ordoño II se trasladó a León, donde fue aclamado rey de León y de Galicia, y trasladaría definitivamente la capital y el solio real desde Oviedo a León, con lo que se crea un nuevo reino. En todas las crónicas y escritos musulmanes, este reino será conocido como Yilliqiyya (Galicia o Gallaecia).

El reino de León comenzaría pronto su expansión por el Duero y el Sistema Central hasta la actual Extremadura (*Extremodouri* o extremo del Duero), pero la falta de repobladores hace que los amplios territorios más allá de la frontera sean una «tierra de nadie». Durante el reinado de Ramiro II se producen enfrentamientos internos que causarán que el conde Fernán González separe en 929 el condado de Castilla del reino de León, originando un proceso que culminará en el posterior reino de Castilla.

5. El rey Ramiro II de León

Ramiro II de León, llamado el Grande, nació en León el año 898, llegando a ser coronado como el sexto rey de León entre 931 y 951. Hijo de Ordoño II, a la muerte de este, y tras ayudar a su hermano Alfonso a ocupar el trono (Alfonso IV de León) deponiendo a su primo Alfonso Froilaz, hijo de su tío Fruela II, se hizo con el dominio del norte de Portugal (926), al que añadió el de Galicia cuando murió su hermano Sancho (segundo rey de Galicia) en 929.

Ramiro II fue el monarca leonés más temido por los musulmanes. Se le apodó el Diablo porque llevó el reino a su máxima extensión territorial, llegando a conquistar Madrid y a poner sitio a Talavera de la Reina. Su figura histórica es una de las más destacadas e interesantes de toda la Edad Media. Se nos presenta en las crónicas siempre bajo el signo de un incesante quehacer. Según la *Historia Silense*, compartía el mismo rasgo que había caracterizado a Ordoño II, su padre: *labori nescius cedere*, es decir, «no sabía descansar». Ramiro II fue un hombre de una profunda religiosidad, que quedó puesta de manifiesto en documento de 21 de febrero de 934, con ocasión de confirmar a la sede compostelana los privilegios otorgados por sus predecesores:

> *De qué modo el amor de Dios y de su santo Apóstol me abrasa el pecho es preciso pregonarlo a plena voz ante todo el pueblo católico.*

El último acto público de su vida fue su abdicación voluntaria del trono la tarde del día 5 de enero de 951, en León, cuando debía de contar unos cincuenta y tres años. Considerándose próximo a la muerte, rogó que lo trasladaran a la iglesia de San Salvador, contigua al palacio, y en presencia de todos se despojó de sus vestiduras y vertió sobre su cabeza la ceniza ritual, uniendo en el mismo acto la renuncia solemne al trono y la práctica de la penitencia pública *in extremis,* con la misma fórmula que ideara san Isidoro de Sevilla. Falleció ese mismo mes, reinando ya su hijo Ordoño III de León.

6. La batalla de Simancas

En el año 939 el califa Abderramán III decidió aplicar a los cristianos del reino de León un castigo definitivo y ejemplar para vengar los ataques de Ramiro II contra Madrid, Zaragoza y otras plazas al sur del Duero y de Extremadura.

Se llamó a la guerra santa, la yihad, desde los minaretes del califato y del norte de África. Miles de hombres acudieron para alistarse en el ejército y aportar dinero, comida, armas, caballos con los que combatir a los infieles del norte. El califa juntó un descomunal ejército de casi cien mil hombres, formado por mercenarios andalusíes, militares profesionales, soldados de las provincias militarizadas (*yunds*), tribus beréberes, destacamentos de las marcas y un buen número de voluntarios. Como era costumbre antes de partir, tuvo lugar el alarde o revista de todo el ejército concentrado, antes de que saliese el sol.

Y las tropas, formando una enorme mesnada y una imponente cabalgata, partieron de la capital en dirección a Toledo el sábado 29 de junio, después de que se hubieran incorporado al alarde los *ribaties* o voluntarios norteafricanos y los de las provincias venidos de todo el al-Ándalus. Y desde ese día, el califa ordenó que diariamente se entonara en la mezquita mayor de Córdoba la oración de campaña, incluyendo una acción de gracias por lo que suponía iba a ser un éxito total sobre los infieles.

El primer objetivo de Abderramán III era Zamora, la ciudad reconquistada por Alfonso III en 901, que por su posición era la marca de protección del reino cristiano y el punto de partida para la reconquista en el Duero. Porque si Zamora se ganaba, los cristianos perderían sus esfuerzos repobladores del último medio siglo. Y debía empezarse por la fortaleza de Simancas, que era la plaza más fuerte de todo el Duero medio.

Las crónicas, tanto árabes como cristianas, señalan que hubo un eclipse de sol unos días antes de la batalla. Según Kitab ar Rawd:

> *Encontrándose el ejército cerca de Simancas, hubo un espantoso eclipse de sol, que en medio del día cubrió la tierra de*

una amarillez oscura y llenó de terror a los nuestros y a los infieles, que tampoco habían visto en su vida cosa semejante. Dos días pasaron sin que unos y otros hicieran movimiento alguno.

Manuel Bachiller, en *Antigüedades de Simancas,* dice:

El sol padeció terrible eclipse, en el día en el que en España Abderramán, rey de los sarracenos, fue vencido en una batalla por el cristianísimo rey Ramiro.

Una breve noticia del año 956 de un monje del monasterio de Saint Gall en los Alpes bávaros, al escribir sobre el descalabro musulmán de Simancas, atribuye erróneamente la victoria a la reina Toda de Navarra:

Un eclipse de sol se produjo alrededor de la hora tercia del día 19 de julio, en el año cuarto del rey Otón, viernes, luna 29. El mismo día, en la región de Galicia, un ejército innumerable de sarracenos fue casi aniquilado, menos su rey y cuarenta y nueve guerreros suyos, por cierta reina llamada Toda.

Basándose en este dato, el eclipse previo a los días de batalla sucedió el 19 de julio del 939. Porque, aunque se ha perdido parte del texto con el mes y el día del acontecimiento y se ha leído o reconstruido mal el día de la semana, podemos calcular indirectamente la fecha. Y además es muy posible que este eclipse del 19 de julio sea el fundamento real de la prodigiosa noticia recogida en el *Cronicón Burgense*:

El año 939, el sábado 1 de junio, hacia las tres de la tarde salió del mar una llama que abrasó muchas villas y ciudades y hombres y bestias; y en el mismo mar incendió muchas embarcaciones y en Zamora un barrio, y muchas villas en Carrión, en Castrogeriz, en Burgos, en Briviesca, en Calzada, en Pancorbo y en Buradón y en otras muchas villas.

Los mismos hechos extraordinarios se describen los *Annales Compostellani* y el llamado *Cronicón de Cardeña*, ya del siglo XIV, precisando únicamente que fueron cien las casas incendiadas en Burgos, y sustituyendo Buradón por Belorado.

El viernes 2 de agosto las huestes califales dieron comienzo al asalto de la fortaleza de Portillo, a unos veintitrés kilómetros de Simancas. El rey Ramiro y su ejército se encontraban en actitud de espera tras el río Pisuerga. Pero el califa envió por delante a Muhamad ibn Hashim al Tuyibí, señor de Zaragoza, con un destacamento de caballería que logró cruzar el río, encontrando al enemigo congregado en la llanura que hay entre la ciudad y la orilla. Allí se trabó el primer combate y los cristianos acabaron prefiriendo replegarse al amparo de los muros de la fortaleza.

Los *Anales castellanos primeros* datan la llegada del ejército cordobés con su califa a las cercanías de Simancas:

> *Después del eclipse, a los 19 días, que fue el martes 6 de agosto, el día que los cristianos celebran la festividad de los santos Justo y Pastor, llegaron los cordobeses a Simancas con su nefandísimo rey Abd al Rahman y todo su ejército y clavaron allí sus tiendas.*

Los mismos *Anales* especifican que las huestes musulmanas:

> *Encontraron allí al rey Ramiro con sus condes, a saber Fernán González y Asur Fernández, que se habían reunido con él acompañados de sus huestes, y a otras muchas unidades de combatientes.*

Abd al Rahman clavó su tienda sobre un elevado montículo, desde donde podía contemplar su ejército y dirigir los movimientos. Muhamad ibn Hashim al Tuyibí, señor de Zaragoza, que salió inicialmente al frente de la caballería, ocupando la vanguardia. Pero inesperadamente, en medio del combate, cayó de su montura sin que los suyos se dieran cuenta, y al no poder recuperar ya el caballo fue apresado por los cristianos. En los mencionados *Anales castellanos primeros* el suceso se narra así:

> *Con la ayuda de Dios [los cristianos] se lanzaron contra los moros matando con la espada a casi tres mil o más de ellos; allí fue apresado el moro Abayahia [Abu Yahya].*

Se trataba de una pérdida significativa para el ejército de Abd al Rahman, pero que no mermaba sustancialmente la inmensa fuerza del ejército califal, así que los combates prosiguieron junto a la fortaleza durante el jueves 8 y el viernes 9 de agosto.

En el parte enviado a Córdoba por uno de los secretarios del califa se narra de esta manera:

> *[…] al tercer día de acampada, el califa ordenó al jefe del ejército atacarles de mañana, cuando había recibido refuerzo de los confines de Pamplona, Álava, al-Qila y gentes de Castillas, además de los infieles de Coimbra, pues con ellos había toda clase de cristianos. Dio, pues, la llamada a los musulmanes para salir bajo sus estandartes…, con lo que los musulmanes llevaban la mejor parte de la refriega, que fue muy violenta, como si la muerte solo se cebara en los nobles y condes infieles, de los que cayeron el conde de Gormaz, el sobrino del puerco, el hijo de Fernando y el decano y patrono de la cristiandad, el hijo de Ramiro, con muchos otros valientes caballeros, concluyendo la lucha en su derrota…; y los musulmanes se retiraron victoriosos y a salvo del encuentro, pernoctando con la mayor tranquilidad.*

Esta concentración de las huestes del reino leonés nos da una idea de la importancia que se dio a la defensa de Simancas. Y la batalla continuará el viernes 9 de agosto, como queda reflejado en el mismo parte oficial:

> *Los enemigos de Allah, creyéndolos cansados de lucha, y habiendo recibido nuevos refuerzos, se pusieron en marcha, con las cruces por delante, saliendo jinetes y peones y lanzando su caballería ligera contra la parte más inmediata del ejército, mas los musulmanes se les abalanzaron como fieros leones, repitiendo la gesta y combatiendo con las espadas hasta terminar el lance con muchas bajas entre sus principales, que hubieron de lamentar, volviéndose y retirándose, humillados por Dios, que los golpeó e hizo valer poco su número, haciendo que los musulmanes parecieran más a su vista…*

Isa ibn Ahmad al Razi resume así los dos días que ambos ejércitos combatieron a las puertas de Simancas:

> *El ejército pasó a las puertas de Simancas el día siguiente, miércoles, y presentó combate en la mañana que siguió a la noche del jueves, quedando 11 de swaal [8 agosto], en un violentísimo encuentro, y nuevamente el viernes, siguiente día,*

encontrando los musulmanes gran entereza, pues aunque en un momento fueron rotas las líneas cristianas, se rehicieron y los rechazaron en vergonzosa desbandada, con enormes pérdidas.

Habiendo comprobado la firmeza del ejército cristiano y las poderosas defensas de Simancas, el califa temió que se alargara la guerra y faltaran los bastimentos, prefiriendo regresar hacia el sur, para presentar lo que en realidad había sido un resultado en tablas como una gran victoria. En definitiva, una retirada estratégica en busca de nuevos objetivos, como refleja el parte oficial:

El califa, sus tropas, reclutas y personas de experiencia y honor seguían atacando y reduciendo a los enemigos de Dios cuando se les iban acabando el grano y los pertrechos, habiendo ya alcanzado su objetivo extremo de humillar a los infieles, ocupándoles el campo, mientras su tirano se refugiaba en un alto monte, en cuya cima esperaba librarse, por lo que ordenó partir, redoblando la atención y el número para protección de la retaguardia del ejército, puesto que esperaba que los infieles salieran en su rastro, y empezó la marcha, sin que los enemigos de Dios se atrevieran a observar el paso del ejército sino desde lejos y desde las alturas, mientras él recorría su país lentamente…

La versión cristiana de los hechos es mucho más resumida, según el texto de la *Crónica Silense*:

A continuación Abd al Rahman, rey de Córdoba, vino con gran ejército a Simancas. Sabedor de esto nuestro católico rey dispuso acudir al mismo lugar también con gran ejército, y habiéndose enfrentado allí el Señor dio la victoria al rey católico el lunes 5 de agosto, víspera de las fiestas de los santos Justo y Pastor; fueron eliminados ochenta mil enemigos. También fue apresado allí por los nuestros Abohahia [Abu Yahya Muhamad ibn Hashim al Tuyibí], rey agareno, conducido a León fue recluido en un calabozo; porque había mentido a nuestro rey fue apresado por justo juicio de Dios.

Los supervivientes, tomando el camino se dieron a la fuga, persiguiéndolos nuestro rey, hasta que llegaron a la ciudad llamada Alhándega, donde fueron alcanzados y exterminados por

los nuestros.

Como se ve, las fuentes musulmanas y cristianas están de acuerdo en lo sucedido en torno a Simancas en lo esencial, con las naturales exageraciones interesadas de una y otra parte. El segundo combate, desastroso para la hueste califal, tuvo lugar, según la crónica árabe, en Al Jandaq, que puede traducirse como «foso, zanja o barranco».

Por el tomo V de *Al Muqtabis*, conocemos la ruta seguida por el califa en su retirada siguiendo el alto Duero y la localización del desastre de Alhándega o Al Jandaq en un barranco de las tierras sorianas.

El mismo parte oficial remitido a Córdoba nos describe la marcha del ejército después de abandonar Simancas:

> *[…] hasta alejarse hacia el nahr Duyayra [río Duero] y llegar a su campo del hisn Mamls [castillo de Mamblas], lo cual fue unido a la devastación [sufrida] por su población. Pues no dejó, en Yallikiyya castillo que no destruyese, ni medio de vida que narrarse, hasta llegar a la maldinat Rawda [ciudad de Roa] cuyas moradas estaban abandonas. Se dedicó a destruirla, así como al hisn Rbyls [castillo de Rubiales] durante dos días que se les hicieron, a los enemigos de Allah, más largos que dos años, ya que trastocaron su prosperidad, destrozaron sus moradas y talaron sus árboles.*

No sabemos si durante el trayecto hacia Atienza hubo enfrentamientos entre ambos ejércitos. Pero la gran batalla, que se convertirá en un auténtico desastre para Abd al Rahman, tendrá lugar más adelante, en la misma jornada, saliendo de la comarca del río Aza. Los *Anales castellanos primeros* dan la fecha del combate con una total exactitud:

> *[…] el 21 de agosto, a los dieciséis días de la prisión de Abu Yahya [Muhamad ibn Hashim al Tuyibí], cuando proseguían los moros su fuga (o retirada) y trataban de salir de la tierra de los cristianos, le salieron estos al encuentro en el lugar llamado Leocaput y el río de nombre Verbera, siendo allí dispersados, muertos y despojados en gran número.*

Al Muqtabis lo cuenta así:

[…] y en la retirada el enemigo los empujó hacia un profundo barranco, que dio nombre al encuentro [Alhándega], del que no pudieron escapar, despeñándose muchos y pisoteándose de puro hacinamiento: el califa, que se vio forzado a entrar allí con ellos, consiguió pasar con sus soldados, abandonando su real y su contenido, del que se apoderó el enemigo…

Abd al Rahman «escapó semivivo», de puro milagro, dejando en poder de los cristianos su precioso ejemplar del Corán, venido de Oriente, con sus valiosas guardas y su maravillosa encuadernación en doce tomos, y hasta su cota de malla, tejida con hilos de oro, que por el repentino e inesperado ataque no le dio tiempo a vestir. Dice la crónica que del campamento mahometano «trajeron los cristianos muchas riquezas con las que medraron Galicia, Castilla y Álava, así como Pamplona y su rey García Sánchez».

La gran victoria permitió avanzar la frontera leonesa del Duero al Tormes, repoblando lugares como Ledesma, Salamanca, Peñaranda de Bracamonte, Sepúlveda y Guadramiro.

7. Consecuencias de la batalla de Simancas

El califa Abd al Rahman regresaba después de la derrota profundamente afectado por el fracaso de su campaña del Poder Supremo, que supuso además un gran número de pérdidas humanas y materiales. El viaje fue lento, pesaroso, y con largas paradas de descanso. Y mientras toda Córdoba esperaba ansiosa para poder festejar lo que se creía que había sido una gran victoria musulmana.

En el *Muqtabis*, V, se detalla que a su llegada a la capital califal, el día 14 de septiembre, el califa encontró ya crucificado por orden suya al traidor Fortún ibn Muhamad, en una puerta de la alcazaba. Su lengua había sido cortada. El califa detuvo su caballo ante el condenado para insultarle y recriminar su traición. Y Fortún, en su cruz, movía la mandíbula emitiendo sonidos ininteligibles en un desesperado intento de responder a Abderramán; pero, sin poder articular palabra, llegó a juntar sangre y saliva suficientes para escupirle y casi estuvo a punto de alcanzar al califa. La animosidad del desgraciado militar asombró a los presentes y Abderramán, ofendido, ordenó alancearlo y rematarlo al instante.

Trece días después de aquello, con ocasión de la celebración de una fiesta religiosa, Abderramán preparó un alarde con su ejército junto a la puerta de Azuda, frente a una terraza recientemente construida como ampliación del palacio desde donde el califa presidiría la concentración de las tropas. Antes de comenzar el alarde, fueron preparadas diez cruces bajo el edificio. Y en presencia de todo el ejército y de

numeroso público, la guardia personal del califa sacó de la formación a diez de los oficiales que habían identificado entre los que huyeron en la batalla para su crucifixión inmediata. Las súplicas de socorro y perdón resultaron inútiles. Mientras comenzaban a ser crucificados, los condenados recordaban a gritos las hazañas protagonizadas en otras ocasiones al servicio del califa. Pero no hubo perdón.

La multitud que había asistido a celebrar un festejo contempló horrorizada el inesperado espectáculo. El califa pronunció luego un breve discurso en el que advertía de las consecuencias de la cobardía. Y a continuación ordenó alancear a los crucificados y se retiró de la terraza.

Un testigo presencial dejó así escrito su recuerdo:

> *[…] perdido el sentido ante el horror que veían mis ojos me senté en el suelo, recogí mis vestidos y los puse junto al saco en el que llevaba los objetos propios de mi profesión para comerciar en la feria que se celebraría con motivo de la fiesta. Cuando me recuperé y quise levantarme, advertí que un ladrón carente de sentimientos me había robado el saco. Fue un día terrible que dejó espantada a la gente durante algún tiempo.*

Tras la desastrosa campaña del Poder Supremo, Abderramán III no volvió a salir a guerrear personalmente con su ejército. Desde entonces permaneció ya siempre en las inmediaciones de Córdoba, entregado a engrandecer su capital y especialmente Medina Azahara. No obstante, encargó a sus generales que no dieran tregua a los cristianos. Las instrucciones se siguieron de inmediato y pronto comenzaron a llegar a Córdoba los partes enviados por los cadíes de las plazas fronterizas. En noviembre se había realizado ya una primera incursión en Coca (Segovia), y el éxito de la aceifa fue hecho público en las lecturas de todas las mezquitas del califato, para mitigar los efectos del fracaso de la campaña de la Omnipotencia.

Las incursiones fronterizas ordenadas por el califa se consideraban prácticamente inevitables; pero el rey Ramiro, tal vez aconsejado por sus ministros, quiso evitar una guerra a gran escala y decidió enviar a Córdoba emisarios para solicitar un intercambio de embajadores. Y los mensajeros se dirigieron primeramente a uno de los cadíes que estuvo al frente del ejército en Simancas, Najda ben Husayn, el cual los recibió y se puso en contacto con Abderramán para decidir qué debía hacerse.

En Córdoba la petición de intercambio de embajadas no cayó del todo mal. Se recibió con agrado la iniciativa, sobre todo con la esperanza de recuperar el Corán del califa, y envió un embajador a León durante el verano de 940. Comenzaron así unas conversaciones de paz destinadas a presionar a Ramiro para la aceptación de condiciones más ventajosas para el califato.

Las consecuencias de Simancas en el aspecto de la extensión territorial del reino cristiano se concretaron con las repoblaciones llevadas a cabo tanto en la zona sur de León y las correspondientes en el condado de Castilla. En la zona más occidental, el avance territorial se produjo en la zona del río Tormes, repoblándose su valle y asentándose nuevos pobladores en las antiguas villas de origen romano de Bletisa y Helmántica (Ledesma y Salamanca). Al sur la repoblación avanzó en la zona de Íscar y Olmedo. Los condes de Castilla y Monzón, Fernán González y Asur Fernández, intentaron ampliar sus territorios hacia el Sistema Central con la repoblación de villas como Sepúlveda, Cuéllar y Peñafiel.

8. Las embajadas

Ibn Hayyan nos da su versión de la embajada enviada a León por el califa:

> *Hasday ben Ishaq fue enviado a la corte de León, por ser una persona sin par en su tiempo entre los servidores de los reyes por su cultura, habilidad y sutileza. Hasday fue al tirano Ramiro, lo sondeó, incitó y se lo ganó con halago, hasta hacerse querer extraordinariamente y escuchar de este, que departía con él a menudo en una prolongada permanencia de siete meses y días, pues agradaba a Ramiro escuchar su conversación y se fiaba de él y le hacía caso, sin que Hasday manifestara la angustia que le causaba tan larga estancia y la nostalgia de su patria, sino que, por el contrario, fingía serle ventajoso prolongarla, hasta que logró conocer sus secretos y objetivos y pudo dar un tiro certero en su blanco lejano y difícil, pudiendo tocar el asunto del cautivo, Muhammad ben Hasim, y el remoto objetivo de su liberación, con tan buen resultado que la consiguió prestamente.*

Ramiro II había exigido como negociadores a los obispos cristianos de al-Ándalus. Abderramán aceptó y llegaron a León los prelados andalusíes, Abas ben al Mundir de Sevilla, Yakub aben Mahran de Pechina y Abdalmalik ben Hassan de Elvira, todos ellos acompañados y convenientemente instruidos por algunos sabios monjes. Parece que la presencia en León de los tres obispos, junto con las habilidades del judío Hasday, resultó decisiva, pues antes de tres meses se cerraba finalmente un acuerdo, que debería ratificarse en Córdoba en un acto solemne, del mismo modo que había hecho el rey Ramiro en su capital.

A su vez, a Córdoba partieron en primer lugar los emisarios leoneses

Hermenegildo y Hryz de Zamora. Y unos meses después una gran embajada formada por el ministro Musa aben Rakayis, el obispo Julián de Palencia y algunos destacados prelados y nobles del reino.

El cadí Najda ibn Husayn, que gozaba de la proximidad e intimidad del califa, se mostró receptivo, e hizo llegar al califa la misiva y a su portador Musa aben Rakayis, interesándose ante Al Nasir por este negocio hasta que el califa accedió a comenzar las negociaciones para obtener una tregua. Sin duda, en esta decisión de Abderramán había pesado mucho el deseo de recuperar sus valiosos libros del Corán y obtener la liberación del gobernador de Zaragoza y cabeza de la estirpe de tuyibíes, Muhamad ibn Hashim al Tuyibí, que se hallaba bien custodiado en León.

La segunda ronda de conversaciones tendrá ahora lugar en Córdoba entre el califa y los plenipotenciarios de Ramiro II:

> *Al Nasir se informó de los deseos de los mensajeros de Ramiro acerca de la paz, no aceptó algunas excepciones que hacían a las condiciones e hizo volver a los mensajeros del tirano para dar cumplimiento a su fórmula sobre el particular y concluir la paz, si quería, enviando con ellos a su hombre de confianza Ahmad ibn Yala, para ser observador y corroborador, partiendo todos juntos de vuelta a Yilliqiyya, que Dios destruya, a fines de du l-qada [6 de septiembre 940].*

Al regresar desde León a Córdoba en el mes de octubre, Ahmad ibn Yalab ibn Wahb lo hizo acompañado de una importante delegación compuesta de colaboradores del rey Ramiro, en su mayoría mozárabes, en la que figuraban entre otros Abd Allah ibn Umar, Asad al Abbadi, Said ibn Ubayda al Abbadi, Gitar, además de los dos embajadores del rey leonés, que estuvieron en Córdoba para el asunto de la paz, Musa ibn Rakayis y Aglab ibn Muzahir. Rindieron visita a Al Nasir y se volvieron todos a Ramiro con la excepción de Musa y su secretario Aglab, que quedaron retenidos en Córdoba.

El mejor libro para ir siguiendo con orden y estructura este complejo juego de negociaciones es obra del historiador Gonzalo Martínez Díez: *El condado de Castilla (711-1038): la historia frente a la leyenda* [Madrid, Marcial Pons, 2005]. En él expresa su convicción de que

> *[…] esta numerosa delegación y la comparecencia en Córdoba ante el califa tenía como objeto ratificar formalmente y dar vigencia al acuerdo al que se había llegado en León, para salvar formalmente los tratados de paz o tregua, según las*

doctrinas coránicas, que debían revestir formas de sumisión, no de pactos entre iguales. Pero parece que las exigencias de Ramiro II admitidas en el acuerdo logrado en León no fueron ratificadas en Córdoba.

La crónica musulmana dice:

> *En du l-qada [28 de julio-26 de agosto 941] de este año quedó completa la paz con el tirano Ramiro hijo de Ordoño, a quien Dios maldiga, concluyéndola Al Nasir con la delegación enviada por entonces por Ramiro a su capital, con las cláusulas que al califa plugo imponerle en solemne acto, como había hecho el tirano Ramiro en su propia capital, habiéndose encargado de su delimitación y ratificación el judío Hasday b. Ishaq que estaba es esta.*

La paz suscrita se extendía a todas las comunidades fronterizas entre el reino de León y el de Pamplona, desde Santarem a Huesca, pues Ramiro había tenido gran interés en asociar a la paz a García Sánchez I, rey que regía los destinos de la monarquía pirenaica, y no abandonarlo en manos de Abderramán como único gobernante cristiano que se mantuviera en estado de guerra con el califato cordobés. Y además el rey Ramiro quiso que figurasen en el pacto los condes fronterizos de su reino, comenzando por Fernán González:

> *Todo concluyó excelentemente, poniéndose fin a la guerra entre las dos comunidades desde Santarén a Huesca, pues Ramiro asoció en el tratado al señor de Pamplona, Sancho hijo de García, a Fernán González, conde de Castilla, a los Banú Gómez y Banú Ansur, y otros importantes condes leoneses, figurando en la paz del tirano Ramiro los nombres de los condes alcaides de su nación que fueron testigos: el presbítero Ayyub, Ma.s.r. soldado, D.nyl soldado, Said b. Ubayda, Álvar soldado, …on soldado, Martín soldado, Salmón soldado, el obispo Julián, el juez Abu Said y otros muchos, a todos los cuales alcance Dios con su maldición e ira.*

Por estas fechas recuperó asimismo el califa los libros que completaban el preciado Corán dividido en doceavos perdido en la emboscada del barranco. Hasta entonces, había estado manifestando Abderramán su arrepentimiento por haber

llevado el libro al territorio enemigo en contra de su costumbre y de la ley de guerra, que lo prohibía, y pidiendo perdón a Dios por la falta cometida. El rey Ramiro envió las páginas del libro sagrado junto con otros regalos preciosos y treinta prisioneros musulmanes liberados.

En safar de este año [26 de octubre-23 de noviembre 941] le fue entregado a Al Nasir el Corán perdido en Yilliqiyya en la derrota del barranco, dividido en doceavos y muy estimado por él, siendo grande su quebranto y arrepentimiento porque constantemente pedía perdón a Dios, su creador, por aquella falta y ofrecía cualquier cosa por su rescate. Las más de sus partes le habían sido entregadas, salvo unas pocas que los musulmanes no pudieron hallar en Yilliqiyya, lo que redobló su cuita, siguiendo empeñado en buscarlas y revolver todos los rincones tras ellas, hasta que el tirano Ramiro las halló en un rincón de Yilliqiyya y se las mandó, siendo entonces completa su alegría, tras haber gastado una suma en el rescate de su Corán.

La paz se firmó, y con esta diplomática fórmula se anunció en Córdoba: «En el verano de este año [941] quedó completa la paz con el tirano Ramiro, hijo de Ordoño, a quien Dios maldiga…».

El señor de Zaragoza, Abu Yahya Muhamad ben Hashim al Tuyibí, que tras su captura en la batalla de Simancas había permanecido cautivo en León durante más de dos años, fue liberado tras el pago por parte del califa de un alto rescate y volvió a Córdoba en octubre de 941.

La paz firmada entre León y Córdoba fue efímera. El reino de Pamplona no fue incluido en el pacto, y las hostilidades continuaron en esa zona. Esto llevó a Ramiro a prestar ayuda a su cuñado y aliado García Sánchez, enviando a Tudela en 942, como refuerzo par el ejército del rey navarro, al conde castellano Fernán González al frente de sus huestes. Este hecho hizo que la tregua se considerase rota.

9. El califa Abderramán III

En el 929 el emir de Córdoba Abderramán III toma la decisión de proclamarse califa y emir de los creyentes, títulos que ya habían adoptado los omeyas de Damasco y ahora utilizaban los abasíes de Bagdad y los fatimíes del norte de África. De esta manera rompía los débiles lazos religiosos que aún unían al estado cordobés con el Oriente musulmán. Se inaugura así en la España musulmana una etapa de florecimiento inigualable, que la colocó al nivel de los países más prósperos del momento, y la fama de su capital, Córdoba, llegará a extenderse por todo el mundo.

Según nos cuentan sus cronistas, Abderramán III nació el día 7 de enero del año 891. El nombre de *Abd al-Rahman* significa «siervo de Dios» y se lo pusieron por su antepasado que siglo y medio antes había instaurado en Córdoba el poder de la familia omeya. Su padre, Muhamad, primogénito del emir de al-Ándalus Abd Allah,

murió de forma trágica solo unos días después de su nacimiento, asesinado por su hermano Al Mutarrif. Lo que no se sabe es si fue esa desgraciada circunstancia la que empujó al emir Abd Allah a convertir a Abderramán III en su nieto predilecto cuando aún no había cumplido un mes.

La descripción de Abderramán III que se hace en los textos conservados de aquella época es la siguiente:

> *Era de tez blanca, ojos azul oscuro algo rojizos, rostro atractivo, corpulento. Sus piernas eran cortas, hasta el punto de que su estribo, por esta razón, bajaba apenas un palmo de la silla. Cuando montaba a caballo parecía de talla aventajada; pero a pie resultaba bastante bajo.*

Aun siendo de la estirpe de Arabia, tanto su madre como su abuela eran princesas cristianas del norte, debido a la práctica entre los omeyas de tomar esposas vascas o francas. La madre, llamada Muzna o Muzayna (que significa «lluvia» o «nube»), era una concubina que pasó a ser considerada una *umm walad* o *madre de príncipe* por haber dado a su señor un hijo. Y la abuela, la princesa Oncea, era biznieta de Íñigo Arista; por lo tanto, la reina Toda de Navarra era tía carnal del primer califa. Se sabe fehacientemente que Abderramán III era rubio de ojos azules y que se teñía puntualmente de color negro el cabello, como reflejan abundantes testimonios de los biógrafos árabes.

Lo más significativo de este primer califa cordobés fue la portentosa obra que fue capaz de desarrollar en el transcurso de su largo gobierno. Fue fundador del califato de Córdoba; apoyándose en un ejército poderoso y en una administración eficaz, logró restablecer la autoridad en el conjunto del territorio de al-Ándalus, poniendo fin de esa manera a la descomposición en que se encontraba cuando él comenzó su etapa como emir. Se enfrentó a la influencia ejercida por los fatimíes en el norte de África y a la vez supo mantener a raya a los cristianos del norte de la Península. Su reinado, además, se caracterizó por una indiscutible prosperidad económica de al-Ándalus.

El cronista árabe Ibn al Jatib, en unos laudatorios párrafos dedicados al primer califa cordobés, resumió la obra llevada a cabo por Abderramán III:

> *Pacificó a los rebeldes, edificó palacios, dio ímpetu a la agricultura, inmortalizó antiguas hazañas y monumentos, infligió grandes daños a los infieles, hasta el punto de que no quedó en al-Ándalus ni un solo enemigo o contendiente. Las gentes le obedecieron en masa y desearon vivir con él en paz.*

Es destacable asimismo la manera en que se acrecentó el volumen de las obras públicas y ello dio ocasión al califa para dar a conocer al mundo su gran capacidad creadora. La agricultura, la industria, el comercio y las ciencias florecen con gran esplendor en todo el califato, y los extranjeros que cruzaban por sus caminos al-Ándalus admiraron la abundancia de cultivos, la suntuosidad de los edificios y la comodidad y limpieza de los baños públicos.

No obstante los múltiples elogios de los cronistas, tampoco se le ahorraron críticas, algunas muy severas. Del califa se dijo que, un teniendo grandes virtudes, también adolecía de graves defectos. Fue apasionado por el lujo, la pompa y el boato, lo que propició que fuera censurado públicamente por el cadí Mundir ibn Said al Balluti, porque dejó de cumplir sus deberes religiosos como comendador de los creyentes en la mezquita Aljama tres viernes seguidos cuando dirigía con entusiasmo las obras de Medina Azahara, cuyos muros quiso revestir de oro y plata. Se decía también que abusaba de la bebida y que su fuerte temperamento a veces resultaba temible. En ocasiones disfrutaba azuzando a sus visires y criados unos contra otros, y que cuando se le antojaba algo no le importaba pisotear los derechos de sus súbditos hasta lograr su capricho. Las mismas fuentes árabes se hacen eco de su crueldad más allá de todo límite, dado que llegaba a ser frío y sanguinario. Quiso ver con sus propios ojos la muerte de su hijo sublevado Abd Allah, y lo mandó ejecutar en el salón del trono, en presencia de toda la corte, para escarmiento general. Cuenta Ibn Hayyan que hizo colgar a los hijos de unos negros en la noria de su palacio como si fueran arcaduces hasta que murieron ahogados, y que obligó a cabalgar a la «vieja y desvergonzada bufona Rasis» en su cortejo, con espada y gorro para deshonrar a su gente. Con las mujeres del harén era brutal. Estando un día borracho a solas con una de sus concubinas, quiso besarla y morderla, pero ella hizo un mal gesto para esquivarle. Entonces Abderramán montó en cólera y ordenó a los eunucos que la sujetaran y le quemaran la cara en su presencia, de manera que perdiera su belleza. Cuenta el cronista Ibn Hayyan que la hermosa joven pedía clemencia mientras el califa le contestaba con desprecio e insultos. Después el verdugo decapitó a la joven y recibió en recompensa las valiosas perlas que se desparramaron del magnífico collar que llevaba la concubina al cuello, con las cuales se compró una casa. También que el califa utilizaba los leones que le habían regalado unos súbditos de África para castigar con saña a los condenados a muerte; pero que al final de su vida se deshizo de ellos mandándolos matar.

Según Ibn Idari, Abderramán III redactó una especie de diario en el que hacía constar los días felices y placenteros, marcando el día, mes y año. Pero, en su larga vida, tan solo quedaron reflejados en ese diario catorce días felices.

10. San Pelayo

Como se ha visto, era muy corriente entre los musulmanes raptar cristianos de ambos sexos, incluyendo a los niños. Un muchacho gallego llamado Pelagio, Paio o Pelayo fue llevado a Córdoba como rehén de su tío el obispo de Tuy Hermogio y el de Salamanca, Dulcindio, presos por los moros en la batalla de Valdejunquera (año 823). Probablemente naciera en Alveos el año 914 (Pontevedra), donde dice la tradición que estuvo la casa de sus padres. Lo que no se discute es que sea uno de los santos más populares del noroeste de España, y sobrino de Hermogio, obispo de Tuy, por lo que seguramente era de una familia acomodada y profundamente cristiana, y recibió una sólida formación.

Parece ser que por entonces el califa de Córdoba organizó una correría por tierras castellanas: saqueando Osma, pasando a cuchillo a la población y reconquistando San Esteban de Gormaz. El ejército navarro-leonés que le salió al paso fue derrotado en la tristemente célebre batalla de Valdejunquera, y entre los muchos prisioneros célebres que fueron llevados a Córdoba figuraban dos obispos: Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy, con quien estaba su sobrino Paio. El niño tendría unos diez años de edad, según atestigua su primer biógrafo, el presbítero cordobés Raguel, a quien se debe también la redacción del acta de su martirio después de hablar con testigos oculares del suceso. Según este testimonio, Paio pasó tres años en prisión, donde creció y se convirtió en un adolescente muy hermoso y de agradable presencia. La fama de su hermosura llegó hasta el califa, que ordenó que lo trajeran a su presencia. He aquí el sencillo testimonio, literario, de su muerte:

> *Tan pronto como Abderramán vio a Pelayo, quedó fuera de sí, cautivo por su belleza; lo miró con ojos lascivos y entabló con él un diálogo, para conquistarle el corazón. Le ofreció honores y cargos importantes si renegaba de su fe, pero Pelayo los rechazó: «Todo eso, oh rey, es nada. Yo soy cristiano, lo fui y lo seré: nunca negaré a Cristo, pues cuanto prometes acaba, y Cristo, a quien yo adoro, no tiene fin, como no tiene principio». Mientras hablaba, el rey se le acercó e intentó violentar su castidad. Pelayo le empujó con fuerza, gritándole: «¡Quita allá, perro! ¿Crees que soy yo como uno de esos afeminados que rodean tu harén?». Abderramán, viendo que no conseguía nada, ordenó que se le torturara; y como tampoco esto diera resultado, encolerizado, decretó para él una muerte sumamente cruel: que le cortaran uno a uno sus miembros y que lo arrojaran al Guadalquivir. Pelayo no se resistió ni se quejó durante la macabra ejecución, que duró seis horas. Finalmente pusieron fin a su vida, cortándole la cabeza.*

Otro testimonio dice:

> *Solicitado torpemente por este Soberano, el niño Pelayo, que durante el largo tiempo de su estancia en Córdoba había admirado a todos por sus virtudes, dando ejemplo á los cristianos de aquella ciudad, se resistió con tanta entereza, que irritado el bárbaro y brutal Monarca le mandó degollar. Murió San Pelayo el domingo 26 de Junio del año 925, á la edad de trece años y medio, dando ante los musulmanes un testimonio insigne y glorioso de la pureza de la moral cristiana. Los mozárabes de Córdoba recogieron con veneración sus santos restos, colocando su cabeza en el monasterio de San Cipriano, y su cuerpo en el de San Ginés: de este modo aquella ciudad, madre de tantos mártires, se enriqueció con las reliquias de este santo forastero natural de Galicia.*

Escribió también Raguel: «*Quatenus te coram Deo habeat patronum quem galletia oriundum, sed martyrii sanguine Corduba tenet gloriosum*». Y la celebración propia del que enseguida fue considerado santo fue incluida en el oficio o misa que los cristianos de las iglesias de Tuy en Galicia compusieron a su compatriota desde 930, tributándole culto, como ya lo habían hecho los de Córdoba desde el momento de su martirio.

Solo en Galicia, este mártir tiene dedicadas más de cuarenta iglesias, monasterios y capillas. Su fama trascendió las fronteras de España, llegando incluso a Sajonia, donde cierta abadesa Roswitha escribió una semblanza poética de su vida, pocos años después.

El cuerpo de San Pelayo se conservó en Córdoba venerado por los mozárabes hasta el año 967, en que fue llevado a León reinando Ramiro III.

11. La Córdoba del califato

En la segunda mitad del siglo X, momento álgido de la ciudad, Córdoba contaba con una población de medio millón de habitantes, y en ella, según los historiadores árabes, había ciento treinta mil casas, setecientas mezquitas, trescientos baños públicos, setenta bibliotecas y un montón de librerías. Y todo aquello cuando en todo Occidente no había ni una sola ciudad cuya población superara los cien mil habitantes.

La metrópoli, en gloriosa emulación con las metrópolis árabes de Oriente, gozaba entonces, tanto en el exterior como en el propio califato, de una reputación estudiosa que ninguna otra ciudad de la península podía soñar en disputarle.

12. Los mozárabes

Como es sabido, la doctrina coránica ordena a los musulmanes respetar, bajo ciertas condiciones, las creencias religiosas de la «gente del Libro», es decir, de judíos y cristianos. Al producirse la conquista de la península ibérica, los vencedores permitieron a las poblaciones que se habían sometido mediante pactos —la mayoría del país— el libre ejercicio de la religión cristiana y la plena posesión de sus iglesias y propiedades.

Más tarde, incluso después de las conversiones en masa de muchos mozárabes deseosos de gozar de un estatuto fiscal preferencial, puesto que los cristianos habían de pagar el *jaray* o impuesto, pervivía una considerable proporción de súbditos cristianos que formaban florecientes comunidades en las ciudades del al-Ándalus. En ninguna otra parte del mundo musulmán fueron tan necesarias las relaciones permanentes entre las diversas comunidades religiosas; porque una parte de la población había conservado su religión, leyes y costumbres anteriores a la conquista por los árabes de la España visigoda. A estas comunidades de cristianos se las llamó «mozárabes».

La voz procede del árabe *mustarib*, «arabizado», «el que quiere hacerse árabe o se arabiza», y bajo diversas formas (*muztárabe*, *muzárabe*, *mosárabe*, etcétera) aparece en los documentos hispanolatinos de la Alta Edad Media con la misma acepción que actualmente le damos. El término es inusitado en la literatura hispanoárabe, en la que los mozárabes son llamados con los nombres generales de ayamíes, nasraníes, rumíes, dimmíes, etcétera. Hoy también se aplica el adjetivo mozárabe a la liturgia hispanovisigótica, a la escritura visigótica y al arte hispanocristiano de los siglos IX al XI.

En el siglo X los mozárabes formaban un minoritario grupo religioso, jurídico, étnico y lingüístico, dentro de la sociedad hispanomusulmana, vivían en barrios propios y poseían sus cementerios. Tres autoridades civiles elegidas entre ellos eran encargadas de la administración y el gobierno de cada comunidad: un *comes*, personaje notorio, que ejercía las funciones de gobierno civil, siendo el más destacado el de Córdoba; un *judex*, llamado por los musulmanes cadí de los cristianos; y un *exceptor* o recaudador de tributos. En el nombramiento de estas tres autoridades influyó por lo general el gobierno musulmán, bien designándolos directamente, bien aprobando la propuesta presentada por los nobles mozárabes.

A esta minoría el califa le garantizó sin restricciones el libre ejercicio de su

religión y culto. Los templos anteriores a la invasión, salvo aquellos que fueron convertidos en mezquitas tras la conquista, fueron respetados, y los mozárabes tenían derecho a repararlos, pero no a construir otros nuevos. Se tiene noticia, por ejemplo, de la existencia en Córdoba de más de diez iglesias, nueve en Toledo, cuatro en Mérida, etcétera. Las campanas podían ser utilizadas, aunque con moderación para no escandalizar a los buenos musulmanes. Abundaron las comunidades monásticas. En los alrededores de Córdoba llegaron a existir más de quince monasterios.

En el reinado de Abderramán III y Alhakén II, tenemos algunas noticias sobre importantes personajes mozárabes: el juez Walid ibn Jaizuran, que sirvió de intérprete a Ordoño IV cuando este visitó, en el año 962 (351), al soberano cordobés en su capital, por ejemplo. Pero hemos de señalar especialmente la labor destacada de los dignatarios eclesiásticos como embajadores en países cristianos. Así, la misión que se encomendó, luego de su elevación al episcopado, a Rabí ben Zayd, el renombrado Recemundo, como embajador ante el emperador de Otón I de Alemania y más tarde en Constantinopla. Era un cristiano de Córdoba, buen conocedor del árabe y del latín, y celoso de la práctica de su religión, que estaba empleado en las oficinas de la cancillería califal, antes de ser nombrado obispo de la diócesis andaluza de Iliberis (Elvira). Se puso en camino en la primavera de 955 y, al cabo de diez semanas, arribó al convento de Gorze, donde fue bien recibido por el abad, así como luego por el obispo de Metz. Unos meses más tarde llegaba a Fráncfort, corte del emperador, donde tuvo ocasión de conocer al prelado lombardo Luitprando, a quien decidió a componer su historia, la *Antapodosis*, que el autor le dedicó. Más tarde, Rabí ben Zayd siguió desempeñando un buen papel en la corte califal de Alhakén II, quien tenía en gran estima sus conocimientos filosóficos y astronómicos, y para quien redactó, hacia el 961, el celebre *kitab al-anwa*, más conocido como «calendario de Córdoba».

Como vemos, los miembros más influyentes de la Iglesia mozárabe estuvieron próximos al califa, realizando funciones de consejeros, intermediarios, intérpretes y embajadores. Conocemos el nombre de un arzobispo de Toledo, Juan, muerto en 956 (344), al que sucedió un prelado del que solo sabemos el nombre árabe, Ubaid Allah ibn Qasim, y que parece haber sido trasladado poco después a la sede metropolitana de Sevilla. Como obispo de Córdoba conocemos a un Asbag ibn Abd Allah ibn Nabil.

En los siglos IX y X los mozárabes de al-Ándalus tradujeron el Salterio y los Evangelios a la lengua árabe. Se conservan algunos manuscritos de dichas traducciones. Igualmente, se conserva en latín y en árabe el calendario publicado en 961 por el obispo de Elvira, Recemundo; y glosarios latino-árabes como el guardado en Leiden (Holanda) se remontan, según todas las probabilidades, al siglo X mozárabe.

Fueron también los mozárabes los que procuraron a los historiadores islámicos de Occidente el conocimiento —lleno de lagunas— de la historia romana, a través de una traducción árabe de las *Historias contra los paganos* compuestas antaño en latín, a principios del siglo V, por el galaico Orosio, discípulo de san Agustín.

13. La Córdoba mozárabe

En efecto, como se ve, la Iglesia mozárabe española, en todo el resto del siglo X, no sufrió nuevos males y mantuvo sus comunidades dentro de las ciudades gobernadas por los musulmanes. Aunque por falta de documentos desconocemos los detalles, sabemos que perseveraban las antiguas diócesis y poblaciones cristianas, con sus obispos y clero, pues se han conservado los nombres de algunos prelados, condes, jueces y magistrados mozárabes en todo este tiempo. La silla metropolitana y primada de Toledo mantenía su importancia y autoridad.

Por los cronistas árabes tenemos noticias detalladas de las embajadas cristianas recibidas por el califa, en las que intervenían como intérpretes y mediadores los obispos mozárabes. El despacho de estas embajadas era muy lento y difícil. Un ejemplo de ello es la embajada enviada por el emperador Otón I a la Córdoba de Abderramán III entre los años 954 y 956 en la que venía como embajador principal el santo abad Juan de Gorce. En su *Historia de los mozárabes de España*, Francisco Javier Simonet y Baca nos da un relato completo del asunto. Al parecer, Abderramán le envió a un obispo mozárabe llamado Juan, el cual justificó su sujeción al poder del califa arguyendo al abad con la sentencia de san Pablo, de que no debemos resistir a la potestad:

> *Nosotros, añadió, somos más condescendientes con estos musulmanes. En el medio de la gran calamidad que sufrimos por nuestro pecados. Les debemos aún el consuelo de que nos permitan usar nuestras propias leyes, y de que viéndonos, como nos ven, muy adictos y diligentes en el culto y fe cristiana, todavía nos consideran y atienden, y cultivan nuestro trato con agrado y placer, cuando, por el contrario, aborrecen del todo a los judíos, en las circunstancias en las que nos hallamos, nuestras conducta para con ellos consiste en obedecerles y darles gusto en todo aquello en que no redunda en detrimento de nuestra creencia y religión.*

Provocado en su ánimo con estas razones, Juan de Gorze repuso:

A otro cualquiera, y no a un obispo como tú, le sería lícito usar de ese lenguaje. Tú, ministro de la verdadera fe, y que por razón de tu alto cargo debes ser su defensor, no ya por respetos y temores humanos habías de contener a todos en la predicación de la verdad; pero ni aun sustraerte tú mismo de esta obligación. ¿Pues cuánto mejor es absolutamente para un varón cristiano no sufrir los rigores del hambre que no participar de los manjares de los paganos para destruir la fe de los otros? Además, y esto es cosa detestable y repugnante para toda la Iglesia católica, he oído que os circuncidáis a usanza de los musulmanes, estimando no bastante la enérgica sentencia del Apóstol: «Si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo». También advierto que por el trato de ellos desecháis ciertos manjares, cuando todas las cosas son limpias y puras para los de corazón limpio… y la santificación no se alcanza por la abstención de comestibles que Dios crio, sino por la palabra divina y por la oración».

La necesidad, replicó el obispo mozárabe, nos constriñe a hacerle así, pues de otro modo no podríamos habitar entre ellos. Además, que esto es ya para nosotros una práctica tradicional, observada por nuestro mayores desde tiempo inmemorial y conservada hasta nosotros.

De manera ninguna, insistió el santo, yo aprobaré que por miedo, afición o favor de los mortales se quebranten los estatutos de nuestra santa religión.

Prosigue narrando Simonet que, en tan complicada situación, pareció a Abderramán que lo más provechoso sería enviar al emperador Otón un embajador que allanase las dificultades. No encontrándose quien se atreviera a desempeñar una misión tan larga y peligrosa, el clérigo Recemundo se ofreció a llevarla a cabo, y en premio de lego fue elevado, de repente y *per saltum,* a la dignidad episcopal, siendo luego consagrado obispo de Iliberis.

Por varios documentos de aquella época, sabemos que en el siglo X poseían los mozárabes de Córdoba no pocas iglesias, monasterios y santuarios. Se conserva en el museo provincial de Córdoba la pequeña campana mozárabe del abad Sansón. Ambrosio de Morales se refiere en su *Crónica general de España,* lib. XIV, cap. I, y en sus escolios a las obras de san Eulogio a ella, cuando escribía: *«Ipsa templa, etiam intra urbe, suas turres, anea sua cymbala habuere. Et druat adhuc Cordubae exiguani unum ab illis usque temporibus… conservatum…».* Y el P. Flórez en su *España sagrada,* tomo X, trat. XXXIII, cap. VII, detalla el estado de la cristiandad en

Córdoba durante el cautiverio. Debemos advertir que siendo poco probable la erección de nuevos templos cristianos desde el siglo IX en adelante, no dudamos reconocer como existentes a mitad de dicho siglo los que se hallan mencionados en autores de época posterior, y especialmente en el curioso calendario de Recemundo, escrito en Córdoba, año 961. Según los cuales, estaban dentro de Córdoba las basílicas o iglesias de San Acisclo, San Zoilo, los Tres Santos, San Cipriano, San Ginés y Santa Eulalia, y además, según el P. Flórez, la *Basilica S. Mariae.*

La antigua sede episcopal de época visigoda, consagrada a san Sebastián, fue destruida durante la invasión musulmana y sepultada bajo los cimientos de la mezquita mayor. El templo principal conservado por aquellos mozárabes era la famosa basílica llamada de los Tres Mártires o de los Tres Santos (*Basilica Sanctorum Trium*), donde se veneraban las cenizas de los bienaventurados mártires cordobeses san Fausto, san Januario y san Marcial, sacrificados en aquella ciudad por el pretor Eufenio, que los hizo morir en un hoguera. Adscrita a esa basílica, había una congregación o especie de cabildo eclesiástico. Según Morales y el padre Flórez, este templo estaba dentro de la ciudad y es la misma que hoy se conoce con la advocación de San Pedro.

También dentro de la ciudad de Córdoba había una iglesia, servida por clérigos dedicada al mártir cartaginés san Cipriano, donde fueron depositadas reliquias de varios mártires. En un edificio inmediato hubo una escuela episcopal en la que se educaron durante décadas santos y doctores ilustres. A ambas iglesias situadas en el recinto de Córdoba puede agregarse con verosimilitud una basílica consagrada especialmente a la Reina de los Ángeles (*Basilica Santae Mariae*), y que posiblemente fue la conservada cerca de la plaza llamada de la Corredera, con la advocaciones de Nuestra Señora del Socorro.

Extramuros de Córdoba, en su parte occidental, saliendo por la puerta de Sevilla, se hallaba la afamada iglesia de San Acisclo, donde se veneraba el cuerpo del santo martirizado con su hermana santa Victoria por Dion, prefecto de Córdoba, a fines del siglo III. Muchos autores, tanto musulmanes como cristianos, nos dan referencias de esta iglesia, que existía ya a mitad del siglo VI. Los árabes le pusieron el nombre de Canisatalharca o iglesia de los Quemados, y Canisatalasra o iglesia de los Prisioneros, en memoria de los cristianos que fueron abrasados dentro en el año 711.

La monja cisterciense sira Carrasquer en su libro *Madres mozárabes* hace una extraordinaria relación de aquellos monasterios que tanto amara san Eulogio, y que sufrieron a partir del año 854 las violencias de Abderramán II, que hicieron huir a sus moradores, emigrando al entonces seguro norte cristiano, donde fundaron luego en la Gallaecia numerosos monasterios e iglesias. A pesar de la diáspora, todavía en el siglo X permanecía la tradición monástica en la sierra de Córdoba. Los numerosos epitafios hallados entre la maleza y junto algún resto de desmochados muros nos

hablan de monjes y monjas, abades y madres que moraron y murieron allí en el siglo X. Hacia el sur de la ciudad, seguía en pie el monasterio de Santa Eulalia; en él fue abadesa una gran monja, cuya losa sepulcral reza:

Murió la anciana Ikilo el trece de las calendas de diciembre del año 936. Madre de monjas, vivió para Dios, cubierta con el velo sagrado.

También subsistió, treinta millas al sur de Córdoba, en medio de una vastísima soledad, tal como lo describiera san Eulogio, el famoso cenobio Armilatense. En él reza el epitafio de un padre del monasterio:

El presbítero e ínclito abad Daniel, humilde para los monjes y buen soldado. Este siervo de Dios, este padre y rector de monjes, descansó en lunes, el día de las nonas de marzo, era 968.

Córdoba ha amado y venerado a su santos y gloriosos mártires a lo largo de la historia, y ha pedido su intercesión en tiempos de peligros, guerras, epidemias y fenómenos meteorológicos y ha paseado sus reliquias por sus calles en multitudinarias procesiones. Por ejemplo, en la epidemia del año 1601, las sequías del año 1605, 1622, 1737 y 1750; en las epidemias de 1630, 1649, 1677, 1684; y también en las grandes tormentas y lluvias torrenciales de los años 1626, 1684, como atestiguan numerosos documentos.

En un arrabal o aldea llamado Cuteclara, situado al este de Córdoba, y según Morales en los montes vecinos, había un antiguo santuario y monasterio de monjas con la advocación de la gloriosa Virgen María.

El monasterio mozárabe de Tábanos, dúplice, construido hacia el año 840 a pocos kilómetros al norte, tuvo como fundadores a los virtuosos esposos Jeremías e Isabel, siendo uno de los lugares preferidos de san Eulogio para sus desiertos de oración y descanso.

14. El tesoro de las reliquias cordobesas en Europa

Durante toda la Edad Media hubo gran interés y afición de los fieles por adquirir reliquias de los mártires. Y en la «lejana» Europa de entonces se conoció el testimonio de los martirios cordobeses. Dos monjes, Usardo y Odialdo, del famoso monasterio de Saint--Germain-des-Prés de París, llegan a la Península con el fin de adquirir alguna reliquia del famoso mártir Vicente, diácono zaragozano, ejecutado en Valencia. Pero fue inútil, porque los mozárabes, para librar las reliquias de la profanación musulmana, las trasladaban constantemente de sitio y en aquel momento se ignoraba el paradero de las mismas. Desilusionados, no quisieron regresar con las manos vacías de tan preciado tesoro y pidieron algunas reliquias de los mártires. Cuando llegaron a Córdoba pidieron a san Eulogio algunas de los mártires de allí. Y este les entregó generosamente los cuerpos de los mártires Jorge, Aurelio y Natalia. Por este medio, se introdujo en Europa el culto a los mártires de Córdoba. Años más tarde, Carlos el Calvo encargará a Usuardo redactar su famoso martirologio.

Es curiosa la historia que cuenta el P. José Santiago Crespo sobre Trahamunda; él cree que nació a fines del siglo VII, en tierras de Galicia, en una aldehuela llamada San Martín, de la parroquia de San Juan de Poyo, de padres muy pobres. Ingresó de monja en el antiguo monasterio simple de San Martín y fue raptada y llevada a Córdoba como preciado botín porque era muy hermosa. Según el relato en gallego, el mismo emir Abderramán II se enamora de ella, la asedia con halagos, pero la joven se mantiene firme en la fe, rezando sin cesar el credo; torturada no cederá jamás y los verdugos, con sumo despecho, la encarcelan. Once años permanece en dura reclusión, entre consuelos divinos y los flagelos de las soledades áridas y dolientes. Llegada la vigila de san Juan, le vienen recuerdos de su vida en Galicia y da cuenta al Señor de su inmenso dolor. ¡Oh, Dios mío! —dice en su angustia—, ¡quién pudiera hallarse allí mañana para gozar de las dulces festividades de tu casa y alabar con tus santos tu bendito nombre! Y Dios, conmovido, decidió poner fin a su quebranto. Con la suavidad de la brisa, se vio arrebatada a las alturas, y los mismos ángeles la trasladaron a Poyo. Para que quedara constancia del milagro, un ángel le dio una palma de una de las palmeras cordobesas y la invitó a plantarla en Poyo. Así lo hizo, pronto echó raíces y con el tiempo llegó a ser una bella palmera, que según la tradición vivió hasta el año 1578. Los niños, en sus cantos infantiles, dejaron constancia de tal hecho.

Esta inocente leyenda da cuenta de la curiosa relación espiritual entre dos mundos tan diferentes y lejanos, el al-Ándalus y la Gallaecia, que en el fondo se atraían y, salvando las grandes distancias, compartían elementos comunes.

15. Los judíos

La etnia judía estuvo presente en la península ibérica desde tiempos muy antiguos, ejerciendo actividades comerciales y artesanales, viviendo en barrios especiales y formando una población aparte, según se desprende de la abundante legislación romana destinada a regular sus prácticas religiosas. Los judíos gozarían de un estatus parecido al del resto de los ciudadanos del Imperio romano, especialmente a partir de la promulgación del Edicto de Caracalla en el año 202. Como era normal en época romana, gozarían de tolerancia en materia religiosa, conviviendo con la religión oficial, las indígenas y otros cultos orientales atestiguados por la arqueología. A pesar del Edicto de Constantino en el 313 d. C., el paganismo siguió dominando el ambiente religioso hasta el final del Imperio.

Tras las invasiones de los bárbaros, se dio un proceso de fusión entre la antigua población hispanorromana y los recién llegados, incluyendo las comunidades de judíos. Y durante el periodo anterior a la conversión de los visigodos al cristianismo, la monarquía los toleró y reconoció su culto, respetando el descanso del *sabbat*. Pero, a partir del III Concilio de Toledo (589), se iniciaron las persecuciones contra los seguidores de la ley mosaica, por razones religiosas y por la codicia que despertaba la

posesión de sus bienes. «Que no sea lícito a los judíos tener mujeres propias [*uxores*] ni concubinas cristianas, ni comprar esclavos para usos domésticos…, que no se les permita ejercer oficio público…», rezan las actas del mencionado concilio.

Un edicto del rey Sisebuto mandaba expulsar de sus casas y del reino a todos los infieles de raza judía, excepto los que abrazaran la religión católica, recibiendo el bautismo. Chintila y Recesvinto recrudecieron esta dureza contra la «perfidia judaica». Y durante el reinado de Chindasvinto (642-653), se prohibió a los bautizados que retornasen a la religión hebraica so pena de muerte y confiscación de sus bienes. A lo largo del siglo VII se desarrolla un verdadero clima de antisemitismo. No obstante, siempre hubo judíos en las ciudades que conservaron su religión, su forma de vida y sus barrios propios. Pese a la prohibición de matrimonios mixtos, estos se celebraban, e incluso en los momentos más difíciles no dejaron de existir. Hay constancia de ello en el reinado de Witiza, que en cierto modo fue tolerante con la población hebrea.

Cuando en el año 711 tropas musulmanas mandadas por Tariq atraviesan el estrecho de Gibraltar e inician la conquista de la península, los judíos reciben a los árabes como libertadores y les ayudan en sus campañas. Durante los primeros siglos de dominación musulmana se da un notable desarrollo de las comunidades judías, que se administraban de manera autónoma. Y durante el emirato omeya de Córdoba (756-952) se consolidó esta situación y se favoreció el crecimiento de aljamas, como las de Mérida y Córdoba. Al igual que sucedía con los cristianos, esta minoría fue respetada, aunque sometida a tributos especiales, como *dimmíes*, gozando de libertad religiosa y relativo bienestar.

16. Hasday ben Saprut

Werner Keller cuenta en su *Historia del pueblo judío* (I) que el patriarca hebreo Isaac, cabeza de una importante familia de la comunidad judía de Córdoba, no hubiera podido ni siquiera soñar el destino que le estaba reservado al hijo que le nació hacia el año 915. Sintiendo inclinación por las ciencias, ayudaba a los estudiantes necesitados y a los sabios y artistas que carecían de medios económicos; era una especie de mecenas en Córdoba. Y deseaba Isaac que también su hijo Hasday fuese un sabio. Y así fue, pues su hijo estudió la profesión de médico y la ciencia de los medios curativos; dominó la Torá y el Talmud y brillaba también en filosofía; estudió idiomas hasta dominar el latín, la lengua del mundo cristiano, igual que el hebreo y el árabe. Hacia el año 940 el califa se fijó en él y Hasday llegó a lo más alto, lo que más adelante un contemporáneo cantó así:

Con el fin del siglo IX… el sol de la fama brilló en el cielo principesco: Chasdai, el príncipe, hijo de Isaac… Entonces le elevaron a lo alto las olas de la ciencia. Y hacia donde se dirigiera la voz, hacia Edom y Arabia, hacia Este y Oeste, allí se reunían con él todos los poetas y maestros de rango… y él les estimulaba… a trabajar

para la ciencia, a despertar pensamientos que dormían. Desde entonces la ciencia tomó un gran incremento en España y se abrió camino en todo el mundo… Entonces la poesía recibió el primer alimento, y también los estudiantes y los conocedores de la ciencia, pues tenían en Chasdai su protector y mecenas.

Abderramán III había llamado a Hasday ben Isaac ibn Saprut a su corte para que fuera su médico personal. Pero pronto el califa se dio cuenta de sus cualidades y le confió asuntos de gobierno y de Estado de gran importancia. Hasday se convirtió en ministro y prestó servicios incalculables al califa de diplomático, interviniendo en las visitas de dos embajadores de los Estados más poderosos de Europa y dando siempre pruebas de su inteligencia y capacidad.

Para enfrentarse con el peligro que amenazaba a España en el Mediterráneo por parte del califato de los fatimíes de África, consiguió la ayuda del reino bizantino. El emperador Constantino VII envió una embajada a Córdoba en el año 949, en la que el califa recibió valiosos presentes, como un libro ilustrado del tratado de Dioscórides, la célebre compilación de medicamentos antiguos.

El inteligente Hasday logró también la paz con los reyes cristianos de León y Navarra, que intranquilizaba continuamente el califato con sus ataques, consiguió incluso convencer a los príncipes para que fueran personalmente a Córdoba para entablar negociaciones.

La crónica de la época lo relata así:

La España musulmana fue espectadora de una extraña comitiva: rodeada de los Grandes y los sacerdotes de su séquito, la reina de Navarra se dirigió a Córdoba con gran dignidad, acompañando a su hijo García y al desgraciado [rey] Sancho, que debido a su debilidad se apoyaba en el brazo de Chasdai. Abderramán recibió a los Señores cristianos en su residencia de verano, de una magnificencia fabulosa, y ratificó las condiciones favorables de un tratado que Chasdai había discutido de antemano con gran éxito diplomático: «Un dignatario del califa le condujo [a Sancho] … hasta el pueblo que era su enemigo. Y también… a su abuela Tota, que llevaba la corona real como un hombre… conquistó con su hábil discurso… Él tomó a los extranjeros… diez fortalezas… En el Este y en el Oeste su nombre es igualmente grande…».

17. Santiago de Compostela

Desde el siglo IX Santiago de Compostela se había convertido en el foco de peregrinación más renombrado de la Europa occidental. El «camino de Santiago» era recorrido, como debía serlo aun durante todo el resto de la Edad Media, por innumerables peregrinos, venidos a menudo de muy lejos. Es sabido que, según una tradición piadosa que ha encontrado eco hasta en ciertos autores musulmanes, el apóstol Santiago el Mayor, al venir a evangelizar la península ibérica, había desembarcado en Galicia, en Iria, la actual Padrón. Un obispo de Iria, Teodomiro,

había descubierto milagrosamente la tumba del apóstol y trasladado sus restos al lugar en que más tarde había de elevarse la ciudad de Santiago sobre el «campo de las estrellas» (Compostela). La modesta iglesia construida en el siglo IX por el rey asturleonés Alfonso II fue transformada por uno de sus sucesores, Alfonso III el Grande, el año 910, en una rica basílica que fue destruida a finales del siglo por Almanzor.

18. La profecía legendaria del fin del mundo y el emperador Constante

La apocalíptica del judaísmo helenístico antiguo incluía algunos libros que, como los famosos libros sibilinos conservados en Roma, aseguraban contener las visiones de profetisas inspiradas. Esta literatura oracular escrita originariamente en griego estaba destinada a los numerosos paganos que en este periodo se interesaron por el judaísmo.

Las profecías solían reflejar las esperanzas de un Mesías rey que vendría a gobernar el mundo. Más adelante el proselitismo cristiano comenzó a imitarlas. Y a partir del momento en que el cristianismo unió su destino al del Imperio, comenzaron a proliferar oráculos que presentaban al emperador Constantino como aquel rey mesiánico.

En la transformación de estos textos, aunque predominó la tradición judeocristiana, también intervino la tradición grecolatina; en la que habían existido reyes helenísticos que llevaron el título de salvador, *soter*, y emperadores romanos que ya habían sido divinizados. Evidentemente, la muerte de Constantino y los acontecimientos que a partir de ese momento se desenvolvieron influyeron bastante en el desarrollo posterior de la leyenda. Los tres hijos de Constantino, Constantino II, Constancio II y Constante I, se enfrentaron, intentando hacerse con todo el poder y perdurar en él. Derrotado y muerto Constantino II, los otros dos hermanos continuaron batallando durante toda una década. Constancio II defendía en Oriente el arrianismo, más por razones políticas que por convicción. Mientras que Constante I defendía en Occidente la ortodoxia nicena católica, según la cual, el Verbo, Hijo de Dios, es verdaderamente Dios, lo mismo que el Padre, para los arrianos solo poseía una divinidad secundaria y subordinada. Este debate teológico, la fratricida guerra que tenía lugar y el recuerdo del desaparecido Constantino con la época de paz que los cristianos habían vivido con él, fue estimulando en la imaginación popular el perfil de un emperador de los últimos días que debía venir a instaurar el Reino. El más antiguo de estos oráculos sibilinos se conocía como *la sabina tiburtina*, escrito precisamente a mediados del siglo IV de nuestra era.

Al amparo de la profecía-leyenda surge la visión del emperador Constante:

> *De imponente presencia, alto, bien proporcionado, con un rostro radiante y hermoso, Constante reina ciento doce o ciento*

veinte años. Es un tiempo de abundancia: el aceite, el vino y el trigo son copiosos y baratos. Es también el tiempo del éxito definitivo del cristianismo. El emperador devasta las ciudades de los paganos y destruye los templos de los dioses falsos, ordena a los gentiles que se bauticen, y los que se niegan convertirse son ajusticiados. Al fin del largo reinado, incluso los judíos se convierten y cuando esto sucede el Santo Sepulcro resplandece de gloria. Los veintidós pueblos de Gog y Magog atacan furiosamente, numerosos como las arenas del mar; pero el emperador reúne su ejército y los aniquila.

Una vez cumplida su tarea, el emperador se dirige hacia Jerusalén para ceñirse la Corona y revestirse con el manto imperial en el Gólgota para así gobernar a la cristiandad por la gracia de Dios. La Edad de Oro, y con ella el Imperio romano, han llegado a su fin; pero antes del fin de todas la cosas todavía queda un breve periodo de tribulación. Ahora, en efecto, aparece el Anticristo y reina en el ejemplo de Jerusalén, engañando a muchos con sus milagros y persiguiendo a los que no puede embaucar. Por el bien de los elegidos, el Señor acorta esos días y envía al arcángel Miguel, quien destruye al Anticristo. Y, por fin, queda abierto el camino para que se produzca la Segunda Venida.

El pueblo se encontró siempre a la espera de señales que, según la tradición profética, debían predecir y acompañar un tiempo último de tribulaciones; y dado que las señales incluían malos gobernantes, discordia civil, guerra, seguías, hambres, pestes, cometas, muertes repentinas de personajes importantes y un aumento creciente del pecado, no había ninguna dificultad en identificarlas. La invasión o la amenaza de invasión de hunos, francos, normandos, magiares, mogoles, sarracenos o turcos siempre avivaba recuerdos de las hordas del Anticristo, los pueblos de Gog y Magog.

19. Las peregrinaciones mozárabes al sepulcro de Santiago

Ya en el primer tercio del siglo IX comienza a vislumbrarse el carácter de los diferentes núcleos de resistencia en las montañas septentrionales. Asturias nace como una prolongación de la monarquía visigoda, que tiene la aspiración de restaurar el orden anterior a la invasión musulmana, y que será el inicio de la fuerza reconquistadora. De ahí el papel dirigente que procuran ostentar sus reyes en relación

con los otros núcleos cristianos en momentos posteriores. El núcleo de los vascones es una continuación de la actitud de independencia de este pueblo montaraz, mantenida ya antaño contra romanos y godos. Y la Marca Hispánica, a su vez, nace como una expansión el Imperio carolingio, lo que imprime su matiz especial a la futura Cataluña, cuyas instituciones revelan un mayor contacto con las de Europa central que las del resto de la península. Añaden los cronistas arábigos que, ocupadas en el asedio de Mérida las armas del emir Alhakén I, los cristianos del norte habían crecido en pujanza y fortalecido su poder, invadiendo el territorio musulmán por diversos puntos de la frontera con grande exterminio y despojo de sus moradores. En efecto, los reinos cristianos del norte supieron aprovecharse de las sucesivas revueltas surgidas en Toledo y Mérida. Y, mientras los cristianos sometidos en estas ciudades esperaban con tesón la llegada de las huestes liberadoras, los francos proseguían la conquista de Cataluña, y, por su parte, Asturias se consolidaba bajo el largo y venturoso reinado de Alfonso II el Casto. Pero la ayuda prometida a los rebeldes que resistían esperanzados en una reconquista cristiana no llegaría hasta muchos siglos después.

A partir de este momento, podemos considerar la existencia de lo que se ha dado en llamar «el camino mozárabe», que sería el conjunto de itinerarios que utilizaban los cristianos que vivían en territorio sometido al dominio musulmán para peregrinar hacia Santiago de Compostela. Desde el siglo IX, los peregrinos mozárabes empezarían a fluir desde ciudades como Almería, Granada, Málaga o Jaén hacia Córdoba para desde allí transitar en dirección a Mérida y seguir la ruta hacia el norte. Sin duda, el resto del viaje transcurría por la que se conoce como Vía de la Plata; la antigua calzada romana que unía Mérida con Astorga y que se denominaba *Iter ab Emerita Asturicam.* El nombre probablemente provenga del árabe, del término *balath*, que significa camino enlosado. Otros investigadores creen que viene del término latino *lapidata*.

En la novela *El mozárabe* siempre tuve presente esta realidad y me pareció que, si bien había numerosas novelas históricas que hablaban del camino a Santiago en territorios cristianos, no había ningún relato que tuviera en cuenta la afluencia de peregrinos desde al-Ándalus; cuando, sin duda, el fenómeno fue tan extendido o más entre los cristianos mozárabes.

Y esa es la finalidad de esta nueva novela: presentar una realidad tal vez desconocida para muchos, pero que representa sin duda el fenómeno humano y cultural más notable y genuino de la Edad Media en España.



JESUS SÁNCHEZ ADALID (1962) es de Villanueva de la Serena (Badajoz). Se licenció en Derecho por la Universidad de Extremadura y realizó los cursos de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Ejerció de juez durante dos años, tras los cuales estudió Filosofía y Teología. Además se licenció en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Salamanca.

Su amplia y original obra literaria ha conectado con una variada multitud de lectores gracias a la veracidad de sus argumentos y a la intensidad de sus descripciones, que se sustentan en la observación y la documentación. Sus novelas constituyen una penetrante reflexión acerca de las relaciones humanas, la libertad individual, el amor, el poder y la búsqueda de la verdad.

La obra de Sánchez Adalid se ha convertido hoy en un símbolo de acuerdo y armonía entre Oriente y Occidente, entre las religiones, razas y pueblos que forman la humanidad. Porque su ideario se sostiene sobre la base de que cualquier cultura necesita de la mezcla de muchas influencias. Sobre todo, en un mundo desgarrado por la intolerancia y el fanatismo.

Ha publicado con gran éxito *La luz del Oriente, El mozárabe, Félix de Lusitania, La tierra sin mal, En compañía del sol, El cautivo, La sublime puerta, El caballero de Alcántara*, *Los milagros del vino* y *Galeón*. En 2007 ganó el premio Fernando Lara por su novela *El alma de la ciudad*.

En Extremadura ha sido distinguido con la Medalla de Extremadura y el premio Extremeños de Hoy.

Jesús Sánchez Adalid ha colaborado en Radio Nacional, en el diario Hoy y en las

revistas National Geographic Historia y Vida nueva.